

KEN FOLLETT

ALTO RIESGO



Lectulandia

Una misión de alto riesgo protagonizada por seis valientes mujeres dan cuerpo a esta apasionante novela. En ella Ken Follett quiere rendir un homenaje a todas aquellas mujeres que arriesgaron sus vidas para realizar peligrosas operaciones como agentes encubiertos durante la Segunda Guerra Mundial. Una acción trepidante y unos personajes cautivadores son los principales ingredientes de esa historia destinada a convertirse en un clásico del género bélico.

Lectulandia

Ken Follett

Alto riesgo

.

ePUB v1.2

Piolín.39 26.11.11

más libros en lectulandia.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: JACKDAWS

Traducido de la edición original de Bantam Books, Nueva York

© 2001, Ken Follett

© 2001 de la edición en castellano para todo el mundo:

GRIJALBO MONDADORI, S.A. Aragón, 385, 08013 Barcelona www.grijalbo.com

© 2001, José Antonio Soriano, por la traducción Primera edición. Reservados todos los derechos

ISBN: 84—253—3628—0

Depósito legal: B. 41.394—2001

Impreso en BIGSA, Manuel Fernández Márquez, s/n, mód. 6—1 08930 Sant Adria del Besó

ALTO RIESGO

Ken Follett

Durante la Segunda Guerra Mundial, el Ejecutivo de Operaciones Especiales envió a Francia un total de cincuenta mujeres. Treinta y seis sobrevivieron a la contienda. Las otras catorce perdieron la vida en acto de servicio.

Este libro está dedicado a todas ellas.

DE LA HISTORIA OFICIAL

Las mujeres no solían llevar a cabo operaciones de sabotaje; pero Pearl Witherington, una experimentada correo británica, se hizo cargo de un activo maquis en Berry integrado por unos dos mil hombres y lo dirigió con gallardía e inteligencia después de que la Gestapo detuviera a su organizadora. Fue encarecidamente recomendada para una Cruz Militar, distinción que se consideraba inadecuada para las mujeres; en su lugar, recibió un MBE civil, que rechazó alegando no haber hecho nada civil.

M.R.D. Foot, «S.O.E. in France» (HMSO, Londres, 1966)

Primer día: domingo, 28 de mayo de 1944

Un minuto antes de la explosión, la plaza mayor de Sainte-Cécile estaba tranquila. La tarde era cálida, y una capa de aire inmóvil cubría la ciudad como una sábana. El perezoso repique de la campana convocó a los fieles a la iglesia con escaso entusiasmo. A Felicity Clairet le sonaba a cuenta atrás.

El edificio más sobresaliente de la plaza era el palacio del siglo XVII. Versión a escala reducida de Versalles, su majestuosa fachada principal estaba flanqueada por dos alas, que se prolongaban en ángulo recto hacia la parte posterior. El edificio constaba de sótano y dos plantas rematadas por un tejado alto con buhardillas.

A Felicity, más conocida como Flick, le encantaba Francia. Le gustaban sus hermosos edificios, su benigno clima, sus relajadas comidas y sus cultivadas gentes. Admiraba la pintura francesa, la literatura francesa y la moda francesa. Para muchos extranjeros, los franceses eran gente poco simpática, pero Flick hablaba el idioma del país desde los seis años y nadie habría adivinado que era inglesa.

Le dolía que la Francia que amaba hubiera dejado de existir. No había bastante comida para comer relajadamente, los nazis se habían llevado las pinturas y las únicas que vestían con elegancia eran las putas. Como la mayoría de las francesas, Felicity llevaba un vestido que había perdido la forma y el color de tanto lavar. Deseaba con todas sus fuerzas el retorno de la auténtica Francia, que tal vez se produjera pronto si ella y los suyos cumplían con su deber.

Aunque quizá no viviera para verlo; de hecho, puede que le quedaran unos minutos de vida. No era fatalista; deseaba vivir. Quería hacer cientos de cosas después de la guerra: acabar su tesis, tener un hijo, visitar Nueva York, comprarse un deportivo, beber champán en las playas de Cannes... No obstante, si estaba a punto de morir, celebraba pasar sus últimos instantes de vida en una plaza soleada, frente a un hermoso edificio antiguo, con las acariciantes cadencias del idioma francés en los oídos.

El château había sido la residencia de la aristocracia local, pero el último conde de Sainte-Cécile había sido decapitado en la guillotina en 1793. Los jardines ornamentales se habían transformado en viñedos hacía mucho tiempo, pues aquella era una comarca vinícola en el corazón de la Champaña. En la actualidad, el edificio alojaba una importante central telefónica por iniciativa de un ministro del ramo nacido en Sainte-Cécile.

A su llegada, los alemanes habían ampliado la central para establecer conexiones entre la red francesa y la nueva ruta de cable hacia Alemania. También habían instalado el cuartel general de la Gestapo para la región en el edificio, con oficinas en

las dos plantas y celdas en el sótano.

Los aliados habían bombardeado el palacio hacía cuatro semanas. Los pesados cuatrimotores Lancaster y las Fortalezas Volantes que sobrevolaban Europa todas las noches eran poco precisos —a veces no acertaban ni a toda una ciudad—, pero la última generación de cazabombarderos, los Lightning y los Thunderbolt, podían atacar en pleno día y alcanzar un blanco relativamente pequeño, un puente o una estación ferroviaria. La mayor parte del ala oeste del edificio había quedado reducida a un montón de irregulares ladrillos rojos y sillares de piedra blanca del siglo XVI.

Sin embargo, el bombardeo aéreo no había cumplido su objetivo. Los trabajos de reparación progresaban a buen ritmo, y el servicio telefónico sólo se había interrumpido el tiempo que tardaron los alemanes en reemplazar las centralitas. Todos los sistemas de telefonía automática y los imprescindibles amplificadores para las líneas de larga distancia se encontraban en el sótano, que apenas había sufrido daños.

Por eso estaba allí Flick.

El palacio, situado en el lado norte de la plaza, estaba rodeado por una alta verja de pilares de piedra y rejas de hierro forjado, vigilada por centinelas uniformados. En el lado este, la pequeña iglesia medieval abría sus vetustas puertas de madera al aire primaveral y a los fieles. Frente a ella, en el extremo oeste de la plaza, se alzaba la casa consistorial, por un alcalde ultraconservador que tenía pocas desavenencias con los mandos de las fuerzas de ocupación. El lado sur lo formaban una hilera de tiendas y un bar llamado Café des Sports. Sentada en la terraza, Flick esperaba a que la campana dejara de repicar. Sobre el velador había un vaso de vino blanco local, suave y de poco cuerpo. No lo había probado.

Felicity era mayor del ejército británico. Oficialmente, pertenecía al First Aid Nursing Yeomanry, cuerpo femenino inevitablemente conocido como FANY. Pero eso no era más que una tapadera. En realidad, trabajaba para una organización clandestina, el Ejecutivo de Operaciones Especiales, encargada de llevar a cabo acciones de sabotaje tras las líneas enemigas. A sus veintiocho años, era uno de los agentes más viejos. Aquélla no era la primera vez que se sentía a un paso de la muerte. Había aprendido a convivir con el peligro y a dominar el miedo, a pesar de lo cual, cada vez que miraba los cascos de acero y los potentes fusiles de los centinelas del palacio, sentía que una mano helada le oprimía el corazón.

Tres años antes, su mayor ambición era convertirse en profesora de literatura francesa en alguna universidad de Inglaterra y enseñar a sus alumnos a apreciar la fuerza de Víctor Hugo, la inteligencia de Flaubert y la pasión de Zola. Trabajaba en la Oficina de Guerra traduciendo documentos franceses, cuando la convocaron a una misteriosa entrevista en una habitación de hotel y le preguntaron si estaba dispuesta a aceptar una misión peligrosa.

Respondió que sí sin pensárselo mucho. El país estaba en guerra, y todos sus antiguos compañeros de Oxford arriesgaban la vida a diario. ¿Por qué no iba a hacerlo ella? Dos días después de la Navidad de 1941 había empezado su adiestramiento como agente del EOE.

Seis meses más tarde, convertida en correo, llevaba mensajes desde el cuartel general del Ejecutivo, en el 64 de Baker Street, Londres, a los grupos de la Resistencia en la Francia ocupada, en la época en que escaseaban los radios, por no hablar de los operadores. Saltaba en paracaídas, se movía por el país con documentos de identidad falsos, contactaba con la Resistencia, les entregaba las órdenes y tomaba nota de sus respuestas, quejas y peticiones de armas y munición. Para el viaje de regreso, acudía a la cita con el avión de recogida, generalmente un Westland Lysander de tres asientos, tan pequeño que podía aterrizar en seiscientos metros de hierba.

De correo había ascendido a organizadora de sabotajes. La mayoría de los agentes del Ejecutivo eran oficiales y en teoría estaban al mando de un grupo de la Resistencia. En la práctica, los partisanos no acataban la disciplina militar, y los agentes tenían que ganarse su cooperación mostrando firmeza, competencia y arrojo.

Era un trabajo peligroso. Flick había superado el curso de adiestramiento con seis hombres y tres mujeres; al cabo de dos años, ninguno de ellos seguía en activo. Dos habían muerto con toda certeza: uno por disparos de la Milicia, la odiada policía de seguridad francesa, y el otro, al no abrirse su paracaídas. Los demás habían sido capturados, interrogados, torturados y, posteriormente, enviados a campos de prisioneros en Alemania. Flick había sobrevivido porque era inflexible, reaccionaba con rapidez y su obsesión por la seguridad rayaba en la paranoia.

Junto a ella estaba sentado su marido, Michel, jefe del circuito de la Resistencia con nombre en clave «Bollinger» y base en la ciudad catedralicia de Reims, a dieciséis kilómetros de Sainte-Cécile. Aunque estaba a punto de jugarse la vida, Michel seguía arrellanado en su silla, con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda y un vaso largo de la pálida y aguada cerveza de tiempos de guerra en la mano. Su sonrisa despreocupada había conquistado el corazón de Felicity durante su estancia en la Sorbona, donde preparaba una tesis sobre la ética en la obra de Moliere, que había dejado a medias al estallar la guerra. Él era un joven y desaliñado profesor de Filosofía con una legión de alumnos entusiastas.

Seguía siendo el hombre más atractivo que había conocido. Era alto y llevaba trajes arrugados y descoloridas camisas azules con elegante descuido, y el pelo siempre un poco más largo de la cuenta. Tenía una voz ronca e insinuante, y la intensa mirada de sus ojos azules te hacía sentir que no había otra mujer en el mundo.

Aquella misión había proporcionado a Flick la anhelada oportunidad de pasar con él unos días, que sin embargo, no habían sido felices. No podía decirse que hubieran

discutido, pero Michel la había tratado con un afecto tibio, como si hiciera las cosas con desgana, y Felicity se había sentido herida. Su instinto le decía que le interesaba otra. Sólo tenía treinta y cinco años, y su desaliñado encanto seguía funcionando con las jovencitas. El hecho de que, debido a la guerra, hubieran estado más tiempo separados que juntos desde poco después de la boda no contribuía a mejorar las cosas. Y había montones de chicas guapas y bien dispuestas, se dijo Flick amargamente, en la Resistencia y fuera de ella.

Sin embargo, seguía queriéndolo. No del mismo modo: había dejado de adorarlo como en la luna de miel y ya no deseaba dedicar su vida a hacerlo feliz. Las neblinas matinales del amor romántico se habían desvanecido, y a la clara luz del día de la vida conyugal Flick podía ver que su marido era vano, egoísta y poco fiable. Pero cuando decidía prestarle atención, aún era capaz de hacer que se sintiera única, hermosa y deseada.

El encanto de Michel, que también funcionaba con los hombres, lo había convertido en un excelente líder, valiente y carismático. Flick y él habían ideado el plan de ataque juntos. Asaltarían el palacio por dos puntos a un tiempo para dividir a los defensores; una vez dentro, se reagruparían en una sola fuerza, penetrarían en el sótano, buscarían la sala del equipo principal y la harían volar por los aires.

Disponían de un plano del edificio que les había proporcionado Antoinette Dupert, encargada del grupo de mujeres del pueblo que limpiaban el palacio todas las tardes.

También era tía de Michel. Las limpiadoras empezaban a trabajar a las siete, la hora de la misa vespertina; en aquellos momentos, Flick podía ver a varias que enseñaban sus pases a los centinelas de la verja. El dibujo de Antoinette mostraba el camino al sótano, pero no detallaba el interior, cuyo acceso estaba restringido a los alemanes, que hacían la limpieza por sí mismos.

El plan de ataque de Michel se basaba en los informes del M16, el servicio secreto británico, según el cual el palacio estaba custodiado por un destacamento de las Waffen SS que se repartía en tres turnos de doce hombres cada uno. El personal de la Gestapo no estaba formado por tropas de combate, y la mayoría de sus miembros ni siquiera irían armados. El circuito Bollinger había conseguido reunir a quince hombres para realizar el ataque, los cuales se habían mezclado con los asistentes a la misa o vagaban por la plaza haciéndose pasar por desocupados transeúntes, con las armas ocultas bajo la ropa o en carteras y bolsos en bandolera. Si la información del M16 era correcta, los guerrilleros superaban en número a la guarnición.

Flick, sin embargo, sentía una aprensión que dominaba su mente y le oprimía el pecho. Al mencionar ante Antoinette la estimación del M16, la mujer, frunciendo el ceño, había replicado: «Yo diría que son más». Antoinette no era tonta —había sido

secretaria de Joseph Laperriere, director de una cava de champán, hasta que la ocupación redujo los beneficios y la mujer del jefe la sustituyó—, y podía tener razón.

Michel no había conseguido resolver la contradicción entre los datos del M16 y la conjetura de Antoinette. Vivía en Reims, y ni él ni nadie de su grupo conocía Sainte-Cécile. No habían tenido tiempo de llevar a cabo un reconocimiento en toda regla. Si los guerrilleros se encontraban en inferioridad numérica, pensó Flick con temor, tendrían pocas posibilidades ante soldados alemanes bien entrenados.

Paseó la mirada por la plaza buscando a los miembros de su grupo, en apariencia paseantes ociosos, que, no obstante, estaban a punto de matar o morir. Ante la mercería, mirando un rollo de anticuada tela verde expuesto en el escaparate, estaba Genevieve, una chica alta de veinte años con una Sten bajo la ligera chaqueta de entretiempo. La Sten era la metralleta favorita de la Resistencia, porque se desmontaba en tres piezas y cabía en un bolso pequeño. Genevieve podía ser la chica a la que Michel le había echado el ojo, lo que no impidió que Flick se estremeciera de horror al pensar que podían acribillarla a tiros en cuestión de segundos. Cruzando el empedrado de la plaza en dirección a la iglesia, vio a Bertrand, el benjamín del grupo con sus diecisiete años, un rubito de mirada inquieta con un Colt automático del calibre 45 oculto en el periódico que llevaba doblado bajo el brazo. Los aliados habían lanzado en paracaídas un auténtico diluvio de Colts. En un principio, Flick había excluido a Bertrand del grupo por su edad, pero andaban tan escasos de hombres y el chico le había insistido tanto que había acabado por convencerla. Flick confiaba en que su juvenil entusiasmo no se esfumara al iniciarse el tiroteo. En el atrio de la iglesia, fingiendo dar las últimas caladas a un cigarrillo antes de entrar, estaba Albert, que había sido padre de una niña, su primer hijo, esa misma mañana. Albert tenía una razón de más para querer sobrevivir. Llevaba una bolsa de tela que parecía llena de patatas; en realidad, eran granadas de mano Mark I Mills n.º 36.

En la plaza todo parecía normal, salvo por un detalle. Junto a la iglesia había aparcado un enorme y potente deportivo, un Hispano-Suiza modelo 68—bis de fabricación francesa con motor V 12 de avión, uno de los coches más rápidos del mundo. Era de color azul celeste y tenía un espectacular radiador plateado rematado por la característica cigüeña en pleno vuelo.

Había llegado hacía media hora. Su conductor, un hombre atractivo de unos cuarenta años, vestía un elegante traje de paisano, pero nadie que no fuera un oficial alemán habría tenido la desfachatez de exhibirse con semejante vehículo. Su acompañante, una pelirroja alta y llamativa con vestido de seda verde y zapatos de ante con tacón de aguja, era demasiado chic para no ser francesa. El hombre había montado una cámara en un trípode y estaba fotografiando el palacio. Entre tanto, la pelirroja lanzaba miradas desafiantes a su alrededor, como si supiera que los desharrapados lugareños que le clavaban los ojos mientras se dirigían a la iglesia la

estaban llamando «puta» mentalmente.

Hacía unos minutos, el cuarentón había conseguido alarmar a Flick al pedirle que le hiciera una foto posando con su amiga ante el palacio. Se había dirigido a ella cortésmente, con una sonrisa encantadora y apenas un asomo de acento alemán. Lo último que necesitaba Flick era distraerse en el momento crucial, pero había intuido que negarse a hacer la foto habría despertado las sospechas del alemán, tanto más cuanto que fingía ser una vecina del pueblo sin otra ocupación que tomar el sol en la terraza del bar. En consecuencia, había reaccionado como la mayoría de los franceses en parecidas circunstancias: adoptando una expresión de fría indiferencia y haciendo lo que le pedía el desconocido.

Habían sido unos instantes tan cómicos como aterradores: la agente secreta británica inclinada tras la cámara; el oficial alemán y su fulana sonriéndole; y la campana de la iglesia marcando los segundos previos a la explosión. A continuación, el oficial le había dado las gracias y había querido invitarla. Ella se había negado tajantemente: ninguna francesa habría bebido con un alemán a menos que no le importara que la llamaran puta. El hombre, comprensivo, había sonreído, y ella había vuelto a sentarse con su marido.

Era evidente que el oficial no estaba de servicio, y no parecía ir armado, de modo que no representaba ningún peligro. Aun así, tenía algo que la inquietaba. Flick intentó descubrirlo en los últimos instantes de calma, y acabó comprendiendo que no se tragaba que estuviera de turismo. Su actitud vigilante era impropia de quien está absorto en la belleza de un edificio antiguo. La mujer que lo acompañaba podía ser lo que parecía, pero él era algo más.

Antes de que Flick pudiera adivinar el motivo, la campana enmudeció.

Michelapuró su cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Se levantaron de la mesa. Procurando no llamar la atención, fueron hasta la puerta del bar y, deteniéndose en el umbral, se pusieron disimuladamente a cubierto.

Diether Franck se había fijado en la chica de la terraza aun antes de bajar del coche. Siempre se fijaba en las mujeres guapas. Aquélla era un pimpollo rebosante de atractivo sexual.

Tenía el pelo pajizo, los ojos verde claro y probablemente sangre alemana, lo que no era raro en aquella zona del nordeste de Francia tan próxima a la frontera. El vestido que cubría su menudo y esbelto cuerpo parecía un saco, pero la chica le había añadido un pañuelo barato de algodón amarillo que, en opinión de Diether, le daba un toque de buen gusto inequívocamente francés. Al dirigirle la palabra, había percibido el inicial sobresalto que experimentaba la mayoría de los franceses al verse abordados por un miembro del ejército de ocupación; pero, acto seguido, el hermoso rostro de la joven había adoptado una expresión desafiante que había aumentado la curiosidad de Diether.

La acompañaba un hombre atractivo que no parecía muy interesado en ella, probablemente su marido. Diether le había pedido que le hiciera una foto porque le apetecía hablar con ella. Tenía mujer y dos hijos preciosos en Colonia, y compartía su piso de París con Stéphanie, pero eso no era motivo para privarse de tontear con otras. Las mujeres hermosas eran como los magníficos cuadros impresionistas franceses de su colección: tener uno era querer tenerlos todos.

Las francesas eran las mujeres más hermosas del mundo. En realidad, todo lo francés era hermoso: los puentes, los bulevares, los muebles, hasta las vajillas de porcelana. A Diether le encantaban los clubes nocturnos de París, el champán, el foie gras, las baguettes calientes y comprar camisas y corbatas en Charvet, el legendario chemisier de enfrente del hotel Ritz. No le habría importado quedarse en París el resto de su vida.

A veces se preguntaba dónde había adquirido aquellos gustos. Su padre era profesor de música, el único arte cuyos maestros indiscutibles no eran los franceses, sino los alemanes. Pero Diether, que encontraba insoportablemente aburrida la anodina vida académica de su padre, había horrorizado a sus progenitores haciéndose policía, algo poco habitual para un universitario en la Alemania de la época. En 1939 era jefe del departamento de investigación criminal de la policía de Colonia. En mayo de 1940, cuando los panzer del general Heinz Guderian cruzaron el río Mosa en Sedán, atravesaron Francia de victoria en victoria y llegaron al canal de la Mancha en una semana, Diether, obedeciendo a un impulso, solicitó ingresar en el ejército. Gracias a su experiencia policial, lo reclutaron de inmediato para el contraespionaje militar. Hablaba francés a la perfección e inglés con fluidez, de modo que le encomendaron interrogar a los prisioneros enemigos. Tenía talento para aquel trabajo, y sentía un orgullo inmenso al obtener información que ayudaba a ganar batallas a su país. En el norte de África, sus resultados habían merecido los elogios del propio Rommel.

En caso necesario, no dudaba en recurrir a la tortura, pero prefería persuadir a la gente con métodos más sutiles. Así había conseguido a Stéphanie. Lista, aplomada y sensual, era propietaria de una boutique parisina que vendía sombreros de mujer irresistiblemente elegantes y obscenamente caros. Desgraciadamente, una de sus abuelas era judía. Había perdido la tienda, había pasado seis meses en una prisión francesa y estaba a punto de partir para un campo alemán cuando la rescató Diether.

Podía haberla forzado. Era lo que ella esperaba. Nadie habría protestado, por no hablar de emprender alguna acción. Sin embargo, la había mantenido, le había comprado ropa, la había instalado en el dormitorio libre de su piso y la había tratado con caballeroso afecto hasta la noche en que, tras una cena con foie de veau y una botella de La Tache, la sedujo delicadamente en el sofá, ante un buen fuego de carbón.

Ese día la chica sólo era un elemento de camuflaje. Diether volvía a estar a las órdenes de Rommel. El mariscal de campo Erwin Rommel, El Zorro del Desierto, era ahora comandante del Grupo B del ejército, que defendía el norte de Francia. El servicio secreto alemán preveía que la invasión aliada se llevaría a cabo ese verano. En vista de que no tenía suficientes hombres para vigilar los centenares de kilómetros de costa en que podía producirse el desembarco, Rommel había adoptado una arriesgada estrategia de respuesta flexible: sus batallones permanecían en el interior, a kilómetros del mar, listos para ser desplegados donde fuera necesario.

Los ingleses, que también tenían espías, estaban al corriente. Su contraplán consistía en ralentizar la respuesta de Rommel dañando sus comunicaciones. Día y noche, los bombarderos ingleses y estadounidenses batían carreteras y vías férreas, puentes y túneles, estaciones y centros de clasificación. Por su parte, la Resistencia atentaba contra centrales eléctricas y fábricas, hacía descarrilar trenes, cortaba las líneas telefónicas y enviaba a niñas a echar grava en los depósitos de aceite de camiones y tanques.

El cometido de Diether era inspeccionar los principales centros de comunicaciones y evaluar su vulnerabilidad a un ataque de la Resistencia. En los últimos meses, desde su base en París, se había pateado todo el norte de Francia abroncando a centinelas soñolientos, metiendo en cintura a capitanes negligentes y reforzando la seguridad de las garitas de señales, los depósitos ferroviarios, los parques de vehículos y las torres de control aéreo. Ese día se disponía a hacer una visita sorpresa a una central telefónica de enorme importancia estratégica. De aquel edificio dependían todas las comunicaciones telefónicas del Alto Mando en Berlín con las fuerzas alemanas en el norte de Francia, así como los teletipos, el medio más habitual para cursar órdenes. La destrucción de la central dejaría gravemente dañado el sistema alemán de comunicaciones.

Los aliados, que sin duda lo sabían, habían bombardeado el edificio, aunque con escasa efectividad hasta la fecha. La central era la candidata perfecta para un ataque de la Resistencia. Por añadidura, la seguridad, según los parámetros de Diether, era escandalosamente laxa. El motivo más probable era la influencia de la Gestapo, que tenía un destacamento en el edificio. Los miembros de la Geheime Staatspolizei, la policía secreta estatal, solían ascender en razón de su lealtad a Hitler y su entusiasmo por el nacionalsocialismo más que por su inteligencia y profesionalidad. Diether llevaba media hora haciendo fotos al edificio, y su cólera iba en aumento al ver que los responsables de la vigilancia seguían sin tomar cartas en el asunto.

Al fin, cuando la campana de la iglesia dejó de sonar, un oficial de la Gestapo con uniforme de mayor traspuso las enormes puertas de hierro del palacio y fue directo hacia Diether dándose aires.

—¡Déme esa cámara! —le gritó en francés macarrónico.

Fingiendo no haberlo oído, Diether le volvió la espalda.

—¡Está prohibido hacer fotos del palacio, imbécil! ¿No ve que es una instalación militar?

Diether se volvió hacia él y le respondió tranquilamente en alemán: —Se ha dado usted poca prisa en mover el culo.

El mayor se quedó de una pieza. La Gestapo solía intimidar a los paisanos.

—¿Cómo dice? —preguntó el mayor en un tono menos agresivo. Diether consultó su reloj.

—Llevo aquí treinta y dos minutos. Podía haber hecho una docena de fotos y haberme marchado hace rato. ¿Es usted el responsable de la seguridad?

—¿Con quién hablo?

—Mayor Diether Franck, a las órdenes directas del mariscal de campo Rommel.

—¡Franck! —exclamó el oficial de la Gestapo—. ¿No me reconoces? Diether lo miró detenidamente.

—¡Dios santo! —exclamó Diether—. ¡Willi Weber! — SturmbannführerWeber, a tu servicio.

Como la mayoría de los oficiales de la Gestapo, Weber ostentaba una graduación en las SS, que consideraba más prestigiosa que su rango en la policía.

—Qué casualidad... —murmuró Diether.

Ahora se explicaba los fallos de seguridad.

En su juventud, Willi y Diether habían sido colegas de la policía en la Colonia de los años veinte. Diether destacó enseguida; Willi era una nulidad. A Weber le molestaba el éxito de su antiguo compañero, que atribuía a sus orígenes familiares. (Los orígenes de Diether no tenían nada de extraordinario, pero Weber, hijo de un estibador, no opinaba lo mismo.)

A la postre, Weber había perdido su puesto. Diether empezó a acordarse de los detalles: se había producido un accidente de tráfico, la gente se había agolpado a mirar y Weber, presa del pánico, había disparado el arma y matado a un curioso.

Hacía quince años que no lo veía, pero se imaginaba los episodios fundamentales de la carrera de Weber: se había afiliado al partido nazi, se había convertido en organizador de voluntarios, había pedido trabajo en la Gestapo alegando su experiencia policial y había ascendido como la espuma en aquella comunidad de inútiles y amargados.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Weber.

—Comprobar vuestra seguridad para el mariscal de campo. Weber se puso en guardia.

—Nuestra seguridad es buena.

—Buena para una fábrica de salchichas. Mira a tu alrededor. — Diether abarcó la plaza del pueblo con un gesto de la mano—. ¿Y si esa gente perteneciera a la

Resistencia? Liquidarían a tus centinelas en cuestión de segundos. —Señaló a una joven alta con una chaqueta fina sobre el vestido—. ¿Y si llevara un arma bajo la chaqueta? ¿Y si...?

Se interrumpió.

De repente, comprendió que aquello no era una simple fantasía tejida para reforzar su argumento. Su inconsciente había visto a la gente de la plaza desplegándose en orden de batalla. La rubita y su marido se habían puesto a cubierto en la puerta del bar. Los dos hombres que remoloneaban en el atrio de la iglesia habían buscado el amparo de sendas columnas. La chica alta de la chaqueta fina, que hacía unos instantes miraba un escaparate, había retrocedido y se había parapetado detrás de su coche. Mientras la observaba, la joven se desabrochó la chaqueta y Diether, mudo de asombro, comprobó que su fantasía había resultado profética: bajo la chaqueta ocultaba una metralleta con culata de esqueleto, el arma favorita de la Resistencia.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se llevó la mano a la chaqueta, pero recordó que no llevaba pistola.

¿Dónde estaba Stéphanie? Miró alrededor, momentáneamente presa de algo muy parecido al pánico, pero comprobó que la chica estaba a sus espaldas, esperando pacientemente a que acabara de hablar con Weber.

—¡Al suelo! —gritó.

Al tiempo que lo decía, oyó una explosión.

En el umbral del Café des Sports, Flick se alzó de puntillas para mirar por encima del hombro de su marido. Permanecía alerta, con el corazón palpitante y los músculos en tensión; pero la sangre fluía por su cerebro como agua helada, y observaba y calculaba con fría objetividad.

Había ocho centinelas a la vista: dos en la entrada, para verificar los pases; otros dos tras ellos, ante la verja; dos más patrullando por la explanada, y los dos últimos en lo alto del corto tramo de escaleras que conducía a la imponente puerta del palacio. Pero el grueso de los hombres de Michel no entraría por la verja.

La larga fachada norte de la iglesia formaba parte del muro que rodeaba la explanada del palacio. El extremo norte del crucero penetraba unos metros en la zona de aparcamiento que ocupaba parte del antiguo jardín ornamental. En la época del Ancien Regime, el conde disponía de una entrada particular al templo, una portezuela en el muro del transepto. El vano había sido tapiado con tabloncillos cubiertos con yeso hacía más de un siglo, y seguía en el mismo estado.

Hacía una hora, un cantero jubilado llamado Gaston había entrado en la iglesia vacía y colocado cuidadosamente cuatro cargas de explosivo plástico amarillo de veintidós gramos al pie de la puerta tapiada. Había insertado los detonadores, los había conectado entre sí para que actuaran simultáneamente y había añadido una

mecha de cinco segundos conectada a un émbolo. A continuación, había esparcido ceniza del hogar de su casa para ocultar la mecha y arrimado un viejo banco de madera a la puerta para acabar de disimularla. Satisfecho de su trabajo, se había arrodillado y se había puesto a rezar.

Hacia unos segundos, al cesar las campanadas, Gaston se había levantado del banco, había recorrido los pocos metros que lo separaban del crucero, había presionado el émbolo y había corrido a ponerse a cubierto tras una esquina. La explosión había sacudido siglos de polvo de los arcos góticos, pero el transepto permanecía vacío durante los servicios, por lo que nadie había resultado herido.

Tras el estampido, un silencio sepulcral se abatió sobre la plaza. Todo el mundo se quedó petrificado: los centinelas de la entrada del palacio, los que patrullaban por la explanada, el mayor de la Gestapo, el alemán elegante y su atractiva querida. Llena de aprensión, Flick volvió la cabeza hacia la verja y clavó los ojos en la explanada. En la zona de aparcamiento quedaba una reliquia del jardín del siglo XVII, una fuente de piedra con tres querubines retozones y musgosos de los que antaño brotaban los chorros de agua. En torno a la pila seca había aparcados un camión, un coche blindado, un Mercedes sedán pintado del color verde grisáceo del ejército alemán y dos Citroen negros «traction avant» de los que la Gestapo solía usar en Francia. Hacía un instante, un soldado estaba llenando el depósito de uno de los Citroen usando una bomba de gasolina grotescamente recortada contra una de las altas ventanas del palacio. Durante unos segundos, nada se movió. Flick contuvo la respiración y esperó.

En el interior de la iglesia, entre los fieles que asistían a misa, había diez hombres armados. El párroco, que no simpatizaba con la causa y, en consecuencia, no estaba sobre aviso, debía de haberse felicitado por la insólita asistencia al servicio vespertino, que no solía tener tanto éxito de convocatoria. Tal vez le habría extrañado que algunos de los fieles llevaran gabardina a pesar del calor; pero, tras cuatro años de penuria, mucha gente vestía ropa vieja, y no era raro que alguien se pusiera una prenda de abrigo para asistir a misa porque no tenía chaqueta. A esas alturas, esperaba Flick, el cura lo habría comprendido todo. Los diez guerrilleros se habrían levantado de los bancos, habrían sacado sus armas y habrían desaparecido por el flamante agujero del muro.

Flick los vio aparecer al final de la iglesia, y el corazón le dio un vuelco de orgullo y miedo mientras el abigarrado grupo, tocado con raídas gorras y calzado con gastados zapatos, atravesaba el aparcamiento a la carrera en dirección a la magnífica puerta del palacio levantando una nube de polvo y aferrando su variopinto armamento: pistolas, revólveres, escopetas y una metralleta. Aún no las habían utilizado: querían acercarse todo lo posible al edificio antes de que empezara el tiroteo.

Michel los vio al mismo tiempo que su mujer. Hizo un ruido que era tanto un gruñido como un suspiro, y Flick supo que sentía la misma mezcla de orgullo ante la valentía de sus hombres y miedo por sus vidas. Era el momento de atraer la atención de los centinelas. Michel levantó su rifle, un Lee— Enfield n° 4 Mark I, un «canadiense», como lo llamaban en la Resistencia, porque la mayoría procedían de Canadá. Eligió un blanco, apretó el gatillo de dos tiempos y disparó. Accionando el cerrojo con un rápido gesto, dejó el arma lista para volver a usarla de inmediato.

El estallido del rifle puso fin al tenso silencio de la plaza. En la verja, uno de los centinelas soltó un grito y cayó al suelo, y Flick sintió una satisfacción tan intensa como breve: había un enemigo menos para disparar a sus camaradas. El tiro de Michel era la señal para que los demás abrieran fuego. En el atrio de la iglesia, el joven Bertrand hizo dos disparos que sonaron como petardos. Estaba demasiado lejos para que la pistola fuera efectiva, y no alcanzó a ningún centinela. A su lado, Albert le arrancó la anilla a una granada y la lanzó con todas sus fuerzas; el proyectil pasó por encima de la verja y cayó en la explanada, pero explotó entre las viñas y no produjo más efecto que levantar un remolino de hojas. Colérica, Flick estuvo a punto de gritarles: «¡No se trata de hacer ruido para descubrir vuestra posición!». Pero sólo una fuerza bien adiestrada habría podido mantener la sangre fría en pleno tiroteo. Genevieve abrió fuego desde detrás del Hispano-Suiza, y el brusco tableteo de su Sten ensordeció a Flick. La ráfaga fue más efectiva: el segundo centinela mordió el polvo.

Los alemanes reaccionaron al fin. Los soldados se pusieron a cubierto tras los pilares de piedra o se arrojaron al suelo y apuntaron sus fusiles. El mayor de la Gestapo se llevó la mano a la funda de la pistola. La pelirroja dio media vuelta y echó a correr, pero sus elegantes zapatos resbalaron en el empedrado y la hicieron caer. Su amante se arrojó sobre ella para protegerla con el cuerpo, y Flick comprendió que había acertado al suponer que era militar, pues a un civil no se le habría ocurrido que era más seguro arrojarse al suelo que huir.

Los centinelas respondieron al fuego. Una bala alcanzó a Albert casi de inmediato. Flick lo vio tambalearse y llevarse las manos a la garganta. La granada que estaba a punto de lanzar se le escapó de la mano y cayó al suelo un instante antes de que recibiera un segundo disparo, esta vez en la frente. Se derrumbó como un pelele, y Flick sintió un dolor inmenso al pensar en la niña que había nacido esa misma mañana y acababa de quedarse sin padre. Junto a Albert, Bertrand se quedó mirando la granada, que seguía rodando sobre el gastado peldaño del atrio. Se lanzó de cabeza al interior de la iglesia al tiempo que el proyectil estallaba. Flick confiaba en que reaparecería, pero al ver que no lo hacía, pensó angustiada que podía estar muerto, herido o sólo conmocionado.

El grupo procedente de la iglesia tomó posiciones en el aparcamiento y abrió

fuego contra los seis centinelas que seguían con vida. Cogidos entre dos fuegos, el proveniente de la explanada y el de la plaza, los soldados de la verja perecieron en cuestión de segundos. Sólo quedaban los dos de la escalinata. El plan de Michel estaba funcionando, se dijo Flick, que sintió renacer sus esperanzas.

Pero las tropas del interior del edificio habían tenido tiempo de armarse y correr a puertas y ventanas, y empezaron a disparar en ese momento. El resultado de la lucha seguía en el aire. Todo dependía del número de los defensores.

El tiroteo arreció y Flick dejó de contar. Al cabo de unos instantes, comprendió angustiada que en el palacio había más hombres de lo que habían supuesto. Les disparaban desde al menos doce puertas y ventanas. El grupo de la iglesia, que a esas alturas debería haber entrado en el edificio, retrocedió y se parapetó tras los vehículos del aparcamiento. La impresión de Antoinette respecto a la guarnición de la central era acertada. Según la información del M16 constaba de doce hombres, pero los guerrilleros habían abatido a seis con toda certeza y al menos otros catorce seguían disparando.

Flick maldijo para sus adentros. En un golpe de mano como aquél, las únicas bazas de la Resistencia eran la sorpresa y la rapidez. Si no aplastaban al enemigo de inmediato, estarían en un aprieto. Conforme transcurrieran los segundos, la preparación militar y la disciplina de los alemanes prevalecerían sobre el arrojo de los guerrilleros. A la postre, las tropas regulares siempre tenían las de ganar en un combate prolongado.

Una de las ventanas del piso superior del palacio se abrió de golpe, y una ametralladora empezó a batir la explanada. Debido a su elevada posición, produjo una auténtica carnicería entre los guerrilleros parapetados tras los coches. Horrorizada e impotente, Flick vio cómo sus camaradas caían uno tras otro y se desangraban alrededor de la fuente de piedra, hasta que sólo quedaron dos o tres para seguir disparando. Habían fracasado, se dijo Flick con desesperación. Los superaban en número y los habían barrido. El amargo sabor de la derrota brotó de su garganta.

Michel seguía disparando contra los hombres que manejaban la ametralladora.

—¡No podremos acabar con ese tirador desde el suelo! — exclamó, y recorrió con la mirada los aleros de la plaza, los tejados de las casas, la torre de la iglesia y el último piso del ayuntamiento—. Si consiguiera llegar al despacho del alcalde, tendría una posición perfecta.

—Espera —dijo Flick con la boca seca. Por mucho que lo deseara, no podía impedirle que se jugara la vida, pero sí aumentar sus posibilidades de sobrevivir y cumplir su objetivo—. ¡Genevieve! —gritó a voz en cuello. La chica se volvió hacia ellos—. ¡Cubre a Michel!

Genevieve asintió con energía, salió de detrás del deportivo y echó a correr disparando ráfagas de metralleta hacia las ventanas del palacio.

—Gracias —le dijo Michel a Flick antes de salir al descubierto y lanzarse a la carrera hacia el ayuntamiento.

Genevieve seguía corriendo hacia el atrio de la iglesia. Las ráfagas de la Sten mantuvieron ocupados a los alemanes mientras Michel intentaba llegar ileso al ayuntamiento. De pronto, Flick percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Miró a su izquierda y vio que, arrimado al muro del ayuntamiento, el mayor de la Gestapo apuntaba a Michel con la pistola.

Era difícil acertar a un blanco móvil con un arma corta salvo disparándole a bocajarro, pero el mayor podía tener suerte, pensó Flick con el corazón en un puño. Sus órdenes eran observar, redactar un informe y abstenerse rigurosamente de participar en la acción, pero en ese momento pensó: «¡Y un cuerno!». Llevaba en el bolso su arma personal, una Browning automática de nueve milímetros, que prefería al Colt estándar del Ejecutivo porque tenía un cargador de trece balas en vez de siete y podía usar los mismos proyectiles de nueve milímetros Parabellum que la metralleta Sten. La sacó del bolso, quitó el seguro, amartilló, estiró el brazo y disparó dos veces al oficial alemán.

Falló, pero las balas hicieron saltar fragmentos de piedra al rostro del mayor, que no tuvo más remedio que agacharse.

Michel seguía corriendo.

El mayor se repuso rápidamente y volvió a apuntarle.

Michel se aproximaba al ayuntamiento, pero también al alemán, al que ofrecía un blanco cada vez más fácil. Michel disparó el Enfield en su dirección, pero el tiro salió desviado, y el mayor siguió apuntándole y disparó. Michel dobló el cuerpo, y Flick soltó un grito.

Su marido cayó al suelo, intentó levantarse y se derrumbó. Flick procuró calmarse y pensar. Michel seguía con vida. Genevieve había llegado al atrio de la iglesia y seguía disparando y manteniendo a raya a los defensores del palacio. Flick vio la oportunidad de salvar a Michel. Sus órdenes eran estrictas, pero nadie podía ordenarle que dejara desangrarse a su marido en el suelo de aquella plaza. Por otra parte, si lo abandonaba allí, lo harían prisionero y lo someterían a interrogatorio. Como jefe del circuito Bollinger, Michel sabía todos los nombres, todas las direcciones, todos los códigos. Su captura sería una catástrofe.

Flick no tenía elección.

Volvió a disparar, y volvió a fallar, pero siguió apretando el gatillo hasta forzar al mayor a retroceder a lo largo del muro para ponerse a cubierto.

Abandonó la puerta del bar y echó a correr por la plaza. Por el rabillo del ojo vio al dueño del deportivo, que seguía en el suelo, protegiendo a la pelirroja con el cuerpo. Se había olvidado de él por completo, se dijo con súbito miedo. ¿Estaría armado? Si era así, podría abatirla con toda facilidad. Pero nadie le disparó.

Llegó junto a Michel y se arrodilló a su lado. Se volvió hacia el ayuntamiento, disparó dos veces sin apuntar para mantener en jaque al mayor y se volvió hacia su marido.

Michel estaba tendido boca arriba, y Flick comprobó aliviada que tenía los ojos abiertos y respiraba. La sangre parecía brotar de la nalga izquierda. Flick se tranquilizó.

—Te han hecho un agujero nuevo en el culo —le dijo en inglés.

—Me duele horrores —respondió él en francés.

Flick se volvió hacia el ayuntamiento. El mayor se había alejado unos veinte metros, había atravesado la calleja y se había parapetado en el quicio de una tienda. Esa vez Flick empleó unos segundos en apuntar cuidadosamente. Disparó cuatro veces. El escaparate de la tienda saltó hecho añicos, y el mayor se tambaleó y se desplomó sobre el empedrado.

—Intenta levantarte —le dijo Flick a Michel en francés. Gimiendo de dolor, Michel rodó sobre un costado y se incorporó sobre una rodilla, pero no consiguió mover la pierna herida—. ¡Vamos! —le urgió Flick con aspereza—. Si te quedas aquí, conseguirás que nos maten.

Lo agarró de la pechera de la camisa y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió ponerlo en pie. Michel se aguantaba sobre la pierna ilesa, pero no podía con su propio peso y tuvo que apoyarse en su mujer. Flick comprendió que no podía andar y soltó un gemido de desesperación.

Volvió la cabeza hacia la esquina del ayuntamiento. El mayor se estaba levantando. Tenía la cara ensangrentada, pero no parecía herido de gravedad. Flick comprendió que las astillas de cristal sólo le habían producido cortes superficiales y que seguía estando en condiciones de disparar.

No le quedaba otra solución: tendría que cargar con Michel y llevarlo hasta un lugar seguro.

Se inclinó, lo agarró por los muslos y se lo echó al hombro al estilo de los bomberos. Michel era alto pero estaba delgado, como la mayoría de los franceses en aquellos tiempos; aun así, Flick creyó que la aplastaría con su peso. Se tambaleó y tembló como una hoja, pero aguantó en pie.

Esperó un momento y dio un paso adelante.

Avanzó haciendo eses por el empedrado. Creyó que el mayor le estaba disparando, pero no estaba segura, porque los alemanes del palacio, Genevieve y los dos supervivientes del aparcamiento seguían intercambiando disparos. El miedo a que una bala la alcanzara en cualquier momento le dio fuerzas, y empezó a trotar sin dejar de hacer eses. Se dirigió hacia la calle que desembocaba en el extremo sur de la plaza, la salida más próxima. Pasó junto al alemán de paisano, que seguía tumbado sobre la pelirroja, y se sobresaltó al ver que la miraba con una mezcla de incredulidad

y admiración. De pronto, tropezó con un velador, que cayó al suelo, y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero consiguió enderezarse y siguió avanzando. Una bala alcanzó la ventana del bar, y Flick echó un vistazo a la telaraña de fisuras que cuarteó el cristal. Un momento después, dobló la esquina y se puso fuera de la línea de tiro del mayor. «Vivos —pensó aliviada—; los dos. Al menos unos minutos más.»

Hasta ese momento no había pensado adónde iría cuando se pusiera a cubierto. Los dos vehículos en que preveían huir estaban aparcados a dos calles de distancia, pero no llegaría tan lejos cargada con Michel.

No obstante, Antoinette Dupert vivía en aquella misma calle, a sólo unos pasos. No era de la Resistencia, pero simpatizaba con la causa lo bastante como para haberles dibujado un plano del palacio. Además, Michel era su sobrino. No podía negarse a ayudarlos.

Fuera como fuese, Flick no tenía alternativa.

Antoinette vivía en la planta baja de una casa de vecinos. Cargada con Michel, Flick recorrió los escasos metros que separaban la esquina de la plaza del edificio y entró en el patio. Empujó una puerta interior y dejó a su marido sobre el suelo de baldosas.

Aporreó la puerta de Antoinette jadeando ruidosamente.

—¿Quién es? —oyó preguntar a una voz recelosa. Amedrentada por el tiroteo, Antoinette parecía reacia a abrir. —¡Vamos, deprisa! —susurró Flick, temiendo que algún vecino simpatizara con los nazis.

La puerta siguió cerrada, pero Flick oyó la voz de Antoinette al otro lado de la hoja:

—¿Quién es?

Instintivamente, Flick evitó dar nombres en voz alta. —Su sobrino está herido —susurró.

La puerta se abrió de inmediato. Antoinette, una mujer de cincuenta años y espalda recta, apareció en el umbral. Llevaba un vestido que había vivido tiempos mejores, desteñido, aunque impecablemente planchado. Estaba pálida de miedo.

—¡Michel! —exclamó arrodillándose junto a su sobrino—. ¿Es grave? —Duele, pero sobreviviré —murmuró Michel con los dientes apretados.

—Pobrecito mío... —suspiró la mujer apartándole el pelo de la sudorosa frente con suavidad.

—Llévemolo adentro —la urgió Flick.

Agarró a su marido por los brazos mientras Antoinette lo levantaba por las piernas. Michel soltó un quejido. Lo llevaron en volandas hasta el salón y lo dejaron sobre un sofá de raído terciopelo.

—Quédese con él mientras voy a buscar el coche —dijo Flick, y echó a correr hacia la calle.

El tiroteo había menguado. Le quedaba poco tiempo. Siguió corriendo, dobló a la izquierda y luego a la derecha.

Los dos vehículos, estacionados ante una panadería cerrada, esperaban con los motores encendidos: un viejo Renault y una furgoneta un letrero apenas legible en uno de los costados: «Blanchisserie Bisset», Lavandería Bisset. La furgoneta era del padre de Bertrand, que podía conseguir gasolina porque se encargaba de lavar las sábanas de varios hoteles ocupados por los alemanes. El Renault lo habían robado esa misma mañana en Chalons; Michel le había cambiado las placas de la matrícula. Flick optó por coger el coche y dejar la furgoneta para quienes consiguieran sobrevivir a la matanza, y se acercó a dar instrucciones a su conductor.

—Espera cinco minutos; luego, vete —le dijo. Corrió hacia el coche y se sentó en el asiento del acompañante—. ¡Vámonos, deprisa! —le ordenó a la conductora.

Al volante del Renault estaba Gilberte, una adolescente de diecinueve años y larga melena negra, guapa pero corta de alcances. Flick ignoraba si pertenecía a la Resistencia, aunque desde luego no daba la talla.

—¿Adónde? —preguntó Gilberte sin mover la palanca de cambio.

—Ya te lo diré. ¡Por amor de Dios, muévete! —Gilberte puso primera e hizo avanzar el vehículo—. A la izquierda; luego, a la derecha.

En los dos minutos de inactividad que pasó en el coche, Flick comprendió abrumada la magnitud de la tragedia. El grueso del circuito Bollinger había caído. Albert y otros habían muerto. Genevieve, Bertrand y cualquier otro superviviente serían capturados y torturados con toda probabilidad.

Y no había servido para nada. La central telefónica no había sufrido daños y el sistema alemán de comunicaciones seguía intacto. Flick se sintió una incompetente. Se esforzó por descubrir en qué se había equivocado. ¿Habían errado al intentar un ataque frontal contra una instalación custodiada por soldados? No necesariamente; el plan podía haber funcionado si la información del M16 hubiera sido exacta. No obstante, en ese momento comprendió que habría sido preferible penetrar en el edificio por algún medio clandestino. Eso habría aumentado las posibilidades de la Resistencia.

Gilberte detuvo el coche ante la casa.

—Da la vuelta —le ordenó Flick antes de apearse.

Con los pantalones bajados y tumbado boca abajo en el sofá de su tía, Michel ofrecía un espectáculo poco digno. Arrodillada junto a él, con una toalla ensangrentada en la mano, Antoinette observaba el trasero de su sobrino con las gafas en la punta de la nariz.

—Ya sangra menos, pero la bala sigue ahí dentro —dijo la mujer.

Tenía el bolso en el suelo, junto al sofá. Había vaciado su contenido sobre la mesita de café, seguramente para buscar las gafas. Los ojos de Flick se posaron sobre

una hoja de papel escrita a máquina, estampillada y con una pequeña foto de Antoinette pegada en un ángulo, todo ello en una pequeña carpeta de cartón. Era el pase que la autorizaba a entrar en el palacio. Flick tuvo una súbita inspiración.

—Tengo un coche esperando —dijo.

—No deberíamos moverlo —respondió la mujer sin dejar de examinar la herida.

—Si se queda aquí, lo capturarán los boches. —Flick cogió el pase disimuladamente—. ¿Cómo estás? —le preguntó a Michel.

—Creo que podré andar —respondió—. Ya no me duele tanto.

Flick se guardó el pase en el bolso. Antoinette no se había dado cuenta de nada.

—Ayúdeme a levantarlo —le pidió Flick.

Consiguieron ponerlo en pie entre las dos. Antoinette le subió los pantalones de algodón azul y le abrochó el viejo cinturón de cuero.

—Quédese dentro —le aconsejó Flick—. Más vale que no la vean con nosotros.

No había empezado a madurar su idea, pero estaba claro que no funcionaría si Antoinette y sus limpiadoras empezaban a despertar sospechas.

Michel pasó un brazo sobre los hombros de su mujer y se apoyó en ella con todo su peso. Flick lo sostuvo como pudo, y juntos fueron dando tumbos hasta la calle. Cuando llegaron al coche, Michel estaba pálido de dolor. Gilberte los miró por la ventanilla con expresión aterrorizada.

—¡Sal del coche y abre la jodida puerta, pánfila! —masculló Flick.

Gilberte saltó fuera del Renault, abrió la puerta posterior y ayudó a Flick a acomodarse en el asiento a Michel. Cerraron la puerta y entraron en el coche a toda prisa.

—Larguémonos de aquí —dijo Flick.

Diether estaba consternado y colérico. En cuanto cesó el tiroteo y su corazón recobró el ritmo normal, empezó a reflexionar sobre lo que acababa de presenciar. Nunca hubiera imaginado que la Resistencia fuera capaz de llevar a cabo una acción tan bien planeada y tan cuidadosamente ejecutada. Basándose en lo que había aprendido en los últimos meses, creía que sus atentados solían ser ataques relámpago. Pero aquélla era la primera vez que los veía en acción. Iban armados hasta los dientes y desde luego no andaban escasos de munición, a diferencia del ejército alemán. Y, por si fuera poco, eran valientes. Diether no podía evitar sentir admiración por el tirador que había intentado cruzar la plaza a la carrera, por la chica de la metralleta Sten que lo había cubierto y, sobre todo, por la rubita que se lo había echado al hombro y había cargado con él —un hombre que le sacaba media cabeza— hasta ponerlo a salvo. No cabía duda de que gente como aquélla representaba una auténtica amenaza para las fuerzas alemanas de ocupación. No se parecían en nada a los criminales que había perseguido en la Colonia de preguerra. Los delincuentes eran estúpidos, perezosos, cobardes y brutales. Los hombres y mujeres de la Resistencia

eran combatientes.

Pero su fracaso brindaba a Diether una oportunidad única.

Cuando tuvo la certeza que de que el tiroteo había acabado, se puso en pie y ayudó a levantarse a Stéphanie. La joven, que tenía las mejillas rojas y respiraba con dificultad, le cogió las manos y lo miró a los ojos.

—Me has protegido —murmuró. Los ojos se le arrasaron en lágrimas—. Has arriesgado tu vida convirtiéndote en mi escudo.

Diether le sacudió el polvo del vestido. Estaba sorprendido de su propia caballerosidad. Había sido un acto reflejo. Al pensarlo detenidamente, comprendió que no estaba seguro de querer dar la vida por Stéphanie.

—Este cuerpazo es inmune a las balas —bromeó procurando quitarle importancia al asunto.

La chica se echó a llorar.

Diether le cogió la mano y atravesaron la plaza en dirección al palacio. —Entremos —le dijo—. Así podrás sentarte y descansar.

Cruzaron la verja. Una vez en la explanada, Diether vio un boquete en el muro de la iglesia y comprendió por dónde había entrado el grueso de los atacantes.

Los Waffen SS habían salido del edificio y estaban desarmando a los guerrilleros. Diether observó con atención a los hombres de la Resistencia. La mayoría habían muerto, pero algunos sólo estaban heridos, y un par habían resultado ilesos. Tendría que interrogar a todos los supervivientes.

Hasta ese momento, su trabajo había sido preventivo. Se había limitado a precaverse contra los ataques de la Resistencia fortaleciendo la seguridad de las instalaciones clave. Los prisioneros capturados ocasionalmente le habían proporcionado escasa información. Pero disponer de varios, pertenecientes a un circuito importante y tan bien organizado como aquél, era algo muy distinto. Aquella podía ser su oportunidad de tomar la iniciativa, se dijo, impaciente por ponerse manos a la obra.

—¡Usted! —exclamó haciendo una seña a un sargento—. Consiga un médico para los prisioneros. Tengo que interrogarlos. Procure que no muera ninguno.

Aunque Diether iba de paisano, su actitud evidenciaba que era un oficial de alto rango.

—Muy bien, señor —respondió el sargento.

Diether subió la escalinata acompañado de Stéphanie, cruzó la impresionante puerta y entró en el amplio vestíbulo. El espectáculo lo dejó sin respiración: suelo de mármol rosa, altas ventanas con magníficas cortinas, paredes con motivos etruscos en escayola que destacaban sobre desvaídos fondos rosados y verdes, y techo decorado con borrosos querubines. En otros tiempos, se dijo Diether, la estancia debía de estar amueblada con lujosas piezas: consolas bajo altos espejos, aparadores con

incrustaciones de similar, primorosas sillas de patas doradas, pinturas al óleo, enormes jarrones y diminutas estatuillas de mármol. Por supuesto, no quedaba nada de eso. El vestíbulo estaba lleno de hileras de centralitas con sendas sillas y de un sinfín de cables, enroscados en el suelo como nidos de serpientes.

Al iniciarse el tiroteo, las operadoras debían de haberse puesto a cubierto en los terrenos de la parte posterior del edificio; ahora unas cuantas permanecían ante las puertas de cristal, con los auriculares puestos, preguntándose sin duda si ya era seguro entrar. Diether hizo sentarse a Stéphanie ante una de las centralitas y llamó a una telefonista de mediana edad.

—Madame, por favor —le dijo en francés con tono a un tiempo amable y firme—.Tráigale una taza de café caliente a la señorita. La mujer se acercó y lanzó una mirada de odio a Stéphanie. — Muy bien, monsieur.

—Y un coñac. Está conmocionada.

—No tenemos coñac.

Tenían, pero la mujer no estaba dispuesta a malgastarlo con la querida de un alemán. Diether lo dejó correr.

—Entonces, sólo café, pero dése prisa si no quiere tener problemas.

Le dio unas palmaditas en el hombro a Stéphanie y la dejó sola. Cruzó una puerta de doble hoja y se dirigió hacia al ala este. El palacio consistía en una sucesión de recibidores comunicados entre sí, al estilo de Versalles. Las habitaciones estaban llenas de centralitas, que no obstante tenían un aspecto menos provisional que las del vestíbulo; los cables, cuidadosamente recogidos, desaparecían por agujeros practicados en el suelo que comunicaban con el sótano. Diether supuso que el desorden del vestíbulo se debía al hecho de que había sido puesto en servicio como medida de emergencia tras el bombardeo del ala oeste. Algunas ventanas estaban permanentemente tapiadas, sin duda como precaución contra un ataque aéreo, pero otras tenían descorridas las pesadas cortinas, y Diether imaginó que las telefonistas se resistían a trabajar con luz artificial.

El ala este acababa en el rellano de una escalera. Diether tomó el tramo descendente. Al llegar abajo, vio una puerta de acero. La abrió y asomó la cabeza. En el cuarto había un pequeño escritorio y una silla, y supuso que era un puesto de guardia. El soldado de servicio debía de haberlo abandonado para sumarse a la defensa del palacio. Diether entró y tomó nota mentalmente de aquel fallo de seguridad.

El ambiente del sótano era muy distinto al que reinaba en la majestuosa planta baja. Originalmente ideadas para servir como cocinas, despensas y dormitorios de las docenas de sirvientes que debían de trabajar en el edificio tres siglos antes, las dependencias del sótano tenían techos bajos, paredes desnudas y suelos de piedra o, en algunos casos, de tierra batida. Diether avanzó por un ancho pasillo. Las puertas

ostentaban pulcros rótulos en alemán, pero las abrió todas. A su izquierda, en la parte delantera del edificio, se hallaba instalado el complejo equipo de la central telefónica: un generador, enormes baterías y cuartos llenos de enmarañados cables. A su derecha, hacia el fondo del palacio, estaban las dependencias de la Gestapo: un laboratorio fotográfico, una amplia sala de radio para interceptar las conversaciones de la Resistencia y celdas con mirillas en las puertas. Todas las ventanas estaban tapiadas, los muros, cubiertos de sacos de arena y los techos, reforzados con hormigón y vigas de acero, obviamente para evitar que los bombarderos aliados inutilizaran las instalaciones telefónicas.

La puerta del final del pasillo tenía un letrero con la leyenda «Centro de interrogatorios». Diether la abrió. La primera habitación tenía las paredes desnudas y pintadas de blanco, potentes luces y el mobiliario habitual en una simple sala de entrevistas: una mesa barata con un cenicero y sillas resistentes. La atravesó y entró en la siguiente. Las luces eran menos potentes y las paredes, de ladrillo visto. Había un pilar manchado de sangre con ganchos para atar a los prisioneros; un paragüero con una selección de porras de madera y barras de acero; una mesa de operaciones similar a las de un hospital con una abrazadera para inmovilizar la cabeza de la víctima y correas para las muñecas y los tobillos; una máquina para aplicar electrochoques; y un armario cerrado con llave, que probablemente contenía drogas y jeringas hipodérmicas. Era una cámara de tortura. Diether había estado en muchas parecidas, pero seguían poniéndolo enfermo. Tuvo que decirse una vez más que la información obtenida en sitios como aquél ayudaba a salvar las vidas de jóvenes soldados alemanes, que podrían volver a la patria para reunirse con sus mujeres y sus hijos en lugar de morir en el campo de batalla. No obstante, la sala seguía produciéndole escalofríos.

Oyó un ruido a sus espaldas y dio un respingo. Giró rápido. Cuando vio lo que había en el umbral tuvo que retroceder un paso, aterrado.

—¡Dios santo! —murmuró.

Una silueta rechoncha permanecía inmóvil ante sus ojos, con el rostro en sombras debido a la intensa luz del cuarto inmediato, que lo iluminaba desde atrás.

—¿Quién es usted? —preguntó Diether, que percibió el miedo en su propia voz.

La silueta dio un paso hacia la luz y se transformó en un individuo vestido con el uniforme de sargento de la Gestapo. Era bajo y grueso, de rostro mofletudo y pelo rubio ceniza, tan corto que lo hacía parecer calvo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó el sargento con acento de Frankfurt.

Diether se tranquilizó. La cámara de tortura había conseguido ponerlo nervioso, pero, recuperando su habitual tono de autoridad, respondió:

—Soy el mayor Franck. ¿Y usted?

—Becker, señor, a su servicio —contestó el sargento en tono respetuoso.

—Traiga a los prisioneros aquí abajo en cuanto sea posible —le ordenó Diether—. Los que puedan andar deberían estar aquí de inmediato; los otros, en cuanto los haya visto un médico.

—Muy bien, mayor.

Becker dio media vuelta y se marchó. Diether volvió a la sala de entrevistas y se sentó en una de las sillas. Se preguntó cuánta información conseguiría obtener de los guerrilleros. Sus conocimientos podían limitarse a la ciudad en que vivían. En el peor de los casos, si su sistema de seguridad era bueno, puede que cada individuo sólo estuviera al tanto de lo que le afectaba en su propio circuito. Inevitablemente, pocos elementos tendrían amplia información sobre su célula y quizá sobre otras. El sueño de Diether era que un circuito lo condujera a otro y así sucesivamente, en cadena, lo que le permitiría causar un daño irreparable a la Resistencia en las semanas previas a la invasión aliada.

Oyó pasos en el corredor y alzó la vista. Los soldados traían a los prisioneros. La primera en aparecer fue la chica que llevaba una metralleta Sten oculta bajo la chaqueta. Diether se felicitó. Que entre los prisioneros hubiera una mujer siempre resultaba útil. Sometidas a interrogatorio, las mujeres podían ser tan duras como los hombres; pero a veces la mejor forma de hacer hablar a un hombre era golpear a una mujer ante él. Aquélla, para colmo, era alta y atractiva, lo que no hacía sino mejorar todavía más las cosas. No parecía herida. Diether detuvo al soldado que la escoltaba con un gesto de la mano y se dirigió a la joven en francés:

—¿Cómo se llama? —le preguntó en tono amistoso. Ella le lanzó una mirada desafiante.

—¿Por qué iba a decírselo?

Diether se encogió de hombros. Aquel nivel de oposición era fácil de vencer. Utilizó una respuesta que le había dado buenos resultados en numerosas ocasiones.

—Sus parientes podrían preguntar si está detenida. Si sabemos su nombre, podremos confirmárselo.

—Me llamo Genevieve Delys.

—Un hermoso nombre para una hermosa joven —dijo Diether, e hizo ademán de que se la llevaran.

El siguiente era un hombre de unos sesenta años, que cojeaba y sangraba por una herida en la cabeza.

—Es usted un poco mayor para tanto ajetreo, ¿no le parece? El hombre lo miró con orgullo.

—He sido yo quien ha puesto las cargas —respondió desafiante. —¿Nombre?

—Gaston Lefevre.

—Sólo le pido que recuerde una cosa, Gaston —dijo Diether en tono amable—. El dolor durará lo que usted quiera. Acabará en cuanto decida ponerle fin.

Al imaginar lo que le esperaba, el miedo asomó a los ojos del prisionero.

Diether asintió satisfecho.

—Llévenselo.

A continuación entró un muchacho de no más de diecisiete años, calculó Diether, un chico bien parecido que estaba muerto de miedo. —¿Nombre?

El joven, que parecía conmocionado, titubeó. Tras pensárselo un momento, respondió:

—Bertrand Bisset.

—Buenas tardes, Bertrand —dijo Diether en tono agradable—. Bienvenido al infierno.

El chico lo miró como si acabara de abofetearlo. Diether ordenó que se lo llevaran.

En ese momento, apareció Willi Weber. Becker le pisaba los talones como un perro de presa sujeto con una cadena. —¿Cómo has entrado aquí? —preguntó Weber con brusquedad.

—He llegado dando un paseo —respondió Diether—. Tu seguridad apesta.

—¡Memeces! ¡Acabas de vernos repeler un ataque!

—¡De una docena de hombres y un par de chicas!

—Los hemos vencido, eso es lo único que cuenta.

—Piensa en ello, Willi —dijo Diether recobrando la compostura—. Han sido capaces de desplegarse en las cercanías del palacio sin que lo advirtierais, entrar en la explanada y matar al menos a seis buenos soldados alemanes. Sospecho que el único motivo de que los hayáis vencido es que pensaban que erais menos. Y he entrado en este sótano sin que nadie me diera el alto, porque el guardia había abandonado su puesto.

—Es un alemán valiente y ha querido unirse a la lucha.

—Que Dios nos asista —murmuró Diether exasperado—. Un soldado no abandona su puesto para unirse a la lucha. ¡Obedece órdenes!

—No acepto que me des lecciones de disciplina militar.

Diether decidió zanjar la discusión, por el momento.

—Ni yo pretendo dártelas.

—Entonces, ¿qué pretendes?

—Hablar con los prisioneros.

—Eso es cosa de la Gestapo.

—No seas ridículo. El mariscal de campo Rommel me ha pedido a mí, no a la Gestapo, que limite la capacidad de la Resistencia para dañar nuestras comunicaciones en caso de invasión. Esos prisioneros pueden proporcionarme una información trascendental. Tengo intención de interrogarlos.

—No mientras estén bajo mi custodia —replicó Weber con terquedad—. Los

interrogaré personalmente y enviaré un informe al mariscal de campo.

—Los Aliados van a invadirnos este verano con toda probabilidad...

—¿No va siendo hora de que dejemos de ponernos zancadillas? — Nunca es hora de renunciar a una organización eficiente.

A Diether le dieron ganas de gritar. Desesperado, se tragó su orgullo e intentó llegar a una solución de compromiso.

—Interroguémoslos juntos.

Creyendo haber vencido, Weber sonrió.

—De ningún modo.

—Eso significa que tendré que pasar por encima de ti.

—Será si puedes.

—Por supuesto que puedo. Lo único que conseguirás será hacerme perder el tiempo.

—Ya lo veremos.

—Maldito idiota... —rezongó Diether, rabioso—. Que Dios proteja a Alemania de patriotas como tú.

Dio media vuelta y se marchó.

Gilberte y Flick abandonaron Sainte-Cécile y tomaron una carretera comarcal en dirección a Reims. Gilberte conducía tan rápido como le permitía la estrecha calzada. Flick clavaba los ojos con aprensión en el final de la cinta de asfalto. Ascendía y descendía colinas bajas y serpenteaba entre viñedos trazando sinuosas líneas entre pueblo y pueblo. Los numerosos cruces, si bien ralentizaban la marcha, hacían imposible que la Gestapo bloqueara todas las carreteras procedentes de Sainte-Cécile. No obstante, Flick se mordía los labios temiendo que los detuvieran en un control rutinario. No había forma de explicar que llevaran a un hombre herido de bala en el asiento posterior.

Al pensarlo detenidamente, Flick comprendió que no podía llevar a Michel a su casa de Reims. Tras la rendición de Francia en 1940 y su consiguiente desmovilización, Michel había decidido no reincorporarse a su puesto en la Sorbona y había regresado a su ciudad natal para ocupar una plaza de subdirector de instituto y —sobre todo— para organizar un circuito de la Resistencia. Se había instalado en el domicilio de sus difuntos padres, una casita preciosa cercana a la catedral. Pero Flick decidió no llevarlo allí. Era un sitio demasiado conocido. Aunque por regla general los miembros de un grupo de la Resistencia ignoraban dónde vivían sus camaradas —por motivos de seguridad, sólo lo daban a conocer para una entrega o una cita—, Michel era el jefe, y la mayoría de sus hombres conocían la casa.

Lo más probable, se dijo Flick, era que algún integrante del grupo hubiera sido capturado con vida. No tardarían en interrogarlo. A diferencia de los agentes británicos, los partisanos no llevaban encima píldoras letales. Lo único seguro de un

interrogatorio era que todo el mundo acababa hablando. En ocasiones, la Gestapo perdía la paciencia y mataba al prisionero en un exceso de entusiasmo; pero si eran cuidadosos y estaban decididos a obtener resultados, podían conseguir que el individuo más firme traicionara a sus mejores camaradas. Nadie soporta el dolor eternamente.

En consecuencia, Flick tenía que actuar como si el enemigo conociera el domicilio de Michel. ¿A qué otro sitio podía llevarlo?

—¿Cómo está? —preguntó Gilberte con preocupación.

Flick volvió la cabeza hacia el asiento posterior. Su marido tenía los ojos cerrados, pero respiraba normalmente. Por suerte, se había quedado dormido. Necesitaría que alguien se ocupara de él, al menos durante uno o dos días. Flick se volvió hacia Gilberte. Siendo joven y soltera, debía de seguir en casa de sus padres.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—A las afueras de la ciudad, en la carretera de Cernay. —¿Sola?

Fuera cual fuese el motivo, Gilberte parecía inquieta. —Sí, claro que sola.

—¿En una casa, en un piso, en una pensión? —En un piso de dos habitaciones.

—Iremos allí.

—¡No!

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

La chica parecía ofendida.

—No, no tengo miedo.

—¿Entonces?

—No me fío de los vecinos.

—¿Hay entrada posterior?

—Sí —respondió Gilberte de mala gana—, en el callejón de una pequeña fábrica.

—Parece perfecto.

—De acuerdo, tienes razón. Iremos a mi casa. Es sólo... Me has cogido desprevenida, eso es todo.

—Lo siento.

Flick debía regresar a Londres esa misma noche. El avión la recogería en un prado a las afueras de Chatelle, un pueblo a ocho kilómetros de Reims. Se preguntó si el aparato conseguiría llegar. Guiándose por las estrellas, era extraordinariamente difícil encontrar un prado a las afueras de un pueblecito. Los pilotos solían extraviarse; en realidad, era un milagro que acertaran alguna vez. Flick miró al cielo: estaba despejado y empezaba a adquirir el tono azul oscuro que anuncia la noche. Si el tiempo se mantenía, la luna iluminaría la improvisada pista de aterrizaje.

Si no la recogían esa noche, se dijo, lo harían a la siguiente, como de costumbre.

Los camaradas que habían dejado atrás volvieron a su pensamiento. ¿Habría muerto el joven Bertrand? ¿Y Genevieve? Flick casi lo deseaba. Si seguían vivos,

tendrían que enfrentarse a la agonía de la tortura. Sintió que se le encogía el corazón al pensar una vez más que los había conducido a la derrota. Sospechaba que Bertrand se había encaprichado de ella. Era lo bastante joven para sentirse culpable por desear secretamente a la mujer de su jefe. Flick se arrepintió de no haberle ordenado quedarse en casa. El resultado habría sido el mismo, y él habría seguido siendo el muchacho simpático y alegre de siempre, en lugar de un cadáver o algo peor.

Nadie acertaba siempre, y en la guerra, cuando los jefes se equivocaban, moría gente. Era un hecho irremediable, pero Flick seguía tratando de hallar consuelo. Ansiaba descubrir algún modo de hacer que el sufrimiento de sus compañeros no fuera en vano. Tal vez consiguiera aprender algo de su sacrificio para intentarlo de nuevo en mejores condiciones.

Pensó en el pase que le había robado a Antoinette, y en la posibilidad de utilizarlo para entrar subrepticamente en el palacio. Unas cuantas mujeres disfrazadas de limpiadoras podían conseguirlo. Desechó de inmediato la posibilidad de hacerlas pasar por telefonistas; era un trabajo especializado que no se aprendía de la noche a la mañana. Pero cualquiera sabía usar una escoba.

¿Advertirían los alemanes que las limpiadoras eran nuevas? Probablemente no se fijaban en las mujeres que barrían y quitaban el polvo. ¿Y las telefonistas francesas? ¿Las delatarían? Era un riesgo que merecía la pena.

El Ejecutivo disponía de un eficaz departamento de falsificaciones capaz de copiar cualquier documento, en algunos casos utilizando incluso el mismo papel del original, en un par de días. Las falsificaciones del pase de Antoinette no tardarían en estar listas.

Flick se sentía culpable por habérselo robado. Puede que en ese momento lo estuviera buscando frenéticamente, mirando bajo el sofá, hurgándose en los bolsillos y escudriñando el patio linterna en mano. Cuando le dijera a la Gestapo que lo había perdido, tendría problemas. Pero acabarían dándole otro. Haciéndolo de aquel modo no podían acusarla de colaborar con la Resistencia. Si la interrogaban, sostendría con firmeza que lo había extraviado, pues estaba convencida de ello. Además, reflexionó Flick, si se lo hubiera pedido, lo más probable era que se hubiera negado a dárselo.

Desde luego, el plan tenía un grave inconveniente. El personal de limpieza del palacio estaba formado exclusivamente por mujeres. El grupo de la Resistencia que se hiciera pasar por ellas debía ser exclusivamente femenino.

«Bueno —se dijo Flick—, ¿y por qué no?»

Se aproximaban a los suburbios de Reims. Cuando Gilberte detuvo el coche junto a una nave industrial rodeada por una alta alambrada, había oscurecido. La chica apagó el motor y Flick se volvió hacia Michel.

—¡Despierta! Vamos a meterte dentro. —El herido se limitó a gruñir—. Tenemos que darnos prisa. Estamos violando el toque de queda.

Lo sacaron del coche entre las dos. Gilberte indicó una calleja que discurría a lo largo de la parte posterior de la fábrica. Michel les echó los brazos a los hombros, y ellas lo ayudaron a avanzar por la calleja. Gilberte abrió una puerta que daba al patio trasero de una casa de vecinos. Cruzaron el patio y entraron en el edificio por la puerta posterior.

Era un bloque de viviendas baratas, de cinco plantas y sin ascensor. Por desgracia, el piso de Gilberte estaba en la última. Flick le explicó cómo hacer la sillita de la reina. Cogiéndose con una mano la muñeca del otro brazo y agarrando con la otra la muñeca libre de la compañera, levantaron en vilo a Michel, que les pasó los brazos por los hombros para mantener el equilibrio. De ese modo, cargaron con él cuatro pisos. Por suerte, no se encontraron con ningún vecino.

Cuando llegaron ante la puerta de Gilberte, estaban sin aliento. Pusieron en pie a Michel, que consiguió entrar a la pata coja, llegar al cuarto de estar y dejarse caer en un sillón.

Flick echó un vistazo a su alrededor. Era el piso de una chica, limpio, ordenado y acogedor. Y, lo más importante, sin vecinos a la vista. Era la ventaja de vivir en el ático: nadie podía verte. Michel estaría seguro.

Gilberte se afanaba en torno a él, poniéndole cojines para que estuviera cómodo, enjugándole el sudor de la frente con una toalla, ofreciéndole aspirinas... Era atenta pero poco práctica, como Antoinette. Michel producía ese efecto en las mujeres, aunque no en Flick. Por eso, entre otras cosas, se había enamorado de ella: no sabía resistirse a un reto.

—Necesitas un médico —dijo Flick con brusquedad—. ¿Llamo a Claude Bouler? Nos ha ayudado en otras ocasiones, pero la última vez que intenté hablar con él no quiso saber nada de mí. Estaba tan nervioso que pensé que iba a salir corriendo.

—Empezó a tener miedo en cuanto se casó —respondió Michel—. Pero vendrá por mí.

Flick asintió. El médico no era el único que haría una excepción por Michel.

—Gilberte, ve a buscar al doctor Bouler.

—Preferiría quedarme con Michel.

Flick maldijo para sus adentros. La gente como Gilberte no servía más que para llevar mensajes, y hasta para eso ponían pegas.

—Haz lo que te digo, por favor —dijo Flick con firmeza—. Necesito estar sola con Michel antes de volver a Londres. —¿Y el toque de queda?

—Si te paran, di que vas a buscar a un médico. Suelen hacer una excepción. Puede que te acompañen a casa de Claude para comprobar que no mientes, pero no vendrán aquí.

Gilberte no parecía muy convencida, pero se puso una chaqueta de punto y se marchó.

Flick se sentó en un brazo del sillón y besó a Michel. —Ha sido una catástrofe —murmuró.

—Lo sé. —Michel soltó un gruñido—. Los del M16 se han lucido.

Debía de haber el doble de hombres de lo que nos habían dicho.

—Es la última vez que confío en esos payasos.

—Hemos perdido a Albert. Tendré que decírselo a su mujer.

—Yo vuelvo a Londres esta noche. Conseguiré que te manden otro operador de radio.

—Gracias.

—Tendrás que averiguar quién más ha muerto, y quién sigue con vida.

—Lo intentaré —murmuró Michel, y suspiró.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Flick cogiéndole la mano. — Como un idiota. Menudo sitio para que te peguen un tiro... —Y físicamente?

—Un poco mareado.

—Necesitas un trago. A ver qué tiene esta chica. —Un güisqui me vendría de perlas. Michel le había cogido gusto al güisqui en Londres, antes de la guerra, con los amigos de Flick.

—Eso es demasiado fuerte.

La cocina estaba en una esquina de la sala de estar. Flick abrió un aparador. Para su sorpresa, vio una botella de Dewar's White Label. Los agentes británicos solían llevar whisky, para su propio consumo y el de sus camaradas de la Resistencia, pero era una bebida poco usual para una chica francesa. También había una botella de vino tinto empezada, mucho más conveniente para un herido. Flick llenó medio vaso y lo rebajó con agua del grifo. Michel bebió con avidez. Tras apurar el vaso, se reclinó en los cojines y cerró los ojos.

Flick se hubiera tomado un whisky, pero le pareció mal después de habérselo negado a Michel. Además, tenía que mantenerse despejada. Se tomaría una copa cuando pisara suelo británico.

Echó un vistazo al cuarto de estar. Había un par de cuadros ñoños en una pared y una pila de revistas de moda atrasadas sobre la mesita, pero ningún libro. Se asomó al dormitorio.

—¿Adónde vas? —le preguntó Michel con brusquedad.

—Sólo quiero echar un vistazo.

—¿No te parece de mala educación, no estando Gilberte? Flick se encogió de hombros.

—Pues no, la verdad. Además, necesito ir al baño.

—Está afuera. Bajando las escaleras, al final del pasillo, si no recuerdo mal.

Flick siguió sus instrucciones. Una vez en el baño, comprendió que algo le rondaba por la cabeza, algo relacionado con el piso de Gilberte. Procuró concentrarse.

Siempre hacía caso a su instinto: le había salvado la vida en más de una ocasión.

—Aquí pasa algo —le dijo a Michel apenas volvió a entrar en el piso—. ¿Qué es? Él se encogió de hombros. Parecía incómodo. —No lo sé.

—Estás raro.

—A lo mejor es porque me han herido en un tiroteo.

—No, no es por eso. Es el piso.

La cosa tenía algo que ver con el nerviosismo de Gilberte, con el hecho de que Michel supiera dónde estaba el baño, con la botella de whisky... Flick decidió echar un vistazo en el dormitorio. Esa vez Michel no protestó. Flick miró a su alrededor. Sobre la mesilla de noche había una foto de un hombre que tenía los ojos grandes y las cejas negras como Gilberte, seguramente su padre. Sobre el cubrecama, una muñeca. En un rincón, un lavabo debajo de un armario. Flick lo abrió. En su interior había una navaja de afeitar, un cuenco para la espuma y una brocha. Gilberte no era tan inocente como parecía: un hombre pasaba la noche en su casa lo bastante a menudo como para dejar en ella sus útiles de afeitado.

Flick los observó con detenimiento. La navaja y la brocha, que tenían mangos de hueso pulido, pertenecían al mismo juego. De pronto los reconoció. Se los había regalado a Michel cuando cumplió los treinta y dos.

De modo que era eso...

Estaba tan sorprendida que por unos instantes se quedó clavada en el suelo.

Hacía tiempo que sospechaba que Michel se interesaba por otra, pero no podía imaginar que la cosa hubiera llegado tan lejos. Sin embargo, ahí estaba la prueba, a un palmo de sus narices.

La sorpresa se transformó en indignación. ¿Cómo podía pegársela con otra mientras ella dormía sola en Londres? Se volvió y clavó los ojos en la cama. Lo habían hecho allí mismo, en aquella habitación. Era insoportable.

Ahora estaba furiosa. Le había sido leal y fiel, había sobrellevado su soledad, mientras él... La había engañado. Sentía tal cólera que no pudo reprimirse.

Salió del dormitorio como una exhalación y se plantó ante Michel. —Eres un cerdo —le espetó en inglés—. Un auténtico cerdo.

—No te enfades con mí —respondió Michel en el mismo idioma. Sus faltas de inglés solían hacerla sonreír; pero esta vez no funcionó.

Flick cambió de idioma de inmediato.

—¿Cómo has podido engañarme con esa mema de diecinueve? —le preguntó indignada.

—No significa nada, sólo es una chica bonita.

—¿Y crees que eso mejora las cosas?

Flick sabía que, en los tiempos en que ella era estudiante y Michel profesor, lo había atraído enfrentándose a él en clase, pues, aparte de que los estudiantes franceses

eran mucho más respetuosos que los ingleses, Flick aborrecía instintivamente la autoridad. Si alguien similar hubiera seducido a Michel —tal vez Genevieve, una mujer que podía considerarse su igual—, Flick lo habría sobrellevado mejor. Pero le dolía especialmente que hubiera elegido a Gilberte, que no tenía en la cabeza nada más interesante que la laca de uñas.

—Me sentía solo —murmuró Michel en tono quejumbroso.

— Ahórrate los lloriqueos. No te sentías solo. Lo que pasa es que eres débil, deshonesto y desleal.

—Flick, cariño, no discutamos. Acaban de matar a la mitad de nuestros amigos. Dentro de unas horas volverás a Inglaterra. Puede que los dos muramos pronto. No te vayas enfadada.

—¿Y cómo quieres que me vaya, dejándote en brazos de tu fulana?

—No es ninguna fulana...

—Dejemos las precisiones. El caso es que yo soy tu mujer, pero es ella quien se acuesta contigo.

Michel cambió de postura y esbozó una mueca de dolor; luego, clavó en Flick sus intensos ojos azules.

—Me declaro culpable —dijo—. Soy un cerdo. Pero soy un cerdo que te quiere y te pide que lo perdones, sólo por esta vez, por si no volvemos a vernos.

Era difícil negarse. Flick puso en la balanza sus cinco años de matrimonio y aquella aventura con una mocosa, y cedió. Dio un paso hacia él. Michel se abrazó a sus piernas y hundió el rostro en el gastado algodón de su vestido. Flick le acarició el pelo.

—De acuerdo —murmuró—. De acuerdo.

—Lo lamento tanto... —aseguró Michel—. Me siento fatal. Eres la mujer más maravillosa que he conocido, y que pueda llegar a conocer. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

En ese momento se abrió la puerta y entró Gilberte seguida de Claude. Flick dio un respingo y soltó la cabeza de Michel. Se sintió idiota al instante. La mujer de Michel era ella, no aquella lagarta. ¿Por qué tenía que sentirse culpable por acariciarlo, aunque fuera en el piso de Gilberte? Estaba furiosa consigo misma.

Gilberte pareció escandalizarse al ver a Michel abrazando a su mujer precisamente allí, pero recobró la compostura de inmediato y adoptó una expresión de gélida indiferencia.

Claude, un médico joven y bien parecido, la siguió hasta el cuarto de estar. Parecía nervioso.

Flick se acercó a él y lo besó en ambas mejillas.

—Gracias por venir —le dijo—. No sabes cuánto te lo agradecemos.

Claude se volvió hacia Michel.

—¿Cómo va eso, compañero?

—Me han metido una bala en el culo.

—Entonces habrá que sacártela. —La mueca de preocupación se esfumó del rostro de Claude, que se volvió hacia Flick con la diligente profesionalidad de costumbre—: Extiende unas cuantas toallas sobre la cama para absorber la sangre; luego, le quitas los pantalones y lo tumbas boca abajo. Mientras tanto, voy a lavarme las manos.

Gilberte extendió revistas viejas sobre la cama y puso encima las toallas, mientras Flick ayudaba a Michel a levantarse y lo acompañaba hasta el dormitorio. Al verlo acostarse en aquella cama, no pudo evitar preguntarse cuántas veces lo habría hecho con anterioridad.

Claude introdujo un instrumento de metal en la herida e intentó localizar la bala. Michel gritó de dolor.

—Aguanta, compañero —lo animó Claude.

Flick casi disfrutó viendo sufrir a Michel en la misma cama donde hasta entonces había gemido de adúltero placer. Confiaba en que nunca olvidara aquel mal rato en el dormitorio de Gilberte.

—Por lo que más quieras, acaba de una vez —gruñó Michel.

La rencorosa satisfacción de Flick se esfumó enseguida, y no pudo evitar sentir pena por Michel.

—Muerde esto —le dijo acercándole el almohadón—. Te ayudará a aguantar.

Michel hundió el rostro en el almohadón.

Claude siguió hurgando en la herida hasta que consiguió sacar la bala. Durante unos segundos, la sangre fluyó en abundancia del orificio. Claude esperó a que cesara la hemorragia para aplicar un apósito.

—Procura no moverte durante unos días —aconsejó al herido.

Eso significaba que tendría que quedarse en casa de Gilberte. Por suerte, no estaba para demasiados trotes, pensó Flick con siniestro regocijo.

—Gracias, Claude.

—Encantado de ayudaros.

—Tengo que pedirte otro favor.

Claude la miró con aprensión.

—Tú dirás.

—Tengo que coger un avión a las doce menos cuarto. Necesito que me lleves a Chatelle.

—¿No puede llevarte Gilberte en el coche en el que me ha traído?

—Sería muy arriesgado con el toque de queda. Pero contigo estaré segura. Eres médico.

—¿Cómo explicaré que me acompañen dos personas?

—Tres. Necesitamos a Michel para que sostenga la linterna.

Las operaciones de recogida se atenían a un procedimiento estricto: cuatro miembros de la resistencia formaban una fila gigante con linternas encendidas para indicar la dirección del viento y el lugar en el que el avión debía tomar tierra. Las pequeñas linternas tenían que apuntar hacia el aparato para tener la certeza de que el piloto las veía. Dejarlas en el suelo era arriesgarse a que no viera lo que esperaba, sospechara que le tendían una trampa y decidiera no aterrizar. Siempre que fuera posible, convenía que hubiera cuatro.

—¿Y cómo se lo explico a la policía? Los médicos no acuden a las emergencias acompañados por tres personas.

—Ya pensaremos en algo.

—¡Es demasiado peligroso!

—A estas horas de la noche, será cuestión de unos minutos.

—Marie Jeanne me matará. Dice que tengo que pensar en los niños.

—No tenéis ninguno.

—Está embarazada.

Flick asintió. Eso explicaba que se hubiera vuelto tan precavido. Michel se puso de costado y se incorporó. Extendió la mano y agarró a Claude por el brazo.

—Claude, por favor, es muy importante. Hazlo por mí, ¿quieres? Era difícil negarle algo a Michel. Claude suspiró.

— ¿Cuándo?

Flick consultó su reloj. Eran casi las once.

—Ahora.

Claude miró a Michel.

—Volverá a abrirsele la herida.

—Ya —dijo Flick—. Qué le vamos a hacer...

El pueblo de Chatelle era un puñado de edificios arracimados en torno a un cruce de carreteras: tres granjas, una línea de casitas de agricultores y una panadería que abastecía a los caseríos y aldeas del contorno. A kilómetro y medio de la encrucijada, de pie en medio de un pastizal, Flick sostenía una linterna del tamaño de un paquete de cigarrillos.

Había hecho un cursillo de una semana, impartido por los pilotos del escuadrón 161, para aprender a hacer señales a los aviones. Aquel campo cumplía los requisitos que le habían especificado. Tenía casi un kilómetro de largo, cuando a un Lysander le bastaban unos seiscientos metros para aterrizar o despegar. El terreno era firme y sin pendiente. Un estanque próximo, perfectamente visible desde el aire a la luz de la luna, serviría de punto de referencia para el piloto.

Michel y Gilberte, con sendas linternas, se habían situado en línea recta respecto a Flick en la dirección del viento, y Claude permanecía a unos metros de ella en sentido perpendicular. Entre los cuatro, formaban una figura de puntos luminosos en forma

de ele invertida. En zonas despobladas, podían utilizarse fogatas en lugar de linternas; pero en aquel prado, tan cerca del pueblo, los cuatro corros de hierba quemada hubieran resultado peligrosamente reveladores.

Los cuatro camaradas formaban lo que los agentes llamaban un «comité de recepción». Los de Flick siempre eran silenciosos y disciplinados, pero había grupos peor organizados que en ocasiones convertían el aterrizaje en un jolgorio, se gritaban chistes y se invitaban a cigarrillos, rodeados por curiosos de los pueblos vecinos. Era peligroso. Si el piloto sospechaba que los alemanes estaban al tanto de la operación y creía que la Gestapo podía estar al acecho, tenía que reaccionar con rapidez. Los comités de recepción estaban advertidos de que cualquiera que se acercara al aparato desde el ángulo equivocado podía recibir un disparo del piloto. Nunca había ocurrido, pero en una ocasión un curioso había muerto atropellado por un bombardero Hudson.

La espera siempre se hacía eterna. Si el avión no llegaba, Flick tendría que enfrentarse a otras veinticuatro horas de tensión y peligro y probar suerte a la noche siguiente. Los agentes no sabían nunca si el avión aparecería, no porque la RAF fuera poco fiable, sino porque, como le habían explicado a Flick los pilotos del escuadrón 161, orientarse a la luz de la luna sobre centenares de kilómetros de campos de cultivo era tremendamente difícil. El piloto navegaba por estimación, calculando su posición a partir de la dirección, la velocidad y el tiempo transcurrido, y procuraba confirmar sus cálculos mediante accidentes del terreno como ríos, ciudades, vías férreas y bosques. El problema era que resultaba imposible estimar las desviaciones debidas al viento. Por otra parte, a la luz de la luna todos los ríos parecían iguales. Si llegar a la zona aproximada era difícil dar con un campo concreto era toda una proeza.

Si las nubes ocultaban la luna, la misión estaba condenada al fracaso, y el piloto ni siquiera se molestaba en despegar.

Por suerte, la noche era espléndida y hacía presagiar lo mejor. En efecto, un par de minutos antes de las doce, Flick oyó el sonido inconfundible de un avión de un motor; débil al principio, aumentó rápidamente hasta convertirse en un ruido semejante a una salva de aplausos. Impaciente por regresar a casa, Flick hizo destellar la linterna para transmitir la equis en el código Morse. Si se equivocaba de letra, el piloto sospecharía y daría media vuelta de inmediato.

El avión describió un círculo y descendió en un ángulo pronunciado. Tocó tierra a la derecha de Flick, redujo velocidad, giró entre Michel y Claude, rodó de nuevo hacia Flick, volvió a girar hacia el viento hasta completar un amplio óvalo y se detuvo en posición de despegue.

Era un Westland Lysander, un pequeño monoplano de alas altas, pintado de negro mate. La tripulación se reducía al piloto. Tenía dos asientos para pasajeros, pero Flick había visto a un «Lizzie» cargado con dos más, uno en el suelo y otro en el

compartimento de carga.

El piloto no detuvo el motor. Su intención era permanecer en tierra el tiempo imprescindible.

A Flick le habría gustado besar a su marido y desearle suerte, pero también abofetearlo y decirle que se mantuviera alejado de las mujeres. Por suerte, no había tiempo ni para lo uno ni para lo otro.

Despidiéndose con un rápido ademán, Flick trepó por la escalerilla metálica, descorrió la cubierta de cristal, saltó al interior del aparato y volvió a cerrar.

El piloto volvió la cabeza y ella alzó los pulgares. El pequeño avión se puso en marcha con una sacudida, fue cogiendo velocidad hasta despegarse del suelo e inició un pronunciado ascenso.

Flick vio una o dos luces en el pueblo: los campesinos hacían caso omiso de la prohibición alemana. A su llegada, que se produjo peligrosamente tarde, a las cuatro de la madrugada, había distinguido desde el aire el resplandor del horno de la panadería, y al cruzar el pueblo en coche, le había llegado el aroma del pan recién hecho, el perfume de Francia.

El avión se escoró para virar en redondo, y Flick vio los rostros de Michel, Gilberte y Claude iluminados por la luna, como tres manchas blancas sobre el fondo oscuro del prado. Cuando el aparato se niveló y puso rumbo a Inglaterra, Flick sintió que se le encogía el corazón al comprender que tal vez no volvería a verlos.

Segundo día: lunes, 29 de mayo de 1944

Diether Franck conducía en plena noche acompañado por su joven ayudante, el teniente Hans Hesse. El enorme Hispano— Suiza tenía diez años, pero su motor de once litros era incansable. La tarde de la víspera, Diether había descubierto una impecable hilera de agujeros de bala en la generosa curva del guardabarros del lado del conductor, recuerdo de la refriega en la plaza de Sainte-Cécile; pero, en vista de que no había sufrido daños mecánicos, Diether se dijo que los orificios proporcionaban al vehículo un encanto adicional, como la cicatriz de un duelo en la mejilla de un oficial prusiano.

El teniente Hesse cubrió los faros para atravesar las calles de París, que permanecían completamente a oscuras en previsión de bombardeos, y retiró las fundas en cuanto llegaron a la carretera de Normandía. Los dos hombres se turnaban al volante cada dos horas, aunque a Hesse, que adoraba el coche y admiraba como a un héroe a su propietario, no le habría importado conducir durante todo el viaje.

Adormilado en el asiento del acompañante, hipnotizado por la cinta de asfalto que salía al encuentro de los faros, Diether trataba de imaginarse su futuro. ¿Reconquistarían Francia los aliados tras expulsar a las fuerzas de ocupación? La idea de que Alemania sufriera una derrota era deprimente. Tal vez se llegara a un acuerdo de paz, que obligaría a Alemania a devolver Francia y Polonia, pero le permitiría conservar Austria y Checoslovaquia. No era un desenlace mucho mejor. Le costaba imaginarse de vuelta en Colonia, al lado de su mujer y sus hijos, tras las emociones y la libertad que disfrutaba en París, con Stéphanie. El único final feliz, para Alemania y para él, sería que el ejército de Rommel contuviera a los invasores y los arrojara al mar.

Antes del amanecer, llegaron al pequeño pueblo medieval de La Roche-Guyon, en el valle del Sena, entre París y Rouen. Hesse detuvo el coche ante el control de carretera instalado a la entrada del pueblo, pero los centinelas estaban sobreaviso y les hicieron señas de continuar. Siguieron avanzando entre las casas silenciosas y oscuras hasta el siguiente puesto de control, situado a la entrada de un viejo castillo. Aparcaron en el amplio patio empedrado. Diether dejó a Hesse en el coche y entró en el edificio.

El comandante en jefe del frente occidental era el mariscal de campo Gerd von Runstedt, un general maduro y competente de la vieja escuela. A sus órdenes, como responsable de la defensa de la costa francesa, estaba el mariscal de campo Erwin Rommel, El Zorro del Desierto, comandante del Grupo B del ejército. El castillo de La Roche-Guyon era su cuartel general.

Diether Franck se sentía afín a Rommel. Ambos eran hijos de profesores —el padre de Rommel había sido director de un colegio—, y en consecuencia ambos percibían el gélido aliento del elitismo militar de hombres como Von Runstedt. No obstante, eran muy diferentes desde otros puntos de vista. Como buen sibarita, Diether disfrutaba de todos los placeres culturales y sensuales que ofrecía Francia. Rommel, en cambio, era un trabajador compulsivo que no fumaba ni bebía y a menudo se olvidaba de comer. Se había casado con la única novia que había tenido, y le escribía tres veces al día.

Diether se encontró en el vestíbulo con el mayor Walter Godel, ayudante de campo de Rommel, un individuo de carácter frío e inteligencia privilegiada que le inspiraba respeto, aunque no aprecio. Habían hablado por teléfono a última hora de la noche. Diether lo había puesto al corriente de su pequeño problema con la Gestapo y le había dicho que deseaba ver a Rommel lo antes posible. «Esté aquí a las cuatro de la mañana», le había respondido Godel. Cada día, a esa hora, Rommel ya estaba trabajando en su despacho.

Diether empezaba a preguntarse si estaría haciendo lo correcto. Rommel podía espetarle: «¿Cómo se atreve a molestarme con detalles triviales?». No, no lo creía. A los comandantes les gustaba tener la sensación de que controlaban los detalles. Con toda probabilidad, Rommel le daría el apoyo que pensaba solicitarle. Pero no las tenía todas consigo, especialmente cuando pensaba en la presión bajo la que trabajaba su comandante.

—Lo recibirá de inmediato —dijo Godel tras saludarlo con una seca inclinación de la cabeza—. Sígame.

—¿Qué sabe de Italia? —le preguntó Diether mientras avanzaban por el pasillo.

—Nada bueno —respondió Godel—. Nos estamos retirando de Arce.

Diether asintió con expresión resignada. Los alemanes combatían por cada palmo de terreno, pero desgraciadamente habían sido incapaces de detener el avance hacia el norte de las fuerzas aliadas.

Al cabo de unos instantes, el mayor lo hizo entrar en el despacho de Rommel, una magnífica sala de la planta baja. Diether contempló con envidia el valioso tapiz de Gobelinos del siglo XVII que colgaba de una de las paredes. El mobiliario se reducía a unas cuantas sillas y un enorme escritorio, que a Diether le pareció de la misma época que el tapiz. Sentado ante él, trabajando a la luz de una única lámpara de sobremesa, había un individuo menudo de frente despejada y escaso cabello rubio rojizo.

—Ha llegado el mayor Franck, mariscal —le anunció Godel.

Diether esperaba hecho un manojo de nervios. Rommel siguió leyendo durante unos segundos; luego, hizo una señal en la hoja de papel. Parecía un director de banco revisando las cuentas de sus clientes más importantes... hasta que alzó la

mirada. Diether lo había visto con anterioridad, pero el rostro de su comandante le infundió el mismo temor de otras veces. Era el de un boxeador —nariz aplastada, barbilla ancha y ojos juntos— y traslucía la desnuda agresividad que había hecho de Rommel un comandante legendario. Diether recordó la anécdota de su primer hecho de armas conocido. Durante la Primera Guerra Mundial, al mando de una avanzadilla de tres hombres, Rommel se había encontrado con un grupo de veinte soldados franceses. En lugar de retirarse en busca de refuerzos, había abierto fuego y aniquilado al enemigo. Diether se dijo que había tenido suerte, pero recordó la frase de Napoleón: «Dadme generales con suerte». Desde entonces, Rommel siempre había preferido el ataque audaz e inesperado al avance cauto y bien planeado. En eso era justo lo contrario que su adversario en el desierto, Montgomery, cuya filosofía consistía en no atacar hasta estar seguro de la victoria.

—Siéntese, Franck —dijo Rommel con viveza—. ¿Qué le preocupa? Diether se lo había aprendido de memoria.

—Según sus instrucciones, estoy visitando instalaciones clave que podrían ser objetivos de la Resistencia, para reforzar su seguridad.

—Bien.

—También estoy intentando evaluar la capacidad de la Resistencia para infligirnos serios daños. La pregunta es: ¿pueden dificultar sustancialmente nuestra respuesta a una invasión?

—¿Y su conclusión?

—La situación es más grave de lo que suponíamos.

Rommel soltó un gruñido, como si acabaran de confirmarle una sospecha preocupante.

—¿Razones?

Rommel no se lo iba a comer. Diether se relajó. Relató el ataque de la víspera a la central telefónica de Sainte-Cécile poniendo especial énfasis en la astucia del plan, la abundancia de armas y el arrojo de los guerrilleros. Sólo le faltó aludir a la impresión que le había causado la chica rubia.

Rommel se puso en pie y caminó hacia el tapiz. Clavó la vista en él, pero Diether estaba seguro de que no lo veía.

—Me lo temía —dijo Rommel en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Puedo rechazar una invasión, incluso con los escasos efectivos de que dispongo, con tal de conservar la movilidad y la flexibilidad... Pero si fallan mis comunicaciones, estoy perdido.

Godel asintió

—Creo que podríamos sacar mucho partido del ataque contra la central —dijo Diether.

Rommel se volvió hacia él y esbozó una sonrisa irónica.

—Por Dios santo, ojalá todos mis oficiales fueran como usted. Adelante, explíquese.

Diether comprendió que la conversación tomaba un derrotero favorable.

—Si pudiera interrogar a los prisioneros, tal vez obtuviera información que nos condujera a otros grupos. Con suerte, podríamos infligir un daño irreparable a la Resistencia antes de que se produjera la invasión.

Rommel no parecía muy convencido.

—Eso suena a fanfarronada —replicó. Diether tragó saliva. Pero Rommel no había acabado—. Si me lo dijera otro, puede que lo mandara a paseo. Pero recuerdo su trabajo en el desierto. Obtuvo información que ni los mismos prisioneros creían tener.

Diether, encantado, no dejó pasar la oportunidad.

—Desgraciadamente, la Gestapo me ha denegado el acceso a los prisioneros.

—¡Qué atajo de imbéciles!

—Necesito su intervención.

—Por supuesto. —Rommel miró a Godel—. Llame a la avenida Foch. —La Gestapo tenía su cuartel general en el 84 de la avenida Foch, en París—. Dígales que el mayor Franck interrogará a los prisioneros hoy, o la próxima llamada telefónica que reciban procederá de Berchtesgaden.

Se refería a la fortaleza bávara de Hitler. Rommel nunca vacilaba en utilizar el privilegio que, como mariscal de campo, le permitía acceder directamente al führer.

—Muy bien —dijo Godel.

Rommel rodeó el escritorio del siglo XVII y volvió a sentarse. — Por favor, Franck, manténgame informado —dijo, y volvió a abstraerse en sus papeles.

Diether y Godel abandonaron el despacho.

El ayudante de campo acompañó a Diether hasta la puerta principal del castillo.

Fuera, aún era de noche.

Flick aterrizó en Tempsford, un aeródromo de la RAF a ochenta kilómetros al norte de Londres, cerca del pueblo de Sandy, en el condado de Bedford. Le habría bastado el fresco y húmedo contacto del aire nocturno para saber que estaba en Inglaterra. Le gustaba Francia, pero aquélla era su tierra.

Mientras cruzaba la pista de aterrizaje, recordó los regresos de vacaciones de su infancia. En cuanto veía la casa, su madre siempre decía lo mismo: «Está bien irse, pero lo mejor es volver». Las cosas que solía decir su madre le acudían a la mente en los momentos más extraños.

Una chica con uniforme de cabo del FANY la esperaba con un potente jaguar para llevarla a Londres.

—Menudo lujo —dijo Flick ocupando el asiento de cuero del acompañante.

—Tengo instrucciones de llevarla directamente a Orchard Court —le informó la

cabo—. Están impacientes por oír su informe.

—Dios —murmuró Flick frotándose los párpados—. ¿Piensan que no necesitamos dormir?

La conductora no hizo ningún comentario al respecto. —Espero que la misión fuera un éxito, mayor —se limitó a decir. —Fue un jotapeuve.

—¿Perdón?

—Un jotapeuve —repitió Flick—. Son siglas. «La jodimos, para variar.»

La cabo se quedó muda. Flick comprendió que estaba apurada. Era estupendo que siguiera habiendo chicas que se escandalizaban del lenguaje cuartelero.

El alba despuntó mientras el veloz automóvil atravesaba los pueblos de Stevenage y Knebworth, en el condado de Hertford. Contemplando las humildes casas con pequeños huertos en la parte delantera, las oficinas de correos rurales, donde malhumoradas carteras distribuían sellos de a penique a regañadientes, y los variopintos pubs, con su cerveza tibia y sus pianos desvencijados, Flick no pudo por menos de agradecer a Dios que los nazis no hubieran llegado a aquellos contornos.

Aquel sentimiento no hizo más que aumentar su deseo de regresar a Francia. Quería tener otra oportunidad de atacar el palacio. Recordó a los amigos que había dejado en Sainte-Cécile: Albert, el joven Bertrand, la guapa Genevieve y los demás, muertos o capturados. Pensó en sus familias, atenazadas por la angustia o el dolor, y se prometió que su sacrificio no sería en vano.

Tendría que empezar desde el principio. Era una suerte que tuviera que presentar su informe de inmediato: tenía la oportunidad de proponer su nuevo plan ese mismo día. Los hombres que dirigían el Ejecutivo se mostrarían reacios al principio, porque nunca se había organizado una operación en la que todos los agentes fueran mujeres. Podían ponerle todo tipo de pegas. Pero siempre ponían pegas.

Cuando llegaron a los suburbios del norte de Londres se había hecho de día, y la fauna de los madrugadores estaba despierta y en movimiento: carteros y lecheros, en pleno reparto; maquinistas y conductores de autobús, camino del trabajo. Por todas partes se veían signos de la guerra: un cartel que animaba a la austeridad, un letrero en el escaparate de una carnicería que comunicaba la falta de género, una mujer conduciendo un carro de basura, toda una hilera de casitas reducidas a escombros por los bombardeos... Pero allí no la detendrían para pedirle la documentación, arrojarla a un calabozo y torturarla para obtener información, antes de meterla en un vagón para ganado y enviarla a un campo de concentración, donde el hambre daría buena cuenta de ella. Flick sintió que la enorme tensión de la vida clandestina que llevaba en Francia abandonaba lentamente su cuerpo y, arrellanándose en el asiento, cerró los ojos.

Se despertó cuando el jaguar enfilaba Baker Street. Pasaron de largo ante el número 64: los agentes no pisaban el edificio del cuartel general, para evitar que

revelaran sus secretos en caso de ser sometidos a tortura. De hecho, muchos ni siquiera sabían la dirección. El coche giró hacia Portman Square y se detuvo ante Orchard Court, un edificio de pisos. La conductora se apeó de inmediato para abrir la puerta del acompañante.

Flick entró en el edificio y subió a la planta del Ejecutivo. Se sintió más animada en cuanto entró al despacho de Percy Thwaite, un cincuentón con grandes entradas y bigote de cepillo, que siempre le había mostrado un afecto paternal. Vestía de paisano, y ambos prescindieron del saludo, pues los miembros del Ejecutivo eran poco dados a las formalidades militares.

—Se te nota en la cara que ha ido mal —dijo el hombre.

El tono afectuoso de su voz fue la gota que colmó el vaso. El recuerdo de la tragedia abrumó a Flick, que no pudo contener las lágrimas. Percy la rodeó con el brazo, le dio unas palmaditas en el hombro y dejó que ocultara el rostro en su vieja chaqueta de tweed.

—Vamos, vamos —murmuró Thwaite—. Estoy seguro de que hiciste todo lo que estuvo en tu mano.

—Oh, Dios, siento ser tan tonta.

—Ojalá todos mis hombres fueran tan tontos como tú —dijo Percy con un temblor en la voz.

Flick se separó de él y se enjugó los ojos en la manga de la chaqueta. —Ya me siento mejor.

El hombre volvió la cabeza y se sonó la nariz. —¿Té o whisky? —preguntó.

—Mejor té. —Flick miró a su alrededor. La habitación estaba atestada de muebles viejos, instalados en 1940 y a la espera de ser renovados: un escritorio barato, una alfombra raída y sillas de distintos juegos. Flick se dejó caer en un sillón desvencijado. Si me tomo un trago, me quedaré frita.

Observó a Thwaite mientras preparaba el té. Podía ser tan duro como comprensivo. Repetidamente condecorado durante la Primera Guerra Mundial, se había convertido en un efectivo agitador sindical en los años veinte, y era un veterano de la Batalla de Cable Street de 1936, durante la que los obreros plantaron cara a los fascistas que pretendían marchar contra el barrio judío del East End. La sometería a un interrogatorio implacable sobre el plan, pero se mostraría receptivo.

—Tengo una reunión esta misma mañana —dijo Percy tendiéndole una taza de té con leche y azúcar—. Debo informar al jefe a las nueve. De ahí las prisas.

Flick le dio un sorbo al té dulce y sintió un calorillo reconfortante. Contó a su superior lo ocurrido en la plaza de Sainte-Cécile. Thwaite la escuchó sentado al escritorio y tomando notas a lápiz.

—Debí suspenderlo —concluyó Flick—. Teniendo en cuenta la contradicción entre el testimonio de Antoinette y los datos del M16, debí posponer la operación y

enviarte un mensaje por radio informándote de que nos superaban en número.

Percy meneó la cabeza con pesar.

—No tenemos tiempo para aplazamientos. Deben de faltar días para la invasión. Si nos hubieras consultado, te habríamos ordenado atacar. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? No habiéramos podido mandarte más hombres. Me temo que te habríamos ordenado que siguieras adelante a pesar de todo. Había que intentarlo. La central telefónica es un objetivo crucial.

—Bueno, eso me consuela un poco —dijo Flick.

La aliviaba saber que Albert no había muerto porque ella había cometido un error táctico, aunque eso no le devolvería la vida.

—¿Y Michel? ¿Está bien? —le preguntó Percy.

—Mortificado, pero se recuperará.

Al ingresar en el Ejecutivo, Flick no mencionó que su marido pertenecía a la Resistencia. De haberlo hecho, sus superiores la habrían dedicado a otros menesteres. Más que saberlo, lo intuyó. En mayo de 1940 estaba en Inglaterra, visitando a su madre, y Michel, en el ejército, como la mayoría de los franceses jóvenes y sanos, de modo que la caída de Francia los dejó atrapados en sus respectivos países. Cuando Flick regresó como agente secreto y supo con certeza el papel que desempeñaba su marido en la Resistencia, el tiempo y el esfuerzo empleados en su entrenamiento y su efectividad al servicio del Ejecutivo impidieron que la trasladaran para evitar hipotéticos conflictos emocionales.

—A nadie le gusta que le peguen un tiro en el trasero — reflexionó Percy—. Lo primero que piensa la gente es que estabas huyendo —añadió poniéndose en pie—. Bueno, más vale que te vayas a casa y duermas un poco.

—No hay prisa —dijo Flick—. Antes me gustaría saber qué vas a hacer ahora.

—Escribir el informe...

—No, quiero decir respecto a la central telefónica. Si es un objetivo tan crucial, tenemos que inutilizarla.

Thwaite volvió a sentarse y la miró con curiosidad.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

Flick sacó el pase de Antoinette de su bolso y lo arrojó sobre el escritorio.

—Ahí tienes un modo mejor de entrar. Lo usan las mujeres que hacen la limpieza a diario, a partir de las siete de la tarde. Percy cogió el documento y lo examinó.

—Buena chica —murmuró asombrado—. Te escucho.

—Quiero volver. —Una expresión preocupada tensó brevemente el rostro del hombre, y Flick comprendió que temía que volviera a jugarse la vida. Pero Percy no dijo nada—. Esta vez necesito todo un equipo de agentes. Con pases como éste. Entraremos en el palacio haciéndonos pasar por el personal de limpieza.

—¿Lo he entendido mal, o todos los que limpian son mujeres?

—Sí. Necesitaría un equipo exclusivamente femenino. Thwaite asintió.

—Pocos de nosotros nos atreveríamos a poner objeciones a eso. Todas habéis demostrado de lo que sois capaces. Pero, ¿dónde esperas encontrar a esas mujeres? Prácticamente todas las que han recibido entrenamiento están en el Continente.

—Consigue que aprueben mi plan, y yo encontraré a las mujeres. Reclutaré a las rechazadas por el Ejecutivo, a las que no superaron las pruebas, a quien sea. Seguro que tenemos el fichero lleno de chicas que lo han dejado por un motivo u otro.

—Sí, porque no eran aptas físicamente, o porque no sabían tener la boca cerrada, o eran demasiado violentas, o les entró el pánico en los saltos con paracaídas y se negaron a saltar del avión.

—Me da igual que no sean de primera —replicó Flick con vehemencia—. Me las apañaré. —En el fondo de su mente, una voz le preguntó: «¿Seguro?». Pero Flick hizo oídos sordos—. Si la invasión fracasa, habremos perdido Europa. No podremos volver a intentarlo en años. Es el momento decisivo, tenemos que echar toda la carne en el asador.

—¿No podrías utilizar a francesas? ¿Mujeres que ya estén allí, combatientes de la Resistencia?

Flick ya había considerado y desechado esa posibilidad.

—Si dispusiera de unas semanas, podría reunir un equipo de mujeres de media docena de circuitos de la Resistencia distintos; pero tardaría demasiado en encontrarlas a todas y juntarlas en Reims.

—Tal vez fuera posible.

—Además, habría que falsificar un pase con una foto para cada mujer. Eso allí es poco menos que imposible, mientras que aquí los tendremos en uno o dos días.

—No es tan fácil como crees —murmuró Percy examinando el pase de Antoinette a contraluz de la bombilla desnuda del techo—. Pero es cierto, los de ese departamento hacen maravillas —admitió dejando el pase sobre el escritorio—. De acuerdo. Tendrán que ser candidatas rechazadas por el Ejecutivo. —Flick se sintió invadida por un sentimiento de triunfo. Percy apoyaría su plan—. Pero —siguió diciendo Thwaite—, en caso de que encuentres suficientes mujeres que hablen francés, ¿funcionará? ¿Qué me dices de los centinelas alemanes? ¿No conocen a las limpiadoras?

—Probablemente no son las mismas mujeres todas las noches. Tendrán días libres. Y los hombres nunca se fijan en quién limpia lo que ellos ensucian.

—No sé... La mayoría de los soldados son chavales hambrientos de sexo que se fijan en cualquier mujer que tengan cerca. Me extrañaría que los alemanes del palacio no tontearan con las limpiadoras, por lo menos con las jóvenes.

—Vi entrar a esas mujeres anoche, y desde luego no me pareció que tontearan.

—Aun así, parece poco probable que los soldados no noten que todas las

limpiadoras son nuevas.

—Confío en ello lo bastante como para correr el riesgo.

—De acuerdo. ¿Y los franceses de dentro? Las telefonistas son mujeres del pueblo, ¿me equivoco?

—Algunas sí, pero la mayoría llegan de Reims en autobús.

—No todos los franceses comulgan con la Resistencia, lo sabes mejor que yo. No falta quien está a favor del ideario nazi. Dios sabe que también en Inglaterra sobraban los idiotas convencidos de que Hitler ofrecía el tipo de gobierno fuerte y renovador que todos necesitábamos, aunque hoy en día parezca que se los ha tragado la tierra.

Flick meneó la cabeza. Percy no había estado en la Francia ocupada.

—Los franceses han soportado cuatro años de dominio nazi, no lo olvides. Allí todo el mundo espera la invasión desesperadamente. Las chicas de las centralitas mantendrán la boca cerrada.

—¿A pesar del bombardeo de la RAF?

Flick se encogió de hombros.

—Puede que haya unas cuantas hostiles, pero se guardarán mucho de enfrentarse a la mayoría.

—O eso esperas.

—Insisto en que el riesgo merece la pena.

—Seguimos sin saber cuántos hombres custodian ese sótano.

—Eso no nos impidió intentarlo ayer.

—Ayer disponías de quince combatientes de la Resistencia, algunos bastante curtidos. La próxima vez tendrás a un puñado de mujeres que no pasaron las pruebas o arrojaron la toalla.

Flick decidió jugarse el todo por el todo.

—Mira, pueden fallar montones de cosas. ¿Y qué? El coste de la operación es mínimo, y arriesgamos las vidas de mujeres que no están contribuyendo a la guerra de ningún otro modo. ¿Qué perdemos?

—A eso iba. Mira, a mí me gusta el plan. Voy a defenderlo ante el jefe. Pero creo que lo rechazará, por algo de lo que todavía no hemos hablado.

—¿Qué?

—Ese equipo sólo lo puedes mandar tú. Pero el viaje del que acabas de llegar tenía que ser el último. Sabes demasiado. Llevas yendo y viniendo cuatro años. Has entrado en contacto con la mayoría de los circuitos del norte de Francia. No podemos mandarte de vuelta. Si te capturan, podrías delatarlos a todos.

—Lo sé —dijo Flick muy seria—. Por eso llevo una píldora letal.

El general sir Bernard Montgomery, comandante del 21º Grupo del Ejército, que estaba a punto de invadir Francia, había instalado su cuartel general provisional en el oeste de Londres, en una escuela cuyos alumnos habían sido evacuados a un edificio

más seguro en el campo. Casualmente, era la escuela a la que Monty había asistido de niño. Las reuniones se celebraban en el aula de modelado, y todo el mundo se sentaba en los duros pupitres de madera de los escolares, generales, políticos y, en cierta ocasión memorable, el rey en persona.

A los británicos les parecía un detalle simpático. Paul Chancellor, de Boston, Massachusetts, opinaba que era una gilipollez. ¿Qué les habría costado poner unas cuantas sillas? Por lo general, los ingleses le caían bien, pero no soportaba que se las dieran de excéntricos.

Paul pertenecía al grupo de colaboradores personales de Monty. Mucha gente lo atribuía al hecho de que su padre fuera general, pero era una suposición injusta. Paul se sentía como pez en el agua entre militares de alto rango, en parte por ser hijo de su padre, pero también porque antes de la guerra el ejército estadounidense era el principal cliente de su negocio, que consistía en la grabación y comercialización de discos educativos para gramófono, principalmente cursos de idiomas. Valoraba virtudes tan militares como la obediencia, la puntualidad y el rigor, aunque también era capaz de pensar por su cuenta; y Monty había acabado por concederle toda su confianza.

Su área de responsabilidad era el servicio de información. Era un organizador. Se aseguraba de que Monty tuviera sobre la mesa del despacho los informes que necesitaba cuando los necesitaba, eliminaba los que llegaban tarde, le concertaba entrevistas con gente importante y llevaba a cabo las investigaciones especiales que le encargaba su jefe.

No era la primera vez que realizaba trabajos clandestinos. Había pertenecido a la Oficina del Servicio Estratégico, el servicio secreto estadounidense, y actuado como agente encubierto en Francia y los países francófonos del norte de África. (De niño, había vivido en París, donde su padre era agregado militar de la embajada de Estados Unidos.) Hacía seis meses, Paul había resultado herido en Marsella en un tiroteo con la Gestapo. Una bala se le había llevado casi toda la oreja izquierda, pero sólo había dañado su aspecto. La otra le había destrozado la rodilla derecha, cuyo uso nunca recuperaría completamente, y era el auténtico motivo de que ahora trabajara tras la mesa de un despacho.

El trabajo era fácil, en comparación con la azarosa vida del agente encubierto, pero nunca resultaba aburrido. En aquellos momentos, estaban preparando la Operación Overlord, la invasión que pondría fin a la guerra. Paul estaba entre los pocos centenares de personas que conocían la fecha en todo el mundo, aunque muchas otras estaban en condiciones de figurársela. En realidad, se barajaban tres días, dependiendo de las mareas, las corrientes, la luna y las horas de luz natural. La operación necesitaba que la luna saliera tarde, de modo que la oscuridad amparara los primeros movimientos de tropas, pero también que luciera más tarde, cuando los

paracaidistas saltaran de los aviones y los planeadores. La marea debía estar baja al amanecer, de modo que los obstáculos con que Rommel había sembrado las playas quedaran al descubierto. Y era necesario que volviera a estar baja antes del anochecer, para facilitar el desembarco de la segunda oleada de tropas. Tales requisitos dejaban un estrecho margen temporal: la flota podía hacerse al mar el siguiente lunes, 5 de junio, el martes 6 o el miércoles 7. La decisión definitiva la tomaría en el último minuto el comandante supremo de las fuerzas aliadas, el general Eisenhower, basándose en las condiciones meteorológicas.

Tres años antes, Paul habría removido cielo y tierra para hacerse un hueco en las fuerzas invasoras. Se moriría de ganas por entrar en acción y de vergüenza si tenía que quedarse en tierra. Ahora era tres años más viejo y más sensato. Por una parte, consideraba que había cumplido: en el instituto había capitaneado el equipo ganador del campeonato de Massachusetts, pero no volvería a patear un balón con el pie derecho. Pero, sobre todo, sabía que su talento como organizador podía hacer mucho más por la victoria de los aliados que su entusiasmo como tirador.

Lo entusiasmaba formar parte del equipo que planeaba la invasión más formidable de la Historia. Por supuesto, el entusiasmo no estaba exento de angustia. Las batallas nunca se desarrollan según lo previsto (aunque una de las debilidades de Monty era creer lo contrario). Paul sabía que cualquier error que cometiera —un lapsus al correr de la pluma, un detalle pasado por alto, un informe mal interpretado— podía acarrear la muerte a soldados aliados. A pesar del formidable contingente de las fuerzas invasoras, el desenlace de la batalla era difícil de prever, y el menor descuido podía inclinar la balanza.

Ese día, Paul había programado quince minutos sobre la Resistencia francesa para las diez en punto. Había sido idea de Monty. La minuciosidad era el rasgo más sobresaliente de su carácter. El mejor modo de ganar una batalla, solía decir, era no entablarla hasta tenerlo todo atado y bien atado.

Simon Fortescue entró en el aula de modelado a las diez menos cinco. Era uno de los jefes del M16, el servicio secreto británico. Alto y vestido con traje oscuro de raya diplomática, emanaba calma y competencia, aunque Paul dudaba que supiera mucho sobre el día a día del trabajo clandestino. Tras él apareció John Graves, un individuo nervioso, funcionario civil del Ministerio de Economía de Guerra, el departamento gubernamental responsable del EOE. Graves llevaba el atuendo característico de Whitehall: chaqueta negra y pantalones grises a rayas, «pantalones neceser», como los llamaban los ingleses. Paul frunció el ceño. No lo había invitado.

—¡Señor Graves! —exclamó de inmediato—. Ignoraba que lo hubieran invitado a acompañarnos...

—Lo explicaré en un segundo —replicó Graves, y, sentándose en uno de los pupitres, se limitó a abrir su maletín.

Paul estaba irritado. Monty odiaba las sorpresas. Pero no podía echar a Graves del aula.

Monty llegó de inmediato. Era un hombre bajo de nariz puntiaguda, pelo ralo y rasgos muy pronunciados a derecha e izquierda del fino bigote. Tenía cincuenta y seis años, pero aparentaba más. Paul lo apreciaba. Era tan meticuloso que mucha gente perdía la paciencia con él y lo llamaba «abuelita». En opinión de Paul, las chinchorrerías de su jefe salvaban vidas humanas.

Lo acompañaba un norteamericano a quien Paul no conocía. Monty lo presentó como el general Pickford y se volvió hacia Paul.

—¿Dónde está nuestro amigo del Ejecutivo? —le preguntó con viveza.

—Me temo que ha sido llamado por el primer ministro —respondió Graves—. Me ha pedido que les transmita sus disculpas. Espero serles de alguna ayuda...

—Lo dudo —replicó Monty con brusquedad.

Paul maldijo para sus adentros. Era un jotapeuve, y le iban a tirar de las orejas. Pero allí ocurría algo más. Los británicos se traían algo entre manos. Los observó detenidamente tratando de obtener alguna pista.

—Estoy seguro de que podré cubrir los huecos —dijo Fortescue con aplomo.

Monty parecía colérico. Le había prometido una sesión informativa al general Pickford, y el individuo clave no se había presentado. Pero no perdió el tiempo en recriminaciones.

—En la batalla que se avecina —dijo sin más preámbulos—, los momentos más peligrosos serán los iniciales. —Era impropio de Monty aludir a momentos peligrosos, se dijo Paul. Su estilo era hablar como si todo fuera a ir como la seda—. Tendremos que agarrarnos con las uñas al borde de un acantilado durante todo un día. —O dos, pensó Paul, o una semana, o más—. Será la ocasión del enemigo. No tiene más que aplastarnos los dedos con el tacón de la bota.

Así de fácil, se dijo Paul. La Operación Overlord era la acción militar más ambiciosa en la historia de la Humanidad: miles de barcos, centenares de miles de hombres, millones de dólares, decenas de millones de balas... El futuro del mundo dependía de su desenlace. Sin embargo, esa fuerza descomunal podía ser rechazada con una facilidad pasmosa, a poco que se torcieran las cosas durante las primeras horas.

—Todo lo que podamos hacer para retardar la respuesta del enemigo será de crucial importancia —concluyó Monty, y se volvió hacia Graves.

—Bien, la Sección F del EOE tiene más de cien agentes en Francia —empezó diciendo Graves—; en realidad, prácticamente todos nuestros hombres están allí. Y a sus órdenes, por supuesto, hay miles de combatientes franceses de la Resistencia. Durante las últimas semanas, les hemos arrojado en paracaídas cientos de toneladas de armas, municiones y explosivos.

Era la respuesta de un burócrata, pensó Paul; lo decía todo y no decía nada. Graves no había acabado, pero Monty lo atajó con una pregunta clave:

—¿Hasta qué punto son efectivos?

El funcionario titubeó, y Fortescue no perdió la oportunidad de meter baza:

—Mi expectativas son modestas —dijo—. Los resultados del Ejecutivo son, como mucho, desiguales.

Aquello tenía una doble lectura, comprendió Paul. Los espías profesionales a la antigua usanza odiaban a los recién llegados del EOE y su estilo de aventureros. Cuando la Resistencia atentaba contra alguna instalación alemana, desencadenaba investigaciones de la Gestapo que a menudo dejaban fuera de circulación a agentes del M16. Paul estaba con el Ejecutivo; a fin de cuentas, la guerra consistía en darle al enemigo donde más le dolía.

¿De eso se trataba? ¿De un rifirrafe entre el M16 y el EOE? — ¿Algún motivo en particular para su pesimismo? —preguntó Monty a Fortescue.

—El desastre de anoche, sin ir más lejos —respondió Fortescue sin darle tiempo a acabar—. Un grupo de la Resistencia al mando de un agente del Ejecutivo atacó una central telefónica próxima a Reims.

El general Pickford tomó la palabra por primera vez:

—Creía que habíamos decidido no atacar las centrales telefónicas. Nos van a hacer mucha falta si la invasión tiene éxito.

—Efectivamente —le respondió Monty—. Pero Sainte-Cécile es caso aparte. Constituye un nodo de acceso para la nueva ruta de cable hacia Alemania. La mayor parte de las comunicaciones por teléfono y teletipo entre el Alto Mando en Berlín y las fuerzas alemanas de Francia pasa por ese edificio. Inutilizarlo no nos causaría gran perjuicio, teniendo en cuenta que no es a Alemania a donde necesitaremos llamar; en cambio, desbarataría completamente el sistema de comunicaciones del enemigo.

—Utilizarán la comunicación por radio —observó Pickford.

—Exacto —dijo Monty—. Lo que nos permitirá leer sus mensajes.

—Gracias a nuestros especialistas en códigos de Bletchley —terció Fortescue.

Paul era una de las contadas personas que sabía que el servicio secreto británico había descifrado los códigos que usaban los alemanes, lo que le permitía interpretar buena parte de los mensajes por radio del enemigo. El hecho era motivo de orgullo en el M16, por más que el mérito no correspondía al personal de inteligencia, sino a un grupo informal de matemáticos y entusiastas de los crucigramas, muchos de los cuales habrían sido arrestados si hubieran entrado en una dependencia del M16 en otros tiempos. Sir Stewart Menzies, el aristocrático director del servicio secreto, odiaba a los intelectuales, los comunistas y los homosexuales, grupos que podían reivindicar con idéntico derecho a Alan Turing, el genio matemático que coordinaba

al equipo de criptógrafos.

No obstante, Pickford tenía razón: si los alemanes se veían imposibilitados de usar las líneas telefónicas, tendrían que comunicarse por radio, y los aliados se enterarían de sus conversaciones. Destruir la central telefónica de Sainte-Cécile proporcionaría a los aliados una ventaja crucial.

Pero la misión había fracasado.

—¿Quién estaba al mando? —preguntó Monty.

—No dispongo de un informe completo... —murmuró Graves.

— Yo puedo decírselo —intervino Fortescue—. El mayor Clairet. —Hizo una pausa—. Una chica.

Paul había oído hablar de Felicity Clairet. Era poco menos que una leyenda en el reducido círculo que estaba en el secreto de las operaciones encubiertas de los aliados. Había sobrevivido en Francia más tiempo que ningún otro agente. Su nombre en clave era Tigresa, y quienes la conocían aseguraban que se movía por las calles de la Francia ocupada con el sigilo de un gato salvaje. También decían que tenía cara de ángel y corazón de piedra. Había matado en más de una ocasión.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Monty.

—La mala planificación, la inexperiencia del mando y la falta de disciplina de los hombres contribuyeron al fracaso —sentenció Fortescue—. El edificio no contaba con una guarnición numerosa, pero los soldados alemanes están bien adiestrados, y no tuvieron dificultad en barrer a la partida de la Resistencia.

Monty estaba irritado.

—Por lo que dicen —apuntó Pickford—, no deberíamos confiar demasiado en la Resistencia francesa para cortar las líneas de comunicaciones de Rommel.

Fortescue asintió.

—Los bombardeos son el mejor medio para conseguir ese fin.

—No estoy seguro de que eso sea totalmente justo —protestó Graves sin convicción—. El mando aéreo también tiene sus éxitos y sus fracasos. Y el Ejecutivo resulta muchísimo más barato.

—Por amor de Dios, no estamos aquí para ser justos con la gente —rezongó Monty—. Lo único que queremos es ganar la guerra —dijo poniéndose en pie; y, volviéndose hacia Pickford, añadió—: Creo que ya hemos oído bastante.

—Pero, ¿qué hacemos con lo de la central telefónica? —preguntó Graves—. El Ejecutivo ha presentado un nuevo plan...

—Dios bendito... —lo atajó Fortescue—. ¿Qué quieren, volver a joderla?

—Bombardéenla —respondió Monty.

—Ya lo hemos intentado —dijo Graves—. Los aviones alcanzaron el edificio, pero los daños sólo inutilizaron la central durante unas horas. —Pues que vuelvan a bombardearla —replicó Monty, y salió del aula. Graves lanzó una mirada de furia

impotente al hombre del M16. —Realmente, Fortescue... —murmuró—. Realmente... Fortescue no se dignó responder.

Todo el mundo abandonó el aula. En el pasillo esperaban dos personas: un hombre de unos cincuenta años con chaqueta de tweed y una rubia menuda con una vieja chaqueta azul sobre un vestido de algodón descolorido. De pie frente a una vitrina llena de trofeos deportivos, parecían un profesor y una alumna, si no fuera porque la chica llevaba un pañuelo amarillo atado al cuello con un buen gusto que Paul juzgó inequívocamente francés. Fortescue pasó rápidamente junto a ellos, pero Graves se detuvo a hablarles.

—Lo han rechazado —les dijo—. Volverán a bombardearla.

Paul supuso que la mujer era la Tigresa y la miró con curiosidad. Pequeña y delgada, tenía el pelo rubio, corto y rizado, y hermosos ojos verdes. No podía decirse que fuera guapa: la experiencia había dejado demasiadas señales en su rostro. El aire de colegiala se desvanecía con la proximidad. La nariz recta y la afilada barbilla le daban un aspecto agresivo. Pero emanaba un atractivo innegable, algo que hizo imaginar a Paul su cuerpo menudo bajo el gastado vestido.

La mujer reaccionó con indignación a las palabras de Graves.

—No sirve de nada bombardear la central desde el aire. El sótano está reforzado. Por amor de Dios, ¿cómo han podido decidir semejante cosa?

—Tal vez deba preguntárselo a este caballero —le sugirió Graves volviéndose hacia Paul—. Mayor Chancellor, le presento a la mayor Clairet y al coronel Thwaite.

A Paul le molestó que lo pusieran en el brete de defender una decisión ajena y, cogido por sorpresa, respondió con una franqueza nada diplomática:

—No creo que haya mucho que explicar —dijo con brusquedad—. La jodieron y han decidido no darles una segunda oportunidad.

Paul le sacaba la cabeza, pero la mujer lo fulminó con la mirada. —¿Que la jodimos? —masculló colérica—. ¿Qué coño quiere decir con eso?

Paul sintió que se le subían los colores.

—Puede que hayan informado mal al general Montgomery, pero, ¿no era ésta la primera vez que dirigía una operación de ese calibre, mayor?

—¿Eso es lo que les han contado? ¿Que fue mi falta de experiencia?

Era guapa, ahora se daba cuenta. La cólera le agrandaba los ojos y le coloreaba las mejillas. Pero también era una maleducada, de modo que decidió no andarse por las ramas.

—De eso, de la mala planificación...

—¡La jodida planificación no tenía ningún error!

—... y del hecho de que los defensores fueran tropas bien adiestradas y ustedes un grupo indisciplinado.

—¡Maldito cerdo arrogante!

Paul retrocedió instintivamente. Ninguna mujer le había hablado de aquel modo en toda su vida. Puede que fuera un retaco de metro cincuenta y poco, se dijo Paul, pero los nazis debían de tenerle pánico. Viendo la ira que alteraba sus facciones, comprendió que estaba más colérica consigo misma que con él.

—Usted piensa que fue culpa suya —le dijo Paul—. Nadie se pone así por un error ajeno.

Esta vez fue Flick quien se quedó de piedra. Abrió la boca, pero fue incapaz de hablar.

El coronel Thwaite decidió que había llegado el momento de intervenir:

—Por amor de Dios, Flick, haz el favor de calmarte —dijo, y se volvió hacia Paul—: Déjeme adivinar... Esa es la versión de Simon Fortescue, del M16, ¿verdad?

—Verdad —respondió Paul, tenso.

—¿y no ha mencionado que el plan de ataque se basaba en la información que nos había proporcionado su gente?

—Me temo que no.

—Me lo imaginaba —dijo Thwaite—. Gracias, mayor Chancellor, no quiero hacerle perder más tiempo.

Paul no tenía la sensación de que la conversación hubiera acabado, pero, puesto que un oficial superior opinaba lo contrario, no le quedaba más remedio que dar media vuelta y marcharse.

Estaba claro que se había dejado coger en el fuego cruzado de una guerra de intereses entre el M16 y el EOE. Si estaba furioso con alguien era con Fortescue, que había aprovechado la reunión para marcarse un tanto. ¿Había acertado Monty decidiendo bombardear la central en lugar de conceder una segunda oportunidad al Ejecutivo?

Al ir a entrar en su despacho, volvió la cabeza. La mayor Clairet seguía discutiendo con el coronel Thwaite, en voz baja pero con el rostro encendido y manifestando su indignación con elocuentes ademanes. Discutía como un hombre, con una mano en la cadera, el cuerpo inclinado hacia delante y blandiendo un índice admonitorio en apoyo de sus argumentos; pero, al mismo tiempo, resultaba enormemente seductora. Paul no pudo evitar preguntarse cómo sería rodearla con los brazos y deslizar la mano por las delicadas curvas de su cuerpo. «Es dura —se dijo—, pero toda una mujer.»

Pero, ¿tenía razón? ¿Era inútil el bombardeo? Decidió seguir haciendo preguntas.

La ennegrecida mole de la catedral se alzaba sobre el centro de Reims como un reproche divino. A mediodía, el Hispano-Suiza azul celeste de Diether Franck se detuvo ante el hotel Franckfort, requisado por las fuerzas alemanas de ocupación.

Diether se apeó del vehículo y alzó la vista hacia las rechonchas torres gemelas

del enorme templo. El plan original del edificio preveía esbeltos capiteles que no llegaron a construirse por falta de dinero. Los obstáculos mundanos frustraban hasta las aspiraciones más sagradas.

Diether ordenó al teniente Hesse que continuara viaje con el coche hasta el palacio de Sainte-Cécile y se asegurara de que la Gestapo estaba dispuesta a colaborar. No quería arriesgarse a sufrir un segundo rechazo del mayor Weber. Hesse se alejó en el Hispano-Suiza, y Dieter subió a la suite en la que había dejado a Stéphanie la noche anterior.

La chica se levantó de la silla apenas lo vio entrar. Estaba preciosa. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, un salto de cama de seda de color castaño y zapatillas de tacón alto. La besó con ansia y recorrió su esbelto cuerpo con manos ávidas, agradecido por el don de su belleza.

—Es estupendo que te alegres tanto de verme —dijo sonriendo Stéphanie, que, como siempre, le hablaba en francés.

Dieter aspiró el aroma de su cuerpo.

—Bueno, la verdad es que hueles mejor que Hans Hesse, sobre todo cuando lleva un día y una noche en pie.

La chica le apartó el pelo de la frente con una caricia de su suave mano.

—Nunca me tomas en serio. Pero dudo que hubieras protegido a Hans con tu propio cuerpo.

—En eso tienes razón. —Dieter suspiró y la soltó—. Dios, estoy muerto.

—Ven a la cama.

Dieter meneó la cabeza.

—Tengo que interrogar a los prisioneros. Hesse volverá a recogerme dentro de una hora —dijo, y se derrumbó en el sofá.

—Te pediré algo de comer. —Stéphanie pulsó el timbre, y al cabo de un minuto apareció un viejo camarero francés. La chica conocía a Dieter lo bastante bien como para pedir por él. Encargó un plato de jamón con panecillos calientes y ensalada de patata—. ¿Quieres vino? —preguntó volviéndose hacia Dieter.

—No, me entraría sueño.

—Entonces, una taza de café —le dijo Stéphanie al camarero. Tras cerrar la puerta, se acercó al sofá, se sentó junto a Dieter y le cogió la mano—. ¿Ha ido todo según tus planes?

—Sí. Rommel ha sido muy amable conmigo. —Dieter frunció el ceño—. Sólo espero ser capaz de cumplir todas las promesas que le he hecho.

—Seguro que las cumplirás.

Stéphanie no le pidió detalles. Sabía que sólo le contaría lo que juzgara oportuno y ni una palabra más.

Dieter la miró con afecto dudando si decirle lo que le rondaba por la cabeza.

Podía aguarle la fiesta, pero tenía que decírselo. Volvió a suspirar.

—Si la invasión tiene éxito y los aliados recuperan Francia, será el final de lo nuestro. Supongo que lo comprendes.

La chica frunció el ceño como si hubiera sentido un dolor repentino y le soltó la mano.

—¿Tengo que comprenderlo?

Dieter sabía que su marido había caído al inicio de la guerra y que no habían tenido hijos.

—¿Vive alguien de tu familia? —le preguntó.

—Mis padres murieron hace años. Tengo una hermana en Montreal.

—Quizá debiéramos pensar en el modo de enviarte allí. Stéphanie sacudió la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

La chica rehuyó su mirada.

—Me gustaría que hubiera acabado la guerra —murmuró.

—No, no te gustaría.

—Claro que sí —dijo Stéphanie con una irritación rara en ella.

—Es una vulgaridad impropia de ti —repuso Dieter con una punta de desdén.

—No irás a decirme que la guerra te parece algo bueno...

—Si no fuera por la guerra, tú y yo no estaríamos juntos.

—¿Y todo el sufrimiento que está causando?

—Yo soy un vitalista. La guerra saca lo que la gente lleva dentro: los sádicos se convierten en torturadores, los psicópatas en soldados de primera línea, los verdugos y las víctimas tienen una oportunidad única de satisfacer sus inclinaciones, y las putas no dan abasto. Stéphanie lo miró airada.

—No hace falta que me digas qué papel interpreto yo.

Dieter acarició su suave mejilla y le rozó los labios con las puntas de los dedos.

—Tú eres una cortesana, y de las mejores.

—No piensas nada de lo que dices —replicó ella apartando el rostro—. Improvisas sobre una música, como cuando te sientas al piano.

Dieter sonrió y asintió: efectivamente, el jazz no se le daba mal, para consternación de su padre. Era una comparación pertinente. Más que expresar convicciones firmes, jugaba con ideas.

—Puede que tengas razón.

La cólera de Stéphanie había dado paso a la tristeza.

—¿Te refieres a lo de separarnos si los alemanes tenéis que evacuar Francia?

Dieter la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. La chica lo dejó hacer y apoyó la cabeza en su hombro. Él la besó en la frente y le acarició el pelo.

—Eso no ocurrirá —respondió.

—¿Estás seguro?

—Te lo garantizo.

Era la segunda vez en un mismo día que hacía una promesa sin estar seguro de poder cumplirla.

El camarero trajo su desayuno y rompió el encantamiento. Dieter estaba tan cansado que ni siquiera tenía hambre, pero comió un poco y se bebió todo el café. Luego, se lavó y afeitó, y empezó a sentirse mejor. Se estaba abotonando una camisa de uniforme limpia cuando el teniente Hesse llamó a la puerta. Dieter besó a Stéphanie y salió con él.

El coche llegó a una calle bloqueada y tuvo que tomar un desvío: los aviones aliados habían regresado durante la noche y destruido toda una hilera de casas próximas a la estación de ferrocarril. Salieron de la ciudad y tomaron la carretera a Sainte-Cécile.

Dieter le había dicho a Rommel que el interrogatorio de los prisioneros «podía» conducir a la desarticulación de la Resistencia antes de la invasión. Pero Rommel, como cualquier mando militar, había tomado el «quizá» por una promesa, y esperaría resultados. Por desgracia, en un interrogatorio no había nada garantizado. Había prisioneros lo bastante listos para inventar mentiras imposibles de descubrir. A otros se les ocurrían ingeniosas formas de suicidio cuando la tortura empezaba a resultarles insoportable. Si la seguridad de aquel circuito de la Resistencia era realmente estricta, cada miembro sabría solamente lo mínimo sobre los demás y poseería escasa información relevante. Y, lo que era peor, los aliados podían haberles dado información falsa, de forma que cuando la tortura los doblegara todo lo que dijeran formara parte de un engaño perfectamente planeado.

Dieter procuró mentalizarse para lo que se avecinaba. Tenía que ser inmisericorde y astuto. No podía permitir que le afectara el sufrimiento físico y mental que estaba a punto de infligir a unos seres humanos. Lo único importante eran los resultados. Cerró los ojos y empezó a sentir una profunda calma, una indiferencia que le calaba hasta los huesos y a la que solía comparar con el frío de la muerte.

El Hispano-Suiza cruzó la verja del palacio y penetró en la explanada. Un grupo de trabajadores sustituía los cristales de las ventanas alcanzadas por los disparos y rellenaba los boquetes abiertos por las granadas. En el vestíbulo, las telefonistas lanzaban sus eternos bisbiseos a los micrófonos. Dieter avanzó por el dédalo de recibidores del ala este, con Hans Hesse pisándole los talones. Descendieron el tramo de escaleras que conducía al sótano. El centinela de la entrada se cuadró y dejó pasar a Dieter, que iba de uniforme. Llegaron ante la puerta del centro de interrogatorios. Dieter la abrió y entró en la sala de entrevistas.

Willi Weber los esperaba sentado a la mesa.

—¡Heíl Hitler! —exclamó Dieter alzando el brazo para obligar a Weber a ponerse en pie. Luego, apartó una silla de la mesa, se sentó y se volvió hacia el oficial de la Gestapo—. Por favor, Weber, siéntate.

Weber se enfureció al oír que lo invitaban a sentarse en su propio cuartel general, pero hizo lo que le indicaban. —¿Cuántos prisioneros tenemos? —preguntó Dieter.

—Tres.

—¿Sólo? —dijo Dieter decepcionado.

—Matamos a ocho terroristas durante la refriega. Otros dos han muerto durante la noche a consecuencia de las heridas.

Dieter soltó un bufido. Había ordenado que procuraran mantener con vida a los heridos. Pero ya no tenía sentido exigir cuentas a Weber sobre el trato que habían recibido.

—Creo que escaparon dos... —siguió diciendo Weber.

—Sí —confirmó Dieter—. La rubia de la plaza y el hombre al que salvó.

—Exacto. De modo que, de un total de quince atacantes, tenemos tres prisioneros.

—¿Dónde están?

Weber se removió en el asiento.

—Dos, en su celda.

—¿Y el tercero?

Weber señaló el otro cuarto con un gesto de la cabeza.

—Está siendo sometido a interrogatorio en estos momentos.

Dieter se puso en pie y abrió la puerta con aprensión. La figura achaparrada del sargento Becker apareció frente al vano blandiendo un garrote semejante a una larga porra de policía. Jadeaba y estaba empapado en sudor. Se había empleado a fondo. Tenía los ojos clavados en el prisionero atado al poste.

Dieter vio confirmados sus temores. A pesar de que estaba decidido a mantener la calma, no pudo reprimir una mueca de repugnancia. El prisionero era Genevieve, la chica que ocultaba una metralleta Sten bajo la chaqueta. Estaba desnuda y atada al pilar con una cuerda que le pasaba por debajo de los brazos y la mantenía en pie. Tenía la cara tan hinchada que no podía abrir los ojos. La sangre que le manaba de la boca le cubría la barbilla y la mayor parte del pecho, y en el resto del cuerpo el morado de las contusiones había sustituido al color natural de la piel. Uno de los brazos pendía en un ángulo extraño, aparentemente dislocado en el hombro. El vello del pubis estaba empapado en sangre.

—¿Qué le ha contado?

—Nada —respondió Becker apurado.

Dieter asintió procurando no perder los estribos. Era lo que cabía esperar. Se acercó a la mujer.

—Genevieve, escúcheme —le dijo en francés. Ella no dio signos de haberlo oído—.

¿Le gustaría descansar? —insistió Dieter. No hubo respuesta.

Dio media vuelta. Weber lo miraba desde el umbral con expresión desafiante.

—Tenías instrucciones expresas de dejar en mis manos los interrogatorios —le dijo Dieter con fría cólera.

—Nos ordenaron que te permitiéramos hablar con ellos —replicó Weber con burlona suficiencia—. Pero nadie nos ha prohibido que los interrogáramos.

—¿Y estás satisfecho de los resultados? —Weber no respondió—. ¿Y los otros dos? —preguntó Dieter.

—Todavía no los hemos interrogado.

—Demos gracias a Dios —dijo Dieter, que, no obstante, estaba consternado. Contaba con media docena de prisioneros, y sólo tenía dos—. Quiero verlos.

Weber hizo un gesto a Becker, que dejó la porra y abrió la marcha. A la brillante luz del pasillo, Dieter pudo ver las salpicaduras de sangre en el uniforme del sargento. Becker se detuvo ante una puerta con mirilla. Dieter se acercó y miró al interior.

La celda era un cubículo sin más mobiliario que un cubo arrimado a una pared. Sentados en el suelo de tierra, los dos hombres miraban al vacío sin decir palabra. Dieter los observó detenidamente. Los recordaba de la noche anterior. El viejo, Gaston, había instalado las cargas. El otro, que debía de tener unos diecisiete años, se llamaba Bertrand. No parecía herido, pero, recordando que durante el ataque le había explotado cerca una granada, Dieter se dijo que tal vez hubiera sufrido una conmoción.

Dieter siguió observándolos y tomándose tiempo para pensar. No podía fallar. No podía desperdiciar otro prisionero: aquellos dos eran todo lo que tenía. El chico parecía más asustado, pero aguantaría mejor el dolor. El otro era demasiado viejo para soportar una auténtica sesión de tortura —podía morir antes que flaquear—, pero tendría el corazón blando. Dieter empezaba a vislumbrar la estrategia con más probabilidades de éxito.

Cerró la mirilla y volvió a la sala de entrevistas. Becker, que le seguía los pasos, volvió a recordarle a un perro estúpido pero peligroso.

—Sargento Becker —le dijo—, desate a la mujer y llévela a la celda con los otros dos.

—¿Una mujer en la celda de los hombres? —se asombró Weber. Dieter lo miró con incredulidad.

—¿Crees que se sentirá humillada?

Becker entró en la cámara de tortura y volvió a aparecer llevando a cuestas el cuerpo martirizado de Genevieve.

—Asegúrese de que el viejo le echa un buen vistazo. Luego, tráigalo aquí.

Becker se alejó por el pasillo.

Dieter decidió librarse de Weber, pero sabía que si se lo ordenaba, se resistiría, de modo que hizo justo lo contrario:

—Opino que deberías quedarte a presenciar el interrogatorio. Podrías aprender mucho de mi técnica.

Weber reaccionó como esperaba Dieter.

—Lo dudo mucho —replicó—. Becker me mantendrá informado. Dieter fingió indignarse, y Weber dio media vuelta y se marchó. Dieter captó la mirada del teniente Hesse, que había permanecido sentado en un rincón sin despegar los labios y lo observaba con admiración.

Dieter se encogió de hombros.

—A veces es tan fácil que no tiene gracia —dijo.

Becker regresó con Gaston. El anciano estaba pálido. Saltaba a la vista que el estado en que había quedado Genevieve lo había conmocionado profundamente.

—Siéntese, por favor —le dijo Dieter en alemán—. ¿Quiere un cigarrillo?

Gaston lo miró alelado.

Dieter acababa de averiguar que el prisionero no entendía alemán, un dato que convenía tener en cuenta.

Le indicó una silla y le ofreció cigarrillos y cerillas. Gaston cogió un cigarrillo y lo encendió con manos temblorosas.

Algunos prisioneros se desmoronaban en ese momento, antes de que empezaran a torturarlos, de puro miedo a lo que les ocurriría. Dieter esperaba que fuera el caso. Le había mostrado las alternativas: por un lado, el cuerpo martirizado de Genevieve; por el otro, cigarrillos y amabilidad.

A partir de ese momento, se dirigió al prisionero en francés, empleando un tono amistoso:

—Voy a hacerle algunas preguntas.

—Yo no sé nada —se apresuró a decir Gaston.

—Bueno, yo no estoy tan seguro —dijo Dieter—. Tiene usted unos sesenta años, y probablemente ha pasado toda la vida en Reims o en sus alrededores.

—Gaston no se molestó en negarlo. Dieter prosiguió—: Sé que los miembros de una célula de la Resistencia usan nombres en clave y comparten el mínimo de información personal, como medida de seguridad.

—A su pesar, Gaston asintió con un leve cabeceo—. Pero usted conoce a la mayoría de esas personas desde hace décadas. Un hombre puede hacerse llamar Elefante, o Reverendo, o Berenjena cuando está con otros miembros de la Resistencia, pero usted lo conoce y sabe que es Jean-Pierre, el cartero, que vive en la rue du Parc y visita a escondidas a la viuda Martineau todos los martes, mientras su mujer cree que está jugando a los bolos.

—Gaston rehuyó la mirada de Dieter, y éste supo que no se equivocaba—. Quiero

que comprenda que todo lo que ocurra aquí estará bajo su control —siguió diciendo Dieter—. El dolor o el alivio al dolor; la sentencia de muerte o el indulto. Todo depende de lo que usted elija.

—Dieter vio satisfecho que Gaston parecía aún más aterrado que antes—. Responderá a mis preguntas. Al final, todos lo hacen. El único imponderable es cuánto tardará.

Ése era el momento en que algunos se venían abajo; pero Gaston resistió.

—No puedo decirle nada —aseguró con un hilo de voz.

Estaba asustado, pero conservaba un asomo de coraje y no parecía dispuesto a rendirse sin luchar.

Dieter se encogió de hombros. Tendría que ser por las malas. Se volvió hacia Becker y le habló en alemán:

—Vuelva a la celda. Haga que el chico se desnude. Tráigalo y átelo al pilar de la otra habitación.

—Muy bien, mayor —dijo el sargento con evidente satisfacción. Dieter se volvió hacia Gaston.

—Va a decirme los nombres auténticos y en clave de todos los hombres y mujeres que participaron en el ataque de ayer y los del resto de los miembros de su circuito de la Resistencia.

—Gaston meneó la cabeza, pero Dieter hizo caso omiso—. Quiero saber la dirección de todos ellos, y la de cualquier otra casa usada por miembros del circuito.

Gaston dio una profunda calada a su cigarrillo y clavó los ojos en la brasa. En realidad, aquellas preguntas no eran las más importantes. El objetivo fundamental de Dieter era obtener información que lo condujera a otros circuitos de la Resistencia. Pero debía evitar que Gaston lo adivinara.

Al cabo de unos instantes, Becker volvió con Bernard. Gaston miró boquiabierto al muchacho, que estaba completamente desnudo, y lo siguió con ojos desorbitados mientras el sargento lo empujaba al interior de la cámara.

Dieter se puso en pie.

—Quédese con el prisionero —le dijo a Hesse, y siguió a Becker al interior de la cámara.

Tuvo buen cuidado de dejar la puerta entornada para que Gaston pudiera oírlo todo.

Becker ató a Bertrand al pilar. Antes de que Dieter pudiera intervenir, le propinó un puñetazo en la boca del estómago. Fue un potente rechazazo de un hombre fuerte, y produjo un sonido escalofriante. El muchacho gimíó y se retorció de dolor.

—No, no, no —dijo Dieter. Como había imaginado, la técnica de Becker carecía de rigor científico. Un hombre joven y sano podía encajar golpes casi indefinidamente—. Primero hay que vendarle los ojos. —Se sacó un amplio pañuelo de algodón del

bolsillo y lo anudó a la nuca de Bertrand—. Así, cada golpe es como un terrible shock, y cada pausa entre dos golpes se convierte en una espera agónica.

Becker cogió la porra de madera. Dieter asintió, y el sargento alzó el garrote y lo descargó sobre la cabeza de Bertrand. La madera produjo un fuerte chasquido al golpear los huesos bajo el cuero cabelludo. El muchacho soltó un alarido de dolor y pánico.

—No, no —repitió Dieter—. Nunca golpee a un prisionero en la cabeza. Podría dislocarle la mandíbula e incapacitarlo para hablar. Peor aún, podría dañar el cerebro, y nada de lo que nos dijera tendría ningún valor. —Le quitó la porra y volvió a dejarla en el paragüero. Eligió una palanca de acero y se la tendió—. Ahora, recuerde: nuestro objetivo es infligir al sujeto un sufrimiento insoportable sin poner en peligro su vida o su capacidad para decirnos lo que queremos saber. Evite los órganos vitales. Concéntrese en las zonas óseas: tobillos, espinillas, rótulas, dedos, codos, hombros y costillas.

Becker esbozó una sonrisa astuta. Dio una vuelta alrededor del pilar, se detuvo bruscamente y, apuntando con cuidado, descargó la palanca de acero sobre un codo de Bertrand. El chico soltó un aullido de auténtico dolor, que Dieter reconoció de inmediato.

Becker sonrió satisfecho. «Dios me perdone —pensó Dieter— por enseñar a ser más efectivo a semejante animal.»

Siguiendo las indicaciones de Dieter, Becker golpeó primero uno de los huesudos hombros del muchacho, luego una mano, después un tobillo... Dieter obligaba al sargento a hacer pausas entre los golpes para dar tiempo a que el dolor se desvaneciera y a que la víctima empezara a temer el siguiente bastonazo.

Bertrand empezó a suplicar piedad:

—Basta, por favor —imploró en el paroxismo del dolor y el miedo. Becker volvió a levantar la palanca, pero Dieter lo contuvo. Pretendía que Bertrand siguiera suplicando—. Por favor, no me golpeen más —gimió Bertrand—. Por favor, por favor...

—A veces —dijo Dieter— es buena idea partirle una pierna al sujeto al comienzo de la entrevista. El dolor es terrible, especialmente cuando se vuelve a golpear el hueso roto. —Se acercó al paragüero y eligió un mazo—. Justo debajo de la rodilla —dijo tendiéndoselo al sargento—. Tan fuerte como pueda.

Becker apuntó cuidadosamente y asestó un golpe brutal. La tibia se fracturó con un audible crac. Bertrand soltó un alarido y perdió el conocimiento. El sargento se acercó a una esquina de la cámara, cogió un cubo lleno de agua y la arrojó al rostro del muchacho. Bertrand recobró el sentido y volvió a gritar.

Los gritos fueron debilitándose hasta transformarse en estremecedores gemidos.

—¿Qué quieren de mí? —farfulló Bertrand—. ¡Por favor, díganme qué quieren de mí!

Dieter no le preguntó nada. Se limitó a tender la palanca al sargento y señalarle la pierna, en la que asomaba el extremo astillado del hueso entre la carne. Becker la golpeó en aquel punto. Bertrand aulló y volvió a desmayarse.

Dieter supuso que aquello bastaría.

Volvió a la sala de entrevistas. Gaston seguía donde lo había dejado, pero parecía otro hombre. Estaba inclinado hacia delante y, con la cara oculta entre las manos, lanzaba fuertes sollozos, gemía y rezaba. Dieter se arrodilló junto a él y le apartó las manos del rostro. Gaston lo miró llorando a lágrima viva.

—Sólo usted puede pararlo —le dijo Dieter con suavidad.

—Por favor, párelo... Se lo suplico —gimió Gaston.

—¿Responderá a mis preguntas?

Hubo un momento de silencio. Bertrand volvió a chillar.

—¡Sí! —gritó Gaston—. ¡Sí, sí, se lo diré todo, pero pare de una vez!

—¡Sargento Becker! —dijo Dieter alzando la voz.

—¿Sí, mayor?

—Basta por el momento.

—Sí, mayor —murmuró Becker con un dejo de decepción en la voz.

—Ahora, Gaston —dijo Dieter de nuevo en francés—, empecemos con el jefe del circuito. Nombre auténtico y nombre en clave. ¿Quién es?

Gaston titubeó. Dieter miró hacia la puerta abierta de la cámara de tortura.

—Michel Clairet —se apresuró a responder Gaston—. Nombre en clave, Monet.

Lo había conseguido. El primer nombre era el más difícil. El resto lo seguiría sin esfuerzo. Procurando disimular su satisfacción, Dieter ofreció un cigarrillo al prisionero y le acercó una cerilla encendida.

—¿Dónde vive?

—En Reims.

Gaston soltó una bocanada de humo y dio una dirección cerca de la catedral. Ya apenas temblaba.

A un gesto de Dieter, el teniente Hesse sacó una libreta y empezó a anotar las respuestas del prisionero. Pacientemente, Dieter interrogó a Gaston respecto a cada miembro del grupo de la Resistencia. En algunos casos, los menos, Gaston sólo conocía los nombres en clave, y a dos de los hombres aseguró haberlos conocido ese mismo domingo. Dieter lo creyó. Había dos conductores esperándolos en sendos coches estacionados cerca de la plaza, dijo Gaston: una chica joven llamada Gilberte y un hombre cuyo nombre en clave era Mariscal. El grupo, conocido como circuito Boffinger, contaba con más miembros.

Dieter lo interrogó sobre las relaciones entre los miembros del grupo. ¿Había parejas? ¿Homosexuales? ¿Alguno que se acostara con la mujer de otro?

Aunque habían dejado de torturarlo, Bertrand seguía gimiendo, y volvía a gritar

cuando el dolor de las heridas le resultaba insoportable.

—¿Harán que lo vea un médico? — preguntó Gaston. Dieter se encogió de hombros. —Por favor, llame a un médico.

—Está bien... Cuando acabemos de hablar.

Gaston le contó que Michel y Gilberte eran amantes, aunque él estaba casado con Flick, la rubia de la plaza.

Hasta ese momento, el prisionero le había hablado de un circuito prácticamente desarticulado, de modo que la información tenía un interés puramente teórico. Dieter decidió pasar a las preguntas importantes:

—Cuando un agente aliado llega a este distrito, ¿cómo establece contacto?

Se suponía que nadie debía saberlo, respondió el prisionero. Como medida de seguridad, había un intermediario. No obstante, Gaston se había enterado de algunas cosas. Una mujer cuyo nombre en clave era Burguesa se ponía en contacto con los agentes. Gaston no sabía dónde se encontraban, pero sí que se los llevaba a su casa y les arreglaba una cita con Michel.

Nadie conocía a Burguesa, ni siquiera Michel.

Dieter lamentó que el prisionero supiera tan poco respecto a aquella mujer. Pero ésa era la utilidad de los intermediarios.

—¿Sabe dónde vive?

Gaston asintió.

—Se le escapó a uno de los agentes. Tiene una casa en la calle du Bois. Número once.

Dieter se esforzó en ocultar su júbilo. Aquella información era crucial. Con toda probabilidad, los aliados seguirían enviando agentes para intentar reconstruir el circuito Bollinger. Dieter tendría la posibilidad de cazarlos en casa de la intermediaria.

—¿Y cuando se van?

Los recogía un avión en un lugar llamado Campo de Piedra, un simple prado a las afueras de Chatelle, le explicó Gaston. Había una pista de aterrizaje alternativa cuyo nombre en clave era Campo de Oro, pero ignoraba su emplazamiento.

Dieter interrogó a Gaston sobre el enlace con Londres. ¿Quién había ordenado el ataque a la central telefónica? El prisionero le explicó que el oficial al mando del circuito era Flick —la mayor Clairet—; ella traía las órdenes de Londres. Dieter estaba intrigado. Una mujer, al mando. Pero había comprobado su valor en acción. No le cabía duda de su capacidad como líder.

En la cámara de tortura, Bertrand empezó a suplicar que lo mataran.

—Por favor... —murmuró Gaston—. Un médico.

—Antes, hábleme de la mayor Clairet —respondió Dieter—. Luego ordenaré que le inyecten un calmante.

—Es una persona muy importante —respondió Gaston, ansioso por proporcionarle información que lo satisficiera—. Dicen que ha sobrevivido en la clandestinidad más tiempo que nadie. Ha actuado en todo el norte de Francia.

Dieter estaba fascinado.

—¿Tiene contacto con otros circuitos?

—Eso creo.

Era un hecho insólito, e implicaba que aquella mujer podía ser una fuente inagotable de información sobre la Resistencia francesa.

—Ayer se dio a la fuga después del ataque —dijo Dieter—. ¿Adónde pudo ir?

—De vuelta a Londres. Seguro —respondió Gaston—. Para informar sobre la operación.

Dieter maldijo para sus adentros. La necesitaba en Francia, donde podía capturarla e interrogarla. Si conseguía darle caza, podría dismantelar la mitad de la Resistencia francesa... como le había prometido a Rommel. Pero la chica estaba fuera de su alcance.

—Eso es todo por hoy —dijo poniéndose en pie—. Hans, haga venir al doctor para que examine a los prisioneros. No quiero que ninguno de ellos muera hoy. Puede que tengan más cosas que contarnos. Luego, pase sus notas a máquina y tráigamelas por la mañana.

—Muy bien, mayor.

—Haga una copia para el mayor. Weber. Pero no se la entregue hasta que yo se lo diga.

—Entendido.

—Volveré solo al hotel —dijo Dieter, y se marchó.

Empezó a dolerle la cabeza en cuanto salió a la explanada.

Subió al coche frotándose la frente con los dedos, dejó atrás el palacio y abandonó el pueblo por la carretera de Reims. El sol de la tarde se reflejaba en el asfalto, que parecía proyectarlo directamente a sus ojos. Solía tener jaqueca inmediatamente después de un interrogatorio. En una hora, estaría ciego e indefenso. Tenía que llegar al hotel antes de que el ataque alcanzara el punto crítico. Reacio a pisar el freno, hacía sonar el claxon constantemente para dispersar a las cuadrillas de peones que regresaban a casa con paso cansino. Las caballerías se encabritaban, y un carro se salió de la calzada y cayó a la cuneta. Dieter tenía los ojos arrasados en lágrimas a causa del dolor y empezaba a sentir náuseas.

Llegó a Reims sin contratiempos de puro milagro. Se dirigió hacia el centro a toda prisa y, más que aparcar, abandonó el coche ante el hotel Frankfort. Entró en el vestíbulo y subió a la suite como pudo.

Stéphanie comprendió lo que ocurría de inmediato. Mientras Dieter se quitaba la guerrera y la camisa del uniforme, sacó el botiquín de su maleta y preparó una

inyección de morfina. Dieter se derrumbó en la cama, y ella le inyectó la droga en el brazo. Dejó de sentir el dolor casi al instante. Stéphanie se acostó a su lado y le acarició el rostro con las yemas de los dedos.

Al cabo de unos instantes, Dieter cayó en un profundo sueño.

Flick ocupaba una habitación con derecho a cocina en el ático de un viejo caserón de Bayswater. Si caía una bomba, atravesaría el tejado e iría a parar a su cama. Pasaba poco tiempo allí, aunque no por miedo a las bombas, sino porque la vida estaba en otra parte, en Francia, en el cuartel general del Ejecutivo o en uno de sus centros de adiestramiento en el campo. Flick tenía pocos objetos personales en el cuarto: una foto de Michel tocando la guitarra, una estantería con obras de Flaubert y Molière en francés, un paisaje de Niza a la acuarela, que había pintado a los quince años... El pequeño baúl tenía tres cajones llenos de ropa y otro, de armas y munición.

Cansada y triste, Flick se desnudó, se tumbó en la cama y se puso a hojear un ejemplar de Parade. El miércoles, un contingente de mil quinientos aviones había bombardeado Berlín, leyó. Costaba imaginárselo. Intentó ponerse en el lugar de los habitantes de la capital alemana, y no pudo por menos de recordar un cuadro medieval del Infierno, lleno de gente desnuda que ardía viva bajo un diluvio de fuego. Volvió la página y leyó un reportaje absurdo sobre gente que vendía «cigarrillos V» como auténticos Woodbine.

No podía quitarse de la cabeza el desastre de la víspera. Volvía a presenciar los hechos como si estuvieran ocurriendo ante sus ojos, y se le ocurrían docenas de decisiones diferentes a las que había tomado, que los habrían conducido a la victoria en lugar de a la derrota. Además de perder aquella batalla, temía estar perdiendo a su marido, y no pudo evitar preguntarse si no existiría alguna relación entre ambas cosas. Si era una mala jefa y una mala esposa, debía de tener algún defecto profundamente arraigado en su carácter.

Y ahora que habían rechazado su plan alternativo, ni siquiera le quedaba la posibilidad de enmendar sus errores. La muerte de un puñado de hombres y mujeres valientes no habría servido para nada.

Al cabo de un rato, cayó en un agitado duermevela. La despertaron unos golpes en la puerta.

—¡Flíck! ¡Al teléfono! —gritó una voz.

Era una de las chicas del piso de abajo.

El reloj de la estantería marcaba las seis.

—¿Quién es? —preguntó.

—Alguien del trabajo.

—Dile que voy enseguida.

Se puso la bata. Dudando si eran las seis de la tarde o de la madrugada, se asomó a la pequeña ventana. El sol empezaba a declinar hacia las elegantes terrazas de

Ladbroke Grove. Echó a correr escaleras abajo, hacia el teléfono del vestíbulo.

—Siento haberte despertado —oyó decir a Percy Thwaite. —No tiene importancia.

Siempre la alegraba oír la voz de Percy al otro lado del teléfono. Había acabado apreciándolo sinceramente, a pesar de que cada misión que le encomendaba era más peligrosa que la anterior. Dirigir a un equipo de agentes era un trabajo doloroso, que algunos sobrellevaban fingiendo encajar con flema la muerte o la captura de sus subordinados. Percy nunca lo hacía. Sentía cada pérdida como propia. En consecuencia, Flick estaba segura de que nunca la haría correr un riesgo innecesario. Confiaba plenamente en él.

—¿Puedes venir a Orchard Court?

Flick se preguntó si sus superiores habrían reconsiderado su plan para inutilizar la central telefónica, y el corazón le dio un vuelco de esperanza.

—¿Ha cambiado Monty de opinión?

—Me temo que no. Pero necesito que pongas al corriente a alguien. Flick se mordió el labio tratando de reprimir su decepción.

—Llegaré en unos minutos.

Se vistió a toda prisa y cogió el metro hasta Baker Street. Percy la estaba esperando en el piso de Portman Square.

—He conseguido un operador de radio. No tiene experiencia, pero ha hecho el cursillo. Lo mandaré a Reims mañana mismo.

Flick se volvió hacia la ventana con preocupación para echar un vistazo al cielo, como cualquier agente en cuanto se mencionaba un vuelo. Percy tenía las cortinas corridas por seguridad. No obstante, Flick sabía perfectamente que el tiempo era favorable.

—¿A Reims? ¿Por qué?

—Hoy no hemos tenido noticias de Michel. Necesito saber qué queda del circuito Bollinger.

Flick asintió. Pierre, el radiooperador, había participado en el asalto al palacio. Si no había muerto, lo más probable era que lo hubieran capturado. Puede que Michel hubiera recuperado su transmisor, pero ni sabía utilizarlo ni conocía los códigos.

—¿Por qué tanta prisa?

—Durante los últimos meses les hemos enviado toneladas de explosivos y munición. Quiero que los utilicen. La central telefónica es nuestro principal objetivo, pero no el único. Aun en el caso de que sólo quedaran Michel y un par de hombres, serían suficientes para volar tramos de vía, cortar el tendido telefónico y abatir centinelas... Todo nos sirve. Pero no puedo ordenárselo si no tengo comunicación con ellos.

Flick se encogió de hombros. Para ella, el único objetivo que contaba era el palacio. Lo demás era calderilla. Pero, qué demonios...

—Lo pondré al corriente, desde luego.

Percy la miró detenidamente.

—¿Cómo estaba Michel? —preguntó tras un instante de vacilación—. Aparte de la herida, quiero decir.

—Bien. —Flick hizo una pausa. Percy no le quitaba ojo. No podía engañarlo, la conocía demasiado bien. Al cabo, soltó un suspiro y murmuró—: Hay otra chica.

—Me lo temía.

—No sé si queda algo de mi matrimonio —confesó Flick con amargura.

—Lo siento.

—Me sentiría mejor si pudiera decirme que he hecho un sacrificio útil, que he dado un golpe decisivo para nuestra causa, que he contribuido al éxito de la invasión...

—Has hecho más que la mayoría en los últimos dos años. —Pero en las guerras no hay premio de consolación, ¿verdad?

—No.

Flick se puso en pie. Agradecía la afectuosa comprensión de Percy, pero no quería compadecerse de sí misma.

—Más vale que hable con el nuevo operador.

—Nombre en clave Helicóptero. Te espera en el estudio. Me temo que está un poco verde, pero es valiente.

Flick estaba sorprendida.

—Si no está preparado, ¿por qué lo mandan? Podría poner en peligro a los demás.

—Como tú misma dijiste, ésta es la hora de la verdad. Si la invasión fracasa, habremos perdido Europa. Tenemos que echar toda la carne en el asador, porque no habrá segunda oportunidad.

Flick asintió con tristeza. Percy le había dado la vuelta a su argumento. Pero tenía razón. La única diferencia era que, en aquel caso, las vidas en peligro incluían la de Michel.

—Muy bien —dijo—. Más vale que empiece cuanto antes.

—Está deseando verte.

—¿A mí? —preguntó Flick frunciendo el ceño—. ¿Y eso? Percy sonrió divertido.

—Ve y lo comprobarás.

Flick salió del cuarto de estar, que Percy había convertido en su despacho, y avanzó por el pasillo. La secretaria, que estaba escribiendo a máquina en la cocina, le señaló la puerta del estudio. Flick se detuvo ante ella. «No tiene vuelta de hoja —se dijo—. Tienes que dejarte de lamentaciones, seguir trabajando y confiar en que acabarás olvidando.»

Flick entró en el estudio, una habitación pequeña con una mesa cuadrada y un puñado de sillas de distintos juegos. Helicóptero, un chico blancucho de unos veinte

años, vestía traje de tweed a cuadros mostaza, naranja y verdes. Se le notaba a la legua que era inglés. Afortunadamente, antes de que subiera al avión le proporcionarían ropa que le permitiría pasar inadvertido en Francia. El Ejecutivo tenía sastres y modistas franceses que confeccionaban ropa de estilo continental para los agentes (luego se pasaban horas dándoles aspecto de prendas baratas y usadas para que no llamaran la atención). Lo que no tenía remedio era el cutis lechoso y el pelo rubio rojizo de Helicóptero; sólo cabía esperar que a la Gestapo le diera por pensar que era medio alemán.

Flick se presentó, y el chico se limitó a responder:

—Sí, de hecho ya nos conocíamos.

—Lo siento, no te recuerdo.

—De hecho, mi hermano Charles fue compañero suyo en Oxford.

—Charlie Standish... ¡Claro!

Flick recordó a otro muchacho de piel blanquecina aficionado a los trajes de tweed, más alto y delgado que Helicóptero, aunque probablemente no más listo: no había conseguido licenciarse. No obstante, Charlie hablaba francés con soltura, lo que había contribuido a su amistad con Flick.

—De hecho, en una ocasión estuvo usted en nuestra casa de Gloucester.

Efectivamente, hacía unos diez años, había pasado un fin de semana en aquella casa de campo, y se acordaba de los padres de Charlie y Helicóptero, un inglés afable y una francesa muy chic. Charlie tenía un hermano pequeño, Brian, un adolescente vergonzoso que aún llevaba pantalones cortos y estaba entusiasmado con su cámara de fotos nueva. Habían hablado poco, pero Flick aún recordaba que el chico se la comía con los ojos.

—¿Y qué ha sido de Charlie? No he vuelto a verlo desde la universidad.

—De hecho, murió —murmuró Brian, repentinamente afligido—. En el cuarenta y uno. De hecho, lo mataron en el B ... jodido desierto. Flick temió que se echara a llorar.

—No sabes cuánto lo siento, Brian —dijo cogiéndole una mano y sosteniéndola entre las suyas.

—Es usted muy amable —murmuró el chico y, tragando saliva, intentó animarse—. Yo sí que la he visto a usted después de aquello. Dio una charla a mi clase de aspirantes a agentes. No tuve oportunidad de hablar con usted al final.

—Espero que os fuera de utilidad.

—Nos habló de los traidores dentro de la Resistencia y de lo que hay que hacer con ellos. «Es muy sencillo —dijo—. Cogéis al hijo de puta, le ponéis el cañón de la pistola en la nuca y le pegáis dos tiros.» De hecho, nos puso mal cuerpo a todos.

El chico la miraba con adoración, y Flick comprendió el regocijo de Percy. Brian seguía comiéndosela con los ojos. Se apartó de él y se sentó al otro lado de la mesa.

—Bueno, más vale que empecemos. Ya sabes que vas a establecer contacto con un circuito de la Resistencia que ha sufrido un serio revés.

—Sí, tengo que averiguar cuántos hombres quedan y qué pueden hacer, si es que pueden hacer algo.

—Es probable que algunos fueran capturados durante la operación de ayer y estén siendo interrogados por la Gestapo en estos precisos momentos. Tendrás que andarte con ojo. Tu contacto en Reims es una mujer cuyo nombre en clave es Burguesa. Todos los días a las once de la mañana va a rezar a la cripta de la catedral. Generalmente está sola, pero, si hubiera otras personas, recuerda que irá calzada de forma extraña, con un zapato negro y otro marrón.

—Es fácil de recordar.

—Te acercas y le dices: «Rece por mí». Ella responderá: «Rezo por la paz». Ésa es la contraseña. —Brian repitió las frases—. Te llevará a su casa y te pondrá en contacto con el jefe del circuito Bollinger, cuyo nombre en clave es Monet. —Estaba hablando de su marido, pero Brian no necesitaba saberlo—. No menciones la dirección o el verdadero nombre de Burguesa ante ningún miembro del circuito; por razones de seguridad, es mejor que no lo sepan.

La propia Flick había ideado el dispositivo de seguridad y reclutado a la intermediaria. No la conocía ni el propio Michel.

— Entendido.

—¿Quieres preguntarme algo?

—Seguro que hay cientos de cosas, pero ahora mismo no se me ocurre ninguna.

Flick se levantó y rodeó la mesa para estrecharle la mano.

— Entonces, buena suerte.

El chico le retuvo la mano.

—Nunca olvidaré aquel fin de semana que pasó en casa —dijo—. Seguro que me porté como un memo, pero fue muy amable conmigo.

—Eras un chico estupendo —respondió Flick con una sonrisa.

—La verdad es que me enamoré de usted.

Le habría gustado obligarlo a soltarle la mano y salir del estudio, pero al pensar que el chico podía morir al día siguiente se dijo que no podía ser tan cruel.

—Me siento muy halagada —dijo procurando mantener un tono amistoso y ligero.

Fue un error: Brian iba en serio.

—Me preguntaba... ¿Le importaría... sólo para desearme suerte... darme un beso? Flick vaciló. «¡joder!», murmuró para sus adentros. Se puso de puntillas y acercó sus labios a los del chico. Se los rozó durante apenas un segundo y se apartó. Brian se quedó arrobado. Flick le dio una palmadita en la mejilla.

—No dejes que te maten, Brian —dijo, y salió.

Cuando llegó al cuarto de estar, Percy tenía una pila de libros y varios montones

de fotografías sobre el escritorio.

—¿Ya está? —le preguntó el hombre.

Flick asintió.

—Como agente secreto deja mucho que desear, Percy.

Thwaite se encogió de hombros.

—Es valiente, habla francés como un parisino y sabe apuntar un arma.

—Hace dos años lo hubieras devuelto al ejército.

—Cierto. Ahora voy a mandarlo a Sandy. —En un caserón del pueblo de Sandy, cerca del aeródromo de Tempsford, Brian se disfrazaría de francés y recibiría la documentación falsa necesaria para pasar los controles de la Gestapo y comprar comida—. Mientras lo acompaño a la puerta, echa un vistazo a esta colección de angelitos, ¿quieres? —le pidió Percy señalando las fotos del escritorio—. Son todos los retratos de oficiales alemanes de que dispone el M16. Si el hombre al que viste en la plaza de Sainte-Cécile está entre ellos, me gustaría saber su nombre —añadió, y salió de la habitación.

Flick cogió uno de los libros. Era el anuario de una academia militar, y contenía un par de centenares de fotos del tamaño de sellos de cadetes recién graduados. Había más de una docena de libros idénticos, y varios centenares de fotografías sueltas.

No quería pasarse la noche mirando fotos de alemanotes, así que trató de acotar el terreno. El hombre de la plaza aparentaba unos cuarenta. Se habría graduado a los veintidós, más o menos, es decir, hacia 1926. Ninguno de los anuarios era tan viejo.

Optó por echar un vistazo a las fotografías sueltas. Mientras las miraba, se esforzó en recordar el aspecto del desconocido con la mayor fidelidad. Era bastante alto y vestía con elegancia, pero eso no habría quedado reflejado en una foto. Tenía el pelo negro y espeso, recordó Flick, y, aunque estaba recién afeitado, parecía tener barba cerrada. Volvió a ver sus ojos negros, las claras líneas de las cejas, la nariz recta, la barbilla cuadrada ... Todo un galán de película.

Las fotos habían sido tomadas en las situaciones más dispares. Algunas eran recortes de periódico que mostraban a oficiales estrechando la mano de Hitler, pasando revista a tropas u observando tanques o aviones. Otras debían de haber sido hechas por espías. Tomadas desde coches o ventanas, o en medio de la multitud, mostraban a los sujetos en situaciones cotidianas, comprando, hablando con niños, llamando a un taxi, encendiendo una pipa...

Las iba pasando y dejando a un lado tan rápido como podía. Cada vez que veía a un oficial moreno la asaltaban las dudas. Pero ninguno era tan atractivo como el hombre de la plaza. Descartó la foto de un individuo con uniforme de policía. Miró otras dos y volvió atrás. El uniforme la había despistado, pero, tras escrutar los rasgos del policía detenidamente, se dijo que era él.

Miró el reverso de la foto. Habían pegado un trozo de papel escrito a máquina:

FRANCK, Dieter Wolfgang, en ocasiones «Frankie»; nacido en Colonia, 3 de junio de 1904; Universidad Humboldt, Berlín (no licenciado), y Academia de Policía de Colonia; casado en 1930, Waltraud Loewe, niño y niña; superintendente, Departamento de Investigación Criminal, Policía de Colonia, hasta 1940; mayor, servicio secreto, Afrika Korps, hasta ?

Estrella del contraespionaje de Rommel, se le considera un hábil interrogador y un torturador despiadado.

Flick se estremeció al pensar en lo cerca que había estado de un sujeto tan poco recomendable. Un experimentado detective de la policía alemana que había puesto sus talentos al servicio del contraespionaje militar era un enemigo temible. Al parecer, el hecho de tener mujer y dos hijos en Colonia no le impedía estar liado con una francesa en su lugar de destino.

Percy entró en el despacho. Flick le tendió la foto. —Ahí tienes a tu hombre.

—¡Dieter Franck! —exclamó Percy asombrado—. Conocemos sus andanzas. Qué interesante... Por lo que oíste de su conversación con el mayor de la Gestapo, Rommel debe de haberle encomendado la lucha contra la Resistencia. —Thwaite tomó nota en una libreta—. Más vale que se lo comunique al M16, ya que nos han prestado las fotos.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta, y la secretaria de Percy asomó la cabeza.

—Tiene una visita, coronel Thwaite —dijo la chica con una sonrisa coqueta. El paternal Percy no solía causar semejante efecto en las secretarias, así que Flick supuso que la visita debía de ser un hombre atractivo—. Un norteamericano —añadió.

Eso lo explicaba todo, se dijo Flick. Los yanquis eran el no va más de la masculinidad, al menos para las secretarias.

—¿Quién le ha dado esta dirección? —le preguntó Percy perplejo, pues Orchard Court era un lugar confidencial.

—Se ha presentado en el 64 de Baker Street y lo han mandado aquí.

—Mal hecho. Debe de ser muy persuasivo. ¿Quién es?

—El mayor Chancellor.

Percy miró a Flick, que seguía en las nubes. No conocía a ningún Chancellor, militar o no. De pronto, cayó en la cuenta: el arrogante mayor que había sido tan grosero con ella esa misma mañana, en la escuela de Monty.

—El que faltaba... —murmuró con fastidio—. ¿Qué quiere ahora?

—Hágalo pasar —dijo Percy.

Paul Chancellor apareció en el umbral. Caminaba con una ligera cojera, que Flick no había advertido por la mañana. Debía de agudizársele a medida que pasaban las horas. Tenía un rostro agradable, de nariz grande y barbilla prominente, muy norteamericano. Las escasas probabilidades de que alguien lo considerara guapo se habían esfumado con su oreja izquierda, de la que apenas conservaba el tercio

inferior, poco más que el lóbulo. Flick supuso que era un recuerdo de la guerra.

—Buenas tardes, coronel. Buenas tardes, mayor —dijo Chancellor tras el saludo reglamentario.

—Las formalidades militares están de más en el Ejecutivo, Chancellor. Por favor, tome asiento. ¿Qué lo trae por aquí?

El norteamericano acercó una silla y se quitó la gorra de uniforme.

—Me alegro de encontrarlos juntos —empezó diciendo—. Me he pasado el día dándole vueltas a nuestra conversación de esta mañana —aseguró, y esbozó una sonrisa modesta—. Aunque he de confesar que una parte la he pasado tratando de idear comentarios ingeniosos que hubieran hecho mucho efecto en su momento. —Flick sonrió a su pesar. Ella había estado haciendo lo mismo—. Coronel Thwaite —siguió diciendo Chancellor—, esta mañana ha sugerido usted que el M16 podía no haber contado toda la verdad sobre el ataque a la central telefónica, y sigo sin entenderlo. El hecho de que la mayor Clairet, aquí presente, me tratara con tan poca educación no quita que su versión de lo ocurrido merezca todos mis respetos.

Flick, que hacía un instante estaba medio dispuesta a perdonarlo, saltó de inmediato:

—Maleducada? ¿Yo?

—Cierra el pico, Flick —la atajó Percy.

Flick calló de inmediato.

—De modo que he pedido su informe, coronel. Por supuesto, la petición la ha hecho la oficina de Monty, no yo personalmente, así que la motociclista del FANY nos lo ha traído al cuartel general sin perder un segundo.

Flick tuvo que admitir que no tenía un pelo de tonto y sabía mover los resortes de la maquinaria militar. Puede que fuera un cerdo arrogante, pero merecía la pena tenerlo como aliado.

—Cuando lo he leído, he comprendido que la causa fundamental de la derrota fue la inexactitud de la información.

—¡Que nos proporcionó el M16! —exclamó Flick indignada.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Chancellor en tono levemente sarcástico—. Está claro que Fortescue intentaba ocultar la incompetencia de su departamento. No soy militar de carrera, pero mi padre sí lo es, de modo que no me sorprenden las jugarretas de los burócratas del ejército.

—¿No será usted hijo del general Chancellor? —le preguntó Percy.

—Así es.

—Continúe, por favor.

—El M16 no se habría salido con la suya si el jefe del EOE hubiera asistido a la reunión de esta mañana para dar su versión de los hechos. Es mucha casualidad que lo llamaran a consulta a última hora.

Percy parecía no compartir sus sospechas.

—Lo convocó el primer ministro. No creo que el M16 pueda arreglar algo así.

—Churchill no asistió a la reunión. Lo sustituyó un asesor de Downing Street. Y le aseguro que todo ha sido un montaje del M16.

—¡Maldita sea! —exclamó Flick colérica—. ¡Qué hatajo de mal nacidos!

—Lástima que no sean tan listos para captar información del enemigo —murmuró Percy.

—También he estudiado en detalle su plan, mayor Claret — siguió diciendo Chancellor—. Lo de apoderarse del palacio subrepticamente, con un grupo de agentes disfrazadas de limpiadoras, es arriesgado, desde luego, pero podría funcionar.

¿Quería eso decir que volverían a considerarlo? Flick ni siquiera se atrevía a preguntarlo, pero el coronel Thwaite miró a Chancellor con calma y lo hizo por ella:

—Entonces, ¿qué piensan hacer al respecto?

—Casualmente, cené con mi padre anoche. Le conté toda la historia y le pregunté qué debía hacer el asesor de un general en semejantes circunstancias. Estábamos en el Savoy.

—¿Y qué respondió? —preguntó Flick impaciente; le importaba un bledo en qué restaurante habían cenado.

—Que debía acudir a Monty y decirle que habíamos cometido un error. —Chancellor hizo una mueca—. Toda una papeleta. A los generales les cuesta rectificar. Pero a veces hay que hacerlo.

—¿Y lo hará? —preguntó Flick esperanzada.

—Ya lo he hecho.

—¡Vaya, está claro que no le gusta perder el tiempo! —exclamó Thwaite sorprendido.

Flick contuvo la respiración. Apenas podía creer que, cuando estaba a punto de arrojar la toalla, hubieran decidido darle la segunda oportunidad que tanto ansiaba.

—Monty se mostró bastante receptivo, al final. Flick se moría de impaciencia.

—Por amor de Dios, ¿qué opina de mi plan?

—Lo ha autorizado.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó Flick levantándose de un salto ¡Otra oportunidad!

—¡Espléndido! —dijo Percy.

Chancellor alzó una mano en un intento de atemperar su entusiasmo.

—Dos cosas más. La primera puede que no les guste. Me ha puesto al mando de la operación.

—¿A usted? —se asombró Flick.

—¿Por qué? —preguntó Percy.

—No les recomiendo que pidan explicaciones a Monty cuando les dé una orden.

Siento decepcionarlos. El general confía en mí, a diferencia de ustedes.

Percy se encogió de hombros.

—¿Cuál es la segunda condición? —preguntó Flick.

—Tenemos menos tiempo del que solicitaban. No puedo revelarles la fecha de la invasión, entre otras cosas porque no es definitiva. Pero sí que tendremos que cumplir nuestra misión de prisa. Si no han alcanzado su objetivo a medianoche del próximo lunes, puede que sea demasiado tarde.

—¡El próximo lunes! —exclamó Flick.

—Sí —dijo Chancellor—. Tenemos exactamente una semana.

Tercer día:

martes, 30 de mayo de 1944

Flick salió de Londres al amanecer conduciendo una motocicleta Vincent Comet con un potente motor de 500 centímetros cúbicos. Las carreteras estaban desiertas. El racionamiento de la gasolina era muy estricto, y los conductores podían acabar en la cárcel por hacer viajes «innecesarios». Iba a toda velocidad. Era peligroso pero emocionante. El riesgo merecía la pena.

Se sentía igual respecto a la misión, asustada pero impaciente. Había trasnochado con Percy y Paul, bebiendo té y ultimando el plan. Habían decidido que el grupo constara de seis mujeres, como las brigadas de limpieza del palacio. Necesitaban una experta en explosivos y una técnica en telefonía, que decidiría dónde colocaban las cargas para asegurarse de que dejaban la instalación fuera de combate. Flick quería contar con una buena tiradora y con dos soldados experimentadas. Con ella, hacían seis.

Tenía un día para encontrarlas y necesitaría un mínimo de dos para ponerlas a punto, al menos para enseñarles a saltar en paracaídas. Miércoles y jueves. Saltarían sobre Reims el viernes por la noche, y entrarían en el palacio el sábado por la tarde; a las malas, el domingo. Eso les dejaba un día como margen de error.

Cruzó el río por el puente de Londres. La motocicleta recorrió como una exhalación los muelles y las calles bombardeadas de Bermondsey Y Rotherhithe; a continuación, Flick enfiló la carretera vieja de Kent, ruta tradicional de peregrinación en dirección a Canterbury. En cuanto salió de los suburbios, hizo girar el acelerador al límite de su potencia. Durante un rato, dejó que el viento le alborotara el pelo y se llevara sus preocupaciones.

Aún no eran las seis cuando llegó a Somersholme, la casa de campo de los barones de Colefield. Flick sabía que William, el barón, estaba en Italia, camino de Roma con el Octavo Ejército. Su hermana, la Honorable Diana Colefield, era el único miembro de la familia que residía en la mansión en aquellos momentos. El inmenso edificio, que disponía de docenas de dormitorios para los invitados y sus sirvientes, se había convertido en casa de reposo para soldados convalecientes.

Flick redujo la velocidad y recorrió el paseo flanqueado de tilos centenarios lentamente, absorta en la magnífica mole de granito rosa, en sus ventanas salientes, sus balcones, buhardillas y caballetes, sus docenas de vanos y su ejército de chimeneas. Aparcó en el patio de grava, junto a una ambulancia y un grupo de jeeps.

El vestíbulo bullía de enfermeras cargadas con bandejas de té. Aunque los soldados estaban allí para recuperarse, seguían despertándolos al amanecer. Flick preguntó por la señora Riley, el ama de llaves, y le indicaron que bajara al sótano.

Encontró a la mujer mirando la caldera con preocupación en compañía de dos hombres vestidos con mono.

—Hola, mamá —dijo Flick.

La señora Riley le echó los brazos al cuello y le plantó un sonoro beso. Era aún más baja que Flick y estaba igual de delgada, pero, como su hija, tenía más fuerza de lo que parecía, de modo que el abrazo dejó a Flick sin respiración. Jadeando y riendo, escapó de entre los brazos de su madre.

—¡Uno de estos días me vas a romper algo!

—Nunca sé si estás viva hasta que vienes a verme —se quejó la señora Riley con su leve pero pertinaz deje irlandés: sus padres la habían traído de Cork hacía cuarenta y cinco años.

—¿Qué le pasa a la caldera?

—Que no la hicieron para calentar tanta agua. Las enfermeras son unas maniáticas de la limpieza; imagínate que obligan a los pobres soldados a bañarse a diario. Vamos a la cocina, que te prepararé el desayuno.

Flick tenía prisa, pero se dijo que su madre se merecía unos minutos. Además, necesitaba comer algo. Siguió a la señora Riley escaleras arriba y la acompañó a las dependencias de la servidumbre.

Flick se había criado en aquella casa. Había jugado en el patio de los criados, había correteado por los bosques del contorno, había ido a la escuela del pueblo, que se encontraba a kilómetro y medio, y regresado a la casa desde el internado y la universidad para pasar las vacaciones.

Había sido afortunada. La mayoría de las mujeres con el oficio de su madre se veían obligadas a dejar el trabajo cuando tenían un hijo. La señora Riley lo había conservado, en parte porque el anciano conde era un hombre poco convencional, pero sobre todo porque no estaba dispuesto a dejar escapar a un ama de llaves tan excepcional. Su marido, que era mayordomo, había muerto cuando Flick tenía seis años. Todos los inviernos, en febrero, la señora Riley y su hija acompañaban a la familia a la villa de Niza. Allí era donde Flick había aprendido francés.

El difunto conde, padre de William y Diana, que sentía debilidad por ella, la había animado a estudiar y le había pagado las matrículas del colegio privado. Se sintió muy orgulloso cuando Flick obtuvo una beca de la Universidad de Oxford. La muerte del anciano, que se había producido poco después de estallar la guerra, causó tanto dolor a Felicity como si hubiera sido la de su auténtico padre.

En la actualidad, la familia sólo ocupaba parte de la casa. La antigua despensa se había convertido en cocina. La madre de Flick puso a calentar la tetera.

—Con una tostada tengo bastante, mamá.

La señora Riley hizo como que no la oía y puso a freír unas tiras de bacon.

—Bueno, ya veo que estás bien —dijo la mujer—. ¿Y ese marido tuyo tan guapo?

—Michel está vivo —respondió Flick sentándose a la mesa de la cocina; el bacon olía que alimentaba.

—¿Que está vivo? Si dices eso, es que le ha pasado algo... ¿Lo han herido?

—Le pegaron un tiro en el culo. Sobreviviré. —Entonces, lo has visto...

Flick se echó a reír.

—Mamá, por favor ... Ya sabes que no puedo contarte nada.

—Sí, claro que lo sé. ¿No estará tonteando con alguna pelandusca? Supongo que eso no es un secreto militar...

Como siempre, la intuición de su madre la dejó pasmada. Parecía medio bruja.

—Espero que no.

—Ya. ¿Alguna pelandusca en particular, con la que esperas que no esté tonteando?

Flick no respondió a la pregunta directamente.

—¿Te has parado a pensar, mamá, que a veces los hombres parecen no darse cuenta de que una chica es tonta perdida? La señora Riley gruñó por lo bajo.

—Conque así está la cosa... Es guapa, supongo... —¡Pse!

—¿Joven?

—Diecinueve.

—¿Lo has puesto firmes?

—Sí. Me ha prometido dejarlo.

—Puede que mantenga su promesa... si no lo dejas solo demasiado tiempo.

—Lo intentaré.

La señora Riley soltó un suspiro.

—Eso es que vas a volver...

—No puedo decírtelo.

—¿Es que no has hecho ya bastante?

—Todavía no hemos ganado la guerra, de modo que no, supongo que no he hecho bastante.

La mujer le puso delante un plato con huevos y bacon. Flick se dijo que parecía el equivalente de las raciones de una semana, pero se contuvo y no protestó. Lo mejor era mostrarse agradecida. Además, de repente le había entrado un hambre canina.

—Gracias, mamá —dijo—. Me mimas demasiado.

La señora Riley sonrió satisfecha, y Flick se lanzó al ataque. Mientras comía, comprendió divertida que, a pesar de sus evasivas, su madre le había sonsacado todo lo que deseaba saber con una facilidad pasmosa.

—Deberías trabajar para el servicio secreto —le dijo masticando un trozo de huevo frito—. Podrían emplearte como interrogadora. Has conseguido que te lo contara todo.

—Soy tu madre, tengo derecho a saberlo.

No tenía importancia. Mamá no se lo contaría a nadie.

La mujer se tomó una taza de té mientras su hija comía.

—Por supuesto, tienes que ganar la guerra tú solita —dijo con tono entre cariñoso y sarcástico—. Ya eras así de pequeña: independiente hasta la impertinencia.

—Y no me lo explico, porque siempre estabais pendientes de mí. Cuando tú tenías trabajo, siempre había media docena de doncellas bailándome el agua.

—Creo que te animé a valerte por ti misma porque no tenías padre. Cuando querías que te hiciera alguna cosa, arreglarte la cadena de la bici, por ejemplo, o coserte un botón, solía decirte: «Prueba a hacerlo tú, y si no puedes, me lo dices». Nueve veces de cada diez no volvía a saber nada del asunto.

Flick se terminó el bacon y rebañó el plato con un trozo de pan.

—A veces me ayudaba Mark —dijo Flick refiriéndose a su hermano, que le llevaba un año.

Su madre la miró muy seria.

—Dejémoslo estar —murmuró.

Flick reprimió un suspiro. Su madre y su hermano llevaban dos años sin hablarse. Mark era director de escena en un teatro y vivía con un actor llamado Steve. Hacía años que la señora Riley había comprendido que a su hijo «no le tiraba el matrimonio», como ella decía. Pero en un arranque de ingenua sinceridad, Mark había cometido la estupidez de contarle a mamá que quería a Steve y que eran como marido y mujer. Mamá se había sentido mortalmente ofendida y no había querido volver a saber nada de su hijo.

—Mark te quiere, mamá —le aseguró Flick.

—Hummm.

—Me gustaría tanto que os reconciliarais...

—No lo dudo.

La mujer cogió el plato vacío de Flick y lo lavó en el fregadero. Flick meneó la cabeza con exasperación.

—Mira que eres cabezota, mamá...

—De alguien tenías que heredarlo, hija.

Flick no pudo evitar una sonrisa. Su madre no era la única que la acusaba de cabezonería. «Borríca», solía llamarla Percy, aunque cariñosamente. Flick procuró mostrarse conciliadora.

—En fin, supongo que no puedes evitar sentirte así. Además, no pienso discutir contigo después de semejante desayuno.

No obstante, acabaría consiguiendo reconciliarlos. Pero tendría que dejarlo para mejor ocasión, se dijo levantándose de la mesa.

—Me he alegrado mucho de verte, hija —murmuró la señora Riley sonriendo—. Me tienes preocupada.

—He venido por algo más. Necesito hablar con Diana.

—¿Y eso?

—No puedo decírtelo.

—Espero que no estés pensando en llevártela a Francia contigo.

—¡Chissss...! ¿He dicho yo algo de ir a Francia?

—Supongo que como es tan buena tiradora...

—No puedo decirte nada.

—¡Hará que te maten! No sabe lo que significa la palabra disciplina... ¿Cómo iba a saberlo? No la han educado para eso. Por supuesto, no es culpa suya. Pero cometerías una estupidez confiando en ella...

—Sí, ya lo sé —la atajó Flick, impaciente. Había tomado una decisión y no pensaba discutirla con su madre.

—Ha colaborado en varios sitios durante la guerra, y la han acabado echando de todos.

—Lo sé. —Sin embargo, Diana era una tiradora de primera, y Flick no tenía tiempo para ser exigente. Aceptaría lo que encontrara. Su mayor preocupación era que Diana se negara. No podía forzar a nadie. Aquel trabajo era estrictamente para voluntarias—. ¿Sabes dónde puede estar?

—Seguirá en el bosque —respondió la señora Riley—. Ha salido temprano, a cazar conejos.

—Ya.

Con Diana no había bicho tranquilo. Le encantaba cazar zorros, perseguir venados, acribillar liebres, abatir urogallos... Incluso le gustaba pescar. A falta de algo mejor, se conformaba con los conejos.

—No tienes más que localizar el tiroteo.

—Gracias por el desayuno.

Flick besó a su madre y se dirigió hacia la puerta.

—Y no te pongas a tiro de esa loca —le advirtió la señora Riley en el último momento.

Flick salió por la puerta de servicio, atravesó el huerto y penetró en el bosque por la parte posterior de la casa. Los árboles estaban cubiertos de lustrosas hojas nuevas, y las ortigas le llegaban a la cintura. Flick, que llevaba botas recias de motorista y pantalones de cuero, avanzó decidida pisoteando la maleza. El mejor medio para reclutar a Diana, se dijo, era plantearle un reto.

Se había adentrado unos trescientos metros en el bosque, cuando oyó un disparo de escopeta. Se detuvo, aguzó el oído y gritó: —¡Diana!

No hubo respuesta.

Siguió andando en la misma dirección y llamando a Diana de vez en cuando. Unos metros más adelante, oyó gritar:

—¡Por aquí, maldito escandaloso, seas quien seas!

—Voy, pero baja la escopeta.

Diana la esperaba fumándose un cigarrillo, sentada contra un roble en el borde de un claro. Tenía la escopeta sobre las rodillas, abierta para volver a cargarla, y una docena de conejos amontonados a un lado.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó la joven—. Me has espantado a todas las piezas.

—Ya volverán mañana. —Flick observó a su antigua compañera de juegos. Diana era atractiva, aunque el pelo, oscuro y corto, y las pecas, que le salpicaban la cara a la altura de la nariz, la hacían parecer un chico. Vestía cazadora y pantalones de pana—. ¿Cómo estás, Diana?

—Aburrida. Frustrada. Deprimida. Por lo demás, estupendamente.

Flick se sentó a su lado en la hierba. Puede que fuera más fácil de lo que suponía.

—¿Cuál es el problema?

—Que me estoy pudriendo en la jodida campiña inglesa mientras mi hermano conquista Italia.

—¿Cómo está?

—¿William? ¿Cómo quieres que esté? Encantado de contribuir a ganar la guerra. Mientras tanto, a mí nadie me da un trabajo como Dios manda.

—A lo mejor yo puedo arreglarlo.

—Tú eres una FANY. —Diana le dio una calada al cigarrillo y soltó una bocanada de humo—. Cariño, yo no puedo hacer de chauffeuse. Flick asintió. Diana era demasiado señorita para hacer los trabajos subalternos a los que podían aspirar la mayoría de las mujeres.

—La verdad es que venía a proponerte algo más interesante.

—¿El qué?

—Puede que no te atraiga. Es bastante difícil, y muy peligroso. Diana la miró con escepticismo.

—¿Qué hay que hacer, conducir durante los apagones?

—No puedo explicarte gran cosa, porque es secreto.

—Flick, cariño, ¿no irás a decirme que eres una Mata-Hari?.

—Te aseguro que no me ascendieron a mayor por llevar de paseo a los generales.

Diana la miró de hito en hito.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente.

—Dios santo...

Mal que le pesara, estaba impresionada.

Flick necesitaba su consentimiento explícito.

—Entonces, ¿estás dispuesta a hacer algo verdaderamente peligroso? No estoy bromeando, es más que probable que no lo cuentes.

Más que asustada, Diana parecía encantada.

—Claro que estoy dispuesta. William se juega la vida a diario, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Flick disimuló su alivio. Acababa de reclutar a la primera mujer de su equipo.

Diana estaba tan entusiasmada que Flick decidió aprovechar la oportunidad para poner los puntos sobre las íes.

—Hay una condición, y puede que te resulte más desagradable que el peligro.

—¿Cuál?

—Me llevas dos años y en la vida civil perteneces a una clase superior. Eres la hija de un conde, y yo la de un ama de llaves. Hasta ahí, ningún problema. Como diría mamá, esas cosas no tienen vuelta de hoja.

—Muy bien, cariño, entonces, ¿cuál es el problema?

—Estoy al mando de la operación. Tendrás que obedecerme.

Diana se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Será un problema —insistió Flick—. Se te hará cuesta arriba. Pero no voy a pasarte una hasta que te acostumbres. Te lo advierto.

—¡Sí, señor!

—En mi departamento las formalidades están de más, así que no hace falta que me llames ni señor ni señora. Pero llevamos la disciplina militar a rajatabla, especialmente durante las operaciones. Si lo olvidas, mi ira será la menor de tus preocupaciones. En mi trabajo, desobedecer una orden puede significar perder la vida.

—¿Jesús, qué dramático! Pero lo entiendo, por supuesto.

Flick no estaba tan segura, pero había hecho todo lo que estaba en su mano. Se sacó un bloc del bolsillo de la blusa y escribió una dirección de Hampshire.

—Haz la maleta para tres días. Tienes que presentarte aquí. Coges el metro en Waterloo hasta Brockenhurst.

Diana leyó la dirección.

—Pero... si es la propiedad de lord Montagu...

—Ahora la mayor parte la ocupa mi departamento. —¿Qué departamento es ése?

—La Agencia de Investigación Interdepartamental —dijo Flick usando el nombre en clave de costumbre.

—Espero que lo que vamos a hacer sea más emocionante que el nombrecito.

—Eso te lo garantizo.

—¿Cuándo empiezo?

—Tienes que estar allí hoy mismo. —Flick se puso en pie—. Empezarás el adiestramiento mañana al amanecer.

—Volveré contigo a casa y me pondré a hacer la maleta —dijo Diana levantándose—. Dime una cosa...

—Si puedo...

Diana, que parecía apurada, se puso a manosear la escopeta. Cuando miró a Flick, la expresión de su rostro traslucía una franqueza inequívoca.

—¿Por qué yo? —preguntó—. Supongo que sabes que me han echado de todas partes...

Flick asintió.

—No voy a engañarte. —Volvió la vista hacia los conejos ensangrentados, que seguían en el suelo, y la alzó de nuevo hacia el delicado rostro de Diana—. Eres una cazadora —dijo—. Justo lo que necesito.

12

Dieter durmió hasta las diez. Se despertó con dolor de cabeza debido a la morfina, pero por lo demás se sentía bien: contento, optimista, confiado. El sangriento interrogatorio de la víspera le había proporcionado una pista caliente. La mujer de la calle du Bois, conocida por el nombre en clave de Burguesa, podía conducirlo directamente hasta el corazón de la Resistencia francesa.

O a ninguna parte.

Se bebió un litro de agua y se tomó tres aspirinas para aliviar la resaca de la morfina; luego, cogió el teléfono.

Primero llamó al teniente Hesse, que se alojaba en una habitación menos lujosa del mismo hotel.

—Buenos días, Hans. ¿Ha dormido bien?

—Sí, mayor, gracias. Señor, he ido al ayuntamiento para comprobar la dirección de la calle du Bois.

—Buen chico —dijo Dieter—. ¿Qué ha descubierto?

—La casa pertenece a la señorita Jeanne Lemas, que es su única ocupante.

—Pero puede que haya otras personas viviendo en ella...

—He pasado en coche por delante, sólo para echar un vistazo, y no se veía movimiento.

—Esté listo para salir con mi coche dentro de una hora.

—Muy bien.

—Y, Hans... lo felicito por su iniciativa.

—Gracias, señor.

Dieter colgó el auricular. Se preguntaba qué aspecto tendría Mademoiselle Lemas. Gaston había asegurado que ningún miembro del circuito Bollinger la conocía, y Dieter lo creía: la casa era un dispositivo de seguridad. Los agentes recién llegados no sabían otra cosa que dónde contactar con la mujer: si los cogían, no podrían revelar ninguna información sobre la Resistencia. Al menos, en teoría. La

seguridad perfecta es una utopía.

Era poco probable que Mademoiselle Lemas estuviera casada. Podía ser una mujer joven que había heredado la casa de sus padres, una madurita en busca de marido o una solterona de edad. Le convenía ir con una mujer, se dijo.

Volvió al dormitorio. Stéphanie se había cepillado la exuberante cabellera pelirroja y lo esperaba sentada en la cama, enseñando los pechos por encima de la sábana. No podía negarse que sabía cómo excitar a un hombre. Sin embargo, Dieter venció el impulso de volver a la cama.

—¿Harías algo por mí? —le preguntó Dieter.

—Cualquier cosa.

—¿Lo que sea? —Se sentó en el borde de la cama y le acarició el hombro—. ¿Vendrías conmigo a ver a otra mujer?

—Por supuesto —respondió Stéphanie—. Y le lamería los pezones mientras se lo haces.

—Lo harías, no me cabe duda. —Dieter rió encantado. Había tenido otras amantes, pero ninguna como Stéphanie—. Lamentablemente no se trata de eso. Quiero que me acompañes a arrestar a una mujer de la Resistencia.

El rostro de Stéphanie no mostró la menor emoción.

—Muy bien —dijo con calma.

Dieter estuvo tentado de insistir hasta que reaccionara, de preguntarle cómo se sentía al respecto y si de verdad no le importaba hacerlo; pero decidió conformarse con su asentimiento.

—Gracias —le dijo, y volvió al salón.

Mademoiselle Lemas podía estar sola, pero también cabía la posibilidad de que la casa estuviera llena de agentes aliados armados hasta los dientes. Consultó su libreta y le dio el número de Rommel en La Roche-Guyon al operador del hotel.

Al comienzo de la ocupación, la red telefónica francesa estaba colapsada. Los alemanes mejoraron los equipos, añadieron kilómetros de cable e instalaron centralitas automáticas. El sistema seguía sobrecargado, pero funcionaba mucho mejor.

Dieter preguntó por el ayudante de Rommel. Al cabo de un momento oyó la voz fría y cortante del mayor Godel:

—Godel.

—Soy Dieter Franck. ¿Cómo está usted, Walter?

—Ocupado —respondió Godel con sequedad—. ¿De qué se trata?

—Estoy progresando muy rápidamente. Prefiero no darle detalles, porque llamo desde un hotel, pero estoy a punto de arrestar a un espía, puede que a varios. Pensé que al mariscal de campo le gustaría saberlo.

—Se lo comunicaré.

—Otra cosa. Necesitaría ayuda. Sólo dispongo de un teniente. Estoy tan desesperado que he pedido ayuda a mi amiga francesa.

—Eso no es muy sensato.

—Le aseguro que es de total confianza. Pero no me servirá de mucho contra un grupo de terroristas experimentados. ¿Podría conseguirme media docena de hombres competentes?

—Use a la Gestapo. Para eso están.

—No me fío de ellos. Ya sabe que están cooperando con nosotros a regañadientes. Necesito gente de confianza.

—Quíteselo de la cabeza —respondió Godel.

—Mire, Walter, ya sabe lo importante que es esto para Rommel... Me ha encomendado que me asegure de impedir que la Resistencia entorpezca nuestra movilidad...

—Sí. Pero el mariscal de campo espera que lo haga sin privarlo de tropas de combate.

—En esas condiciones, no sé si seré capaz.

—¡Por amor de Dios, Franck! —lo atajó Godel—. Tenemos que defender toda la costa del Atlántico con un puñado de soldados, y usted está rodeado de hombres sanos y fuertes sin otra obligación que registrar pajares en busca de viejos judíos. ¡Ponga manos a la obra y deje de calentarme la cabeza!

Dieter oyó un clic al otro lado de la línea. Estaba estupefacto. Godel no perdía los estribos así como así. Estaba claro que la amenaza de la invasión los había puesto al borde de la histeria. Pero la cosa estaba clara. Tenía que apañárselas solo.

Soltó un suspiro, presionó la horquilla para obtener tono y llamó al palacio de Sainte-Cécile.

Lo pusieron con Willi Weber.

—Voy a llevar a cabo una detención en una casa de la Resistencia —le dijo—. Necesitaría a algunos de tus pesos pesados de la Gestapo. ¿Podrías mandarme a cuatro hombres y un coche al hotel Frankfort? ¿O prefieres que vuelva a hablar con Rommel?

Era una amenaza innecesaria. Weber estaba más que dispuesto a que sus hombres participaran en la operación. De ese modo, la Gestapo podría adjudicarse todo el mérito en caso de que tuviera éxito. Le prometió que tendría el coche y los hombres en media hora.

A Dieter no le hacía maldita la gracia trabajar con la Gestapo. No podría controlarlos. Pero no tenía elección.

Mientras se afeitaba, escuchó la radio, que estaba sintonizada con una emisora alemana. Se enteró de que la primera batalla de tanques que tenía lugar en el teatro del Pacífico se había librado el día anterior, en la isla de Biak. El ejército de

ocupación japonés había hecho retroceder a la división estadounidense de infantería 162 hasta la cabeza de playa. «Arrojadlos al mar», murmuró Dieter para sus adentros.

Se puso un traje de estambre gris oscuro, una camisa fina de algodón de rayas gris pálido y una corbata negra con topos blancos. Le encantaba que los puntos, en lugar de estampados, estuvieran cosidos al tejido. Se quedó pensando un instante; luego, se quitó la chaqueta y se puso una sobaquera. Cogió la Walther P38 automática de un cajón del escritorio, se la enfundó y volvió a ponerse la chaqueta.

Se sentó a tomar una taza de café y contempló a Stéphanie mientras se vestía. Los franceses confeccionaban la lencería más bonita del mundo, se dijo, mientras la chica se ponía un conjunto de braguita y camisola color crema. Le encantaba mirarla mientras se subía las medias y alisaba la seda sobre sus muslos.

—¿Cómo es posible que ningún gran pintor haya inmortalizado un momento así? —dijo Dieter.

—Porque las mujeres del Renacimiento no tenían medias de seda natural.

Se marcharon en cuanto estuvo lista.

Hans Hesse y el Hispano-Suiza los esperaban ante el hotel. El joven teniente miró a Stéphanie con respetuosa admiración. A sus ojos, la chica era tan deseable como intocable. Dieter no pudo evitar compararlo con una muerta de hambre embobada ante un escaparate de Cartier. Tras su coche, había un Citroen negro Traction Avant ocupado por cuatro hombres de la Gestapo vestidos de paisano. Dieter comprobó que el mayor Weber había decidido participar en persona en la operación; estaba sentado en el asiento del acompañante y vestía un traje verde de tweed que le daba aspecto de granjero con la ropa de los domingos.

—Sígueme —le dijo Dieter—. Cuando lleguemos, no salgas del coche hasta que te llame, por favor.

—¿De dónde has sacado esa preciosidad? —le preguntó Weber. — Me la regaló un judío —respondió Dieter—. Por ayudarlo a huir a Norteamérica.

Weber rezongó con incredulidad, pero Dieter hablaba en serio.

Con gente como Weber, lo mejor era fanfarronear. Si Dieter hubiera intentado mantener oculta a Stéphanie, Weber habría sospechado de inmediato que era judía y le habría faltado tiempo para investigarla. Pero, como Dieter se exhibía con ella, ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Con Hans al volante, se dirigieron hacia la calle du Bois.

Reims era una ciudad importante con una población que sobrepasaba los cien mil habitantes, pero por sus calles apenas circulaban coches. El uso de automóviles estaba restringido a quienes prestaban algún servicio público: policías, médicos, bomberos y, por supuesto, los alemanes. El resto de los ciudadanos se desplazaba en bicicleta o a pie. Se disponía de gasolina para el reparto de comida y otros artículos de primera necesidad, pero muchas mercancías se transportaban mediante carros

tirados por caballos. La principal industria de la región era el champán. A Dieter le encantaba en todas sus variedades: los añejos con cuerpo; los caldos jóvenes, frescos y ligeros; los refinados blanc de blancs; los semisecos, ideales para acompañar los postres; e incluso los pícaros rosados, favoritos de las cortesanas parisinas.

La calle du Bois, una calle tranquila flanqueada de árboles, se encontraba a las afueras de la ciudad. Hans detuvo el coche ante una casa alta situada en una esquina que tenía un pequeño patio lateral. Aquél era el hogar de mademoiselle Lemas, se dijo Dieter. ¿Sería capaz de doblegar su espíritu? Las mujeres tenían más aguante que los hombres. Gritaban y chillaban, pero tardaban en desmoronarse. Había fracasado con mujeres más de una vez; con hombres, nunca. Si aquella conseguía vencerlo, podía decir adiós a su investigación.

—Si ves que te hago una seña, ven enseguida —le dijo a Stéphanie, y salió del coche.

El Citroen de Weber se detuvo detrás del Hispano-Suiza, pero los hombres de la Gestapo obedecieron sus instrucciones y permanecieron en el interior.

Dieter echó un vistazo al patio lateral. Había un garaje. El resto lo ocupaba un pequeño jardín con setos bien recortados, arrayanes rectangulares llenos de flores y un cuidado sendero de grava. La propietaria era una mujer cuidadosa.

Junto a la puerta de entrada había un anticuado cordón rojo y amarillo. Dieter le dio un tirón y oyó el sonido de una campana mecánica en el interior.

La mujer que abrió la puerta rondaba los sesenta años. Tenía el pelo blanco, y lo llevaba recogido en la nuca con un prendedor de carey. Llevaba un vestido azul con estampado de florecillas blancas y, atado a la cintura, un delantal immaculado.

—Buenos días, monsieur —saludó con amabilidad.

Dieter sonrió. Era la perfecta viejecita de provincias bien educada. Ya se le había ocurrido una forma de torturarla. La confianza lo puso de buen humor.

—Buenos días —dijo—. ¿Mademoiselle Lemas?

La mujer se fijó en su traje, vio el coche aparcado en el bordillo, percibió tal vez un asomo de acento alemán... y el miedo asomó a sus ojos.

Cuando respondió, un leve temblor alteraba su voz: —Para servirlo.

—¿Está sola, mademoiselle? —le preguntó Dieter sin dejar de escrutarla.

—Sí —murmuró la mujer—. Completamente sola.

Le estaba diciendo la verdad. No le cupo duda. Una mujer así no habría podido mentir sin que se le notara en los ojos. Dieter se volvió y llamó a Stéphanie.

—Mi colega se unirá a nosotros. —No iba a necesitar a los hombres de Weber—. Tengo que hacerle unas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—¿Puedo entrar?

—Está bien.

Los muebles de madera oscura del salón estaban barnizados e impolutos. Había un piano cubierto con su funda, un grabado de la catedral en una de las paredes y unos pocos adornos de buen gusto sobre la repisa de la chimenea: un cisne de cristal tallado, una florista de porcelana, una bola transparente con un palacio de Versalles diminuto en su interior y tres camellos de madera.

Dieter tomó asiento en un sofá tapizado de felpa. Stéphanie se sentó a su lado, y mademoiselle Lemas, frente a ellos, en una silla de respaldo alto. Estaba rellenita, observó Dieter. Un detalle muy significativo después de cuatro años de ocupación. Su debilidad era la comida.

Sobre la mesita baja había una caja de cigarrillos y un pesado encendedor. Dieter abrió la caja y comprobó que estaba llena.

—Por favor, fume si lo desea —dijo.

Su anfitriona parecía levemente ofendida: para las mujeres de su generación, el tabaco era un vicio de hombres.

—No fumo.

—Entonces, ¿para quién son los cigarrillos?

—Para las visitas.

La mujer se acarició la barbilla, signo inequívoco de falta de sinceridad.

—¿Y qué tipo de visitas suele tener?

—Amigos... Vecinos... —murmuró la mujer con evidente incomodidad.

—Y espías británicos.

—Eso es absurdo.

Dieter le dedicó su mejor sonrisa.

—Está claro que es usted una señora respetable que se ha visto envuelta en actividades criminales por motivos equivocados —dijo en un tono de amistosa franqueza—. Estoy decidido a jugar limpio con usted, y espero que no cometa la estupidez de mentirme.

—No le diré nada —replicó mademoiselle Lemas.

Dieter fingió decepción, aunque estaba encantado de progresar con tanta rapidez. La mujer había dejado de simular que no sabía de qué le estaba hablando. Era tanto como una confesión.

—Voy a hacerle unas cuantas preguntas —dijo Dieter—. Si no las contesta, tendré que volver a hacérselas en las dependencias de la Gestapo. —Mademoiselle Lemas le lanzó una mirada desafiante—. ¿Dónde se encuentra con los agentes británicos? — La mujer no despegó los labios—. ¿Cómo la reconocen? —Los ojos de mademoiselle Lemas sostuvieron la mirada de Dieter. Ya no estaba nerviosa, sino resignada. Era valiente;, se dijo Dieter. No iba a ser fácil—. ¿Cuál es la contraseña? —No hubo respuesta—. ¿A quién tiene que presentárselos? ¿Cómo contacta con la Resistencia? ¿Quién es el jefe? —Silencio. Dieter se levantó—. Acompañeme, por favor.

—Muy bien —dijo ella con voz firme—. ¿Me permite que me ponga el sombrero?

—Por supuesto. —Dieter hizo un gesto a Stéphanie—. Acompaña a mademoiselle Lemas, por favor. Asegúrate de que no use el teléfono ni escriba nada.

Dieter no podía permitir que dejara un mensaje.

Esperó en el recibidor. Cuando volvieron, mademoiselle Lemas se había quitado el delantal y se había puesto un abrigo de entretiem po y un sombrero acampanado que había pasado de moda mucho antes de que estallara la guerra. Llevaba un aparatoso bolso de cuero marrón.

—¡Vaya! —exclamó la mujer cuando estaban a punto de salir—. Me dejaba la llave.

—No la necesitará —dijo Dieter.

—La puerta se cierra sola —objetó la mujer—. Necesito la llave para volver a entrar.

Dieter la miró a los ojos.

—¿Es que no lo comprende? —murmuró—. Ha ocultado en su casa a terroristas británicos, la han cogido y está en manos de la Gestapo. —Dieter meneó la cabeza con una lástima que no era enteramente fingida—. Ocurra lo que ocurra, mademoiselle, nunca volverá a casa.

La mujer comprendió lo que le estaba ocurriendo en todo su horror. Se puso pálida y le fallaron las piernas, pero consiguió mantenerse erguida agarrándose al borde de una mesita en forma de riñón. Un jarrón chino que contenía un haz de hierbas secas bailó peligrosamente sobre el tablero, pero no cayó. Al cabo de un instante, mademoiselle Lemas recobró el aplomo. Se irguió y soltó la mesita. Lanzó otra mirada desafiante a Dieter y salió de la casa con la cabeza alta.

Dieter pidió a Stéphanie que se sentara delante, ocupó el asiento posterior con la prisionera y mantuvo con ella una conversación educada mientras Hans los conducía a Sainte-Cécile:

—¿Nació usted en Reims, mademoiselle?

—Sí. Mi padre era abogado del arzobispado

Un entorno religioso. Eso encajaba a la perfección en el plan que empezaba a tomar forma en la mente de Dieter.

—¿Ya no lo es?

—Murió hace cinco años, tras una larga enfermedad.

—¿Y su madre?

—Murió siendo yo muy joven.

—Entonces, imagino que cuidó usted a su padre mientras estuvo enfermo...

—Durante veinte años.

—Ah. —Eso explicaba que no se hubiera casado. Se había pasado media vida cuidando a un impedido—. Y le dejó la casa... La mujer asintió.

—Pequeña recompensa, dirían algunos, por toda una vida de sacrificio —dijo

Dieter con la mejor intención.

La mujer le lanzó una mirada ofendida.

—Esas cosas no se hacen esperando una recompensa.

—Claro que no. —Lo había malinterpretado, pero se guardó mucho de decírselo. Si la mujer se convencía de su propia superioridad, moral y social, el plan de Dieter saldría muy beneficiado—. ¿Tiene hermanos?

—No.

Dieter lo vio todo con claridad. Los agentes a los que daba cobijo, hombres y mujeres jóvenes, eran como sus hijos. Los alimentaba, les lavaba la ropa, hablaba con ellos y probablemente vigilaba sus relaciones con el otro sexo para asegurarse de que no eran inmorales, al menos bajo su techo.

Y ahora moriría por ello.

Pero antes, con un poco de suerte, se lo contaría todo. O eso esperaba.

El Citroen de la Gestapo los siguió hasta Sainte-Cécile. Una vez aparcaron en la explanada del palacio, Dieter habló con Weber:

—Voy a llevármela arriba y meterla en una oficina.

—¿Por qué? En el sótano hay celdas de sobra.

—Tú espera y lo verás.

Dieter acompañó a la prisionera escaleras arriba, hasta las dependencias de la Gestapo. Echó un vistazo a todas las habitaciones y eligió la más concurrida, combinación de sala de mecanógrafas y departamento postal. Estaba llena de hombres y mujeres jóvenes vestidos con camisa y corbata elegantes. Dejó a mademoiselle Lemas en el pasillo, cerró la puerta y dio unas palmadas para pedir silencio.

—Voy a entrar con una francesa —dijo en voz baja—. Es una prisionera, pero quiero que se muestren educados y amistosos con ella, ¿entendido? Trátenla como si fuera una invitada. Es importante que se sienta respetada.

La hizo entrar, la invitó a sentarse y, murmurando una disculpa, le esposó un tobillo a una pata de la mesa. Pidió a Stéphanie que se quedara con ella y fue en busca de Hesse.

—Vaya a la cantina y dígales que preparen un almuerzo en una bandeja. Sopa, un segundo plato, un poco de vino; una botella de agua mineral y mucho café. Traiga cubiertos, vasos y una servilleta. Procure que tenga buena pinta.

El teniente sonrió admirado. No tenía ni idea de lo que tramaba su jefe, pero estaba seguro de que funcionaría.

Al cabo de unos minutos, regresó con la bandeja. Dieter la cogió y se la llevó a la oficina. La dejó delante de mademoiselle Lemas.

—Por favor —dijo—. Es la hora de la comida.

—No tengo apetito, gracias.

—Al menos, pruebe la sopa —la animó Dieter sirviéndole vino.

Ella le añadió agua y le dio un sorbo. A continuación, tomó una cucharada de sopa.

—¿Cómo está?

—Muy buena —admitió la mujer.

—La comida francesa es tan refinada... A nosotros no nos sale tan bien.

Siguió parlotando y procurando que se relajara. La mujer se tomó casi toda la sopa. Dieter le llenó un vaso de agua.

El mayor Weber, que acababa de entrar, se acercó y se quedó pasmado mirando a la prisionera inclinada sobre la bandeja.

—¿Desde cuándo recompensamos a la gente que oculta a terroristas? —refunfuñó en alemán.

—Mademoiselle Lemas es una dama —respondió Dieter—. Debemos tratarla con corrección.

—Dios de los cielos —masculló Weber, y se fue echando pestes.

La prisionera no tocó el segundo plato, pero se bebió todo el café. Dieter estaba encantado. Todo iba según su plan. Cuando la mujer acabó de comer, volvió a hacerle las mismas preguntas.

—¿Dónde se encuentra con los agentes aliados? ¿Cómo la reconocen? ¿Cuál es la contraseña? —La mujer lo miró apurada, pero se negó a responder. Dieter la miró con tristeza—. Lamento mucho que se niegue a cooperar conmigo, a pesar de que la he tratado con amabilidad.

—Le agradezco su amabilidad, pero no puedo decirle nada —respondió ella con evidente desconcierto.

Sentada junto a él, Stéphanie también parecía perpleja. Dieter imaginó lo que estaba pensando: «¿De verdad creías que bastaría un buen almuerzo para hacer hablar a esta mujer?».

—Muy bien —dijo Dieter, y se levantó como si fuera a marcharse. —Y ahora, monsieur —murmuró mademoiselle Lemas apurada—. Necesito... visitar el tocador de señoras.

—¿Quiere ir al retrete? —dijo Dieter con aspereza. La mujer se ruborizó.

—En una palabra, sí.

—Lo siento, mademoiselle —replicó Dieter—. Me temo que eso no es posible.

«No hagas otra cosa en lo que queda de guerra, pero asegúrate de destruir la central telefónica», habían sido las últimas palabras de Monty el lunes por la noche.

El martes, Paul Chancellor se despertó con aquella frase resonando en su mente. Era una orden sencilla. Si conseguía cumplirla, habría contribuido a ganar la guerra. Si fracasaba, moriría gente... y él podía pasarse el resto de su vida diciéndose que

había contribuido a que perdieran la guerra.

Se presentó en Baker Street temprano, pero Percy Thwaite se le había adelantado y lo esperaba sentado en su despacho, dando caladas a la pipa y revisando seis cajas de expedientes. Parecía el típico zoquete del ejército, con su chaqueta a cuadros y su bigote de cepillo. Alzó la vista hacia Paul con hostilidad mal disimulada.

—No sé por qué lo ha puesto Monty al mando de esta operación —murmuró—. No me importa que usted sólo sea mayor y yo coronel. Eso son gilipolleces. Pero nunca ha dirigido una operación clandestina, mientras que yo llevo haciéndolo tres años. ¿Le parece razonable?

—Sí —respondió Paul de inmediato—. Cuando uno quiere estar absolutamente seguro de que un trabajo se llevará a cabo, se lo encarga a alguien en quien confía. Monty confía en mí.

—Y en mí, no.

—No lo conoce.

—Ya —refunfuñó Percy.

Paul necesitaba la colaboración de Percy, así que decidió darle un poco de jabón. Echó un vistazo al despacho y vio el retrato de un joven con uniforme de teniente y una mujer madura con un enorme sombrero. El chico podía ser Thwaite hacía treinta años. —¿Su hijo? —aventuró Paul.

Percy se suavizó de inmediato.

—David. Está en El Cairo —dijo—. Durante la guerra del desierto tuvimos momentos malos, sobre todo cuando Rommel llegó a Tobruk; pero ahora está muy lejos de la línea de fuego, y no puedo decir que lo lamentemos.

La mujer tenía el pelo y los ojos negros, y un rostro con carácter, atractivo más que hermoso.

—¿La señora Thwaite?

—Rosa Mann. Fue una sufragista famosa en los veinte, y siempre ha usado su nombre de soltera.

—¿Sufragista?

—Una feminista de las que pedían el voto para la mujer.

A Percy le gustaban las mujeres fuertes, concluyó Paul; por eso apreciaba tanto a Flick.

—Sabe, tiene usted razón sobre mis puntos flacos —dijo en un arranque de sinceridad—. He estado en la infantería de las operaciones clandestinas, pero ésta será la primera vez que organizo una. De modo que le agradecería su ayuda.

Percy asintió.

—Empiezo a comprender por qué tiene esa reputación de conseguir que se hagan las cosas —dijo con un asomo de sonrisa—. Pero, si está dispuesto a aceptar un consejo...

—Por favor.

—Déjese guiar por Flick. Nadie ha sobrevivido tanto tiempo en la clandestinidad. Sus conocimientos y su experiencia no tienen igual. Puede que en teoría yo sea su jefe, pero me limito a darle el apoyo que merece. Nunca intentaría decirle lo que tiene que hacer.

Paul se quedó pensativo. Monty no le había dado el mando para que se lo cediera a otro, se lo aconsejara quien se lo aconsejara.

—Lo tendré en cuenta —aseguró.

Percy parecía satisfecho. Le indicó los expedientes. —¿Y si empezamos?

—¿Qué son?

—Expedientes de los aspirantes a agentes a los que acabamos rechazando por algún motivo.

Paul se quitó la chaqueta y se remangó la camisa.

Pasaron la mañana revisando los expedientes mano a mano. Algunas de las candidatas ni siquiera habían sido entrevistadas; a otras las habían rechazado nada más verlas; y las más no habían superado alguna de las pruebas del curso de adiestramiento del Ejecutivo: se hacían un lío con los códigos, no tenían puntería o les daba auténtico pánico saltar en paracaídas desde un avión. La mayoría tenía poco más de veinte años, y todas, una cosa en común: hablaban otro idioma con fluidez de nativas.

Había muchos expedientes, pero pocas candidatas dignas de consideración. Tras eliminar a los hombres, y a todas las mujeres cuya segunda lengua no era el francés, sólo les quedaron tres nombres.

Paul estaba descorazonado. Habían topado con un grave obstáculo aun antes de empezar.

—Como mínimo, necesitamos cuatro, suponiendo que Flick haya reclutado a la mujer a la que ha ido a ver esta mañana. — Diana Colefield.

—¡Y ninguna de las tres es experta en explosivos o técnica en telefonía!

Percy era más optimista.

—No lo eran cuando las entrevistó el Ejecutivo, pero podrían serlo ahora. Las mujeres han aprendido a hacer de todo. —En fin, vamos a averiguarlo.

No fue fácil dar con ellas. Por desgracia, una de las tres había fallecido. Las otras dos estaban en Londres. Ruby Romain, en la Prisión para Mujeres de Su Majestad, en Holloway, a cinco kilómetros al norte de Baker Street, esperando a que la juzgaran por asesinato. En cuanto a Maude Valentine, calificada en su expediente con un escueto «psicológicamente inadecuada», era conductora del FANY.

—Ahora sólo tenemos dos —murmuró Paul con desánimo.

—Lo que me preocupa no es el número, sino la calidad —dijo Percy.

—Sabíamos desde el principio que tendríamos que conformarnos con rechazadas.

—¡No podemos arriesgar la vida de Flick con mujeres así! — replicó Percy colérico.

Paul comprendió que Thwaite intentaba proteger a Flick desesperadamente. El coronel se había avenido a cederle el control de la operación, pero no parecía dispuesto a renunciar al papel de ángel de la guarda de la chica.

Una llamada telefónica interrumpió la discusión. Era Simon Fortescue, el distinguido liante del M16 que había culpado al Ejecutivo del fracaso de Sainte-Cécile.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Paul con cautela, consciente de que Fortescue no era hombre en quien se pudiera confiar.

—Creo que podría hacer algo por ustedes —respondió el espía—. Sé que van a llevar adelante el plan de la mayor Clairét.

—¿Quién se lo ha contado? —replicó Paul con suspicacia.

—Eso es lo de menos. Naturalmente, aunque me opuse al plan, les deseo que tenga éxito, y me gustaría ayudar.

Paul estaba colérico. La misión era un secreto, pero al parecer corría de boca en boca. No obstante, no tenía sentido insistir.

—¿Conoce a alguna técnica en telefonía que hable francés perfectamente? —preguntó a Fortescue.

—Pues no. Pero deberían hablar con alguien. Se llama lady Denise Bouverie. Una chica estupenda, hija del marqués de Inverlocky. A Paul lo traía sin cuidado su pedigrí.

—¿Dónde aprendió francés?

—La educó su madrastra, una francesa casada en segundas nupcias con lord Inverlocky. Siempre está dispuesta a colaborar.

Paul no se fiaba de Fortescue, pero no tenía mucho donde elegir. —¿Dónde puedo encontrarla?

—Está en la PAF, en Hendon. —El nombre «Hendon» no significaba nada para Paul, pero Fortescue se apresuró a explicárselo—: Es un aeródromo en los suburbios del norte de Londres.

—Gracias.

—Ya me contará qué tal se porta —dijo Fortescue, y colgó. Paul le resumió la conversación a Percy.

—Fortescue quiere tener una espía en nuestro grupo. —No podemos permitirnos rechazarla por eso.

—No.

Decidieron hablar con Maude Valentine en primer lugar. Percy concertó una cita en el hotel Fenchurch, que estaba a la vuelta de la esquina. Entrevistas como aquella nunca se realizaban en el 64 de Baker Street, le explicó a Paul.

—Si la rechazamos, puede que adivine que la considerábamos para una misión secreta, pero no sabrá el nombre del departamento que la entrevistó ni dónde tiene la sede, de modo que no podrá hacernos mucho daño aunque se vaya de la lengua.

—Muy bien.

—¿Cuál es el apellido de soltera de su madre?

La pregunta cogió desprevenido a Paul, que tuvo que pensarlo un instante.

—Thomas. Edith Thomas.

—Entonces, usted será el mayor Thomas y yo el coronel Cox. Nuestros auténticos nombres ni le van ni le vienen.

Percy no era tan zoquete, se dijo Paul.

Se encontró con Maude en el vestíbulo del hotel. La chica le llamó la atención de inmediato. Era guapa y un tanto provocativa. La blusa del uniforme le modelaba los pechos y llevaba la gorra ladeada con desenfado.

—Mi colega nos espera en una habitación —le dijo Paul en francés. La joven arqueó las cejas y le respondió en el mismo idioma:

—No acostumbro a ir a habitaciones de hotel con desconocidos —dijo con picardía—. Pero en su caso, mayor, haré una excepción.

—Es un salón, con una mesa y demás, no un dormitorio — aclaró Paul, enrojeciendo.

—Bueno, si es así, no hay nada que temer —replicó ella con sorna. Paul decidió cambiar de tema. Había notado que tenía acento del sur, de modo que le preguntó:

—¿De dónde es usted?

—Nací en Marsella.

—¿Y qué hace en el FANY?

—Soy la chófer de Monty.

—¿En serio? —Se suponía que no debía darle ninguna información personal, pero Paul no pudo reprimirse—. Trabajé para Monty una temporada, y no recuerdo haberla visto.

—Es, que no siempre es él. Llevo a todos los generales importantes. —Ah... Bien, sígame, por favor.

La acompañó a la habitación y le sirvió una taza de té. A Maude le encantaba que estuvieran pendiente de ella, advirtió Paul. Se dedicó a estudiarla mientras Percy la entrevistaba. Era menuda, aunque no tanto como Flick, y bonita: tenía el pelo negro y ondulado, boquita de piñón, que hacía resaltar con pintalabios rojo, y un lunar —seguramente postizo— en una mejilla.

—Mis padres vinieron a Londres cuando yo tenía diez años — dijo la chica—. Mi padre es chef.

—¿Dónde trabaja?

—Es jefe de cocina del hotel Claridge.

—Vaya.

El expediente de Maude estaba sobre la mesa; disimuladamente, Percy le dio un empujoncito con el dedo, y Paul dejó de mirar a la chica y posó la vista sobre una nota redactada cuando la entrevistaron por primera vez: «Padre: Armand Valentin, 39, mozo de cocina del Claridge.»

Cuando acabaron de entrevistarla, le pidieron que esperara fuera. —Vive en un mundo de fantasía —dijo Percy en cuanto salió—. Ha ascendido a su padre a chef y cambiado su apellido por Valentine. Paul asintió.

—En el vestíbulo me ha dicho que era la conductora de Monty. No podía imaginarse con quién estaba hablando.

—No me extraña que la rechazaran.

Paul comprendió que Percy había decidido descartarla. —Esta vez no podemos permitirnos ser tan exigentes. Percy lo miró sorprendido.

—¡Sería un peligro en una operación encubierta! Paul hizo un gesto de desesperación.

—No tenemos elección.

—¡Sería una locura!

Percy estaba medio enamorado de Flick, se dijo Paul; pero la diferencia de edad y el hecho de estar casado lo obligaban a expresarlo en forma de solicitud paternal. A Paul le parecía admirable, pero al mismo tiempo comprendía que tendría que vencer la aprensión de Percy si quería llevar a buen término la misión.

—Hágame caso, Percy. No deberíamos eliminar a Maude. Dejemos que decida Flick cuando la conozca.

—Supongo que tiene razón —dijo Percy a regañadientes—. Desde luego, tiene una capacidad para inventarse historias que puede resultarle la mar de útil en un interrogatorio.

—Muy bien. Subámosla a bordo. —Paul la hizo entrar de nuevo. Queremos que forme parte de un equipo que estamos organizando —le dijo—. ¿Está dispuesta a participar en una misión peligrosa?

—¿Iremos a París? —preguntó Maude entusiasmada.

Paul no se esperaba aquella reacción y no supo qué contestar. —¿Por qué lo pregunta? —dijo al fin.

—Me gustaría ver París. Nunca he estado allí. Dicen que es la ciudad más hermosa del mundo.

—Vaya a donde vaya, no le quedará tiempo para hacer turismo —dijo Percy sin ocultar su irritación.

Maude no se dio por enterada.

—Lástima —murmuró—. Aun así, me gustaría ir.

—¿Qué me dice del peligro? —insistió Paul.

—No hay problema —dijo Maude con despreocupación—. No me asusto fácilmente.

«Pues deberías», se dijo Paul; pero mantuvo la boca cerrada.

Cogieron el coche y se dirigieron hacia el norte de Londres atravesando un barrio obrero muy castigado por los bombardeos. En cada calle al menos una casa era un esqueleto negro o una montaña de escombros.

Paul había quedado con Flick a la entrada de la prisión, para entrevistar juntos a Ruby Romain. Percy continuaría hasta Hendon para hablar con lady Denise Bouverie.

Thwaite conducía con seguridad por las castigadas calles de los suburbios.

—Veo que conoce bien Londres —dijo Paul.

—Nací en este barrio —respondió Percy.

Paul estaba intrigado. Sabía que no era frecuente que un chico de familia humilde llegara a coronel del ejército británico. —¿Cómo se ganaba la vida su padre?

—Vendía carbón con un carro tirado por un caballo. — ¿Trabajaba por su cuenta?

—No, para un mayorista.

—¿Fue usted a la escuela por aquí?

Percy sonrió. Comprendía que Paul intentaba sondearlo, pero no parecía importarle.

—El párroco del vecindario me ayudó a obtener una beca en un colegio de pago. Allí es donde perdí mi acento de Londres.

— ¿Queriendo?

—¡A regañadientes! Le contaré algo. Antes de la guerra, cuando estaba metido en política, había gente que me decía: «¿Cómo se puede ser socialista con semejante acento?». Yo les explicaba que en el colegio me azotaban por comerme las haches iniciales. Eso le bajó los humos a más de un gilipollas.

Percy detuvo el coche en una calle flanqueada de árboles. Paul miró por la ventanilla y vio un castillo de fantasía, con almenas, torrecillas y una torre alta.

—¿Eso es una cárcel?

—Arquitectura victoriana —respondió Percy con un gesto de desdén.

Flick lo esperaba en la entrada. Vestía el uniforme del FANY: guerrera de cuatro bolsillos, falda pantalón y gorrito de ala vuelta. El cinturón de cuero, apretado alrededor de su estrecha cintura, acentuaba su menuda figura, y sus rubios rizos sobresalían bajo la gorra. Por un instante, Paul se quedó sin aliento.

—Es una chica preciosa —murmuró.

—Y casada —se apresuró a decir Percy.

«Me está advirtiendo», se dijo Paul divertido.

—¿Con quién?

Percy dudó.

—Supongo que debe saberlo —dijo al fin—. Michel pertenece a la Resistencia. Es

el jefe del circuito Bollinger.

—Vaya... Gracias.

Paul se apeó y Percy se alejó con el coche.

Temía la reacción de Flick cuando supiera que apenas habían encontrado candidatas rebuscando entre los expedientes. Sólo la había visto dos veces, pero lo había puesto como un trapo en ambas. Sin embargo, parecía estar contenta y, cuando le habló de Maude, se limitó a responder:

—De modo que somos tres, contándome a mí. Eso significa que ya tenemos medio equipo, y sólo son las dos de la tarde.

Paul asintió. Era una forma de verlo. Él en cambio estaba preocupado; no obstante, comprendió que no ganaría nada diciéndolo.

La entrada a la prisión de Holloway era una arcada con saeteras medievales.

—¿Por qué no hicieron las cosas como Dios manda y pusieron un rastrillo y un puente levadizo? —bromeó Paul.

Entraron en un patio donde un puñado de mujeres vestidas de negro recogían hortalizas. En Londres no quedaba un palmo de tierra donde no hubieran plantado verdura.

El complejo de la prisión se alzaba ante ellos. La entrada estaba guardada por monstruos de piedra, grifos de enormes alas con llaves y cadenas en los picos. De la torre de entrada partían cuatro alas de cuatro pisos, con largas hileras de estrechas y puntiagudas ventanas.

—¡Vaya sitio! —murmuró Paul.

—Aquí es donde hicieron la huelga de hambre las sufragistas — le explicó Flick—. A la mujer de Percy la alimentaron a la fuerza. —Dios santo...

En el interior, el aire apestaba a lejía, como si las autoridades confiaran en los desinfectantes para exterminar la bacteria del crimen. Una funcionaria los acompañó al despacho de la señorita Lindleigh, subdirectora de la prisión, que tenía figura de barril y cara mofletuda y avinagrada.

—No sé por qué quieren ver a Romain —dijo la mujer, y con una nota de resentimiento, añadió—: Por lo visto, no es asunto mío.

Flick esbozó una mueca burlona, y Paul supo que estaba a punto de soltar alguna impertinencia y se le adelantó:

—Lamento el secretismo —dijo con una sonrisa encantadora—. Nos limitamos a cumplir órdenes.

—Sí, lo mismo hago yo —reconoció la señorita Lindleigh en tono más amable—. De todos modos, debo advertirles que Romain es una presa violenta.

—Tengo entendido que está aquí por asesinato.

—En efecto. Deberían haberla colgado, pero los jueces son cada día más blandos.

—Cuánta razón tiene usted... —dijo Paul, que distaba de pensar como aquella

energúmena.

—En realidad, nos la mandaron aquí por embriaguez; luego, mató a otra interna durante una pelea en el patio de ejercicio, así que ahora está esperando a que la juzguen por asesinato.

—Una cliente dura —murmuró Flick cada vez más interesada.

—Sí, mayor. Al principio, puede parecer la mar de razonable, pero no se dejen engañar. Se sube a la parra por nada, y monta la de Dios es Cristo en un santiamén.

—Con fatales consecuencias —concluyó Paul. —Veo que ha captado la idea.

—Andamos escasos de tiempo —terció Flick con impaciencia—. Me gustaría verla ya.

—Si no es molestia —se apresuró a añadir Paul.

—Muy bien.

La subdirectora abrió la marcha. Los duros suelos y las paredes desnudas hacían que los pasos resonaran como en una catedral, sobre un constante ruido de fondo de gritos lejanos, portazos y pisadas de botas en las pasarelas metálicas. Tras recorrer un dédalo de angostos pasillos y empinadas escaleras, llegaron a una sala de entrevistas.

Ruby Romain los estaba esperando. Tenía la piel color nuez, el pelo negro y liso y ojos azabache de intensa mirada. Sin embargo, no era la típica beldad gitana: la nariz aguileña y la barbilla curvada la hacían parecer un gnomo.

La señorita Lindleigh dejó a una funcionaria montando guardia al otro lado de la puerta acristalada. Flick, Paul y Ruby se sentaron en torno a la mesa, sobre la que había un cenicero mugriento. Paul sacó un paquete de Lucky Strike.

—Sírvese usted misma —dijo en francés dejándolo sobre la mesa.

La presa cogió dos cigarrillos. Se llevó uno a los labios y se guardó el otro detrás de la oreja.

Paul le hizo unas preguntas de rutina para romper el hielo. Ella respondió en francés con claridad y educación, pero con marcado acento.

—Mis padres son gente viajera —explicó—. Cuando era niña, recorrimos toda Francia con una feria ambulante. Mi padre tenía un puesto de tiro al blanco y mi madre vendía crêpes con chocolate caliente.

—¿Cuándo vino a Inglaterra?

—A los catorce me enamoré de un marinero inglés que conocí en Calais. Se llamaba Freddy. Nos casamos —yo mentí sobre mi edad, claro— y me vine a vivir a Londres. Murió hace dos años. Un submarino alemán hundió su barco en el Atlántico. —La chica se estremeció—. Una tumba bastante fría... Pobre Freddy.

—Cuéntenos por qué está aquí —le pidió Flick, poco interesada en su historia familiar.

—Conseguí un hornillo y empecé a vender crêpes en la calle. Pero la policía no me dejaba en paz. Una noche, le había estado dando al coñac, que es mi debilidad, lo

reconozco, y, en fin, me busqué la ruina. —De repente, cambió a un inglés barriobajero—. El pasma me soltó que me las pirara de una puta vez y yo me cagué en sus muertos. Él me dio un empujón y yo lo dejé grogui.

Paul la miró divertido. Era de estatura media y más bien delgada, pero tenía las manos grandes y las piernas musculosas. No le costaba imaginársela tumbando a un bobby.

—¿Qué pasó después? —le preguntó Flick.

—Aparecieron sus troncos y yo no estuve a la guay, por lo de la priva... Conque me arrearón una somanta y me llevaron al chozo. —Al ver la expresión perpleja de Paul, aclaró—: Quiero decir que me pegaron una paliza y me llevaron a comisaría. El caso es que el primer madero no quería acusarme de agresión; le daba vergüenza que lo hubiera tumbado una mujer. Así que me metieron catorce días por embriaguez y escándalo en la vía pública.

—Y le faltó tiempo para meterse en otra pelea... Ruby midió a Flick con la mirada.

—No sé si seré capaz de explicarle a alguien como usted cómo son las cosas por aquí. La mitad de las chicas están locas, y todas se han agenciado algún arma. La que no afila el borde de una cuchara, se hace un pincho con un trozo de alambre, o trenza fibras para hacerse un garrote. Y las funcionarias... Ésas nunca intervienen en una pelea entre internas. Les encanta ver cómo nos despedazamos. Aquí rara es la que no tiene un costurón.

A Paul se le habían puesto los pelos de punta. Nunca había estado en una cárcel. El cuadro que pintaba Ruby era espeluznante. Puede que exagerara, pero su actitud sugería lo contrario. No parecía importarle que la creyeran, y recitaba los hechos con el tono seco y desapasionado de quien está aburrido del asunto pero se ve obligado a mencionarlo.

—¿Por qué mató a la otra interna?

—Porque me robó una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una pastilla de jabón.

«Dios mío», pensó Paul. La había matado por... nada. —¿Cómo ocurrió? —preguntó Flick.

—Cogí lo que era mío.

—¿Y?

—Vino a por mí. Se había hecho un garrote con la pata de una silla y le había puesto un cacho de tubería en la punta. Me arreó con el en la cabeza. Creí que me mataba. Pero yo saqué la pinchos. Había encontrado un trozo de cristal de ventana y le había hecho un mango con un trozo de neumático de bicicleta. Se lo clavé en la garganta. No volvió a atizarme.

—Entonces fue defensa propia —dijo Flick, que tenía la carne de gallina.

—No. Para eso tienes que probar que no pudiste huir. Y, como me había hecho un pincho con un trozo de cristal, dijeron que era un asesinato con premeditación.

—Espere aquí con la funcionaria, por favor —le dijo Paul a Ruby poniéndose en pie—. Sólo será un momento.

Ruby sonrió, y su rostro, si no atractivo, les pareció agradable por primera vez.

—Es usted muy amable —dijo con un hilo de voz.

—¡Qué historia tan terrible! —exclamó Paul en el pasillo.

—No olvide que aquí todo el mundo se considera inocente —dijo Flick con cautela.

—Aun así, sigo pensando que es más víctima que culpable. —No estoy de acuerdo. Para mí es una asesina. —O sea, que descartada.

—Todo lo contrario —respondió Flick—. Es justo lo que necesito. Volvieron a entrar en la sala.

—Si consiguiera sacarla de aquí —le dijo Flick a Ruby—, ¿estaría dispuesta a participar en una peligrosa operación de guerra? La presa respondió con otra pregunta:

—¿Iremos a Francia?

—¿Por qué lo pregunta? —le preguntó Flick frunciendo el ceño.

— Al principio me han hablado en francés. Supongo que querían comprobar si lo domino.

—La verdad es que no puedo decirle mucho sobre el trabajo.

—Me apuesto lo que quiera a que vamos a sabotear instalaciones tras las líneas enemigas. —Paul se quedó boquiabierto. Aquella chica las cazaba al vuelo. Advirtiéndolo su sorpresa, Ruby añadió—: Bueno, al principio pensé que querían que les tradujera algo, pero eso no tiene nada de peligroso. Estaba claro que íbamos a Francia. ¿Y qué va a hacer en Francia el ejército británico, aparte de volar puentes y tramos de vía? —Paul no dijo nada, pero estaba impresionado por su capacidad de deducción. Ruby frunció el ceño—. Lo que no entiendo —añadió— es por qué el equipo tiene que ser exclusivamente femenino.

Flick puso unos ojos como platos.

—¿De dónde ha sacado semejante idea?

—Si pudieran utilizar a hombres, ¿por qué iban a hablar conmigo? Deben de estar desesperados. Seguro que no es fácil sacar a una asesina de la cárcel, aunque sea para que participe en una misión trascendental. Así que me he dicho: ¿qué tengo yo de especial? Soy dura, pero seguro que hay cientos más duros que yo que hablan un francés perfecto y se mueren por un poco de acción. La única razón para preferirme a mí es que soy mujer. A lo mejor es que las mujeres llamarán menos la atención de la Gestapo... ¿Es eso?

—No puedo decírselo —respondió Flick.

—Bueno, si me aceptan, lo haré. ¿Puedo coger otro cigarrillo?

— Por supuesto —dijo Paul.

—¿Es consciente de que el trabajo es peligroso? —le preguntó Flick.

—Sí —respondió Ruby encendiendo un Lucky Strike—. Pero no tanto como estar en el puto trullo.

Tras despedirse de la chica, volvieron al despacho de la subdirectora.

—Necesitamos su ayuda, señorita Lindleigh —dijo Paul con su mejor sonrisa—. Dígame lo que necesita para poder liberar a Ruby Romain.

—¡Liberarla! ¿A esa asesina? ¿Por qué la iban a liberar?

—Me temo que no puedo decírselo. Pero le aseguro que, si supiera usted adónde la llevaremos, no pensaría que sale bien librada. Todo lo contrario.

—Comprendo —murmuró la subdirectora no muy convencida.

—La necesitamos fuera de aquí esta noche —siguió diciendo Paul—. Pero no deseo ponerla en una situación difícil, señorita Lindleigh. Por eso quiero saber qué autorización necesita usted exactamente.

Lo que en realidad quería era asegurarse de que aquella bola de sebo no se agarraba a ningún formulismo para poner inconvenientes.

—No puedo liberarla bajo ninguna circunstancia —aseguró la señorita Lindleigh—. Está aquí por orden del juez, y sólo un juez puede concederle la libertad.

Paul se armó de paciencia.

—Y para eso, ¿qué se necesita?

—Que se presente en el juzgado, custodiada por la policía, por supuesto. El fiscal, o su representante, tendría que decirle al juez que retira todos los cargos que pesan contra ella. En esas circunstancias, el juez no tendría más remedio que declararla libre.

Paul, que preveía las dificultades, frunció el ceño.

—Tendría que firmar el papeleo del ingreso en el ejército antes de presentarse ante el juez, para que estuviera bajo la disciplina militar cuando le concedieran la libertad... Si no, podría irse de rositas.

La señorita Lindleigh seguía asombrada.

—Pero, ¿por qué iban a retirarle los cargos?

—El fiscal, ¿es un funcionario del gobierno?

—Por supuesto.

—Entonces no habrá problemas. —Paul se puso en pie—. Volveré a última hora de esta tarde con un juez, un representante de la oficina del fiscal y un coche del ejército para llevar a Ruby a... su nuevo destino. ¿Se le ocurre algún inconveniente?

La señorita Lindleigh meneó la cabeza.

—Yo obedezco las órdenes, mayor, igual que usted.

—Bien.

Flick y Paul se fueron por donde habían venido. Una vez en la calle, Paul se detuvo y se volvió.

—Nunca había estado en una cárcel —dijo—. No sé lo que esperaba, pero desde luego no era un castillo encantado.

Estaba bromeando sobre el edificio, pero Flick no sonrió.

—Ahí dentro han ahorcado a unas cuantas mujeres. Así que de encantado, nada.

Paul se preguntó por qué estaría tan sensible.

—Supongo que se identifica con las presas... —dijo, y de pronto comprendió el motivo—. Porque también usted podría acabar en una cárcel francesa.

Flick parecía sorprendida.

—Creo que tiene razón —admitió—. No sabía por qué odiaba tanto este sitio, pero ése es el motivo.

También ella podía morir ahorcada, comprendió Paul, pero se guardó mucho de decirlo.

Caminaron hasta la estación de metro más próxima. Flick estaba pensativa.

—Es usted muy perceptivo —dijo al fin—. Ha sabido manejar a la señorita Lindleigh perfectamente. Yo me hubiera enzarzado en una discusión.

—Habría sido un error.

—Desde luego. Y ha transformado a una tigresa como Ruby en una mansa gatita.

—No me enemistaría con una mujer como ella por nada del mundo.

Flick se echó a reír.

—Y a continuación, me descubre algo de mí misma en lo que no había caído.

Paul estaba encantado de haberla impresionado, pero ya había empezado a encarar el siguiente problema.

—A medianoche deberíamos tener a todas las mujeres en el centro de adiestramiento de Hampshire.

—Lo llamamos «el centro de desbaste» —dijo Flick—. Sí: Diana Colefield, Maude Valentine y Ruby Romain.

Paul asintió con expresión sombría.

—Una aristócrata indisciplinada, una comehombres que no sabe distinguir la fantasía de la realidad y una vagabunda asesina con un genio del demonio.

Cuando pensaba que la Gestapo podía ahorcar a Flick, se sentía tan preocupado por el calibre de las reclutas como Percy Thwaite.

—Los pobres no podemos elegir —dijo Flick con una sonrisa. Su malhumor se había esfumado.

—Pero seguimos sin experta en explosivos y sin técnica en telefonía. Flick consultó su reloj.

—Sólo son las cuatro de la tarde. Y puede que Denise Bouverie haya aprendido a volar centrales telefónicas en la RAE.

Paul sonrió. Flick tenía un optimismo contagioso.

Llegaron a la estación y cogieron el metro. No podían seguir hablando de la misión y arriesgarse a que los oyera algún pasajero.

—Esta mañana, Percy me ha contado algunas cosas sobre sí mismo. —dijo Paul—. Hemos pasado con el coche por el barrio donde se crió.

—Ha adoptado las maneras y hasta el acento de la clase alta británica, pero no se deje engañar. Bajo su vieja chaqueta de tweed sigue la tiendo el corazón de un auténtico luchador del pueblo.

—Me ha contado que en la escuela lo azotaban por hablar con acento poco fino.

—Estudió con beca. Los chicos como él suelen pasarlo mal en los colegios ingleses de alto copete. Lo sé por experiencia.

—¿También tuvo que cambiar de acento?

—No. Mi madre era ama de llaves en casa de un conde. Siempre he hablado así.

Paul supuso que por eso se entendía tan bien con Percy: ambos eran personas de extracción humilde que habían ascendido en la escala social. A diferencia de los estadounidenses, los ingleses no tenían nada en contra de los prejuicios sociales. Sin embargo, se escandalizaban cuando oían decir a un sureño que los negros eran inferiores.

—Percy la aprecia enormemente —dijo Paul.

—Yo lo quiero a él como a un padre.

Parecía un sentimiento sincero, pensó Paul; pero, al mismo tiempo, la chica estaba tratando de evitar malentendidos.

Flick tenía que volver a Orchard Court para encontrarse con Percy. Cuando llegaron, vieron un coche aparcado delante del edificio. Paul reconoció al conductor, que formaba parte de la escolta de Monty.

—Señor —le dijo el hombre acercándose—. Hay alguien en el coche que desea verlo.

En ese momento, se abrió la puerta posterior, y Caroline, la hermana menor de Paul, saltó fuera del vehículo sonriendo de oreja a oreja.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Paul. Caroline le echó los brazos al cuello y le estampó un beso en la mejilla—. Pero, ¿qué haces tú en Londres?

—No te lo puedo decir, pero tenía un par de horas libres y he convencido a la gente de Monty para que me prestaran un coche y me trajeran a verte. ¿Me invitas a una copa?

—No puedo perder ni un minuto —dijo Paul—. Ni siquiera por ti.

Pero puedes llevarme a Whitehall. Tengo que buscar a un fiscal.

—Vale, pero tienes que contarme cómo te va por el camino.

—Hecho. ¡Vamos allá!

Al llegar a la entrada del edificio, Flick volvió la cabeza y vio a una atractiva

teniente del ejército estadounidense que se apeaba del coche y corría hacia Paul. Él la estrechó en sus brazos con una sonrisa de felicidad. Evidentemente, era su mujer o su novia, y había decidido acercarse a Londres para darle una sorpresa. Probablemente pertenecía al contingente aliado que participaría en la invasión. Paul se metió en el coche.

Flick entró en Orchard Court. Se sentía abatida. Paul estaba comprometido, saltaba a la vista que quería a la chica con locura y ahora estaría disfrutando de aquel encuentro inesperado. A Flick le habría encantado que Michel apareciera del mismo modo, como caído del cielo. Pero su marido seguía en Reims, recuperándose de una herida en el trasero en el sofá de una lagarta de diecinueve años.

Percy había vuelto de Hendon y estaba preparando té.

—¿Qué tal la chica de la RAF? —le preguntó Flick.

—Lady Denise Bouverie. Va camino del centro de desbaste — respondió Percy.

—¡Estupendo! Ya tenemos cuatro.

—Pero estoy preocupado. Es una bocazas. Ha estado fanfarroneando sobre su trabajo en las fuerzas aéreas y me ha contado un montón de cosas sobre las que no debería hablar. Tendrás que decidir tú durante el adiestramiento.

—Supongo que no sabrá nada sobre centrales telefónicas. —Ni una palabra. Y sobre explosivos, menos. ¿Té?

—Sí, por favor.

Percy le tendió una taza y se sentó tras el viejo escritorio.

—¿Y Paul?

—Ha ido a buscar a un fiscal. Intentará sacar de la cárcel a Ruby Romain esta misma tarde.

Percy la miró intrigado.

—¿Qué tal te cae?

—Bastante mejor que al principio.

—A mí también.

Flick sonrió.

—Tendrías que haber visto cómo ha engatusado a la energúmena que dirige la cárcel.

—¿Qué te ha parecido Ruby Romain?

—Un encanto de mujer. Le rebanó el cuello a otra interna por una pastilla de jabón.

—Jesús —murmuró Percy meneando la cabeza con incredulidad—. ¿Qué diantre de equipo estamos formando, Flick?

—Peligroso, como tiene que ser. El problema no es ése. Además, tal como están saliendo las cosas, quizá podamos darnos el lujo de eliminar a una o dos durante el adiestramiento. Lo que me preocupa es no encontrar a las dos expertas que

necesitamos. De poco serviría llegar a Francia con un grupo de mujeres decididas a todo si luego nos equivocamos de cables.

Percy apuró el té y empezó a llenar la pipa.

—Conozco a una experta en explosivos que habla francés.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Flick sorprendida—. Pero, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Porque en cuanto me he acordado de ella, he decidido descartarla. No es muy adecuada para este trabajo. Pero en vista de que estamos tan apurados...

—¿Por qué no es adecuada?

—Tiene unos cuarenta años —respondió Percy encendiendo una cerilla—. El Ejecutivo no suele utilizar a gente tan mayor, y menos cuando hay que saltar en paracaídas.

Tal como estaban las cosas, la edad era lo de menos, se dijo Flick.

—¿Aceptaré?

—Es más que probable, especialmente si se lo pido yo.

—¿Sois amigos? —Percy asintió—. ¿Cómo aprendió a manejar explosivos?

Percy la miró apurado.

—Volando cajas fuertes —murmuró sin soltar la cerilla—. La conocí hace años en el East End, cuando estaba metido en política.

La cerilla se consumió, y Percy encendió otra.

—Vaya, no imaginaba que tuvieras un pasado tan turbulento. ¿Dónde podemos encontrarla?

Percy consultó su reloj.

—Son la seis. A esta hora de la tarde, estará en El Pato Sucio.

— Un pub.

—Un bar privado.

—Entonces, enciende la maldita pipa y vámonos de una vez. Una vez en el coche, Flick preguntó:

—¿Cómo sabes lo de las cajas fuertes?

Percy se encogió de hombros.

—Lo sabe todo el mundo.

—¿Todo el mundo? ¿Hasta la policía?

—Sí. En el East End, los policías y los delincuentes crecen juntos, van a las mismas escuelas, viven en las mismas calles... En ese barrio, todo el mundo se conoce.

—Pero, si conocen a los delincuentes, ¿por qué no los meten en la cárcel? Supongo que no pueden probar nada...

—Así es como funciona la cosa —dijo Percy—. Cuando necesitan a un culpable, detienen a alguien que se dedique a eso. Si se trata de un robo, detienen a un ladrón.

No importa que no haya cometido ese robo en concreto, porque siempre pueden cargarle el muerto: comprar a testigos, falsificar confesiones, amañar pruebas... Por supuesto, a veces meten la pata y encarcelan a gente inocente; y a menudo utilizan el sistema para ajustar cuentas personales y cosas por el estilo; pero en esta vida nada es perfecto, ¿no te parece?

—De modo que, según tú, todo el tinglado de los tribunales y los jurados es pura farsa.

—Una farsa muy antigua y muy bien montada que da trabajo a policías, abogados, fiscales y jueces, ciudadanos de lo más respetable que de otro modo se pasarían la vida mano sobre mano.

—¿Ha estado alguna vez en la cárcel tu amiga la revientacajas?

—No. Para evitar que te encarcelen, basta con pagar sobornos sustanciosos y tener amigos en la policía. Pongamos que vives en la misma calle que la madre del detective inspector Fulano. Le haces una visita a la buena señora todas las semanas, le preguntas si necesita que le hagas la compra, miras las fotos de sus nietos... El inspector Fulano sería un desagradecido si acabara metiéndote en chirona.

Flick pensó en la historia que les había contado Ruby hacía unas horas. Para alguna gente, vivir en Londres era casi tan malo como vivir en la Francia ocupada. ¿Podían ser las cosas tan diferentes de lo que siempre había creído?

—No sé si estás hablando en serio, Percy. Ya no sé qué creer.

—Claro que estoy hablando en serio —dijo Percy sonriendo—. Pero entiendo que te cueste creerme.

Estaban en Stepney, cerca de los muelles. Flick no había visto ningún lugar tan castigado por los bombardeos. Habían arrasado calles enteras. Percy giró hacia un callejón estrecho y aparcó delante de un pub.

El Pato Sucio era un mote jocoso: el local se llamaba El Cisne Blanco. Los «bares privados» no eran privados; se les llamaba así para distinguirlos de los bares públicos, los pubs, que tenían el suelo cubierto de serrín y cobraban un penique menos por la pinta de cerveza. Flick se sorprendió a sí misma pensando en la manera de explicarle a Paul aquellas peculiaridades. Seguro que le hacían gracia.

Sentada en un taburete al final de la barra, Geraldine Knight parecía la dueña del local. Tenía el pelo muy rubio, la cara muy maquillada y una figura exuberante pero aparentemente firme, que hacía sospechar el uso de un corsé. El cigarrillo que se consumía en el cenicero tenía un cerco de pintalabios en la boquilla. Era difícil imaginar a alguien que tuviera tan poca pinta de agente secreto, pensó Flick desanimada.

—¡Percy Thwaite, vivito y coleando! —exclamó la mujer. Hablaba como una verdulera que hubiera tomado clases de dicción—. ¿Qué te trae por esta pocilga, maldito cabrón comunista? —añadió, sin duda encantada de verlo.

—Hola, Jelly te presento a mi amiga Flíck —dijo Percy.

—Es un placer conocerte, estoy segura —respondió la mujer estrechando la mano de Flick.

—¿Jelly? —preguntó Flick.

—Es un apodo como otro cualquiera.

—Ah, claro —dijo Flick—, Jelly Knight, gelignita.

—Si vas a pedir algo, Percy, yo tomaré una ginebra con vermut —dijo Jelly haciéndose la distraída.

—¿Vive en esta zona de Londres? —le preguntó Flick en francés.

—Desde los diez años —respondió Jelly en el mismo idioma con acento norteamericano—. Nací en Quebec.

Mal asunto, se dijo Flick. Puede que los alemanes no notaran el acento, pero a los franceses no les pasaría inadvertido. Jelly tendría que hacerse pasar por ciudadana francesa nacida en Canadá. Era una historia plausible, pero lo bastante inusual para llamar la atención.

—Pero se considera británica...

—De británica, nada. Inglesa —respondió Jelly con indignada suficiencia; y, de nuevo en inglés, añadió—: Pertenezco a la Iglesia Anglicana, voto a los conservadores y no me gustan ni los extranjeros ni los republicanos ni los de otras confesiones. Exceptuando a los presentes, claro —puntualizó volviéndose hacia Percy.

—Deberías vivir en Yorkshire —dijo Percy—, en una granja perdida en el monte, donde no hubieran visto a un extranjero desde la época de los vikingos. No entiendo cómo soportas vivir en Londres rodeada de bolcheviques rusos, judíos alemanes, católicos irlandeses y galeses no conformistas que levantan iglesias como quien hace churros.

—Londres ya no es lo que era, Perce.

—¿Quieres decir que no es lo que era cuando llegaste de Canadá? Obviamente, era un viejo tema de discusión. Flick lo interrumpió con impaciencia:

—Me alegra saber que es usted tan patriota, Jelly.

—¿Y por qué iba a importarle a usted semejante cosa, si se puede saber?

—Porque hay algo que podría hacer por su país.

—Le he hablado a Flick de... tus habilidades, Jelly —confesó Percy. La mujer se miró el rojo de sus uñas.

—Discreción, Percy, por favor. Como dice la Biblia, la discreción es el mejor valor.

—Confío en que esté al corriente de los últimos adelantos en su profesión —dijo Flick—. Me refiero a los explosivos plásticos.

—Procuro estar al día —respondió Jelly con displicente modestia; y, mirando a Flick con astucia, añadió—: Es algo relacionado con la guerra, ¿verdad?

—Sí.

—Cuenta conmigo. Haré lo que sea por Inglaterra.

—Tendrá que estar fuera unos días.

—No hay problema.

—Y podría no volver nunca.

—¿Qué coño significa eso?

—Correremos mucho peligro —dijo Flick bajando la voz.

—Vaya —dijo Jelly consternada, y tragó saliva—. Bueno, no importa —añadió sin convencimiento.

—¿Está segura?

Jelly se quedó pensativa, como si estuviera echando sus cuentas.

—Usted quiere que vuele algo...

Flick asintió.

—¿No habrá que cruzar el charco, no?

—Podría ser.

—¡Tras las líneas enemigas! Alabado sea Dios, soy demasiado vieja para una cosa así. Tengo... —Dudó—. Tengo treinta y siete años.

Debía de tener unos cinco años más, pensó Flick, pero se limitó a decir:

—Bueno, somos casi de la misma edad. Yo estoy a punto de cumplir los treinta. Aún podemos permitirnos alguna aventura, ¿no le parece?

—Hable por usted, guapa.

A Flick se le cayó el alma al suelo. Ya podía despedirse de Jelly.

La idea había sido un error desde el principio, se dijo. Era imposible encontrar a mujeres adecuadas para aquella misión que además hablaran un francés perfecto. El plan estaba condenado al fracaso. Se apartó de Jelly. Tenía miedo de echarse a llorar.

—Jelly —dijo Percy—, te estamos pidiendo que hagas algo realmente crucial para el curso de la guerra.

—A otro con ese hueso, Perce, que yo soy perro viejo —dijo Jelly, pero su sarcasmo sonó falso.

Percy meneó la cabeza.

—No exagero, Jelly La victoria podría depender de que lo consigamos. —La mujer lo miró, indecisa. La mueca de su rostro dejaba traslucir la lucha que libraba en su interior—. Y eres la única persona en todo el país que puede hacerlo —añadió Percy.

—Venga ya —replicó Jelly con escepticismo.

—No he hablado más en serio en toda mi vida.

—Maldita sea, Perce. —Jelly se quedó pensativa. Siguió muda durante unos instantes. Flick contuvo la respiración—. Está bien, cabronazo —dijo al fin—. Lo haré.

Flick estaba tan contenta que la besó.

—Dios te bendiga, Jelly —dijo Percy.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó ella.

—Ahora mismo —respondió Percy—. En cuanto te acabes esa ginebra, te acompaño a casa para que hagas la maleta y luego te llevo al centro de adiestramiento.

—¿Cómo, esta noche?

—Ya te he dicho que era importante.

Jellyapuró el vaso.

—Muy bien, estoy lista.

Al verla deslizarse sobre el cuero del taburete, Flick no pudo evitar preguntarse cómo se las apañaría con un paracaídas. Salieron del pub. Percy se volvió hacia Flick. —¿No te importa volver en metro?

—Claro que no.

—Entonces, te vemos mañana en el centro de desbaste.

—Allí estaré.

Flick los dejó y se dirigió hacia la estación de metro más próxima. Estaba exultante. La tarde de verano era espléndida, y el East End estaba muy animado: un grupo de críos sucios jugaba al críquet con un palo y una vieja pelota de tenis; un hombre vestido con un mono de trabajo volvía a casa con aspecto cansado; un soldado de permiso, que no debía de llevar más que un paquete de cigarrillos y un puñado de chelines en el bolsillo, avanzaba por la acera con aire decidido, como si todos los placeres del mundo lo estuvieran esperando a la vuelta de la esquina; tres chicas atractivas que llevaban vestidos sin manga y sombreros de paja reían mirando al soldado. La suerte de todos ellos se decidiría en cuestión de días, se dijo Flick, súbitamente angustiada.

En el metro que la llevaba a Bayswater, volvió a sentirse pesimista. Aún no tenía al miembro más importante del equipo. Sin una técnica en telefonía, Jelly podía colocar los explosivos en un lugar inadecuado. Producirían daños, pero si podían repararlos en uno o dos días, todo el esfuerzo y el riesgo serían inútiles.

Cuando llegó al cuarto de la pensión, encontró a su hermano Mark esperándola. Lo abrazó y le dio un beso.

—¡Qué sorpresa tan estupenda! —exclamó Flick.

—Tengo la noche libre y he pensado que podía invitarte a una copa —dijo Mark.

—¿Y Steve?

—Haciendo de Yago para las tropas, en Lyme Regis. Ahora casi siempre trabajamos para la ENSA. —Mark se refería a la Asociación del Servicio Nacional de Espectáculos, que organizaba funciones para las fuerzas armadas—. ¿Adónde te apetece ir?

Flick estaba muerta de cansancio, y su primer impulso fue rechazar la invitación; pero se dijo que el viernes saldría para Francia, y que aquella podía ser la última vez

que viera a su hermano.

—¿Qué te parece el West End? —preguntó.

—Iremos a un club nocturno.

—¡Estupendo!

Salieron de la pensión y se alejaron del brazo calle adelante.

—He visto a mamá esta mañana —dijo Flick.

—¿Cómo está?

—Bien, pero no parece muy dispuesta a bajarse del burro respecto a lo tuyo con Steve.

—Ya. ¿Cómo es que os habéis visto?

—He tenido que ir a Somersholme. Sería muy largo de explicar.

—Y confidencial, seguro.

Flick sonrió en señal de asentimiento y suspiró al acordarse de su problema.

—Supongo que no conoces a ninguna técnica en telefonía que hable francés, ¿verdad?

Mark se paró en seco.

—Pues, mira por donde, sí.

Mademoiselle Lemas estaba desesperada. Seguía sentada en la misma silla dura tras la mesita de la oficina, con el rostro congelado en una máscara inescrutable. No se atrevía a moverse. Llevaba puesto el sombrero de casquete y tenía el aparatoso bolso marrón en el regazo. Sus manos, pequeñas y gordezuelas, estrujaban rítmicamente las asas de cuero. No llevaba anillos; en realidad, no llevaba más joya que una cadena con una pequeña cruz de plata.

A su alrededor, impecablemente uniformados, los últimos oficinistas y secretarias seguían tecleando y archivando. Siguiendo las instrucciones de Dieter, sonreían educadamente cuando sus ojos se encontraban con los de la prisionera; de vez en cuando, alguna de las chicas le dirigía la palabra para ofrecerle agua o café.

Sentado frente a ella, con Stéphanie a su derecha y Hans Hesse a su izquierda, Dieter la observaba. El teniente era el tipo perfecto del recio e imperturbable alemán de la clase trabajadora. Seguía mirando estoicamente: había asistido a muchas sesiones de tortura. Stéphanie era menos paciente, pero se esforzaba por dominarse. Estaba a disgusto, pero se aguantaba: su objetivo en la vida era complacer a Dieter.

El sufrimiento de mademoiselle Lemas no era sólo físico. Dieter lo sabía. La dolorosa presión de su vejiga no era nada comparada con el miedo a orinarse encima en una sala llena de personas educadas y bien vestidas que seguían trabajando con la mayor naturalidad. Para una señora mayor y respetable, no había pesadilla más aterradora. Dieter admiraba su entereza y se preguntaba si desfallecería y se lo contaría todo o seguiría resistiendo.

Un joven cabo dio un taconazo frente a él.

—Perdone, mayor —dijo el muchacho—. El mayor Weber me envía a pedirle que acuda a su despacho.

Dieter pensó en enviarle una respuesta en estos términos: «Si quieres hablar conmigo, ya sabes dónde estoy». Pero decidió que no convenía mostrarse beligerante hasta que fuera estrictamente necesario. Puede que Weber dejara de ponerle obstáculos si le permitía marcarse un tanto.

—Muy bien —respondió, y se volvió hacia Hesse—. Hans, ya sabe lo que tiene que preguntarle si decide hablar.

—Sí, mayor.

—Por si no es así... Stéphanie, ¿podrías ir al Café des Sports y traer —me una cerveza y un vaso?

—Claro —dijo Stéphanie, encantada de tener una excusa para abandonar la sala.

Dieter siguió al cabo hasta el despacho de Willy Weber. Era una amplia sala en la parte delantera del palacio, con tres ventanas altas que daban a la plaza. El sol se ponía sobre el pueblo, y sus oblicuos rayos doraban los contrafuertes y los arcos de medio punto de la iglesia medieval. Dieter vio a Stéphanie, que cruzaba la plaza con sus zapatos de tacón de aguja, contoneándose como un caballo de carreras, delicada y fuerte al mismo tiempo.

Un grupo de soldados trabajaba en la plaza. Estaban colocando tres postes de madera sólidos y perfectamente alineados.

—¿Un pelotón de fusilamiento? —preguntó Dieter frunciendo el ceño.

—Para los tres terroristas que sobrevivieron a la escaramuza del domingo —respondió Weber—. Tengo entendido que has acabado de interrogarlos...

Dieter asintió.

—Me han dicho todo lo que saben.

—Serán fusilados en público como advertencia a quienes pudieran estar pensando en unirse a la Resistencia.

—Buena idea —dijo Dieter—. Sin embargo, aunque Gaston está bien, tanto Bertrand como Genevieve se encuentran en un estado lamentable... Dudo mucho que puedan andar.

—Entonces, habrá que arrastrarlos hasta los postes. Pero no te he hecho venir para hablar de ellos. Mis superiores en París me han preguntado en qué punto se encuentra la investigación.

—¿Y qué les has dicho, Willi?

—Que tras cuarenta y ocho horas de pesquisas has arrestado a una anciana que tal vez haya dado cobijo a agentes aliados en su casa, y que hasta ahora no nos ha dicho nada.

—¿Y qué te habría gustado decirles?

Weber dio un puñetazo en la mesa con inesperada teatralidad. —¡Que le hemos partido el espinazo a la Resistencia francesa! —Eso no se consigue en cuarenta y ocho horas. —¿Por qué no torturas a ese vejestorio?

—La estoy torturando.

—¿No dejándola ir al baño? ¿Qué clase de tortura es ésa? —La más efectiva en este caso, créeme.

—Te crees más listo que nadie. Siempre has sido un arrogante. Pero esto es la nueva Alemania, mayor. Ya no basta ser hijo de un profesor para que te consideren intelectualmente superior.

—No seas ridículo.

—¿De verdad crees que habrías llegado a ser el jefe más joven del departamento de investigación criminal si tu padre no hubiera sido un personaje en la universidad?

—Hice los mismos exámenes que los demás.

—Resulta la mar de extraño que otros tan capaces como tú nunca consiguieran hacerlo tan bien.

Pero, ¿con qué fantasías intentaba consolarse Weber?

—Por amor de Dios, Willi, ¿insinúas que toda la policía de Colonia conspiraba para postergarte porque mi padre era profesor de música? ¡Es para troncharse!

—Era algo bastante habitual en los viejos tiempos.

Dieter suspiró. Weber tenía parte de razón. En Alemania, el compadreo y el nepotismo habían sido moneda corriente. Pero ése no era el motivo del fracaso de Willi. La verdad es que era idiota. Sólo podía ascender en una organización en la que el fanatismo se valoraba más que la efectividad.

Dieter decidió zanjar aquella discusión absurda.

—No te preocupes por mademoiselle Lentas —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Hablará pronto. Y, como tú dices, le partiremos el espinazo a la Resistencia francesa. Es cuestión de tiempo.

Volvió a la sala del piso superior. Mademoiselle Lemas había empezado a gemir entre dientes. Irritado por la conversación con Weber, Dieter decidió acelerar el proceso. Cuando volvió Stéphanie, dejó el vaso en la mesa, abrió la botella y vertió la cerveza lentamente delante de la prisionera. Lágrimas de dolor afloraron a los ojos de la mujer y resbalaron por sus rollizas mejillas. Dieter se llevó el vaso a los labios, le dio un largo trago y volvió a dejarlo en la mesa.

—Su sufrimiento acabará enseguida, mademoiselle —le aseguró— El alivio está al alcance de su mano. En cuestión de instantes, responderá a mis preguntas y podrá ir al lavabo. —La prisionera cerró los ojos—. ¿Dónde se encuentra con los agentes británicos? —Dieter hizo una pausa—. ¿Cómo se reconocen? —La mujer no respondió—. ¿Cuál es la contraseña? —Esperó unos instantes y añadió—: Tenga las respuestas preparadas, y asegúrese de que sean claras, para que cuando llegue el

momento me las pueda decir con rapidez, sin vacilaciones ni circunloquios; luego podrá aliviar su sufrimiento. —Se sacó la llave de las esposas de un bolsillo—. Hans, agárrela de la muñeca. —Se agachó y liberó el tobillo de mademoiselle Lemas; a continuación, la cogió del brazo—. Acompáñanos, Stéphanie —dijo—.Vamos al aseo de señoras.

Stéphanie fue hacia la puerta. Dieter y Hans la siguieron sujetando a la prisionera, que andaba arrastrando los pies, con el torso doblado y mordiéndose el labio. Llegaron al final del pasillo y se detuvieron ante una puerta en cuyo letrero se leía: «Damen». Al verlo, mademoiselle Lemas soltó un fuerte gemido.

—Abre la puerta —le dijo Dieter a Stéphanie.

Stéphanie abrió. El aseo, alicatado con azulejos blancos e impoluto, consistía en un lavabo, un toallero con una toalla y una hilera de retretes con puerta.

—¿Lo ve? —dijo Dieter—. Su sufrimiento está a punto de acabar. —Por favor —musitó la mujer—. Déjeme entrar.

—¿Dónde se encuentra con los agentes británicos? — Mademoiselle

Lemas se echó a llorar—. ¿Dónde se encuentra con ellos? — murmuró Dieter con suavidad

—En la catedral —gimió la mujer—. En la cripta. ¡Por favor, déjeme entrar!

Dieter, satisfecho, soltó un prolongado suspiro. Mademoiselle se había desmoronado.

—¿Cuándo se encuentra con ellos?

—A las tres de la tarde; voy todos los días.

—¿Cómo se reconocen?

—Llevo un zapato negro y otro marrón. ¿Puedo entrar ya? —Sólo otra pregunta. ¿Cuál es la contraseña? —«Rece por mí.»

La mujer intentó dar un paso, pero Dieter la retuvo con fuerza y Hans lo imitó.

—«Rece por mí.» —repitió Dieter—. ¿Eso quién lo dice, usted o el agente?

—El agente, ahhh... ¡Por Dios!

—¿Y usted qué contesta?

—«Rezo por la paz», ésa es mi respuesta.

—Gracias —murmuró Dieter, y la soltó. A un gesto suyo, Stéphanie entró tras la mujer y cerró la puerta—. Bueno, Hans, parece que empezamos a avanzar —dijo Dieter sonriendo.

El teniente Hesse estaba tan satisfecho como su jefe.

—En la cripta de la catedral —leyó—, todos los días a las tres de la tarde, un zapato negro y otro marrón, «Rece por mí» y, la respuesta, «Rezo por la paz». ¡Excelente!

—Cuando salgan, encierra a la prisionera en una celda y ponla a disposición de la Gestapo. Ellos se encargarán de mandarla a algún campo. Hesse asintió.

—Resulta duro, señor. Tratándose de una señora mayor, quiero decir.

—En efecto... hasta que piensa uno en los soldados alemanes y los civiles franceses asesinados por los terroristas a los que ha dado cobijo. Entonces, parece un castigo insignificante.

—Sí, eso hace que uno vea las cosas de un modo totalmente distinto, señor.

—¿Ha visto usted como una cosa lleva a la otra? —dijo Dieter pensativo—. Gaston nos habla de una casa, la casa nos permite detener a mademoiselle Lemas, ella nos cuenta lo de la cripta y la cripta nos permitirá... ¿Quién sabe?

Dieter empezó a cavilar sobre el mejor modo de sacar partido a la nueva información.

El reto era capturar a los agentes sin que Londres se enterara. Si actuaba con habilidad, los aliados seguirían enviando gente por el mismo conducto y despilfarrando sus efectivos sin saberlo. Igual que en Holanda: más de cincuenta saboteadores, cuyo adiestramiento debía de haber costado una fortuna, se habían lanzado en paracaídas directamente a los brazos de los alemanes.

Sobre el papel, el próximo agente enviado por Londres iría a la cripta de la catedral y se encontraría con mademoiselle Lemas. Ella se lo llevaría a su casa, desde donde el agente enviaría un mensaje por radio comunicando que todo iba bien. Luego, cuando estuviera ausente, Dieter se apoderaría de sus libros de códigos. A partir de ese momento, podría arrestarlo y seguir mandando mensajes a Londres en su nombre... e interpretar las respuestas. De hecho, habría montado un circuito de la Resistencia completamente ficticio. Era una perspectiva apasionante.

Willi Weber se acercó por el pasillo.

—Y bien, mayor, ¿ha hablado la prisionera?

—Lo ha hecho.

—Ya iba siendo hora. ¿Ha dicho algo que merezca la pena?

—Puedes comunicar a tus superiores que ha revelado el lugar de encuentro y la contraseña que utilizan. Podremos capturar a los agentes a medida que lleguen.

Weber parecía interesado a pesar de su hostilidad. —¿Dónde se encuentran?

Dieter titubeó. Habría preferido no decirle una palabra a Weber. Pero era difícil negarse a compartir la información sin ofenderlo y enemistarse definitivamente con él. Tenía que contárselo.

—En la cripta de la catedral, todos los días a las tres.

—Informaré a París —dijo Weber, y se alejó.

Dieter siguió pensando en su próximo paso. La casa de la calle du Bois era un dispositivo de seguridad. Ningún miembro del circuito Bollinger conocía a mademoiselle Lemas. Los agentes que llegaban de Londres tampoco sabían qué aspecto tenía, de ahí la necesidad de signos exteriores reconocibles y contraseñas. Si pudiera utilizar a alguien que se hiciera pasar por ella... Pero, ¿a quién?

Stéphanie salió del aseo de señoras precediendo a la prisionera. Ella, ¿por qué no?

Era mucho más joven que mademoiselle Lemas, y no se le parecía en nada, pero los agentes no lo sabían. Era francesa. Sólo tenía que atender al agente durante uno o dos días.

Dieter la cogió del brazo.

—Hans se ocupará de la prisionera. Ven, déjame invitarte a una copa de champán.

La acompañó a la calle. En la plaza, los soldados habían acabado el trabajo, y los tres postes proyectaban largas sombras a la luz del atardecer. Un grupo de vecinos los observaba en sobrecogido silencio desde el atrio de la iglesia.

Entraron en el Café des Sports. Dieter pidió una botella de champán y se volvió hacia Stéphanie.

—Gracias por ayudarme —dijo—. Me has sacado de un apuro.

—Te quiero —respondió la chica—. Y tú a mí, lo sé, aunque nunca me lo hayas dicho.

—¿Cómo te sientes respecto a lo que hemos hecho? Eres francesa, tienes una abuela cuya raza no es necesario mencionar y, que yo sepa, no eres nazi.

Stephanie sacudió la cabeza con energía.

—He dejado de creer en nacionalidades, razas e ideologías — aseguró con vehemencia—. Cuando me detuvo la Gestapo, no me ayudó ningún francés. Ni ningún judío. Ni ningún socialista, liberal o comunista. Y pasé tanto frío en aquella celda... —Su rostro cambió de expresión. La seductora media sonrisa que rara vez abandonaba se esfumó de sus labios, y el brillo provocativo de su mirada se apagó en sus ojos. Estaba en otro sitio y en otro momento. Cruzó los brazos sobre el pecho y se estremeció, a pesar de la calidez del aire—. No sólo por fuera, en la piel. Lo tenía clavado en el corazón, en las tripas, en los huesos... Pensé que nunca volvería a sentir calor, que me iría a la tumba con aquel frío. —Permaneció en silencio durante unos instantes, con el rostro tenso y demacrado, y Dieter pensó en ese momento que la guerra era algo terrible—. Nunca olvidaré la chimenea de tu apartamento —dijo al fin—. El fuego de carbón. Había olvidado cuánto calor desprende. Ante aquel fuego, volví a sentirme humana. —Stéphanie salió de su trance—. Tú me salvaste. Me diste de comer y de beber. Me compraste ropa. — Stéphanie recuperó su sonrisa de siempre, que parecía decir: «Si te atreves, soy tuya»—. Y, delante de aquel fuego de carbón, me hiciste el amor.

—No me resultó difícil —dijo Dieter cogiéndole la mano.

—Conseguiste que me sintiera segura, en un mundo en el que casi nadie lo está. Así que ahora sólo creo en ti.

—Si lo dices en serio...

—Totalmente.

—Necesito que hagas algo más por mí.

—Lo que sea.

—Que te hagas pasar por mademoiselle Lemas. Stéphanie arqueó una de sus bien depiladas cejas.

—Fingir que eres ella. Ir a la catedral todas las tardes a las tres calzada con un zapato negro y otro marrón. Cuando alguien se te acerque y te diga: «Rece por mí», contestar: «Rezo por la paz». Y llevártelo a la casa de la calle du Bois. Luego, llamarme.

—Parece sencillo.

Les sirvieron la botella, y Dieter llenó dos copas. Decidió serle franco.

—Debería ser sencillo. Pero hay cierto riesgo. Si el agente ha visto a mademoiselle Lemas con anterioridad, sabrá que eres una impostora. En tal caso, podrías estar en peligro. ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

—¿Es importante para ti?

—Es importante para la guerra.

—La guerra me trae sin cuidado.

—También es importante para mí.

—Entonces, lo haré.

Dieter alzó su copa.

—Gracias.

Entrechocaron las copas y les dieron un sorbo.

Fuera, en la plaza, se oyó una descarga. Dieter se acercó a la ventana y vio tres cuerpos atados a los postes, flojos y ensangrentados, una hilera de soldados que bajaban los fusiles y una muchedumbre de paisanos que miraban, silenciosos e inmóviles.

La penuria de la guerra apenas había afectado al Soho, el barrio chino del corazón del West End. Los mismos grupos de jóvenes borrachos como cubas se tambaleaban por sus calles, aunque la mayoría iban de uniforme. Las mismas chicas pintarrajeadas y embutidas en ceñidos modelos merodeaban por las aceras al acecho de clientes. Los letreros luminosos de los clubes y los bares permanecían apagados a causa de los bombardeos, pero todos los locales estaban abiertos.

Mark y Flick llegaron al Criss-Cross Club a las diez de la noche. El gerente, un joven vestido de esmoquin y con pajarita roja, saludó a Mark como si fueran amigos. Flick estaba muy animada. Mark conocía a una técnica en telefonía. Se la iba a presentar enseguida, y Flick se sentía optimista. Su hermano apenas le había explicado otra cosa salvo que se llamaba Greta, como la estrella de cine. Al intentar interrogarlo, le había respondido: «Tienes que verla tú misma».

Bajaron el tramo de escaleras que llevaba al sótano. La sala estaba en penumbra y llena de humo. Flick distinguió a un grupo de cinco músicos en un escenario bajo, mesas repartidas por la sala y reservados alineados a lo largo de las oscuras paredes. Se había imaginado un local exclusivamente masculino, la clase de sitio frecuentado

por hombres a quienes «no les tiraba el matrimonio». Aunque había más hombres, no faltaban chicas, algunas muy llamativas.

Un camarero se acercó a ellos, lanzó una mirada hostil a Flick y le puso una mano en el hombro a Mark.

—Hola, Markie.

—Robbie, te presento a mi hermana —dijo Mark—. Se llama Felicity, pero siempre la hemos llamado Robbie cambió de actitud y le sonrió.

—Encantado de conocerte —dijo, y los llevó a una mesa.

Flick supuso que la había tomado por un ligue, y temía que, por así decirlo, hubiera hecho cambiar de bando a Mark. Al parecer, saber que era su hermana lo había tranquilizado.

—¿Cómo está Kit? —le preguntó Mark con una sonrisa. —Pues... bien, supongo —respondió Robbie con una pizca de irritación.

—Os habéis peleado, ¿no?

Mark estaba siendo encantador. De hecho, casi flirteaba. Flick no le conocía aquella faceta. En realidad, pensó, tal vez era la auténtica. La otra, su discreta personalidad cotidiana, debía de ser una máscara.

—¿Y cuándo no nos hemos peleado? —respondió Robbie.

—No te valora —dijo Mark con melancolía, rozando la mano de Robbie.

—Tienes razón, sí señor. ¿Qué os pongo?

Flick pidió un whisky y Mark un martini.

Flick no sabía mucho sobre los homosexuales. Conocía al novio de Mark, Steve, y había estado en el piso que compartían, pero no conocía a sus amigos. Sentía curiosidad por aquel mundo, pero le daba apuro hacer preguntas.

Ni siquiera sabía cómo se llamaban entre sí. Todos los nombres que conocía sonaban a insulto: mariquita, sarasa, invertido, nenaza...

—Mark, ¿cómo llamas a los hombres que, ya sabes, prefieren a otros hombres?

—Musicales, cariño —respondió Mark sonriendo y moviendo la mano con un gesto femenino.

«Tengo que recordarlo —se dijo Flíck—. Ahora puedo preguntarle a Mark: "Y ése, ¿es musical?". Ya sabía una palabra de su código secreto.

Una salva de aplausos recibió a una rubia alta, embutida en un traje de noche rojo, que acababa de salir al escenario.

—Ésa es Greta —dijo Mark—. De día, es técnica en telefonía.

Greta empezó a cantar Nobody Knows You "en You're Down and Out. Tenía una voz potente y desgarrada, pero Flick captó de inmediato el acento alemán.

—¿No me habías dicho que era francesa? —le gritó a Mark al oído, por encima de la música.

—Que hablaba francés —la corrigió Mark—. Pero es alemana.

Flick estaba decepcionada. Aquello no la convencía. Greta hablaría francés con acento alemán.

El público adoraba a Greta. Aplaudía entusiasmado cada canción, y silbaba y jaleaba cuando ella acompañaba la música con meneos y nalgadas. Pero Flick no podía relajarse y disfrutar de la música. Estaba demasiado preocupada. Seguía sin técnica, y había malgastado las últimas horas del día acudiendo al Criss-Cross para ver a una alemana.

Y ahora, ¿qué podía hacer? Se preguntó cuánto tardaría en aprender los rudimentos de la técnica telefónica. Las cuestiones técnicas se le daban bien. En la escuela, había hecho una radio. Además, le bastaba con saber lo justo para destruir el equipo de la central. ¿Podría aprender en dos días, tal vez con alguien de Correos y Telégrafos?

Lo malo era que no había forma de saber qué equipo encontrarían en el sótano del palacio de Sainte-Cécile. Podía ser francés, alemán o mitad y mitad; incluso podía ser norteamericano, pues Francia importaba tecnología telefónica avanzada de los Estados Unidos. Había muchas clases de equipos, y el palacio cumplía funciones muy diversas. Alojaba una central manual, otra automática, otra conjunta para conectar otras centrales entre sí, y una estación amplificadora para la importante ruta troncal hacia Alemania. Sólo un técnico con experiencia podía confiar en reconocerlas al primer vistazo.

Por supuesto, en Francia había técnicos en la materia, y Flick podría encontrar a una técnica... si dispusiera de tiempo. Era una idea poco prometedora, pero no la descartó. El Ejecutivo podía enviar un mensaje a todos los circuitos de la Resistencia. Si había una mujer que cumpliera los requisitos, tardaría uno o dos días en llegar a Reims, lo cual no estaba mal. Pero era demasiado incierto. ¿Había una técnica en telefonía en la Resistencia? Si no, Flick malgastaría dos días para saber que la misión estaba condenada.

No, necesitaba algo más seguro. Volvió a pensar en Greta. No podía pasar por francesa. La Gestapo no notaría su acento, pues hablaban el mismo francés. Pero a la policía francesa no le pasaría inadvertido. ¿Tenía que pasar por francesa? En Francia había muchas alemanas: mujeres de oficiales, oficinistas del ejército, conductoras, mecanógrafas, operadoras de radio... Flick volvió a animarse. ¿Por qué no? Greta podía ser secretaria del ejército. No, eso podía causar problemas. Un oficial podía empezar a darle órdenes. Sería más seguro que se hiciera pasar por civil. Podía ser la mujer de un oficial, con quien vivía en París... No, en Vichy, que estaba más lejos. Habría que justificar que viajara con mujeres francesas. Tal vez una de ellas podía hacer de doncella francesa.

¿Y una vez dentro del palacio? Flick estaba segura de que en Francia no había alemanas trabajando en la limpieza. ¿Cómo evitar las sospechas? Flick volvió a

decirse que los alemanes podían no notar el acento de Greta; pero ¿y los franceses? ¿Cómo iba a evitar hablar con ellos? ¿Fingiéndose afónica?

Puede que lo consiguiera durante unos minutos, se dijo Flick.

No era una solución perfecta, pero sí la mejor opción.

Greta finalizó su actuación con un blues hilarante y lleno de dobles sentidos titulado Kitchen Man. A la gente le encantó el verso: «Cuando me como sus donuts, sólo dejo el agujero». La chica abandonó el escenario en medio de una salva de aplausos.

—Hablaemos con ella en su camerino —dijo Mark levantándose del asiento.

Flick siguió a su hermano, que cruzó una puerta situada a un lado del escenario y avanzó por un pasillo maloliente con suelo de cemento hasta un cuartucho atestado de cajas de cartón de cerveza y ginebra. Parecía el almacén de un pub venido a menos. Llegaron ante una puerta que tenía una estrella de papel recortado clavada a la hoja con chinchetas. Mark llamó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

El camerino era un tabuco diminuto, con un tocador, un espejo rodeado de potentes bombillas, un taburete y el cartel de La mujer de dos caras, protagonizada por Greta Garbo, clavado en una pared. Una aparatosa peluca rubia descansaba sobre un soporte en forma de cabeza. El vestido rojo de Greta colgaba de una percha de pared. En el taburete, delante del espejo, para asombro de Flick, había un joven de pelo en pecho.

Se quedó boquiabierta.

Era Greta, desde luego. Llevaba el rostro muy maquillado: carmín de un rojo intenso, pestañas postizas, cejas depiladas y polvo facial en abundancia para ocultar la sombra de la barba. Llevaba el pelo muy corto, sin duda para acomodar la peluca. Los pechos falsos debían de estar cosidos al forro del vestido, pero Greta seguía llevando enagua, medias y zapatos rojos con tacón de aguja.

Flick se volvió hacia su hermano.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le preguntó enfadada. Mark rió de buena gana.

—Flick, te presento a Gerhard. Le gusta sorprender a la gente.

En efecto, Gerhard parecía encantado. Sin duda, se sentía la mar de contento de que una mujer lo hubiera tomado por alguien de su propio sexo. Era un tributo a su arte. Podía estar segura de no haberlo ofendido, comprendió Flick.

Pero era un hombre. Y ella necesitaba una técnica en telefonía.

Flick estaba decepcionada y abatida. Greta habría sido la última pieza del rompecabezas, la mujer que habría completado el equipo. Ahora la misión volvía a estar en el aire.

Estaba enfadada con Mark.

—¡No me ha hecho maldita la gracia! —le gritó—. Creía que ibas a solucionarme el problema, pero sólo querías gastarme una broma.

—No es ninguna broma —replicó Mark indignado—. Si necesitas a una mujer, ahí tienes a Greta.

—No me sirve —dijo Flick.

Era una idea ridícula.

¿Lo era? Después de todo, ella había picado. ¿Por qué no iba a funcionar con la Gestapo? Si la detenían y la desnudaban, descubrirían la verdad; pero si la cosa llegaba a ese extremo, sería porque la operación entera había fracasado.

Pensó en sus jefes del Ejecutivo, y en Simon Fortescue, del M16.

—Los de arriba nunca lo autorizarían.

—Pues no se lo digas =le sugirió Mark.

—¿Que no se lo diga? —exclamó Flick, asombrada primero e intrigada por la ocurrencia de su hermano un instante después.

Si Greta tenía que engañar a la Gestapo, también debía ser capaz de darle el pego a todo el Ejecutivo.

—¿Por qué no? —insistió Mark.

—¿Por qué no? —repitió Flick.

—Mark, cariño —terció Gerhard—, ¿de qué va todo esto?

Su acento alemán era aún más acusado que cuando cantaba.

—La verdad es que no lo sé —confesó Mark—. Mi hermana está metida en un asunto confidencial.

—Se lo explicaré —dijo Flick—. Pero antes, hábleme de usted. ¿Cómo llegó a Londres?

—Ay, cariño, ¿y por dónde empiezo? —Gerhard encendió un cigarrillo—. Soy de Hamburgo. Hace doce años, cuando tenía dieciséis y estaba estudiando para técnico en telefonía, era una ciudad maravillosa, con bares y clubes nocturnos llenos de marineros de permiso. Disfruté como una loca. Y a los dieciocho, conocí al amor de mi vida. Se llamaba Manfred. —Se le arrasaron los ojos, y Mark le cogió la mano. Gerhard se sonó la nariz de forma muy poco femenina y prosiguió—: Siempre me ha encantado la ropa de mujer, la lencería con encajes, los tacones altos, los sombreros, los bolsos... ¡Y el frufrú de las faldas amplias...! Pero en aquella época me arreglaba tan mal... Por no saber, no sabía ni pintarme los ojos como Dios manda. Manfred me lo enseñó todo. Y, no vaya a creerse, él no era travestí. — Gerhard esbozó una sonrisa nostálgica—. De hecho, era extremadamente masculino. Trabajaba en los muelles, como estibador. Pero le gustaba que me vistiera de mujer y me enseñó a hacerlo con gracia.

—¿Por qué se marchó?

—Se llevaron a mi Manfred. Los cabrones de los nazis, cariño. Llevábamos cinco años juntos, pero una noche se presentaron en casa y nunca volví a verlo. Probablemente ha muerto, porque no creo que soportara la cárcel, pero no lo sé

seguro. —El rímel empezó a corrésele, y las lágrimas trazaron negros churretes en la base de maquillaje—. Podría seguir vivo en uno de esos horribles campos, ¿sabe? —Su congoja era contagiosa, y Flick tuvo que hacer un esfuerzo para aguantarse las lágrimas. ¿Qué nos daba a los humanos, para perseguirnos unos a otros tan despiadadamente?, se preguntó. ¿Qué sacaban los nazis atormentando a excéntricos inofensivos como Gerhard?—. Así que me vine a Londres —siguió diciendo Gerhard—. Mi padre era inglés, un marinero de Liverpool que desembarcó en Hamburgo, se enamoró de una chica alemana preciosa y se casó con ella. Murió cuando yo tenía dos años, de modo que ni siquiera lo recuerdo; pero me dio su apellido, que es O'Reilly, y gracias a él siempre he tenido doble nacionalidad. Aun así, tuve que gastarme todos mis ahorros para conseguir el pasaporte, en 1939. Visto lo visto, escapé por los pelos. Gracias a Dios, los técnicos en telefonía encontramos trabajo en cualquier parte. Y aquí me tiene, la estrella de Londres, la diva del Soho.

—Es una historia muy triste —murmuró Flick—. Lo siento mucho.

—Gracias, cariño. Pero, en los tiempos que corren, lo que sobran son historias tristes, ¿no le parece? Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted?

—Necesito una mujer que sea técnica en telefonía. —¿Para qué diablos?

—No puedo contarle mucho. Como ha dicho Mark, es un asunto confidencial. Lo que sí puedo decirle es que el trabajo entraña grandes riesgos. Incluido el de perder la vida.

—Jesús, qué horror! Supongo que comprende que no soy muy buena haciendo trabajos de machote. Me declararon inútil para servir en el ejército por motivos psicológicos, y tenían más razón que un santo. La mitad de los guripas me habrían zurrado a la menor oportunidad y la otra mitad no me habrían dejado pegar ojo por las noches.

—Tengo a todas las chicas duras que necesito. Lo que me falta es alguien con sus conocimientos.

—¿Tiene algo que ver con hacerles la puñeta a esos jodidos nazis?

—Desde luego. Si tenemos éxito, le haremos algo más que la puñeta al régimen de Hitler.

—Entonces, cariño, ¡soy tu chica!

Flick sonrió. «Dios mío —se dijo—. Lo he conseguido.»

Cuarto día: miércoles, 31 de mayo de 1944

En plena noche, las carreteras del sur de Inglaterra estaban abarrotadas. Largos convoyes de camiones del ejército serpenteaban por las cintas de asfalto y hacían retumbar las casas de los pueblos en dirección a la costa. Desconcertados, los vecinos se asomaban a las ventanas de sus dormitorios y contemplaban boquiabiertos el interminable río de vehículos que les impedía dormir.

—Dios mío —murmuró Greta—. Es verdad que va a haber una invasión.

Habían salido de Londres poco después de medianoche en un coche prestado, un enorme Lincoln Continental blanco que a Flick le encantaba conducir. Greta llevaba uno de sus conjuntos más discretos, un sencillo vestido negro y una peluca morena. No volvería a ser Gerhard hasta que acabara la misión.

Flick esperaba que Greta fuera tan experta como aseguraba Mark. Trabajaba como técnica en Correos y Telégrafos, y era de suponer que conocía su oficio. Pero Flick no había tenido la oportunidad de ponerla a prueba. En esos momentos, mientras se arrastraban tras un transporte de tanques, Flick le habló de la misión, rezando para que la conversación no sacara a la luz ninguna laguna en los conocimientos de Greta.

—El palacio dispone de una central automática nueva, instalada por los alemanes para mejorar las comunicaciones por teléfono y teletipo entre Berlín y las fuerzas de ocupación.

Al principio, Greta se mostró escéptica respecto al plan.

—Pero, cariño, contando con que tengamos éxito, ¿qué impide a los alemanes desviar las llamadas hacia la red general?

—El volumen de tráfico. El sistema está sobrecargado. El centro de mando del ejército, conocido como «Zeppelin», que se encuentra a las afueras de Berlín, recibe o envía ciento veinte mil llamadas de larga distancia y veinte mil télex diariamente. Y serán muchos más cuando invadamos Francia. Pero la mayor parte del sistema francés consiste en centrales manuales. Ahora imagina que la principal central automática queda fuera de servicio y hay que hacer todas esas llamadas como antes, a través de operadoras, empleando diez veces más tiempo. El noventa por ciento de ellas no llegaría a establecerse nunca.

—Los militares podrían prohibir las llamadas civiles.

—Eso no arreglaría nada. Las llamadas civiles representan una fracción muy pequeña del tráfico total.

—De acuerdo. —Greta se quedó pensativa—. Bueno, podríamos destruir los paneles del equipo común.

—¿Para qué sirven?

—Proporcionan los voltajes de los tonos y los timbres, tanto para las llamadas manuales como para las automáticas. Y los transformadores de registro, que convierten los códigos de área en instrucciones para la elección de rutas.

—Y con eso, ¿inutilizaríamos toda la central?

—No. Además, estarían en condiciones de reparar los daños. Tendríamos que destruir la central manual, la central automática, los amplificadores de larga distancia, la central de télex y los amplificadores de télex, que probablemente están en sitios diferentes.

—Recuerda que no dispondremos de muchos explosivos. Sólo podremos entrar con los que quepan en nuestros seis bolsos.

—Eso es un auténtico problema.

Michel había examinado la cuestión con Arnaud, un miembro del circuito Bollinger que trabajaba en el PTT francés —Postes, Télégraphes, Téléphones—; pero Flick ignoraba a qué conclusiones habían llegado, y Arnaud había muerto durante el ataque a la central.

—Tiene que haber algún dispositivo común a todos los sistemas.

—Sí, lo hay. El CPD.

—¿Qué es?

—El cuadro principal de distribución. Dos juegos de terminales instaladas en largos soportes. Todos los cables que llegan del exterior confluyen en un extremo del cuadro, y todos los que parten de la central telefónica salen del otro. Están conectados entre sí por cables de empalme.

—¿Dónde podrían estar?

—En alguna sala próxima a la cámara de cables. Sobre el papel, bastaría con aplicar una llama a los cables hasta fundir el cobre.

—¿Cuánto tardarían en volver a conectarlos? —Un par de días.

—¿Estás segura? No hace mucho, una bomba destrozó los cables de mi calle, y el técnico de Correos y Telégrafos los volvió a conectar en unas horas.

—Las reparaciones del tendido exterior son sencillas; basta con conectar los extremos cortados, rojo con rojo y azul con azul. Pero un cuadro principal de distribución tiene centenares de conexiones cruzadas. Dos días es una estimación optimista, y doy por supuesto que los técnicos disponen de las fichas guía.

—¿Fichas guía?

—Muestran cómo están conectados los cables. Normalmente, se guardan en un armario del cuarto del CPD. Si las hiciéramos desaparecer, se pasarían semanas haciendo pruebas hasta acertar con las conexiones.

Flick recordó haber oído decir a Michel que la Resistencia tenía a alguien del PTT dispuesto a destruir los duplicados de las fichas, que se custodiaban en los

cuarteles generales.

—Esto empieza a tener buena pinta. Ahora, préstame atención. Por la mañana, cuando les explique la misión a las demás, voy a contarles algo completamente diferente, una historia que servirá de tapadera.

—¿Por qué?

—Para que la misión no se vaya al garete si detienen e interrogan a alguna de nosotras.

—Ah. —Greta puso cara de susto—. Qué horror...

—Tú eres la única que sabe la verdad, así que mantén la boca cerrada por el momento.

—No te preocupes. Las locas estamos acostumbradas a guardar secretos.

A Flick le sorprendió aquel calificativo, pero no hizo ningún comentario.

El centro de desbaste estaba instalado en los terrenos de una de las mansiones más señoriales de Inglaterra. Beaulieu, pronunciado «Biuli», era una extensa propiedad situada en New Forest, cerca de la costa sur. Palace House, el edificio principal, era la residencia de lord Montagu.

Ocultas tras los bosques, se alzaban numerosas y espléndidas casas de campo rodeadas por sus propios terrenos. La mayoría estaban vacías desde el comienzo de la guerra. Los propietarios jóvenes habían pasado al servicio activo y los viejos solían disponer de medios para huir a lugares más seguros. El Ejecutivo había requisado doce de aquellas casas, que utilizaba como centros de adiestramiento en seguridad, manejo de radio, interpretación de mapas y otras habilidades más turbias, como el robo, el sabotaje, la falsificación y el asesinato.

Llegaron a la casa a las tres de la mañana. El coche recorrió un camino de tierra lleno de baches, cruzó una valla y se detuvo ante un enorme edificio. Llegar a aquel sitio era como entrar en un mundo de fantasía, donde se hablaba del engaño y la violencia con la mayor naturalidad. La casa producía un efecto de irrealidad de lo más apropiado. Aunque tenía unos veinte dormitorios, había sido construida a imitación de las casitas campesinas, afectación arquitectónica que había estado en boga en los años previos a la Primera Guerra Mundial. A la luz de la luna, con sus chimeneas y sus buhardillas, sus ventanas en saliente y sus tejados a cuatro aguas, parecía una ilustración de un libro infantil, un caserón destartado donde una podía jugar al escondite todo el santo día.

El silencio era absoluto. Las otras ya habían llegado, pero debían de estar durmiendo. Flick conocía la casa y encontró dos habitaciones libres en el ático. Se despidió de Greta y se acostó de inmediato. Estaba rendida, pero aguantó despierta unos minutos, preguntándose cómo iba a convertir a aquellos bichos raros en una unidad de combate. El sueño la venció enseguida.

A las seis ya estaba en pie. Desde su ventana se veía el estuario del Solent. A la

luz gris de la mañana, el agua parecía mercurio. Hirvió agua en un cacharro y se lo llevó a Greta, para que se afeitara. Luego, despertó a los otros.

Percy y Paul fueron los primeros en llegar a la enorme cocina de la parte posterior de la casa, Percy pidiendo té y Paul, café. Flick les respondió que se lo hicieran ellos. No había ingresado en el Ejecutivo para hacer de chacha.

—Yo te he preparado té muchas veces —protestó Percy.

—Lo haces con aire de nobleza obliga —replicó Flick—. Como un duque cediendo el paso a la doncella.

Paul se echó a reír —Hay que ver cómo son ustedes...

El cocinero del ejército llegó a las seis y media, y en un periquete se sentaron alrededor de la gran mesa, ante platos de huevos fritos y gruesas tiras de bacon. A los agentes no se les racionaba la comida: necesitaban hacer reservas. Una vez entraban en acción, solían pasar días sin comer caliente.

Las chicas fueron llegando de una en una. Maude Valentine, que entró la primera, provocó la admiración de Flick: Percy y Paul no le habían dicho que fuera tan atractiva. Iba de punta en blanco y se había pintado la boquita de piñón con carmín rojo brillante, como si la esperaran para desayunar en el Savoy. Fue derecha a sentarse junto a Paul y le lanzó una sonrisa seductora.

—¿Ha dormido bien, mayor? —le preguntó.

Flick respiró aliviada al ver el rostro de pirata de Ruby Romain. No le habría extrañado enterarse de que había huido durante la noche. Desde luego, podían volver a detenerla por el asesinato. No la habían indultado; tan sólo habían retirado los cargos. Siempre cabía la posibilidad de volver a presentarlos. Eso hubiera debido bastar para disuadirla; pero era tozuda como una mula, y podía decidir probar suerte.

A esa hora de la mañana, Jelly Knight aparentaba su edad. Se sentó junto a Percy y le sonrió con afecto.

—Habrás dormido como un tronco, ¿no? —le preguntó. —Tengo la conciencia tranquila.

Jelly se echó a reír.

—Pero, ¿tú tienes de eso?

El cocinero le sirvió un plato de huevos con bacon, pero ella puso cara de asco.

—Gracias, guapo, pero tengo que cuidar la línea.

Desayunó una taza de té y un cigarrillo tras otro.

Greta apareció en el umbral, y Flick contuvo el aliento.

Llevaba un bonito vestido de algodón con pequeños pechos falsos. Una chaqueta rosa disimulaba la anchura de sus hombros y un pañuelo de seda, su garganta masculina. Llevaba la peluca morena y corta. Se había empolvado a fondo, pero apenas había usado rímel ni pintalabios. En contraste con su excesivo personaje cuando estaba en escena, ahora interpretaba a una joven más bien modosa y un tanto

acomplejada por su altura. Flick la presentó a las demás y observó sus reacciones. Era la primera prueba del personaje de Greta.

Todos sonrieron a la nueva, sin mostrar el menor signo de encontrarla rara. Flick respiró aliviada.

Tras conocer a Maude, sólo le faltaba lady Denise Bouverie. A Percy, que la había reclutado en Hendon, le parecía indiscreta. Resultó ser una chica de lo más normal, de abundante pelo negro y aire inseguro. Aunque era hija de marqués, carecía del aplomo característico de las chicas de la clase alta. Era demasiado anodina para resultar simpática.

«Éste es mi equipo —se dijo Flick—: una coqueta, una asesina, una ladrona, un travestí y una niña boba y bien.» Faltaba alguien, comprendió Flick: la otra aristócrata. Diana no había aparecido. Y ya eran las siete y media.

—¿Le dijiste a Diana que nos levantamos a las seis? —le preguntó a Percy.

—Se lo dije a todas.

—Y yo he aporreado su puerta a las seis y cuarto —dijo Flick poniéndose en pie—. Más vale que vaya a buscarla. Habitación diez, ¿verdad?

Subió las escaleras y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, la abrió y entró. La habitación estaba patas arriba: la maleta, abierta sobre la cama deshecha; los almohadones, tirados por el suelo; unas bragas, olvidadas sobre el tocador... Pero aquello no tenía nada de anormal. Diana estaba acostumbrada a que la gente fuera tras ella recogiendo todo. La madre de Flick había sido una de esas personas. Simplemente, Diana había decidido dar una vuelta. Tendría que aprender que su tiempo había dejado de pertenecerle, pensó Flick con irritación.

—Ha desaparecido —informó a los demás al regresar a la cocina—. Empezaremos sin ella. —Se quedó de pie en la cabecera de la mesa—. Tenemos por delante dos días de adiestramiento. Luego, el viernes por la noche, nos lanzaremos en paracaídas sobre Francia. El equipo es exclusivamente femenino porque las mujeres pueden desplazarse por la Francia ocupada con más facilidad. No resultan tan sospechosas como los hombres para la Gestapo. Nuestra misión es volar un túnel de la línea férrea que une Frankfurt y París, cerca de un pueblo llamado Marles, en las proximidades de Reims. —Flick miró a Greta, que conocía el auténtico objetivo. La falsa morena siguió untando una tostada con mantequilla sin despegar los labios ni levantar la vista—. En circunstancias normales, el curso de adiestramiento duraría tres meses —siguió diciendo Flick—. Pero ese túnel tiene que estar destruido el lunes por la noche. En los próximos dos días, esperamos proporcionaros las reglas básicas de seguridad, enseñaros a saltar en paracaídas, a utilizar determinadas armas y a matar sin hacer ruido.

Maude se puso pálida a pesar del maquillaje.

—¿A matar? —exclamó—. ¿No esperarás que unas chicas hagamos algo así?

Jelly soltó un bufido de indignación.

—Por si no lo sabes, hay una puta guerra en marcha.

En ese momento, se abrió la puerta del jardín y apareció Diana con los pantalones de pana manchados de verdín.

—He estado de excursión en el bosque —dijo entusiasmada—. Maravilloso. Y mirad lo que me ha dado el hombre que cuida el invernadero.

Diana se sacó un puñado de tomates maduros de los bolsillos y los hizo rodar sobre la mesa.

—Siéntate, Diana —dijo Flick—. Llegas tarde a la primera sesión.

—Lo siento, querida. ¿Me he perdido tu deliciosa charla?

—Ahora estás en el ejército —replicó Flick exasperada—. Cuando te dicen que estés en la cocina a las siete, no es una sugerencia.

—¿No irás a ponerte en plan de gobernanta conmigo, eh, cariño?

—Siéntate y cállate.

—Vas a acabar asustándome, querida.

—Diana —dijo Flick alzando la voz—, cuando te ordene que te sientes y calles, límitate a hacerlo sin replicar. Y no vuelvas a llamarme «querida» bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido?

Diana se sentó y guardó silencio, pero le lanzó una mirada desafiante. «Ay, Dios —se dijo Flick—, me parece que he metido la pata.»

La puerta se abrió de golpe, y un hombre bajo y musculoso de unos cuarenta años entró en la cocina. Su camisa de uniforme ostentaba galones de sargento.

—¡Buenos días, chicas! —exclamó con jovialidad.

—Os presento al sargento Bill Griffiths —dijo Flick—, uno de vuestros instructores. —No simpatizaba con aquel individuo, instructor de adiestramiento físico del ejército, demasiado aficionado a la lucha cuerpo a cuerpo. Flick había advertido que apenas se disculpaba cuando lesionaba a alguien, y que aún se empleaba más a fondo con las mujeres—. Ya hemos acabado con la charla, sargento. Puede empezar cuando guste —añadió Flick haciéndose a un lado y apoyando la espalda en la pared.

—Sus deseos son órdenes, mayor Clairet —dijo el sargento en tono levemente burlón—. Aterrizar en paracaídas —explicó Griffiths ocupando el puesto de Flick a la cabecera de la mesa— es como saltar de un muro de cinco metros de altura. El techo de esta cocina es un poco más bajo, de modo que es como saltar al jardín desde el primer piso.

—Ay, madre —oyó Flick murmurar a Jelly.

—Al llegar al suelo, no hay que intentar quedarse de pie —siguió diciendo Griffiths—. Si intentan aterrizar en posición erguida, se romperán las piernas. Lo más seguro es dejarse caer. De modo que lo primero que vamos a aprender es cómo caer.

Si no quieren mancharse la ropa, por favor, vayan al vestuario, que está ahí mismo, y pónganse un mono. Las espero fuera dentro de tres minutos.

Mientras las mujeres se cambiaban, Paul se despidió de Flick.

—Necesitamos un avión para las prácticas de mañana, y sé que van a decirme que no hay ninguno disponible. Voy a Londres a pegar unas cuantas voces. Volveré esta noche.

Flick se dijo que probablemente también iba a ver a la chica.

En el jardín había una vieja mesa de pino, un horrible armario victoriano de caoba y una escalera de mano de cinco metros. Jelly estaba aterrada.

—¿No pretenderás que saltemos de lo alto de ese jodido armario, verdad? —le preguntó a Flick.

—Sólo cuando os hayamos enseñado a hacerlo —respondió Flick—. Te sorprenderá lo fácil que es.

Jelly se volvió hacia Percy.

—Maldito gusano... —murmuró—. ¡En menudo fregado me has metido!

Cuando todas estuvieron listas, el sargento Griffiths las reunió a su alrededor.

—Primero vamos a aprender a saltar desde una altura cero. Hay tres modos: hacia delante, hacia atrás y hacia un lado. — Griffiths hizo una demostración de los tres métodos dejándose caer sin esfuerzo y levantándose de un salto con agilidad de gimnasta—. Mantengan las piernas juntas —dijo y, lanzándoles una mirada maliciosa, añadió—: Como deberían hacer todas las jovencitas. —Nadie le rió la gracia—. No intenten amortiguar la caída con los brazos; manténganlos pegados al cuerpo. No tengan miedo de hacerse daño. Si se rompen un brazo, les dolerá muchísimo más.

Como era de esperar, las jóvenes no tuvieron problemas. Diana, Maude, Ruby y Denise aprendieron a caer como atletas a los pocos intentos. Ruby, que lo había conseguido a la primera, perdió la paciencia con el ejercicio y se subió a lo alto de la escalera.

—¡Todavía no! —le gritó Griffiths, pero era demasiado tarde.

Ruby se arrojó al suelo desde lo alto de la escalera y cayó perfectamente. A continuación, se alejó del grupo, se sentó al pie de un árbol y encendió un cigarrillo.

«Con ésta tendré problemas», se dijo Flick.

Pero quien más la preocupaba era Jelly. Era un miembro clave del equipo, la única experta en explosivos. Pero había perdido la elasticidad de la juventud hacía años. Aprender la técnica del salto en paracaídas se le iba a hacer cuesta arriba. No obstante, era animosa. La primera vez, cayó como un saco y se levantó maldiciendo, pero lista para intentarlo de nuevo.

Para sorpresa de Flick, la peor alumna era Greta.

—No puedo hacerlo —le dijo a Flick—. Ya te dije que no valía para estas cosas.

Era la primera vez que Greta pronunciaba más de dos palabras seguidas, y Jelly la

miró frunciendo el ceño y murmuró: —Qué acento más curioso...

—Déjeme ayudarla —le dijo Griffiths a Greta—. Quédese quieta. Relaje el cuerpo. —La cogió por los hombros. De pronto, con un brusco empujón, la arrojó al suelo. Greta cayó de bruces y soltó un quejido. Se levantó con dificultad y, para consternación de Flick, se echó a llorar—. Por amor de Dios —rezongó Griffiths—. Con inútiles así, no hay nada que hacer.

Flick lo fulminó con la mirada. No estaba dispuesta a perder a su técnica en telefonía por culpa de aquel bestia.

—Tómeselo con calma —le dijo.

Griffiths no estaba dispuesto a bajarse del burro.

—¡Yo no soy nada comparado con la Gestapo!

Flick decidió reparar el daño personalmente y cogió a Greta de la mano.

—Haremos un poco de práctica juntas.

Doblaron la esquina de la casa y se detuvieron en otra zona del jardín.

—Lo siento —dijo Greta—. Odio a ese enano.

—Te comprendo. Ahora, vamos a hacerlo juntas. Ponte de rodillas.

—Se arrodillaron una frente a la otra y se cogieron las manos—. Tú límitate a hacer lo mismo que yo. —Flick se inclinó lentamente hacia un lado. Greta la imitó y se dejó caer al suelo con ella, que seguía agarrándole las manos—. Ya está —dijo Flick—. ¿A que no era tan difícil?

Greta sonrió.

—¿Qué le costaba hacer lo mismo a ese animal? Flick se encogió de hombros.

—¡Hombres! —exclamó sonriendo—. Y ahora, ¿crees que podrás dejarte caer estando de pie? Lo haremos igual, cogiéndonos de las manos.

Greta hizo con Flick los mismos ejercicios que las otras con el sargento. Al poco rato, cuando cogió confianza, fueron a reunirse con el grupo. Estaban saltando desde encima de la mesa. Cuando llegó su turno, Greta aterrizó impecablemente, y sus compañeras la premiaron con un aplauso.

A continuación, aprendieron a saltar desde el armario y, minutos después, desde lo alto de la escalera. Cuando Jelly se lanzó al vacío, rodó por el suelo perfectamente y se levantó como si tal cosa, Flick le dio un abrazo.

—Estoy orgullosa de ti —le aseguró—. ¡Bien hecho! Griffiths, mohíno, se volvió hacia Percy.

—¿Qué coño va a ser del ejército si hay que abrazar a la gente porque han cumplido las jodidas órdenes?

—Más vale que te acostumbres, Bill —le respondió Percy.

Una vez en la casa de la calle du Bois, Dieter subió la maleta de Stéphanie al dormitorio de mademoiselle Lemas. Se detuvo en la puerta y echó un vistazo a la impecable cama individual, a la anticuada cómoda de nogal y al reclinatorio, de cuyo

brazo colgaba un rosario.

—No te va a ser fácil pasar por la dueña de esta casa — murmuró Dieter dejando la maleta sobre la cama.

—Diré que la he heredado de una tía soltera, y que no he tenido tiempo de arreglarla a mi gusto —respondió Stéphanie.

—Bien pensado. Aun así, más vale que lo desordenes todo un poco.

Stéphanie abrió la maleta, sacó un camisón transparente de color negro y lo dejó al desgaire sobre el reclinatorio.

—Eso lo cambia todo —dijo Dieter—. ¿Qué harás si suena el teléfono?

Stéphanie se quedó pensativa. Cuando habló, su voz era más baja, y un tonillo provinciano y distinguido había sustituido a su refinado acento parisino:

—¿Diga? Sí, aquí mademoiselle Lemas... ¿Con quién hablo, por favor?

—Muy bien —aprobó Dieter.

La comedia tal vez no engañara a un pariente o a un amigo íntimo, pero funcionaría con un desconocido, ayudada por la distorsión de la línea telefónica.

A continuación, echaron un vistazo a las habitaciones. Había otros cuatro dormitorios, listos para sendos invitados, con las camas hechas y una toalla limpia en el toallero. En la cocina, en lugar de un puñado de sartenes y una cafetera individual, encontraron cacerolas grandes y un saco de arroz que habría bastado para alimentar a mademoiselle Lemas durante todo un año. En la bodega, había vin ordinaire barato, pero también media caja de buen whisky escocés. El garaje del costado de la casa contenía un Simca Cinq de antes de la guerra, versión italiana del Fiat «Topolino», como lo llamaban en Italia. Estaba en buen estado y tenía el depósito lleno. Dieter accionó la palanca de contacto, y el motor se puso en marcha de inmediato. Era poco probable que las autoridades hubieran permitido a mademoiselle Lemas comprar gasolina y piezas de recambio para que pudiera hacer la compra en coche. Sin duda, se los proporcionaba la Resistencia. Dieter se preguntó cómo se las habría apañado para utilizar el vehículo sin que la detuvieran. Tal vez se hacía pasar por comadrona.

—La vieja estaba bien organizada —murmuró Dieter.

Stéphanie se puso a preparar la comida. Las tiendas no tenían ni carne ni pescado, pero habían comprado champiñones, una lechuga y una barra de pain noir, pan hecho con harina de baja calidad y salvado, lo único que podían conseguir los panaderos en aquellos tiempos. Stéphanie preparó una ensalada y arroz con champiñones, y Dieter echó un vistazo en la despensa y encontró queso, que tomaron de postre. Con la mesa del comedor cubierta de migas y el fregadero de la cocina lleno de cacharros sucios, la casa empezaba a parecer habitada.

—La guerra ha debido de ser la mejor época de su vida —dijo Dieter mientras tomaban café.

—¿Cómo puedes decir algo así? Van a enviarla a un campo de prisioneros.

—Piensa en la vida que llevaba antes. Una mujer sola, sin marido, sin familia desde que murió su padre ... Y, de pronto, entran en su vida todos esos jóvenes, chicos y chicas valientes en misiones de alto riesgo. Seguramente le cuentan sus amores y sus miedos. Los esconde en su casa, les da whisky y cigarrillos, y luego les desea suerte y los pone en camino. Probablemente han sido los años más emocionantes de su vida. Te apuesto lo que quieras a que nunca ha sido tan feliz.

—Puede que hubiera preferido una vida tranquila, comprar sombreros con una amiga, poner flores en la catedral, ir a París una vez al año para asistir a un concierto...

—En el fondo, nadie prefiere una vida tranquila. —Dieter se volvió hacia la ventana del comedor—. ¡Maldita sea! —Una joven subía por el sendero empujando una bicicleta con un cesto delante del manillar—. ¿Quién coño es ésa?

—¿Qué hago? —preguntó Stéphanie con los ojos clavados en la chica.

Dieter no respondió de inmediato. La desconocida era una joven poco atractiva y de aspecto saludable, con los pantalones manchados de barro y anchos cercos de sudor en los encuentros de la basta camisa. En lugar de acercarse a la puerta, empujó la bicicleta hasta el patio lateral. Dieter estaba consternado. ¿Tan pronto iba a malograrse su farsa?

—Va hacia la puerta de atrás. Debe de ser una amiga o una pariente. Tendrás que improvisar. Ve a su encuentro, yo escucharé desde aquí.

Oyeron la puerta de la cocina, que se abrió y volvió a cerrarse.

—¡Buenos días, soy yo! —exclamó la chica en francés.

Stéphanie entró en la cocina. Dieter se acercó a la puerta y se arrimó a la pared. Lo oía todo con claridad.

—¿Quién es usted? —preguntó la chica sorprendida. —Stéphanie, la sobrina de mademoiselle Lemas.

La desconocida no se esforzó en disimular su recelo. —No sabía que tuviera una sobrina.

—A mí tampoco me ha hablado de usted. —Dieter percibió la nota de amistosa ironía en la voz de Stéphanie, y comprendió que interpretaba su papel con naturalidad—. ¿Quiere sentarse? ¿Qué lleva en la cesta?

—Provisiones. Me llamo Marie. Vivo en el campo. Puedo conseguir comida extra y le traigo parte a... a mademoiselle.

—Ah —dijo Stéphanie—. Para sus... invitados. —Se oyó ruido de papeles, y Dieter supuso que la chica estaba desarrollando los alimentos de la cesta—. ¡Qué maravilla! Huevos... tocino... fresas...

Eso explicaba que mademoiselle Lemas estuviera más bien rolliza, se dijo Dieter.

—Así que lo sabe... —dijo la chica.

—Estoy al tanto de la vida secreta de mi tía, sí.

Al oír la decir «mi tía», Dieter cayó en la cuenta de que ignoraban el nombre de pila de mademoiselle Lemas. La comedia se iría al traste en cuanto Marie descubriera que Stéphanie no sabía ni el nombre de «su tía».

—¿Dónde está?

—Ha ido a Aix. ¿Se acuerda usted de Charles Menton, antiguo deán de la catedral?

—No, la verdad.

—Claro, es usted demasiado joven. Era el mejor amigo del padre de mi tía. Cuando se retiró, se fue a vivir a Provenza. — Stéphanie estaba improvisando con brillantez, se dijo Dieter admirado. Tenía tanta sangre fría como imaginación—. Le ha dado un ataque al corazón, y mi tía ha ido a cuidarlo. Me ha pedido que cuide de sus invitados mientras está fuera.

—¿Cuándo volverá?

—Por desgracia, el señor Menton no vivirá mucho. Por otra parte, la guerra podría estar a punto de acabar.

—Mademoiselle Lemas no le había contado a nadie lo del señor Menton...

—Me lo había contado a mí.

Parecía que Stéphanie iba a salirse con la suya, se dijo Dieter. Si aguantaba un poco más, Marie acabaría yéndose convencida. Puede que hablara con alguien de lo ocurrido, pero la historia de Stéphanie era creíble y concordaba con la naturaleza misma de la Resistencia, tan diferente a un ejército disciplinado: alguien como mademoiselle Lemas podía decidir dejar su puesto a un sustituto por su cuenta y riesgo. Los jefes de la Resistencia montaban en cólera, pero no podían hacer nada: todos sus efectivos eran voluntarios.

Dieter empezaba a tranquilizarse.

—¿De dónde es usted? —oyó preguntar a Marie. —Vivo en París.

—Tiene su tía Valérie más sobrinas escondidas por ahí? —Creo que no... Ninguna, que yo sepa.

—Es usted una mentirosa.

El tono de Marie había cambiado radicalmente. La farsa no había funcionado. Dieter suspiró, se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó la automática.

—Pero, ¿puede saberse de qué está hablando?

—Está mintiendo. Ni siquiera sabe su nombre. Se llama Jeanne, no Valérie.

Dieter le quitó el seguro al arma y puso la palanca de la izquierda de la corredera en la posición de disparo.

—Siempre la llamo «tía» —replicó Stéphanie con aplomo—. Es usted una maleducada.

—Lo sabía desde el principio —dijo Marie en tono despectivo—. Jeanne no confiaría en alguien como usted en la vida. Con esos tacones y esa peste a perfume...

Dieter entró en la cocina.

—Qué lástima, Marie —dijo—. Si fuera más confiada, o menos lista, habría podido marcharse sin problemas. Ahora, en cambio, está arrestada.

Marie se volvió hacia Stéphanie.

—¡Putas de la Gestapo! —le espetó.

Stéphanie acusó el insulto y enrojeció.

Dieter sintió tal furia que estuvo a punto de abofetear a Marie con la pistola.

—Lamentaré ese comentario cuando esté en manos de la Gestapo —le dijo fríamente—. Hay un individuo llamado sargento Becker que se muere de ganas por hacerle unas preguntas. Cuando esté chillando, sangrando y suplicando piedad, acuérdesse de ese insulto lanzado a la ligera.

Marie parecía a punto de huir. Dieter casi deseó que lo hiciera. Así podría dispararle y resolver el problema. Pero la chica no se movió. Al cabo de unos instantes, dejó caer los hombros y se echó a llorar.

Sus lágrimas no lo conmovieron.

—Túmbese boca abajo en el suelo y ponga las manos a la espalda. —La chica obedeció, y Dieter se guardó el arma—. Creo haber visto un rollo de cuerda en la bodega —le dijo a Stéphanie.

—Voy a buscarlo.

Stéphanie volvió trayendo un trozo de cuerda para tender la ropa. Dieter le ató las muñecas y los tobillos a Marie.

—Tengo que llevarla a Sainte-Cécile. No podemos arriesgarnos a que llegue un agente británico hoy mismo y ella siga estando aquí. —Consultó su reloj. Eran las dos de la tarde. Llevaría a la detenida al palacio y estaría de vuelta a las tres—.Tendrás que ir sola a la cripta —dijo volviéndose hacia Stéphanie—. Coge el Simca del garaje. Estaré en la catedral, aunque puede que no me veas —añadió, y la besó. Como un marido antes de marcharse al trabajo, se dijo Dieter con sombrío humor. Levantó a Marie y se la echó al hombro—. Tengo que darme prisa —dijo, y fue hacia la puerta de atrás. Salió, pero volvió atrás de inmediato—. Esconde la bicicleta.

—No te preocupes —respondió Stéphanie.

Cruzó el patio cargado con la chica y salió a la calle. Abrió el maletero del Hispano-Suiza y la metió dentro. Si se hubiera ahorrado su desagradable comentario, habría viajado tumbada en el asiento posterior.

Cerró el maletero de golpe y miró a su alrededor. No vio a nadie, pero en calles como aquella siempre había mirones espiando por las rendijas de las persianas. Los habrían visto llevarse a mademoiselle Lemas el día anterior, y se acordarían del cochazo azul celeste. En cuanto se alejara en él, empezarían a largar sobre aquel individuo que había encerrado a una chica atada de pies y manos en el maletero de su coche. En tiempos normales, habrían llamado a la policía; pero, en la Francia

ocupada, nadie acudía a las fuerzas del orden a menos que no tuviera más remedio, sobre todo cuando el asunto tenía que ver con la Gestapo.

Para Dieter, la pregunta clave era ésta: ¿se enteraría la Resistencia de la detención de mademoiselle Lemas? Reims era una ciudad, no un pueblo. Detenían a gente todos los días: ladrones, asesinos, estraperlistas, comunistas, judíos... Era muy probable que lo ocurrido en la calle du Bois en aquellos dos días no llegara a oídos de Michel Clairet.

Pero no imposible.

Dieter entró en el coche y se dirigió hacia Sainte-Cécile.

Para alivio de Flick, el equipo había completado la primera sesión de adiestramiento razonablemente bien. Todas habían aprendido la técnica de caída, que era la parte más difícil del salto en paracaídas. La clase de interpretación de mapas no había ido tan bien. Ruby nunca había asistido a la escuela y apenas sabía leer: para ella, un mapa era como una página escrita en chino. Maude se hacía un lío con direcciones como nornoreste y empezaba a agitar las pestañas postizas mirando al instructor. A pesar de su esmerada educación, Denise parecía completamente incapaz de comprender el sistema de coordenadas. Si, una vez en Francia, se veían obligadas a dispersarse, se dijo Flick con preocupación, parecía poco probable que consiguieran orientarse por sus propios medios.

Por la tarde, pasaron a las materias duras. El capitán Jim Cardwell, instructor de armamento, tenía un carácter diametralmente opuesto a Bill Griffiths. Era un individuo bonachón de rostro anguloso y espeso bigote negro que sonrió de oreja a oreja cuando las chicas comprobaron lo difícil que era acertarle a un árbol a seis pasos de distancia con un Colt 45 automático.

Ruby empuñaba la pistola con naturalidad y la disparaba con puntería: Flick sospechó que había usado armas cortas con anterioridad. La gitana aún se sintió más a gusto cuando el capitán la rodeó con sus brazos para enseñarle a sujetar un rifle Lee Enfield canadiense. Jim le murmuró algo al oído, y Ruby ladeó la cabeza y le sonrió con un destello de malicia en sus ojos negros. Llevaba tres meses encerrada en una prisión de mujeres, recordó Flick. No podía culparla por disfrutar del contacto con un hombre.

Jelly también manejaba las armas con relajada familiaridad. Pero la estrella de la sesión fue Diana. Se echó el rifle al rostro y alcanzó el centro de la diana con las cinco balas de ambos cargadores, que disparó en segura y letal sucesión.

—¡Muy bien! —exclamó Jim sorprendido—. Me va a quitar el puesto. Diana lanzó una mirada triunfante a Flick.

—Ésta es una de las cosas en las que no eres la mejor —le soltó.

«¿A qué demonios ha venido eso?», se preguntó Flick. ¿Seguía acordándose

Diana de la época del colegio, en que Flick sacaba mucho mejores notas? ¿Intentaba resucitar aquella rivalidad infantil?

La nota discordante la dio Greta. Una vez más, resultó ser más femenina que las mujeres de verdad. Se tapaba las orejas y daba saltitos nerviosos a cada detonación, y cerraba los ojos aterrada antes de apretar el gatillo. Jini, todo paciencia, le dio tapones para los oídos y le cogió la mano para enseñarle a apretar el gatillo con suavidad; pero no sirvió de nada: era demasiado asustadiza para acertarle al blanco.

—¡Yo no estoy hecha para estas cosas! —exclamó con desesperación.

—Entonces, ¿qué coño haces aquí? —le replicó Jelly. Flick intervino de inmediato.

—Greta es nuestra técnica. Ella te dirá dónde tienes que colocar las cargas.

—¿Para qué necesitamos una técnica alemana?

—Soy inglesa —respondió Greta—. Mi padre era de Liverpool. Jelly soltó un bufido escéptico.

—Si ese acento es de Liverpool, yo soy la duquesa de Devonshire.

—Guarda la agresividad para la próxima clase —le dijo Flick—. Dentro de un momento podrás luchar cuerpo a cuerpo.

Aquellos rifirrafes empezaban a preocuparla. Necesitaba que cada cual confiara en todas sus compañeras.

Volvieron al jardín de la casa, donde las esperaba Bill Griffiths. Se había puesto pantalones cortos y zapatillas de tenis, y estaba haciendo flexiones sobre la hierba, desnudo de cintura para arriba. Cuando se puso en pie, Flick tuvo la sensación de que quería que admiraran su físico.

A Griffiths le encantaba enseñar defensa personal dando un arma al alumno y diciéndole: «Atáqueme». Así podía demostrar que era posible repeler a cualquier atacante sólo con las manos. Era un método espectacular. A veces, Griffiths era innecesariamente violento, pero Flick se decía que a los agentes les convenía habituarse.

Ese día había extendido una selección de armas sobre la vieja mesa de pino: un cuchillo de aspecto impresionante que, según él, formaba parte del equipo de las SS; una Walther P38 automática como las que Flick había visto usar a los oficiales alemanes; una porra de la policía francesa; un trozo de cable eléctrico negro y amarillo, al que llamó «garrote», y una botella de cerveza con el culo astillado.

Griffiths volvió a ponerse la camisa y se dirigió al grupo:

—Cómo escapar de alguien que te está apuntando con una pistola. —Empuñó la Walther, le quitó el seguro y se la tendió a Maude. Ella le apuntó con el arma—. Tarde o temprano, su captor querrá que vayan a algún sitio. —Dio la espalda a la chica y levantó las manos—. Lo más probable es que las siga de cerca clavándoles el cañón entre los riñones. —Empezó a andar en un amplio círculo con Maude pisándole los talones—. Ahora, Maude, quiero que apriete el gatillo en cuanto crea que pretendo

escapar. —Griffiths avivó el paso poco a poco y Maude se vio obligada a imitarlo para mantener la pistola pegada a su espalda; de pronto, el sargento se inclinó a un lado y hacia atrás. Le atrapó la muñeca derecha con el brazo y le propinó un golpe seco en la mano. La chica soltó un grito y dejó caer el arma—. En este momento, conviene no cometer un error fatal — dijo Griffiths mientras Maude se frotaba la muñeca—. No echen a correr. Si lo hacen, Hans no tendrá más que recoger la pistola del suelo y pegarles un tiro en la espalda. Lo que tienen que hacer es... —Se agachó, cogió la Luger, apuntó con ella a Maude y apretó el gatillo. Se oyó— un disparo. Maude soltó un grito, lo mismo que Greta—. Por supuesto, son balas de fogeo.

A veces, Flick habría preferido que Griffiths no fuera tan teatral en sus demostraciones.

—Practicaré todas estas técnicas con ustedes durante unos minutos —siguió diciendo el sargento. Cogió el cable eléctrico y se volvió hacia Greta—. Rodéeme el cuello con él. Cuando se lo diga, apriete tan fuerte como pueda. —Se lo tendió—. El tío de la Gestapo, o el traidor colaboracionista de la policía francesa, podría matarlas con el cable, pero no sostener su peso con él. Muy bien, Greta, estrangúleme. —Greta vaciló un instante; luego, tiró de los extremos del cable, que se hundió en el musculoso cuello de Griffiths. El sargento alzó ambos pies, se dejó caer y aterrizó de espaldas en el suelo con el cable alrededor del cuello. Greta se miró las manos—. Desgraciadamente —dijo Griffiths—, ahora están tumbadas en el suelo con su enemigo de pie junto a ustedes, o sea, se encuentran en una posición nada ventajosa — recalcó poniéndose en pie de un salto—.Vamos a intentarlo de nuevo. Pero esta vez, antes de dejarme caer, voy a agarrar de la muñeca a mi captor.

El sargento se colocó en posición y Greta tensó el cable. Griffiths le cogió la muñeca y saltó en el aire sin soltársela. Greta perdió el equilibrio y cayó hacia él, que dobló una rodilla y se la clavó en el estómago.

Greta rodó por el suelo y se quedó ovillada, boqueando y haciendo arcadas.

—¡Por Cristo bendito, Griffiths!—gritó Flick—. Esta vez se ha pasado... El sargento sonrió satisfecho.

—Yo no soy nada comparado con los de la Gestapo. Flick se acercó a Greta y la ayudó a levantarse.

—Lo siento.

—Es un jodido nazi —consiguió decir Greta entre dos jadeos.

Flick la acompañó al interior de la casa y la hizo sentarse en la cocina. El cocinero, que estaba pelando patatas, les ofreció una taza de té, y Greta la aceptó y le dio las gracias.

Cuando Flick volvió al jardín, Griffiths había elegido a su siguiente víctima, Ruby, y le había dado la porra de policía. Al ver la expresión de la chica, Flick pensó: «Si yo fuera Griffiths, me andaría con ojo».

No era la primera vez que lo veía enseñar aquella técnica. Cuando Ruby levantara el brazo derecho para asestarle un porrazo, el sargento se lo agarraría, giraría sobre sí mismo y la haría volar por los aires impulsándola con el hombro. Ruby caería de espaldas y se daría un buen batacazo.

—Bueno, calorra, dame con la porra —se guaseó Griffiths—. Tan fuerte como quieras.

Ruby levantó el brazo y el sargento se abalanzó sobre ella, pero el resto del ejercicio no siguió el curso habitual. Cuando Griffiths fue a cogerlo, el brazo de la chica había desaparecido. La porra cayó al suelo. Ruby dio un paso adelante con la rodilla doblada y se la clavó entre las ingles. El hombre soltó un chillido estridente. La chica lo agarró de la pechera, lo atrajo hacia sí y le propinó un rodillazo en la nariz. Para rematar la faena, le atizó un puntapié en la espinilla con uno de sus recios zapatos negros. Griffiths cayó al suelo como un saco sangrando por la nariz.

—¡Maldita zorra! ¡El ejercicio no era así! —gritó el sargento.

—Yo no soy nada comparada con la Gestapo —respondió Ruby.

Cuando Dieter aparcó delante del hotel Frankfort, faltaba un minuto para las tres. Saltó fuera del coche y avanzó a grandes zancadas por el empedrado de la plaza, bajo la pétrea mirada de los ángeles posados en los arbotantes de la catedral. Sería demasiada casualidad que se presentara un agente británico el primer día, se dijo Dieter. No obstante, si la invasión era inminente, los aliados tendrían que echar el resto en los próximos días.

Vio el Simca-Cinq de mademoiselle Lemas aparcado en una esquina de la plaza: Stéphanie ya había llegado. Por suerte, apenas eran las tres. Si algo se torcía, no quería que la chica tuviera que apañárselas sola.

Cruzó la majestuosa puerta oeste y penetró en la fresca penumbra del templo. Buscó al teniente Hesse con la mirada y lo vio sentado en el último banco. Asintieron en señal de saludo, pero no cruzaron palabra.

Dieter se sentía como un violador. El asunto que se traía entre manos era impropio de un lugar así. No se consideraba religioso —al menos, en comparación con el alemán medio—, pero tampoco ateo. Se sentía incómodo acechando a espías en un recinto sagrado desde hacía siglos.

Procuró desechar aquella idea diciéndose que era pura superstición. Se dirigió al costado sur del templo y avanzó por la nave escuchando el eco de sus pasos en los muros de piedra. Al llegar al transepto, vio la entrada de la cripta, al pie del altar mayor. Allí abajo, se dijo, calzada con un zapato negro y otro marrón, estaría Stéphanie. Desde donde se encontraba, Dieter podía ver en ambas direcciones: hacia atrás, a lo largo de la nave sur por la que había llegado, y hacia delante, hasta la pared interior del ábside, en la curva del deambulatorio. Se arrodilló en un banco y juntó las

manos para rezar.

—Señor —murmuró—, perdóname por el dolor que causo a mis prisioneros. Tú sabes que me limito a cumplir con mi deber. Y perdóname por pecar con Stéphanie. Sé que no está bien, pero la has hecho tan hermosa que no puedo resistir la tentación. Protege a mi querida Waltraud y ayúdala a cuidar de Rudi y de la pequeña Mausí. Presérvalos de las bombas de la RAE. Ilumina al mariscal Rommel cuando se produzca la invasión. Dale fuerzas para que pueda arrojar al mar al ejército aliado. Es una plegaria muy corta para lo mucho que te pido, pero Tú sabes lo ocupado que estoy ahora. Amén.

Dieter miró a su alrededor. No se celebraba ningún servicio, pero había un puñado de gente repartida por los bancos de las capillas, rezando o sentada en silencio en la quietud del templo. Unos cuantos turistas paseaban por las naves, hablando en voz baja sobre la arquitectura del templo y echando atrás la cabeza para admirar las inmensas bóvedas.

Si un agente aliado aparecía ese día, Dieter pensaba limitarse a mirar y permanecer a la expectativa. Si todo iba bien, no tendría que intervenir. El agente abordaría a Stéphanie, le diría la contraseña y la acompañaría a la casa de la calle du Bois.

De ahí en adelante, sus planes eran más vagos. El agente, esperaba, lo llevaría a otros. Tarde o temprano, se produciría un progreso: un imprudente habría hecho una lista de nombres y direcciones; un equipo de radio y un libro de códigos caerían en sus manos o conseguiría capturar a alguien como Flick Clairet, que, sometida a tortura, delataría a media Resistencia.

Dieter consultó su reloj. Eran las tres y cinco. Probablemente no se presentaría nadie. Alzó la vista. Horrorizado, vio a Willi Weber. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Iba de paisano, con el traje verde de tweed. Lo acompañaba un hombre más joven de la Gestapo vestido con chaqueta de cuadros. Venían del extremo este y avanzaban hacia el deambulatorio en dirección a Dieter, pero no lo habían visto. Se detuvieron a la altura de la entrada a la cripta.

Dieter maldijo entre dientes. Aquello podía arruinarlo todo. Casi deseó que no se presentara ningún agente británico.

Al volverse hacia la nave sur, vio a un joven con una pequeña maleta. Dieter frunció el ceño. La mayoría de los presentes era gente mayor.

El chico llevaba un viejo traje azul de corte francés, pero el pelo rojizo, los ojos azules y el cutis lechoso le daban un aire de vikingo. Era un tipo muy inglés, pero también podía ser alemán. A simple vista, parecía un oficial de permiso en visita turística o deseoso de rezar.

Sin embargo, se delató solo. Siguió avanzando por la nave con paso decidido, sin

admirar la arquitectura, como habría hecho un turista, ni sentarse en un banco, como alguien religioso. A Dieter se le aceleró el corazón. ¡Un agente! ¡Y el primer día! La maleta no podía contener más que una radio portátil y, en consecuencia, un libro de códigos. Aquello era más de lo que Dieter se había atrevido a esperar.

Pero allí estaba Weber para echarlo todo a perder.

El agente llegó a la altura de Dieter y aflojó el paso, buscando sin duda la entrada a la cripta.

Weber vio al chico y se lo quedó mirando; al cabo de un instante, le dio la espalda y fingió estar absorto en las estrías de una columna.

La cosa aún podía funcionar, se dijo Dieter. Weber había cometido una estupidez presentándose allí, pero quizá se limitaría a observar. No sería tan imbécil como para intervenir. Podía arruinar una oportunidad única.

El agente vio la entrada de la cripta y desapareció escaleras abajo.

Weber miró a Dieter desde el otro extremo del transepto y le hizo un gesto con la cabeza. Siguiendo su mirada, Dieter vio a otros dos hombres de la Gestapo al acecho bajo la galería del órgano. Era mala señal. Weber no necesitaba a tres secuaces para limitarse a observar. Dieter se preguntó si le daría tiempo a hablar con él y convencerlo para que despidiera a sus hombres. Pero Weber se negaría, empezarían a discutir y...

Dieter aún seguía indeciso cuando vio a Stéphanie, que empezó a subir las escaleras de la cripta con el agente pegado a los talones.

La chica vio a Weber en cuanto llegó arriba. Una expresión de alarma alteró sus facciones. Parecía desconcertada por aquella presencia inesperada, como si al salir al escenario hubiera descubierto que se había equivocado de obra. Dio un traspies, y el joven agente se apresuró a sostenerla por el codo. Recobró la compostura con su habitual rapidez y sonrió al muchacho con agradecimiento. «Bien hecho, preciosa», murmuró Dieter para sus adentros.

En ese momento, Weber avanzó hacia ellos. —¡No! —exclamó Dieter involuntariamente. Nadie lo había oído.

Weber cogió del brazo al agente y le dijo algo. Dieter comprendió que acababa de detenerlo y esbozó un gesto de desesperación. Stéphanie se apartó de los dos hombres con la perplejidad pintada en el rostro.

Dieter se levantó del banco y fue hacia el grupo con paso vivo. Al parecer, Weber había decidido cubrirse de gloria capturando a un agente. Era absurdo pero posible.

Antes de que Dieter llegara junto a ellos, el agente dio un brusco tirón, se soltó de Weber y echó a correr.

El joven de la chaqueta a cuadros que acompañaba a Weber reaccionó con rapidez. Dio dos largas zancadas, saltó hacia el agente con los brazos extendidos y consiguió tocarle las piernas. El inglés vaciló, pero recuperó el equilibrio, agitó los

pies y siguió corriendo sin soltar la maleta.

Las repentinas carreras y los jadeos de ambos hombres resonaron en los muros de la catedral, y la gente se volvió a mirar. El inglés corría en dirección a Dieter, que comprendió lo que estaba a punto de ocurrir y soltó un gruñido. La segunda pareja de la Gestapo surgió en la esquina del crucero. El muchacho los vio y, al parecer, adivinó quiénes eran, porque torció a la izquierda. Pero era demasiado tarde. Uno de los policías estiró la pierna e interceptó su carrera. El agente cayó hacia delante y aterrizó en el duro suelo de piedra con un ruido seco. La maleta voló por los aires. Los dos policías saltaron sobre el chico. Weber llegó corriendo con expresión triunfal.

—Mierda —masculló Dieter, olvidando dónde estaba. Aquellos imbéciles iban a fastidiarlo todo.

Sin embargo, aún había un modo de salvar la situación.

Se llevó la mano al interior de la chaqueta, sacó la Walther P38, le quitó el seguro y apuntó a los hombres de la Gestapo que mantenían inmovilizado al agente.

—¡Suéltelo ahora mismo o disparo! —gritó a voz en cuello en francés.

—Mayor, yo... —empezó a decir Weber.

Dieter disparó al aire. La detonación resonó en las bóvedas de la catedral y ahogó las palabras de Weber.

—¡Silencio! —aulló Dieter en alemán.

Weber lo miró asustado y cerró la boca.

Dieter se acercó a uno de los policías y le clavó el cañón de la pistola en la mejilla.

—¡Atrás! ¡Atrás! —volvió a gritar en francés—. ¡Apártense de él! — Con el terror pintado en los rostros, los dos hombres de la Gestapo se levantaron y empezaron a retroceder. Dieter se volvió hacia Stéphanie—. Jeanne! —exclamó usando el nombre de pila de mademoiselle Lemas—. ¡Vamos! ¡Fuera de aquí! — Stéphanie reaccionó de inmediato. Dando un amplio rodeo alrededor de los hombres de la Gestapo, corrió hacia la puerta oeste. Entre tanto, el agente había conseguido levantarse—. ¡Sígala, deprisa! —le gritó Dieter señalando a la chica. El muchacho agarró la maleta, saltó por encima de los asientos del coro y huyó a toda prisa por el centro de la nave. Desconcertados, Weber y sus tres adláteres lo siguieron con la mirada—. ¡Al suelo! ¡Boca abajo! —les ordenó Dieter.

Los tres hombres obedecieron, y Dieter empezó a retroceder sin dejar de apuntarles con la pistola. Al cabo de un instante, dio media vuelta y se lanzó a la carrera en pos de Stéphanie y el agente británico.

Los vio desaparecer por la puerta y se detuvo para hablar con Hans, que había permanecido en los pies de la catedral y lo miraba impertérrito.

—Hable con esos gilipollas —farfulló Dieter entre dos resoplidos. Explíqueles lo que intentamos hacer y asegúrese de que no nos sigan —añadió enfundando la pistola

y echando a correr de nuevo.

El motor del Simca-Cinq estaba en marcha. Dieter empujó al agente al estrecho asiento posterior y se sentó en el asiento del acompañante. Stéphanie hundió el pie en el acelerador, y el pequeño vehículo salió disparado como el corcho de una botella de champán.

Abandonaron la plaza y enfilaron una bocacalle a toda velocidad. Dieter se volvió y miró por la ventanilla posterior.

—No nos siguen —murmuró en francés— Ve más despacio. Sólo falta que nos pare un gendarme francés.

—Me llamo Helicóptero —dijo el agente—. ¿Qué demonios ha pasado ahí adentro?

Dieter comprendió que «Helicóptero» era su nombre en clave, y recordó el de mademoiselle Lemas, que le había revelado Gaston.

—Ésta es Burguesa —respondió indicando a Stéphanie—, y yo soy Charenton —dijo al azar; por algún motivo, lo primero que le había venido a la cabeza era el nombre de la prisión donde había permanecido encerrado el marqués de Sade—. Burguesa sospechaba desde hace días que tenían vigilada la catedral, así que me pidió que la acompañara. No pertenezco al circuito Bollinger... Burguesa es una intermediaria.

—Sí, eso ya lo sé.

—Como le decía, nos temíamos que la Gestapo estaría al acecho. Ha sido una suerte que Burguesa me pidiera ayuda.

—¡Ha estado usted brillante! —exclamó Helicóptero entusiasmado—. Dios, qué miedo he pasado... Creí que la había fastidiado el día de mi estreno.

«Y lo has hecho», murmuró Dieter para su colete.

Era posible que hubiera conseguido salvar la situación. Ahora, Helicóptero creía a pies juntillas que Dieter pertenecía a la Resistencia. El chico hablaba un francés perfecto, pero al parecer no había notado su ligero acento alemán. ¿Había alguna otra cosa que pudiera despertar sus sospechas, tal vez más tarde, cuando pudiera pensar con calma? Dieter se había levantado del banco y había soltado un «¡No!» al comienzo del alboroto, pero un simple «no» podía interpretarse de mil maneras; además, era poco probable que el chico lo hubiera oído. Willi Weber lo había llamado «mayor» en alemán, y él había disparado el arma para evitar que lo descubriera. ¿Habría oído Helicóptero aquella palabra suelta y sabría lo que significaba? ¿La recordaría más tarde y le daría qué pensar? No, concluyó Dieter. Si el agente había comprendido aquella palabra, habría supuesto que Weber se dirigía a alguno de los otros hombres de la Gestapo: todos iban de paisano, de modo que podían tener cualquier graduación.

A partir de ese momento, Helicóptero, convencido de que Dieter lo había arrancado de las garras de la Gestapo, confiaría ciegamente en él.

Pero los otros no serían tan cándidos. La aparición de un nuevo miembro de la Resistencia, llamado Charenton y reclutado por mademoiselle Lemas, no dejaría indiferentes ni a Londres ni al jefe del circuito Bollinger, Michel Clairet. Uno y otros harían preguntas y comprobaciones. Dieter tendría que inventarse una explicación plausible para cuando llegara el momento. Por ahora era imposible predecir el curso de los acontecimientos.

Dieter se concedió un momento para saborear su triunfo. Había dado otro paso en su objetivo de dismantelar la Resistencia en el norte de Francia. Y lo había conseguido a despecho de la estupidez de la Gestapo. Además, se lo había pasado en grande.

Ahora, el reto era sacar el máximo partido de la credulidad de Helicóptero. El agente tenía que seguir operando, en el convencimiento de no haber sido descubierto. De ese modo, acabaría conduciendo a Dieter a otros agentes, con suerte, a decenas de ellos. No obstante, no sería tarea fácil.

Llegaron a la calle du Bois, y Stéphanie guardó el coche en el garaje de mademoiselle Lemas. Entraron en la casa por la puerta de atrás y se sentaron en la cocina. Stéphanie trajo una botella de whisky de la bodega y llenó tres vasos.

Dieter estaba impaciente por confirmar que la maleta de Helicóptero contenía un equipo de radio.

—Convendría que enviara un mensaje a Londres de inmediato — le sugirió al chico.

—Tengo órdenes de emitir a las ocho en punto y recibir a las once. Dieter tomó buena nota.

—Aun así, debería informar cuanto antes de que la cripta de la catedral ya no es un lugar seguro. De lo contrario, podrían enviar a otros agentes a una trampa sin saberlo. No me extrañaría que mandaran a alguien esta misma noche.

—Dios mío, es cierto —murmuró el chico—. Usaré la frecuencia de emergencia.

—Puede instalar el aparato aquí mismo, en la cocina.

Helicóptero levantó la pesada maleta, la dejó sobre la mesa y la abrió.

Dieter ahogó un suspiro de profunda satisfacción. Allí estaba la radio.

El interior de la maleta estaba dividido en cuatro compartimientos: dos a los lados y dos en medio, uno en la parte de delante y otro en la de atrás. Dieter vio enseguida que el de detrás contenía el transmisor, con las teclas del Morse, y el de delante, el receptor, con la toma para conectar los auriculares. El compartimiento de la derecha alojaba la batería. La utilidad del compartimiento de la izquierda quedó clara cuando Helicóptero levantó la tapa y dejó al descubierto un conjunto de accesorios y piezas de repuesto: un cable eléctrico, un adaptador, una antena, cables de conexión, unos auriculares, tubos de reserva, fusibles y un destornillador.

Era un equipo en buen estado y ordenado con pulcritud, se dijo Dieter con

admiración; justo lo que cabía esperar de un operador alemán, pero no, desde luego, del típico chapucero inglés.

Ya sabía las horas de transmisión y recepción de Helicóptero. Ahora tenía que enterarse de las frecuencias y —sobre todo— del código.

Helicóptero conectó un cable al aparato.

—Creía que funcionaba mediante batería —dijo Dieter.

—Sí, pero también con la corriente. Creo que el truco favorito de la Gestapo, cuando intentan localizar la fuente de una transmisión del enemigo, es cortar el suministro eléctrico de la ciudad manzana por manzana hasta que se corta la transmisión. —Dieter asintió—. Pues bien, con este equipo, si se va la luz, basta con accionar este pulsador, y el aparato empieza a alimentarse de la batería.

—Muy bien —dijo Dieter, pensando en poner al corriente a la Gestapo, por si aún no lo estaban.

Helicóptero enchufó el cable a una toma de corriente, sacó la antena y le pidió a Stéphanie que la colocara en lo alto de un aparador. Dieter buscó en los cajones de la cocina y encontró un lápiz y una libreta, que mademoiselle Lemas debía de emplear para hacer la lista de la compra.

—Tenga —dijo tendiéndoselos a Helicóptero—. Utilice esto para codificar su mensaje.

—Más vale que antes me piense lo que voy a decir —respondió el chico.

Helicóptero se rascó la cabeza y empezó a escribir en inglés:

LLEGADA OK CANCELAR VISITAS CRIPTA STOP VIGILADA GESTAPO
CONSEGUÍ ESCAPAR STOP

—Con esto bastará por ahora —dijo.

—Deberíamos proporcionarles otro lugar de contacto para los agentes —sugirió Dieter—. Digamos el Café de la Gare, junto a la estación de ferrocarril.

Helicóptero lo escribió.

A continuación, sacó de la maleta un pañuelo de seda que llevaba impresa una compleja tabla de pares de letras, y un cuadernillo de unas doce hojas en las que figuraban palabras de cinco letras sin sentido. Dieter reconoció los elementos de un sistema de encriptación mediante cuadernillo de un solo uso. Era indescifrable... a menos que se dispusiera del cuadernillo.

Helicóptero escribió las combinaciones de cinco letras de la primera hoja sobre las palabras de su mensaje; luego, utilizó las letras que acababa de escribir para elegir las transposiciones del pañuelo de seda. Sobre las cinco primeras letras de CONTACTO había escrito la primera palabra sin sentido del cuadernillo, que era BGKRU. La primera letra, B, le indicó qué columna de la tabla del pañuelo debía usar. En la tercera fila de la misma, figuraban las letras «Ce». Eso significaba que tenía que sustituir la C de CONTACTO por la letra e.

El código resultaba inatacable por los métodos habituales de descodificación, porque la siguiente A no estaría representada por una e, sino por otra letra. De hecho, una letra podía ser sustituida por cualquier otra, de modo que la única forma de descifrar el mensaje era usar el cuadernillo con las agrupaciones de cinco letras. Aun en el caso de que los especialistas dispusieran de un mensaje codificado y de su traducción al lenguaje corriente, no podrían interpretar ningún otro, porque habría sido codificado usando otra hoja del cuadernillo; de ahí que se le llamara «cuadernillo de un solo uso»: cada hoja se quemaba después de usarla una sola vez.

Una vez cifrado el mensaje, Helicóptero encendió la radio y pulsó un botón que contenía este rótulo: «Selector de cristal». Al mirar con atención el dial, Dieter distinguió tres trazos de lápiz de cera amarillo apenas visibles. Desconfiando de su memoria, Helicóptero había señalado sus posiciones de emisión. El cristal que iba a usar era el reservado para las emergencias. De los otros dos, uno le serviría para transmitir y el otro para recibir.

Cuando el chico hubo sintonizado, Dieter comprobó que el dial de frecuencias también estaba marcado con lápiz de cera.

Antes de enviar el mensaje, Helicóptero confirmó que tenía comunicación con la estación receptora:

HLCP DXDX QTC1 QRK? K

Dieter frunció el ceño intentando adivinar. El primer grupo de letras debía de ser el indicativo de «Helicóptero». El siguiente, «DXDX», era un misterio. El uno del final de «QTC 1 » sugería que aquel grupo significaba algo como: «Tengo un mensaje para enviarles». La interrogación del final de «QRK?» hacía suponer que Helicóptero preguntaba si lo recibían alto y claro. Dieter sabía que «K» significaba «Cierro». Pero el «DXDX» seguía sin decirle nada.

—No olvide su clave de seguridad —dijo Dieter obedeciendo a una intuición.

—No la he olvidado —respondió Helicóptero.

«Ahí tienes el "DXDX"», concluyó Dieter.

Helicóptero cambió la clavija a «Recibir», y Dieter oyó responder al Morse:

HLCP QRK QRV K

El primer grupo volvía a ser el indicativo de «Helicóptero». El segundo, «QRK», aparecía en el otro mensaje, pero seguido de un interrogante. Sin él, debía de significar: «Lo recibo alto y claro». «QRV» admitía más dudas, pero cabía interpretarlo como una invitación a emitir.

Mientras Helicóptero tecleaba el mensaje en Morse, Dieter lo observaba eufórico. Estaba viviendo el sueño de cualquier cazador de espías: tenía en sus manos a un agente que se creía libre como un pájaro.

Helicóptero apagó la radio en cuanto acabó de enviar el mensaje. Convenía utilizarla el tiempo estrictamente necesario, pues la Gestapo disponía de equipos

radiogonómicos para rastrear las emisiones.

En Inglaterra, tendrían que transcribir el mensaje, descifrarlo y entregárselo al controlador de Helicóptero, que probablemente debería consultar con sus superiores antes de responder; todo el proceso podía tardar horas, de modo que Helicóptero esperaría hasta las once para volver a establecer la conexión.

Entre tanto, Dieter tenía que conseguir alejarlo del aparato y, sobre todo, del pañuelo y del cuadernillo.

—Imagino que ahora querrá contactar con el circuito Bollinger... —le dijo.

—Sí. Londres necesita saber lo que queda de él.

—Lo pondremos en contacto con Monet, el jefe del circuito. — Dieter consultó su reloj y el corazón le dio un vuelco: era un reloj de reglamento de oficial del ejército alemán; si Helicóptero lo reconocía, todo el montaje se iría al garete. Procurando recobrar la calma, añadió—: Tenemos tiempo, lo llevaré en coche a su casa.

—¿Está lejos? —preguntó Helicóptero levantándose.

—En el centro de la ciudad.

Monet, cuyo auténtico nombre era Michel Clairet, no estaría en casa. No había vuelto a pisarla tras el ataque al palacio; Dieter lo había comprobado. Los vecinos aseguraban no tener la menor idea de dónde estaba. Era lógico. Monet, convencido de que alguno de sus camaradas revelaría su nombre y su dirección durante los interrogatorios, había decidido ocultarse.

Helicóptero empezó a guardar la radio.

—¿No hace falta recargar la batería de vez en cuando? —le preguntó Dieter.

—Sí. De hecho, nos aconsejan que la mantengamos conectada a la corriente siempre que sea posible, para tenerla cargada al máximo.

—¿Y por qué no la deja conectada? Dentro de un rato, cuando volvamos por la radio, la tendrá completamente cargada. Si viniera alguien, Burguesa puede esconderla en cuestión de segundos.

—Buena idea.

—Entonces, vámonos. —Dieter abrió la marcha hacia el garaje y sacó el Simca-Cinq. A continuación, salió precipitadamente del coche como si hubiera olvidado algo—. Espere aquí un momento —le dijo a Helicóptero—, tengo que decirle algo a Burguesa.

Dieter volvió a entrar en la casa. En la cocina, Stéphanie tenía la vista clavada en la radio, que seguía sobre la mesa. Dieter sacó el cuadernillo de uso único y el pañuelo de seda del compartimento de los accesorios.

—¿Cuánto tardarás en copiar todo esto? —le preguntó Dieter. Stéphanie hizo una mueca.

—¿Ese galimatías? Por lo menos una hora.

—Hazlo tan deprisa como puedas, pero procura no equivocarte. Lo mantendré

alejado de aquí durante hora y media.

Volvió al coche y llevó a Helicóptero al centro de Reims.

La casa de Michel Clairet era un edificio pequeño pero elegante situado en el barrio de la catedral. Dieter esperó en el coche mientras Helicóptero se acercaba a la puerta. Al cabo de un par de minutos, el agente se cansó de llamar y regresó al Simca.

—No contesta nadie.

—Volveremos a intentarlo mañana por la mañana —dijo Dieter—. Entre tanto, conozco un bar frecuentado por miembros de la Resistencia —mintió—. Tal vez encuentre a algún conocido.

Aparcó cerca de la estación y eligió un bar al azar. Se sentaron en una mesa y bebieron cerveza floja durante una hora. Luego, volvieron a la calle du Bois.

Cuando entraron en la cocina, Stéphanie miró a Dieter y asintió con disimulo. Dieter interpretó que había conseguido copiarlo todo.

—Bueno —dijo Dieter volviéndose hacia Helicóptero—, imagino que le apetecerá darse un baño después de pasar la noche al raso. Y, desde luego, necesita afeitarse. Le enseñaré su habitación mientras Burguesa le llena la bañera.

—Son ustedes muy amables.

Dieter lo llevó a una habitación del ático, la más alejada del baño. En cuanto lo oyó chapotear en la bañera, volvió al cuarto y registró su ropa. Helicóptero llevaba una muda de ropa interior y calcetines, con etiquetas de tiendas francesas. En los bolsillos de su chaqueta, encontró cigarrillos y cerillas franceses, un pañuelo con etiqueta francesa y una cartera. Dentro había un montón de dinero: medio millón de francos, suficiente para comprar un coche nuevo, si hubiera habido alguno en venta. Los documentos de identidad parecían auténticos, aunque sin duda eran falsificaciones.

Además, la cartera contenía una fotografía.

Dieter la miró asombrado. La mujer que aparecía en primer plano era Flick Clairet. No cabía duda. Era la rubia de la plaza de Sainte-Cécile. Aquel hallazgo era un extraordinario golpe de suerte para Dieter. Y un desastre para ella.

La joven llevaba un traje de baño que dejaba al aire sus musculosas piernas y sus bronceados brazos. La tela elástica moldeaba los pequeños pechos, la estrecha cintura y la deliciosa curva de las caderas. La chica miraba directamente a la cámara con un asomo de sonrisa y tenía un brillo húmedo, de agua o transpiración, en la garganta. Tras ella y ligeramente desenfocados, dos jóvenes en bañador parecían a punto de zambullirse en un río. Estaba claro que la fotografía había sido tomada durante una inocente excursión campestre. Pero la semidesnudez de la modelo, la humedad de su garganta y su leve sonrisa se confabulaban para producir una imagen cargada de sexualidad. De no haber sido por los jóvenes del fondo, la chica podía haber estado a punto de quitarse el traje de baño y quedarse desnuda ante quien estuviera detrás de la

cámara. Así era como sonreía una mujer a su hombre cuando quería que le hiciera el amor, se dijo Dieter. Entendía perfectamente que un chico joven como Helicóptero guardara aquella foto celosamente.

Los agentes tenían prohibido llevar fotos consigo cuando estaban en territorio enemigo, por razones más que obvias. La pasión de Helicóptero podía costarle la vida a Flick Clairet, además de provocar la destrucción de buena parte de la Resistencia.

Dieter se guardó la foto en un bolsillo y salió del cuarto. No podía negar que había sido un día provechoso.

Paul Chancellor se pasó el día luchando contra la burocracia militar, persuadiendo, amenazando, rogando, enjabonando y, en última instancia, sacando a relucir el nombre de Monty. Al final, consiguió un avión para las prácticas de paracaidismo del grupo del día siguiente.

Cuando cogió el tren para regresar a Hampshire, se dio cuenta de que estaba impaciente por volver a ver a Flick. Le gustaba un montón. Era inteligente, fuerte y un regalo para la vista. Lástima que estuviera casada.

Aprovechó el viaje para leer las crónicas de guerra del periódico. El prolongado letargo del frente oriental había acabado el día anterior con una repentina y formidable ofensiva germana contra Rumania. La capacidad de recuperación de los alemanes era asombrosa. Se estaban retirando en todas partes, pero seguían defendiéndose.

El tren llegó con retraso, y Paul se perdió la cena de las seis en punto en el centro de desbaste. Tras la cena, solía haber una clase teórica; luego, a las nueve, los alumnos podían relajarse durante una hora, antes de irse a la cama. Paul encontró a la mayoría del grupo en la sala de estar de la casa, que disponía de una librería, un aparador lleno de juegos de sociedad, un equipo de radio y una pequeña mesa de billar. Se acercó al sofa y se sentó al lado de Flick.

—¿Cómo ha ido el día? —le preguntó en voz baja.

—Mejor de lo que cabía esperar —respondió ella—. Pero vamos tan apurados de tiempo... Espero que se acuerden de algo cuando estén sobre el terreno.

—Algo es mejor que nada, digo yo.

Percy Thwaite y Jelly jugaban al póquer a penique la partida. Jelly era todo un personaje, se dijo Paul. No acababa de entender que una revientacajas profesional se considerara a sí misma una respetable ciudadana inglesa.

—¿Qué tal se ha portado Jelly? —le preguntó a Flick.

—Muy bien. Ha tenido más dificultades que las otras con los ejercicios físicos, pero, vaya, se ha puesto en facha y al final no ha desmerecido de las jóvenes.

Flick hizo una pausa y frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo Paul.

—Su hostilidad hacia Greta va a ser un problema.

—No tiene nada de extraño que una inglesa odie a los alemanes.

—Pero es absurdo... Greta ha sufrido a los nazis mucho más que Jelly.

—Eso Jelly no lo sabe.

—Pero sabe que Greta está dispuesta a luchar contra ellos. —La gente no actúa con lógica en este tipo de cosas.

—Desde luego que no.

La interesada estaba hablando con Denise. O casi, se dijo Paul. Denise hablaba y Greta escuchaba.

—Mi cuñado, lord Foules, pilota cazabombarderos —la oyó decir con su amanerado acento de aristócrata—. Se está preparando para realizar misiones de apoyo a las fuerzas de invasión.

—¿Has oído eso? —le preguntó Paul a Flick frunciendo el ceño.

—Sí. O se lo está inventando todo o está siendo peligrosamente indiscreta.

Paul observó a Denise. Era una chica huesuda que siempre parecía ofendida. Dudaba que estuviera fantaseando.

—A mí no me parece una imaginativa —dijo.

—A mí tampoco. Creo que está contando auténticos secretos. — Más vale que prepare una pequeña prueba para mañana. —De acuerdo.

Paul quería asegurarse de tener a Flick para él solo, de forma que pudieran hablar con más libertad.

—¿Vamos a dar un paseo por el jardín? —le propuso.

Flick aceptó y lo acompañó afuera. El aire era cálido y aún quedaba una hora de luz natural. El jardín de la propiedad consistía en varias hectáreas de césped salpicado de árboles. Maude y Diana estaban sentadas en un banco bajo un haya roja. Maude había coqueteado con Paul al principio, pero él no le había dado alas, y la chica parecía haber dejado correr la cosa. En esos momentos, escuchaba ávidamente a Diana mirándola a los ojos casi con adoración.

—¿Qué le estará contando Diana? —dijo Paul—. La tiene fascinada.

—A Maude le encanta que le hable de su vida — respondió Flick—.

Desfiles de moda, recepciones, viajes en transatlántico...

Paul recordó que Maude lo había sorprendido preguntándole si la misión los llevaría a París.

—A lo mejor quería que me la llevara a Estados Unidos.

—Ya he notado que le haces tilín —dijo Flick.— Es atractiva.

—Pero no mi tipo.

—¿Por qué no?

—¿Sinceramente? No es lo bastante lista.

—Bien —dijo Flick—. Me alegro.

—¿Por qué?

—Otra cosa me habría decepcionado.

Paul se dijo que era una actitud un tanto condescendiente. — Me alegro de tener tu aprobación —replicó.

—No seas irónico —repuso Flick—. Pretendía hacerte un cumplido. Paul le sonrió. No podía evitar que le gustara, incluso cuando lo trataba con suficiencia.

—Entonces me retiraré ahora que voy ganando —dijo.

Al pasar junto a las dos mujeres, oyeron decir a Diana:

—... y la condesa le soltó: «Aparta las zarpas de mi marido, bruja». A continuación, le echó la copa de champán por la cabeza, a lo que Jennifer respondió agarrándola de los pelos... y quedándose con ellos en la mano, ¡porque llevaba peluca!

Maude rió de buena gana.

—¡Cuánto me habría gustado estar allí!

—Parece que todas empiezan a hacer amigas —dijo Paul.

—Menos mal. Necesito que trabajen en equipo.

El jardín se fundía poco a poco con el bosque, y cuando quisieron darse cuenta estaban en plena espesura. El solio de las hojas apenas dejaba pasar luz.

—¿Por qué llaman «Bosque Nuevo» a esta zona? —preguntó Paul—. Parece la mar de viejo.

—¿Aún no te has dado cuenta de que los nombres ingleses no tienen lógica?

Paul se echó a reír.

—Supongo que no.

Siguieron caminando en silencio. Paul se sentía romántico. Le habría gustado besar a Flick, pero no podía olvidarse de su anillo de boda. —Cuando tenía cuatro años, conocí al rey —dijo Flick de improviso. —¿Al actual?

—No, a su padre, Jorge V. Estuvo de visita en Somersholme. Por supuesto, procuraron mantenerme alejada de él; pero el domingo por la mañana apareció por el huerto y me vio. «Buenos días, pequeña —me dijo—. ¿Lista para ir a la iglesia?» Era un hombre bajito, pero tenía un auténtico chorro de voz.

—¿Y tú qué dijiste?

—«¿Quién es usted?», le pregunté. «Soy el rey», respondió. Y entonces, según la leyenda familiar, yo repliqué: «No es verdad, es usted demasiado pequeño». Afortunadamente, le dio por reír. —Veo que ni de niña sentías respeto por la autoridad. —Eso dicen.

Paul oyó un gemido ahogado. Perplejo, volvió la cabeza hacia el lugar del que procedía el ruido y vio a Ruby Romain y a Jim Cardwell, el instructor de armamento. Ruby estaba reclinada contra un árbol y Jim la abrazaba inclinado sobre ella. Se estaban besando apasionadamente. Ruby volvió a gemir.

Estaban más que abrazados, comprendió Paul, que sintió tanto apuro como excitación. Las manos de Jim no paraban quietas bajo la blusa de Ruby, que tenía la falda levantada hasta la cintura. Paul vio una de sus morenas piernas y la tupida mata de pelo que le cubría el pubis. La otra pierna, levantada y doblada, descansaba el pie en la cadera del capitán. Se meneaban al unísono de forma inequívoca.

Paul miró a Flíck. También los había visto. Siguió observándolos durante un instante, con una expresión de sorpresa y de algo más. Luego, dio media vuelta y se alejó a buen paso. Paul la siguió, y juntos desanduvieron el camino que los había llevado allí, procurando no hacer ruido.

—Lo siento mucho —dijo Paul al cabo de un rato.

—No ha sido culpa tuya —respondió Flick.

—Aun así, siento haberte llevado por ahí.

—No tiene importancia. Nunca había visto a nadie haciendo... eso. Ha sido bastante tierno.

—¿Tierno? —dijo Paul, que hubiera utilizado otro calificativo—. Eres una mujer impredecible, ¿sabes?

—¿Cómo lo has notado?

—No seas irónica, intentaba hacerte un cumplido —dijo Paul repitiendo sus palabras exactas.

—Entonces, me retiraré ahora que voy ganando —replicó Flick riendo.

Salieron del bosque y avanzaron por el jardín. Apenas quedaba luz, y en la casa habían corrido las cortinas antiaéreas. Maude y Diana habían abandonado el banco bajo el haya roja.

—Sentémonos unos minutos —propuso Paul, que se resistía a entrar en la casa.

Flick lo complació sin decir palabra.

Paul se sentó de lado para poder mirarla. Ella soportó el examen sin protestar, pero se quedó pensativa. Paul le cogió la mano y le acarició las yemas de los dedos. Flick lo miró con una expresión inescrutable, pero no retiró la mano.

—Sé que no debería —dijo Paul—, pero tengo muchas ganas de besarte.

Flick siguió mirándolo sin responder, con una expresión a medias divertida, a medias triste. Paul tomó la callada por respuesta y la besó.

Sus labios eran suaves y cálidos. Paul cerró los ojos y se concentró en la sensación. Para su sorpresa, la chica los separó, y Paul sintió la punta de su lengua, primero a lo largo del labio superior y, luego, del inferior, y abrió la boca.

La rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí, pero ella lo rechazó y se puso en pie.

—Basta —murmuró y, dando media vuelta, se alejó hacia la casa.

Paul se quedó mirándola alejarse en la penumbra. De repente, su cuerpo, menudo y armonioso, le pareció la cosa más deseable del mundo. Flick echó a correr, y sus atléticas zancadas lo hicieron sonreír.

—Felicity —murmuró—, eres absolutamente adorable.

Cuando desapareció en el interior de la casa, Paul se puso en pie y siguió sus pasos. En la sala de estar, Diana, que fumaba con aire pensativo, se había quedado sola. Paul se sentó a su lado obedeciendo a un impulso.

—Usted y Flick se conocen desde que eran niñas... Diana le sonrió con inesperada calidez.

—Es un encanto, ¿verdad?

Paul no quería delatarse.

—Me cae muy bien y me gustaría saber más cosas sobre ella.

—Siempre le ha gustado la aventura —dijo Diana—. Le encantaban los largos viajes a Francia que hacíamos en febrero. Pasábamos una noche en París y luego cogíamos el Tren Azul hasta Niza. Uno de esos inviernos, mi padre decidió visitar Marruecos. Creo que Flick nunca se lo ha pasado mejor. Aprendió cuatro palabras árabes y no perdía ocasión de practicarlas con los mercaderes de los zocos. Nos pasábamos las horas muertas leyendo las memorias de las aguerridas viajeras victorianas que habían recorrido Oriente Medio disfrazadas de hombre.

—Se entendía bien con su padre?

—Mucho mejor que yo.

—¿Cómo es su marido?

—Todos los hombres de Flick tienen algo de exóticos. En Oxford, su mejor amigo era un chico nepalí, Rajendra, lo que causó auténtica consternación en la sala de alumnas veteranas de St Hilda, se lo aseguro, aunque no sé si llegó a... ya sabe, a cometer alguna inconveniencia con el chico. Otro alumno, un tal Charlie Standish, bebía los vientos por ella, pero era demasiado aburrido para Flick. Se enamoró de Michel porque es encantador, extranjero y listo, como a ella le gustan.

—Exóticos —murmuró Paul.

Diana se echó a reír.

—No se preocupe, encaja en el tipo. Es estadounidense, le falta media oreja y es más listo que el hambre. Sólo tiene que jugar sus bazas.

Paul se puso en pie. La conversación empezaba a tomar unos derroteros demasiados íntimos.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo sonriendo—. Buenas noches. Camino de su habitación, pasó ante la de Flick. Había luz bajo la puerta.

Se puso el pijama y se acostó, pero no tenía sueño. Estaba demasiado nervioso y contento para dormir. Le habría gustado que Flick y él pudieran hacer como Ruby y Jim: ceder a sus deseos sin sentirse culpables. ¿Por qué no?, se preguntó. ¿Por qué demonios no?

La casa estaba en silencio.

Unos minutos después de medianoche, saltó fuera de la cama y se deslizó por el

pasillo hasta la habitación de Flick. Llamó suavemente a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Hola —musitó Flíck.

—Soy yo.

—Ya.

Estaba acostada boca arriba en la estrecha cama, con la cabeza recostada sobre dos almohadones. Tenía las cortinas descorridas, y la luz de la luna se filtraba por la pequeña ventana. Paul veía con claridad la línea recta de su nariz y el óvalo de su barbilla, que al principio no había acabado de gustarle. Ahora le parecía angelical.

Paul se arrodilló junto a la cama.

—La respuesta es no —le susurró Flick.

Él le cogió la mano y le besó la palma.

—Por favor —murmuró.

—No.

Se inclinó para besarla, pero ella volvió la cara. —Sólo un beso.

—Si te beso, estoy lista.

El corazón le dio un vuelco. Eso quería decir que Flick sentía lo mismo que él. La besó en el pelo, luego en la frente y en la mejilla, pero ella mantuvo vuelta la cabeza. La besó en el hombro, sobre el tirante del camisón, y le rozó el pecho con los labios. Tenía el pezón erecto.

—Lo deseas —le dijo Paul.

—Fuera —ordenó Flick.

—No me digas eso.

La chica se volvió hacia él. Paul inclinó la cara para besarla, pero ella le puso un dedo en los labios como si quisiera silenciarlo. —Vete —repitió—. Lo digo en serio.

Paul contempló su hermoso rostro a la luz de la luna. Su expresión no dejaba lugar a dudas. Aunque apenas la conocía, comprendió que no conseguiría convencerla. Se levantó de mala gana.

Ante la puerta, lo intentó por última vez.

—Mujer, no seas así...

—Basta de charla. Vete.

Paul dio media vuelta y salió.

Quinto día: jueves, 1 de junio de 1944

Dieter durmió unas horas en el hotel Frankfort y se levantó a las dos de la madrugada. Estaba solo: Stéphanie seguía en la casa de la calle du Bois con el agente británico Helicóptero. Esa mañana, Helicóptero saldría en busca del jefe del circuito Bollinger, y Dieter tenía que seguirlo. Sabía que empezaría por la casa de Michel Clairet, de modo que había decidido poner un equipo de vigilancia allí antes del alba.

Viajó hasta Sainte-Cécile en plena noche, zigzagueando en el Hispano-Suiza entre viñedos iluminados por la luna, y aparcó frente al palacio. Fue directamente al laboratorio fotográfico del sótano. No había nadie en el cuarto oscuro, pero allí estaban sus fotos, puestas a secar en una cuerda, como prendas de ropa. Había pedido que le hicieran dos copias de la fotografía de Flick Clairet que le había cogido prestada a Helicóptero. Las descolgó y observó una de ellas, al tiempo que recordaba a la chica corriendo por la plaza bajo el fuego cruzado para salvar a su marido. Intentó descubrir algún signo de aquellos nervios de acero en la expresión despreocupada de la atractiva bañista, pero no vio ninguno. Sin duda, los había adquirido con la guerra.

Se guardó las copias en un bolsillo y recogió la foto original, que tendría que devolver subrepticamente a la cartera de Helicóptero. Buscó una hoja de papel y un sobre, se quedó pensando un instante y escribió:

Cariño: Mientras Helicóptero se afeita, por favor, pon esto en el bolsillo interior de su chaqueta, para que parezca que se ha salido de la cartera, Gracias.

Metió la foto y la nota en el sobre, lo cerró y escribió «Mlle. Lemas» en el anverso. Lo entregaría más tarde.

Al pasar por delante de las celdas, se detuvo a echar un vistazo por la mirilla de la de Marie, la chica que le había dado un susto de muerte el día anterior presentándose en casa de mademoiselle Lemas con comida para sus «invitados». Tumbada en una sábana manchada de sangre, miraba fijamente la pared con ojos desorbitados por el terror y emitía un gemido bajo y continuo, como un aparato roto pero no apagado.

Dieter la había interrogado esa misma noche. No tenía información de utilidad. Aseguraba no conocer a nadie de la Resistencia, aparte de mademoiselle Lemas. Aunque inclinado a creerla, Dieter la había puesto en manos del sargento Becker para asegurarse. Sin embargo, la chica no había cambiado su historia, y Dieter estaba convencido de que su desaparición no alertaría a la Resistencia sobre la impostora de la calle du Bois.

La imagen de aquel cuerpo destrozado lo deprimió fugazmente. Recordó a la chica la mañana de la víspera, empujando la bicicleta hacia el patio de la casa, toda

juventud y vigor. Parecía feliz, aunque un tanto estúpida. Había cometido un simple error, y ahora su vida tocaba a un final siniestro. Desde luego, merecía su suerte; había ayudado a unos terroristas. Aun así, era un destino espantoso.

Procuró quitársela de la cabeza y subió a la planta baja. Las telefonistas del turno de noche seguían de guardia ante sus centralitas. Sobre sus cabezas, en lo que antaño había sido una sucesión de dormitorios de un lujo exquisito, estaban las dependencias de la Gestapo.

Dieter, que no había visto a Weber desde el incidente en la catedral, lo imaginaba lamiéndose las heridas en algún rincón. No obstante, había hablado con su segundo para pedirle que tuviera preparados a cuatro hombres a las tres de la mañana para un día de vigilancia. También esperaba al teniente Hesse. Dieter apartó una cortina antiaérea y miró afuera. La luna bañaba la explanada, y Hans avanzaba hacia la entrada del palacio en ese preciso momento, pero no había ni rastro de los hombres de la Gestapo.

Dieter entró en el despacho de Weber y se llevó una sorpresa al verlo tras el escritorio, fingiendo revisar documentos a la luz de la lámpara de tulipa verde.

—¿Dónde están los hombres que os pedí? —le preguntó Dieter. Weber se puso en pie.

—Ayer me apuntaste con una pistola —farfulló—. ¿Quién coño te crees que eres para amenazar a un oficial?

Dieter no se esperaba aquello. Weber se estaba poniendo agresivo a propósito de un incidente en el que había hecho el ridículo. ¿Acaso no entendía que había cometido un error mayúsculo?

—Tú te lo buscaste, maldito idiota —replicó Dieter exasperado—. ¿Quién te mandaba detener al agente?

—Puedes acabar ante un consejo de guerra por lo que hiciste.

Dieter iba a echarse a reír, pero se lo pensó mejor. Weber estaba en lo cierto. Sólo había hecho lo necesario para salvar la situación, pero, en el burocrático Tercer Reich, no era imposible que un oficial fuera condenado por tener iniciativa. Tragó saliva y fingió seguridad:

—Adelante, denúnciame. Creo que podré justificar lo que hice ante un tribunal.

—¡Llegaste a disparar el arma!

—Algo que has visto pocas veces en tu carrera militar —dijo Dieter sin poder resistirse.

Weber se puso rojo. Nunca había entrado en acción.

—Las armas son para usarlas contra el enemigo, no contra los camaradas.

—Disparé al aire. Siento haberte asustado. Estabas a punto de arruinar una delicada operación de contraespionaje. ¿No te parece que un tribunal militar lo tendría muy en cuenta? ¿Qué órdenes seguías tú? Si alguien faltó a la disciplina

militar, no fui yo.

—Detuve a un británico espía y terrorista.

—¿Y de qué habría servido? Sólo era uno. Tienen muchos más. En cambio, estando libre, nos llevará a otros, puede que a muchos otros. Tu insubordinación estuvo a punto de frustrar esa posibilidad. Afortunadamente para ti, te impedí cometer un error fatal.

Weber le lanzó una mirada maliciosa.

—Ciertas personas con autoridad podrían encontrar sospechoso que tengas tantas ganas de liberar a un agente aliado. Dieter soltó un suspiro.

—No seas estúpido, Willi. Yo no soy un pobre tendero judío, no conseguirás asustarme amenazándome con difundir falsedades. No puedes hacerme pasar por traidor, porque nadie te creería. Y ahora, ¿dónde están mis hombres?

—El espía debe ser detenido inmediatamente.

—No, no debe, y si lo intentas te pegaré un tiro. ¿Dónde están los hombres?

—Me niego a destinar hombres que necesito a una operación tan irresponsable.

—¿Que te niegas?

—Sí.

Dieter lo miró fijamente. No esperaba que fuera lo bastante valiente o lo bastante estúpido como para hacer aquello.

—¿Qué crees que te ocurrirá cuando el mariscal de campo se entere de esto?

Weber parecía asustado pero resuelto.

—Yo no pertenezco al ejército —respondió—. Soy de la Gestapo.

Desgraciadamente, tenía razón, se dijo Dieter descorazonado. Walter Godel podía ordenar a Dieter que usara personal de la Gestapo en lugar de privarlo de hombres que necesitaba para defender la costa, pero la Gestapo no tenía ninguna obligación de obedecer a Dieter. El nombre de Rommel había inquietado a Weber durante unos instantes, pero el efecto había sido pasajero.

Ahora el personal a su disposición se reducía al teniente Hesse. ¿Podrían vigilar a Helicóptero ellos dos solos? Sería difícil, pero no había alternativa.

Dieter probó a reiterar la amenaza:

—¿Estás seguro de que quieres cargar con las consecuencias de tu negativa, Willi? Te vas a meter en un lío monumental...

—A mí, en cambio, tengo la sensación de que quien está metido en un lío eres tú.

Dieter meneó la cabeza con desesperación. No había más que decir. Ya había malgastado bastante tiempo discutiendo con aquel idiota. Dio media vuelta y se fue.

Se encontró con Hans en el vestíbulo y le explicó la situación. Fueron a la parte posterior del edificio, donde se encontraba la sección técnica, que ocupaba las antiguas dependencias de la servidumbre. La noche anterior, Hans había pedido prestados una furgoneta del PTT y un ciclomotor, en realidad una bicicleta con un

pequeño motor que se ponía en marcha al pedalear.

Dieter temía que Weber se hubiera enterado y hubiera ordenado a los técnicos que no les prestaran los vehículos. Esperaba que no fuera así: faltaba media hora para el amanecer, y no tenía tiempo para más discusiones. Pero no hubo problemas. Dieter y Hans se pusieron sendos monos y abandonaron el palacio, con el ciclomotor en la caja de la furgoneta.

Llegaron a Reims y fueron directamente a la calle du Bois. Aparcaron a la vuelta de la esquina y Hans bajó del coche en la penumbra previa al alba, caminó hasta la casa y echó el sobre con la foto de Flick en el buzón. El cuarto de Helicóptero estaba en la parte posterior del edificio, de modo que era poco probable que viera a Hans y lo reconociera más tarde.

El sol empezaba a alzarse cuando llegaron al centro de la ciudad. Hans aparcó a unos cien metros de la casa de Michel Clairet y abrió una boca de registro del PTT. Fingiría trabajar mientras vigilaba el edificio. Era una calle concurrida, con coches aparcados en ambas aceras, así que la furgoneta pasaría inadvertida.

Dieter se quedó en el vehículo y procuró mantenerse oculto mientras cavilaba sobre su discusión con Weber. Willi era estúpido, pero tenía parte de razón. Se estaba arriesgando demasiado. Helicóptero podía darle esquinazo, desaparecer y dejarlo con las manos vacías. Lo más fácil y lo más seguro habría sido torturarlo. No obstante, si dejarlo en libertad entrañaba grandes riesgos, prometía recompensas aún mayores. Si todo salía según lo previsto, Helicóptero podía ser una auténtica mina. Cuando pensaba en el triunfo que tenía al alcance de la mano, lo ambicionaba con una pasión que le aceleraba el pulso.

Por el contrario, si las cosas se torcían, Weber aprovecharía la oportunidad para contarle a todo el mundo que se había opuesto a su arriesgado plan desde el principio. Pero Dieter no estaba dispuesto a perder ni un segundo más pensando en aquellas intrigas burocráticas. Los individuos que, como Weber, jugaban a aquellos juegos eran la gente más despreciable de la tierra.

La ciudad empezaba a despertar. Las más madrugadoras fueron las mujeres que acudían a la panadería situada frente a la casa de Monet. El comercio seguía cerrado, pero el grupo permaneció pacientemente ante la puerta, conversando para aliviar la espera. Dieter supuso que, a pesar de estar racionado, el pan se acababa de vez en cuando, y que las buenas amas de casa compraban temprano para asegurarse su parte. Cuando el establecimiento abrió sus puertas, las francesas se abalanzaron al interior sin orden ni concierto, a diferencia de lo que habrían hecho las alemanas: formar una cola y esperar su turno, se dijo Dieter con un sentimiento de superioridad. Al verlas salir con sus barras, lamentó no haber desayunado.

A continuación, aparecieron los obreros, tocados con boina, calzados con recias botas y cargados con la bolsa o la fiambarrera del almuerzo. Los niños empezaban a

llenar las calles camino de las escuelas, cuando llegó Helicóptero montado en la bicicleta de Marie. Dieter se enderezó en el asiento. La cesta de la bicicleta contenía un objeto rectangular cubierto con un trapo: la maleta de la radio, supuso.

Hans asomó la cabeza fuera de la alcantarilla y siguió a la bicicleta con la mirada.

Helicóptero se detuvo ante la casa de Michel Clairet y llamó a la puerta. Por supuesto, nadie contestó. El muchacho esperó en el quicio unos segundos, antes de volver a la acera, mirar hacia las ventanas y dar la vuelta al edificio en busca de otra entrada. No la había; Dieter lo sabía de sobra.

Él mismo le había sugerido a Helicóptero el siguiente paso: «Vaya hasta un bar de la misma calle llamado Chez Régis. Pida café y panecillos, y espere». Dieter confiaba en que la Resistencia estuviera vigilando la casa de Monet a la espera de un emisario de Londres. Puede que no la mantuvieran bajo vigilancia las veinticuatro horas; pero era probable que un vecino simpatizante de la causa se hubiera prestado a colaborar. La evidente candidez de Helicóptero tranquilizaría al posible vigía. Bastaban sus idas y venidas para descartar que fuera un hombre de la Gestapo o un agente de la Milicia, la policía de seguridad francesa. Dieter estaba convencido de que alguien alertaría a la Resistencia y de que, más pronto que tarde, un enlace abordaría a Helicóptero. Y ese enlace podía conducirlo hasta el corazón de la Resistencia.

Al cabo de un minuto, Helicóptero siguió el consejo de Dieter. Empujó la bicicleta hasta Chez Régis, se sentó en la terraza y se arrellanó al sol. Le sirvieron un café. Debía de ser achicoria, pero él se lo tomó con evidente delectación.

Unos veinte minutos después, entró en el bar, volvió a salir con un periódico y otro café, y empezó a leer con parsimonia. Parecía muy tranquilo, como si estuviera dispuesto a esperar todo el día. Estupendo, pensó Dieter.

Fueron pasando las horas. Dieter empezaba a preguntarse si aquello iba a funcionar. Puede que la escabechina de Sainte-Cécile hubiera diezmado al circuito Bollinger hasta el punto de anular su operatividad y que no tuvieran gente ni para llevar a cabo las tareas más básicas. Sería muy decepcionante que Helicóptero no lo condujera a otros terroristas. Y todo un triunfo para Weber.

Iba siendo hora de que Helicóptero pidiera algo de comer para justificar seguir ocupando la mesa. Un camarero se acercó a él, volvió al interior del bar y regresó trayéndole un pastis. También debía de ser un sucedáneo, elaborado con algún sustituto sintético del anís, pero Dieter no pudo evitar relamerse pensando en lo bien que le sentaría un trago.

Un hombre se detuvo en la terraza y se sentó en la mesa inmediata a la de Helicóptero. Había cinco, y hubiera sido más normal que eligiera cualquier otra. Dieter sintió renacer sus esperanzas. El desconocido, un individuo desgarbado de unos treinta años, vestía camisa de cambrayón azul y pantalones de lona azul marino, pero Dieter intuyó que no era un obrero. Parecía algo más, tal vez un artista

disfrazado de proletario. Al verlo arrellanarse en la silla y apoyar la pierna derecha en la rodilla izquierda, Dieter se dijo que aquella pose le resultaba familiar. ¿Dónde había visto a aquel hombre?

El camarero se acercó a la mesa y el hombre pidió algo. Pasó un minuto sin que ocurriera nada. ¿Estudiaba el desconocido a Helicóptero disimuladamente o tan sólo esperaba su copa? El camarero volvió con un vaso de cerveza en una bandeja. El desconocido le dio un largo trago y se pasó el dorso de la mano por la boca con aire satisfecho. Dieter empezaba a pensar con desánimo que sólo era un hombre muerto de sed. Sin embargo, aquel modo de limpiarse los labios...

De pronto, el desconocido se dirigió a Helicóptero.

Dieter se puso tenso. ¿Podía ser aquello lo que tanto había esperado?

Los dos hombres entablaron conversación. A pesar de la distancia, Dieter comprendió que el desconocido sabía ganarse a la gente: Helicóptero sonreía y hablaba con animación. Al cabo de unos instantes, el agente señaló la casa de Monet, y Dieter supuso que preguntaba por el paradero del dueño. El desconocido se encogió de hombros en un gesto típicamente francés, y Dieter lo imaginó diciendo: «Lo siento, no lo sé». Pero Helicóptero parecía insistir.

El desconocidoapuró su cerveza, y Dieter tuvo una inspiración súbita. De pronto, supo quién era aquel hombre con toda certeza, y la revelación le produjo tal sobresalto que dio un respingo en el asiento. Lo había visto en la plaza de Sainte-Cécile, sentado en otro velador, al lado de Flick Clairet, justo antes del ataque al palacio... Aquel hombre era su marido, el famoso Monet.

—¡Sí! —exclamó Dieter pegando un puñetazo en el salpicadero con satisfacción.

Su estrategia había dado fruto. Helicóptero lo había conducido al corazón de la Resistencia local.

Pero aquel éxito superaba sus expectativas. Dieter confiaba en que aparecería un enlace, y que el enlace podía llevar a Helicóptero —y, por tanto, llevarlo a él— al escondite de Monet. Ahora tenía un grave dilema. Michel Clairet era una presa importante. ¿Debía detenerlo de inmediato o seguirlo, confiando en pescar un pez aún más gordo?

Hans cerró la alcantarilla y se metió en la furgoneta.

—¿Contacto, señor?

—Sí.

—¿Y ahora?

Dieter no sabía qué hacer, si detener a Monet o seguirlo. Clairet se puso en pie y Helicóptero lo imitó. Dieter decidió seguirlos.

—¿Qué hago yo? —preguntó Hans nervioso. —¡Saque la bicicleta, deprisa!

Hans se apeó, abrió las puertas posteriores de la furgoneta y sacó el ciclomotor.

Los dos hombres dejaron el dinero en los veladores y echaron a andar. Dieter

advirtió que Clairet cojeaba, y recordó que lo habían herido durante el ataque al palacio.

—Sígalos, yo lo seguiré a usted —le dijo a Hans encendiendo el motor.

Hans subió al ciclomotor y empezó a pedalear. El pequeño motor petardeó y se puso en marcha. El teniente siguió a sus presas a la largo de la calle, avanzando a paso de paseo a unos cien metros de distancia. Dieter se mantuvo tras él.

Monet y Helicóptero doblaron una esquina. Un minuto después, Dieter los imitó y los vio parados ante el escaparate de una tienda. Era una farmacia. Por supuesto, no tenían intención de comprar medicamentos; intentaban asegurarse de que no los seguían. Cuando la furgoneta pasó a su altura, se apartaron del escaparate y volvieron por donde habían venido. Estarían pendientes de cualquier vehículo que cambiara de sentido, de modo que Dieter optó por no seguirlos. No obstante, se cruzó con Hesse, que había dado media vuelta y avanzaba oculto tras un camión. El teniente se mantuvo alejado de los dos hombres, pero procurando no perderlos de vista.

Dieter dio la vuelta a la manzana y los vio de nuevo. Se acercaban a la estación de ferrocarril, con Hans a prudente distancia.

Dieter temió que los hubieran descubierto. El truco de la farmacia podía indicar que sospechaban algo. Era poco probable que hubieran prestado atención a la furgoneta del PTT, que habían visto una sola vez, pero tal vez habían advertido la presencia del ciclomotor. No obstante, la maniobra podía ser una precaución rutinaria de Monet, que estaba acostumbrado a operar en la clandestinidad.

Los dos hombres atravesaron el jardín que daba acceso a la estación. Los arriates estaban llenos de hierbajos, pero los árboles habían florecido a despecho de la guerra. La estación era un mazacote neoclásico con pilastras y frontón, tan pesado y ostentoso como los prohombres decimonónicos que debían de haberlo financiado.

Dieter se preguntó qué haría si Monet y Helicóptero cogían un tren. Era demasiado arriesgado subir al mismo convoy. Helicóptero lo reconocería en cuanto lo viera, y Clairet podía recordar haberlo visto en la plaza de Sainte-Cécile. Tendría que vigilarlos Hesse, mientras él los seguía por carretera.

Los dos hombres entraron en la estación por uno de los tres arcos neoclásicos. Hans dejó el ciclomotor y los siguió. Dieter aparcó la furgoneta y lo imitó. Si los dos hombres se acercaban a la ventanilla, le diría a Hesse que hiciera cola tras ellos y sacara billete al mismo destino.

Sin embargo, no estaban en el despacho de billetes. Dieter entró en el vestíbulo justo a tiempo para ver a Hans bajando las escaleras que llevaban al túnel de acceso a los andenes. Puede que Clairet hubiera sacado los billetes con antelación, se dijo Dieter. Era lo de menos. Hesse subiría al tren sin billete.

A ambos lados del túnel había tramos de escaleras que conducían a los andenes. Dieter siguió a Hesse hasta el final del subterráneo. Presintiendo el peligro, avivó el

paso hacia la escalera que daba acceso a la entrada posterior de la estación. Alcanzó al teniente, subió con él y salió a la calle de Courcelles.

Los recientes bombardeos habían destrozado algunos edificios, pero había algunos coches aparcados en las zonas de la calle en que no había escombros. Dieter miró a derecha e izquierda con el corazón en un puño. A unos cien metros, vio a Monet y Helicóptero, que entraban a toda prisa en un coche de color negro. Iban a perderlos de todas, todas. Dieter se llevó la mano a la sobaquera, pero la distancia era excesiva para una pistola. El coche empezó a moverse. Era un Renault Monaquatre, uno de los automóviles más populares de Francia. Dieter no consiguió leer la matrícula. El coche enfiló la calle a toda velocidad y giró en una esquina.

Dieter soltó una maldición. Era un truco de principiante, pero había funcionado. Al meterse en el túnel, Clairet había obligado a sus perseguidores a alejarse de sus vehículos; luego, había cogido el coche que tenía aparcado al otro lado de las vías y se había esfumado. Puede que Monet y Helicóptero ni siquiera los hubieran descubierto. Como el cambio de dirección a la altura de la farmacia, la estratagema del túnel podía ser una precaución rutinaria.

Dieter estaba hundido. Había apostado fuerte y lo había perdido todo. Weber podía estar contento.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Hesse.

—Volver a Sainte-Cécile.

Regresaron a la furgoneta, metieron el ciclomotor en la caja y emprendieron la marcha hacia el palacio.

Dieter vio un rayo de esperanza. Sabía a qué horas establecía contacto por radio Helicóptero, y qué frecuencias le habían asignado. Podía utilizar aquella información para volver a localizarlo. La Gestapo tenía un complejo sistema, desarrollado y perfeccionado durante la guerra, para detectar emisiones ilegales y rastrearlas hasta su fuente. Les había permitido capturar a muchos agentes aliados. Conforme mejoraba el adiestramiento británico, los operadores habían adoptado medidas de seguridad más estrictas, y nunca emitían dos veces desde el mismo sitio ni permanecían en el aire más de quince minutos; pero los menos cuidadosos seguían cayendo.

¿Sospecharían los británicos que Helicóptero había sido descubierto? En esos momentos, el agente debía de estar relatando sus andanzas a Michel Clairet con pelos y señales. Monet lo interrogaría concienzudamente respecto a su detención en la catedral y su espectacular huida. Se mostraría especialmente interesado por el tal Charenton, el desconocido que había acudido en ayuda del agente. Sin embargo, no tenía ningún motivo para sospechar que mademoiselle Lemas no era quien decía ser. Clairet no la conocía, de modo que no se sorprendería cuando Helicóptero le describiera a una atractiva pelirroja en vez de a una solterona sexagenaria. Por otra

parte, el agente no tenía la menor idea de que Stéphanie había copiado meticulosamente su cuadernillo de uso único y su pañuelo de seda, ni de que Dieter había anotado sus frecuencias fijándose en las marcas de lápiz de cera del dial.

Dieter empezaba a pensar que tal vez no todo estuviera perdido.

Cuando llegaron al palacio, Dieter se encontró con Weber en el vestíbulo.

—¿Lo has perdido? —le espetó Weber mirándolo con dureza.

Los chacales huelen la sangre, pensó Dieter.

—Sí —admitió diciéndose que mentirle a Weber era indigno de él. —¡Ya! —Weber reventaba de satisfacción—. Deberías haber dejado ese trabajo a los expertos.

—Bien, pues eso es lo que pienso hacer —dijo Dieter. Weber lo miró sorprendido—. Helicóptero tiene que establecer contacto con Inglaterra a las ocho en punto —añadió—. Ahí tienes la ocasión de probar tu pericia. Demuestra lo mucho que vales. Localízalo.

El Descanso del Pescador era un enorme pub plantado como un búnquer en la orilla del estuario, con chimeneas en vez de torretas artilleras y ventanas de cristal ahumado en lugar de troneras de observación. En el jardín delantero, un cartel borroso advertía a los parroquianos que se mantuvieran alejados de la playa, minada en 1940 en previsión de una invasión alemana.

Desde que el Ejecutivo se había instalado en la zona, el establecimiento se llenaba todas las noches; sus luces resplandecían tras las cortinas de oscurecimiento, su piano atronaba, sus barras no daban abasto y su jardín rebosaba en las cálidas tardes de estío. Se cantaba a voz en cuello, se bebía a discreción y se sobaba al otro sexo hasta donde permitía la decencia. Prevalecía una atmósfera de indulgencia, pues todo el mundo sabía que algunos de los jóvenes que reían a carcajada limpia recostados en la barra se embarcarían al día siguiente en misiones de las que nunca regresarían.

Flick y Paul llevaron a su equipo al pub al final del cursillo de dos días. Las chicas se pusieron de tiros largos. Maude estaba más guapa que nunca con su vestido rosa de verano. Ruby no estaría guapa nunca, pero daba gusto verla con el traje negro de noche que se había agenciado. Lady Denise llevaba un vestido de seda color nácar que debía de haber costado una fortuna, pero no remediaba su huesuda figura. Greta, uno de los conjuntos de su espectáculo, traje de noche rojo y zapatos a juego. Hasta Diana se había puesto una falda elegante en lugar de sus perpetuos pantalones de pana y, para asombro de Flick, una pizca de rojo de labios.

El nombre en clave del equipo era «Grajillas». Se lanzarían en paracaídas cerca de Reims, y Flick recordó la leyenda de la «grajilla» de Reims, que le robó el anillo al obispo de la diócesis.

—Los monjes no consiguieron descubrir al ladrón, de modo que el obispo le lanzó una maldición —le explicó a Paul mientras se tomaban un whisky, ella con agua y él

con hielo—. Al cabo de unos días, la grajilla apareció hecha unos zorros, y todos comprendieron que estaba padeciendo los efectos de la maldición y debía de ser la culpable. Aprendí todo el poema en la escuela:

El día acabó, la noche llegó, Monje y motilón buscaron en vano candelero en mano. Con la luz del alba la vio un buen hermano: desplumada y calva, coja, alicaída, llegó la grajilla. Y todos al verla gritaron: «¡Fue ella!» Y, como era de esperar, encontraron el anillo en su nido.

Paul asintió y sonrió. Flick sabía que habría asentido y sonreído exactamente igual si le hubiera estado hablando en islandés. Le daba igual lo que dijera, lo único que quería era mirarla. No tenía mucha experiencia en hombres, pero se daba cuenta cuando uno estaba enamorado, y Paul estaba enamorado de ella.

Había pasado el día en piloto automático. Los besos robados de la noche anterior la habían estremecido y alterado. Se había dicho a sí misma que no quería tener una aventura, sino reconquistar el amor de su marido. Pero la pasión de Paul había trastocado sus prioridades. Ahora, se preguntaba irritada por qué iba a ponerse a la cola del afecto de Michel cuando un hombre como Paul estaba dispuesto a arrojarse a sus pies. Había estado a punto de meterlo en su cama; de hecho, le habría gustado que no hubiera sido tan caballeroso, porque, si hubiera desoído su rechazo y se hubiera deslizado entre sus sábanas, ella quizá hubiera cedido.

En otros momentos, se arrepentía de haberle permitido que la besara. Era la moda del día: en toda Inglaterra, las mujeres se olvidaban del marido o del novio que tenían en el frente y se enamoraban de militares norteamericanos de paso. ¿Acaso era tan débil como las frívolas dependientas que se iban a la cama con un yanqui sólo porque hablaba como un astro de la pantalla?

Y, para colmo, sus sentimientos por Paul amenazaban con distraerla del trabajo. Tenía en sus manos las vidas de seis mujeres, aparte de ser un elemento crucial en el plan de invasión, y lo último que necesitaba era pasarse el día pensando en si los ojos de un hombre eran castaños o verdes. Además, Paul no era ningún galán de película; tenía una barbilla enorme y le faltaba media oreja, aunque su cara no carecía de encanto... —¿En qué piensas? —le preguntó el interesado. Flick se dio cuenta de que no había dejado de mirarlo. —En si conseguiremos salirnos con la nuestra —mintió.

—Lo conseguiremos, con un poco de suerte.

—De momento no podemos quejarnos.

Maude se sentó junto a Paul.

—Hablando de suerte —dijo pestañeando—, ¿me das un cigarrillo?

—Sírvelo tú misma —respondió Paul empujando el paquete de Lucky Strike sobre la mesa.

Maude se puso un cigarrillo entre sus labios rosa y Paul se lo encendió. Flick se volvió hacia la barra y captó la mirada irritada de Diana. Se había hecho muy amiga

de Maude, y compartir nunca había sido su fuerte. Entonces, ¿por qué coqueteaba Maude con Paul? Tal vez para fastidiar a Diana. Menos mal que Paul no las acompañaría a Francia, se dijo Flick: no podía evitar ser una influencia conflictiva en un grupo de mujeres jóvenes.

Flick recorrió la sala con la mirada. Jelly y Percy jugaban a los chinos, y Percy pagaba ronda tras ronda. Era deliberado. Flick necesitaba saber cómo se comportaban las «grajillas» bajo los efectos del alcohol. Si alguna se volvía escandalosa, indiscreta o agresiva, habría que andarse con ojo cuando estuvieran sobre el terreno. Quien más la preocupaba era Denise, la aristócrata bocazas, que ya estaba charlando animadamente en un rincón con un hombre uniformado de capitán.

Ruby también estaba empujando el codo, pero Flick confiaba en ella. Había sido todo un descubrimiento: apenas sabía leer ni escribir, y había sido la peor en las clases de interpretación de mapas y manejo de códigos, pero era la más brillante y la más intuitiva del grupo. Ruby miraba a Greta con curiosidad de vez en cuando, y puede que supiera que era un hombre, pero hasta el momento no había dicho nada.

Estaba sentada en la barra con Jim Cardwell, el instructor de armamento, acariciándole disimuladamente el interior de un muslo sin dejar de hablar con la camarera. El suyo era un idilio vertiginoso. Desaparecían continuamente. Durante la pausa para el café de la mañana, durante la media hora de descanso tras la comida, durante el té de la tarde y en cuanto la ocasión les parecía propicia, salían a hurtadillas, y no se les veía el pelo durante los minutos de rigor. Jim parecía haber saltado de un avión y no haber abierto aún el paracaídas. Su rostro esbozaba una permanente sonrisa de incrédula felicidad. Con su nariz ganchuda y su prominente barbilla, Ruby distaba de ser una belleza; pero al parecer la onda expansiva de aquella bomba sexual había dejado tarumba a Jim. Flick casi sentía celos. No porque la atrajera Jim —todos los hombres de los que se había enamorado eran intelectuales, o al menos muy inteligentes—, sino porque envidiaba la lujuriosa dicha de Ruby.

Apoyada en el piano con un mejunje rosa en la mano, Greta hablaba con tres hombres que parecían vecinos de la zona más que agentes del Ejecutivo. Al parecer, habían sobrevivido al sobresalto de su acento alemán —sin duda les había contado que su padre era de Liverpool—, y en esos momentos la escuchaban boquiabiertos, cautivados por alguna historia sobre los antros de Hamburgo. Saltaba a la vista que no tenían dudas sobre el sexo de Greta: la trataban como a una mujer exótica pero atractiva, invitándola a copas, encendiéndole los cigarrillos y riendo encantados cuando ella los tocaba.

Mientras Flick los observaba, uno de los hombres se sentó al piano, tocó unos acordes y alzó la vista hacia Greta. El bar quedó en silencio, y Greta entonó los primeros versos de «El cocinero»:

¡Ay, cómo hace las almejas, y el conejo, si le dejas!

El público comprendió que cada frase era un equívoco sexual, y la carcajada fue general. Cuando terminó la canción, Greta le estampó un beso en los labios al pianista, que tuvo que agarrarse al taburete.

Maude los dejó solos y volvió a la barra con Diana. El capitán que había estado hablando con Denise se acercó a la mesa y saludó a Paul.

—Me lo ha contado todo, señor.

Flick asintió, decepcionada pero no sorprendida.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Paul.

—Que sale de misión mañana por la noche para volar un túnel ferroviario cerca de Reims.

Era falso, pero Denise no lo sabía, y se lo había revelado a un completo desconocido. Flick estaba furiosa.

—Gracias —murmuró Paul.

—Lo siento —dijo el capitán encogiéndose de hombros.

—Cuanto antes lo supiéramos, mejor —respondió Flick. — ¿Quiere decírselo usted, señor, o prefiere que me encargue yo? — Hablaré con ella primero —dijo Paul—. Usted espérela fuera, si no le importa.

—Por supuesto, señor.

El capitán salió del pub y Paul hizo una seña a Denise.

—Se ha ido sin despedirse —dijo Denise—. Vaya unos modales. — Era evidente que se sentía ofendida—. Es instructor de explosivos.

—No, no lo es —dijo Paul—. Es policía.

—¿Qué quiere decir? —Denise estaba desconcertada—. Lleva uniforme de capitán y me ha dicho...

—Una sarta de mentiras —la atajó Paul—. Su trabajo consiste en descubrir a la gente que se va de la lengua con desconocidos. Y la ha descubierto.

Denise se quedó boquiabierta, pero se recuperó de inmediato y reaccionó con indignación.

—Así que era una trampa... Han intentado cazarme...

—Me temo que lo hemos conseguido —replicó Paul—. Le ha contado hasta el último detalle.

Comprendiendo que la habían descubierto, Denise trató de quitarle importancia al asunto.

—¿Y cuál es el castigo? ¿Escribir «No volveré a hacerlo» cien veces durante el recreo?

A Flick le habría gustado abofetearla. La charlatanería de Denise podía haber puesto en peligro a todo el equipo.

—Para eso no hay castigo —respondió Paul con sequedad.

—Ah... Pues muchas gracias.

—Pero está usted fuera del equipo. No vendrá con nosotros. Se va esta misma noche, con el capitán.

—Me sentiré un poco incómoda volviendo a mi puesto en Hendon. Paul meneó la cabeza.

—El capitán no va a llevarla a Hendon.

—¿Cómo que no?

—Sabe usted demasiadas cosas. No podemos dejarla suelta. Denise empezaba a estar preocupada.

—Entonces, ¿qué van a hacer conmigo?

—La enviarán a algún sitio donde no pueda causar perjuicios. Creo que generalmente es una base aislada en Escocia donde se dedican a revisar las cuentas de los regimientos.

—¡Eso es casi una prisión!

Paul lo meditó durante unos segundos y asintió.

—Casi.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Denise consternada.

—Quién sabe. Probablemente, hasta que acabe la guerra.

—Es usted un canalla —farfulló Denise—. Maldigo la hora en que lo conocí.

—Ahora puede irse —respondió Paul—. Y agradezca que la haya pescado yo. A partir de mañana, podría haber sido la Gestapo. Denise se fue hecha una furia.

—Confío en no haber sido innecesariamente cruel —murmuró Paul.

Muy al contrario, se había quedado corto, pensó Flick. Aquella cabeza de chorlito se merecía algo mucho peor. No obstante, quería causar buena impresión a Paul, de modo que respondió:

—No le des más vueltas. Hay gente que no sirve para este trabajo, y ya está. No es culpa suya.

—Mira que eres mentirosa... —dijo Paul sonriendo—. Piensas que ha salido demasiado bien librada, ¿no?

—Pienso que crucificarla sería poco —respondió Flick indignada; pero Paul se echó a reír, y su buen humor la amansó y acabó haciéndola sonreír—. No puedo dártela con queso, ¿verdad?

—Espero que no. —Paul volvió a ponerse serio—. Menos mal que nos sobraba un miembro para el equipo. Podemos permitirnos perder a Denise.

—Pero ahora estamos las justas —dijo Flick poniéndose en pie con aire cansado—. Más vale que vayamos levantando el campo.

A partir de mañana no van a poder dormir en condiciones durante días.

Paul recorrió el local con la mirada.

—No veo ni a Diana ni a Maude.

—Habrán salido a tomar el aire. Voy a buscarlas mientras juntas al resto del

rebaño.

Paul asintió y Flick salió del pub.

No había ni rastro de las dos chicas. Se detuvo a contemplar el resplandor de la luz vespertina en el agua del estuario. Al cabo de un momento, dobló la esquina del local para echar un vistazo en el aparcamiento. Un Austin caqui del ejército lo abandonaba en ese instante, y Flick vio a Denise en el asiento trasero, llorando.

Maude y Diana tampoco estaban allí. Perpleja, Flick avanzó entre las hileras de coches hasta la parte posterior del edificio. Al otro lado del patio, lleno de barriles y pilas de cajones, había un cobertizo con la puerta entreabierta. Flick la empujó y entró.

Al principio, la penumbra le impidió ver nada, pero supo que no estaba sola, porque oyó respirar a alguien. El instinto la impulsó a quedarse quieta y no hacer ruido. Al cabo de unos segundos, sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, y Flick vio que las paredes estaban llenas de herramientas, llaves, tijeras y palas cuidadosamente colgadas de ganchos; en el centro del cobertizo había un cortacésped enorme. Diana y Maude estaban en el rincón más alejado.

Maude estaba recostada en la pared y Diana, inclinada sobre ella, la besaba. Flick se quedó boquiabierta. Diana se había desabrochado la blusa, bajo la que resaltaba el blanco de un sujetador de talla grande sin el menor adorno. Maude tenía la falda levantada hasta la cintura, y Flick pudo ver que llevaba bragas del mismo color rosa. Al cabo de un instante, distinguió la mano de Diana deslizándose bajo el elástico de la prenda.

Flick estaba petrificada por la sorpresa. Maude la vio y se la quedó mirando.

—¿Nos ves bien? —dijo con descaro—. ¿No prefieres acercarte?

Diana dio un respingo, apartó la mano de las ingles de Maude y se separó de ella. Al volverse, una expresión horrorizada cubrió sus facciones.

—Oh, Dios mío —murmuró y, abochornada, se agarró la blusa con una mano y se tapó la boca con la otra.

—Só... sólo venía a decirnos que nos vamos —tartamudeó Flick.

Los operadores de radio no eran completamente invisibles. Vivían en un mundo de espíritus en el que, aunque vagamente, sus fantasmales siluetas podían verse. Atisbando la oscuridad y confiando en cazarlos, estaban los miembros del equipo de detección de radio de la Gestapo, alojados en una cavernosa y oscura sala de París. Dieter había estado allí. Trescientas pantallas osciloscópicas de forma redonda soltaban destellos verdosos. En los monitores, las emisiones de radio aparecían como líneas verticales, cuya posición mostraba la frecuencia de transmisión y cuya altura indicaba la intensidad de la señal. Día y noche, vigilantes operadores atendían las pantallas, como ángeles observando los pecados de la Humanidad. Conocían las

estaciones regulares, tanto las controladas por los alemanes como las que emitían desde territorio enemigo, y eran capaces de detectar a un pirata instantáneamente.

Tan pronto lo conseguía, el operador de turno descolgaba el teléfono de su escritorio y llamaba a tres estaciones de rastreo — dos en el sur de Alemania, en Augsburgo y Nuremberg, y la otra en Brest, en la costa de Bretaña— y les comunicaba la frecuencia de la emisión pirata. Las estaciones estaban equipadas con goniómetros, aparatos utilizados para medir ángulos, y podían determinar de dónde procedía la emisión en cuestión de segundos. Luego transmitían la información a París, donde el operador trazaba tres líneas en un enorme mapa. La intersección de las líneas indicaba la localización de la radio ilegal. Una vez descubierta, el operador llamaba al destacamento de la Gestapo más cercano al lugar de marras. La Gestapo local tenía coches equipados con aparatos de detección y siempre a punto.

En aquellos momentos, Dieter estaba sentado en uno de esos vehículos, un largo Citroen negro aparcado en las cercanías de Reims. Lo acompañaban tres agentes de la Gestapo con experiencia en detección de radio. Esa noche, la intervención de la central parisina hubiera sido superflua: Dieter sabía la frecuencia que usaría Helicóptero y daba por supuesto que emitiría desde la ciudad, porque era demasiado difícil para un operador de radio perderse en el campo. El receptor del coche estaba sintonizado en la frecuencia del agente británico. No sólo indicaba la procedencia de la emisión, sino también su intensidad, de forma que Dieter sabría que se estaba acercando al transmisor cuando la aguja avanzara sobre el dial.

Por añadidura, el agente de la Gestapo sentado junto a él llevaba un receptor y una antena ocultos bajo la gabardina, y un contador similar a un reloj de pulsera que mostraba la intensidad de la señal. Cuando el perímetro de la búsqueda se redujera a determinada calle, manzana o edificio, le habría llegado el turno.

El hombre de la Gestapo que ocupaba el asiento del acompañante tenía un mazo sobre las rodillas, por si había que reventar alguna puerta.

Dieter había ido de caza una sola vez en la vida. No sentía inclinación por los pasatiempos campestres, a los que anteponía los placeres más refinados de la vida urbana, pero tenía buena puntería. En esos momentos, mientras esperaba a que Helicóptero empezara a enviar su informe codificado a Inglaterra, se acordó de aquella ocasión. Lo de esa noche era muy parecido a permanecer al acecho al rayar el alba, alerta y esperanzado, impaciente por ver asomar un ciervo, saboreando la emoción por adelantado.

Pero los de la Resistencia no eran ciervos, sino zorros, se dijo Dieter. Agazapados en la madriguera, salían a producir destrozos en los gallineros y volvían a ocultarse bajo tierra. Dieter se sentía mortificado por haber perdido a Helicóptero. Estaba tan ansioso por volver a capturarlo que apenas le importaba tener que hacerlo con la ayuda de Willi Weber. Sólo quería matar al zorro.

Hacía una noche espléndida. El Citroen estaba estacionado en el extremo norte de la ciudad. Reims era pequeña; Dieter calculaba que un coche podía atravesarla de punta a punta en menos de diez minutos. Consultó su reloj: las ocho y un minuto. Helicóptero se retrasaba. Tal vez no emitiera esa noche... Pero no, eso no era probable. Esa misma mañana había establecido contacto con Monet. Estaría impaciente por comunicar su éxito a sus superiores e informarlos de lo que quedaba del circuito Bollinger.

Michel Clairet había telefoneado a la casa de la calle du Bois hacía dos horas. Dieter estaba allí. Había sido un momento tenso. Stéphanie había contestado y había hecho su imitación de la voz de mademoiselle Lemas. Clairet se había identificado con su nombre en clave y había preguntado si «la Burguesa» se acordaba de él, pregunta que había tranquilizado a Stéphanie, porque indicaba que el partisano apenas conocía a mademoiselle Lemas y no descubriría la impostura.

A continuación, se había interesado por el nuevo, el individuo que usaba «Charenton» como nombre en clave. «Es mi primo — había improvisado Stéphanie—. Nos conocemos desde críos. Pondría mi vida en sus manos sin vacilación.» Monet le había replicado que no tenía derecho a reclutar a nadie sin consultárselo siquiera, pero al parecer se había tragado la historia. Dieter había besado a Stéphanie y le había dicho que era lo bastante buena actriz como para estar en la Comédie Française.

Aun así, Helicóptero sabía que la Gestapo estaría alerta e intentaría localizarlo. Era un riesgo inevitable: si no enviaba mensajes a Londres, no sería de ninguna utilidad. Permanecería en el aire el tiempo estrictamente necesario. Si tenía mucha información, la enviaría por partes desde diferentes lugares. La única esperanza de Dieter era que sintiera la tentación de permanecer en el aire un minuto más de lo imprescindible.

Pasaron unos minutos. En el coche el silencio era absoluto. Los hombres fumaban con nerviosismo. De pronto, a las ocho y cinco, el receptor soltó un pitido.

Como habían acordado, el conductor se puso en marcha de inmediato en dirección sur.

La señal aumentaba de intensidad, pero despacio. Dieter se temía que no iban directamente hacia la fuente.

En efecto, apenas llegaron al centro de la ciudad y pasaron de largo junto a la catedral, la aguja empezó a retroceder.

En el asiento del acompañante, el agente de la Gestapo habló por una radio de onda corta. Estaba consultando con una furgoneta de detección situada a dos kilómetros de distancia.

—Cuadrante noroeste —dijo al cabo de un momento.

El conductor torció hacia el oeste de inmediato, y la señal volvió a sonar con fuerza.

—Ya te tengo —murmuró Dieter.

Habían transcurrido cinco minutos.

El conductor pisó a fondo, y la señal fue intensificándose, mientras Helicóptero seguía pulsando el teclado Morse de la radio portátil en su escondrijo —un cuarto de baño, un ático, un almacén— del noroeste de la ciudad. Entre tanto, en el palacio de Sainte-Cécile, un operador de radio habría sintonizado la misma frecuencia y estaría recibiendo el mensaje codificado, que grabaría simultáneamente un magnetófono. Más tarde, Dieter lo descodificaría utilizando la copia del cuadernillo de uso único que le había hecho Stéphanie. Pero lo más importante no era el mensaje, sino el mensajero.

Llegaron a una zona llena de caserones, en su mayoría decrepitos y divididos en pequeños pisos y habitaciones para estudiantes y enfermeras. La señal se hizo más fuerte y, de improviso, empezó a disminuir.

—¡Vuelve, vuelve! —gritó el agente que iba en el asiento del acompañante.

El conductor frenó en seco e hizo retroceder al coche. Habían transcurrido diez minutos.

Dieter y los tres hombres de la Gestapo saltaron fuera del coche. El que llevaba la unidad de detección portátil bajo la gabardina echó a andar calle adelante consultando el contador de su reloj, y los demás lo siguieron de cerca. Cuando había avanzado unos cien metros, se detuvo bruscamente y volvió sobre sus pasos. Al cabo de unos instantes, se paró y señaló una casa.

—Aquella —dijo—. Pero ha dejado de transmitir.

Dieter advirtió que las ventanas no tenían visillos. La Resistencia solía elegir edificios abandonados para realizar sus transmisiones.

El agente que llevaba el mazo reventó la puerta al segundo golpe. Dieter se abalanzó al interior, y los hombres de la Gestapo tras él.

Las habitaciones carecían de muebles y apestaban a humedad. Dieter abrió una puerta y se asomó a un cuarto vacío.

Lo cruzó y abrió otra puerta. Nada. En tres zancadas, llegó a la siguiente, la abrió y echó un vistazo a una cocina desvencijada.

Echó a correr escaleras arriba. Una de las ventanas del piso superior daba a un estrecho jardín pegado a la fachada posterior. Dieter se asomó... y vio a Helicóptero y Monet corriendo por la hierba. Clairet cojeaba. Helicóptero llevaba la maleta de la radio. Dieter soltó una maldición.

Debían de haber huido por una puerta trasera mientras la Gestapo forzaba la principal. Dieter se volvió y gritó:

—¡Al jardín de atrás!

Los agentes de la Gestapo echaron a correr y Dieter los siguió.

Al salir al exterior, vio a Monet y Helicóptero saltando la verja que separaba el

jardín de la siguiente propiedad. Echó a correr de nuevo, pero los fugitivos les llevaban demasiada ventaja. Alcanzó a los hombres de la Gestapo ante la verja, se encaramó a ella y saltó al otro lado.

Llegó a la calle justo a tiempo para ver un Renault Monaquatre negro que doblaba la esquina.

—Joder! —murmuró entre dientes.

Por segunda vez en un mismo día, Helicóptero se le había escapado de las manos.

Cuando llegaron a la casa, Flick les hizo chocolate. No era práctica habitual de los oficiales preparar chocolate para la tropa, pero en opinión de Flick eso sólo demostraba lo poco que sabía el ejército sobre las dotes exigibles a un mando.

Paul se quedó en la cocina mientras ella esperaba a que hirviera el agua. Flick sentía la caricia de sus ojos recorriéndole el cuerpo. Sabía lo que le iba a decir, y tenía preparada la respuesta. Habría sido fácil enamorarse de él, pero no iba a traicionar a su marido, que arriesgaba la vida a diario luchando contra los nazis en la Francia ocupada.

Sin embargo, su pregunta la sorprendió.

—¿Qué harás después de la guerra?

—Aburrirme todo lo que pueda —respondió Flick.

Paul se echó a reír.

—Tan harta estás de emociones?

—Harta es poco. —Flick se quedó pensativa—. Sigo queriendo ser profesora. Me gustaría compartir mi amor por la cultura francesa con gente joven. Enseñarles a apreciar la literatura y el arte franceses, y también cosas menos sesudas, como la cocina y la moda.

—Así que quieres enseñar en la universidad...

—Acabar el doctorado, sacar plaza, aguantar que me traten con condescendencia los catedráticos carcamales ... Tal vez, escribir una guía de viajes sobre Francia o incluso un libro de cocina.

—Después de esto, la verdad es que sí suena aburrido.

—Pero es más importante de lo que parece. Cuanto más sepan los jóvenes sobre la gente de otros países, menos probabilidades habrá de que sean tan estúpidos como nosotros y declaren la guerra a sus vecinos.

—Ojalá tengas razón.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes para después de la guerra?

—Bah, los míos son de lo más vulgar. Quiero casarme contigo y llevarte a París a pasar la luna de miel. Luego nos instalaremos en algún sitio y tendremos hijos.

Flick lo miró fijamente.

—¿Pensabas pedir mi consentimiento? —le preguntó indignada.

Paul se había puesto serio.

—Hace días que no pienso en otra cosa.

—Ya tengo marido.

—Pero no lo quieres.

—¡No tienes derecho a decir eso!

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Creía que eras un pico de oro...

—Suelo serlo. El cazo está hirviendo.

Flick apartó el cacharro del fuego y vertió el agua sobre la jarra grande de loza que contenía el cacao.

—Pon tazas en una bandeja —dijo Flick—. A ver si colaborando un poco en las faenas de la casa se te quita ese ramalazo doméstico.

Paul obedeció.

—No conseguirás desanimarme haciéndote la sargento —dijo—. Para que lo sepas, me gusta.

Flick añadió leche y azúcar y llenó las tazas que Paul había colocado en la bandeja.

—Siendo así, coge esa bandeja y tráetela a la sala.

—Ahora mismo, señora.

Cuando entraron en el cuarto de estar, encontraron a Jelly y Greta enzarzadas en una discusión, de pie en mitad de la sala, mientras las demás las observaban a medias divertidas, a medias asustadas.

—¡No lo estabas usando! —gritó Jelly.

—Tenía los pies encima —replicó Greta.

—No hay bastantes sillas. —Jelly sujetaba un pequeño escabel tapizado, y Flick supuso que se lo había quitado a Greta de debajo de los pies por las bravas.

—¡Señoras, por favor! —dijo tratando de calmar los ánimos. No le hicieron ni caso.

—No tenías más que pedírmelo, guapa.

—No tengo que pedir permiso a ninguna extranjera en mi país.

—Yo no soy extranjera, foca vieja.

—¿Qué?

Jelly se sintió tan ofendida por aquel doble insulto que se lanzó hacia Greta y la agarró de los pelos. La peluca morena de la cabaretera se le quedó en las manos.

Con la cabeza casi afeitada, Greta recuperó de golpe un aire inconfundiblemente masculino. Percy y Paul estaban en el secreto, y Ruby lo había adivinado, pero Diana y Maude se habían quedado de una pieza.

—¡Dios bendito! —exclamó la primera, mientras la segunda soltaba un gritito.

Jelly fue la primera en recobrase.

—¡Un perverso! —gritó en son de triunfo—. La madre que... ¡Un perverso extranjero!

Greta lloraba a lágrima viva.

—Jodida nazi... —murmuró entre sollozos.

—¡Seguro que es un espía! —aulló Jelly.

—Cierra el pico, Jelly —la atajó Flick—. No es ningún espía. Yo sabía que era un hombre.

—¿Que lo sabías?

—Lo mismo que Paul. Y que Percy.

Jelly se volvió hacia Percy, que asintió muy serio.

Greta dio media vuelta dispuesta a marcharse, pero Flick la cogió del brazo.

—No te vayas —le pidió—. Siéntate, por favor. —Greta obedeció y Flick se volvió hacia Jelly—. Jelly, dame la maldita peluca. —Jelly se la dio. Flick se acercó a Greta y se la puso. Comprendiendo lo que pretendía, Ruby descolgó el espejo de encima de la repisa de la chimenea y lo sostuvo delante de Greta, que observó su imagen mientras se acomodaba la peluca y se secaba los ojos con un pañuelo—. Ahora, escuchadme todas —dijo Flick—. Greta es nuestra técnica y sin ella no podríamos cumplir nuestra misión. Tenemos muchas más probabilidades de sobrevivir en territorio ocupado siendo un grupo exclusivamente femenino. La conclusión es bien sencilla: necesitamos a Greta y necesitamos que sea una mujer. Así que iros haciendo a la idea. —Jelly soltó un bufido desdeñoso—. Hay otra cosa que debería explicaros —dijo Flick fulminando a Jelly con la mirada—. Imagino que habréis advertido que Denise ya no está con nosotras. Esta noche la hemos sometido a una pequeña prueba, y no la ha superado. Está fuera del equipo. Desgraciadamente, en estos dos días se ha enterado de algunos secretos, y no podrá regresar a su antiguo puesto. Así que la han destinado a una base remota de Escocia, donde probablemente permanecerá hasta el final de la guerra, sin permisos.

—¡No tienes derecho a hacer eso! —protestó Jelly.

—Por supuesto que lo tengo, idiota —replicó Flick exasperada—. Estamos en guerra, ¿recuerdas? Y lo que he hecho con Denise, lo haré con cualquier otra a la que tenga que expulsar del equipo.

—¡Yo no pertenezco al ejército! —objetó Jelly.

—Ya lo creo que sí. Te nombraron oficial ayer, después del té, lo mismo que a las demás. Y cobras paga de oficial, aunque aún no la hayas visto. Eso significa que estás bajo disciplina militar. Además, ahora sabéis demasiado.

—Entonces, ¿qué somos, prisioneras? —dijo Diana.

—Sois militares —respondió Flick—, que viene a ser lo mismo. De modo que tomaos el chocolate, y a la cama.

Fueron desfilando una tras otra, hasta que sólo quedó Diana. Flick se lo esperaba.

Ver a su amiga achuchando a otra mujer la había dejado de una pieza. Recordaba que en la escuela algunas chicas habían intimado hasta el punto de cruzar notas apasionadas, pasear cogidas de la mano y, en algunos casos, incluso besarse; pero, que ella supiera, ninguna había ido más lejos. En cierta época, Diana y ella habían practicado el beso con lengua, para no estar en la inopia cuando se echaran novio, y ahora Flick comprendía que para Diana aquellos besos habían significado algo más que para ella. Pero no conocía a ninguna adulta a la que le gustaran las mujeres. Sobre el papel, sabía que existían, y las veía como equivalentes femeninos de su hermano Mark y de Greta, pero en el fondo nunca se las había imaginado... en fin, dándose el lote en el almacén de un pub.

¿Tenía alguna importancia? En la vida corriente, ninguna. Mark y sus amigos eran felices, al menos cuando la gente los dejaba en paz. Pero, ¿afectaría la relación de Diana y Maude a la misión? No necesariamente. Después de todo, ella misma trabajaba con su marido en la Resistencia. Por supuesto, no era exactamente lo mismo. Un idilio recién iniciado podía convertirse en una peligrosa distracción.

Flick podía intentar mantenerlas separadas, pero sólo conseguiría agravar la indisciplina de Diana. Además, su relación con Maude tenía un lado positivo. Flick necesitaba desesperadamente reforzar la unidad del equipo, y aquello podía ayudarle a conseguirlo. Por eso había decidido dejarlo correr. Pero Diana quería hablar.

—No es lo que parece, de verdad que no —dijo Diana sin más preámbulos—. Dios, tienes que creerme. Sólo ha sido una tontería, una broma...

—¿Quieres más chocolate? —le preguntó Flick—. Me parece que aún queda un poco.

Diana la miró con perplejidad.

—¿Cómo puedes hablar de chocolate en un momento así?

—Sólo quiero que te tranquilices y comprendas que no se va acabar el mundo porque le hayas dado un beso a Maude. Hace años también me besaste a mí, ¿lo recuerdas?

—Sabía que sacarías eso a relucir. Pero lo nuestro fue cosa de crías. Con Maude, no ha sido un simple beso —murmuró Diana dejándose caer en una silla. Sus orgullosas facciones se descompusieron, y dejó escapar un sollozo—. Pero eso ya lo sabes, lo has visto todo... ¡Oh, Dios mío, las cosas que he hecho! Qué habrás pensado de mí...

—He pensado que eras muy tierna con Maude —respondió Flick eligiendo cuidadosamente las palabras.

—¿Tierna? —Diana no daba crédito a sus oídos—. ¿No te hemos dado asco?

—Claro que no. Maude es una chica preciosa, y tú parecías muy enamorada.

—Lo estoy.

—Entonces no le des tantas vueltas.

—¿Cómo no le voy a dar vueltas? ¡No soy normal!

—Yo que tú no lo miraría de ese modo. Procuraría ser discreta, para no escandalizar a gente de mente estrecha como Jelly, pero me dejaría de falsas vergüenzas.

—¿Crees que siempre seré así?

Flick consideró la cuestión. Seguramente la respuesta era sí, pero no había necesidad de ser tan brutal.

—Mira, creo que algunas personas, entre ellas Maude, sólo quieren sentirse queridas, y pueden ser felices tanto con un hombre como con una mujer. —En realidad, Maude era frívola, egoísta y promiscua, pero Flick se guardó mucho de decirlo—. Otras son más inflexibles. Deberías mantener la mente abierta.

—Supongo que esto es el final de la misión para Maude y para mí.

—En absoluto.

—¿Sigues dispuesta a llevarnos contigo?

—Os sigo necesitando. Y no veo por qué lo ocurrido tiene que cambiar nada.

Diana sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Flick se levantó y se acercó a la ventana para darle tiempo a recobrar la compostura. Al cabo de un minuto, la voz de Diana sonó más calmada:

—Eres tremendamente amable —dijo con un asomo de su habitual altivez.

—Anda, ve a acostarte —le aconsejó Flick. Diana se levantó obedientemente—. Yo en tu lugar...

—¿Qué?

—Me acostaría en la cama de Maude. —Diana la miró desconcertada, y Flick se encogió de hombros—. Podría ser vuestra última oportunidad.

—Gracias —murmuró Diana, y se acercó a Flick con los brazos abiertos; pero se contuvo al instante—. Puede que ya no quieras que te abrace —le dijo.

—No seas boba —respondió Flick, y la estrechó entre sus brazos.

—Buenas noches —dijo Diana, y abandonó la sala de estar.

Flick se volvió y miró hacia el jardín. La luna estaba en cuarto creciente. En unos días estaría llena, y los aliados invadirían Francia. El viento agitaba las hojas nuevas de los árboles del bosque: iba a cambiar el tiempo. Esperaba que no hubiera tormentas en el Canal de la Mancha. El caprichoso clima inglés podía arruinar todos los planes de invasión. Supuso que habría un montón de gente rezando para que hiciera buen tiempo.

Necesitaba dormir un poco. Apagó las luces de la sala y empezó a subir la escalera. Pensó en lo que le había dicho a Diana: «Yo en tu lugar me acostaría en la cama de Maude. Podría ser vuestra última oportunidad». Al llegar ante la puerta de Paul, vaciló. Lo de Diana era distinto: estaba soltera. Ella estaba casada.

Pero podría ser su última oportunidad.

Llamó con los nudillos y entró.

Hundido en el desánimo, Dieter regresó a Sainte-Cécile en el Citroen del equipo de detección. Una vez en el palacio, fue directamente a la sala de escucha de radio del sótano a prueba de bombas. Willi Weber estaba allí, con cara de pocos amigos. Lo único positivo del fracaso de esa noche, pensó Dieter, era que Weber no podía alardear de haber triunfado donde él había fracasado. No obstante, habría soportado todo el triunfalismo de que fuera capaz Weber a cambio de tener a Helicóptero en la cámara de tortura.

—¿Tenéis el mensaje que ha enviado? —preguntó Dieter.

Weber le tendió una copia del mensaje mecanografiado.

—Ya lo hemos enviado al departamento de análisis criptográfico de Berlín.

Dieter observó la retahíla de palabras sin sentido.

—No podrán descodificarlo. Utiliza un cuadernillo de uso único —dijo doblando la hoja y guardándosela en un bolsillo. — Entonces, ¿para qué lo quieres? —le preguntó Weber. —Tengo una copia de su libro de códigos —respondió Dieter. Era una victoria insignificante, pero se sintió mejor. Weber tragó saliva.

—El mensaje podría decirnos dónde está.

—Sí. Tiene que estar en el aire para recibir la respuesta a las once.

—Dieter consultó su reloj. Faltaban unos minutos—. La grabaremos y descodificaré los dos mensajes.

Weber salió. Dieter esperó en la sala subterránea. A las once en punto, un receptor sintonizado en la frecuencia de escucha de Helicóptero empezó a soltar los pitidos breves y largos del Morse. Un operador fue escribiendo las letras mientras el magnetófono grababa los sonidos. Cuando cesó la comunicación, el operador se sentó ante una máquina de escribir y copió lo que había escrito en la libreta. Al acabar, le entregó una de las copias a Dieter.

Los dos mensajes podían ser todo o nada, se dijo Dieter sentándose al volante de su coche. La luna brillaba en el cielo nocturno mientras el Hispano-Suiza zigzagueaba entre viñedos, llegaba a Reims y se detenía ante la casa de la calle du Bois. Hacía un tiempo perfecto para una invasión.

Stéphanie lo esperaba en la cocina. Dieter dejó los mensajes codificados sobre la mesa y sacó las copias del cuadernillo y del pañuelo que le había hecho la chica. Se frotó los párpados y empezó a descodificar el primer mensaje, el enviado por Helicóptero, y a escribirlo en la libreta de la compra de mademoiselle Lemas.

Stéphanie preparó café. Echó un vistazo por encima del hombro de Dieter y le hizo un par de preguntas; luego, cogió el segundo mensaje y se puso a descodificarlo.

El texto de Dieter hacía un conciso relato del incidente de la catedral y aludía a Dieter llamándolo «Charenton» y explicando que había sido reclutado por la

Burguesa, inquieta respecto a la seguridad del lugar de contacto. Añadía que Monet había dado el paso excepcional de telefonar a la Burguesa para confirmar que Charenton era de confianza, y que había quedado satisfecho.

Por último, incluía los nombres en clave de los miembros del circuito Bollinger que no habían sucumbido en la operación del domingo anterior. Sólo eran cuatro.

Era una información útil, pero no daba ninguna pista sobre el paradero de los terroristas.

Dieter se tomó una taza de café mientras esperaba a que Stéphanie terminara de descifrar el otro mensaje. Al cabo de unos instantes, la chica le tendió una hoja escrita con esmerada caligrafía.

Cuando la leyó, apenas pudo creer en su suerte. Decía así:

PREPÁRESE RECIBIR GRUPO SEIS PARACAIDISTAS NOMBRE CLAVE
«GRAJILLAS» JEFE TIGRESA LLEGADA ONCE NOCHE VIERNES UNO
CAMPO DE PIEDRA

—Dios mío... —murmuró.

«Campo de piedra» era un nombre en clave, pero Dieter sabía lo que significaba, porque se lo había revelado Gaston durante el primer interrogatorio. Era un punto de contacto en un prado en las cercanías de Chatelle, un pueblecito a ocho kilómetros de Reims. Ahora sabía exactamente dónde estarían Helicóptero y Monet a las once de la noche del día siguiente, y podría echarles el guante.

También podría capturar a otros seis agentes aliados en cuanto aterrizaran en paracaídas.

Y uno de ellos era la Tigresa: Flick Clairet, la persona que más sabía sobre la Resistencia francesa, la mujer que, sometida a tortura, le proporcionaría la información que necesitaba para desarticular la organización terrorista justo a tiempo para impedir que ayudara a las fuerzas de invasión.

—Dios Todopoderoso —dijo Dieter—. Menudo golpe.

Sexto día: viernes, 2 de junio de 1944

Paul y Flick conversaban.

Seguían tumbados en la estrecha cama. Tenían la luz apagada, pero el resplandor de la luna bañaba la ventana. Paul estaba desnudo, como al entrar Flick. Siempre dormía desnudo. Sólo se ponía el pijama para ir al baño del final del pasillo.

Cuando Flick abrió la puerta, estaba dormido, pero se despertó de inmediato y saltó de la cama, inconscientemente convencido de que aquella visita clandestina en plena noche era cosa de la Gestapo. Se abalanzó sobre el desconocido y le echó las manos al cuello antes de comprender que era Flick.

Asombrado, emocionado y agradecido, cerró la puerta y la besó allí mismo, larga y apasionadamente. Seguía medio dormido, y por un momento temió estar soñando y despertar solo.

Flick lo rodeó con los brazos y le acarició los hombros, la espalda y el pecho. Sus manos, suaves pero firmes, lo exploraban con avidez y se detenían en cada detalle de su cuerpo.

—Tienes mucho pelo —le susurró Flick.

—Como un mono.

—Pero feo —bromeó ella.

Paul la miraba embelesado, pendiente de los movimientos de sus labios, pensando que en unos instantes los rozaría con los suyos, y que sería maravilloso.

—Vamos a acostarnos —dijo sonriendo.

Se echaron en la cama, el uno frente al otro, pero Flick no se quitó la ropa, ni siquiera los zapatos. A Paul le resultó extrañamente excitante estar desnudo con una mujer completamente vestida. Le gustaba tanto que no tenía ninguna prisa en dar el siguiente paso. Habría querido que aquel instante se prolongara eternamente.

—Dime algo —murmuró Flick con voz perezosa y sensual.

— ¿Qué?

—Cualquier cosa. Apenas te conozco.

¿Qué era aquello? Nunca había estado con una chica que se comportara de aquel modo. Había entrado en su habitación en plena noche, se había acostado en su cama, aunque sin quitarse nada, y se había puesto a hacerle preguntas.

—¿Para eso has venido? —le preguntó Paul sin dejar de mirarla. ¿Para interrogarme?

Ella rió con suavidad.

—No te preocupes, quiero hacer el amor contigo, pero sin prisas. Háblame de tu primera novia.

Paul le acarició el rostro con la punta de los dedos, siguiendo la curva de su barbilla. No sabía qué pretendía, ni adónde quería ir a parar. Había conseguido desconcertarlo.

—¿Podemos tocarnos mientras hablamos?

—Sí.

Paul la besó en la boca.

—¿Y besarnos?

—También.

—Entonces, creo que deberíamos hablar un rato, digamos durante uno o dos años.

—¿Cómo se llamaba?

Flick no estaba tan segura de sí misma como pretendía, se dijo Paul. Estaba nerviosa; por eso preguntaba tanto. Pero, si interrogarlo la hacía sentirse más cómoda, no tenía inconveniente en contestar a sus preguntas.

—Se llamaba Linda. Éramos unos críos. Tan críos que casi me da vergüenza. La primera vez que la besé, ella tenía doce años y yo, catorce. ¿Te lo imaginas?

—Claro. —Flick rió por lo bajo, y por un instante volvió a ser una niña—. Yo también me besaba con chicos a los doce.

—Teníamos que fingir que salíamos con un montón de amigos, y normalmente empezábamos la tarde con ellos, pero en cuanto podíamos nos escabullíamos y nos metíamos en un cine o en un sitio por el estilo. Seguimos así durante un par de años, antes de hacerlo por primera vez.

—¿Dónde era, en Estados Unidos?

—En París. Mi padre era agregado militar de la embajada. Los padres de Linda tenían un hotel en el que solían alojarse los norteamericanos de paso. Siempre íbamos con un montón de chavales expatriados.

—¿Dónde lo hicisteis?

—En el hotel. Lo teníamos fácil. Siempre había habitaciones disponibles.

—¿Cómo fue la primera vez? ¿Usasteis... ya sabes, alguna precaución?

—Linda le robó un condón a su padre.

Los dedos de Flick le acariciaban el vientre. Paul cerró los ojos. —¿Supiste ponértelo?

—Me lo puso ella. Fue muy excitante. Casi no pude aguantarme. Y si sigues así...

Flick deslizó la mano hacia su cadera.

—Me habría gustado conocerte cuando tenías dieciséis años.

Paul abrió los ojos. Ya no quería prolongar aquel instante eternamente. En realidad, no veía el momento de dar el siguiente paso.

—¿Te importaría...? —Tenía la boca seca, y tuvo que tragar saliva—.

¿Te importaría quitarte algo?

—No. Pero, hablando de precauciones...

—En mi cartera. En la mesilla de noche.

—Bien.

Flick se incorporó en la cama, se desanudó los zapatos y los arrojó al suelo. Luego, se puso en pie y se desabrochó la blusa. Estaba tensa, se dijo Paul.

—Tómate tiempo, tenemos toda la noche.

Hacía un par de años que no veía desnuda a una mujer de verdad. Los había sobrellevado a base de revistas, en las que, invariablemente, todas las chicas lucían rebuscados modeleros de seda con encajes, corsés, ligeros y negligees transparentes. Flick llevaba una camiseta de algodón, sin sujetador, y Paul supuso que los pequeños y firmes pechos que se delineaban tentadoramente bajo el tejido se sostenían solos. Flick dejó caer la falda. Llevaba unas sencillas bragas blancas de algodón con adornos en los muslos. Tenía un cuerpo diminuto pero musculoso. Parecía una colegiala cambiándose para jugar al hockey, pero lo excitaba infinitamente más que las chicas de las revistas.

—¿Está mejor así? —preguntó Flick acostándose de nuevo.

Paul le acarició la cadera, rozando la piel caliente, el suave algodón y de nuevo la piel. Aún no estaba lista; Paul podía notarlo. Se dijo que tenía que ser paciente y adaptarse a su ritmo.

—No me has contado tu primera vez —le había dicho. Para su sorpresa, Flick se puso roja.

—No fue tan bonita como la tuya.

—¿Y eso?

—El sitio era horrible. Un cuartucho polvoriento.

Paul se indignó. Había que ser un verdadero idiota para salir con una chica tan especial como Flick y echarle un polvo rápido en un rincón de mala muerte.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós.

Paul había imaginado que diría diecisiete.

—Vaya... A esa edad te merecías una cama con dosel.

—Lo peor no fue eso.

Empezaba a relajarse, comprendió Paul, que no obstante la animó a seguir hablando:

—Entonces, ¿qué pasó?

—Probablemente, que yo no tenía muchas ganas. Me convenció a base de insistir.

—¿No lo querías?

—Quererlo, lo quería, pero no estaba preparada.

—¿Cómo se llamaba?

—Prefiero no decírtelo.

Paul supuso que se trataba de su marido, Michel, y en lugar de insistir la besó y le

preguntó:

—¿Puedo tocarte los pechos?

—Puedes tocarme lo que quieras.

Nadie le había dicho nunca nada parecido. Su franqueza lo sorprendía y lo excitaba. Paul empezó a explorar su cuerpo. En semejante trance, la mayoría de las mujeres que había conocido cerraban los ojos, pero Flick los mantuvo abiertos y estudió su rostro con una mezcla de deseo y curiosidad que acabó de inflamarlo. Era como si mirándolo lo estuviera explorando, en lugar de lo contrario. Las manos de Paul delinearon el firme perfil de sus pechos, y las yemas de sus dedos se familiarizaron con sus pezones y aprendieron lo que les gustaba. Luego, le quitó las bragas. Tenía el vello abundante, ensortijado y de color miel, y debajo, en la ingle izquierda, un antojo parecido a una salpicadura de té. Paul agachó la cabeza y se lo besó; luego, posó los labios en sus rubias guedejas y probó su humedad con la punta de la lengua.

Paul sintió que Flick iba cediendo al placer. Su nerviosismo se había esfumado. Sus brazos y sus manos se extendieron, flojos y abandonados, pero sus caderas se tendían hacia él con ansia. Paul exploró los pliegues de su sexo con delectación. Los movimientos de Flick se hicieron más apremiantes poco a poco.

Flick le apartó la cabeza con las manos. Tenía la cara encendida y respiraba pesadamente. Estiró el brazo hacia la mesilla de noche, abrió la cartera de Paul y encontró los preservativos, tres unidades en una bolsita de papel. Rasgó la bolsa con dedos temblorosos, sacó uno y se lo puso a Paul. Luego, lo obligó a tumbarse boca arriba y se puso encima. Se inclinó a besarlo y le dijo al oído:

—Cuánto me gusta sentirte dentro...

Luego, se incorporó y empezó a moverse.

—Quítate la camiseta —le dijo Paul.

Ella se la sacó por la cabeza.

Paul la contempló mientras se movía sobre él, con el rostro congelado en una expresión dolorosamente concentrada y agitando deliciosamente sus hermosos pechos. Se sentía el hombre más afortunado del mundo. Le habría gustado que aquello no acabara nunca, que no amaneciera, que no hubiera mañana, ni avión, ni paracaídas, ni guerra...

En esta vida, se dijo, no había nada como el amor.

Cuando acabaron, lo primero que pensó Flick fue: «Y ahora, ¿qué voy a decirle a Michel?»

No estaba triste. Estaba llena de amor y deseo por Paul. En poco tiempo había llegado a sentirse más unida a él de lo que nunca lo estuvo a Michel. Deseaba hacer el amor con él todos los días del resto de su vida. Ése era el problema. Su matrimonio había acabado. Y tendría que decírselo a Michel en cuanto lo viera. No podía fingir,

ni siquiera durante unos minutos, que sentía aquello por él.

Michel era el único hombre con el que había tenido relaciones íntimas antes de conocer a Paul. Se lo habría dicho a Paul, pero se habría sentido desleal hablándole de Michel. Aquello le parecía más desleal que el mismo adulterio. Algún día le contaría a Paul que era su segundo amante, y puede que añadiera que el mejor, pero nunca le hablaría de cómo eran sus relaciones con Michel.

Sin embargo, lo diferente con Paul no era sólo el sexo, era ella misma. A Michel nunca le había preguntado por sus anteriores experiencias sexuales, como había hecho con Paul. Nunca le había dicho: «Puedes tocarme lo que quieras». Nunca le había puesto un condón, ni se había sentado a horcajadas sobre él, ni le había dicho cuánto le gustaba sentirlo dentro.

Al acostarse en la cama junto a Paul, era como si otra personalidad hubiera surgido de su interior, de un modo similar a lo que le ocurría a Mark cuando entraba en el Criss-Cross Club. De pronto, había tenido la sensación de que podía decir lo que quisiera, hacer lo que se le ocurriera, ser ella misma sin miedo a lo que pudiera pensar Paul.

Con Michel nunca había sido así. Al conocerlo siendo su alumna y deseando impresionarlo, nunca había conseguido ponerse en un auténtico pie de igualdad con él. Había seguido buscando su aprobación, algo que Michel nunca buscaba en ella. En la cama, se esforzaba en complacerlo más que en disfrutar.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Paul al cabo de unos instantes.

—En mi matrimonio.

—¿Y?

Flick se preguntó cuánto debía confesarle. Esa misma tarde, Paul le había dicho que quería casarse con ella, pero eso había sido antes de que acudiera a su cuarto. Que los hombres nunca se casan con las mujeres que se acuestan con ellos antes de hora, lo sabía hasta la más incauta. No siempre era cierto, como probaba su propia experiencia con Michel. Pero, de todas formas, decidió contarle a Paul la mitad de la verdad.

—Que se ha acabado.

—Una decisión drástica.

Flick apoyó un codo en la almohada y lo miró fijamente. —¿Te preocupa?

—Todo lo contrario. Espero que eso signifique que seguiremos viéndonos.

—¿Estás seguro?

Paul la rodeó con los brazos.

—No me atrevo a decirte lo seguro que estoy.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que salgas huyendo. Hace un rato he dicho una tontería.

—¿Lo de casarte conmigo y tener hijos?

—Lo decía en serio, pero he sido un poco arrogante.

—No tiene importancia —dijo Flick—. Cuando la gente es demasiado correcta, suele significar que no les importas. Un poco de torpeza resulta más sincera.

—Supongo que tienes razón. Nunca lo había pensado.

Flick le acarició el rostro. Notó que le apuntaba la barba, y se dio cuenta de que la luz del amanecer empezaba a colarse por la ventana. Se obligó a no consultar su reloj: no quería saber cuánto tiempo les quedaba.

Deslizó la mano por el rostro de Paul y recorrió sus facciones con la punta de los dedos: sus pobladas cejas, las profundas cuencas de sus ojos, su enorme nariz, lo que quedaba de su oreja izquierda, sus sensuales labios, su ancha barbilla...

—¿Tienes agua caliente? —le preguntó de improviso. —Sí. El lavabo es el no va más. Esa pila del rincón. Flick saltó fuera de la cama.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú quédate ahí.

Cruzó la habitación descalza sintiendo los ojos de Paul sobre su cuerpo desnudo, y deseó no ser tan ancha a la altura de las caderas. En el estante de encima del lavabo había un vaso con un tubo de pasta dentífrica y un cepillo de dientes de madera, que reconoció como francés. Al lado vio una navaja de afeitar, una brocha y un cuenco para la espuma. Abrió el grifo del agua caliente, mojó la brocha y llenó el cuenco de espuma. Luego, se volvió hacia Paul. Se la comía con los ojos.

—Tengo demasiado culo.

Paul sonrió de oreja a oreja.

—Desde aquí no lo parece. —Flick volvió a la cama con el cuenco y la brocha—. Un momento —dijo Paul—. ¿Qué pretendes?

—Voy a afeitarte.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Flick le cubrió la cara de espuma; luego, fue por la navaja y llenó el vaso de agua caliente. Se sentó sobre su vientre igual que cuando habían hecho el amor y lo afeitó con cuidadosas pasadas de navaja.

—¿Quién te ha enseñado a hacer esto? —le preguntó Paul.

—No hables —le dijo Flick—. De pequeña vi a mi madre afeitando a mi padre muchas veces. Papá era alcohólico, y llegó un momento en que ya no podía sujetar la navaja sin que le temblara el pulso, así que mamá tenía que afeitarlo a diario. Levanta la barbilla. —Paul obedeció, y Flick le pasó la navaja por la delicada piel de la garganta. Cuando acabó, humedeció una toalla con agua caliente y le quitó la espuma; luego, le secó la cara con otra limpia—. Ahora debería aplicarte una crema facial, pero seguro que eres demasiado masculino para usarla.

—No tenía ni idea de que existieran esas cosas.

—Entonces, listo.

—¿Y ahora?

—¿Te acuerdas de lo que me estabas haciendo justo antes de que cogiera tu cartera?

—Perfectamente.

—¿No te has preguntado por qué no te he dejado continuar?

—He pensado que te apetecía más... lo otro.

—No, me estabas arañando los muslos con los pelos de la barba, justo donde la piel es más sensible.

—Vaya, no sabes cuánto lo siento.

—Pues ahora tienes la ocasión de hacerte perdonar. Paul frunció el ceño.

—Cómo?

Flick resopló con fingida exasperación.

—Vamos, Einstein. Ahora que estás bien afeitadito...

—Ah, ya caigo... ¿Conque por eso me has afeitado? Quieres que... Flick se acostó boca arriba, separó las piernas y sonrió de oreja a oreja.

—¿Te vale esto como pista?

Paul se echó a reír.

—Me parece que sí —dijo, y se inclinó sobre ella. Flick cerró los ojos.

El antiguo salón de baile estaba en el ala oeste del palacio, la más dañada por el bombardeo. Uno de sus extremos había quedado reducido a escombros: sillares cuadrados, trozos de frontón y fragmentos de muro pintado apilados en polvorientos montones; pero el otro permanecía intacto. El sol matinal entraba por un enorme agujero del techo y bañaba una hilera de columnas rotas produciendo, pensó Dieter, el efecto pintoresco de un cuadro victoriano de ruinas clásicas.

Había decidido celebrar la sesión informativa en el salón de baile. La alternativa era reunirse en el despacho de Weber, pero Dieter no deseaba dar la impresión de que era Willi quien estaba al mando. Había un pequeño estrado, probablemente para la orquesta, en el que habían colocado una pizarra. Los hombres habían traído sillas de otros lugares del edificio y las habían ordenado en cuatro hileras de cinco perfectamente alineadas. Muy alemán, pensó Dieter sonriendo interiormente; los franceses las habrían dejado de cualquier modo. Weber, que había reunido al equipo, estaba sentado en el estrado de cara a los hombres, para dejar claro que era uno de los mandos, no un subordinado de Dieter.

La existencia de dos jefes, iguales en rango y mutuamente hostiles, era la mayor amenaza para la operación, se dijo Dieter.

Había dibujado un minucioso mapa de Chatelle en la pizarra. El pueblo consistía en tres edificios grandes —probablemente granjas o bodegas—, seis casas y una

panadería, apiñados en torno a un cruce de carreteras y rodeados por viñedos al norte, oeste y sur, y por un prado de un kilómetro de largo, bordeado por un gran estanque, al este. Dieter suponía que se utilizaba para pasto porque el terreno era demasiado húmedo para la vid.

—Los paracaidistas intentarán tomar tierra en el prado —dijo Dieter—. Debe de ser un lugar de aterrizaje y despegue habitual, más que suficiente para un Lysander y lo bastante largo incluso para un Hudson. Sin duda, el estanque colindante les resulta muy útil como punto de referencia visible desde el aire. En el extremo sur del prado hay un establo, que probablemente utilizan los comités de recepción para ocultarse mientras esperan a los aviones. —Hizo una pausa—. Lo más importante que deben recordar todos ustedes es que queremos que esos paracaidistas tomen tierra. Tenemos que evitar cualquier acción que pudiera alertar de nuestra presencia al comité de recepción o al piloto. Debemos ser silenciosos e invisibles. Si el avión da media vuelta y regresa a su base con los agentes a bordo, habremos perdido una oportunidad de oro. Uno de los paracaidistas es una mujer que puede proporcionarnos información sobre la mayoría de los circuitos de la Resistencia del norte de Francia... siempre que consigamos ponerle las manos encima.

Weber tomó la palabra, más que nada, para recordar su presencia a los hombres:

—Permítanme subrayar lo que acaba de decir el mayor Franck. ¡No corran riesgos! ¡No tomen iniciativas! ¡Aténganse al plan!

—Gracias, mayor —dijo Dieter—. El teniente Hesse los ha dividido en equipos de dos hombres, designados con letras que van de la A a la L. Cada edificio del mapa está marcado con una de esas letras. Llegaremos al pueblo a las veinte horas. Ocuparemos los edificios tan rápidamente como podamos. Todos los habitantes serán trasladados a la mayor de las casas grandes, conocida como maison Grandin, y permanecerán allí bajo custodia hasta que todo haya acabado.

Uno de los hombres levantó la mano.

—¡Schuller! —ladró Weber—. Puede hablar.

—Señor, ¿y si los terroristas llaman a una casa? Al no recibir respuesta, podrían empezar a sospechar.

Dieter asintió.

—Buena pregunta. Pero dudo que hagan tal cosa. Mi hipótesis es que los miembros del comité de recepción son forasteros. Los aliados no suelen lanzar agentes en paracaídas cerca de lugares habitados por simpatizantes de la Resistencia; es un riesgo innecesario. Estoy casi seguro de que llegarán cuando haya oscurecido e irán directamente al establo sin molestar a los lugareños.

Weber volvió a meter baza.

—Ése sería el procedimiento normal de la Resistencia —afirmó en el tono de un médico emitiendo su diagnóstico.

—La maison Grandin será nuestro cuartel general —siguió diciendo Dieter—. El mayor Weber estará al mando en ella. —Era su estratagema para mantenerlo alejado de la acción real—. Los civiles permanecerán encerrados en algún sitio conveniente, a ser posible, la bodega. Hay que conseguir que guarden silencio, de modo que podamos oír llegar al vehículo del comité de recepción y, más tarde, al avión.

—Si algún prisionero persiste en hacer ruido, pueden pegarle un tiro —dijo Weber.

—Tan pronto tengamos encerrados a los vecinos, los equipos A, B, C y D tomarán posiciones en las carreteras que conducen al pueblo y se mantendrán ocultos. Si llega cualquier vehículo o persona, informarán por radio de onda corta, pero no harán nada más. Insisto, a partir de ese momento, no impedirán a nadie la entrada al pueblo ni harán nada que pueda alertar de su presencia. —Dieter recorrió la sala con la mirada preguntándose con pesimismo si los hombres de la Gestapo tenían suficiente cerebro para seguir aquella orden—. El enemigo necesita un medio de transporte para seis paracaidistas más el comité de recepción, así que llegarán en un camión o autobús, o tal vez en varios coches. Creo que entrarán en el prado por este portón pues, dada la época del año, el terreno estará muy seco, de modo que los vehículos no corren peligro de quedar atascados, y estacionarán entre el portón y el cobertizo, justo aquí —dijo Dieter señalando un lugar en el mapa—. Los equipos E, F, G y H estarán en este grupo de árboles próximo al estanque, equipados con potentes linternas. Los equipos I y J permanecerán en la maison Grandin custodiando a los prisioneros y guardando el puesto de mando con el mayor Weber. —Dieter no quería tener cerca a Weber en el momento de las detenciones—. Los equipos K y L estarán conmigo detrás de este seto próximo al cobertizo. —Hans había averiguado quiénes eran los mejores tiradores y los había asignado a los equipos bajo el mando directo de Dieter—. Permaneceré en contacto por radio con todos los equipos y estaré al mando en el prado. Cuando oigamos el avión, ¡no haremos nada! Cuando veamos a los paracaidistas, ¡no haremos nada! Esperaremos hasta que tomen tierra y los miembros del comité de recepción los reúnan y los lleven hacia el lugar en que hayan aparcado los vehículos — y, alzando la voz, por Weber más que por cual quiera de sus hombres, añadió—: ¡No detendremos a nadie hasta ese momento! —Los hombres no echarían mano a la pistola a menos que un oficial nervioso se lo ordenara—. Cuando llegue, yo daré la señal. A partir de ese instante, y hasta que reciban la orden de retirada, los equipos A, B, C y D detendrán a cualquiera que intente entrar o salir del pueblo. Los equipos E, F, G y H encenderán las linternas y enfocarán con ellas al enemigo. Los equipos K y L me seguirán y efectuarán las detenciones. Nadie debe disparar al enemigo, ¿está claro?

Schuller, que al parecer era el listo del grupo, volvió a levantar la mano.

—¿Y si nos disparan ellos? —preguntó.

—No respondan al fuego. ¡Esos hombres no nos sirven de nada muertos!

Arrójense al suelo y sigan enfocándolos con las linternas. Los equipos E y F son los únicos que pueden utilizar sus armas, y tienen órdenes de limitarse a herir a los paracaidistas. Queremos interrogarlos, no matarlos.

En ese momento, sonó el teléfono, y Hesse levantó el auricular y contestó.

—Es para usted —dijo tendiéndoselo a Dieter—. Del cuartel general de Rommel.

Más oportuno, imposible, pensó Dieter mientras cogía el auricular. Había llamado a La Roche-Guyon hacía un rato y había dejado dicho que necesitaba hablar con Walter Godel.

—Walter, amigo mío, ¿cómo está el mariscal de campo? —dijo Dieter al teléfono.

—Estupendamente, ¿qué quiere? —contestó Godel, tan brusco como siempre.

—He pensado que al mariscal de campo le gustaría saber que vamos a dar un pequeño golpe esta misma noche: la detención de un grupo de saboteadores en el momento de su llegada. —Por un instante, Dieter dudó si convenía dar detalles por teléfono, pero necesitaba que Godel apoyara la operación y, dado que estaba utilizando una línea militar alemana, el riesgo de que la Resistencia estuviera escuchando era mínimo—. Según mi información, uno de ellos podría proporcionarnos abundantes datos sobre varios circuitos de la Resistencia.

—Excelente —dijo Godel—. En estos momentos, le estoy hablando desde París. ¿Cuánto tardaría en llegar a Reims en coche? ¿Dos horas?

—Tres.

—Entonces lo acompañaré durante la operación. Dieter estaba encantado.

—Por supuesto —respondió—, si ése es el deseo del mariscal de campo. Lo esperamos en el palacio de Sainte-Cécile no más tarde de las diecinueve horas —añadió volviéndose hacia Weber, que estaba ligeramente pálido.

—Muy bien —respondió Godel, y colgó.

Dieter tendió el auricular a Hesse.

—El ayudante personal del mariscal de campo Rommel, mayor Godel, se reunirá con nosotros esta tarde —anunció en tono triunfal—. Razón de más para asegurarnos de actuar con impecable eficacia. —Sonrió a la sala y se volvió hacia Weber—. Qué suerte la nuestra, ¿no?

Las «grajillas» pasaron la mañana metidas en el autobús que las llevaba hacia el norte. Fue un viaje lento y zigzagueante entre densos bosques y verdes trigales, de pueblo somnoliento en pueblo somnoliento, rodeando Londres por el oeste. El campo parecía ajeno, no ya a la guerra, sino al propio siglo XX, y Flick esperaba que siguiera así indefinidamente. Cuando atravesaron la ciudad medieval de Winchester, pensó en Reims, otra ciudad catedralicia, aunque con nazis de uniforme pavoneándose por las calles y coches negros de la Gestapo en todas las esquinas, y agradeció a Dios que se hubieran detenido en el Canal de la Mancha. Se sentó junto a Paul y contempló el paisaje durante unos minutos; luego, agotada por el ajetreo de la

noche, se quedó profundamente dormida con la cabeza apoyada en el hombro de su amante.

Llegaron a Sandy, en el condado de Bedford, a las dos de la tarde. El autobús descendió por una sinuosa carretera comarcal y tomó un cansino de tierra que atravesaba el bosque y desembocaba ante una enorme mansión llamada Tempsford House. Flick la había visitado en numerosas ocasiones: era el punto de reunión para el cercano aeródromo de Tempsford. La sensación de tranquilidad la abandonó de golpe. Para Flick, a despecho de su elegancia dieciochesca, el edificio simbolizaba la insoportable tensión de las horas previas a un vuelo sobre territorio enemigo.

Llegaban tarde para comer, pero les sirvieron té y sándwiches en la biblioteca. Flick se tomó el té, pero estaba demasiado nerviosa para comer. Los demás, en cambio, hicieron los honores con apetito.

Tras subir a sus habitaciones, las mujeres volvieron a reunirse en la biblioteca. La habitación se había transformado en una especie de guardarropa de estudio cinematográfico, atestado de percheros con chaquetas y vestidos, cajas de sombreros y zapatos, y paquetes etiquetados «Culottes», «Chaussettes» y «Mouchoirs», alrededor de una mesa de caballete con varias máquinas de coser.

Al mando de la operación se encontraba madame Guillemín, una mujer delgada de unos cincuenta años que lucía un elegante vestido camisero y una graciosa chaquetilla a juego. Llevaba las gafas en la punta de la nariz y una cinta métrica colgada al cuello, y hablaba un francés exquisito con acento parisino.

—Como saben, la ropa francesa es inequívocamente distinta de la inglesa. No diré que tengan más estilo, pero, ya me entienden, tienen más... estilo.

Se encogió de hombros a la francesa, y las chicas se echaron a reír.

No era solo cuestión de estilo, pensó Flíck sombría. Normalmente, las chaquetas francesas eran unos veinte centímetros más largas que las inglesas y tenían numerosas diferencias de detalle, cualquiera de las cuales podía ser la pista fatal que delatará a un agente. Por ese motivo, todas aquellas prendas habían sido adquiridas en Francia, obtenidas de refugiados a cambio de ropa inglesa nueva o fielmente copiadas de modelos franceses y usadas el tiempo necesario para que no parecieran nuevas.

—Como se acerca el verano, lo que tenemos ahora son vestidos de algodón, trajes finos de lana y gabardinas. —Madame Guillemín hizo un gesto hacia las dos jóvenes sentadas ante sendas máquinas de coser—. Mis ayudantes harán las alteraciones necesarias si las prendas no les quedan perfectas.

—Necesitamos ropa más bien cara —dijo Flick—, pero bastante usada. Si nos para la Gestapo, tenemos que parecer señoras respetables.

Cuando tuvieran que pasar por limpiadoras, podrían disimular la calidad de la ropa quitándose sombreros, guantes y cinturones.

Madame Guillemín empezó por Ruby. La miró de arriba abajo durante un minuto,

se acercó a un perchero y eligió un vestido azul marino y una gabardina de color habano.

—Pruébese esto. La gabardina es de hombre, pero en los tiempos que corren las francesas ya no tienen manías. —La sastra indicó un rincón de la biblioteca—. Si quiere, puede cambiarse detrás de aquel biombo, y para las más tímidas hay un pequeño gabinete detrás del escritorio. Creemos que el dueño de la casa se encerraba en él para leer porquerías. —Las chicas rieron de nuevo, excepto Flick, que se sabía de memoria los chascarrillos de madame Guillemín. La sastra se quedó mirando a Greta—. Enseguida estoy con usted —dijo, y pasó a la siguiente. Eligió sendos conjuntos para Jelly, Diana y Maude, que desfilaron hacia el biombo; luego, se acercó a Flick y bajó la voz—: ¿Qué es esto, una broma?

—¿Qué quiere decir?

La mujer se volvió hacia Greta.

—Usted es un hombre. —Flick soltó un bufido de frustración y se puso a dar vueltas por la biblioteca. La sastra había desenmascarado a Greta en cuestión de segundos. Era un mal presagio—. Podrá engañar a todo el mundo, pero no a mí. Lo he calado enseguida.

—¿Cómo? —preguntó Greta.

Madame Guillemín se encogió de hombros.

—Las proporciones son justo las contrarias ... Tiene los hombros demasiado grandes y las caderas demasiado estrechas, las piernas demasiado musculosas y las manos demasiado grandes. Es evidente para cualquier experto.

—Para esta misión, tiene que ser una mujer —dijo Flick con irritación—, así que, por favor, vístala lo mejor que pueda.

—Por supuesto. Pero, por amor de Dios, procure que no lo vea un sastre.

—No se preocupe. La Gestapo no suele contratar sastres —respondió Flick con fingida confianza; no quería que madame Guillemín supiera hasta qué punto la había inquietado.

La sastra volvió a medir a Greta con la mirada.

—Voy a darle una falda y una blusa que hagan contraste, para disimular su altura, y una gabardina tres cuartos.

La mujer eligió las prendas y se las tendió a Greta.

Greta las miró con disgusto. En cuestión de ropa, se inclinaba por conjuntos mucho más llamativos. Sin embargo, no se quejó.

—Voy a ser tímida y encerrarme en el gabinete —dijo.

Por último, madame eligió un vestido verde manzana y una gabardina a juego para Flick.

—El color realza sus ojos —aseguró la sastra—. Ya sé que no quiere llamar la atención; pero, ¿por qué no lucirse un poco? Su atractivo podría sacarla de más de un

atolladero.

Era un vestido suelto y le sentaba como una tienda de campaña, pero consiguió darle un poco de forma poniéndose un cinturón.

—Es usted tan chic como una francesa —dijo madame Guillemin. Flick se quedó con las ganas de decirle que la principal utilidad del cinturón sería sujetar una pistola.

Las chicas acabaron de vestirse y empezaron a desfilas por la biblioteca toqueteándose y soltando risitas. Madame Guillemin había elegido bien: todas se mostraron satisfechas de sus conjuntos, aunque algunos necesitaban pequeños arreglos.

—Mientras ajustamos los vestidos, pueden elegir los accesorios —dijo la sastra.

No tardaron en perder la vergüenza y empezaron a corretear por la biblioteca en ropa interior probándose sombreros y zapatos, pañuelos y bolsos. Flick comprendió que habían olvidado momentáneamente los peligros de la misión y estaban disfrutando de lo lindo con su nuevo vestuario.

Para sorpresa de todas, Greta salió del gabinete hecha un brazo de mar. Flick la examinó detenidamente. Se había levantado el cuello de la sencilla blusa para darle un toque de estilo y se había echado la gabardina por los hombros como si fuera una capa. Madame Guillemin enarcó una ceja pero no hizo ningún comentario.

A Flick le estaban acortando el vestido. Mientras lo hacían, se dedicó a mirar la gabardina del derecho y del revés. Trabajar en la clandestinidad le había aguzado la vista para los detalles, y no dejó de examinar la prenda hasta que estuvo segura de que las costuras, el forro, los botones y los bolsillos eran de estilo francés. En la etiqueta del cuello podía leerse: «Galerías Lafayette».

Flick mostró a madame Guillemin la navaja que solía llevar en la manga. Sólo medía ocho centímetros y la hoja era muy fina, aunque extremadamente afilada. Tenía el mango pequeño y carecía de guarda. La vaina era de cuero, con orificios para pasar el hilo.

—Quiero que me la cosan a la manga de la gabardina —dijo Flick.

—Lo haré yo misma —respondió la sastra.

Madame entregó a cada una de las chicas un montoncito de ropa interior con dos mudas de cada prenda, todas con etiquetas de tiendas francesas. Con asombroso ojo clínico, había acertado no sólo con las tallas, sino también con los gustos de cada cual: corsés para Jelly, graciosas braguitas con encajes para Maude, bragas azul marino de cintura alta y sujetadores de aros para Diana, y camisetas y bragas normales y corrientes para Ruby y Flick.

—Los pañuelos tienen las marcas de lavado de diferentes blanchisseries de Reims —dijo madame Guillemin sin poder ocultar su orgullo.

Para acabar, les mostró una selección de artículos de equipaje: un macuto de lona, una maleta grande de dos compartimentos, una mochila y varias maletas de fibra

sintética, de distintos tamaños y colores. Cada mujer eligió un artículo. En su interior encontraron un cepillo, pasta de dientes, polvos de tocador, crema para el calzado, cigarrillos y cerillas de marcas francesas. Aunque estarían fuera poco tiempo, Flick había insistido en que les proporcionaran juegos completos.

—Recordad —les dijo—, no podéis llevar nada que no os hayamos dado esta tarde. Vuestra vida depende de ello. —Las chicas se acordaron del peligro que afrontarían en unas horas, y las risas cesaron de golpe—. Muy bien, escuchadme todas: volved a vuestras habitaciones y vestíos de francesas, ropa interior incluida. Nos veremos a la hora de la cena.

El salón principal de la casa había sido transformado en bar. Cuando entró Flick, había una docena de hombres con uniforme de la RAF, todos —Flick lo sabía de otras veces— destinados a hacer vuelos clandestinos sobre Francia. En una pizarra, figuraban los nombres auténticos o en clave de los que partirían en misión esa noche, con las horas a las que debían abandonar la casa. Flick leyó:

Aristóteles — 19.50 Cpt. Jenkins y Tte. Ramsey — 20.05 Grajillas — 20.30 Colgate y Topadas — 21.00 El Pupas, Paradoja, Saxofón — 22.05

Flick consultó su reloj. Las seis y media. Faltaban dos horas.

Se sentó en la barra y paseó la mirada por la sala preguntándose cuántos de aquellos hombres volverían y cuántos morirían en acción. Algunos, muy jóvenes, fumaban y contaban chistes como si tal cosa. Los mayores, más curtidos, saboreaban el whisky o la ginebra con la sombría certeza de que podía ser el último. Flick pensó en sus padres, en sus mujeres o novias, en sus hijos, pequeños o crecidos. El trabajo de aquella noche dejaría a algunos de ellos hundidos en un dolor del que nunca se recuperarían del todo.

Sus lúgubres pensamientos se vieron interrumpidos por una aparición que la dejó pasmada. Simon Fortescue, el solapado burócrata del M16, entró en el bar con su perenne traje de raya diplomática seguido... por Denise Bouverie.

Flick los miró boquiabierto.

—Felicity, no sabe cuánto me alegro de encontrarla —dijo Fortescue. Sin esperar a que lo invitaran, acercó un taburete para Denise—. Camarero, un gin tonic, por favor. ¿Qué tomará usted, lady Denise?

—Un martini, muy seco.

—¿Y usted, Felicity?

—¡Tenía que estar en Escocia! —exclamó Flick por toda respuesta. —Mire, me parece que aquí ha habido un malentendido. Denise me ha contado todo lo referente a ese policía...

—De malentendidos, nada —lo atajó Flick—. Denise no superó el cursillo. Ni más ni menos.

Denise resopló indignada.

—No me entra en la cabeza que una joven de buena familia y de inteligencia más que mediana no haya supe...

—Es una bocazas.

—¿Qué?

—Que no sabe mantener la jodida boca cerrada. No es de fiar. ¡Y no debería andar suelta por el mundo!

—Maldita insolente... —farfulló Denise.

Fortescue procuró mantener la calma y bajó la voz.

—Mire, su hermano es el marqués de Inverlocky, íntimo del primer ministro. Inverlocky en persona me ha pedido que me asegure de que Denise tiene una oportunidad de arrimar el hombro. Imagino que ahora comprende lo poco diplomático que sería rechazarla.

—A ver si lo he entendido —dijo Flick alzando la voz. Un par de pilotos se volvió a mirarla—. Como favor a su amigo de la clase alta, me está pidiendo que me lleve a alguien que no es de fiar a una peligrosa misión detrás de las líneas enemigas. ¿Es eso?

Mientras Flick decía aquello, Paul y Percy entraron en el bar. El coronel Thwaite clavó los ojos en Fortescue con indisimulada animosidad.

—¿He oído bien? —preguntó Paul.

—He traído a Denise conmigo —dijo Fortescue— porque, francamente, sería muy embarazoso para el gobierno que la dejaran en tierra...

—¡Y un peligro para mí que subiera al avión! —lo atajó Flick—. Está malgastando saliva. Lady Denise no volverá al equipo.

—Mire, no quiero abusar de mi rango...

—¿Qué rango? —preguntó Flick.

—Renuncié a mi puesto en la Guardia como coronel... retirado —completó Flick. Y, en el servicio civil, soy el equivalente a un general de brigada. —No sea ridículo —rezongó Flick—. Usted no pertenece al ejército. —Le estoy ordenando que lleve con usted a Denise. —Entonces tendré que meditar mi respuesta —dijo Flick. — Eso está mejor. Estoy seguro de que no lo lamentará. —Muy bien, ahí va mi respuesta. Que le den por el culo.

Fortescue se puso rojo. No debía de ser frecuente que una mujer le deseara esas cosas, porque se había quedado sin habla, cosa rara en él. —¡Bien! —dijo Denise—. Creo que ya ha quedado suficientemente claro con qué clase de persona estamos tratando.

—Están tratando conmigo —replicó Paul, y se volvió hacia Fortescue—. Estoy al mando de esta operación, y no aceptaré a Denise en el equipo a ningún precio. Si quiere seguir discutiendo, llame a Monty.

—Bien dicho, muchacho —añadió Percy.

Fortescue consiguió recuperar la voz, se volvió hacia Flick y agitó un dedo ante sus ojos.

—Llegará el día, señora Clairet, en que lamentará lo que me ha dicho —murmuró bajándose del taburete—. Lo siento mucho, lady Denise, pero creo que aquí ya hemos hecho todo lo que hemos podido. La aristócrata y el espía se marcharon por donde habían venido.

—Maldito imbécil... —murmuró Percy.

—Vamos a cenar —dijo Flick.

Las «grajillas» los esperaban en el comedor. Cuando se disponían a tomar su última comida en Inglaterra, Percy les hizo un regalo espléndido: pitilleras de plata para las fumadoras y polveras de oro para las demás.

—Tienen contrastes franceses, de modo que pueden llevarlas consigo. —Las chicas estaban encantadas, pero el coronel volvió a bajarles los ánimos con su siguiente comentario—. El regalo tiene un segundo propósito. Se trata de objetos fáciles de empeñar si necesitan dinero rápido para salir de un auténtico apuro.

La comida era abundante, un auténtico banquete para los tiempos que corrían, y las «grajillas» se la metieron entre pecho y espalda en un visto y no visto. Flick seguía sin tener apetito, pero hizo un esfuerzo y se echó al cuerpo un bistec enorme, sabiendo que era más carne de la que comería en Francia en una semana.

Cuando acabaron de cenar, se había hecho la hora de salir hacia el aeródromo. Volvieron a las habitaciones para recoger sus maletas francesas y subieron al autobús. Recorrieron otro camino de tierra, cruzaron un paso a nivel y, al cabo de un rato, vieron una especie de graneros al borde de una explanada estrecha y larga. El letrero rezaba «Granja Gibraltar», pero Flick sabía de sobra que habían llegado a Tempsford y que los graneros eran hangares Nissen mal camuflados.

Entraron en lo que parecía un establo, donde los esperaba un oficial con uniforme de la RAF montando guardia junto a los estantes de acero de los equipos. Antes de recibir los suyos, las «grajillas» tuvieron que someterse a un registro. Maude llevaba una caja de cerillas inglesa en la maleta; Diana, un crucigrama a medio hacer arrancado del Daily Mirror en un bolsillo, aunque juró y perjuró que pensaba dejarlo en el avión; y Jelly, jugadora empedernida, una baraja con «Made in Birmingham» impreso en cada carta.

Paul les repartió los carnés de identidad, las tarjetas de racionamiento y los cupones para ropa. Cada una recibió cien mil francos franceses, casi todo en mugrientos billetes de mil francos. Era el equivalente de quinientas libras esterlinas, suficiente para comprar dos automóviles Ford.

También les entregaron armas, pistolas automáticas Colt del calibre 45, y afilados machetes de comando de doble hoja. Flick rechazó la una y el otro. Llevaba su propia pistola, la Browning automática de nueve milímetros. Se había puesto el cinturón de

cuero, en el que podía llevar la pistola o, en caso necesario, la metralleta. También prefería la navaja de manga al machete de comando, más largo y mortífero, pero mucho menos práctico. La mayor ventaja de la navaja era que, si le pedían la documentación, podía llevarse la mano a un bolsillo interior con toda naturalidad y sacar el arma en el último momento.

Además, había un rifle Lee-Enfield para Diana y una metralleta Sten Mark II con silenciador para Flick.

El explosivo plástico que necesitaría Jelly se distribuyó equitativamente entre las seis mujeres, de forma que, aunque se perdieran una o dos bolsas, quedara bastante para hacer el trabajo.

—¡Podríamos volar por los aires! —protestó Maude.

Jelly le explicó que el explosivo plástico era extraordinariamente seguro.

—Conozco a un tío que se pensó que era chocolate y se comió un trozo —aseguró—. Pues, ¿querrás creerlo? —añadió—. Ni siquiera le entró cagadera.

Iban a darles las habituales granadas de mano Mills en forma de piña, pero Flick pidió las de carcasa cuadrada y uso general, porque podían utilizarse como cargas explosivas.

Por último, cada mujer recibió una pluma estilográfica, con una píldora letal en el capuchón.

Antes de ponerse el traje de vuelo, hicieron cola para ir al lavabo. El mono disponía de una pistolera, de modo que el agente tuviera el arma a mano y, en caso necesario, pudiera defenderse nada más tomar tierra. Tras enfundarse el mono, se colocaron el casco y las gafas y, por último, se abrocharon el arnés del paracaídas.

Paul se llevó aparte a Flick. Seguía teniendo los pases especiales que permitirían a las mujeres entrar en el palacio haciéndose pasar por limpiadoras. Si una de las «grajillas» caía en manos de la Gestapo, el pase revelaría a los alemanes el auténtico objetivo de la misión. Por seguridad, se los entregó todos a Flick, para que los repartiera en el último momento.

Luego la besó. Ella lo abrazó con pasión desesperada y le metió la lengua en la boca sin pudor hasta perder la respiración.

—No dejes que te maten —le susurró Paul al oído.

Una discreta tos los sacó de su abstracción. Flick percibió el aroma de la pipa de Percy y se apartó de Paul.

—El piloto espera sus últimas instrucciones —dijo el coronel. Paul asintió y echó a andar hacia el aparato.

—Asegúrese de que comprende que Flick es el oficial al mando —le dijo Percy cuando aún estaba cerca.

—Claro —respondió Paul.

Percy parecía preocupado, y Flick tuvo un mal presentimiento. —¿Qué ocurre?

—le preguntó.

El coronel Thwaite sacó una hoja de papel del bolsillo de su chaqueta y se la tendió.

—Un motociclista procedente de Londres me ha entregado esta nota del cuartel general del Ejecutivo justo antes de que abandonáramos la casa. Lo envió ayer por la noche Brian Standish.

Percy aspiraba con ansia el humo de la pipa y lo soltaba a grandes bocanadas.

Flick leyó la hoja a la última luz de la tarde. Era un mensaje descodificado. Su contenido la golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¡Brian ha estado en manos de la Gestapo! —exclamó consternada alzando la vista.

—Sólo unos segundos.

—Eso dice el mensaje.

—¿Alguna razón para desconfiar?

—¡Qué puta mierda! —dijo Flick alzando la voz.

Un piloto que pasaba cerca volvió la cabeza, sorprendido de oír aquella expresión de labios de una mujer. Flick hizo un rebujo con el papel y lo tiró al suelo.

Percy se agachó, lo recogió y alisó las arrugas.

—Vamos a intentar mantener la calma y pensar con claridad. Flick respiró hondo.

—Tenemos una regla —dijo con vehemencia—. Cualquier agente que haya estado en manos del enemigo, fueran cuales fuesen las circunstancias, debe regresar inmediatamente a Londres para informar.

—Entonces no tendrías operador de radio.

—Puedo arreglármelas sin él. ¿Y qué me dices de ese Charenton?

—Supongo que es natural que mademoiselle Lemas haya reclutado a alguien para que la ayudara.

—Todos los nuevos deben ser investigados por Londres.

—Sabes perfectamente que esa regla no se ha aplicado nunca.

—Como mínimo deben recibir el visto bueno del jefe local.

— Bueno, pues ya lo ha recibido. Michel está convencido de que Charenton es de fiar. Después de todo, salvó a Brian de la Gestapo. El incidente de la catedral no es algo que se pueda montar deliberadamente, digo yo.

—Puede que nunca ocurriera y que ese mensaje venga directamente del cuartel general de la Gestapo.

—Ha sido enviado utilizando nuestros códigos de seguridad. Además, los alemanes no se habrían inventado una historia sobre su captura y su posterior liberación. Habrían comprendido que despertaría nuestras sospechas. Se habrían limitado a decir que había llegado sin novedad.

—Tienes razón, pero sigue sin gustarme.

—Ya, a mí tampoco —dijo Percy, para sorpresa de Flick—. Pero no sé qué hacer. Flick soltó un suspiro.

—Tenemos que arriesgarnos. No hay tiempo para hacer comprobaciones. Si no inutilizamos la central telefónica en los próximos tres días, será demasiado tarde.

—No tenemos más remedio que ir.

Percy asintió. Flick vio que tenía los ojos húmedos. El coronel se llevó la pipa a los labios y volvió a retirarla.

—Buena chica —murmuró con un hilo de voz—. Buena chica.

Séptimo día: sábado, 3 de junio de 1944

El EOE no tenía aviones propios. Debía obtenerlos de la RAF, lo que era como arrancar muelas. En 1941, tras mucho hacerse rogar, las fuerzas aéreas habían soltado dos Lysander, demasiado lentos y pesados para servir de apoyo a las fuerzas terrestres, pero ideales para aterrizajes clandestinos en territorio enemigo. Más tarde, a instancias del propio Churchill, cedieron al Ejecutivo dos escuadrillas de viejos bombarderos, aunque el jefe del mando de bombarderos, Arthur Harris, nunca dejó de maquinarse para recuperarlos. En la primavera de 1944, durante la que lanzó decenas de agentes sobre Francia para preparar la invasión, el Ejecutivo disponía de un total de treinta y seis aparatos.

El avión que transportaba a las «grajillas» era un bombardero bimotor Hudson de fabricación estadounidense, construido en 1939 y convertido en una antigualla tras la aparición del bombardero pesado Lancaster de cuatro motores. El morro del Hudson disponía de dos ametralladoras, a las que la RAF había añadido un torreta trasera con otras dos. En la parte posterior de la cabina de los pasajeros había una escotilla en forma de pequeño tobogán, por la que los paracaidistas se arrojaban al vacío. La cabina carecía de asientos, y las seis mujeres y el auxiliar permanecían repantigados en el suelo metálico. Estaban heladas, incómodas y muertas de miedo, pero a Jelly le dio un ataque de risa, que consiguió alegrarlas a todas.

Compartían la cabina con una docena de contenedores metálicos de la altura de un hombre, provistos de arneses de paracaídas y llenos —supuso Flick— de armas y municiones para facilitar las operaciones de sabotaje de otros circuitos de la Resistencia durante la invasión. Después de lanzar a las «grajillas» sobre Chatelle, el Hudson continuaría vuelo hacia un destino indeterminado antes de virar y poner rumbo de nuevo a Tempsford.

La sustitución de un altímetro averiado había retrasado el despegue; cuando dejaron atrás la costa inglesa, era la una de la madrugada. Una vez sobre el Canal, el piloto descendió a unos centenares de pies sobre la superficie del mar para mantener el aparato por debajo del nivel de los radares enemigos, y Flick cruzó los dedos para que no les disparara algún barco de la Royal Navy. Pero, al cabo de unos minutos, ascendió de nuevo hasta los ocho mil pies para cruzar la costa francesa y se mantuvo a esa altura hasta dejar atrás la fortificada franja costera de la «Muralla Atlántica»; luego, volvió a descender hasta los trescientos pies para facilitar la navegación.

El navegante, atareado con sus mapas, calculaba la posición del aparato por estima e intentaba confirmarla mediante los accidentes del terreno. A sólo tres días de la fase llena, la luna seguía creciendo y permitía distinguir los pueblos importantes, a

pesar de que permanecían completamente a oscuras. No obstante, solían disponer de baterías antiaéreas, que aconsejaban evitarlos como a los campamentos e instalaciones militares. Los puntos de referencia más útiles eran ríos y lagos, especialmente si la luna se reflejaba en sus aguas. Los bosques aparecían como simples manchas negras, cuya inesperada ausencia era signo inequívoco de que el piloto había equivocado el rumbo. El brillo de las vías férreas, el resplandor de las máquinas de vapor y los faros de los escasos coches que se atrevían a desobedecer la prohibición también servían de ayuda.

Flick se pasó el vuelo cavilando sobre Brian Standish y el misterioso Charenton. La historia podía ser cierta. La Gestapo habría averiguado la localización del lugar de contacto interrogando a los supervivientes del ataque al palacio; luego, habría tendido una trampa en la cripta y habría atrapado a Brian, liberado no obstante por el amigo de mademoiselle Lemas. Todo era perfectamente plausible. No obstante, Flick odiaba las explicaciones enrevesadas. Sólo se quedaba tranquila cuando los hechos encajaban solos y no necesitaban ninguna explicación.

Al llegar a la región de Champaña, un factor adicional facilitó la navegación. Era un invento reciente conocido como Eureka- Rebecca. Eureka, una radiobaliza, emitía una señal distintiva desde un lugar secreto en el casco urbano de Reims. La tripulación del bombardero ignoraba su localización exacta, pero Flick sabía que Michel la había colocado en la torre de la catedral. El receptor de radio, Rebecca, iba en la cabina de vuelo del Hudson, encajado entre los instrumentos de navegación. Estaban a unos ochenta kilómetros al norte de Reims cuando el navegante captó la señal del Eureka de la torre de la catedral.

La idea de los inventores era que el Eureka estuviera en el campo de aterrizaje con el comité de recepción. Sin embargo, el equipo pesaba más de cuarenta kilos, era demasiado aparatoso para pasar inadvertido y no habría engañado ni al agente más inepto de la Gestapo en un control. Los jefes de la Resistencia estaban dispuestos a colocar los Eureka en emplazamientos permanentes, pero no a cargar con ellos de aquí para allá.

En consecuencia, el navegante tuvo que volver a echar mano de los medios tradicionales para encontrar Chatelle. Por suerte, tenía al lado a Flick, que había aterrizado allí en numerosas ocasiones y podía reconocer el prado desde el aire. De hecho, iban a pasar de largo a un kilómetro del pueblo, pero Flick vio el estanque al oeste y advirtió al piloto.

Viraron a babor y sobrevolaron el campo a trescientos pies de altura. Flick vio las luces de las linternas, cuatro débiles puntos en forma de ele, y los destellos de la luz del ángulo, que emitía la señal convenida. El piloto ascendió a seiscientos pies, la altura ideal para efectuar el salto: más arriba, el viento podía alejar a los paracaidistas de la zona de aterrizaje; más abajo, la capota podía no haberse desplegado del todo

cuando el agente llegara al suelo.

—Listo cuando lo estén ustedes —dijo el piloto. —No lo estamos — respondió Flick.

—¿Cuál es el problema?

—No estoy segura. —El instinto de Flick la había puesto en guardia. Ya no eran sólo las dudas sobre Brian Standish y Charenton. Abajo pasaba algo. Señaló el pueblo, a la izquierda del aparato—. Mire, ni una luz.

—¿Y eso la sorprende? Es por los bombardeos. Y son las tres de la mañana.

Flick sacudió la cabeza.

—En el campo, a la gente le importan un bledo las prohibiciones de los alemanes. Y siempre hay alguien levantado: una madre dando el pecho, un insomne, un estudiante empollando para los exámenes. Nunca he visto este pueblo completamente a oscuras.

—Si presiente que pasa algo, deberíamos largarnos cuanto antes —dijo el piloto, nervioso.

Aparte de las luces, había algo. Flick fue a rascarse la cabeza, y sus dedos chocaron con el casco. Sus temores seguían sin concretarse.

¿Qué hacía? No podía anular la operación sólo porque los habitantes de Chatelle hubieran respetado la prohibición por una vez.

El avión sobrevoló el campo y se escoró para virar.

—Recuerde —dijo el piloto, angustiado—, cada pasada de más aumenta los riesgos. Toda la gente del pueblo debe de estar oyendo nuestros motores, y alguno puede llamar a la policía.

—¡Exacto! —exclamó Flick—. Deberíamos haber despertado a todo el mundo, pero nadie ha encendido una luz.

—No sé, la gente de pueblo suele ser desconfiada. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, como dicen ellos.

—Chorradas. Son tan cotillas como el que más. Esto es rarísimo.

El piloto estaba cada vez más nervioso, pero siguió volando en círculos.

De golpe, Flick cayó en la cuenta.

—El panadero no ha encendido el horno. Normalmente se ve el resplandor desde el aire.

—¿No será su día de descanso?

—¿Qué día es hoy? Sábado. Los panaderos cierran los lunes o los martes, pero nunca los sábados. ¿Qué habrá pasado? ¡Parece un pueblo fantasma!

—¡Entonces, vámonos de una vez!

Era como si hubieran juntado a los vecinos, incluido el panadero, y los hubieran encerrado en un granero... Justo lo que habría hecho la Gestapo si se hubiera enterado de sus planes y estuviera esperándolas.

No podía cancelar la operación. Era demasiado importante. Pero el instinto le repetía que no se lanzara sobre Chatelle.

—Un riesgo es un riesgo —dijo en voz alta.

El piloto empezaba a perder la paciencia.

—Entonces, ¿qué quiere hacer?

De pronto, Flick se acordó de los contenedores de la cabina del pasaje.

—¿Cuál es su siguiente destino?

—No puedo decírselo.

—Normalmente, no. Pero le aseguro que necesito saberlo.

—Un campo al norte de Chartres. Es decir, el circuito Vestryman.

—Los conozco —dijo Flick sintiendo renacer sus esperanzas. Ahí tenía la solución—. Nos lanzaremos con los contenedores. Habrá un comité de recepción esperándolos, de modo que podrán hacerse cargo de nosotras. Podríamos estar en París esta misma tarde, y en Reims, mañana por la mañana.

El piloto aferró la palanca de mando.

—¿Está segura?

—¿Puede hacerlo?

—Puedo llevarlas allí, no hay problema. La decisión táctica es suya. Usted está al mando de la misión... Eso me lo han dejado muy claro.

Flick estaba indecisa. Sus sospechas podían ser infundadas, en cuyo caso debería enviar un mensaje a Michel a través de la radio de Brian, para comunicarle que, aunque había decidido no saltar sobre Chatelle, el equipo estaba en camino. Pero debería dar el mínimo de información, en previsión de que la radio de Brian estuviera en manos de la Gestapo. Sin embargo, era factible. Podía redactar un escueto mensaje para que el piloto se lo entregara a Percy. Brian lo recibiría en un par de horas.

También tendría que cambiar los planes para la recogida de las «grajillas» una vez hubieran cumplido la misión. Lo previsto era que un Hudson aterrizara en Chatelle a las dos de la madrugada del domingo y, si no estaban allí, volviera a hacerlo el lunes a la misma hora. Si Chatelle estaba vigilado por la Gestapo, habría que utilizar el Campo de Oro, nombre en clave de la zona de aterrizaje próxima al pueblo de Laroque, al oeste de Reims. El grupo emplearía un día más en llevar a cabo la misión, porque tendría que trasladarse de Chartres a Reims; por lo tanto, el avión que lo recogiera debería aterrizar a las dos de la madrugada del lunes y, en caso de no encontrarlas, el martes a la misma hora.

Flick sopesó los pros y los contras. Tomar tierra en Chartres significaba perder un día. Pero hacerlo en Chatelle podía significar el fracaso de la misión y la captura de todo el grupo, que acabaría en las cámaras de tortura de la Gestapo. La elección estaba clara.

—Vamos a Chartres —le dijo Flick al piloto.

—Recibido y conforme.

El aparato se inclinó para virar, y Flick volvió a la cabina del pasaje. Las «grajillas» la miraron con expectación.

—Ha habido un cambio de planes —les dijo.

Escondido tras el seto, Dieter observaba con perplejidad las evoluciones del avión británico.

¿A qué esperaban para saltar? El aparato había pasado dos veces sobre la zona de aterrizaje. El comité de recepción estaba en su sitio. ¿Se habría equivocado el jefe al hacer la señal? ¿Se habrían descubierto los hombres de Weber? Era para volverse loco. Tenía a Felicity Clairet a tan sólo unos metros. Si ordenaba disparar al avión, un tiro afortunado habría podido alcanzarla.

De pronto, el avión se inclinó, viró y empezó a alejarse en dirección sur.

Dieter estaba avergonzado. Flick Clairet lo había burlado... delante de Walter Godel, Willi Weber y veinte agentes de la Gestapo.

Por un instante, ocultó el rostro entre las manos.

¿Qué había fallado? Podían ser muchas cosas. Sobre el rumor de los motores del Hudson, Dieter oyó jurar a los franceses. Los partisanos parecían tan perplejos como él. Lo más probable era que Flick, una jefe de equipo con experiencia, se hubiera olido algo y hubiera cancelado el salto.

—¿Qué piensa hacer ahora? —le preguntó Walter Godel, sentado en la hierba junto a él.

Dieter lo pensó un instante. En el prado había cuatro terroristas: Clairet, el jefe, que seguía cojeando a consecuencia de la herida de bala, Helicóptero, el operador de radio británico, un francés al que no conocía, y una chica joven. ¿Qué hacía con ellos? La estrategia de dejar libre a Helicóptero, tan inteligente sobre el papel, le había acarreado dos reveses humillantes, y no estaba dispuesto a encajar un tercero. Tenía que sacar algún provecho del fracaso de esa noche. No le quedaba más remedio que volver a los métodos tradicionales y confiar en que los interrogatorios le permitieran salvar la operación... y la cara.

Dieter se llevó el micrófono de la radio de onda corta a los labios y susurró:

—A todas las unidades, les habla el mayor Franck... Acción, repito, acción —dijo poniéndose en pie y sacando la pistola automática.

Los agentes de la Gestapo ocultos tras los árboles encendieron sus potentes linternas. Iluminados sin piedad, los cuatro partisanos miraron a su alrededor, desconcertados e indefensos en mitad del prado.

—¡Los tenemos rodeados! —gritó Dieter en francés—. ¡Levanten las manos!

A su lado, Godel sacó la Luger. Los cuatro agentes de la Gestapo que acompañaban a Dieter apuntaron con sus rifles a las piernas de los terroristas. Hubo

un momento de incertidumbre: ¿intentarían defenderse? Si disparaban, les responderían. Con suerte, sólo saldrían heridos. Pero esa noche Dieter no estaba de suerte. Y si aquellos cuatro morían, se quedaría sin nada.

Seguían indecisos.

Dieter avanzó hacia las luces, y los cuatro tiradores se movieron con él.

—¡Los tenemos encañonados! —gritó—. ¡No saquen sus armas! Uno de los terroristas echó a correr.

Dieter soltó un juramento. Vio un destello rojizo a la luz de las linternas: era Helicóptero. Aquel estúpido galopaba campo a través como un toro desmandado.

—Dispárenle —ordenó Dieter en voz baja.

Los cuatro tiradores apuntaron cuidadosamente y apretaron el gatillo. Los disparos resonaron con fuerza en el silencio del prado. Helicóptero dio otras dos zancadas y se desplomó.

Dieter miró a los otros tres, expectante. Al cabo de un instante, levantaron las manos.

Dieter se llevó la radio a los labios.

—A todos los equipos del prado —dijo enfundando la pistola—. Acérquense y háganse cargo de los prisioneros.

Caminó hacia el lugar en que había caído Helicóptero. El cuerpo estaba inmóvil. Los tiradores de la Gestapo le habían disparado a las piernas, pero era difícil acertar a un blanco móvil en la oscuridad, y uno de los cuatro había apuntado demasiado alto y le había atravesado el cuello: le había seccionado la médula, la yugular, o ambas cosas. Dieter se arrodilló junto al muchacho y le buscó el pulso, pero no lo encontró.

—No eras el agente más listo que he conocido, pero sí un muchacho valiente —murmuró, y le cerró los ojos—. Que Dios te acoja en su seno.

Observó a los otros tres mientras los desarmaban y los esposaban. Clairet aguantaría bien los interrogatorios; Dieter lo había visto en acción: tenía coraje. Probablemente, su punto débil era la vanidad. Era buen mozo y mujeriego. La mejor forma de torturarlo sería delante de un espejo: partirle la nariz, romperle los dientes, marcarle la cara, hacerle comprender que cuanto más tiempo resistiera, peor encarado acabaría.

El otro tenía pinta de ejercer alguna profesión liberal, tal vez la abogacía. El agente de la Gestapo que lo estaba cacheando tendió a Dieter un pase que eximía del toque de queda al doctor Claude Boucher. Dieter supuso que era falso; pero, cuando registraron los coches de la Resistencia, encontraron un maletín de médico lleno de instrumentos y específicos. El doctor Boucher estaba pálido pero sereno: también sería duro de roer.

La chica era la más prometidora. Tendría unos diecinueve años y era bonita: largo pelo negro y ojos enormes; pero estaba aterrada. Sus papeles la identificaban como

Gilberte Duval. Dieter sabía, por el interrogatorio de Gaston, que Gilberte era la amante de Michel Clairet y rival de Flick. Manejada con habilidad, no tardaría en cantar.

Los vehículos alemanes, que habían permanecido en el granero de la casa Grandin, llegaron al prado. Los prisioneros y los agentes de la Gestapo irían en el camión. Dieter dio órdenes de que los encerraran en celdas separadas y les impidieran comunicarse.

Godel y Dieter se trasladaron al palacio de Sainte-Cécile en el Mercedes de Weber.

—¡Hemos hecho el ridículo! —rezongó Weber—. ¡Qué pérdida de tiempo y qué despilfarro de hombres!

—No exageres —replicó Dieter—. Hemos retirado de la circulación a cuatro agentes subversivos, que, después de todo, es el cometido de la Gestapo. Y lo mejor de todo es que tres de ellos siguen vivos y en condiciones de ser interrogados.

—¿Qué espera obtener de ellos? —preguntó Godel.

—El muerto, Helicóptero, era un operador de radio —le explicó Dieter—. Tengo una copia de su libro de códigos. Desgraciadamente, no había traído el equipo. Si consiguiéramos dar con él, podríamos hacernos pasar por Helicóptero.

—¿No le vale cualquier radio? Siempre que conozca las frecuencias que le habían asignado, claro.

Dieter meneó la cabeza.

—Para el oído experto, cada transmisor suena diferente. Y esas pequeñas radios portátiles son especialmente fáciles de identificar. Los diseñadores han eliminado todos los circuitos superfluos para reducir el tamaño, y el resultado es un deterioro de la calidad del sonido. Si dispusiéramos de un aparato idéntico, obtenido de otro agente capturado, merecería la pena correr el riesgo.

—Es posible que tengamos alguno.

—De tenerlo, estará en Berlín. Es más rápido buscar el de Helicóptero. —¿Y cómo piensa hacerlo?

—La chica me dirá dónde está.

Dieter pasó el resto del viaje meditando la estrategia de los interrogatorios. Podía torturar a la chica delante de los dos hombres, pero quizá no bastara. Lo mejor sería torturarlos a ellos delante de la chica. Aunque quizá hubiera un método más sencillo.

El plan empezaba a formarse en su cabeza cuando pasaron ante la biblioteca pública del centro de Reims. Dieter se había fijado en el edificio con anterioridad. Era una pequeña joya, una casa modernista de piedra ocre, rodeada por un cuidado jardín.

—¿Te importa detener el coche un momento, Weber? —Weber murmuró una orden al conductor—. ¿Tienes herramientas en el maletero?

—No tengo ni idea —respondió Weber—. ¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Con su permiso, mayor —terció el conductor—. Llevamos la caja de herramientas reglamentaria.

—¿Hay algún martillo grande? —preguntó Dieter.

—Sí —dijo el conductor, y saltó fuera del coche. —No tardaré nada —aseguró Dieter apeándose.

El conductor le tendió un martillo de mango largo y gruesa cabeza de acero. Dieter pasó junto al busto de Andrew Carnegie y subió la escalinata de la biblioteca. Como era de esperar, estaba cerrada y a oscuras. Una trabajada reja de hierro forjado protegía las puertas de cristal. Dieter dobló la esquina del edificio y vio una puerta de madera que parecía conducir al sótano. El letrero rezaba: «Archivos Municipales».

Dieter golpeó la cerradura con el martillo. Cedió al cuarto martillazo. Entró y dio la luz. Subió por una escalera estrecha y, una vez en la planta baja, cruzó el vestíbulo hacia la sección de literatura. Buscó en la letra efe, encontró las obras de Flaubert y cogió un ejemplar del libro que le interesaba: Madame Bovary. Sabía que estaría: puede que fuera el único libro que no faltaba en ninguna biblioteca del país.

Buscó el capítulo noveno de la segunda parte y localizó el pasaje en cuestión. No se había equivocado. Era justo lo que necesitaba.

Dieter regresó al coche. Godel lo miró divertido. Weber, con incredulidad.

—¿Qué, necesitabas lectura?

—Si no leo un capítulo, me cuesta dormirme —replicó Dieter. Godel rió. Le cogió el libro y leyó el título.

—Un clásico de la literatura universal —sentenció—. Aun así, debe de ser la primera vez que alguien fuerza una biblioteca para robarlo.

Prosiguieron viaje hacia Sainte-Cécile. Cuando llegaron al palacio, el plan de Dieter estaba perfilado.

Para empezar, ordenó al teniente Hesse que preparara a Clairet haciéndolo desnudarse y atándolo a una silla en la cámara de tortura.

—Enséñele los alicates de arrancar las uñas —le dijo Dieter—. Luego, déjelos en la mesa, donde pueda verlos.

Mientras Hesse cumplía sus instrucciones, Dieter fue a buscar pluma, tintero y un cuadernillo de papel de cartas a las oficinas del primer piso.

Walter Godel se había instalado cómodamente en un rincón de la cámara, dispuesto a observar. Dieter estudió a Monet durante unos instantes. El jefe del circuito Bollinger era un hombre alto, con atractivas arrugas en las comisuras de los ojos. Vestía con desaliño y tenía ese aire de granuja simpático que tanto gusta a las mujeres. Ahora estaba asustado pero resuelto a callar: pensando con angustia en cómo resistir a la tortura el mayor tiempo posible, supuso Dieter.

Dieter dejó la pluma, el tintero y el papel en la mesa, junto a los alicates, para mostrarle que tenía dos alternativas.

—Desátele las manos —ordenó.

Hesse obedeció. El rostro de Clairet dejó traslucir un enorme alivio mezclado con el miedo a que aquello no fuera real.

—Antes de interrogar a los prisioneros —explicó Dieter a Godel—, quiero obtener muestras de su letra.

—¿De su letra?

Dieter asintió mirando a Clairet. El partisano, que debía de haber entendido el breve diálogo en alemán, parecía esperanzado.

Dieter se sacó Madame Bovary de un bolsillo, lo abrió y lo dejó sobre la mesa.

—Copie el capítulo noveno —le dijo a Clairet en francés.

El prisionero dudó. Parecía una petición inofensiva. Sospechaba que le estaban tendiendo una trampa, se dijo Dieter, pero no podía imaginar en qué consistía. Dieter esperó. Los miembros de la Resistencia tenían instrucciones de hacer todo lo posible para posponer el comienzo de la tortura. Clairet acabaría viendo aquello como un medio para ese fin. Era poco probable que fuera inofensivo, pero no podía ser peor que quedarse sin uñas.

—Muy bien —dijo tras una larga pausa, y empezó a escribir.

Dieter lo observó. Escribía con letra amplia y campanuda. Empleó seis cuartillas para copiar dos páginas. Cuando iba a pasar la hoja del libro, Dieter le indicó que parara. Luego, le dijo a Hans que lo devolviera a su celda y trajera a Gilberte.

Godel echó un vistazo a lo que había escrito Clairet y meneó la cabeza con perplejidad.

—Me gustaría saber qué pretende con esto, Franck —murmuró tendiéndole las hojas y regresando a su silla.

Dieter rasgó una de las hojas con cuidado para dejar sólo las frases que le interesaban.

Gilberte entró en la cámara aterrorizada pero desafiante.

—No pienso decirles nada. Nunca traicionaré a mis amigos. Además, no sé nada. Sólo soy la conductora.

Dieter la invitó a sentarse y le ofreció café.

—Auténtico —dijo tendiéndole la taza. Los franceses tenían que conformarse con achicoria.

Gilberte lo probó y le dio las gracias.

Dieter la observó con calma. Era guapa de verdad, morena y con grandes ojos negros, pero su expresión tenía algo de bovina.

—Es usted una mujer preciosa, Gilberte —dijo Dieter—. No creo que sea una auténtica asesina.

—No, no lo soy —respondió Gilberte con énfasis.

—Pero una mujer es capaz de hacer cualquier cosa por amor, ¿verdad?

La chica lo miró sorprendida.

—Veo que lo ha entendido.

—Lo sé todo sobre usted. Está enamorada de Michel.

Gilberte inclinó la cabeza sin despegar los labios.

—Un hombre casado, desde luego. Eso es lamentable. Pero usted lo quiere. Por eso ayuda a la Resistencia. Por amor, no por odio. La chica asintió.

—¿Tengo razón? —le preguntó Dieter—. Responda, por favor.

—Sí — murmuró Gilberte.

—Pero ha hecho mal, querida.

—Sé que he hecho cosas...

—No me ha entendido. Ha hecho mal, no sólo violando la ley, sino también enamorándose de Michel.

Gilberte lo miró desconcertada.

—Ya sé que está casado, pero...

—Me temo que él no la quiere.

—¡Claro que me quiere!

—No. Quiere a su mujer. Felicity Clairet, conocida como Flick. Una inglesa ni tan chic ni tan guapa como usted, que además es mayor... Pero él la quiere.

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Gilberte. —Eso es mentira —sollozó.

—Le escribe cartas, ¿lo sabía? Imagino que se las entrega a los correos que vuelven a Inglaterra. Le manda cartas de amor en las que le dice cuánto la echa de menos. Son bastante poéticas, aunque un poco anticuadas. He leído unas cuantas.

—Eso no es posible.

—Llevaba una encima cuando los detuvimos. Ha intentado romperla hace justo un momento, pero hemos conseguido salvar unos pedazos.

Dieter se sacó del bolsillo la hoja que había roto y se la tendió. —¿Es su letra?

—Sí.

—Y es una carta de amor, ¿no?

Gilberte leyó despacio, moviendo los labios:

¡Sí, pienso en ti constantemente! Tu recuerdo me desespera... ¡Ah, perdóname! Me iré... ¡Adiós! Me iré lejos, tan lejos que no volverás a oír hablar de mí. Y sin embargo... hoy mismo... no sé qué extraña fuerza me ha empujado hacia ti. Porque es inútil luchar contra el cielo, es imposible resistirse a la sonrisa de los ángeles. No hay más remedio que dejarse arrastrar por lo que es hermoso, encantador, adorable.

Gilberte dejó caer el papel con un sollozo.

—Lamento que se haya enterado por mí —dijo Dieter con suavidad. Sacó el pañuelo blanco de lino del bolsillo delantero de su chaqueta y se lo tendió. La chica ocultó el rostro en él.

Había llegado el momento de pasar de la conversación al interrogatorio sin alertar

a Gilberte.

—Imagino que Michel ha estado viviendo con usted desde que se fue Flíck.

—Desde mucho antes —respondió la chica, indignada—. Desde hace seis meses; dormía en casa todas las noches, salvo cuando ella estaba en la ciudad.

—¿En casa de usted?

—Tengo un piso. Es muy pequeño, pero suficiente para dos... dos personas que se quieren —murmuró Gilberte, y rompió a llorar de nuevo.

Dieter procuraba mantener un tono ligero y distendido mientras hacía derivar la conversación hacia el tema que le interesaba.

—¿No les resultaba incómodo compartir un piso tan pequeño con Helicóptero?

—No vivía con nosotros. Michel lo trajo ayer mismo.

—Pero debieron de discutir dónde se quedaría...

—No. Michel le había encontrado un sitio, una habitación encima de la librería de viejo de la calle Moliere.

Walter Godel se removió en su silla. Empezaba a comprender adónde quería ir a parar Dieter. Éste hizo como que no se había dado cuenta y, con la mayor naturalidad, le preguntó a Gilberte:

—¿Dejó sus cosas en el piso cuando salieron hacia Chatelle para esperar al avión?

—No, se las había llevado a la habitación.

Dieter hizo la pregunta crucial:

—¿La maleta pequeña también?

—Sí.

—Ah. —Ya tenía lo que necesitaba. La radio de Helicóptero estaba en aquella habitación de encima de la librería de la calle Moliere—. He acabado con esta pánfila —le dijo a Hesse en alemán—. Entréguésela a Becker.

El Hispano-Suiza azul de Dieter estaba aparcado frente al palacio. Con Walter Godel a su lado y Hans Hesse en el asiento posterior, Dieter cubrió rápidamente el sinuoso tramo de carretera que unía SainteCécile y Reims, y se dirigió directamente a la calle Moliere.

Forzaron la puerta de la librería y subieron la vieja escalera de madera que llevaba al cuarto de encima de la tienda. No tenía más muebles que un jergón relleno de paja y cubierto con una sábana basta. En el suelo, junto a la modesta yacija, había una botella de whisky, un neceser y la pequeña maleta.

Dieter la abrió y le mostró la radio a Godel.

—Con esto —dijo exultante—, puedo convertirme en Helicóptero. En el viaje de vuelta a Sainte-Cécile, hablaron sobre el mensaje que convenía enviar.

—Lo primero que querría saber Helicóptero es por qué no se lanzaron los paracaidistas —dijo Dieter—. Así que preguntaría: «¿Qué pasó?». ¿Está de acuerdo?

—Y estaría molesto —apuntó Godel.

—Entonces, puede que dijera: «¿Qué diantre pasó?». Godel meneó la cabeza.

—Estudié en Inglaterra antes de la guerra. Esa expresión, «¿Qué diantre?», es demasiado fina. Es un ridículo eufemismo de: «¿Qué coño?». Un militar joven no la usaría nunca.

—Muy bien, entonces lo haremos decir: «¿Qué coño pasó?» — Demasiado vulgar —objetó Godel—. Helicóptero sabe que el mensaje podría ser descodificado por una mujer.

—Su inglés es mejor que el mío, usted elige.

—Yo creo que diría: «¿Qué demonios pasó?». Expresa su enfado y es una expresión masculina que no resulta ofensiva para una mujer.

—De acuerdo. A continuación, querrá saber qué quieren que haga, de modo que les pedirá nuevas órdenes. ¿Qué diría?

—Probablemente: «Espero instrucciones». A los ingleses no les gusta la palabra «órdenes»; les suena poco refinada.

—Muy bien. Y tenemos que solicitar una respuesta rápida, porque Helicóptero estaría impaciente, como lo estamos nosotros.

Llegaron al palacio y fueron directamente a la sala de escucha del sótano. Un operador de mediana edad llamado Joachim enchufó la radio de Helicóptero y sintonizó su frecuencia de emergencia mientras Dieter garrapateaba el mensaje:

¿QUÉ DEMONIOS PASÓ? ESPERO INSTRUCCIONES. URGE RESPUESTA.

Dieter procuró reprimir su impaciencia y explicó cuidadosamente a Joachim cómo tenía que codificar el mensaje, incluida la contraseña de seguridad.

—¿No descubrirán que no es Helicóptero quien teclea? ¿No pueden reconocer el ritmo particular del operador, como si fuera su letra?

—Sí —respondió Joachim—. Pero he oído transmitir a ese chico un par de veces, y puedo imitarlo. Es un poco como remedar la voz de alguien, como poner acento de Frankfurt, por así decirlo.

Godel parecía escéptico.

—¿Es usted capaz de hacer una imitación perfecta después de haberlo oído dos veces?

—No, perfecta no. Pero los agentes suelen estar bajo una enorme presión cuando transmiten, escondidos en algún cuchitril y temiendo que los descubramos en cualquier momento, así que las pequeñas variaciones pueden achacarse a la, tensión —explicó el operador, y empezó a teclear el mensaje.

Dieter calculó que les quedaba al menos una hora de espera. El operador de la estación británica tendría que descodificar el mensaje y entregárselo al controlador de Helicóptero, que seguramente estaría en la cama. Podía cogerlo por teléfono y redactar la respuesta inmediatamente; pero, aun así, habría que codificarla y

transmitirla. Por último, una vez la recibieran, Joachim tendría que descodificarla.

Dieter y Godel subieron al comedor de la planta baja, donde encontraron al cabo de cocina ocupado en preparar el desayuno, y le pidieron que les hiciera salchichas y café. Godel estaba impaciente por regresar al cuartel general de Rommel, pero quería quedarse para ver en qué acababa aquello.

Ya había amanecido cuando se presentó una joven en uniforme de las SS para comunicarles que había llegado la respuesta y que Joachim estaba acabando de mecanografiarla.

Godel y Dieter se apresuraron a bajar al sótano. Dando otra prueba de su habilidad para olfatear la acción, Weber se les había adelantado. Joachim tendió el mensaje mecanografiado a su jefe y sendas copias a Godel y Dieter.

Dieter leyó:

«GRAJILLAS» CANCELARON SALTO PERO ESTÁN EN TIERRA ESPERE MENSAJE DE TIGRESA.

—Esto y nada todo es nada —rezongó Weber.

Godel parecía estar de acuerdo.

—Qué decepción —murmuró.

—¡Se equivocan! —exclamó Dieter con júbilo—. La Tigresa está en Francia, ¡y sabemos qué aspecto tiene! —Se sacó las fotos de Flick Claret del bolsillo con un floreo y le tendió una a Weber—. Saca de la cama a un impresor y haz que tire cien copias. Quiero ver esta cara por todo Reims en las próximas doce horas. Hans, que me llenen el depósito del coche.

—¿Adónde piensa ir? —preguntó Godel.

—A París, con la otra fotografía, a hacer lo mismo que aquí. ¡Esta vez no se me escapará!

El salto había ido como la seda. Primero, lanzaron los contenedores, para evitar que alguno aterrizara en la cabeza de una «grajilla»; acto seguido, las paracaidistas se sentaron una tras otra en la boca de la escotilla y, cuando el auxiliar les dio una palmada en el hombro, se deslizaron por el tobogán y cayeron al vacío.

Flick fue la última. Apenas saltó, el Hudson viró hacia el norte y desapareció en la noche. Les deseó suerte. Estaba amaneciendo; debido a los retrasos de la noche, tendrían que efectuar la última parte del vuelo a la peligrosa luz del día.

Flick hizo un aterrizaje perfecto, con las rodillas dobladas y los brazos pegados a los costados, y rodó por el suelo. Se quedó inmóvil durante unos segundos. Suelo francés, se dijo con un estremecimiento; territorio enemigo. Ahora era una criminal, una terrorista, una espía. Si la cogían, la ejecutarían.

Apartó aquella idea de su mente y se puso en pie. A unos metros, un burro la miró a la luz de la luna, inclinó la cabeza y siguió pastando. Tres contenedores habían

caído cerca de donde se encontraba. Algo más lejos, diseminados en parejas por el campo, vio a media docena de partisanos que recogían los pesados bultos y se los llevaban hacia los vehículos.

Se desembarazó del arnés del paracaídas, se quitó el casco y salió del mono. Mientras lo hacía, un muchacho se acercó corriendo y, en jadeante francés, exclamó:

—¡No esperábamos a nadie, sólo las armas!

—Un cambio de planes —respondió Flick—. No se apure. ¿Está Anton con usted? Anton era el nombre en clave del jefe del circuito Vestryman. —Sí.

—Dígale que la Tigresa está aquí.

—Ah... ¿Usted es la Tigresa? —dijo el chico, visiblemente impresionado.

—Sí.

—Yo soy Chevalier. Es un placer conocerla.

Flick alzó los ojos al cielo. Había empezado a pasar del negro al gris.

—Por favor, Chevalier, hable con Anton enseguida. Dígale que somos seis y necesitamos que nos lleven. No hay tiempo que perder.

—Sí, señora —dijo el chico, y echó a correr.

Flick plegó el paracaídas cuidadosamente y se puso a buscar a las otras «grajillas». Greta había caído en un árbol y se había magullado al atravesar las ramas superiores, pero había conseguido librarse del arnés y saltar al suelo. Las demás habían caído sobre la hierba y no se habían hecho ni un rasguño.

—Estoy muy orgullosa de mí misma —declaró Jelly—, pero no volvería a hacerlo ni por un millón de libras.

Flick había observado que los partisanos llevaban los contenedores hacia el extremo sur del prado, y abrió la marcha en esa dirección. Al cabo de unos instantes, vieron una furgoneta de albañil, un carro tirado por un caballo y una vieja limusina Lincoln sin capó movida por un motor de vapor. Flick, en absoluto sorprendida, sonrió: la gasolina era un artículo de lujo, y los franceses tenían que aguzar el ingenio si querían utilizar sus coches.

Los partisanos habían cargado la mayoría de los contenedores en el carro y estaban cubriéndolos con cajas vacías. El resto iba en la furgoneta. Al mando de la operación estaba Anton, un individuo delgado de unos cuarenta años tocado con una boina mugrienta y embutido en una chaquetilla de trabajo azul. El hombre las miró asombrado.

—¿Seis mujeres? —exclamó moviendo un cigarrillo amarillento en la comisura de los labios—. ¿Qué es esto, un equipo de costureras?

Flick había descubierto que lo mejor era hacer oídos sordos a las bromas sobre mujeres, y le habló con la mayor seriedad:

—Ésta es la mayor operación que he tenido a mi cargo, y necesito tu ayuda.

—Faltaría más.

—Tenemos que coger un tren a París.

—Puedo llevaros a Chartres. —Miró al cielo calculando el tiempo que faltaba para que se hiciera de día y señaló hacia una granja, apenas visible al otro lado del campo—. De momento, ocultaos en un granero. Cuando hayamos dejado los contenedores, volveremos a por vosotras.

—No es buena idea —dijo Flick con firmeza—. Vamos con retraso.

—El primer tren a París sale a las diez. Te garantizo que llegaréis a tiempo para cogerlo.

—No digas estupideces. A saber cuándo pasa el tren. —Era cierto. La combinación de los bombardeos aliados, los atentados de la Resistencia y los errores deliberados de los ferroviarios hostiles a los nazis había desquiciado los horarios; lo más sensato era llegar a la estación cuanto antes y coger el primer tren—. Deja los contenedores en el granero y llévanos ya.

—Imposible —dijo Anton—. Tengo que quitar las armas de en medio antes de que se haga de día.

Los hombres dejaron de trabajar para presenciar la discusión.

Flick soltó un suspiro. Las armas y las municiones de los contenedores eran lo más importante del mundo para Anton. Eran la fuente de su poder y su prestigio.

—Esto es más importante, créeme —dijo Flick.

—Lo siento...

—Escúchame bien, Anton. Si no haces esto por mí, te prometo que no volverás a recibir un solo paquete de Inglaterra. Y sabes que está en mi mano, ¿verdad?

Hubo una pausa. Anton no quería bajarse del burro delante de sus hombres. Pero, si le cortaban el suministro de armas, esos mismos hombres se buscarían otro jefe. Aquél era el único medio de presión de los agentes británicos sobre la Resistencia Francesa.

Y funcionó. Anton la fulminó con la mirada. Lentamente, se quitó la colilla de la boca, le echó un vistazo y la lanzó lejos.

—Está bien —murmuró—. Subid a la furgoneta.

Las mujeres ayudaron a descargar los contenedores y subieron a la caja del vehículo. El suelo estaba sucio de polvo de cemento, barro y aceite, pero utilizaron unos trozos de saco como almohadillas y se sentaron. Anton cerró las puertas.

Chevalier se puso al volante.

—Pónganse cómodas, señoras —dijo en inglés—. ¡Allá vamos!

—Nada de bromas, por favor —lo atajó Flick en francés—, y nada de inglés.

El chico se puso en marcha sin replicar.

Después de viajar ochocientos kilómetros en el suelo metálico de un bombardero, las «grajillas» hicieron otros cuarenta en el de una furgoneta inmundada. Sorprendentemente, Jelly —la mayor, la más gruesa y la menos paciente de las seis—

se lo tomó con más filosofía que ninguna, haciendo bromas sobre las incomodidades y riéndose de sí misma cuando el vehículo tomaba una curva cerrada y la hacía rodar por el suelo.

Pero cuando salió el sol y la furgoneta entró en la pequeña ciudad de Chartres, los rostros de las seis mujeres volvieron a tensarse.

—No puedo creer que esté haciendo esto —murmuró Maude, y Diana le apretó la mano.

Flick había perfilado el plan.

—A partir de ahora —les dijo—, nos dividiremos en parejas.

Flick había formado los grupos en el centro de desbaste. Diana iría con Maude, porque no habría aceptado otra compañera. Flick había decidido emparejarse con Ruby, porque necesitaba a alguien con quien discutir los problemas, y Ruby era la «grajilla» más inteligente. Por desgracia, Greta y Jelly tendrían que ir juntas.

—Sigo sin entender por qué me toca ir con el extranjero —dijo Jelly.

—Esto no es una excursión campestre, donde una puede sentarse con su mejor amiga —respondió Flick irritada—. Es una operación militar y harás lo que se te ordene. —Jelly no dijo ni pío—. Tendremos que cambiar nuestras historias, para explicar el viaje en tren —prosiguió Flick—. ¿Alguna idea?

—Yo soy la mujer del mayor Remmer —dijo Greta—, un oficial alemán destinado en París, de viaje con mi doncella francesa.

Iba a visitar la catedral de Reims. Supongo que ahora podría volver de visitar la de Chartres.

—Perfecto. ¿Diana?

—Maude y yo somos secretarias de la compañía eléctrica en Reims. Hemos viajado a Chartres porque... Maude ha perdido el contacto con su novio y pensábamos que podía estar aquí. Pero no estaba.

Flick asintió satisfecha. Había centenares de francesas buscando a parientes desaparecidos, especialmente a hombres jóvenes, que podían haber resultado heridos en un bombardeo, detenidos por la Gestapo, enviados a campos de trabajo en Alemania o reclutados por la Resistencia.

—Yo soy la viuda de un agente de bolsa caído en 1940 —dijo Flick—. He venido a Chartres a recoger a una prima huérfana y llevármela conmigo a Reims.

Una de las mayores ventajas de los agentes secretos femeninos era que podían desplazarse por el país sin levantar sospechas, mientras que un hombre sorprendido fuera del área donde trabajaba se arriesgaba a que lo acusaran de pertenecer a la Resistencia, especialmente si era joven.

Flick se volvió hacia el conductor.

—Chevalier, busque un lugar discreto para dejarnos. —Seis mujeres bien vestidas bajando de la caja de una vieja furgoneta habrían llamado la atención incluso en la

Francia ocupada, donde la gente tenía que conformarse con los medios de transporte disponibles—. Ya encontraremos la estación nosotras.

Un par de minutos más tarde, Chevalier detuvo la furgoneta, retrocedió hasta una bocacalle, se apeó y abrió las puertas traseras. Las «grajillas» saltaron a tierra y vieron que estaban en una calleja empedrada con casas altas en ambas aceras. Al fondo, sobre los tejados, se veía parte de la catedral.

Flick les recordó el plan:

—Id a la estación, sacad billetes de ida a París y coged el primer tren. Cada pareja hará como que no conoce a las demás, pero intentaremos sentarnos juntas. Nos reagruparemos en París. Ya sabéis la dirección.

Se encontrarían en una pensión llamada Hotel de la Chapelle, cuya propietaria, aunque no pertenecía a la Resistencia, no haría preguntas. Si llegaban a tiempo a la estación, continuarían viaje a Reims de inmediato; si no, pasarían la noche en la pensión. Flick no se moría de ganas de ir a París, que hervía de agentes de la Gestapo y de sus esbirros franceses, los collabos, pero el transbordo era inevitable.

Flick y Greta seguían siendo las únicas que conocían el auténtico objetivo de la misión. Las otras estaban convencidas de que iban a volar un túnel ferroviario.

—Diana y Maude las primeras, vamos, ¡deprisa! Jelly y Greta, tras ellas, más despacio.

Las dos parejas se alejaron una tras otra con el miedo pintado en el rostro. Chevalier estrechó las manos de Flick y Ruby, les deseó suerte y se marchó en la furgoneta camino del Campo de Oro, para recoger el resto de los contenedores. Las dos mujeres salieron de la calleja.

Los primeros pasos en una localidad francesa eran siempre los peores. Flick tenía la sensación de que todas las personas con las que se encontraban sabían lo que eran, como si llevaran un letrero pegado a la espalda en el que dijera: «¡Agente británica! ¡Dispare a matar!». Pero la gente pasaba a su lado sin fijarse en ellas y, tras cruzarse sin contratiempos con un gendarme y un par de oficiales alemanes, su pulso recuperó el ritmo normal.

No obstante, se sentía rara. Siempre había sido una persona respetable, y de niña le habían enseñado a considerar amigos a los policías.

—Odio estar en el otro lado de la ley —murmuró en francés—. Como si hubiera hecho algo malo.

Ruby rió por lo bajo.

—A mí me resbala —dijo—. La policía y yo nunca hemos hecho buenas migas.

Flick recordó con un estremecimiento que el martes de esa misma semana Ruby seguía en la cárcel por asesinato. Cuatro días que parecían una eternidad.

Al llegar a la catedral, en lo alto de la colina, y ver aquel templo incomparable, aquella cima de la cultura medieval francesa, Flick no pudo evitar emocionarse. De

pronto, sintió una nostalgia dolorosa al pensar que en otros tiempos podría haber pasado horas contemplando aquella maravilla desde todos sus ángulos.

Descendieron la colina hacia la estación, un moderno edificio de piedra del mismo color que la catedral. Entraron en el vestíbulo cuadrado de mármol ocre. En la ventanilla había cola. Era buena señal: la gente intuía que el tren no tardaría en llegar. Greta y Jelly ya estaban en la fila, pero no había ni rastro de Diana y Maude. Era de suponer que esperaban en el andén.

Sobre el despacho de billetes, un cartel anti Resistencia mostraba a un matón con pistola y a Stalin tras él. La leyenda decía así:

¡ASESINAN envueltos en los pliegues de NUESTRA BANDERA!

«Yo soy una de éstos», se dijo Flick.

Sacaron los billetes sin contratiempos. Para llegar al andén tenían que pasar un control de la Gestapo, y a Flick se le aceleró el pulso. Greta y Jelly ya estaban en la cola. Sería su primer encuentro con el enemigo. Flick rezó para que no perdieran los nervios. Diana y Maude debían de haber pasado el control.

Greta respondió a los agentes de la Gestapo en alemán. Flick la oyó con claridad mientras recitaba su historia.

—Conozco al mayor Recomer —dijo uno de los agentes, un sargento—. Del cuerpo de Ingenieros, ¿no?

—No, del contraespionaje —respondió Greta.

Al verla tan tranquila, Flick se dijo que, a Greta, hacerse pasar por lo que no era no le suponía el menor esfuerzo.

—Supongo que le gustan las catedrales —dijo el sargento en tono distendido—. Porque, en este agujero, no hay mucho más que ver. —Sí.

El hombre se puso a revisar los papeles de Jelly.

—¿Acompaña a frau Recomer en todos sus viajes? —le preguntó. —Sí, es muy amable conmigo —contestó Jelly.

Flick percibió el temblor de su voz y comprendió que estaba aterrorizada.

—¿Han visitado el palacio del obispo? —dijo el sargento—. Merece la pena.

—Sí, es impresionante —respondió Greta en francés.

El sargento miraba a Jelly a la espera de su respuesta. Ella se había quedado aletalada, y tardó unos segundos en contestar: —La mujer del obispo ha sido muy amable.

A Flick se le cayó el alma al suelo. Jelly hablaba un francés perfecto, pero no tenía la menor idea sobre ningún país extranjero y por supuesto no sabía que los obispos sólo se casaban en la Iglesia Anglicana, que Francia era un país católico y que sus sacerdotes guardaban el celibato. Jelly se había delatado en el primer control.

¿Qué pasaría ahora? Flick llevaba la metralleta Sten con silenciador en la maleta, desmontada en tres partes; pero tenía la Browning automática en la vieja mochila de

cuero que llevaba a la espalda. Discretamente, recorrió la cremallera de la mochila para tener rápido acceso al arma, mientras Ruby metía la mano en el bolsillo derecho de la gabardina y empuñaba su pistola.

—¿La mujer? —preguntó el sargento—. ¿Qué mujer? —Jelly lo miró desconcertada—. ¿Es usted francesa?

—Por supuesto.

Greta se apresuró a intervenir.

—Se refiere a la mujer que lleva la casa, al ama de llaves del señor obispo —dijo en francés.

—Eso, el ama de llaves del señor obispo, quería decir —confirmó Jelly, comprendiendo que había metido la pata.

Flick contuvo el aliento.

El sargento dudó unos segundos; luego, se encogió de hombros y les devolvió sus papeles.

—Espero que el tren no las haga esperar —dijo, de nuevo en alemán.

Greta y Jelly siguieron su camino, y Flick respiró aliviada.

Cuando le llegó el turno y estaba a punto de enseñar su documentación, dos gendarmes franceses se saltaron la cola. Se detuvieron en el puesto de control y esbozaron un saludo, pero no sacaron sus papeles. El sargento asintió.

—Pasen —dijo.

«Si la seguridad de este sitio dependiera de mí —se dijo Flick—, a este sargento se le iba a caer el pelo.» Cualquiera podía hacerse pasar por poli. Pero los alemanes eran de una amabilidad exquisita con la gente de uniforme: eso explicaba en buena parte que hubieran entregado su país a un hatajo de psicópatas.

Había llegado su turno de mentir a la Gestapo.

—¿Son primas? —preguntó el sargento clavando los ojos en Flick y luego en Ruby.

—No nos parecemos mucho, ¿verdad? —respondió Flick con una desenvoltura que estaba lejos de sentir.

No se parecían nada: Flick tenía el pelo rubio, los ojos verdes y la piel clara, mientras que Ruby era morena y tenía los ojos negros. —Su prima parece gitana —dijo el sargento.

Flick fingió indignación.

—¿Ah, sí? Pues no lo es —y, a modo de explicación del color de tez de Ruby, añadió—: Su madre, la mujer de mi tío, era de Nápoles. El sargento se encogió de hombros y se volvió hacia Ruby. —¿Cómo murieron sus padres?

—En el descarrilamiento de un tren —dijo.

—¿Un atentado de la Resistencia? —preguntó el sargento. —Sí.

—Mi más sentido pésame, señorita. Esos terroristas son animales —gruñó el

sargento devolviéndoles los papeles.

—Gracias, señor —dijo Ruby.

Flick se limitó a hacer un gesto con la cabeza y la siguió.

No había sido un control fácil. «Espero que no sean todos igual —se dijo Flick—. Mi corazón no lo soportaría.»

Diana y Maude estaban en el bar. Flick las vio al otro lado del cristal y advirtió que estaban bebiendo champán. Se puso furiosa. Los billetes de mil francos del Ejecutivo no eran para eso. Además, Diana sabía de sobra que necesitaba estar despejada para no cometer errores. Pero de momento no podía hacerse nada.

Greta y Jelly estaban sentadas en un banco. Jelly parecía contrita, sin duda porque alguien a quien consideraba un perverso extranjero acababa de salvarle la vida. Flick se preguntó si aquello la haría cambiar de actitud.

Ruby y ella encontraron un banco libre a cierta distancia y se sentaron.

Al cabo de cinco horas, el andén estaba a rebosar. Entre los viajeros que esperaban había hombres trajeados con aspecto de abogados o empresarios con asuntos que resolver en París, mujeres francesas relativamente bien vestidas y grupos de militares alemanes. Las «grajillas», que disponían de dinero y libretas de racionamiento falsas, pudieron comprar pain noir y sucedáneos de café en el bar.

Eran las once pasadas cuando el tren se detuvo en la estación. Los coches iban de bote en bote, y apenas bajó gente, de modo que Flick y Ruby tuvieron que quedarse de pie, lo mismo que Greta y Jelly. En cambio, Diana y Maude encontraron sitio en un compartimento de seis, con dos mujeres de mediana edad y los dos gendarmes franceses.

Los gendarmes inquietaban a Flick. Consiguió abrirse paso entre la gente apretujada en el pasillo y hacerse un hueco junto a la puerta del compartimento, desde donde podía echar un vistazo por el cristal y vigilar a los cuatro. Por suerte, la combinación de la noche en vela y del champán de la estación pudo más que Diana y Maude, que se quedaron dormidas en cuanto el tren emprendió la marcha.

El convoy avanzaba cansinamente resoplando entre bosques y campos de cultivo. Al cabo de una hora, las dos señoras francesas se apearon en una estación intermedia, y Flick y Ruby se apresuraron a ocupar sus sitios. Sin embargo, Flick lo lamentó casi de inmediato. A los gendarmes, dos veinteañeros, les faltó tiempo para pegar la hebra, encantados de tener a dos chicas con las que conversar durante el largo viaje.

Se llamaban Christian y Jean-Marie. El primero, de pelo negro y rizado y ojos castaños, era románticamente guapo; Jean-Marie tenía una mirada astuta, una cara zorruna y un bigote rubio. Christian, el más hablador, ocupaba el asiento del centro y tenía a Ruby a un lado. Flick estaba sentada enfrente, junto a Maude, que dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Diana.

Los gendarmes contaron que iban a París para recoger a un preso. El asunto no

tenía nada que ver con la guerra: el detenido era un vecino de Chartres que había asesinado a su mujer y a su hijastro y había huido a París, donde los flics, los policías de la capital, le habían echado el guante y lo habían hecho confesar. Christian y Jean-Marie tenían que traerlo de vuelta a Chartres para que lo juzgaran. Christian se llevó la mano a un bolsillo de la guerrera y les enseñó las esposas que le pondrían, como para demostrar a Flick y Ruby que no estaban fanfarroneando.

En una hora, Flick se enteró de toda la vida y milagros de Christian. A continuación, y en justa correspondencia, tuvo que detallar su falsa identidad mucho más allá de los rasgos básicos que había imaginado de antemano. Acabó agotada, pero se dijo que era una buena práctica para un interrogatorio de verdad.

Dejaron atrás Versalles y pasaron de largo por la estación de clasificación de Saint-Quentin, devastada por los bombardeos. Maude se despertó. Se acordó de hablar en francés, pero no de fingir que no conocía a Flick, así que le preguntó:

—Hola. ¿Dónde estamos, lo sabes?

Los gendarmes, sorprendidos, cruzaron una mirada. Flick les había dicho que Ruby y ella no conocían a las otras dos chicas; sin embargo, Maude se había dirigido a ella como a una amiga.

Flick conservó la sangre fría.

—No nos conocemos —dijo sonriendo—. Me parece que me ha confundido con su amiga. Está usted medio dormida.

Maude frunció el ceño como diciendo: «¿De qué demonios estás hablando?»; pero no tardó en captar la mirada de Christian. En rápida mímica, su rostro expresó sorpresa, comprensión y horror, y al cabo de un instante, en tono nada convincente, farfulló:

—Por supuesto, qué tonta soy... Usted perdone.

Por suerte, Christian no era un hombre suspicaz.

—Lleva dormida dos horas —le dijo a Maude sonriendo—. Estamos a las afueras de París. Pero, como puede ver, el tren se ha parado.

Maude le dedicó la más deslumbrante de sus sonrisas.

— ¿Cuándo cree usted que llegaremos?

—La verdad, señorita, me pide usted demasiado. Yo sólo soy humano; el único que conoce el futuro es Dios.

Maude rió como si el gendarme hubiera dicho algo deliciosamente ingenioso, y Flick se relajó.

En ese momento, Diana despertó sobresaltada y exclamó en inglés:

—¡Dios santo, cómo me duele la cabeza! ¿Dónde demonios estamos?

Un segundo después vio a los dos gendarmes y comprendió al instante lo que acababa de hacer... pero era demasiado tarde.

—¡Ha hablado en inglés! —dijo Christian. —Flick vio que Ruby metía la mano en

el bolsillo de la gabardina—. ¡Usted es inglesa! —dijo el gendarme señalando a Diana, y se volvió hacia Maude—. ¡Y usted también! —y, recorriendo el compartimento con la mirada, cayó en la cuenta—. ¡Todas son inglesas!

Flick extendió el brazo y agarró a Ruby por la muñeca cuando ya había sacado la mitad del arma fuera del bolsillo de la gabardina.

Christian advirtió el gesto, bajó la vista hacia la mano de Ruby y exclamó:

—¡Y están armadas!

Su pasmo habría resultado cómico si la vida de ellas cuatro no hubiera estado en peligro.

—¡Ay, Dios, la he jodido del todo! —murmuró Diana.

El tren dio una sacudida y se puso en marcha.

—¡Son agentes de los aliados! —dijo Christian bajando la voz.

Flick aguardaba su reacción con el corazón en un puño. Si intentaba sacar la pistola, Ruby le dispararía. En tal caso, tendrían que saltar del tren. Con suerte, podrían escabullirse entre las casuchas del suburbio que atravesaban en esos momentos antes de que la Gestapo iniciara la persecución. El convoy empezó a coger velocidad, y Flick se preguntó si no era mejor saltar ya, antes de que fuera demasiado deprisa.

Pasaron unos segundos en tenso silencio. De pronto, Christian esbozó una sonrisa.

—¡Buena suerte! —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Su secreto está seguro con nosotros.

Eran simpatizantes de la Resistencia... gracias a Dios. Flick relajó el cuerpo, aliviada.

—Gracias —murmuró.

—¿Cuándo empezará la invasión? —preguntó el chico.

Era una ingenuidad pensar que alguien que conociera semejante secreto se lo iba a revelar así como así; pero, para mantenerlo motivado, Flick respondió:

—De un día para otro. Tal vez el martes.

—¿En serio? Eso es maravilloso... ¡Viva Francia!

—No sabe cómo me alegro de que estén de nuestro lado.

—Siempre he estado en contra de los alemanes. —Christian decidió ponerse alguna medalla—. En mi trabajo, he podido prestar más de un servicio útil a la Resistencia, de un modo discreto, claro —dijo dándose un golpecito en una aleta de la nariz.

Flick no lo creyó ni por un segundo. No dudaba de que fuera hostil a los alemanes, como la mayoría de los franceses después de cuatro años de penurias y toques de queda. Pero, si realmente hubiera colaborado con la Resistencia, no se lo habría dicho a nadie; por el contrario, habría tenido pánico a que lo descubrieran.

Pero eso no importaba. La cuestión era que Christian había comprendido de qué

lado soplaba el viento y no iba a delatar a unas agentes aliadas a la Gestapo a unos días de la invasión. Había demasiadas probabilidades de que acabara costándole caro.

El tren redujo la marcha, y Flick vio que estaban entrando en la Gare d'Orsay y se levantó. Christian le besó la mano y, con voz temblorosa de emoción, murmuró:

—Es usted una mujer valiente. ¡Buena suerte!

Flick bajó la primera. Apenas pisó el andén, vio a un hombre pegando carteles. Se fijó en la imagen y el corazón le dio un vuelco. Era su propio retrato.

Nunca había visto aquella imagen, ni recordaba que le hubieran hecho una fotografía en traje de baño. El fondo era una mancha gris, como si lo hubieran cubierto de pintura, así que no proporcionaba ninguna pista. El cartel daba su nombre y uno de sus viejos alias, Françoise Boule, y la acusaba de ser una asesina.

El hombre acabó de pegar el cartel, recogió los bártulos y eligió otro trozo de pared.

Flick comprendió que su foto debía de estar por todo París.

Fue un golpe terrible. La dejó clavada en mitad del andén. Estaba tan asustada que le entraron ganas de vomitar. Dejó pasar unos segundos y consiguió reponerse.

Su primer problema era cómo salir de la Gare d'Orsay. Miró hacia el comienzo del andén y vio un puesto de control en la puerta de acceso al vestíbulo. Dio por supuesto que los agentes de la Gestapo disponían de la foto.

¿Cómo pasar el control? No podía ponerse a la cola y confiar en la suerte. Si los alemanes la reconocían, la detendrían al instante, y no conseguiría enredarlos les contara lo que les contara. ¿Salir del paso a tiro limpio? Puede que las «grajillas» consiguieran eliminar a los hombres del control; pero la estación debía de estar llena de alemanes, por no hablar de policías franceses, que dispararían primero y preguntarían después. Era demasiado arriesgado.

Había otra solución, comprendió Flick. Podía ceder el mando de la operación a una de las chicas —probablemente a Ruby—, dejar que pasaran el control y probar suerte la última. De ese modo, la misión tendría una posibilidad.

Se volvió hacia el tren. Ruby, Diana y Maude ya se habían apeado.

Christian y Jean-Marie se disponían a bajar. De pronto, Flick se acordó de las esposas del gendarme y se le ocurrió una solución desesperada. Empujó al chico a la plataforma del coche y subió tras él. Christian, no sabiendo qué pensar, sonrió nervioso.

— ¿Qué ocurre?

—Mire —le dijo Flick—. Hay un cartel con mi foto en aquella pared.

Los dos gendarmes se asomaron a la puerta del coche. Christian se puso pálido.

—¡Dios mío, son espías de verdad! —murmuró Jean-Marie.

— Tienen que ayudarme —dijo Flick.

—¿Cómo? La Gestapo... —balbuceó Christian. —Tengo que pasar el control.

—Pero la detendrán...

—No si ya estoy detenida.

—¿Qué quiere decir?

—Pónganme las esposas. Finjan que me han capturado. Pasen el control conmigo. Si los paran, díganles que me llevan al 84 de la avenida Foch, el cuartel general de la Gestapo.

—¿Y después?

—Requisen un taxi y llévenme con ustedes. Luego, cuando nos hayamos alejado de la estación, me quitan las esposas, me dejan en un lugar discreto y siguen su camino.

Christian estaba aterrorizado. Saltaba a la vista que se estaba rompiendo la cabeza en busca de una excusa para negarse. Pero, después de sus fanfarronadas sobre la Resistencia, lo tenía difícil.

Jean-Marie parecía más tranquilo.

—Funcionará —dijo—. No sospecharán de unos policías de uniforme.

Ruby subió al coche.

—¡Flick! —murmuró—. Ese cartel...

—En eso estamos. Los gendarmes van a hacerme pasar el control esposada y soltarme fuera de la estación. Si no funciona, quedas al mando de la misión —y, en inglés, añadió—: Olvídate de la historia del túnel ferroviario. El auténtico objetivo es la central telefónica de Sainte-Cécile. Pero no se lo digas a las demás hasta el último momento. Ahora, tráelas aquí, deprisa.

Segundos después, las seis mujeres estaban reunidas en un compartimento del coche. Flick les explicó el plan.

—Si la cosa sale mal y me detienen, no se os ocurra disparar. La estación debe de estar llena de policías. Si iniciáis una batalla campal, la perderéis. Lo primero es la misión. Olvidaos de mí, salid de la estación, reagrupaos en la pensión y seguid con el plan. Ruby tomará el mando. Y no hay tiempo para discusiones —dijo, y se volvió hacia Christian—. Las esposas.

El gendarme seguía dudando.

A Flick le habría gustado gritarle: «¡Sácalas de una puta vez, bocazas cobarde!». Pero optó por bajar la voz y sonreír mientras le murmuraba: —Gracias por salvarme la vida... Nunca lo olvidaré, Christian. El chico sacó las esposas.

—Las demás, andando —dijo Flick.

Christian le esposó la muñeca derecha a la izquierda de Jean-Marie; a continuación, bajaron del coche y avanzaron juntos por el andén en dirección al puesto de control. Christian llevaba la maleta de Flick y la mochila de cuero con la Browning automática dentro. Llegaron al final de la cola. Jean-Marie alzó la voz:

—¡Atención, señores, dejen paso! ¡Por favor, señoras y caballeros, dejen el paso

libre!

Con Flick en medio, los dos gendarmes se pusieron a la cabeza de la cola y, tal como habían hecho en Chartres, saludaron a los hombres de la Gestapo, pero no se detuvieron.

Esta vez, sin embargo, el capitán al mando del control apartó la vista del carné que estaba examinando y murmuró:

—Un momento.

Los tres se quedaron clavados. Flick supo que estaba a un paso de la muerte.

El capitán la miró fijamente.

—Es la mujer del cartel.

Christian estaba demasiado asustado para hablar.

—Sí, capitán —se apresuró a decir Jean-Marie—. La detuvimos en Chartres.

Flick agradeció a Dios que uno de los dos chicos tuviera algo en la cabeza.

—Los felicito —dijo el capitán—. Pero, ¿adónde la llevan?

—Tenemos órdenes de entregarla en la avenida Foch —respondió Jean-Marie, que al parecer había olvidado el número de la calle.

—¿Necesitan transporte?

—Tenemos un coche de la policía esperándonos a la salida.

El capitán asintió, pero, en lugar de autorizarlos a continuar, siguió mirando a la detenida. Flick empezaba a creer que algo en su aspecto la había delatado, que el alemán había podido leer en su rostro que se estaba fingiendo presa.

—Estos ingleses... —rezongó el hombre al cabo de unos instantes—. Mandan a niñas a hacer el trabajo de hombres —y meneó la cabeza con incredulidad. Jean-Marie tuvo la sensatez de mantener la boca cerrada—. Adelante —dijo al fin el capitán.

Flick y los gendarmes cruzaron el vestíbulo y salieron al sol del exterior.

Paul Chancellor se había encolerizado con Percy Thwaite al enterarse del asunto del mensaje de Brian Standish.

—¡Me ha engañado! —le había gritado—. ¡Se las apañó para librarse de mí antes de enseñárselo a Flick!

—Es cierto, pero me pareció lo mejor...

—Soy yo quien está al mando de esta operación. ¡No tiene usted ningún derecho a ocultarme información!

—Supuse que cancelaría el vuelo.

—Puede que lo hubiera hecho... Puede que hubiera sido lo mejor.

—Pero lo habría hecho porque quiere a Flick, no porque fuera la decisión más acertada.

Aquello había sido un golpe bajo, porque Paul había comprometido su posición de jefe acostándose con un miembro del equipo. El comentario no había conseguido

más que aumentar la rabia de Paul, que, sin embargo, no había tenido más remedio que tragársela.

No podían ponerse en contacto con el avión de Flick, pues los vuelos sobre territorio enemigo prescindían rigurosamente de comunicarse por radio, de modo que los dos hombres habían pasado la noche en el aeródromo, fumando, dando vueltas y pensando con preocupación en la mujer a la que, cada uno a su modo, tanto querían. Paul llevaba en el bolsillo de la camisa el cepillo de dientes francés que habían compartido el viernes por la mañana, tras su primera noche juntos. Por lo general, no era supersticioso, pero no dejaba de tocarlo, como si la estuviera tocando a ella para asegurarse de que seguía bien.

Cuando volvió el avión y el piloto les contó que Flick, temiéndose una emboscada de la Gestapo en el prado de Chatelle, había decidido saltar cerca de Chartres, Paul se había sentido tan aliviado que le había faltado poco para echarse a llorar.

Minutos más tarde, Percy había recibido una llamada del cuartel general del Ejecutivo y había sabido que Brian Standish había enviado otro mensaje preguntando qué había ocurrido. Paul había decidido enviar la respuesta redactada por Flick que les había entregado el piloto del Hudson. Si Brian seguía en libertad, el mensaje lo informaría de que las «grajillas» habían tomado tierra y se pondrían en contacto con él; pero no daba más datos, en previsión de que el operador estuviera en manos de la Gestapo.

Sin embargo, seguían sin tener ninguna certeza respecto a lo ocurrido en Reims. A Paul, aquella incertidumbre le resultaba insoportable. Flick tenía que llegar a Reims a toda costa. Paul necesitaba saber si iba derecha a una trampa de la Gestapo. Tenía que haber algún modo de comprobar que las transmisiones de Brian era fiables.

Sus mensajes contenían las contraseñas correctas: Percy lo había comprobado. Pero la Gestapo podía haber torturado a Brian para obligarlo a revelarlas. Según Percy, había medios más sutiles de comprobar la identidad del operador, pero estaban en manos de las chicas de la estación de escucha. En consecuencia, Paul había decidido ir allí.

En un principio, Percy había intentado disuadirlo. Presentarse en una unidad de escucha podía poner en peligro a los agentes, le había asegurado, pues perturbaba la buena marcha del servicio. Paul había hecho oídos sordos. A continuación, el jefe de la estación le había dicho que estaría encantado de fijar una fecha para la visita, que podría efectuar al cabo de unas dos o tres semanas. Paul le había contestado que su idea era más bien dos o tres horas y había insistido, con amabilidad pero con firmeza, usando la amenaza de la cólera de Monty como último recurso. Y se había puesto en camino a Grendon Underwood.

De niño, en la época en que asistía a la escuela dominical, Paul le había dado

muchas vueltas a un problema teológico. Había observado que en Arlington, Virginia, donde vivía con sus padres, la mayoría de los niños de su edad se iban a la cama a la misma hora, las siete y media. Eso significaba que rezaban sus oraciones simultáneamente. Con todas aquellas voces alzándose hacia el cielo, ¿cómo podía oír Dios lo que él, Paul, estaba diciendo? La respuesta del pastor —«Dios lo puede todo» lo dejó insatisfecho. El pequeño Paul sabía que aquello era una evasiva. La cuestión siguió intrigándolo durante años.

Si hubiera podido ver Grendon Underwood, lo habría comprendido enseguida.

Como Dios, el Ejecutivo de Operaciones Especiales tenía que escuchar innumerables mensajes, y lo más frecuente era que llegaran por decenas y al mismo tiempo. Agazapados en sus escondrijos, los agentes secretos aporreaban sus teclados Morse al unísono, como los escolares de Arlington rezando arrodillados junto a sus camas a las siete y media. El Ejecutivo los oía a todos.

Grendon Underwood era otra imponente casa de campo abandonada por sus propietarios y ocupada por el ejército. Oficialmente llamada Estación 53a, albergaba un puesto de escucha. En sus amplios terrenos, una multitud de antenas de radio agrupadas en grandes arcos escuchaban, como las orejas de Dios, mensajes procedentes de cualquier punto entre el norte ártico de Noruega y el polvoriento sur español. Cuatrocientos operadores de radio y especialistas en códigos, la mayoría mujeres jóvenes del FANY, trabajaban en la enorme mansión y vivían en hangares Nissen erigidos a toda prisa en el jardín.

Paul fue recibido por Jean Bevins, una supervisora corpulenta que usaba gafas. Al principio, la mujer parecía aterrorizada por la visita de aquel pez gordo que representaba al mismísimo general Montgomery, pero acabó tranquilizándose al ver que Paul tenía la sonrisa fácil y hablaba con naturalidad. Lo acompañó a la sala de transmisiones, donde alrededor de un centenar de mujeres permanecían sentadas en hileras, con sendos auriculares, libretas y lápices. Una pizarra enorme mostraba los nombres en clave de los agentes, sus horas de recepción y transmisión y las frecuencias que tenían asignadas. En la sala reinaba una atmósfera de intensa concentración; en aquellos instantes, no se oía más ruido que el tecleo del Morse con el que una operadora comunicaba a un agente que lo recibía alto y claro.

Jean le presentó a Lucy Briggs, una atractiva rubia con un acento de Yorkshire tan marcado que Paul tuvo que aguzar el oído para entenderla.

—¿Helicóptero? —dijo la chica—. Sí, claro que lo conozco. Es nuevo. Llama a las veinte horas y recibe a las veintitrés. Hasta ahora, no ha dado problemas.

Se comía las haches. En cuanto lo advirtió, Paul dejó de tener problemas con su acento.

—¿A qué se refiere? —le preguntó a Lucy—. ¿Qué problemas suelen dar?

—Bueno, algunos no sintonizan bien, y tienes que buscar su frecuencia. Otras

veces, la señal es débil y cuesta entender las letras; si no estás muy atenta, puedes confundir los puntos con las rayas. La letra be, por ejemplo, es muy parecida a la de. Y, al ser tan pequeñas, las radios portátiles suenan fatal.

—¿Sería capaz de reconocer el ritmo de Helicóptero? La chica dudó.

—Sólo ha emitido tres veces. El miércoles estaba un poco nervioso, probablemente porque era la primera vez, pero tecleaba pausadamente, como si supiera que tenía tiempo de sobra. Me alegré... Supuse que se sentía razonablemente seguro. Sufrimos por ellos, ¿sabe? Nosotras estamos aquí sentadas tan ricamente, mientras ellos van dando tumbos tras las líneas enemigas con la maldita Gestapo pisándoles los talones.

—¿Qué me dice de su segundo mensaje?

—Sí, el del jueves... Se notaba que tenía prisa. Cuando van apurados, puede resultar difícil entenderlos, ya sabe... ¿Qué era eso, dos puntos seguidos, o una raya corta? No sé desde dónde estaría transmitiendo, pero desde luego estaba deseando acabar y largarse.

—¿Y el siguiente?

—El viernes no emitió. Pero no me preocupé. Sólo llaman cuando no tienen más remedio; es demasiado peligroso. Luego, salió al aire el sábado por la mañana, justo antes del amanecer. Era un mensaje de emergencia, pero no parecía nervioso; de hecho, recuerdo haber pensado: «Se curte rápido». Lo digo porque la señal era fuerte, el ritmo, regular y todas las letras, claras.

—¿Podría haber sido otra persona quien manejara el transmisor? Lucy lo pensó unos instantes.

—Parecía él... Pero sí, supongo que podría tratarse de otra persona. Y, si quien se hacía pasar por él era un alemán, sonaría claro y relajado, desde luego, porque no tenía nada que temer.

Paul se sentía como si caminara por un barrizal. Cada pregunta que formulaba tenía dos respuestas. Necesitaba algo tajante, algo que lo ayudara a vencer el pánico cada vez que pensaba que podía perder a Flick, menos de una semana después de que hubiera entrado en su vida como un regalo de los dioses.

Jean Bevins, que los había dejado solos, volvió agitando unas hojas de papel en su rolliza mano.

—He traído las descodificaciones de los tres mensajes recibidos de Helicóptero —dijo.

Paul, gratamente sorprendido por su discreta eficacia, leyó la primera cuartilla:

NOMBRE CLAVE HLCP (HELICÓPTERO) CONTRASEÑA PRESENTE

30 MAYO 1944 CONTENIDO MENSAJE:

LLEGADA OK CANCELARVISITAS CRICTA STOP VIJILADA GESTAPO
CONSEGÍ ESCAPAR STOP NUEVO LUGAR CONTACTO CAFE DE LA GARRE

CIERRO

—Su fuerte no es la ortografía —comentó Paul. —Son las prisas —explicó Jean—. Todos cometen errores cuando teclean en Morse. Los descodificadores tienen orden de reproducirlos en lugar de corregirlos, por si pudieran tener algún significado.

La segunda transmisión de Brian, que informaba del estado del circuito Bollinger, era más larga:

NOMBRE CLAVE HCLP (HELICÓPTERO) CONTRASEÑA PRESENTE

31 MAYO 1944 CONTENIDO MENSAJE:

CINCO AGENTE ATIVOS A SABER STOP MONET ERIDO STOP CONDESA BIEN STOP CHEVALAYUDA AVEZES STOP BURGESA ENSU PUESTO STOP MI SALVADOR NOMBRE CLAVE CHARENTON STOP

—La cosa va de mal en peor —dijo Paul alzando la vista. —Ya le dije que la segunda vez iba a escape —le recordó Lucy. El mensaje continuaba con un detallado relato del incidente en la catedral. Paul pasó al tercero:

NOMBRE CLAVE HCLP (HELICÓPTERO) CONTRASEÑA PRESENTE 2 JUNIO 1944

CONTENIDO MENSAJE: QUE DEMONIOS PASO INTERROGANTE STOP ESPERO ISTRUCCIONES STOP URGE RESPUESTA CIERRO

—Va mejorando —dijo Paul—. Sólo hay una falta.

—Creo que el sábado estaba más relajado —opinó Lucy.

—O eso, o el mensaje lo envió otra persona —respondió Paul. De pronto, se le ocurrió un modo de comprobar si «Brian» era Brian o un impostor de la Gestapo. Si funcionaba, al menos sabría a qué atenerse—. Lucy, ¿comete usted errores cuando transmite?

—Casi nunca —respondió la joven lanzando una mirada inquieta a su supervisora—. Si una chica nueva es un poco descuidada, el agente monta la de Dios es Cristo. Y con razón, la verdad. Con lo mal que lo pasan, no tenemos justificación para cometer errores.

Paul se volvió hacia la señora Bovins.

—Si escribo un mensaje, ¿podrían codificarlo tal cual? Será una especie de prueba.

—Por supuesto.

Paul consultó su reloj. Eran las siete y media de la tarde. —Helicóptero debería emitir a las ocho. ¿Podrían enviarlo a esa hora? —Sí —respondió la supervisora—. Cuando salga al aire, le diremos que permanezca a la escucha después de transmitir para recibir un mensaje de emergencia.

Paul se sentó, pensó durante unos segundos y se puso a escribir:

INFORME ARMAS CUANTAS AUTO CUENTAS STENS
CUANTA MUNICIO RESPECTO CUANTA GRADANAS URGE RESPUESTA

Releyó el mensaje. Era una petición absurda redactada en tono autoritario, y parecería codificada y transmitida con desidia. Se la enseñó a la señora Bevins. La mujer frunció el ceño.

—Es un mensaje horroroso. Una auténtica vergüenza. —¿Cuál cree que sería la reacción de un agente? La supervisora soltó una risita.

—Enviar una respuesta colérica salpicada con unos cuantos tacos.

—Por favor, codifíquelo tal como está y envíeselo a Helicóptero. La mujer parecía indecisa.

—Si es eso lo que desea...

—Sí, por favor.

—Está bien —respondió la supervisora, y se llevó el papel.

Paul salió a comer algo. La cantina estaba abierta las veinticuatro horas, como el resto de la estación, pero el café era aguachirle y sólo tenían sándwiches rancios y pastas secas.

Unos minutos después de las ocho, Jean Bevins entró en la cantina en busca de Paul.

—Helicóptero ha llamado diciendo que aún no sabía nada de la Tigresa. En estos momentos, le estamos enviando el mensaje de emergencia.

—Muchas gracias.

Brian, o el impostor de la Gestapo, tardaría al menos una hora en descodificar el mensaje, redactar una respuesta, codificarla y transmitirla. Paul clavó los ojos en el plato preguntándose cómo se atrevían los ingleses a llamar sándwich a aquello: dos rebanadas de pan blanco manchadas de margarina y una hoja de papel de fumar de color jamón. Sin mostaza.

El barrio chino de París era un dédalo de callejas oscuras y sucias esparcido sobre una colina, tras la calle de la Chapelle, no muy lejos de la Gare du Nord. «La Charbo», la calle de la Charbonnière, ocupaba el corazón del barrio. En la acera norte, el convento de la Chapelle se alzaba como una estatua de mármol en un muladar. El convento consistía en una iglesia diminuta y una casa en la que ocho monjas consagraban sus vidas a ayudar a los parisinos más desdichados. Hacían sopa para ancianos famélicos, disuadían del suicidio a mujeres desesperadas, sacaban del arroyo a marineros borrachos y enseñaban a leer y escribir a los hijos de las prostitutas. El Hotel de la Chapelle estaba pegado al convento.

El hotel no era exactamente un burdel, pues no daba alojamiento a pupilas fijas; pero, cuando había habitaciones libres, la propietaria no tenía ningún inconveniente en alquilarlas por horas a las mujeres pintarrajeadas y embutidas en trajes de noche baratos que llegaban arrastrando a sebosos ricachos franceses, soldados alemanes de incógnito o cándidos adolescentes en busca de emociones demasiado borrachos para

andar por su propio pie.

Flick cruzó la puerta con una profunda sensación de alivio. Los gendarmes la habían dejado a un kilómetro del hotel. Por el camino había visto dos copias de su cartel. Christian le había dado su pañuelo, un cuadrado de impoluto algodón, rojo con lunares blancos, y Flick se lo había puesto en la cabeza para ocultar su pelo rubio, con la certeza de que cualquiera que la mirara dos veces la reconocería por el cartel. Sin embargo, no podía hacer otra cosa que bajar la vista y cruzar los dedos. Había sido el paseo más largo de su vida.

La dueña del hotel, una mujer gruesa y simpática, llevaba una bata de seda rosa sobre un corsé de ballenas. Hacía muchos años, había sido hermosa, se dijo Flick. No era la primera vez que visitaba el hotel; no obstante, la dueña no dio muestras de reconocerla. Flick se dirigió a ella como «Madame», pero la mujer le contestó: «Llámeme Régine». A continuación, cogió el dinero de Flick y le dio la llave de una habitación sin hacer preguntas.

Flick estaba a punto de subir cuando miró por el cristal de la puerta y vio a Diana y Maude bajando de un extraño taxi, una especie de sofá sobre ruedas tirado por una bicicleta. Su patinazo con los gendarmes no parecía haberlas escarmentado. Entraron en el hotel muertas de risa a cuenta del vehículo.

—¡Dios bendito, vaya antro! —dijo Diana nada más entrar—. Tendremos que comer fuera.

Los restaurantes parisinos habían seguido funcionando durante la ocupación, pero inevitablemente la mayoría de sus clientes eran oficiales alemanes, y los agentes procuraban evitarlos.

—Eso ni pensarlo —dijo Flick irritada—. Vamos a estarnos quietecitas unas cuantas horas y al amanecer iremos a la Gare de l'Est. Maude lanzó una mirada acusadora a Diana.

—Me prometiste que me llevarías al Ritz.

Flick procuró no alterarse.

—Pero, ¿en qué mundo vives? —le preguntó a Maude.

—Vale, no te sulfures.

—¡Nadie sale del hotel! ¿Está claro?

—Sí, sí.

—Una de nosotras saldrá más tarde y comprará comida. Ahora tengo que hacer cosas. Diana, quédate ahí sentada y espera a las otras mientras Maude sube vuestras cosas a la habitación. Avísame cuando hayan llegado todas.

En las escaleras, Flick se cruzó con una chica negra enfundada en un ajustado vestido rojo y advirtió que tenía una abundante mata de pelo negro y liso.

—Espere —le dijo Flick—. ¿Me vendería la peluca?

—Puedes comprarte una a la vuelta de la esquina, guapa. —La chica miró a Flick

de arriba abajo con aire displicente y la tomó por una buscona aficionada—. Pero, la verdad, yo diría que necesitas algo más que una peluca.

—Es una urgencia.

La chica se quitó la peluca para mostrarle sus rizos naturales, cortados casi al ras del cráneo.

—No puedo trabajar sin ella.

Flick sacó un billete de mil francos del bolsillo de su chaqueta.

—Cómprate otra. —La chica, viendo que tenía demasiado dinero para ser una prostituta, miró a Flick con otra cara. Encogió los hombros, agarró el billete y soltó la peluca—. Gracias —le dijo Flick.

La chica la miró fijamente. Sin duda, se estaba preguntando cuántos de aquellos habría en la chaqueta de Flick.

—También lo hago con mujeres —dijo y, alargando la mano, le rozó los pechos con las puntas de los dedos.

—No, gracias.

—A lo mejor tu novio y tú...

—No.

La chica miró el billete de mil francos.

—Bueno, supongo que puedo tomarme la noche libre. Buena suerte, guapa.

—Gracias —dijo Flick—. La necesitaré.

Buscó su habitación, dejó la maleta sobre la cama y se quitó la chaqueta. Sobre el lavabo había un pequeño espejo. Flick se lavó las manos y contempló su imagen durante unos instantes.

Se peinó el corto pelo rubio, se lo pasó por detrás de las orejas y se lo sujetó con horquillas. Luego, se encasquetó la peluca y, mirándose en el espejo, se la enderezó. Era enorme, pero se mantendría en su sitio. La melena negra alteraba su aspecto radicalmente. Sin embargo, producía un llamativo contraste con las cejas rubias. Flick abrió su estuche de maquillaje, sacó el lápiz de ojos y se las pintó de negro. Mucho mejor. No sólo parecía morena, sino más exuberante que la chica del traje de baño. La nariz recta y la barbilla pronunciada seguían siendo las mismas, pero apenas constituían un vago aire de familia entre dos hermanas muy distintas.

A continuación, sacó el carné de identidad del bolsillo de la chaqueta. Con sumo cuidado, retocó la fotografía usando el lápiz de ojos para dibujar finas líneas de pelo negro y estrechas cejas negras. Cuando acabó, observó la fotografía con atención. Parecía poco probable que alguien adivinara que la habían manipulado, a menos que la frotara con un dedo hasta emborronar los trazos de lápiz.

Flick se quitó la peluca, se descalzó y se tumbó en la cama. Llevaba dos noches sin dormir, porque había pasado la del jueves haciendo el amor con Paul y la del viernes en el suelo metálico de un bombardero Hudson. Cerró los ojos y se quedó

dormida en cuestión de segundos.

Se despertó al oír que llamaban a la puerta. Para su sorpresa, empezaba a hacerse de noche. Llevaba horas dormida. Se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—Ruby.

La dejó entrar.

—¿Va todo bien?

—No estoy segura.

Flick corrió las cortinas y apagó la luz.

—¿Qué ha pasado?

—Han llegado todas, pero no encuentro ni a Diana ni a Maude. No están en su habitación.

—¿Dónde las has buscado?

—En el despacho de la propietaria, en la iglesia de al lado, en el bar de enfrente...

—¡No, Dios mío! —murmuró Flick consternada—. Ese par de estúpidas se han ido de picos pardos.

—¿Adónde?

—Maude quería ir al Ritz.

Ruby se quedó boquiabierta.

—¡No pueden ser tan idiotas!

—Maude lo es con ganas.

—Pero Diana parecía más sensata...

—Diana está enamorada —dijo Flick—. Imagino que haría cualquier cosa que le pidiera Maude. Además, quiere impresionar a su amorcito, llevarla a sitios elegantes y demostrarle que se mueve como pez en el agua entre la buena sociedad.

—Con razón dicen que el amor es ciego.

—En este caso, más que ciego es gilipollas y suicida. Es increíble, pero estoy convencida de que han ido allí. No les estaría mal empleado que las detuvieran.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ir al Ritz y sacarlas de allí a rastras... si no llegamos tarde. Flick se puso la peluca.

—Me había extrañado que te hubieras pintado las cejas. Funciona, pareces otra.

—Estupendo. Coge tu pistola.

En el vestíbulo, Régine le tendió un sobre a Flick. La letra era de Diana. Flick lo rasgó y leyó la nota:

Nos vamos a un hotel mejor. Nos encontraremos en la Gare de l'Est a las cinco de la mañana. ¡Y no te preocupes!

Flick le enseñó la nota a Ruby; luego, la hizo pedazos. Estaba más enfadada consigo misma que con ellas. Conocía a Diana de toda la vida y sabía que era

caprichosa e irresponsable. «¿Por qué se me ocurriría traerla?», se preguntó. Porque no tenía a otra, fue la respuesta.

Salieron de la pensión. Flick no quería coger el metro, porque la Gestapo tenía controles en algunas estaciones y realizaba inspecciones ocasionales en los trenes. El Ritz estaba en la plaza Vendome, a media hora de La Charbo yendo a buen paso. El sol se había ocultado, y la oscuridad empezaba a adensarse. Tendrían que estar pendientes de la hora: el toque de queda empezaba a las once.

Flick se preguntaba cuánto tardaría el personal del hotel en denunciar a Diana y Maude a la Gestapo. Les habrían notado algo raro de inmediato. Según sus documentos, eran un par de secretarias de Reims. ¿Qué pintaban en el Ritz aquel par de pelagatos? Iban razonablemente bien vestidas para lo habitual en la Francia ocupada, pero desde luego no como las clientas típicas del Ritz: esposas de diplomáticos de países neutrales, amigas de los peces gordos del mercado negro y amantes de oficiales alemanes. Puede que el director del hotel no hiciera nada, sobre todo si no simpatizaba con los nazis; pero la Gestapo tenía informadores en todos los restaurantes y hoteles importantes de la ciudad, y cobraban, sobre todo, para informar de desconocidos con historias poco creíbles. Eran detalles como aquél lo que trataban de inculcar los cursos de adiestramiento del Ejecutivo; pero el curso duraba tres meses, y Diana y Maude lo habían hecho en dos días.

Flick apretó el paso.

Dieter estaba exhausto. Conseguir que imprimieran mil carteles y los distribuyeran en medio día había requerido todo su poder de persuasión y de intimidación. Había sido paciente y persistente cuando había podido, y se había puesto hecho una furia cuando había sido necesario. Además, había pasado la noche anterior en vela. Tenía los nervios de punta, la cabeza como un bombo y el genio atravesado.

Pero una sensación de paz se apoderó de su ánimo en cuanto entró en el magnífico edificio de la Porte de la Muette, con vistas al Bois de Boulogne. El trabajo que llevaba a cabo para Rommel le exigía recorrer todo el norte de Francia, por lo que necesitaba una base en París; sin embargo, había tenido que prodigar sobornos y amenazas para conseguir aquel piso. Había merecido la pena. Le encantaban los paneles de caoba negra, las gruesas cortinas, los altos techos, la plata del siglo XVIII del aparador... Se paseó por el fresco y oscuro salón para renovar la relación con sus posesiones favoritas: una pequeña escultura de una mano, de Rodin; un pastel de una bailarina poniéndose una zapatilla de ballet, de Degas; una primera edición de El conde de Montecristo... Se sentó al Stenway de media cola y tocó una lánguida versión de Ain't Misbehavin': No one to talk with, all by myself..

Antes de la guerra, el piso y la mayoría de los muebles habían pertenecido a un

ingeniero de Lyon que se había hecho de oro fabricando pequeños aparatos eléctricos, aspiradoras, radios y timbres de puerta. Se lo había contado una vecina, una viuda rica cuyo marido había sido un destacado fascista francés en los años treinta. El ingeniero era un hombre sin gusto, le había explicado la mujer: había pagado para que le eligieran el papel pintado y las antigüedades. Su único interés al adquirir objetos bellos era impresionar a los amigos de su mujer. Había acabado marchándose a los Estados Unidos, donde todo el mundo era tan vulgar como él, había dicho la condesa, que acto seguido se había declarado encantada de que el piso tuviera un nuevo dueño capaz de apreciarlo.

Dieter se deshizo de la chaqueta y la camisa y se lavó la cara y el cuello para quitarse la mugre de París. A continuación, se puso una camisa blanca, gemelos de oro en las mangas francesas y una corbata de color gris plata. Mientras se la anudaba, puso la radio. Las noticias de Italia eran malas. El locutor decía que los alemanes defendían sus posiciones con coraje. Dieter concluyó que Roma caería en cuestión de días.

Pero Italia no era Francia.

Ahora había que esperar a que alguien viera a Felicity Clairet. Desde luego, no tenía la absoluta certeza de que Flick fuera a pasar por París; pero, después de Reims, sin duda era el sitio más probable donde cabía esperar verla. Echaba de menos a Stephanie. Por desgracia, necesitaba que siguiera ocupando la casa de la calle du Bois. Cabía la posibilidad de que otros agentes aliados aterrizaran en las inmediaciones de Reims y llamaran a su puerta. Era importante atraerlos poco a poco a la red. Había dado instrucciones de que no torturaran ni a Clairet ni al doctor en su ausencia. Podían seguir siéndole útiles.

En la nevera había una botella de Dom Perignon. Dieter la abrió y se sirvió unos dedos en una flauta de cristal. Luego, con la sensación de que la vida era buena, se sentó ante su escritorio para leer el correo.

Tenía carta de Waltraud, su mujer.

Mi querido Dieter:

No sabes cuánto me duele que no podamos estar juntos el día de tu cuadragésimo cumpleaños.

Lo había olvidado por completo. Miró la fecha en el reloj Cartier de sobremesa. 3 de junio. Ese día cumplía cuarenta años. Se sirvió otra copa de champán para celebrarlo.

En el sobre había otras dos hojas. Su hija de siete años, Margarete, a la que llamaban Mause, lo había dibujado en uniforme de pie junto a la torre Eiffel. Lo había hecho más alto que la torre: así magnificaban los niños a sus padres. Su hijo Rudi, de diez años, le había escrito una carta de adulto, con tinta azul oscuro y esmerada letra redondilla:

Querido papá:

Voy muy bien en la escuela, aunque el aula del doctor Richter ha sido bombardeada. Pero, como era de noche, la escuela estaba vacía.

Dieter cerró los ojos con una mueca de dolor. No soportaba pensar en las bombas cayendo sobre la ciudad donde vivían sus hijos. Maldijo a los asesinos de la RAF, aunque sabía que sus compatriotas también habían arrojado bombas sobre los escolares británicos.

Miró el teléfono del escritorio considerando la posibilidad de llamar a casa. Era difícil obtener comunicación: la red francesa estaba sobrecargada y el tráfico militar tenía prioridad, de modo que podían pasar horas hasta que conectaban una llamada personal. No obstante, decidió intentarlo. Sentía una necesidad acuciante de oír las voces de sus hijos y asegurarse de que seguían vivos.

Extendió la mano, pero el aparato sonó antes de que llegara a tocarlo. Levantó el auricular.

—Mayor Franck.

—Aquí el teniente Hesse. El corazón de Dieter empezó a palpar.

—¿Han encontrado a Felicity Clairet?

—No. Algo casi igual de bueno.

Flick había estado en el Ritz en una ocasión, cuando estudiaba en París, antes de la guerra. Una amiga y ella se habían puesto sombrero y maquillaje, guantes y medias, y habían cruzado la puerta como si lo hicieran a diario. Se habían paseado por la galería comercial del interior riéndose de los absurdos precios de pañuelos, estilográficas y perfumes. Luego, se habían sentado en el vestíbulo fingiendo esperar a alguien y se habían divertido criticando los modelitos de las mujeres que acudían a tomar el té. Ellas no se habían atrevido a pedir ni siquiera un vaso de agua. En aquella época, Flick ahorraba hasta el último penique para comprar localidades en el paraíso que para ella suponía la Comédie Francaise.

Al parecer, desde el comienzo de la ocupación, los propietarios intentaban llevar el hotel con la mayor normalidad posible, a pesar de que muchas de las habitaciones habían sido ocupadas permanentemente por gerifaltes nazis. Ese día Flick no llevaba ni guantes ni medias, pero se había empolvado el rostro y se había colocado la boina en un ángulo desenfadado, y sólo podía esperar que algunos de los clientes actuales del hotel se vieran obligados a parecidos compromisos.

Hileras de vehículos militares grises y negras limusinas se alineaban delante del hotel, en la plaza Vendome. En la fachada del edificio, seis banderas nazis rojo sangre ondeaban con jactancia agitadas por la brisa. Un portero con sombrero de copa y pantalones rojos les lanzó una mirada suspicaz y les salió al paso.

—No pueden entrar —les dijo.

Flick llevaba un vestido azul claro bastante arrugado y Ruby, uno azul marino y

una gabardina de hombre. No iban vestidas para cenar en el Ritz. Flick intentó imitar la hauteur de una francesa tratando con un irritante inferior.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó al hombre arrugando la nariz.

—Está entrada está reservada a las personalidades, madame. Ni siquiera los coroneles alemanes pueden entrar por aquí. Tendrán que dar la vuelta por la calle Cambon y usar la entrada posterior.

—Está bien —respondió Flick en tono displicente, aunque estaba encantada de que no les hubiera dicho que no iban vestidas para la ocasión.

Las dos mujeres dieron la vuelta al edificio y entraron por la puerta posterior.

Las arañas hacían resplandecer el vestíbulo, y los bares de ambos extremos rebosaban de hombres de esmoquin o uniforme. El rumor de las conversaciones chirriaba y chasqueaba con las consonantes del alemán, más que borboritar con las lánguidas vocales del francés. Flick se sintió como si acabara de entrar en el bastión del enemigo.

Se acercó al mostrador. Un conserje con levita de botones de latón la miró de arriba abajo. En vista de que no era ni alemana ni una francesa rica, preguntó con frialdad:

—¿Sí?

—Compruebe si mademoiselle Legrand está en su habitación — dijo Flick en tono perentorio. Puede que Diana hubiera empleado el nombre que figuraba en su documentación, Simone Legrand—. Estamos citadas.

El conserje cambió de actitud.

—¿A quién debo anunciar?

—Madame Martigny. Trabajo para ella.

—Muy bien. En realidad, mademoiselle está en el comedor principal con su acompañante. Tenga la bondad de hablar con el jefe de comedor.

Flick y Ruby cruzaron el vestíbulo y se asomaron al restaurante. Era el dechado de la vida elegante: manteles blancos, cubiertos de plata, velas y camareros de negro deslizándose por el salón con platos de comida. Nadie hubiera dicho que medio París se moría de hambre. Flick olió auténtico café.

Se detuvo en el umbral y vio a Diana y Maude de inmediato. Ocupaban una mesa pequeña en el extremo más alejado del salón. Mientras las observaba, Diana sacó una botella de vino de una reluciente cubitera y llenó las dos copas. Flick habría podido estrangularla.

Dio un paso en dirección a la mesa, pero el jefe de comedor se interpuso en su camino.

—¿Sí, madame? —dijo el hombre mirando su vestido sin disimulo.

—Buenas noches —respondió Flick—. Tengo que hablar con aquella señora.

El hombre no se movió. Era un individuo bajo de aspecto frágil, pero no parecía

dispuesto a dejarse enredar.

—Tal vez pueda transmitirle su mensaje.

—Me temo que no, es demasiado personal.

—Entonces, le diré que está usted aquí. ¿Su nombre?

Flick tenía los ojos clavados en Diana, pero ella seguía a lo suyo.

—Soy madame Martigny —dijo Flick con resignación—. Dígale que necesito hablar con ella inmediatamente.

—Muy bien. Tenga la amabilidad de esperar aquí.

Flick apretó los dientes con frustración. Cuando el jefe de comedor dio media vuelta, estuvo a punto de seguirlo hasta la mesa. Pero en ese instante vio que un joven con el uniforme negro de mayor de las SS la observaba desde una mesa próxima. Sus ojos se encontraron, y Flick desvió la vista con un nudo en la garganta. La insistencia de aquella mirada, ¿era pura curiosidad por la discusión con el jefe de comedor? ¿Significaba que el alemán había visto la fotografía e intentaba recordar de qué le sonaba el rostro de aquella desconocida? Puede que simplemente la encontrara atractiva. En cualquier caso, comprendió Flick, montar una escena habría sido una temeridad.

Cada segundo que pasaban en el comedor era una temeridad, y Flick tuvo que vencer la tentación de dar media vuelta y salir huyendo.

El jefe de comedor habló con Diana, se volvió e hizo un gesto a Flick.

—Más vale que esperes aquí —le dijo Flick a Ruby—. Una llamará menos la atención que las dos —añadió, y se alejó hacia la mesa.

Para irritación de Flick, ni Diana ni Maude tuvieron la decencia de mostrarse avergonzadas. Maude estaba en la gloria y Diana, tan impertinente como de costumbre. Flick agarró el borde de la mesa con ambas manos y se inclinó para hablar en un susurro:

—Esto es extremadamente peligroso. Levantaos ahora mismo y venid conmigo. Pagaréis la cuenta en la salida.

Había sido tan tajante como permitían las circunstancias, pero Diana y Maude seguían en las nubes.

—Sé razonable, Flick —dijo Diana.

Flick se sintió indignada. ¿Cómo podía ser Diana tan estúpida y tan arrogante?

—Pedazo de idiota... —masculló entre dientes—. ¿No te das cuenta de que os la estáis jugando?

Flick comprendió al instante que había sido un error insultarla. Diana la miró con aires de superioridad.

—Es mi vida. Y estoy en mi derecho de arriesgarla.

—Nos estás poniendo en peligro a las demás y toda la misión. ¡Levantate de la silla!

—Escúchame bien...

De pronto, se produjo movimiento detrás de Flick. Diana interrumpió la frase y miró hacia el comedor.

Flick dio media vuelta y contuvo la respiración.

En el umbral del salón, esperaba el distinguido oficial alemán al que había visto en la plaza de Sainte-Cécile. Lo reconoció al primer vistazo: un individuo alto con elegante traje negro y pañuelo blanco en el bolsillo de la pechera.

Se volvió a toda prisa y, con el corazón palpitante, rezó para que no la hubiera visto. Con la melena negra, era muy probable que no la hubiera reconocido al primer golpe de vista.

Su nombre le acudió a la mente de inmediato: Dieter Franck. Había encontrado su fotografía en los archivos de Percy Thwaite. El mayor Franck había sido detective de policía. Flick recordó la anotación del dorso de la foto: «Estrella del contraespionaje de Rommel, se le considera un hábil interrogador y un torturador despiadado».

Por segunda vez en una semana, lo tenía lo bastante cerca como para pegarle un tiro.

Flick no creía en las coincidencias. Había algún motivo para que estuviera allí al mismo tiempo que ella.

No tardó en descubrirlo. Volvió a mirar y lo vio cruzando el salón a grandes zancadas con cuatro matones de la Gestapo pegados a los talones. Venían hacia ellas. El jefe de comedor los seguía a unos pasos con el pánico pintado en el rostro.

Flick volvió el rostro y se alejó discretamente. Franck se detuvo ante la mesa de Diana.

Se hizo un silencio sepulcral: los comensales interrumpieron sus conversaciones a media frase, los camareros dejaron de llenar los platos y el sumiller se quedó petrificado con una licorera de burdeos en la mano.

Flick llegó a la puerta, donde Ruby la seguía esperando.

—Va a detenerlas —le susurró Ruby llevándose la mano al bolsillo. Los ojos de Flick volvieron a encontrarse con los del mayor de las SS.

—Deja las manos quietas —murmuró—. No podemos hacer nada. Podríamos enfrentarnos a él y a los cuatro de la Gestapo, pero esto está infestado de oficiales alemanes. Aunque consiguiéramos cargarnos a esos cinco, los otros nos coserían a balazos.

Franck estaba interrogando a Diana y Maude. Flick estaba demasiado lejos para oír lo que decían. La voz de Diana adoptó el tono de desdeñosa indiferencia que solía usar cuando estaba equivocada. Maude estaba llorosa.

Franck debía de haberles pedido la documentación, porque las dos mujeres se inclinaron simultáneamente hacia sus bolsos, que habían dejado en el suelo, contra las sillas. El alemán se movió ligeramente para ponerse a un lado de Diana, a unos

centímetros detrás de su silla, y vigilar sus movimientos, y en ese instante Flick supo lo que iba a ocurrir a continuación.

Maude tendió su documentación al mayor, pero Diana sacó la pistola. Se oyó una detonación, y uno de los agentes de la Gestapo dobló el cuerpo y se desplomó. El restaurante hizo erupción. Las mujeres rompieron a chillar y los hombres se lanzaron de cabeza bajo las mesas. Sonó otro disparo, y otro alemán exhaló un quejido. Un grupo de comensales echó a correr hacia la salida.

La pistola de Diana apuntó al tercer agente de la Gestapo. Como en un fogonazo, Flick volvió a ver a Diana en los bosques de Somersholme, fumando sentada en la hierba, rodeada de conejos muertos, y recordó lo que le había dicho: «Sabes matar». No se había equivocado.

Pero Diana no hizo el tercer disparo.

Dieter Franck mantuvo la sangre fría. Aferró el antebrazo derecho de Diana con ambas manos y lo golpeó contra el borde de la mesa. Diana emitió un grito de dolor y soltó la pistola. El mayor la arrancó de la silla, la arrojó boca abajo sobre la moqueta y cayó sobre sus riñones con ambas rodillas. A continuación, le puso las manos a la espalda y, haciendo oídos sordos a sus quejas de dolor, la esposó y se levantó.

—Larguémonos de aquí —le dijo Flick a Ruby.

Presas del pánico, hombres y mujeres se habían abalanzado hacia la puerta e intentaban salir al mismo tiempo. Antes de que Flick pudiera moverse, el joven mayor de las SS que la había estado observando se puso en pie de un salto y la agarró del brazo.

—Espere un momento —dijo en francés.

—¡Quíteme las manos de encima! —exclamó Flick tratando de dominar el pánico.

El alemán le apretó el brazo con más fuerza.

—Me ha parecido que conocía usted a esas mujeres.

—¡Pues se ha equivocado! —replicó Flick tratando de soltarse. El hombre tiró de ella con violencia.

—Se va a quedar aquí y va a responder a unas preguntas.

Se oyó otro estallido. Las mujeres volvieron a chillar, pero nadie vio de dónde procedía el disparo. El rostro del oficial de las SS se contrajo en una mueca de dolor. Al tiempo que doblaba las rodillas, Flick vio a Ruby tras él, deslizándose la pistola en el bolso.

—¡Gracias! —murmuró.

Las dos mujeres se abrieron paso hasta el vestíbulo empujando sin contemplaciones y pudieron huir a la carrera sin levantar sospechas, porque la desbandada era general.

Había una hilera de coches aparcados a lo largo de un bordillo de la calle Cambon. La mayoría de los chóferes habían echado a correr hacia la entrada posterior

del hotel para informarse de lo ocurrido. Flick eligió un Mercedes sedán 230 de color negro con rueda de repuesto en un estribo. Echó un vistazo al salpicadero: la llave estaba en el contacto.

—¡Entra! —urgió a Ruby.

Se sentó al volante y accionó el encendido automático. El potente motor soltó un rugido. Flick puso primera, hizo girar el volante y apretó el acelerador. El coche era aparatoso y cachazudo, pero estable: una vez cogió velocidad, tomó las curvas como un tren.

Cuando estuvieron a varias manzanas del hotel, Flick empezó a evaluar la situación. Había perdido a un tercio del equipo, incluida su mejor tiradora. Consideró la posibilidad de abandonar la misión, pero la desechó al instante. Sería complicado; tendría que explicar por qué se presentaban cuatro limpiadoras en vez de las seis habituales, pero algo se le ocurriría. Les harían más preguntas de las previstas, pero el riesgo merecía la pena.

Abandonaron el coche en la calle de la Chapelle. Ruby y ella no corrían un peligro inmediato. Apretaron el paso hacia la calle de la Charbonnière. Una vez en la pensión, Ruby fue a buscar a Greta y a Jelly y las llevó a la habitación de Flick. Flick les contó lo ocurrido.

—Diana y Maude serán interrogadas de inmediato —les dijo—. Dieter Franck es un interrogador hábil y despiadado, así que tenemos que dar por supuesto que contarán todo lo que saben, incluida la dirección de este hotel. Eso significa que la Gestapo podría llegar de un momento a otro. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

Jelly tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—Pobre Maude —murmuró—. Tenía menos cerebro que un mosquito, pero no se merecía que la torturaran.

Greta fue más práctica.

—¿Y adónde vamos?

—Nos esconderemos en el convento de al lado. Admiten a todo el mundo. Ya he ocultado en él a prisioneros de guerra evadidos otras veces. Dejarán que nos quedemos hasta el amanecer.

—¿Y después?

—Iremos a la estación como teníamos previsto. Diana le dará a Dieter Franck nuestros nombres auténticos, nuestros nombres en clave y nuestras identidades falsas. Los alemanes darán la alerta general respecto a cualquiera que viaje con nuestros alias. Afortunadamente, tengo un segundo juego de documentaciones para cada una, con las mismas fotografías pero diferentes identidades. La Gestapo no tiene fotografías vuestras, y yo he cambiado mi aspecto lo mejor que he podido, así que los guardias de los puestos de control no tienen ninguna pista para reconocernos. Sin embargo, para mayor seguridad, no iremos a la estación a primera hora. Esperaremos

hasta las diez, cuando esté llena.

—Diana también les dirá cuál es nuestra misión —apuntó Greta.

—Les contará que vamos a volar el túnel ferroviario de Marles. Afortunadamente, ésa no es nuestra auténtica misión. Sólo es lo que os conté para curarme en salud.

—Piensas en todo, Flick —dijo Jelly con admiración.

—Sí —respondió Flick, sombría—. Por eso sigo viva.

Paul llevaba más de una hora sentado en la deprimente cantina de Grendon Underwood, pensando angustiado en Flick. Empezaba a creer que Brian Standish había sido capturado. El incidente de la catedral, el hecho de que Chatelle estuviera completamente a oscuras y la excesiva corrección del tercer mensaje de radio apuntaban en la misma dirección.

En el plan original, el equipo habría saltado sobre Chatelle y se habría encontrado con un comité de recepción compuesto por Monet y los restos del circuito Bollinger. Michel Clairet las habría mantenido escondidas durante unas horas, mientras buscaba un medio de transporte a Sainte-Cécile. Cuando hubieran entrado en el palacio y volado la central telefónica, las habría llevado de vuelta a Chatelle para que las recogiera el avión. Ahora, todo eso había cambiado, pero, cuando llegara a Reims, Flick seguiría necesitando tanto un medio de transporte como un escondite, que confiaría en obtener del circuito Bollinger. Sin embargo, si Brian había sido capturado, ¿quedaría algún miembro del circuito? ¿Sería segura la casa de seguridad? ¿Estaría también Monet en poder de la Gestapo?

En ese momento, Lucy Briggs entró en la cantina y se acercó a su mesa.

—Jean me ha pedido que le diga que están descodificando la respuesta de Helicóptero —dijo la chica—. Si quiere acompañarme...

Paul siguió a la operadora hasta el diminuto cuarto —una antigua despensa, supuso Paul— que servía de despacho a Jean Bevins. La supervisora, que tenía una hoja de papel en la mano, parecía desconcertada.

—No puedo entenderlo —dijo. Paul leyó el papel rápidamente:

NOMBRE CLAVE HLCP (HELICÓPTERO) CONTRASEÑA PRESENTE

3 JUNIO 1944 CONTENIDO MENSAJE:

DOS STENS CON SEIS CARGADORES CADA UNA STOP UN RIFLE LEE ENFELD CON DIEZ CARGADORES STOP SEIS COLT AUTOMÁTICAS CON UNAS CIEN BALAS STOP NINGUNA GRANADA CIERRO

Paul miró el mensaje como esperando que las palabras formaran una frase menos aterradora, pero no fue así.

—Suponía que se pondría furioso —dijo la señora Bevins—. Ni siquiera se queja. Contesta a sus preguntas y se queda tan ancho.

—Exactamente —dijo Paul—. Eso demuestra que no es él.

Aquel mensaje no provenía de un agente acosado en territorio enemigo que acababa de recibir una petición absurda de sus burocráticos superiores. La respuesta había sido redactada por un oficial de la Gestapo desesperado por mantener la apariencia de absoluta normalidad. Lo único raro era «Enfeld» en lugar de «Enfield», un lapsus muy propio de un alemán, pues feld era la traducción a su lengua del inglés field.

Ya no había duda posible. Flick corría un peligro enorme.

Paul se frotó las sienes. Sólo quedaba una solución. La operación se estaba yendo al garete, y tenía que salvarla... y salvar a Flick.

Alzó la vista hacia la supervisora y la sorprendió mirándolo con expresión apenada.

—¿Puedo usar su teléfono?

—Por supuesto.

Paul marcó Baker Street. Percy estaba en su despacho.

—Soy Paul. Estoy convencido de que Brian ha sido capturado. Su radio está siendo utilizada por la Gestapo. En la antigua despensa, la señora Bevins ahogó un grito.

—¡Dios mío! —exclamó Percy—. Y no hay modo de advertir a Flick.

—Sí, sí lo hay. —¿Cuál?

—Consígame un avión. Me voy a Reims. Esta noche.

Octavo día: domingo, 4 de junio de 1944

La avenida Foch parecía construida para la gente más rica del mundo. El amplio paseo, que unía el Arco de Triunfo con el Bois de Boulogne, discurría entre dos hileras de jardines ornamentales, flanqueados por calles laterales que daban acceso a las principescas mansiones. El número 84 era una residencia magnífica cuya amplia escalinata conducía a cinco plantas de elegantes habitaciones. La Gestapo la había convertido en una casa de tortura.

Sentado en una sala de estar de exquisitas proporciones, Dieter contempló la intrincada decoración del techo durante unos instantes; luego, cerró los ojos y se preparó para el interrogatorio. Tenía que aguzar el ingenio y embotar la compasión.

Algunos hombres disfrutaban torturando a los prisioneros. El sargento Becker, de Reims, era uno de ellos. Los gritos de sus víctimas los hacían sonreír, la sangre de sus heridas les provocaba erecciones y sus ansias de agonía los llevaban al orgasmo. Pero no eran buenos interrogadores, porque se concentraban en el dolor más que en la información. Los mejores torturadores eran hombres que, como Dieter, aborrecían el proceso de todo corazón.

Dieter se imaginó cerrando puertas en su alma, guardando las emociones en sus armarios. Pensó en las dos mujeres como en dos máquinas que le proporcionarían información en cuanto descubriera cómo ponerlas en funcionamiento. Sintió una frialdad peculiar, que lo cubrió como un manto de nieve, y supo que estaba listo.

—Traiga a la mayor —dijo.

El teniente Hesse fue en su busca.

Dieter la observó atentamente mientras entraba y se sentaba en la silla. Llevaba el pelo corto y un traje de corte masculino, y tenía las espaldas anchas. La mano derecha le colgaba floja, y se sujetaba el hinchado antebrazo con la izquierda: Dieter le había fracturado la muñeca. No había duda de que le dolía; estaba pálida y tenía la frente perlada de sudor. Pero sus labios apretados esbozaban un rictus de firme determinación.

Dieter le habló en francés:

—Todo lo que ocurra en este cuarto está bajo su control —dijo—. Las decisiones que tome y las cosas que diga le causarán un dolor insoportable o le procurarán alivio. Depende enteramente de usted. —La mujer no dijo nada. Estaba asustada, pero no se dejó llevar por el pánico. Iba a ser difícil de doblegar; Dieter lo comprendió de inmediato—. Para empezar, dígame dónde se encuentra el cuartel general en Londres del Ejecutivo de Operaciones Especiales.

—En el ochenta y uno de Regent Street —respondió la mujer. Dieter asintió.

—Déjeme explicarle algo. Sé que el Ejecutivo dice a sus agentes que no permanezcan en silencio durante los interrogatorios; pero también que den respuestas falsas difíciles de comprobar. Y, porque lo sé, le haré muchas preguntas cuyas respuestas que conozco. De ese modo, sabré si me está mintiendo. ¿Dónde está el cuartel general del EOE?

—En Carlton House Terrace.

Dieter se acercó a ella y la abofeteó con todas sus fuerzas. La mujer soltó un grito de dolor. La mejilla se le congestionó. A menudo resultaba útil empezar con un guantazo. El dolor era mínimo, pero el golpe era una humillante demostración del desamparo del prisionero y socavaba efectivamente su decisión de resistir.

Sin embargo, la mujer le lanzó una mirada desafiante.

—¿Así es como tratan los oficiales alemanes a las damas?

Tenía un aire distinguido y hablaba francés con acento de clase alta.

Debía de ser aristócrata, supuso Dieter.

—¿Damas? —dijo Dieter con desprecio—. Acaba de atacar y matar a dos policías que estaban haciendo su trabajo. La muchacha con la que acababa de casarse Specht se ha quedado viuda y los padres de Rolfe han perdido a su único hijo. Usted no es un soldado de uniforme, no tiene excusa. En respuesta a su pregunta... no, los oficiales alemanes no tratamos así a las damas, tratamos así a las asesinas. —La mujer desvió la mirada. Con aquel comentario, comprendió Dieter, acababa de marcarse un tanto. Estaba empezando a minar los cimientos de su moral. — Dígame otra cosa. ¿Qué tal conoce a Flick Clairet?

Los ojos de la prisionera se dilataron en una involuntaria expresión de sorpresa. Dieter supo que no se había equivocado. Aquellas dos formaban parte del equipo de la mayor Clairet. Había vuelto a descolocarla.

Sin embargo, la mujer recobró la compostura y respondió:

—No conozco a nadie con ese nombre.

Dieter le golpeó la mano izquierda y la obligó a soltarse el antebrazo. La muñeca fracturada quedó colgando, y la mujer soltó un grito de dolor. Dieter le agarró la mano derecha y le dio un tirón. La mujer lanzó un alarido.

—¿Por qué han ido a cenar al Ritz, por amor de Dios? —le preguntó Dieter soltándole la mano.

La mujer dejó de chillar. Dieter le repitió la pregunta. Ella respiró hondo y respondió:

—La cocina es excelente.

Era todavía más dura de lo que había pensado.

—Llévesela — dijo Dieter—. Y traiga a la otra.

La más joven era realmente bonita. No había ofrecido resistencia en el momento de la detención, de modo que conservaba un aspecto presentable: el vestido sin una

arruga y el maquillaje intacto. Parecía mucho más asustada que su compinche. Le hizo la misma pregunta que a la mayor:

—¿Por qué estaban cenando en el Ritz?

—Siempre había querido ir —respondió la chica. Dieter no daba crédito a sus oídos.

—¿No se les ocurrió que podía ser peligroso?

—Pensé que Diana cuidaría de mí.

Así pues, la otra se llamaba Diana.

—¿Cómo se llama usted?

—Maude.

Aquello estaba resultando sospechosamente fácil. —¿Y qué está haciendo en Francia, Maude?

—Teníamos que volar algo.

—¿El qué?

—No me acuerdo. ¿Podría tener algo que ver con los trenes? Dieter empezaba a preguntarse si lo estaba tomando por el pito del sereno, pero decidió intentarlo de nuevo:

—¿Cuánto hace que conoce a Felicity Clairet?

—¿Se refiere a Flick? Sólo unos días. Es una sargenta de aquí te espero —dijo la chica, y se quedó pensativa—. Pero tenía razón. No debíamos haber ido al Ritz —admitió, y rompió a llorar—. Yo no quería hacer nada malo. Sólo pasármelo bien y ver sitios bonitos, que es lo que siempre he querido.

—¿Cuál es el nombre en clave de su equipo?

—Las abubillas — dijo la chica en inglés.

Dieter frunció el ceño. El mensaje de radio de Helicóptero las llamaba «grajillas».

—¿Está segura?

—Sí. Está sacado de un poema, «La abubilla de Reims», creo. No, «La grajilla de Reims», eso es.

Si no era tonta de remate, estaba haciendo una interpretación magistral.

—¿Dónde cree que puede estar Flick en estos momentos? Maude se tomó su tiempo para pensarlo.

—De verdad que no lo sé —dijo al fin.

Dieter soltó un suspiro de exasperación. Una era demasiado dura para sacarle nada y la otra, demasiado estúpida para contar algo útil. Aquello iba a ser más largo de lo que había imaginado.

Tal vez hubiera un modo de acortar el proceso. Sentía curiosidad sobre la relación de aquellas dos. ¿Por qué habría arriesgado su vida la mayor, con tanto carácter y más bien masculina, para llevar a aquella monada sin cerebro a cenar al Ritz? «Puede que sea un morbosito —se dijo Dieter—. Pero...»

—Llévesela —ordenó en alemán—. Enciérrela con la otra. Asegúrese de que la celda tiene mirilla.

Al cabo de un rato, el teniente Hesse lo acompañó a una pequeña habitación del ático. Dieter miró por un agujero de la pared. En la habitación contigua, las dos mujeres permanecían sentadas en el borde de la cama. Maude estaba llorando y Diana la consolaba. Dieter las observó con atención. Diana tenía la muñeca derecha en el regazo y le acariciaba el pelo a Maude con la izquierda. Le hablaba en voz baja, pero Dieter no pudo entender lo que decía.

¿Hasta dónde llegaba aquella relación? ¿Eran camaradas de armas, amigas del alma o... algo más? Diana se inclinó hacia delante y besó a Maude en la frente. Eso no significaba nada. A continuación, le cogió la barbilla, le hizo volver la cabeza y la besó en los labios. Era un gesto de consuelo, pero tal vez demasiado íntimo para dos simples amigas.

De pronto, la lengua de Diana asomó entre sus labios y empezó a lamer las lágrimas de Maude. No era una caricia erótica —nadie habría tenido ganas de sexo en semejantes circunstancias—, pero sí una muestra de afecto que sólo se habría permitido una amante, nunca una simple amiga. Diana y Maude eran lesbianas. Y eso solucionaba el problema.

—Vuelva a bajar a la mayor —ordenó Dieter a Hesse, y regresó a la sala de entrevistas.

Cuando Diana entró en la sala por segunda vez, Dieter hizo que el teniente la atara a la silla.

—Prepare la máquina eléctrica —ordenó a continuación.

Dieter esperó con impaciencia a que Hesse arrastrara el carrito hasta la sala y enchufara el aparato de electroshocks. Cada minuto que pasaba alejaba un poco más a Flick Clairét de él.

Cuando todo estuvo listo, agarró a Diana del pelo con la mano izquierda. Obligándola a mantener inmóvil la cabeza, le aplicó dos pinzas de contacto en el labio inferior. Luego, encendió el aparato.

Diana empezó a chillar. Lo mantuvo encendido durante diez segundos; luego, lo apagó.

—Eso era menos de la mitad de la potencia —dijo Dieter cuando Diana dejó de sollozar.

Era cierto. Rara vez usaba toda la potencia. Sólo recurría a ella cuando la tortura se había prolongado en exceso y el prisionero se desmayaba constantemente, en un último intento de penetrar en su oscurecida consciencia. Y a esas alturas solía ser demasiado tarde, porque la locura había empezado a declararse.

Pero eso Diana no lo sabía.

—Otra vez, no —suplicó—. Por favor, otra vez no.

—¿Está dispuesta a responder a mis preguntas?

Diana soltó un gemido, pero no dijo que sí.

—Traiga a la otra —ordenó Dieter a Hesse.

Diana ahogó un grito.

El teniente volvió con Maude y la ató a la silla.

—¿Qué quieren de mí? —gimoteó Maude.

—No digas nada... Es mejor.

Maude llevaba una blusa fina. Tenía una figura estupenda y abundante pecho. Dieter le abrió la blusa de golpe, y los botones salieron volando.

—¡Por favor! —suplicó la chica—. ¡Se lo contaré todo!

Bajo la blusa llevaba una camiseta de algodón con cenefas de encaje. Dieter agarró la prenda por el cuello y la rasgó. Maude empezó a chillar.

Dieter retrocedió y la miró. Tenía los pechos redondos y firmes. Una parte de su mente se recreó contemplándolos. A Diana debían de encantarle, pensó.

Retiró las pinzas de contacto del labio de Diana y las colocó cuidadosamente en los pequeños y rosados pezones de Maude. Luego, volvió junto al aparato y puso la mano en el mando.

—De acuerdo —murmuró Diana—. Se lo diré todo.

Dieter se aseguró de que el túnel ferroviario de Marles estuviera fuertemente custodiado. Si las «grajillas» conseguían llegar, les resultaría prácticamente imposible entrar en el túnel. Estaba seguro de que Flick ya no conseguiría su objetivo. Pero eso era secundario. Dieter deseaba capturarla e interrogarla con desesperación.

Ya eran las dos de la madrugada del domingo. El martes habría luna llena. Podían faltar horas para la invasión. Pero en esas pocas horas Dieter podía partirle el espinazo a la Resistencia francesa... si conseguía meter a Flick Clairet en una cámara de tortura. Sólo necesitaba la lista de nombres y direcciones que llevaba en la cabeza. La Gestapo de todas las ciudades de Francia, miles de agentes bien entrenados, sólo esperaba una orden. No eran un dechado de inteligencia, pero sabían detener a la gente. En un par de horas podían encarcelar a cientos de cuadros de la Resistencia. En lugar del alzamiento de masas que sin duda esperaban los aliados en apoyo de la invasión, reinaría la calma y el orden necesarios para que los alemanes organizaran su respuesta y empujaran a los invasores de vuelta al mar.

Había enviado un equipo de la Gestapo al Hotel de la Chapelle, pero por puro formalismo: estaba seguro de que Flick y las otras tres mujeres lo habrían abandonado minutos después de la detención de sus camaradas. ¿Dónde estarían ahora? Reims era el centro de operaciones natural para una acción en Marles, lo que explicaba que el plan original de las «grajillas» fuera saltar sobre Chatelle. Dieter seguía considerando probable que Flick pasara por Reims. La ciudad estaba en la

carretera y en la línea férrea a Marles, y en ella la agente británica debía de esperar obtener alguna ayuda del diezmado circuito Bollinger. Dieter habría apostado cualquier cosa a que en esos momentos Flick estaba en camino entre París y Reims.

Tomó las disposiciones necesarias para que todos los puestos de control de la Gestapo entre las dos ciudades dispusieran de información detallada sobre las identidades falsas de las cuatro agentes británicas. No obstante, aquello también era poco más que una formalidad: si no tenían identidades alternativas, encontrarían el modo de evitar los controles.

Dieter llamó a Reims, sacó a Weber de la cama y le explicó la situación. Por una vez, Weber no puso pegas. Aceptó enviar a dos agentes de la Gestapo a vigilar la casa de Michel Clairet, otros dos, el piso de Gilberte y dos más, la casa de la calle du Bois, para proteger a Stéphanie.

Por último, cuando empezaba a dolerle la cabeza, llamó a Stéphanie.

—Los terroristas británicos van camino de Reims —le explicó—. He ordenado que manden dos hombres para protegerte.

Stéphanie estaba tan tranquila como de costumbre.

—Gracias.

—Pero es importante que sigas acudiendo a las citas. —Con suerte, Flick no sospecharía hasta qué punto había penetrado Dieter en el circuito Bollinger e iría derecha a sus brazos—. Recuerda que cambiamos el lugar de contacto. Ya no es la cripta de la catedral, sino el Café de la Gare. Si se presenta alguien, te lo llevas a la casa, como hiciste con Helicóptero. La Gestapo se encargará del resto.

—De acuerdo.

—¿Estás segura? He procurado reducir al mínimo los riesgos, pero sigue siendo peligroso.

—Estoy segura. ¿Tienes jaqueca?

—Sólo está empezando.

—Tienes la medicina?

—La tiene Hans.

—Siento no estar ahí para ponértela yo.

Él también lo sentía.

—Tenía intención de volver a Reims esta noche, pero me parece que no podré.

—Ni se te ocurra coger el coche. Yo estoy bien. Un pinchacito y a la cama. Ya vendrás mañana.

Tenía razón. Le iba a costar Dios y ayuda volver al piso de la Porte de la Muette, que estaba a menos de un kilómetro. No podría volver a Reims hasta que se recuperara de la tensión de los interrogatorios.

—De acuerdo —dijo—. Dormiré unas horas y saldré por la mañana.

—Feliz cumpleaños.

—¡Te has acordado! Yo lo había olvidado.

—Tengo algo para ti.

—¿Un regalo?

—Algo más... movido.

A pesar del dolor de cabeza, Dieter sonrió de oreja a oreja. — Mira que voy para allá...

—Te lo daré mañana.

—No sé si podré esperar.

—Te quiero.

Las palabras «Te quiero» acudieron a sus labios, pero Dieter dudó, reacio como siempre a pronunciarlas; al cabo de un instante oyó un clic. Stéphanie había colgado.

En la madrugada del domingo, Paul Chancellor saltó en paracaídas sobre un campo de patatas próximo al pueblo de Laroque, al oeste de Reims, donde —no sabía si por suerte o por desgracia— no lo esperaba ningún comité de recepción.

El aterrizaje le causó un tremendo espasmo de dolor en la rodilla mala. Paul apretó los dientes y se quedó inmóvil en el suelo esperando a que se le pasara. Probablemente, la rodilla seguiría doliéndole de vez en cuando el resto de su vida.

Cuando fuera viejo podría decir que una punzada significaba lluvia, si llegaba a viejo.

Al cabo de cinco minutos pudo ponerse en pie y desembarazarse del paracaídas. Encontró la carretera, se orientó por las estrellas y empezó a andar, despacio, porque cojeaba más que nunca.

Su identidad, ideada a toda prisa por Percy Thwaite, era la de un maestro de escuela de Epernay, a unos kilómetros al oeste de Laroque. Viajaba a dedo hasta Reims para visitar a su padre enfermo. Percy le había conseguido todos los documentos necesarios, algunos falsificados a toda prisa esa misma noche y enviados a Tempsford con un motorista. La cojera encajaba de maravilla en la identidad falsa: un veterano con heridas de guerra podía ser maestro perfectamente, mientras que un joven sano debería haber estado en un campo de trabajo en Alemania.

Llegar era la parte fácil. Ahora tenía que encontrar a Flick. Su única forma de localizarla era contactar con el circuito Bollinger. No le quedaba más remedio que confiar en que Brian fuera el único miembro del circuito en poder de la Gestapo. Como cualquier otro agente recién llegado a Reims, se pondría en contacto con mademoiselle Lemas. Pero tendría que ser especialmente cauteloso.

Poco después del alba, oyó el ruido de un motor. Dejó la carretera y se ocultó entre las viñas. Cuando el vehículo estuvo cerca, vio que era un tractor. El peligro era mínimo: la Gestapo no solía desplazarse en tractor. Paul volvió a la carretera y levantó el pulgar.

Al volante del tractor, que arrastraba un remolque cargado de alcachofas, iba un

chico de unos quince años. El chaval hizo un gesto hacia la pierna de Paul y preguntó:

—¿Herida de guerra?

—Sí —respondió Paul. La ocasión más lógica en que un soldado francés podía haber resultado herido era la Batalla de Francia, de modo que añadió—: Sedan, mil novecientos cuarenta.

—Yo era demasiado joven —dijo el chico con pesar. —Dichoso tú.

—Pero espere a que vuelvan los aliados. Se va a armar una... — El chico le lanzó una mirada de soslayo—. No puedo decirle más. Pero espere y verá.

Paul se quedó pensativo. ¿Sería miembro del circuito Bollinger aquel chaval?

—Pero, ¿tendrán los nuestros las armas y las municiones que necesitan? —le preguntó.

Si el chico sabía algo, sabría como mínimo que los aliados habían arrojado toneladas de armamento en los últimos meses.

—Usaremos lo que haga falta como armas.

¿Estaba siendo discreto? No, concluyó Paul. Sólo había dicho vaguedades. Estaba fantaseando. Paul no le hizo más preguntas.

El joven tractorista lo dejó a las afueras y Paul siguió cojeando hasta el centro de la ciudad. El punto de contacto había cambiado de la cripta de la catedral al Café de la Gare, pero la hora era la misma, las tres de la tarde. Tenía tiempo de sobra para aburrirse.

Entró en el bar para desayunar y reconocer el terreno. Pidió un café solo. El viejo camarero enarcó las cejas; Paul comprendió que había cometido un desliz y se apresuró a corregirlo.

—No sé por qué digo «solo». Como si hubiera leche para el café.

El camarero sonrió y se fue a hacerle el café.

Paul respiró aliviado. Hacía ocho meses que no trabajaba en la clandestinidad y había olvidado la agotadora atención que exigía fingirse otro. Pasó la mañana en la catedral, dormitando entre misa y misa, y volvió al bar a la una y media para almorzar. El café se quedó vacío alrededor de las dos y media, pero Paul siguió en su mesa, tomando achicoria tras achicoria. A las tres menos cuarto, dos hombres entraron en el bar y pidieron cerveza. Paul los observó con atención. Eran dos viejos propietarios y hablaban en francés regional. Conversaban con erudición sobre la floración de las viñas, un período crítico que acababa de finalizar. Parecía poco probable que fueran agentes de la Gestapo.

A las tres en punto, una mujer atractiva vestida con discreta elegancia entró en el café. Llevaba un vestido fino de algodón verde, sombrero de paja y zapatos muy usados: uno negro y el otro marrón. Tenía que ser la Burguesa.

Paul estaba un tanto sorprendido. Se la había imaginado mayor. Probablemente

era una suposición gratuita, porque Flick nunca se la había descrito, pero, fuera como fuese, prefería asegurarse. Se levantó de la mesa y salió del bar.

Avanzó por la acera hasta la entrada de la estación y se detuvo para vigilar el café. No llamaría la atención: como había supuesto, había varias personas dando vueltas ante la entrada, esperando a algún compañero de viaje.

Se dedicó a observar a los clientes del local. Una mujer pasó ante la puerta con un niño que pedía un pastel; la madre acabó cediendo y entró en el café. Salieron los dos propietarios. Un gendarme hizo una visita rápida y volvió a la calle con un paquete de cigarrillos en la mano.

Paul empezó a convencerse de que la Gestapo no estaba al acecho. No había nadie a la vista que pareciera remotamente peligroso. El cambio de lugar de contacto los había despistado.

Sólo se preguntaba una cosa. Cuando Brian Standish había caído en la trampa de la catedral, Charenton, el amigo de la Burguesa, había acudido al rescate. ¿Dónde estaba hoy? Si vigilaba a su amiga en la catedral, ¿por qué no iba a hacerlo en el café? Pero el hecho no era peligroso en sí mismo. Y podía haber cientos de explicaciones plausibles.

La madre y el niño salieron del café. Luego, a las tres y media, la Burguesa apareció en la puerta y echó a andar en dirección opuesta a la estación. Paul la siguió por la otra acera. La mujer se detuvo a la altura de un coche pequeño de estilo italiano y color negro, un Simca-Cinq, lo llamaban los franceses. Paul cruzó la calle. La mujer entró en el coche y encendió el motor.

Había que decidirse, se dijo Paul. No tenía la certeza de que aquello fuera seguro, pero había tomado todas las precauciones posibles, excepto la de renunciar al contacto. Antes o después, tendría que asumir riesgos. Para eso estaba allí.

Fue derecho a la puerta del acompañante y la abrió. La mujer lo miró sin alterarse.

—¿Monsieur?

—Rece por mí.

—Rezo por la paz.

Paul entró en el coche.

—Soy Danton —dijo improvisando un nombre en clave.

—¿Por qué no ha contactado en el café? —preguntó la mujer poniendo el coche en marcha—. Lo he visto nada más entrar. Me ha hecho esperar ahí dentro media hora. Es peligroso.

—Quería asegurarme de que no era una trampa. La Burguesa lo miró con atención.

—Sabe lo de Helicóptero...

—Sí. ¿Dónde está su amigo, Charenton, el que lo salvó? La mujer torció en

dirección sur y pisó el acelerador. —Hoy tenía que trabajar.

—¿Un domingo? ¿Qué es?

—Bombero. Está de guardia.

Eso explicaba la ausencia. Paul decidió pasar al auténtico motivo de su viaje.

—¿Dónde está Helicóptero?

La Burguesa meneó la cabeza.

—Ni idea. Sólo soy la intermediaria. Establezco contacto con los agentes y se los paso a Monet. Lo demás no me concierne.

— ¿Está bien Monet?

—Sí. Me telefoneó el jueves por la tarde para informarse sobre Charenton.

—¿No ha vuelto a hacerlo?

—No. Pero eso es normal.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—¿En persona? Nunca lo he visto.

—¿Ha oído hablar de la Tigresa?

—No.

Paul se puso a cavilar mientras el coche atravesaba un barrio residencial. La Burguesa no podía proporcionarle la información que necesitaba. Tendría que pasar al siguiente eslabón de la cadena.

La mujer detuvo el coche ante una casa alta.

—Entré y lávese un poco —le dijo a Paul.

Paul se apeó. Todo parecía estar en orden: la Burguesa había acudido al lugar acordado y respondido correctamente a la contraseña, y nadie la había seguido. Por desgracia, no le había proporcionado ninguna información útil, de modo que seguía ignorando en qué medida estaba comprometido el circuito Bollinger y hasta qué punto corría peligro Flick. Mientras la mujer lo precedía hasta la puerta e introducía la llave en la cerradura, Paul se llevó la mano al bolsillo de la camisa y acarició el cepillo de dientes de madera; como era francés, no le habían puesto pegas para que lo llevara encima. De pronto, tuvo una inspiración. Al tiempo que la Burguesa cruzaba el umbral, se lo sacó del bolsillo, lo dejó caer justo delante de la puerta y entró.

—Qué casa tan grande. —El papel pintado, anticuado y oscuro, y los aparatosos muebles cuadraban más bien poco con la propietaria—. ¿Hace mucho que vive en ella?

—La heredé hace tres o cuatro años. Me gustaría redecorarla, pero hoy en día no hay de nada —explicó la mujer abriendo una puerta y haciéndose a un lado—. Por favor, pase a la cocina.

Paul entró y vio a dos hombres de uniforme. Ambos empuñaban pistolas automáticas. Y ambas pistolas apuntaban en su dirección.

El Hispano-Suiza pinchó en la carretera nacional 3 entre París y Meaux. Un clavo había atravesado el neumático. Irritado por el retraso, Dieter se puso a refunfuñar arcén arriba y abajo; pero el teniente Hesse levantó el vehículo con el gato y cambió la rueda con tranquila eficiencia. Al cabo de unos minutos, volvían a estar en marcha.

Dieter había dormido hasta tarde, bajo la influencia de la inyección de morfina que le había puesto Hans poco después de medianoche, y ahora miraba el, paisaje con impaciencia mientras dejaban atrás la deprimente zona industrial del este de París y avanzaban entre campos de cultivo. No veía el momento de llegar a Reims. Había tendido una trampa para Flick Clairet y necesitaba estar presente cuando cayera en ella.

El enorme Hispano-Suiza volaba por un tramo de carretera rectilíneo flanqueado de álamos, probablemente una antigua vía romana. Al comienzo de la guerra, Dieter estaba convencido de que el Tercer Reich sería como el Imperio Romano, un poder paneuropeo que traería una paz y una prosperidad sin precedentes a todos sus súbditos. Ya no estaba tan seguro.

Le preocupaba su amante. Stéphanie corría peligro, y Dieter se sentía culpable. En esos días, todo el mundo corría peligro, se dijo. La guerra moderna ponía a toda la población en primera línea. La mejor manera de proteger a Stéphanie —y de protegerse él mismo y proteger a su familia en Alemania— era derrotar a las fuerzas de invasión. Pero había momentos en que se maldecía por implicar a su amante en su misión. Estaba jugando a un juego muy peligroso y usándola como cebo. Los terroristas de la Resistencia no hacían prisioneros. Acostumbrados a vivir en constante peligro, no tenían escrúpulos en matar a compatriotas que colaboraban con el enemigo. Dieter apenas podía imaginarse la vida sin Stéphanie. La perspectiva le resultaba deprimente, y comprendió que debía de estar enamorado. Siempre se había dicho que la chica sólo era una hermosa cortesana, y que la estaba usando como los hombres solían usar a esas mujeres. Ahora acababa de darse cuenta de que se había estado engañando. Y deseó con más fuerza que antes llegar a Reims y estar a su lado.

Era domingo por la tarde, de modo que apenas había tráfico y progresaban rápidamente.

El segundo pinchazo se produjo cuando estaban a menos de una hora de Reims. A Dieter le habría gustado gritar de desesperación. Otro clavo doblado. ¿Tan malos eran los neumáticos de la guerra? ¿O es que los franceses, sabiendo que nueve de cada diez vehículos pertenecían a las fuerzas de ocupación, arrojaban sus clavos viejos a la carretera deliberadamente?

No tenían más ruedas de repuesto, así que habría que ponerle un parche a la pinchada para poder continuar. Dejaron el coche en el arcén y echaron a andar. Un par de kilómetros más adelante había una granja. La extensa familia estaba sentada alrededor de los restos de un abundante almuerzo dominical: sobre la mesa había

queso, fresas y varias botellas de vino vacías. Los campesinos eran los únicos franceses que no pasaban hambre. Dieter obligó al granjero a sacar el carro y el caballo y llevarlos a la localidad más cercana.

En la plaza del pueblo había un surtidor de gasolina ante un taller, de cuya puerta colgaba el letrero de «Cerrado». Dieter y Hans se pusieron a aporrearla y consiguieron interrumpir la siesta del garagiste, que subió refunfuñando a una vetusta camioneta y partió en busca del coche de Dieter con Hans en el asiento del acompañante.

Dieter tomó asiento en el cuarto de estar de la casa del mecánico, bajo las insistentes miradas de tres criaturas andrajosas. La señora de la casa, una mujer de pelo sucio y aspecto cansado, se quedó trabajando en la cocina, pero no le ofreció ni un mal vaso de agua.

Dieter volvió a acordarse de Stéphanie. En el pasillo había un teléfono. Asomó la cabeza a la cocina.

—¿Puedo hacer una llamada? —preguntó en tono amable—. Por supuesto, se la pagaré.

La mujer le lanzó una mirada hostil.

—¿Adónde? —gruñó.

—A Reims.

La mujer asintió, miró el reloj de cocina y apuntó la hora.

Dieter llamó a la operadora y le dio el número de la casa de la calle du Bois. Al cabo de un instante, oyó una voz grave y áspera que repitió el número con marcado acento de la región. Dieter se puso tenso.

—Aquí Pierre Charenton —murmuró.

Al otro lado del hilo, la voz se transformó en la de Stéphanie:

—Hola, cariño.

Dieter comprendió que, como precaución, la chica había respondido haciendo su imitación de mademoiselle Lentas, y sintió un alivio inmenso.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—He capturado a otro agente enemigo para ti —respondió Stéphanie con toda naturalidad.

Dieter sintió que se le secaba la boca.

—¡Dios mío, bien hecho! ¿Cómo ha sido?

—Contactó conmigo en el Café de la Gare y lo traje aquí.

Dieter cerró los ojos. Si algo hubiera ido mal, si hubiera hecho algo que hubiera despertado las sospechas del agente, ahora podía encontrarse muerta.

—¿Y después?

—Tus hombres lo han reducido.

Había dicho «él». Eso significaba que el terrorista no era Flick. Dieter se sintió

decepcionado. No obstante, su estrategia estaba dando resultados. Aquel hombre era el segundo agente aliado que caía en la trampa.

—¿Cómo es?

—Joven. Cojea y le falta media oreja.

—¿Qué han hecho con él?

—Está aquí, atado en el suelo de la cocina. Estaba a punto de llamar a Sainte-Cécile para que vinieran a por él.

—No lo hagas. Enciérralo en la bodega. Quiero hablar con él antes que Weber.

—¿Dónde estás?

—En un pueblucho. Hemos tenido un maldito pinchazo.

—No tardes.

—Estaré ahí en una o dos horas.

—De acuerdo.

—¿Cómo estás?

—Estupendamente.

Dieter quería una respuesta menos banal.

—No, en serio, ¿cómo te sientes?

—¿Que cómo me siento? —Stéphanie hizo una pausa—. No sueles hacerme ese tipo de preguntas.

Dieter dudó.

—No suelo involucrarte en la captura de terroristas.

—Me siento bien —respondió Stéphanie suavizando la voz—. No te preocupes por mí.

Dieter se sorprendió a sí mismo diciendo algo que no tenía pensado:

—¿Qué haremos después de la guerra? —Al otro lado de la línea, se produjo un significativo silencio—. Por supuesto, la guerra podría durar otros diez años, pero también podría acabar dentro de dos semanas, y en tal caso, ¿qué haríamos?

Stéphanie parecía recobrada de su sorpresa, pero su voz tenía un extraño temblor cuando preguntó:

—¿Qué te gustaría hacer a ti?

—No lo sé —dijo Dieter; pero la respuesta lo dejó insatisfecho, y al cabo de un momento balbuceó—: No quiero perderte.

—Oh.

Dieter esperó a que dijera algo más.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó al ver que seguía callada.

Stéphanie no dijo nada. Dieter oyó un ruido extraño al otro lado de la línea y comprendió que estaba llorando. Se le hizo un nudo en la garganta. En ese momento, captó la mirada de la mujer del mecánico, que seguía controlando la duración de la llamada. Tragó saliva y se volvió de espaldas; no quería que una extraña lo viera

descompuesto. —Estaré ahí enseguida —murmuró—. Y seguiremos hablando.

—Te quiero —dijo Stéphanie.

Dieter volvió la cabeza hacia la mujer del mecánico. No le quitaba ojo. «¡Que se vaya al infierno!», se dijo. —Yo también te quiero —respondió, y colgó el auricular.

Las «grajillas» emplearon casi todo el día en viajar de París a Reims.

Pasaron todos los controles sin contratiempos. Sus nuevas identidades falsas funcionaban tan bien como las viejas, y nadie notó que Flick había retocado su fotografía con lápiz de ojos.

Pero su tren se detenía durante una hora en plena vía cada dos por tres e iba acumulando retrasos. Sentada en el asfixiante compartimento, obligada a permanecer mano sobre mano, Flick se moría de impaciencia viendo esfumarse minutos preciosos. El motivo de las detenciones era evidente: los bombarderos de la RAU y de las fuerzas aéreas estadounidenses habían destrozado la mitad de la línea. Cuando el tren daba una sacudida y volvía a ponerse en marcha, se asomaba a una ventanilla y veía a las brigadas de vías y obras retirando raíles retorcidos, cambiando traviesas y colocando carriles nuevos. Su único consuelo era que los retrasos debían de ser aún más desesperantes para Rommel, pues le impedían desplegar sus tropas para repeler la invasión.

Un peso frío e inerte le oprimía el pecho, y Diana y Maude le acudían a la mente sin cesar. A esas alturas las habrían interrogado con toda certeza, torturado con mucha probabilidad y asesinado muy posiblemente. Flick conocía a Diana de toda la vida. Iba a tener que contarle lo ocurrido a William, su hermano, y a su propia madre, que iba a sentirlo casi tanto como William: no en vano había ayudado a criar a Diana.

Empezaron a ver viñedos, luego, cavas de champán a ambos lados de las vías, y por fin llegaron a Reims minutos antes de las cuatro de la tarde del domingo. Como había temido Flick, era demasiado tarde para llevar a cabo la misión, ese mismo día

Las esperaban otras veinticuatro horas angustiosas en territorio ocupado. Y tenían un problema más concreto e inmediato: dónde pasar la noche.

Reims no era París. No tenía barrio chino con pensiones de mala nota cuyos propietarios prescindieran de hacer preguntas, y Flick no sabía de ningún convento cuyas monjas ocultaran a fugitivos en busca de asilo. Allí no había callejas oscuras en las que los vagabundos pudieran dormir entre cubos de basura sin ser molestados por la policía.

A Flick se le ocurrieron tres posibles escondrijos: la casa de Michel, el piso de Gilberte y la casa de mademoiselle Lemas en la calle du Bois. Desgraciadamente, los tres podían estar bajo vigilancia, dependiendo de hasta qué punto se hubiera infiltrado la Gestapo en el circuito Bollinger. Si Dieter Franck había tomado a su cargo la investigación, cabía temerse lo peor.

No quedaba más remedio que ir a comprobarlo.

—Tenemos que trabajar por parejas otra vez —les dijo a las otras—. Cuatro mujeres juntas llaman mucho la atención. Ruby y yo iremos delante. Greta y Jelly, seguidnos a unos cien metros.

Fueron andando hasta casa de Michel, que no estaba lejos de la estación. Era el domicilio conyugal de Flick, que, sin embargo, siempre la había considerado la casa de Michel. Había espacio más que suficiente para cuatro mujeres; pero era poco probable que la Gestapo no la conociera: habría sido asombroso que ninguno de los prisioneros capturados el domingo anterior hubiera revelado la dirección.

El edificio estaba en una calle concurrida en la que había varios comercios. Mientras avanzaban por la acera, Flick miraba disimuladamente hacia el interior de cada vehículo aparcado y Ruby vigilaba las casas y las tiendas. La casa era un edificio alto y estrecho en una elegante manzana de inmuebles del siglo XVIII. Tenía un pequeño jardín delantero con un magnolio. El lugar estaba tranquilo y silencioso, y no se veía movimiento en las ventanas. El umbral tenía una capa de polvo.

En el primer recorrido, no vieron nada sospechoso: ni obreros levantando la calle ni ociosos en la terraza del bar Chez Régis ni lectores de periódico apoyados en postes del telégrafo.

Volvieron por la otra acera. Delante de la panadería había un Citroen Traction Avant con dos hombres trajeados que fumaban con cara de aburrimiento en el interior.

Flick se puso tensa. Llevaba la peluca morena, y estaba convencida de que no la reconocerían como a la chica del cartel, a pesar de lo cual apretó el paso al llegar a la altura del Citroen con el corazón en un puño. Siguió avanzando por la acera temiendo que le dieran el alto en cualquier momento; pero llegó al final de la manzana sin contratiempos, dobló la esquina y respiró aliviada.

Aflojó el paso. Sus temores se habían confirmado. La casa de Michel no les servía. No tenía puerta trasera, pues la manzana formaba un bloque compacto. No podían entrar sin que las viera la Gestapo.

Flick consideró las otras dos posibilidades. Probablemente, Michel seguía viviendo en el piso de Gilberte, a no ser que lo hubieran capturado. El edificio disponía de una útil entrada posterior. Pero el apartamento era diminuto; cuatro mujeres que pasaran la noche en una vivienda de un solo dormitorio, además de estar incómodas, podían atraer la atención del resto de los vecinos.

Parecía evidente que el lugar más adecuado para pasar la noche era la casa de la calle du Bois. Flick la había visitado en dos ocasiones. Era un edificio enorme con dormitorios de sobra. Mademoiselle Lemas era de total confianza y siempre estaba dispuesta a alojar y alimentar a huéspedes inesperados. Llevaba años dando cobijo a agentes británicos, pilotos de aviones derribados y prisioneros evadidos. Y tal vez supiera qué le había ocurrido a Brian Standish.

La casa estaba a dos o tres kilómetros del centro de la ciudad. Las cuatro mujeres se pusieron en camino, con Flíck y Ruby en cabeza y Greta y Jelly a cien metros de distancia.

Llegaron media hora más tarde. La calle du Bois era una tranquila calle residencial; un equipo de vigilancia se habría visto negro para mantenerse oculto. Sólo había un coche aparcado a la vista: un Peugeot 201 en buen estado pero demasiado lento para la Gestapo. Estaba vacío.

Flick y Ruby dieron un paseo preliminar por delante de la casa. Tenía el aspecto habitual. El Simca-Cinq de mademoiselle Lemas estaba en el patio, lo que sólo era relativamente raro, porque siempre lo guardaba en el garaje. Flick aflojó el paso y volvió la cabeza hacia la ventana con discreción. No vio a nadie. Mademoiselle Lemas apenas utilizaba aquella habitación; era una anticuada sala de estar, con un piano impoluto, cojines bien ahuecados y la puerta siempre cerrada, salvo para las visitas formales. Sus huéspedes clandestinos siempre se sentaban en la cocina, en la parte posterior de la casa, donde no corrían el riesgo de que los vieran desde la calle.

Al pasar ante la puerta, un objeto caído en el suelo atrajo la mirada de Flick. Era un cepillo de dientes de madera. Sin dejar de andar, se agachó y lo recogió.

—¿Has olvidado el tuyo? —le preguntó Ruby.

—Se parece al de Paul —respondió Flick, que había estado a punto de decir «Es el de Paul», aunque en Francia debía de haber cientos, tal vez miles, iguales.

—¿Crees que podría estar aquí?

—Tal vez.

—¿Por qué iba a venir?

—No lo sé. Para advertirnos de algún peligro, tal vez.

Dieron la vuelta a la manzana. Antes de volver a acercarse a la casa, esperaron a que Greta y Jelly les dieran alcance.

—Esta vez iremos juntas —dijo Flick—. Greta y Jelly llamarán a la puerta.

—Ya iba siendo hora, los pies me están matando —rezongó Jelly.

—Ruby y yo continuaremos hasta la parte posterior, sólo como precaución. No nos mencionéis; limitaos a esperar a que aparezcamos.

Volvieron a acercarse a la casa, esta vez las cuatro juntas. Flick y Ruby entraron en el patio, pasaron junto al Simca y se deslizaron hasta la parte posterior. La cocina, que ocupaba la mayor parte de esa fachada, tenía dos ventanas con una puerta en medio. Flick esperó a oír el timbre de la puerta y se arriesgó a echar un vistazo por una de las ventanas.

El corazón se le paró en el pecho.

En la cocina había tres personas: dos hombres de uniforme y una mujer alta de exuberante cabellera pelirroja que desde luego no era mademoiselle Lemas.

En una fracción de segundo, Flick los vio apartar la vista de las ventanas y volver

la cabeza hacia la puerta principal con expresión inquieta. Luego, volvió a agacharse.

Procuró concentrarse. Estaba claro que los hombres eran agentes de la Gestapo. La mujer debía de ser una francesa colaboracionista que se hacía pasar por mademoiselle Lemas. Le había resultado vagamente familiar, a pesar de haberla visto de espaldas: algo en el elegante vuelo de su vestido verde de verano había hecho saltar la alarma en la memoria de Flick.

Por desgracia, era evidente que los alemanes habían descubierto la casa de seguridad y la habían convertido en una trampa para agentes aliados. El pobre Brian Standish debía de haber caído en ella de cabeza. Flick se preguntó si seguiría vivo.

Una fría determinación se apoderó de su ánimo. Sacó la pistola. Ruby la imitó.

—Tres —susurró Flick—. Dos hombres y una mujer. —Respiró hondo. Había llegado el momento de ser implacable—. Vamos a matar a los hombres —le dijo a Ruby—. ¿De acuerdo? —La chica asintió. Flick dio gracias a Dios por la sangre fría de Ruby—. Preferiría conservar con vida a la mujer para interrogarla, pero, si vemos que se nos va a escapar, le dispararemos.

—Entendido.

—Los hombres están en el lado izquierdo. La mujer habrá ido a abrir. Tú quédate en esta ventana, yo iré a la otra. Apunta al hombre que tengas más cerca. Dispara cuando yo lo haga.

Flick se deslizó a lo largo de la pared y se agachó bajo la otra ventana. Había empezado a resollar, y el corazón le latía como un martillo neumático, pero tenía la mente tan clara como si estuviera jugando al ajedrez. Nunca había disparado a través de un cristal. Decidió disparar tres veces en rápida sucesión: una para romper el cristal, otra para matar a su blanco y la última para asegurarse. Le quitó el seguro a la Browning con un golpe del pulgar y la sostuvo apuntando al cielo. Luego, se irguió y miró por la ventana.

Los dos alemanes estaban vueltos hacia la puerta del pasillo. Empuñaban sendas pistolas. Flick encañonó al que tenía más cerca.

La pelirroja había salido, pero la puerta del pasillo se abrió al instante, y Flick la vio aparecer en el umbral y hacerse a un lado. Sin sospechar nada, Greta y Jelly pasaron junto a ella; de pronto, vieron a los hombres de la Gestapo. Greta, sobresaltada, soltó un chillido. Se oyó una voz —Flick no pudo entender lo que decía—, y Greta y Jelly levantaron las manos.

La falsa mademoiselle Lemas entró en la cocina. Al verla de frente, Flick confirmó su impresión. La había visto antes. Un instante después recordó dónde. En la plaza de Sainte-Cécile, el domingo anterior, en compañía de Dieter Franck. Flick la había tomado por la querida del mayor. Obviamente, era algo más.

De pronto, la mujer miró hacia la ventana y vio el rostro de Flick. Parpadeó, abrió la boca y levantó la mano para señalar lo que acababa de descubrir. Los dos hombres

empezaron a volverse.

Flick apretó el gatillo. La detonación del arma le pareció simultánea al estallido del cristal. Manteniendo la pistola recta y bien sujeta, disparó otras dos veces.

Un segundo después, Ruby descargó su Colt.

Los dos hombres cayeron al suelo.

Flick corrió hacia la puerta y entró en la cocina.

La pelirroja se había lanzado a la carrera hacia la puerta de la calle. Flick levantó la pistola, pero demasiado tarde: en una fracción de segundo, la mujer dobló la esquina del pasillo y desapareció de su vista. De pronto, con insospechada rapidez, Jelly se abalanzó hacia la puerta. Al cabo de un momento se oyó un estrépito de muebles rotos y cuerpos rodando por el suelo.

Flick salió al pasillo y asomó la cabeza al recibidor. Jelly había derribado a la pelirroja sobre el embaldosado. También había partido las delicadas patas curvas de una mesa en forma de riñón, hecho añicos el jarrón chino que adornaba la mesa y esparcido por el suelo el ramillete de hierbas secas que contenía el jarrón. La francesa forcejeaba intentando levantarse. Flick la encañonó con la pistola. Jelly, dando prueba de una sorprendente rapidez de reflejos, agarró a la mujer por el pelo y le estrelló la cabeza contra las baldosas hasta que dejó de debatirse.

La pelirroja calzaba zapatos viejos, uno negro y el otro marrón.

Flick volvió a la cocina y echó un vistazo a los dos alemanes, que yacían inmóviles en el suelo. Recogió sus pistolas y se las guardó en los bolsillos. Dos armas menos para el enemigo.

Por el momento, las cuatro «grajillas» estaban fuera de peligro.

Flick seguía electrizada por la adrenalina. En su momento, se dijo, pensaría en el hombre al que acababa de matar. La desaparición de un ser humano era un hecho terrible. Su solemnidad podía ser aplazada, pero no eludida. Pasarían horas o días, pero Flick acabaría preguntándose si aquel joven de uniforme había dejado atrás a una mujer que ahora estaba sola y unos hijos sin padre. Por el momento, fue capaz de apartar aquella idea de su mente y concentrarse en la misión.

—Jelly, vigila a la mujer. Greta, busca cuerda y átala a una silla. Ruby, mira arriba y asegúrate de que no hay nadie más en la casa. Yo registraré el sótano.

Flick bajó las escaleras de la bodega a toda prisa. Sobre el suelo de tierra había un hombre atado y amordazado. La mordaza le cubría la mayor parte del rostro, pero Flick advirtió que le faltaba media oreja.

Tiró de la mordaza para destaparle la boca, se inclinó sobre él y le dio un largo y apasionado beso.

—Bienvenido a Francia.

—Es la mejor bienvenida que me han dado nunca —respondió él sonriendo de oreja a oreja.

—Tengo tu cepillo de dientes.

—Se me ha ocurrido en el último segundo, porque la pelirroja me tenía escamado.

—Si no llega a ser por eso, habiéramos caído de cabeza en la trampa.

—Gracias a Dios lo has visto.

Flick se sacó la pequeña navaja de la vaina de la manga y empezó a cortar las ligaduras.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me lancé en paracaídas anoche.

—¿Y se puede saber para qué demonios?

—Decididamente, la radio de Helicóptero está siendo utilizada por la Gestapo. Quería prevenirte.

Flick le lanzó los brazos al cuello en un arrebato de cariño.

— ¡Me alegro tanto de que estés aquí!

Él la estrechó en sus brazos y la besó.

—Siendo así, me alegro de haber venido.

Flick y Paul subieron a la planta baja.

—Mirad a quién me he encontrado en la bodega —dijo Flick.

Las chicas saludaron a Paul y se volvieron hacia Flick esperando instrucciones. Flick pensó con calma. Habían transcurrido cinco minutos desde el tiroteo. Los vecinos tenían que haberlo oído, pero pocos ciudadanos franceses habrían corrido al teléfono para llamar a la policía: tenían miedo de acabar respondiendo preguntas en las dependencias de la Gestapo. Sin embargo, convenía evitar cualquier riesgo innecesario. Tenían que largarse cuanto antes.

Flick se volvió hacia la falsa mademoiselle Lemas, que permanecía atada a una silla de la cocina. Sabía lo que había que hacer, pero pensarlo le produjo un estremecimiento.

—¿Cómo se llama?

—Stéphanie Vinson.

—Usted es la amante de Dieter Franck.

La chica estaba pálida como un sudario, pero le lanzó una mirada desafiante, y Flick no pudo evitar admirar su belleza.

—Dieter me salvó la vida.

De modo que así se había ganado Franck la lealtad de aquella mujer, se dijo Flick. Pero eso no cambiaba nada: un traidor era un traidor, alegara lo que alegase.

—Usted trajo a Helicóptero a esta casa para que lo capturaran. —La chica no dijo nada—. ¿Está vivo o muerto?

—No lo sé.

Flick señaló a Paul.

—También lo ha traído a él. —Flick pensó en el peligro que había corrido Paul, y

la cólera alteró su voz—.Y habría seguido ayudando a la Gestapo hasta que nos capturara a todos. — Stéphanie agachó la cabeza. Flick se colocó detrás de la silla y sacó la pistola—. Es usted francesa; sin embargo, ha colaborado con la Gestapo. Podían habernos matado a todos.

Los otros, viendo lo que estaba a punto de ocurrir, se apartaron de la línea de tiro.

Stéphanie no podía ver el arma, pero presentía que iba a suceder algo.

—¿Qué van a hacer conmigo? —murmuró.

—Si la dejamos aquí, le dirá a Franck cuántos somos y qué aspecto tenemos, y lo ayudará a capturarnos, para que pueda torturarnos y matarnos... ¿verdad? —La chica no respondió. Flick le apuntó a la nuca—. ¿Tiene alguna excusa para ayudar al enemigo?

—Hice lo que tenía que hacer. Como todo el mundo.

—Exactamente —respondió Flick, y apretó el gatillo dos veces.

Los disparos retumbaron en el reducido espacio de la cocina. Un chorro de sangre, mezclada con algo más, brotó del rostro de la mujer y tiñó la falda de su elegante vestido. El cuerpo cayó hacia delante y quedó inmóvil.

Jelly dio un respingo y Greta volvió la cabeza. Hasta Paul se puso pálido. Sólo Ruby permaneció impertérrita.

Todos guardaron silencio.

—Vámonos de aquí —dijo Flick al fin.

Eran las seis en punto de la tarde cuando Dieter aparcó delante de la casa de la calle du Bois. Tras el largo viaje, el coche azul celeste estaba cubierto de polvo e insectos muertos. Al tiempo que se apeaba, una nube se deslizó sobre el sol, y la calle residencial quedó en sombras. Dieter se estremeció.

Se quitó las gafas protectoras —había estado conduciendo con la capota bajada— y se pasó los dedos por el cabello para alisárselo.

—Por favor, Hans, espéreme aquí —dijo volviéndose hacia Hesse; quería estar solo con Stéphanie.

Echó en falta el Simca-Cinq de mademoiselle Lemas apenas abrió la verja y entró en el jardín. La puerta del garaje estaba abierta y el garaje, vacío. ¿Lo estaría utilizando Stéphanie? Pero, ¿adónde habría ido? Tenía que esperarlo en la casa, protegida por dos agentes de la Gestapo.

Se acercó a la puerta y tiró del cordón de la campana mecánica. El sonido del timbre se apagó y la casa quedó en silencio. Dieter miró por la ventana de la sala de estar, que, como de costumbre, estaba vacía. Volvió a llamar. No obtuvo respuesta. Se agachó para mirar por la abertura del buzón, pero apenas pudo ver nada: un trozo de escalera, un cuadro de un paisaje alpino y la puerta de la cocina, entreabierta. No había ningún movimiento.

Miró hacia la casa vecina y vio un rostro que se apartaba rápidamente de una ventana y una cortina que volvía a cubrirla.

Dobló la esquina de la casa, atravesó el patio lateral y llegó al jardín posterior. Vio dos ventanas rotas y la puerta trasera abierta. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué había ocurrido allí?

—¿Stéphanie? —gritó.

No hubo respuesta.

Entró en la cocina.

Al principio no entendió lo que estaba viendo. Había un bulto atado a una silla con cuerda ordinaria. Parecía el cuerpo de una mujer con un amasijo repugnante en lo alto. Al cabo de unos instantes, su experiencia como policía le dijo que el repugnante amasijo era una cabeza humana destrozada por un disparo. Luego, vio que la mujer calzaba zapatos viejos, uno negro y el otro marrón, y comprendió que era Stéphanie. Soltó un aullido de angustia, se tapó los ojos con las manos y se derrumbó lentamente sobre las rodillas, sollozando.

Al cabo de un minuto, apartó las manos de los ojos y se obligó a mirar de nuevo. El ex detective vio la sangre en la falda del vestido y concluyó que le habían disparado desde atrás. Tal vez había sido un gesto piadoso, para evitarle el terror de saber que estaba a punto de morir. Le habían disparado dos veces. Los dos grandes orificios de salida habían dejado intactos sus sensuales labios, pero le habían destrozado los ojos y la nariz y habían convertido su hermoso rostro en una máscara espantosa. De no haber sido por los zapatos, no la habría reconocido. Los ojos de Dieter se llenaron de lágrimas, y el cuerpo de Stéphanie se convirtió en una mancha borrosa.

La sensación de pérdida era como una herida. Nunca había sufrido una conmoción tan profunda como la súbita certeza de la desaparición de Stéphanie. No volvería a lanzarle una de sus orgullosas miradas; no volvería a atraer las miradas de todos los hombres al entrar a un restaurante; no volvería a sentarse ante él y deslizar unas medias de seda sobre sus perfectas pantorrillas. Su elegancia y su ingenio, sus miedos y sus deseos, habían sido anulados, borrados, aniquilados. Dieter se sentía como si le hubieran disparado a él, como si hubiera perdido una parte de sí mismo. Susurró su nombre: al menos le quedaba eso.

De pronto, oyó una voz a su espalda.

Sobresaltado, soltó un grito.

Volvió a oírlo: un gruñido sin palabras, pero humano. Se puso en pie de un salto y dio media vuelta secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Por primera vez, vio a dos hombres en el suelo. Los dos vestían uniforme. Eran los agentes de la Gestapo que debían proteger a Stéphanie. No habían conseguido salvarla, pero habían muerto intentándolo.

Al menos uno de ellos.

Uno permanecía inmóvil, pero el otro estaba intentando hablar. Era joven, un muchacho de diecinueve o veinte años, con el pelo negro y un pequeño bigote. Su gorra de uniforme estaba en el suelo de linóleo, junto a su cabeza.

Dieter se acercó y se arrodilló junto a él. Vio los orificios de salida en el pecho del muchacho: le habían disparado por la espalda. Yacía en medio de un charco de sangre. Agitó la cabeza y movió los labios. Dieter acercó la oreja a su boca.

—Agua —susurró el muchacho.

Se estaba desangrando. Siempre pedían agua cuando se acercaba el fin. Dieter lo sabía: lo había visto en el desierto. Buscó un vaso, lo llenó en el grifo y lo acercó a los labios del moribundo, que bebió con avidez. El agua le resbalaba por la barbilla y caía sobre el cuello de su guerrera, empapada de sangre.

Dieter se dijo que tenía que llamar y pedir un médico, pero debía descubrir lo que había ocurrido. Si esperaba, el muchacho podía expirar sin contarle lo que sabía. Dieter dudó sobre la decisión sólo un momento. El hombre era prescindible. Primero, lo interrogaría; luego, llamaría al médico.

—¿Quién ha sido? —le preguntó, y volvió a inclinar la cabeza hacia los labios del moribundo.

—Cuatro mujeres —farfulló el muchacho.

—Las «grajillas» —murmuró Dieter con amargura. —Dos por delante... dos por detrás.

Dieter asintió. Podía imaginarse cómo había ocurrido. Habían llamado a la puerta principal. Stéphanie había ido a abrir. Los agentes de la Gestapo habían permanecido alerta, mirando hacia el pasillo. Dos de las terroristas se habían deslizado hasta las ventanas de la cocina y les habían disparado por la espalda. ¿Y después...?

—¿Quién ha matado a Stéphanie?

—Agua...

Dieter necesitó toda su fuerza de voluntad para reprimir su impaciencia. Fue al fregadero, volvió a llenar el vaso y regresó junto al moribundo. El muchacho volvió a beberse toda el agua y exhaló un suspiro de alivio, un suspiro que se transformó en un gemido de atroz agonía.

—¿Quién ha matado a Stéphanie? —repitió Dieter. —La más baja —murmuró el agente de la Gestapo.

—Flick —masculló Dieter con el corazón henchido de un furioso deseo de venganza.

—Lo siento, mayor... —susurró el muchacho.

—¿Cómo ha sido?

—Rápido... Ha sido muy rápido.

—Cuéntemelo.

—La han atado... han dicho que era una traidora... le han disparado en la nuca... y se han marchado.

—¿Traidora? —murmuró Dieter.

El muchacho asintió.

Dieter ahogó un sollozo.

—Nunca le pegó un tiro en la nuca a nadie —dijo en un susurro dolorido.

El agente de la Gestapo no lo oyó. Sus labios estaban inmóviles y su respiración había cesado.

Dieter extendió la mano derecha y le cerró los párpados con las yemas de los dedos.

—Descansa en paz —murmuró.

Luego, dando la espalda al cuerpo de la mujer a la que amaba, fue hacia el teléfono.

Acomodarse en el Simca-Cinq les había costado lo suyo. Ruby y Jelly se habían sentado en el estrecho asiento trasero. Paul, al volante. Greta, en el asiento del acompañante y Flick, encima de Greta.

En otras circunstancias, les habría entrado la risa, pero lo que acababa de ocurrir seguía angustiándolos. Habían estado a punto de caer en manos de la Gestapo, y habían matado a tres seres humanos. En esos momentos, estaban tensos, alerta y listos para reaccionar de inmediato ante cualquier imprevisto. Sólo pensaban en sobrevivir.

Flick guió a Paul hasta una calle paralela a la de Gilberte. Recordó el día en que había llegado allí con Michel, herido durante el ataque al palacio, hacía justo una semana, e indicó a Paul que aparcara junto a la entrada de la calleja.

—Esperad aquí —dijo saliendo del coche—. Voy a echar un vistazo.

—Date prisa, por amor de Dios —la urgió Jelly.

—Me daré toda la que pueda.

Flick echó a correr por la calleja, dejó atrás el muro posterior de la fábrica y cruzó la puerta de la tapia. Atravesó el jardín a toda prisa y se deslizó al interior del edificio por la puerta trasera. El vestíbulo estaba desierto y en silencio. Subió las escaleras, procurando no hacer ruido, hasta el último piso.

Se detuvo ante la puerta de Gilberte. Lo que vio la llenó de consternación. Habían forzado la puerta. Estaba abierta, colgando del gozne superior. Flick escuchó con atención, pero no oyó nada, y algo le dijo que el allanamiento se había producido hacía días. Respiró hondo y entró con cautela.

Habían registrado la vivienda superficialmente. En el pequeño cuarto de estar, los cojines de los asientos estaban desordenados, y en el rincón de la cocina, las puertas del aparador, abiertas de par en par. Flick echó un vistazo en el dormitorio y vio algo por el estilo. Habían sacado los cajones de la cómoda, abierto las puertas del armario

y dejado huellas de botas sucias sobre la colcha.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Aparcado frente al edificio, vio un Citroen Traction Avant con dos hombres en los asientos delanteros.

Todo eran malas noticias, pensó Flick con desesperación. Alguien había hablado, y Dieter Franck le había sacado mucho partido a la confesión. Pacientemente, había seguido un rastro que lo había llevado primero a mademoiselle Lemas, luego a Brian Standish y finalmente a Gilberte. ¿Y Michel? ¿Estaría detenido? Parecía más que probable.

Flick se puso a cavilar sobre Dieter Franck. Había sentido un estremecimiento al leer la escueta nota biográfica redactada por el M16 pegada al dorso de su foto. Ahora comprendía que no se había asustado bastante. Era listo y persistente. Había estado a punto de capturarla en Chatelle, había llenado París de carteles con su imagen y había capturado e interrogado a sus camaradas uno tras otro.

Sólo lo había visto dos veces, durante apenas unos momentos en ambas ocasiones. Procuró recordar su rostro. Su mirada traslucía inteligencia y firmeza, se dijo, además de la determinación propia de un hombre que podía ser implacable. Estaba totalmente segura de que le seguía el rastro y decidió ser más cautelosa que nunca.

Alzó los ojos al cielo. Quedaban unas tres horas de luz.

Bajó las escaleras de dos en dos, atravesó el jardín a la carrera y llegó al Simca-Cinq.

—Malas noticias —dijo agachándose para entrar en el coche—. La Gestapo ha registrado el piso y vigila la entrada principal.

—Dios... —murmuró Paul—. ¿Y ahora adónde vamos?

—Conozco otro sitio —respondió Flick—. Volvamos a la ciudad.

Flick oyó los jadeos del diminuto motor de quinientos centímetros cúbicos, que se las veía y se las deseaba para mover el sobrecargado Simca-Cinq, y se preguntó cuánto tardaría en dejarlos en la estacada. Por otra parte, suponiendo que los alemanes hubieran descubierto los cadáveres de la casa de la calle du Bois, ¿cuánto tardarían en dar la alerta sobre el coche de mademoiselle Lemas a todas las fuerzas de la Gestapo y de la policía de Reims? Franck no podía ponerse en contacto con los hombres que ya estaban patrullando las calles, pero los informaría en el primer cambio de turno. Y Flick no sabía a qué hora entraban en servicio las patrullas nocturnas. Llegó a la conclusión de que apenas les quedaba tiempo.

—Vamos a la estación —le dijo a Paul—. Dejaremos el coche allí.

— Buena idea —respondió Paul—. Puede que piensen que nos hemos ido de la ciudad.

Flick recorría las calles con la mirada, temiendo ver algún Mercedes del ejército o algún Citroen negro de la Gestapo. Pasaron cerca de una pareja de gendarmes y

contuvo la respiración. Sin embargo, llegaron al centro de la ciudad sin contratiempos. Paul aparcó cerca de la estación. Se apearon a toda prisa y se alejaron a buen paso del comprometedor vehículo.

—Tengo que hacer esto sola —les dijo Flick—. Es mejor que me esperéis en la catedral.

—Hoy he pasado tanto tiempo allí —murmuró Paul—, que estoy seguro de que me han perdonado todos los pecados varias veces.

—Entonces, reza para que encontremos un sitio en el que pasar la noche —replicó Flick, y se alejó a toda prisa.

Volvió a la calle donde vivía Michel. El bar Chez Régis estaba a cien metros de su casa. Flick entró y se acercó a la barra. Sentado tras ella, Alexandre Régis, el dueño del local, hacía tiempo fumándose un cigarrillo. La saludó moviendo la cabeza, pero no le dijo nada.

Flick abrió la puerta que daba acceso a los lavabos, avanzó por un corto pasillo y abrió lo que parecía un armario. Subió un empinado tramo de escaleras. Al final había una puerta con mirilla. Flick llamó con los nudillos y se puso donde pudieran verla. Al cabo de un momento, Mémé Régis, la madre de Alexandre, apareció en el umbral.

Flick entró en una amplia habitación que tenía las ventanas pintadas de negro. El suelo estaba cubierto con esteras, las paredes, pintadas de marrón, y del techo pendían varias bombillas sin tulipa. Un grupo de hombres jugaba a las cartas alrededor de una mesa circular. En un rincón había una barra. Era una timba ilegal.

A Michel le gustaba apostar fuerte al póquer y codearse con gente de mal vivir, y acudía a aquel sitio alguna que otra noche. Flick nunca jugaba, pero algunas veces lo acompañaba, se sentaba a su lado y seguía las partidas durante una hora. Michel decía que le daba suerte. Era un buen lugar para esconderse de la Gestapo, y Flick tenía la esperanza de encontrarlo allí, pero se desengañó en cuanto echó un vistazo a los jugadores.

—Gracias, Mémé —le dijo a la madre de Alexandre. —Cuánto tiempo sin verte... ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Sabes algo de mi marido?

—¡Ay, el granuja de Michel! No, y me temo que esta noche tampoco va a venir.

Los habituales del garito ignoraban que Michel pertenecía a la Resistencia, y Flick optó por no hacer más preguntas.

Volvió al bar y se sentó en un taburete. La camarera, una mujer de mediana edad con los labios pintados de rojo vivo, se acercó a ella sonriendo. Era Yvette Régis, la mujer de Alexandre.

—¿Tienes whisky? —le preguntó Flick.

—Claro —respondió Yvette—. Para los que pueden permitírselo —añadió sacando

una botella de Dewar's White Label y sirviéndole unos dedos.

—Estoy buscando a Michel —le dijo Flick.

—Hace cosa de una semana que no lo veo —respondió Yvette. — Vaya... —murmuró Flick, y le dio un sorbo a la bebida—. Esperaré un rato, por si aparece.

Dieter estaba desesperado. Flick era más lista de lo que creía. Había eludido su trampa. Estaba en Reims, pero no tenía modo de encontrarla.

Ya no podía hacer seguir a ningún miembro de la Resistencia de Reims, con la esperanza de que Flick se pusiera en contacto con él, porque los había detenido a todos. Mantenía la casa de Michel y el piso de Gilberte bajo vigilancia, pero estaba convencido de que Flick era demasiado astuta para dejarse ver por el típico polizone de la Gestapo. Había carteles con su imagen por toda la ciudad, pero a esas alturas debía de haber cambiado de aspecto tiñéndose el pelo o algo por el estilo, porque nadie la había denunciado. Lo había burlado de todas todas.

Necesitaba una inspiración genial.

Y la había tenido... creía.

Estaba sentado en el sillín de una bicicleta, junto al bordillo de una acera, en una calle del centro de Reims, justo enfrente del teatro. Llevaba boina, gafas protectoras, un jersey basto de algodón y los bajos del pantalón metidos en los calcetines. Estaba irreconocible. Nadie sospecharía de él. La Gestapo no iba en bicicleta.

Miró hacia el extremo oeste de la calle, entrecerrando los ojos para protegerse del sol poniente. Esperaba ver un Citroen negro. Consultó su reloj: de un minuto a otro.

Al otro lado de la calle, Hans permanecía sentado al volante de un viejo y ruidoso Peugeot cuya vida útil tocaba a su fin. Tenía el motor encendido: Dieter no podía arriesgarse a que no se pusiera en marcha en el momento crítico. El teniente Hesse, que también se había disfrazado, llevaba gorra, gafas de sol, un traje raído y zapatos desgastados, como la mayoría de los franceses. Nunca había hecho nada parecido, pero había aceptado la orden de Dieter con impertérrito estoicismo.

Dieter tampoco había hecho nada parecido en su vida. No tenía ni idea de si funcionaría. Podía fallar todo y pasar de todo.

Lo que Dieter había planeado era desesperado, pero, ¿qué podía perder? El martes habría luna llena. Estaba seguro de que los aliados tenían la invasión a punto. Flick era la clave para hacerla fracasar. Se merecía cualquier riesgo.

Sin embargo, ganar la guerra no era la principal preocupación de Dieter. Le habían arruinado el futuro; le daba igual quién dominara Europa. No dejaba de pensar en Flick Clairet. Le había destrozado la vida; había asesinado a Stéphanie. Quería encontrarla, y capturarla, y llevársela al sótano del palacio. Allí saborearía la satisfacción de la venganza. No se cansaba de imaginar cómo la torturaría, las barras de hierro que fracturarían sus pequeños huesos, el aparato de electroshocks puesto al

máximo de su potencia, las inyecciones que la dejarían indefensa y le provocarían atroces espasmos de náusea, el baño de hielo que le produciría estremecedoras convulsiones y le congelaría la sangre de los dedos... La destrucción de la Resistencia y la victoria sobre los invasores se habían convertido en meros apéndices del castigo de Flick.

Pero primero tenía que encontrarla.

Al final de la calle apareció un Citroen negro.

Clavó los ojos en él. ¿Sería el que esperaba? Era un modelo de dos puertas, el que se usaba siempre que había que trasladar a un prisionero. Intentó distinguir a los ocupantes. Le pareció que eran cuatro. Tenía que ser el coche que esperaba. Cuando estuvo más cerca, reconoció el atractivo rostro de Michel Clairet. Iba en el asiento trasero, custodiado por un agente de la Gestapo. Dieter se puso en tensión.

Se alegró de haber ordenado que no lo torturaran mientras él estuviera ausente. De otro modo, aquel plan hubiera sido irrealizable.

Cuando el Citroen llegó a la altura de Dieter, el Peugeot de Hesse se apartó de la acera bruscamente, invadió la calzada y colisionó de frente con el Citroen. Se oyó un estrépito de chapa abollada y un estallido de cristales rotos. Dos agentes de la Gestapo se apearon de un salto de los asientos delanteros del Citroen y empezaron a vociferar en francés macarrónico en dirección a Hans, sin percatarse de que su compañero se había golpeado la cabeza y se había derrumbado sobre el prisionero.

Era el momento crítico, se dijo Dieter con los nervios tensos como alambres. ¿Mordería el anzuelo Clairet? De momento, contemplaba estupefacto la escena que se desarrollaba ante el Citroen.

Aún tardó unos segundos en reaccionar. Dieter creyó que iba a dejar escapar aquella oportunidad. De pronto, apartó al agente de la Gestapo de un empujón. Se inclinó entre los asientos delanteros, forcejeó con la manilla de la puerta, consiguió abrir, empujó hacia delante el asiento del acompañante y se deslizó afuera.

Volvió la cabeza hacia los agentes de la Gestapo, que seguían discutiendo con Hesse. Estaban de espaldas. Dio media vuelta y echó a andar a toda prisa. Por la expresión de su rostro, estaba claro que apenas podía creer en su suerte.

Dieter no cabía en sí de gozo. Su plan estaba funcionando. Empezó a pedalear detrás de Clairet.

Hesse siguió a Dieter a pie.

Temiendo acercarse en exceso a Clairet, Dieter se apeó, subió la bicicleta a la acera y reanudó la persecución empujándola calle adelante. Clairet dobló la primera esquina, cojeando ligeramente a consecuencia de la herida, pero a buen paso y manteniendo las manos bajas para ocultar las ligaduras. Dieter lo seguía a una distancia prudencial, a ratos a pie y a ratos en bicicleta, ocultándose entre los transeúntes o detrás de algún vehículo alto. Clairet volvía la cabeza de vez en cuando,

pero no hizo ningún intento sistemático de dar esquinazo a un hipotético perseguidor. No parecía temer que le hubieran tendido una trampa.

Al cabo de unos minutos, Hans alcanzó a Dieter, tal como habían acordado, y Dieter dejó que tomara la delantera y siguió andando tras él. Más adelante, volvieron a intercambiar los puestos.

¿Adónde iría Clairet? Era esencial para el plan de Dieter que lo guiara hasta otros miembros de la Resistencia, lo que le permitiría retomar el rastro de Flick.

Para sorpresa de Dieter, Clairet llegó al barrio de la catedral y siguió andando en dirección a su casa. ¿Acaso no temía que la tuvieran bajo vigilancia? Fuera como fuese, tomó una calle perpendicular a la suya y la siguió hasta la acera de su casa. No obstante, cruzó la calzada y fue derecho a Chez Régis, a unos cien metros enfrente de su casa.

Dieter dejó la bicicleta apoyada contra el muro del local inmediato, una tienda abandonada cuya desvaída muestra rezaba: «Charcuterie». Esperó unos minutos, por si Clairet salía. Luego, entró en el bar, su intención era asegurarse de que Clairet seguía dentro, confiando en que con gafas y gorra no le reconocería. Compraría cigarrillos y volvería a salir. Pero Clairet no estaba en el bar. Dieter se quedó perplejo.

—¿Sí, señor? —le preguntó el camarero.

—Cerveza —dijo Dieter—. De barril.

Si reducía la conversación al mínimo, era probable que el camarero no notara su leve acento alemán y lo tomara por un ciclista que había decidido hacer un alto para apagar la sed.

—Marchando.

—¿Dónde está el lavabo?

El hombre señaló una puerta en el extremo del bar. Dieter entró. Clairet no estaba en el aseo de caballeros. Se arriesgó a echar un vistazo en el de señoras. Tampoco. Abrió una especie de armario y vio una escalera. La subió. Al final había una puerta maciza con mirilla. Llamó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Se quedó escuchando. No se oía nada, pero la puerta era gruesa. Estaba convencido de que había alguien del otro lado, comprobando que no era un cliente habitual. Dieter hizo como si estuviera buscando el lavabo y se hubiera equivocado de puerta. Se rascó la cabeza, se encogió de hombros y volvió por donde vino.

No se veía ninguna puerta trasera. Clairet seguía allí dentro, en el cuarto de arriba. Dieter estaba convencido. Pero, ¿qué podía hacer?

Cogió el vaso de cerveza y se lo llevó a una mesa para evitar al camarero. La cerveza era floja e insípida. Hasta en Alemania había empeorado por culpa de la guerra. Se la acabó de mala gana y salió a la calle.

En la acera de enfrente, Hesse fingía mirar el escaparate de una librería. Dieter

cruzó la calle.

—Está en una especie de sitio privado, en el piso de arriba —le explicó a Hans—. Podría estar reunido con otros miembros de la Resistencia. Aunque también puede ser un burdel, o cualquier otra cosa; y no quiero alertarlo antes de que nos lleve hasta alguien que merezca la pena. —Comprendiendo el dilema, Hans asintió. Dieter tomó una decisión. Era demasiado pronto para volver a detener a Clairet—. Cuando salga, lo seguiré yo. En cuanto nos pierdas de vista, fuerza la entrada a ese cuarto.

—¿Solo?

Dieter señaló hacia el Citroen negro en el que dos agentes de la Gestapo montaban guardia frente a la casa de Clairet. —Que te ayuden esos dos.

—Muy bien.

—Intenta que parezca una operación antivicio... Arresta a las putas, si es que hay alguna. No menciones a la Resistencia. — Muy bien. Ahora, a esperar.

Flick lo veía todo negro, hasta el instante en que Michel cruzó el umbral.

Sentada ante la barra del pequeño casino improvisado, conversaba lánguidamente con Yvette y miraba con indiferencia los concentrados rostros de los hombres pendientes de las cartas, los dados o las vueltas de la rueda de la ruleta. Ninguno le prestaba mucha atención: jugaban demasiado fuerte para dejarse distraer por una cara bonita.

Si no encontraba a Michel, estaría en apuros. Paul y las «grajillas» esperaban en la catedral, pero no podrían quedarse allí toda la noche. Podían dormir al raso —era junio, y sobrevivirían—, pero se arriesgaban a que los cogieran.

También necesitaban transporte. Si el circuito Bollinger no podía proporcionárselo, no tendrían más remedio que robar un coche o una furgoneta. Pero se verían obligados a llevar a cabo la misión utilizando un vehículo buscado por la policía. Sería un riesgo que añadir a una empresa sobradamente peligrosa.

Había otro motivo para su abatimiento: la imagen de Stéphanie Vinson acudía a su mente sin cesar. Era la primera vez que mataba a un prisionero atado e indefenso, y la primera vez que le disparaba a una mujer.

Cualquier muerte la perturbaba profundamente. El agente de la Gestapo al que había abatido momentos antes de ejecutar a Stéphanie era un combatiente y empuñaba una pistola; aun así, a Flick le parecía terrible haber puesto fin a su vida. Había sentido lo mismo respecto a los otros hombres que había matado: dos policías de la Milicia en París, un coronel de la Gestapo en Lille y un traidor francés en Rouen. Pero lo de Stéphanie era peor. Le había puesto la pistola en la nuca y había apretado el gatillo. Justo lo que enseñaba a hacer a los aspirantes del Ejecutivo. Desde luego, Stéphanie se lo merecía; a Flick no le cabía la menor duda. Pero la obligaba a hacerse preguntas sobre sí misma. ¿Qué clase de persona era capaz de

matar a sangre fría a una prisionera indefensa? ¿Se había convertido en un verdugo sin entrañas?

Apuró el whisky, pero rechazó el segundo por miedo a achisparse. En ese momento, Michel cruzó el umbral.

Un alivio enorme se apoderó de Flick. Michel conocía a todo Reims. Él la sacaría del apuro. De pronto, Flick volvió a sentirse capaz de cumplir la misión.

Al ver su desgarbada figura, su atractivo rostro y sus risueños ojos, no pudo evitar sentir un afecto no exento de tristeza por su marido. Probablemente siempre lo sentiría. Luego, al pensar en el apasionado amor que había llegado a inspirarle, una nostalgia dolorosa le oprimió el corazón.

Cuando lo tuvo más cerca, advirtió que estaba muy desmejorado. El corazón de Flick se llenó de compasión. Su rostro, surcado por nuevas arrugas, acusaba el cansancio y el miedo, y parecía el de un hombre diez años más viejo, se dijo Flick angustiada.

Pero lo que más la angustiaba era pensar en decirle que su matrimonio había acabado. Tenía miedo. Resultaba irónico que trabajara infiltrada en territorio enemigo, que acabara de matar a un agente de la Gestapo y a una traidora francesa, y que nada la asustara tanto como herir los sentimientos de su marido.

Michel estaba visiblemente contento de volver a verla.

—¡Flick! —exclamó yendo hacia ella. La herida de la pierna seguía haciéndole cojear—. ¡Sabía que te encontraría aquí!

—Temía que te hubieran capturado los alemanes —le dijo Flick bajando la voz.

—¡Y lo hicieron!

Michel se volvió para dar la espalda a las mesas de juego y le enseñó las muñecas, atadas con cuerda gruesa.

Disimuladamente, Flick se sacó la navaja de la vaina que llevaba bajo la manga y le cortó las ligaduras. Los jugadores no vieron nada, y Flick volvió a guardar la navaja.

Mémé Régis vio a Michel cuando se estaba metiendo las cuerdas en los bolsillos de los pantalones. Se acercó a él y lo besó en ambas mejillas. Flick lo observó mientras flirteaba con aquella mujer que podía ser su madre, hablándole con voz acariciante y dedicándole una de sus seductoras sonrisas. Al cabo de unos instantes, Mémé los dejó solos y volvió a atender a los jugadores. Michel le contó a Flick cómo había escapado. Hasta ese momento, Flick había temido que quisiera besarla apasionadamente, porque no hubiera sabido cómo reaccionar; pero Michel se concentró tanto en el relato de su aventura que al parecer ni siquiera se le pasó por la cabeza ponerse romántico con ella.

—¡He tenido una suerte increíble! —exclamó al finalizar. A continuación, se sentó en un taburete, se frotó las muñecas y pidió una cerveza.

Flick asintió.

—Puede que demasiada —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Que podría ser una trampa.

Michel, juzgando que acababa de llamarlo ingenuo, puso cara de indignación.

—¿Pueden haberte seguido hasta aquí?

—No —respondió con firmeza—. Por supuesto, lo he comprobado.

Flick no se quedó tranquila, pero lo dejó correr.

—Así que Brian Standish ha muerto y mademoiselle Lemas, Gilberte y el doctor Boucher están en manos de la Gestapo.

—Los demás están muertos. Los alemanes entregaron los cuerpos de los que cayeron en la acción. Y los supervivientes, Gaston, Genevieve y Bertrand fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento en la plaza de Sainte-Cécile.

—Dios mío...

Se quedaron en silencio. Flick pensaba abrumada en el sufrimiento y las vidas que estaba costando su misión.

Yvette sirvió a Michel, que se bebió media cerveza de un trago y se secó los labios con el dorso de la mano.

—Imagino que habrás vuelto para intentarlo de nuevo.

Flick asintió.

—Pero la tapadera es que vamos a volar el túnel ferroviario de Martes.

—Es una buena idea, deberíamos hacerlo igualmente.

—Otra vez será. Dos miembros de mi equipo cayeron en París, y a estas alturas habrán hablado. Habrán contado lo del túnel, porque no tenían ni idea de cuál es nuestra auténtica misión, y puedes estar seguro de que los alemanes habrán doblado la vigilancia en Martes. Dejaremos el túnel para la RAF y nos concentraremos en Sainte-Cécile.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Necesitamos un sitio para pasar la noche. Michel se puso a pensar.

—La bodega de Joseph Laperrière —dijo al fin.

Laperrière era propietario de unas cavas de champán. Antoinette, la tía de Michel, había sido su secretaria.

—¿Es uno de los nuestros?

—Un simpatizante. —Michel esbozó una sonrisa amarga—. Ahora todo el mundo simpatiza con la causa. Esperan la invasión de un día para otro —dijo, y miró a Flick inquisitivamente—. Imagino que no se equivocan...

—No —respondió Flick, que no podía ser más explícita—. ¿Es muy grande la bodega? Somos cinco.

—Lo bastante grande para ocultar en ella a cincuenta personas. —Estupendo.

También necesito un vehículo para mañana.

—¿Para ir a Sainte-Cécile?

—Y para después, para acudir a la cita con el avión, si seguimos vivos. —Eres consciente de que no podéis usar el prado de Chatelle, ¿verdad? La Gestapo lo conoce. Me capturaron allí.

—Sí. El avión nos recogerá en el campo de Laroque. Les di instrucciones.

—El campo de patatas. Bien.

—¿Y el vehículo?

—Philippe Moulier tiene una furgoneta. Hace el reparto de la carne a todas las bases alemanas. El lunes es su día libre.

—Sé quién es: un pronazi.

—Lo era. Y ha sangrado a los boches durante cuatro años. Pero ahora tiene miedo de que triunfe la invasión y lo linchen por colaboracionista en cuanto se vayan los alemanes. Está desesperado por hacer algo por nosotros y demostrar que no es un traidor. Nos prestará la furgoneta.

—Llévala a la bodega mañana a las diez en punto de la mañana. Michel le acarició la mejilla.

—¿No podemos pasar la noche juntos? —le preguntó esbozando una de sus sonrisas y lanzándole la mirada tierna y traviesa de costumbre.

Flick sintió que algo se removía en su interior, pero sin la fuerza de antaño. Entonces, aquella sonrisa la hubiera derretido. Ahora era como el recuerdo de un deseo.

Quiso decirle la verdad, porque no soportaba no ser totalmente sincera. Pero temía poner en peligro la misión. Necesitaba la ayuda de Michel. ¿O se estaba valiendo de una excusa? Puede que simplemente le faltara valor.

—No —respondió—. No podemos.

Michel la miró cariacontecido.

—¿Es por Gilberte?

Flick asintió, pero no sabía mentir, y se sorprendió a sí misma contestando:

—Sí, en parte.

—¿Cuál es la otra parte?

—No creo que debemos mantener esta conversación en medio de una misión importante.

Michel la miró sorprendido, casi asustado.

—¿Hay otro?

Flick no tuvo fuerzas para decirle la verdad.

—No.

Michel la miró fijamente.

—Bien —dijo al fin—. Me alegra saberlo.

Flick se odió a sí misma.

Michel apuró la cerveza y bajó del taburete.

—La bodega de Laperrière está en el Chemin de la Carrière. Tardarás media hora andando.

—Conozco la calle.

—Yo iré a hablar con Moulrier sobre la furgoneta. Michel la abrazó y la besó en los labios.

Flick pasó un mal trago. Después de haber negado que hubiera otro, difícilmente podía rechazar el beso; pero permitir que Michel la besara la hizo sentirse desleal hacia Paul. Cerró los ojos y esperó pasivamente a que se apartara de ella.

Michel no podía dejar de notar su falta de entusiasmo, y se la quedó mirando durante unos instantes.

—Nos veremos a las diez —dijo, y se marchó.

Flick decidió esperar cinco minutos antes de imitarlo y le pidió otro whisky a Yvette.

Iba a darle un sorbo, cuando una luz roja empezó a soltar destellos sobre la puerta.

Nadie dijo nada, pero todos los presentes se pusieron en movimiento de inmediato. El crupier paró la ruleta y le dio la vuelta al tablero de forma que la mesa pareciera normal. Los jugadores de cartas recogieron sus posturas y se pusieron las chaquetas. Yvette recogió los vasos de la barra y los dejó en el fregadero. Mémé Régis apagó las luces, y la bombilla de encima de la puerta siguió lanzando destellos rojos en la oscuridad.

Flick recogió su bolso del suelo y buscó la pistola. —¿Qué pasa? —le preguntó a Yvette.

—Una redada de la policía —respondió la mujer.

Flick maldijo entre dientes. Sería el colmo de la mala suerte que la detuvieran por estar en una timba ilegal.

—Alexandre nos avisa desde abajo —le explicó—. ¡Vamos, deprisa! —dijo señalando hacia el fondo de la habitación.

Flick miró en la dirección que le indicaba Yvette y vio a Mémé Régis metiéndose en una especie de armario. La mujer apartó un montón de abrigos viejos colgados de una barra y abrió una portezuela practicada en la pared del fondo. Los jugadores empezaron a desfilar. «Puede que aún salga de ésta», se dijo Flick.

La luz roja dejó de destellar, y los policías empezaron a aporrear la puerta. Flick cruzó la habitación a tientas y se unió a los jugadores agolpados ante el armario. Cuando llegó su turno, se introdujo por la portezuela y entró en un cuarto vacío. El suelo estaba unos treinta centímetros más bajo, y Flick supuso que se encontraba en el piso superior de la tienda contigua al bar. Echó a correr escaleras abajo detrás de la

gente y, como había imaginado, vio el sucio mostrador de mármol y la polvorienta vitrina de la charcutería abandonada. La persiana metálica estaba bajada para que nadie pudiera ver el interior desde la calle.

Siguió a los otros hacia la parte posterior. Cruzaron la puerta trasera y salieron a un patio de tierra rodeado por una tapia alta. La puerta de la tapia daba a una calleja, y ésta a la calle de atrás. El grupo llegó a ella y se dispersó.

Flick hizo un alto para recobrar el aliento y orientarse, y echó a andar en dirección a la catedral, donde la esperaban Paul y las «grajillas».

—Dios mío —murmuró—, me ha ido de poco.

A medida que se tranquilizaba, empezó a considerar la redada en la timba ilegal desde un punto de vista diferente. Se había producido apenas unos minutos después de que se marchara Michel. Flick no creía en las coincidencias.

Cuanto más lo pensaba más evidente le parecía que los hombres que aporreaban la puerta del garito la buscaban a ella. Sabían que el pequeño grupo de jugadores habituales acudía a la timba desde antes de la guerra. Por supuesto, la policía local estaba enterada de lo que pasaba en el piso superior de Chez Régis. ¿Por qué iban a decidir clausurarlo de buenas a primeras? Y, si no era la policía, tenía que ser la Gestapo. Pero a los alemanes no les interesaban los jugadores. Su objetivo eran los comunistas, los judíos, los homosexuales... y los espías.

La milagrosa huida de Michel había despertado sus sospechas desde el principio, pero la seguridad con que afirmaba que no lo habían seguido había acabado por tranquilizarla. Ahora veía las cosas de otro modo. La fuga de su marido parecía tan amañada como el «rescate» de Brian Standish. Flick veía el retorcido cerebro de Dieter Franck detrás de ambos. Alguien había seguido a Michel hasta el bar, descubierto la existencia de la sala de arriba y deducido que se encontraba en ella.

Si Flick estaba en lo cierto, cabía suponer que Michel seguía bajo vigilancia. Si no lo advertía por sí mismo, llevaría a sus perseguidores hasta la casa de Philippe Moulier y, por la mañana, cuando cogiera la furgoneta, hasta la bodega donde las «grajillas» habrían pasado la noche.

«Y ahora —se dijo Flick—, ¿qué demonios voy a hacer?»

Noveno día: lunes, 5 de junio de 1944

A Dieter empezó a dolerle la cabeza poco después de medianoche, en la suite del Hotel Frankfort, mientras permanecía de pie en mitad del dormitorio con los ojos clavados en la cama que no volvería a compartir con Stéphanie. Estaba convencido de que, si pudiera llorar, se le pasaría; pero las lágrimas no acudieron a sus ojos, y al cabo de un rato se puso una inyección de morfina y se derrumbó sobre la colcha.

El teléfono lo despertó antes del alba. Era Walter Godel, el ayudante de Rommel.

—¿Ha empezado la invasión? —le preguntó Dieter aturdido.

—Hoy no hay nada que temer —respondió Godel—. El Canal de la Mancha está revuelto.

Dieter se incorporó en la cama e intentó espabilarse sacudiendo la cabeza.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Está claro que la Resistencia esperaba algo. Esta noche ha habido una auténtica ola de sabotajes por todo el norte de Francia. —La voz de Godel, fría de por sí, adquirió un tono glacial—. Si no me equivoco, su trabajo consiste en evitar que ocurran estas cosas. ¿Qué hace en la cama?

Dieter encajó el varapalo lo mejor que pudo y se esforzó por recobrar su habitual aplomo.

—Precisamente estoy siguiéndole el rastro a la organizadora más importante de la Resistencia —aseguró procurando no dar la impresión de que intentaba excusar su fracaso—. Anoche estuve a punto de capturarla. La detendré hoy mismo. No se preocupe, mañana por la mañana estaremos cazando terroristas a cientos. Se lo prometo —dijo, y lamentó de inmediato el tono suplicante de su última frase.

Godel no se dejó conmovir.

—Pasado mañana puede ser demasiado tarde.

—Lo sé... —empezó a decir Dieter, pero la comunicación se había cortado. Jodel le había colgado.

Con el auricular aún en la mano, Dieter consultó su reloj. Eran las cuatro de la mañana. Saltó fuera de la cama.

Ya no le dolía la cabeza, pero, fuera por la morfina o por la desagradable conversación telefónica, se sentía mareado. Se tomó tres aspirinas con un vaso de agua y empezó a afeitarse. Mientras se enjabonaba el rostro, pasó revista a los acontecimientos de la tarde anterior, preguntándose nerviosamente si había hecho todo lo que estaba en su mano.

Dejando al teniente Hesse frente a Chez Régis, había seguido a Michel Clairot hasta el domicilio de Philippe Moulrier, proveedor de carne de diversos restaurantes y

cocinas militares. La vivienda ocupaba el piso de encima del negocio. Dieter había vigilado el edificio durante una hora, pero nadie lo había abandonado.

Dieter había supuesto que Clairet pasaría la noche en la casa, había buscado un bar y había telefoneado a Hesse. Hans había conseguido una motocicleta y se había reunido con él ante la vivienda de Moulrier a las diez. Perplejo, el teniente le había explicado que no habían encontrado a nadie en el piso superior de Chez Régis.

—Deben de tener algún sistema de alarma —había dicho Dieter— Imagino que lo acciona el camarero a la menor sospecha.

—¿Cree usted que puede ser un escondrijo de la Resistencia?

—Es probable. Imagino que el Partido Comunista lo utilizaba para celebrar reuniones, y la Resistencia lo aprovecha para sus propios fines. —Pero, ¿cómo han conseguido escapar?

—Habrá una trampilla debajo de la alfombra, o algo por el estilo. Los comunistas estarían preparados para las situaciones de emergencia. ¿Ha detenido al camarero?

—He detenido a todo el mundo. Ahora están en el palacio.

Dieter había dejado a Hesse vigilando la casa de Moulrier y se había desplazado en coche a Sainte-Cécile. Una vez en el palacio, había interrogado a Alexandre Régis, el aterrizado propietario del bar, y había averiguado en cuestión de minutos que su hipótesis era errónea. El piso de encima de Chez Régis no era ni un escondrijo de la Resistencia ni un lugar de reunión del Partido Comunista, sino una timba ilegal. No obstante, Alexandre le había confirmado que Michel Clairet había estado en ella esa tarde. Y —había añadido— se había encontrado allí con su mujer.

Era desesperante. Había vuelto a escapársele de las manos. Dieter había capturado a un miembro de la Resistencia tras otro, pero Flick lo eludía constantemente.

En la suite del hotel, Dieter acabó de afeitarse, llamó al palacio y ordenó que le enviaran un coche con un conductor y dos hombres de la Gestapo. A continuación, se vistió y bajó a la cocina del hotel para pedir media docena de cruasanes calientes, que envolvió en una servilleta de lino. Luego, salió al fresco de la madrugada. Las primeras luces teñían de plata las campanas de la catedral. Uno de los rápidos Citroen de la Gestapo lo esperaba ya ante el hotel.

Dieter dio al conductor la dirección del domicilio de Moulrier. Encontró a Hans acurrucado en el hueco de la puerta de un almacén, a cincuenta metros de la casa. Nadie había entrado ni salido en toda la noche, le dijo el teniente, de modo que Michel tenía que seguir dentro. Dieter ordenó al conductor del Citroen que aparcara a la vuelta de la esquina y se quedó con Hesse, compartiendo los cruasanes y viendo alzarse el sol sobre los tejados de la ciudad.

La espera sería larga. Dieter se esforzó por dominar su impaciencia a medida que pasaban los minutos y las horas inútilmente. La pérdida de Stéphanie seguía doliéndole en el alma, pero se había recuperado de la conmoción inicial y volvía a

estar preocupado por el curso de la guerra. Pensó en las fuerzas de invasión concentradas en algún lugar del sur o el este de Inglaterra, en los barcos cargados de tanques y hombres ansiosos por convertir los tranquilos pueblos costeros del norte de Francia en campos de batalla. Pensó en los saboteadores franceses, armados hasta los dientes gracias a las pistolas, municiones y explosivos que los aliados les lanzaban en paracaídas y listos para atacar la retaguardia de los defensores alemanes, para apuñalarlos por la espalda y entorpecer decisivamente la capacidad de maniobra de Rommel. Se sintió idiota e impotente agazapado en la puerta de un almacén de Reims, esperando a que un terrorista aficionado acabara de desayunar. «Hoy —se dijo—, tal vez me conduzcan hasta el mismo corazón de la Resistencia.» Pero todo lo que tenía eran esperanzas.

Eran las nueve pasadas cuando se abrió la puerta de la casa.

—Al fin —murmuró Dieter apretándose contra la pared mientras Hans lo imitaba y apagaba el cigarrillo.

Clairret salió del edificio acompañado por un muchacho de unos diecisiete años, hijo —supuso Dieter— de Moulrier. El chico retiró el cerrojo del portón del garaje y abrió. Clairret entró en el garaje y al cabo de un momento salió al volante de una furgoneta negra con letreros blancos en los costados, en los que podía leerse: «Moulrier et Fils—Viande». Detuvo el vehículo delante del garaje y se asomó a la ventanilla para hablar con el muchacho.

Dieter estaba electrizado. Clairret había pedido prestada una furgoneta de reparto. Tenía que ser para transportar a las «grajillas». —¡Vamos! —le dijo a Hans.

Hesse se acercó a la motocicleta, que tenía aparcada en el bordillo, y se agachó junto a ella dando la espalda a la calle, como si estuviera manipulando el motor. Dieter corrió hacia la esquina, ordenó al conductor del Citroen que lo pusiera en marcha y se volvió para observar a Clairret.

La furgoneta se había puesto en marcha y empezaba a alejarse en dirección opuesta.

Hesse arrancó la moto y la siguió. Dieter subió al Citroen y ordenó al conductor que siguiera al teniente.

Clairret iba en dirección este. En el asiento del acompañante del Citroen, Dieter clavaba la vista con ansiedad en la parte posterior de la furgoneta. El vehículo, alto y con un respiradero en el techo en forma de pequeña chimenea, era fácil de seguir. «Ese pequeño tubo va a llevarme hasta Flick Clairret», pensó Dieter con optimismo.

La furgoneta aflojó la marcha en el Chemin de la Carrière y torció hacia el patio de una cava de champán llamada Laperrière. Hans pasó de largo y giró en la primera esquina seguido por el Citroen negro de la Gestapo. Los dos vehículos se detuvieron, y Dieter se apeó a toda prisa.

—Me parece que las «grajillas» han pasado la noche ahí dentro —le dijo al

teniente.

—¿Vamos a detenerlas? —preguntó Hans entusiasmado.

Dieter se quedó pensativo. Se enfrentaba al mismo dilema que la víspera, delante de Chez Régis. Flick podía estar allí dentro.

Pero, si no era así y actuaban precipitadamente, Clairet dejaría de serles útil para encontrarla.

—Todavía no —respondió—. Esperaremos.

Dieter y Hans se apostaron en la esquina para vigilar la cava de Laperrière. Al fondo del patio, lleno de barriles vacíos, había un edificio alto y elegante y una nave de techo plano, que debía de albergar las bodegas. La furgoneta de Moulrier estaba aparcada en el patio.

Dieter tenía el corazón en un puño. Era de suponer que Clairet aparecería de un momento a otro acompañado por Flick y el resto de las «grajillas». Subirían a la furgoneta dispuestos a dirigirse hacia su objetivo... y Dieter y la Gestapo entrarían en acción y los detendrían.

Al cabo de unos instantes, Clairet salió solo de la nave. Parecía perplejo e indeciso. Se detuvo en mitad del patio y miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—Y ahora, ¿qué le pasa? —murmuró Hans.

Dieter empezaba a temer que Flick hubiera vuelto a darle esquinazo. —Algo no va como esperaba.

Un minuto después, Clairet subió el corto tramo de escaleras que conducía a la puerta de la casa y llamó con los nudillos. Una doncella con cofia blanca abrió y lo hizo pasar.

Volvió a salir minutos más tarde. Parecía tan perplejo como antes, pero ya no estaba indeciso. Fue hacia la furgoneta, subió y la puso en marcha.

Dieter soltó una maldición. Todo apuntaba a que las «grajillas» no estaban allí. Clairet parecía tan sorprendido como él, pero eso no le servía de consuelo.

Tenía que descubrir qué había ocurrido allí.

—Haremos lo mismo que ayer, pero esta vez usted seguirá a Michel y yo registraré el lugar.

Hans puso en marcha la motocicleta.

Dieter vio alejarse a Clairet en la furgoneta de reparto, seguido a prudente distancia por Hesse. Cuando los perdió de vista, llamó a los tres agentes de la Gestapo con un gesto y entró con ellos en la propiedad de Laperrière.

—Vigilen la casa y asegúrense de que no salga nadie —ordenó a dos de los agentes; luego, se volvió hacia el tercero—. Usted y yo registraremos la bodega —le dijo, y echó a andar hacia la nave.

En la planta baja de la bodega había una gran prensa y tres cubas enormes. La prensa estaba inmaculada: faltaban dos o tres meses para que empezara la recolección

de la uva. No había nadie, aparte de un viejo que estaba barriendo el suelo. Dieter vio unas escaleras y bajó por ellas. En el fresco sótano había más actividad: un puñado de trabajadores vestidos con monos azules metían botellas en cajas. Los hombres dejaron de trabajar y se quedaron mirando a los dos desconocidos.

Dieter y el agente de la Gestapo registraron almacén tras almacén atestado de botellas de champán, algunas colocadas en los botelleros de las paredes, otras inclinadas con el cuello hacia abajo dentro de bastidores especiales en forma de A. Pero no vieron a ninguna mujer.

En el cuarto del final del último pasillo, Dieter encontró migas de pan, colillas y una horquilla. Aquello confirmaba lo que había temido. Las «grajillas» habían pasado la noche allí. Pero habían escapado.

Dieter necesitaba alguien sobre quien descargar su frustración. Era poco probable que los trabajadores supieran algo sobre las «grajillas», pero el propietario debía de haberlas autorizado a ocultarse en el sótano. Se lo haría pagar caro. Volvió a la planta baja, atravesó el patio y fue hacia la casa. Uno de los agentes de la Gestapo le abrió la puerta.

—Están en la habitación delantera —le dijo.

Dieter entró en una sala amplia y decorada con objetos caros, pero abandonados: gruesas cortinas polvorientas, una alfombra raída y una larga mesa de comedor con doce sillas a juego. La aterrorizada servidumbre permanecía de pie en un extremo de la habitación: la doncella que abría la puerta, un anciano que llevaba un gastado traje negro y parecía el mayordomo y una mujer gruesa con un delantal anudado a la cintura, que debía de ser la cocinera. El otro agente de la Gestapo los encañonaba con la pistola. Una mujer delgada de unos cincuenta años y pelo rojo con hebras de plata permanecía sentada en el extremo más alejado de la mesa. Llevaba un vestido fino de seda de color amarillo pálido y miraba a Dieter con aire de tranquila superioridad.

Dieter se acercó a uno de los agentes de la Gestapo.

—¿Dónde está el marido? —le preguntó en voz baja.

—Se ha marchado a las ocho. No saben adónde ha ido. Lo esperan para la hora de comer.

Dieter se volvió hacia la señora de la casa.

—¿Madame Laperrière?

La mujer asintió con expresión grave, pero no se dignó hablar.

Dieter decidió herir su amor propio. Algunos oficiales alemanes trataban con deferencia a los franceses ricos; en opinión de Dieter, hacían mal. Él no estaba dispuesto a rebajarse yendo hasta el final de la mesa para proseguir la conversación.

—Tráigala aquí.

El agente de la Gestapo se acercó a ella y le dijo unas palabras. La mujer se levantó lentamente y fue hasta donde estaba Dieter.

—¿Qué quiere? —preguntó madame Laperrière.

—Ayer por la mañana, un grupo de terroristas ingleses mató a dos agentes alemanes y a una mujer francesa y se dio a la fuga.

—Siento oírlo —murmuró la mujer.

—Ataron a la mujer y le pegaron dos tiros en la nuca —siguió diciendo Dieter—. Cuando la encontramos, tenía el vestido cubierto de sangre y materia gris. —Madame Laperrière cerró los ojos y volvió la cabeza—. Anoche, su marido dio cobijo en su bodega a esos terroristas. ¿Se le ocurre algún motivo por el que no debemos ahorcarlo?

Detrás de Dieter, la doncella empezó a sollozar.

Madame Laperrière estaba deshecha. Las piernas dejaron de sostenerla, y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla y sentarse.

—No, por favor —murmuró.

—Puede ayudar a su marido contándome lo que sepa —le dijo Dieter.

—Yo no sé nada —respondió la mujer con un hilo de voz—. Llegaron cuando acabábamos de cenar y se han marchado antes del amanecer. Ni siquiera he llegado a verlos.

—¿Tenían vehículo? ¿Les ha proporcionado un coche su marido? La mujer meneó la cabeza.

—No tenemos gasolina.

—Entonces, ¿cómo distribuyen el champán que producen?

—Nuestros clientes tienen que venir a recogerlo.

Dieter no la creía. Estaba seguro de que Flick necesitaba un medio de transporte. Por eso había pedido prestada la furgoneta Clairet y se había presentado allí con ella. Sin embargo, Flick y las «grajillas» se habían ido sin esperarlo. Debían de haber conseguido otro vehículo y decidido continuar por su cuenta. Sin duda, Flick habría dejado un mensaje para su marido explicándole la situación y diciéndole dónde podía reunirse con ella.

—¿Pretende hacerme creer que se fueron de aquí a pie? —le preguntó Dieter.

—No —respondió madame Laperrière—. Sólo he dicho que no sé nada. Cuando me he levantado, ya se habían ido.

Dieter seguía pensando que mentía, pero sacarle la verdad exigiría tiempo y paciencia, y a Dieter se le estaban agotando ambas cosas.

—Deténgalos a todos —ordenó a los agentes de la Gestapo con una mezcla de cólera y frustración.

En ese momento, sonó el teléfono del pasillo. Dieter salió del comedor y descolgó el auricular.

—Póngame con el mayor Franck —dijo una voz con acento alemán.

—Al aparato.

—Aquí el teniente Hesse, mayor.

—Hans, ¿qué ha ocurrido?

—Estoy en la estación. Clairet ha aparcado la furgoneta y ha sacado un billete a Marles. El tren está a punto de salir.

Era lo que Dieter había pensado. Las «grajillas» se habían marchado por su cuenta tras dejar instrucciones para que Clairet se reuniera con ellas. Seguían planeando volar el túnel ferroviario. Estaba harto de que Flick fuera siempre un paso por delante de él. No obstante, no había conseguido eludirlo completamente. La persecución no había acabado. Dieter estaba convencido de que no tardaría en darle caza.

—Coja el tren de inmediato —le ordenó a Hans—. No se separe de él. Nos encontraremos en Marles.

—Muy bien —dijo Hesse, y colgó.

Dieter regresó al comedor.

—Llamen al palacio y pidan transporte —dijo a los agentes de la Gestapo—. Entreguen a los detenidos al sargento Becker para que los interrogue. Díganle que empiece con Madame —añadió, y se volvió hacia el conductor—. Usted me llevará a Marles.

Desayunaron en el Café de la Jare, cerca de la estación de ferrocarril. Flick y Paul tomaron achicoria, pan negro y salchichas con poca o ninguna carne en su interior. Ruby, Jelly y Greta desayunaban en otra mesa, como si no los conocieran. Flick no dejaba de mirar hacia la calle.

Sabía que Michel corría un enorme peligro, y había considerado la posibilidad de buscarlo para ponerlo sobre aviso. Podría haber ido a casa de Moulrier, pero eso habría sido hacerle el juego a la Gestapo, que estaría siguiendo a Michel con la esperanza de que los condujera hasta ella. Y llamarlo por teléfono a la casa era arriesgarse a que los escucharan en la central telefónica y descubrieran su escondrijo. De hecho, había decidido Flick, lo mejor que podía hacer para ayudar a Michel era no ponerse en contacto con él directamente. Si su teoría era acertada, Dieter Franck lo dejaría libre en tanto no la hubiera capturado.

De modo que había optado por entregar un mensaje para Michel a madame Laperrière. Decía lo siguiente:

Michel:

Estoy segura de que estás bajo vigilancia. El lugar en el que estuviste anoche recibió una visita inesperada después de que te fueras. Es muy probable que te hayan seguido esta mañana.

Nos iremos antes de que llegues y procuraremos pasar inadvertidos en el centro de la ciudad. Aparca la furgoneta cerca de la estación y deja la llave bajo el asiento

del conductor. Coge un tren a Marles. Líbrate de tu perseguidor y vuelve a Reims.

¡Ten cuidado, por favor!

Flick

No olvides quemar esta nota.

En teoría, era una buena idea, pero Flick pasó la mañana con el corazón en un puño, rezando para que funcionara.

Por fin, a las once, vio una furgoneta negra que aparcó ante la entrada de la estación. El rótulo del costado, estarcido con letras blancas, rezaba: «Moulier et Fils—Viandes».

Flick vio bajar a su marido y volvió a respirar.

Michel entró en la estación. Estaba siguiendo el plan.

Flick intentó comprobar si lo seguían, pero era imposible. La gente no paraba de llegar a pie, en bicicleta o en coche. Cualquiera de los que entraban en la estación podría estar siguiendo a Michel.

Flick se quedó en el bar, fingiendo tomarse el amargo sucedáneo de café, pero lanzando constantes vistazos a la furgoneta para descubrir si la estaban vigilando. Observó los vehículos que llegaban a la estación y estudió los rostros de la gente que entraba y salía, pero no vio a nadie que mirara hacia la furgoneta. Al cabo de quince minutos, le hizo un gesto a Paul. Se levantaron, cogieron las maletas y salieron del café.

Flick abrió la puerta del conductor y se metió en la furgoneta. Paul se sentó a su lado. Flick tenía un nudo en la boca del estómago. Si la Gestapo les estaba tendiendo una trampa, aquél era el momento ideal para detenerlos. Buscó debajo del asiento, encontró la llave y puso en marcha el vehículo.

Miró alrededor. Nadie parecía haberse fijado en ellos.

Ruby, Jelly y Greta salieron del café. Flick movió la cabeza para indicarles que subieran atrás.

Flick se volvió hacia la caja del vehículo. La furgoneta disponía de estantes, cajones y bandejas de hielo para mantener baja la temperatura. Todo parecía escrupulosamente limpio, pero el aire conservaba un leve olor a carne cruda.

En la parte posterior, las mujeres abrieron las puertas, lanzaron las maletas a la caja y subieron. Ruby cerró de un golpe. Flick puso primera y empezó a alejarse de la estación.

— ¡Lo hemos conseguido! —exclamó Jelly.

Flick sonrió débilmente. Lo más duro estaba por llegar.

Salieron de la ciudad y tomaron la carretera a Sainte-Cécile. Flick temía ver algún coche de la policía o algún Citroen de la Gestapo, pero se sentía relativamente segura. El letrero de la furgoneta proclamaba su derecho a circular. Y no era extraño que una mujer condujera un vehículo de reparto, cuando tantos hombres franceses trabajaban

en campos de Alemania o habían huido a las colinas para unirse al maquis y eludir la deportación.

Llegaron a Sainte-Cécile poco después de mediodía. Una vez más, Flick comprobó la calma repentina que se adueñaba de las calles francesas apenas daban las doce y la gente se sentaba en torno a la comida más importante del día. Flick se dirigió directamente a casa de Antoinette. La puerta alta de dos hojas que daba al patio interior estaba entreabierta. Paul se apeó y la abrió de par en par. Flick entró con la furgoneta y Paul la siguió y volvió a cerrar.

—Venid cuando me oigáis silbar —dijo Flick, y saltó fuera de la furgoneta.

Flick llegó ante la puerta de Antoinette. La última vez que había llamado a ella, hacía ocho días eternos, la tía de Michel, asustada por el tiroteo de la plaza, había tardado en contestar. Esta vez, abrió de inmediato. La mujer, que llevaba un vestido amarillo de algodón, elegante pero gastado, la miró sin comprender: Flick seguía llevando la peluca morena. Al cabo de un instante, consiguió reconocerla.

—¡Tú! —exclamó aterrorizada—. ¿Qué quieres ahora?

Flick se volvió hacia la furgoneta, soltó un silbido y empujó a Antoinette al interior del piso.

—No se preocupe —le dijo—. La vamos a atar para que los alemanes no sospechen de usted.

—¿A qué viene esto? —preguntó Antoinette temblando como una hoja.

—Enseguida se lo explico. ¿Está sola?

—Sí.

—Bien.

Paul y las mujeres entraron en el piso y Ruby cerró la puerta. Flick los reunió en la cocina. La mesa estaba puesta: pan negro, zanahoria rallada, un trozo de queso y una botella de vino sin etiqueta.

—¿A qué viene esto? —volvió a preguntar Antoinette.

—Siéntese —le dijo Flick—. Acabe de comer.

La mujer se sentó, pero no tocó la comida.

—Se me ha quitado el apetito.

—La cosa es muy sencilla —dijo Flick—. Sus chicas no van a limpiar el palacio esta tarde. Lo haremos nosotras.

Antoinette la miró asombrada.

—¿Cómo?

—Vamos a mandarles una nota diciéndoles que vengán antes de acudir al trabajo. Cuando lleguen, las ataremos. Luego, entraremos en el palacio en su lugar.

—No pueden, no tienen pases.

—Sí, los tenemos.

—¿Cómo...? —Antoinette ahogó un grito—. ¡Tú me robaste el pase! ¡El domingo

del tiroteo! Creía que lo había perdido... ¡Los alemanes me volvieron loca!

—Siento haberle causado problemas —dijo Flick.

—Pero esto es peor... ¡Quieres volar el palacio! —Antoinette empezó a gemir y mecerse en la silla—. Me culparán a mí. Ya los conoces... ¡Nos torturarán a todas!

Flick apretó los dientes. Sabía que Antoinette podía estar en lo cierto. Cabía la posibilidad de que la Gestapo diera por supuesto que las limpiadoras habían colaborado en el engaño y las matara a todas.

—Vamos a hacer todo lo posible para que parezcan inocentes — dijo Flick—. Usted y sus chicas serán nuestras víctimas, igual que los alemanes.

—No nos creerán —gimió Antoinette—. Y puede que nos maten.

—Sí —replicó Flick con dureza—. Eso es lo malo de la guerra.

Marles era una pequeña localidad situada al este de Reims, donde la línea férrea iniciaba el largo ascenso hacia las montañas camino de Frankfurt, Stuttgart y Nuremberg. Por el túnel situado a las afueras del pueblo discurría la inagotable corriente de suministros enviados por la madre patria a las fuerzas alemanas que ocupaban Francia. La destrucción del túnel dejaría a Rommel sin municiones.

Las casas con entramado de madera pintada de colores vivos daban al pueblo un aire bávaro. El ayuntamiento se alzaba en una plaza arbolada, frente a la estación de ferrocarril. En esos momentos, el jefe local de la Gestapo, que se había instalado en el magnífico despacho del alcalde, estudiaba un gran mapa de la zona extendido sobre la mesa con Dieter Franck y el oficial al mando del destacamento que custodiaba el túnel, un tal capitán Bern.

—Tengo veinte hombres en cada extremo del túnel y otro grupo patrullando la montaña constantemente —dijo Bern—. La Resistencia tendría que reunir una fuerza considerable para vencerlos.

Dieter frunció el ceño. Según la confesión de la lesbiana a la que había interrogado, Diana Colefield, Flick había empezado con un equipo de seis mujeres, incluida ella, y en esos momentos no debía de contar más que con cuatro. No obstante, cabía la posibilidad de que se hubiera unido a otro grupo o establecido contacto con miembros de la Resistencia de Marles y sus alrededores.

—Tienen gente de sobra —dijo Dieter—. Los franceses están convencidos de que la invasión es inminente.

—Sin embargo, es difícil que un grupo numeroso pase inadvertido. Y hasta la fecha no hemos visto nada sospechoso.

Bern era bajo y delgado, y usaba gafas de lentes gruesas, lo que probablemente explicaba que lo hubieran destinado a aquel agujero en lugar de asignarle una unidad de combate; pero Dieter había comprendido de inmediato que, a pesar de su juventud, era un oficial inteligente y eficaz, y se sentía inclinado a tomarse muy en serio sus

opiniones.

—¿Hasta qué punto es vulnerable el túnel a los explosivos? —le preguntó Dieter.

—Está excavado en la roca. Desde luego, puede ser destruido, pero haría falta todo un camión cargado de dinamita.

—Tienen dinamita de sobra.

—Pero tendrían que traerla aquí e, insisto, sin que nosotros los descubramos.

—Desde luego. —Dieter se volvió hacia el jefe de la Gestapo—. ¿Ha recibido algún informe sobre vehículos sospechosos o sobre algún grupo de recién llegados?

—En absoluto. En el pueblo sólo hay un hotel, y en estos momentos no hay nadie alojado en él. Mis hombres han recorrido los bares y restaurantes a la hora de la comida, como todos los días, y no han visto nada fuera de lo normal.

—¿Cabe la posibilidad, mayor, de que la información que ha recibido respecto a un atentado contra el túnel sea una estratagema? —preguntó Bern tímidamente—. Una cortina de humo, tal vez para apartar su atención del auténtico objetivo...

Dieter no había descartado aquella inquietante posibilidad. La amarga experiencia le había enseñado que Flick Clairet era una maestra en el arte del engaño. ¿Habría vuelto a burlarlo? Era una idea demasiado humillante para considerarla.

—Interrogué a la informante yo mismo, y estoy seguro de que era sincera —respondió Dieter procurando ocultar su rabia—. Aun así, podría tener razón. Es posible que esa mujer hubiera recibido una información falsa, como medida de precaución.

—Se acerca un tren —dijo Bern inclinando la cabeza. Dieter frunció el ceño. No oía nada—. Tengo muy buen oído —añadió el capitán con una sonrisa—. Seguramente, para compensar mi mala vista.

Dieter había averiguado que, hasta el momento, el único tren llegado de Reims había sido el de las once, de modo que Clairet y el teniente Hesse debían de haber cogido el siguiente.

El jefe de la Gestapo se acercó a la ventana.

—Es un tren procedente del este —dijo—. Su hombre llegará de Reims, si no he entendido mal...

Dieter asintió.

—En realidad, se acercan dos trenes —dijo Bern—. Uno de cada lado. El jefe de la Gestapo miró en la otra dirección. —Tiene razón, son dos.

Bajaron a la plaza. El conductor de Dieter, que estaba recostado contra el Citroen, se puso firme y apagó el cigarrillo. A su lado había un motorista de la Gestapo, listo para seguir a Clairet.

Los tres hombres entraron en la estación.

—¿Hay otra salida? —le preguntó Dieter al jefe de la Gestapo.

—No.

Siguieron esperando.

—¿Se han enterado de la noticia? —preguntó Bern.

—No, ¿qué ha ocurrido? —dijo Dieter.

—Roma ha caído.

—Dios mío...

—El Noveno Ejército de Estados Unidos entró en la Piazza Venezia a las siete de la tarde de ayer.

Como oficial superior, Dieter se sintió en la obligación de mantener la moral.

—Es una mala noticia, pero era de esperar —dijo—. No obstante, Italia no es Francia. Si intentan invadirnos, se llevarán una desagradable sorpresa —aseguró Dieter, esperando no equivocarse.

El tren procedente del este fue el primero en llegar. Sus pasajeros empezaban a apearse cuando el procedente de Reims entró en el andén. En el vestíbulo había un grupo de gente esperando a los viajeros. Dieter los observó disimuladamente, preguntándose si la Resistencia local contactaría con Clairet cuando saliera de la estación. No vio nada sospechoso.

La Gestapo tenía un puesto de control en la puerta de acceso al vestíbulo. El jefe de la Gestapo se unió a sus subordinados. El capitán Bern se ocultó detrás de un pilar. Dieter volvió al coche y se sentó en la parte posterior para vigilar la entrada de la estación.

¿Qué haría si el capitán Bern tenía razón y el asunto del túnel era una cortina de humo? La perspectiva era desalentadora. Tendría que considerar alternativas. ¿Qué otros objetivos militares había en la zona de Reims? La central telefónica de Sainte-Cécile, desde luego; pero la Resistencia había fracasado en su intento de inutilizarla hacía tan sólo una semana. Parecía poco probable que volvieran a atacar contra ella tan pronto. Al norte de la ciudad había un campamento militar, varias estaciones ferroviarias de clasificación entre Reims y París...

Estaba perdiendo el tiempo. Hacer suposiciones no le llevaría a ninguna parte. Lo que necesitaba era información.

Podía interrogar a Clairet de inmediato, tan pronto bajara del tren, arrancarle las uñas una a una hasta que hablara... pero, ¿sabría la verdad? Puede que le contara alguna historia falsa en la que creía a pies juntillas, como había hecho Diana. Era preferible limitarse a seguirlo hasta que se encontrara con Flick. Ella sabía cuál era el auténtico objetivo. Era la única a quien merecía la pena interrogar.

Dieter observaba a los viajeros que habían pasado el control de la Gestapo y abandonaban la estación. Se oyó un pitido, y el tren procedente del este se puso en marcha. Seguían saliendo viajeros: diez, veinte, treinta... El tren procedente de Reims arrancó.

En ese momento, Hesse apareció en la entrada de la estación.

—¿Qué demonios...? —farfulló Dieter.

Hans recorrió la plaza con la mirada, vio el Citroen y corrió hacia él. Dieter saltó fuera del coche.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? —le preguntó el teniente.

—¿Qué quiere decir? —gritó Dieter colérico—. ¡Tenía usted que seguirlo!

—¡Y lo he hecho! Ha bajado del tren. Lo he perdido de vista en la cola del control. Al cabo de un momento, he empezado a preocuparme y me he saltado la cola, pero había desaparecido.

—¿Ha podido volver al tren?

—No... Lo he seguido hasta que ha abandonado el andén. —¿Y subirse al otro?

Hans lo miró estupefacto.

—He dejado de verlo justo cuando cruzábamos al andén de Reims.

—Eso es —murmuró Dieter—. ¡Maldita sea! Va camino de Reims.

Clairret era un señuelo. Todo este viaje ha sido una cortina de humo —dijo Dieter, furioso consigo mismo por haberse tragado el anzuelo.

—¿Qué hacemos?

—Daremos alcance al tren y usted volverá a seguirlo. Estoy convencido de que nos llevará hasta Flick Clairret. ¡Suba al coche, vamos!

Flick apenas podía creer que hubieran llegado tan lejos. Cuatro de las seis «grajillas» originales habían eludido la captura, a pesar de la brillantez de su adversario y de los vaivenes de la suerte, y ahora estaban en la cocina de Antoinette, a sólo unos pasos de la plaza de Sainte-Cécile y a apenas cien metros de un cuartel de la Gestapo. En diez minutos se pondrían en marcha hacia las puertas del palacio.

Antoinette y cuatro de las cinco limpiadoras estaban fuertemente atadas a sendas sillas de cocina. Paul las había amordazado a todas menos a Antoinette. Las cinco habían llegado con una pequeña cesta o una bolsa de lona con comida y bebida —pan, patatas asadas, fruta y una botella con vino o sucedáneo de café—, que solían tomar durante el descanso de las nueve y media, pues tenían prohibida la entrada a la cantina alemana. En esos momentos, las «grajillas» estaban vaciando las cestas y bolsas a toda prisa y volviendo a llenarlas con lo que debían introducir en el palacio: linternas, pistolas, munición y explosivo plástico en barritas de doscientos cincuenta gramos. Las maletas en las que habían transportado todo aquello hasta el momento habrían llamado la atención en manos de unas limpiadoras que acudían al trabajo.

Flick se dio cuenta enseguida de que las bolsas y las cestas no bastaban. Su metralleta Sten con silenciador podía desarmarse en tres partes, pero cada una medía palmo y medio, y Jelly tenía dieciséis detonadores en un recipiente a prueba de sacudidas, una bomba incendiaria de termita y un bloque de un producto químico que producía oxígeno, para avivar fuegos en sitios cerrados, como búnqueres. Además, tras llenar las bolsas con sus cosas, tendrían que ocultarlas con las de las limpiadoras.

Les faltaba sitio.

—Maldita sea —murmuró Flick, que empezaba a ponerse nerviosa—. ¿No tiene bolsas más grandes, Antoinette?

—¿De qué clase?

—Pues bolsas, bolsas grandes. Tendrá alguna bolsa de la compra, ¿no?

—La que uso cuando voy a comprar fruta. Está en la despensa. Flick se puso a buscar y sacó un capazo de paja de forma rectangular. —Es perfecto. ¿No tiene algún otro?

—No. ¿Para qué iba a querer dos?

Necesitaban cuatro, se dijo Flick.

Se oyó llamar a la puerta. Flick fue a abrir. En el rellano había una mujer con una bata floreada y una redecilla en el pelo: la última limpiadora.

—Buenas tardes —dijo Flick.

La mujer, sorprendida al ver a una extraña, dudó. —¿Está Antoinette? Me ha mandado una nota... Flick esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Está en la cocina. Entre, por favor.

La mujer avanzó por el piso, que evidentemente conocía bien, y entró en la cocina, donde se detuvo en seco y soltó un chillido.

—No te preocupes, Francoise —le dijo Antoinette—. Nos han atado para que los alemanes no piensen que les hemos ayudado.

Flick se acercó a la mujer y le cogió la bolsa. Era de cuerda trenzada, ideal para llevar una barra de pan y una botella, pero inservible para ellas.

Aquel irritante problema la estaba sacando de quicio minutos antes del momento culminante de la misión. No podrían ponerse en marcha hasta que lo resolvieran. Flick trató de pensar con calma.

—¿Dónde compró el capazo? —le preguntó a Antoinette al cabo de un instante.

—En la cestería de enfrente. Se ve desde la ventana.

La tarde era cálida, y las ventanas estaban abiertas, pero con los postigos entornados para que no entrara sol. Flick separó unos dedos los de la ventana más próxima y se asomó a la calle du Château. En la acera de enfrente había una tienda de cestos, velas, escobas y perchas.

Flick se volvió hacia Ruby.

—Ve y compra otros tres capazos, deprisa. —Ruby fue hacia la puerta—. Si puede ser, de diferentes formas y colores —añadió Flick, comprendiendo que cuatro mujeres con capazos idénticos podían llamar la atención.

—De acuerdo.

Deshaciéndose en disculpas y sonrisas, Paul ató a la última limpiadora a una silla y la amordazó. La mujer no se resistió.

Flick entregó sus pases a Jelly y Greta. Los había retenido hasta el último minuto

por miedo a que la Gestapo capturara a alguna «grajilla», le encontrara el pase encima y descubriera el objetivo de la misión. Luego, con el de Ruby en la mano, se asomó a la ventana.

La chica salió de la tienda llevando tres capazos diferentes. Flick respiró aliviada y consultó su reloj: faltaban dos minutos para las siete.

En ese momento, se produjo el desastre.

Ruby iba a cruzar la calle cuando la abordó un individuo vestido con ropa de estilo militar: boina, camisa azul de algodón con botones en los bolsillos, corbata azul oscuro y pantalones negros con los bajos metidos en botas altas. Era el uniforme de la Milicia, la policía de seguridad que hacía el trabajo sucio del régimen.

—¡Oh, no! —murmuró Flick.

Como la Gestapo, la Milicia estaba formada por sujetos demasiado estúpidos y brutales para trabajar en la policía regular. Sus jefes eran versiones pudientes del mismo tipo, patriotas desafortunados que se llenaban la boca con la gloria de Francia y enviaban a sus subordinados a detener a niños judíos escondidos en desvanes.

Paul se acercó a la ventana y miró hacia la calle por encima del hombro de Flick.

—¡Mierda, un puto miliciano! —masculló.

La mente de Flick trabajaba a toda velocidad. ¿Era aquello un encuentro casual, o formaba parte de un rastreo organizado para dar con las «grajillas»? Los milicianos eran un hatajo de camorristas y tenían carta blanca para incordiar a sus compatriotas. Paraban a los transeúntes por el simple hecho de que no les gustaba su cara, examinaban sus papeles con lupa y los arrestaban con cualquier excusa. ¿Era eso lo que estaba haciendo aquel sujeto con Ruby? Así lo esperaba Flick. Porque, si la policía había decidido parar a todo el mundo en las calles de Sainte-Cécile, puede que nunca llegaran a las puertas del palacio.

El policía empezó a interrogar a Ruby con agresividad. Flick no podía oírlo con claridad, pero captó las palabras «mestiza» y «negra», y se preguntó si estaría acosando a Ruby por ser gitana. Ruby sacó sus papeles. El hombre los examinó y siguió interrogándola sin devolvérselos.

Paul sacó la pistola.

—Guarda eso ahora mismo —le ordenó Flick. —¿No irás a dejar que la detenga?

—Sí, voy a hacerlo —respondió Flick con calma—. Si iniciamos un tiroteo, podemos despedirnos de la misión, pase lo que pase. La vida de Ruby no es tan importante como inutilizar la central telefónica. Guárdate la maldita pistola.

Paul se la metió bajo el cinturón.

La conversación entre Ruby y el miliciano subió de tono. Aterrada, Flick vio que la chica se cambiaba los tres capazos a la mano izquierda y se llevaba la derecha al bolsillo de la gabardina. El hombre la agarró del hombro izquierdo con brusquedad, obviamente decidido a detenerla.

Ruby actuó con celeridad. Dejó caer los capazos. Su mano derecha salió del bolsillo empuñando el machete de comando. Dio un paso adelante, echó atrás la mano y descargó el arma con enorme fuerza. La hoja atravesó la camisa del miliciano justo debajo del esternón.

—Dios —murmuró Flíck.

El policía emitió un breve quejido, que murió transformado en un barboteo horrible. Ruby sacó el machete y volvió a asestárselo, esta vez en el costado. El hombre echó atrás la cabeza y abrió la boca en un grito mudo.

Flick procuró pensar. Si conseguían ocultar el cuerpo de inmediato, tal vez salieran del paso. ¿Había algún testigo del apuñalamiento? Los postigos le impedían ver la calle en toda su extensión. Los abrió de par en par y asomó el cuerpo. A su izquierda, la calle du Château estaba desierta, salvo un camión aparcado y un perro que dormitaba delante de una puerta. Al volverse hacia el otro lado, vio a tres jóvenes, dos hombres y una mujer vestidos con ropa de estilo militar, que se acercaban por la acera. Debían de pertenecer al personal administrativo del palacio.

El miliciano se desplomó sobre la acera con la boca llena de sangre.

Antes de que Flick pudiera alertarla, los dos hombres de la Gestapo se abalanzaron sobre Ruby y la agarraron de los brazos.

Flick se apartó de la ventana rápidamente y entornó los postigos. Ruby no tenía escapatoria.

Siguió observando por la rendija que separaba los dos postigos. Uno de los hombres de la Gestapo lanzó la mano de Ruby contra la pared de la tienda y la obligó a soltar el machete. La joven alemana se inclinó sobre el cuerpo del miliciano. Le levantó la cabeza y le dijo algo; luego, se volvió hacia sus compañeros. Se produjo un rápido intercambio de frases farfulladas. La joven corrió hacia el interior de la cestería y regresó con el tendero. El hombre se inclinó sobre el miliciano y volvió a erguirse poniendo cara de asco, fuera debido a las terribles heridas o al odiado uniforme, Flick no hubiera sabido decirlo. La joven alemana echó a correr hacia el palacio, presumiblemente en busca de ayuda, mientras sus dos compañeros arrastraban a Ruby en la misma dirección.

Flick se volvió hacia Paul.

—Baja y coge los capazos —le ordenó.

Paul no se lo pensó.

—Sí, señora —dijo, y salió hacia la puerta.

Flick lo vio aparecer en la calle y cruzar la calzada. ¿Qué pensaría el tendero? El hombre miró a Paul y dijo algo. Paul no le respondió; se agachó, cogió los capazos rápidamente y dio media vuelta.

El tendero se quedó mirando a Paul. Su rostro expresaba con claridad lo que le pasaba por la cabeza: pasmo ante la aparente indiferencia de Paul, perplejidad

mientras intentaba encontrar una explicación a lo ocurrido y una sonrisa de inteligencia al empezar a comprender.

—Hay que moverse ya —dijo Flick cuando Paul entró en la cocina—. ¡Meted las cosas en los capazos y andando! Tenemos que pasar el control mientras los guardias siguen revolucionados por lo de Ruby.

Flick se apresuró a llenar su capazo con una linterna, las tres piezas de la metralleta Sten, seis cargadores de treinta y dos balas y su parte de explosivo plástico. La pistola y la navaja iban en sus bolsillos. Tapó el contenido del capazo con una servilleta y puso encima media barra de pan y una botella.

—¿Y si los guardias de la entrada intentan registrar los capazos? —preguntó Jelly.

—Será lo último que hagan —respondió Flick—. Nos llevaremos por delante a todos los nazis que podamos. No permitáis que os capturen vivos.

—¡Ay, Dios! —murmuró Jelly, pero comprobó el cargador de su automática como una profesional y volvió a encajarlo con un golpe seco.

La campana de la iglesia empezó a dar las siete.

Estaban listas.

Flick se volvió hacia Paul.

—Alguien podría extrañarse de que se presenten tres limpiadoras en vez de seis. Antoinette es su jefa, así que tal vez decidan preguntarle el motivo. Si viene alguien, tendrás que cargártelo.

—Entendido.

Flick besó a Paul en la boca, rápida pero apasionadamente, y salió a toda prisa seguida por Jelly y Greta.

En la acera de enfrente, el tendero, que seguía mirando al miliciano agonizante, alzó la vista hacia las tres mujeres y la desvió de inmediato. Flick supuso que había empezado a ensayar sus respuestas a un posible interrogatorio: «No he visto nada. No había nadie más».

Las tres «grajillas» echaron a andar calle adelante en dirección a la plaza. Impaciente por llegar al palacio, Flick apretó el paso con la vista clavada en la verja de entrada, que se alzaba justo enfrente, al otro lado de la plaza. Ruby y sus dos captores la atravesaban en ese preciso instante. «Bueno —se dijo Flick—, al menos ella lo ha conseguido.»

Llegaron al final de la calle y empezaron a cruzar la plaza. La luna del Café des Sports, destrozada durante el tiroteo del domingo anterior, estaba tapiada con tablas. Dos centinelas abandonaron el palacio escopeta en mano y echaron a correr por la plaza, sin duda hacia el lugar donde había caído el miliciano. Las «grajillas» se hicieron a un lado, y los soldados pasaron junto a ellas sin mirarlas.

Flick llegó a la entrada de la verja. Era el primer momento de auténtico peligro.

El centinela seguía mirando a sus dos compañeros sin prestar atención a Flick.

Echó un rápido vistazo a su pase y le indicó que entrara con un gesto de la cabeza. Flick cruzó la valla y se detuvo para esperar a las otras.

Greta se acercó al centinela, que le hizo tan poco caso como a Flick.

Estaba pendiente de lo que ocurría en la calle du Château.

Flick se dijo que lo habían conseguido; pero, de pronto, el soldado, que acababa de comprobar el pase de Jelly, se inclinó sobre su capazo. —Eso huele que alimenta —le dijo a Jelly.

Flick contuvo el aliento.

—Será el embutido de mi cena —respondió Jelly—. Es un poco fuerte. El centinela le indicó que entrara y volvió a mirar hacia la plaza. Las tres «grajillas» cruzaron la explanada, subieron la escalinata y, al fin, entraron en el palacio.

Dieter pasó la tarde persiguiendo el tren de Clairet y deteniéndose en un pueblo de mala muerte tras otro para comprobar que no lo abandonaba. No dejaba de decirse que estaba perdiendo un tiempo precioso y que Clairet sólo era un señuelo; pero no tenía alternativa. Aquel hombre era su única pista. Sin él, no tendría nada.

El tren llegó a Reims con Clairet en él.

Una angustiosa sensación de fracaso y desgracia inminentes se abatió sobre Dieter mientras esperaba en el coche, junto a un edificio bombardeado, a que Clairet saliera de la estación. ¿Cuál había sido su error? Estaba convencido de haber hecho todo lo humanamente posible. Sin embargo, nada había funcionado.

¿Y si seguir a Clairet no lo llevaba a ninguna parte? Antes o después, tendría que cortar por lo sano y someterlo a interrogatorio. Pero, ¿cuánto tiempo le quedaba? Esa noche habría luna llena, pero el Canal de la Mancha seguía revuelto. Los aliados podían posponer la invasión, o decidir atacar a pesar del mal tiempo. En cuestión de horas podía ser demasiado tarde.

Esa mañana, Clairet había llegado a la estación en la furgoneta de Philippe Moulier, el proveedor de carne. Dieter había intentado localizarla en las inmediaciones de la estación; al no encontrarla, supuso que la había recogido Flick. A esas alturas, las «grajillas» podían estar en cualquier sitio en un radio de doscientos kilómetros. Dieter se maldijo por no haber dejado a alguien vigilando el vehículo.

Intentó distraerse pensando en cómo interrogar a Clairet. Probablemente su punto débil era Gilberte. En esos momentos, la chica estaba en una celda del palacio, preguntándose qué harían con ella. Seguiría allí hasta que Dieter tuviera la certeza de que había acabado con ella; luego, la ejecutarían o la enviarían a un campo de Alemania. ¿Cómo podía usarla para hacer hablar a Clairet, y rápido?

Pensar en los campos de Alemania le dio una idea.

—Cuando la Gestapo manda prisioneros a Alemania —dijo inclinándose hacia el conductor—, los envía en tren, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Es verdad que los meten en los mismos vagones que sirven para transportar animales?

—Sí, señor, en vagones de ganado. Es lo que se merece ese hatajo de comunistas, judíos y demás.

—¿Dónde los embarcan?

—Aquí mismo, en Reims. El convoy de París para aquí. —¿Y cada cuánto pasa?

—Hay uno casi todos los días. Sale de París después de mediodía y llega aquí hacia las ocho de la tarde, cuando no se retrasa.

Antes de que pudiera perfilar su idea, Dieter vio a Clairet saliendo de la estación. A diez metros, confundido entre la gente, apareció Hans. Clairet echó a andar hacia el Citroen por la acera contraria.

El conductor de la Gestapo encendió el motor.

Dieter se volvió en el asiento para observar mejor las evoluciones de Clairet y Hesse.

Los dos hombres pasaron a la altura del coche. Luego, para sorpresa de Dieter, Clairet torció en la calle inmediata al Café de la Gare.

Hans apretó el paso y dobló la misma esquina menos de un minuto después.

Dieter frunció el ceño. ¿Intentaba Clairet dar esquinazo a Hans?

El teniente volvió a aparecer en la esquina y miró a ambos lados de la calle con cara de preocupación. Apenas había gente: los escasos viajeros que entraban a la estación o salían a la calle y los últimos trabajadores del centro de la ciudad, que volvían a sus casas. Hesse movió los labios y volvió a la calleja.

Dieter gruñó audiblemente. Hans había perdido a Clairet.

Era el peor desastre en el que había estado implicado desde la batalla de Alam Halfa, cuando un error del contraespionaje había provocado la derrota de Rommel. Aquello había sido el punto de inflexión de la guerra en el norte de África. Dieter rezó para que esto no fuera el punto de inflexión de la guerra en Europa.

Mientras miraba aterrado hacia la bocacalle, Clairet apareció en la puerta del café.

Dieter respiró aliviado. Clairet había despistado a Hans, pero ignoraba que tenía otro perseguidor. No todo estaba perdido.

Clairet cruzó la calle y echó a correr hacia el coche de Dieter.

Dieter trató de pensar. Para mantener la vigilancia, tendría que correr tras Clairet, y resultaría evidente que lo estaba siguiendo. Era imposible: la vigilancia había acabado. Tenía que detener a Clairet.

Clairet seguía corriendo por la acera, obligando a apartarse a los viandantes. La herida de la pierna lo hacía cojear, pero avanzaba deprisa y se acercaba al coche de Dieter rápidamente.

Dieter tomó una decisión.

Abrió la puerta del coche y cuando Clairet estaba a unos metros, se apeó y la mantuvo abierta para entorpecer el paso. Clairet se arrimó a la pared para eludir el obstáculo, pero Dieter estiró la pierna y el partisano tropezó con su pie, salió despedido y aterrizó sobre la acera.

Dieter sacó la pistola y le quitó el seguro.

Clairet permaneció boca abajo unos segundos, aturdido. Luego, apoyó las manos en el suelo e intentó incorporarse. Dieter le puso el cañón de la pistola en la sien.

—No se levante —le dijo en francés.

El conductor sacó un par de esposas del maletero, se las puso a Clairet y lo arrastró hasta el asiento posterior del Citroen. En ese momento, apareció Hans.

—¿Qué ha pasado? —preguntó compungido.

—Ha entrado en el Café de la Jare por la puerta trasera y ha salido por la delantera —le explicó Dieter.

Hans se sintió aliviado.

—¿Y ahora?

—Acompañeme a la estación. —Dieter se volvió hacia el conductor—. ¿Lleva pistola?

—Sí, señor.

—No pierda de vista a ese hombre. Si intenta escapar, dispárele a las piernas.

—Sí, señor.

Dieter y Hans se apresuraron a llegar a la estación. En el vestíbulo, Dieter vio a un hombre con uniforme de ferroviario y lo acorraló en un rincón.

—Quiero ver al jefe de estación ahora mismo. El hombre lo miró ceñudo, pero respondió:

—Lo acompañaré a su despacho.

El jefe de estación vestía chaqueta y chaleco negros y pantalones de rayas, un uniforme tan elegante como anticuado, gastado en codos y rodillas. Al parecer, no se quitaba la gorra ni siquiera en el despacho. Era evidente que la visita de aquel enérgico alemán le producía inquietud.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

—¿Espera algún tren de prisioneros procedente de París?

—Sí, a las ocho, como siempre.

—Cuando llegue, reténgalo hasta que yo se lo ordene. Tengo que embarcar a un prisionero especial.

—Muy bien. Si pudiera tener una autorización escrita...

—Por supuesto. Me encargaré de ello. ¿Hacen ustedes algo con los prisioneros durante la parada?

—A veces limpiamos los vagones con la manguera. Ya sabe, son vagones de ganado, de modo que no hay lavabos y, francamente, se ponen hechos un asco, y no

es que quiera criticar...

—No limpien los vagones esta tarde, ¿entendido? —Por supuesto.

—¿Hacen algo más?

El hombre dudó un instante.

—Pues... no.

Dieter comprendió que le ocultaba algo.

—Vamos, hombre, suéltelo. No va a pasarle nada.

—A veces, los compañeros sienten lástima de los prisioneros y les dan agua. No está permitido, estrictamente hablando, pero...

—Esta tarde, nada de agua.

—Comprendido.

Dieter se volvió hacia Hans.

—Quiero que lleve a Michel Clairret a la comisaría de policía y lo encierre en una celda; luego, regrese a la estación y asegúrese de que se cumplen mis órdenes.

—Por supuesto, mayor.

Dieter levantó el auricular del teléfono del jefe de estación.

—Póngame con el palacio de Sainte-Cécile. —Cuando obtuvo comunicación, preguntó por Weber—. En los calabozos hay una mujer llamada Gilberte —le dijo cuando se puso al teléfono.

—Lo sé —respondió Weber—. Una chica muy atractiva.

Weber parecía muy satisfecho de sí mismo, se dijo Dieter.

— ¿Podrías mandarla en un coche a la estación de Reims? El teniente Hesse se hará cargo de ella.

—Muy bien —respondió Weber—. No te retires, por favor. —Weber se apartó el teléfono de la boca y ordenó a alguien que se encargara del traslado de Gilberte. Dieter esperaba impaciente. —Ya está arreglado —dijo Weber al fin.

—Gracias...

—No cuelgues. Tengo noticias para ti.

Ése era el motivo de que estuviera tan ufano, pensó Dieter.

— Te escucho —dijo.

—He capturado a un agente aliado.

—¿Qué? —se asombró Dieter. Por fin cambiaba su suerte—. ¿Cuándo?

—Hace unos minutos.

—¿Dónde, por amor de Dios?

—Aquí mismo, en Sainte-Cécile.

—¿Cómo ha sido?

—Ha atacado a un miliciano, y tres de mis brillantes muchachos estaban cerca. Han tenido la presencia de ánimo de capturar a la culpable, que llevaba una Colt automática.

—¿Has dicho «la culpable»? ¿Es una mujer?

—Sí.

Eso lo aclaraba todo. Las «grajillas» estaban en Sainte-Cécile. Su objetivo era el palacio.

—Weber, escúchame bien —dijo Dieter—. Creo que esa mujer forma parte de un equipo de saboteadoras que intentan atacar contra la central.

—Ya lo intentaron una vez —replicó Weber—. Y les dimos su merecido.

—Por supuesto que se lo disteis —dijo Dieter procurando disimular su impaciencia—. Por eso mismo puede que esta vez actúen con más astucia. ¿Puedo sugerirte una alerta de seguridad? Dobra la guardia, registra el palacio e interroga a todo el personal no alemán del edificio.

—Ya he dado las órdenes pertinentes.

Dieter no estaba muy seguro de que a Weber se le hubiera ocurrido declarar una alerta, pero eso era lo de menos, con tal de que lo hiciera ahora.

Por un momento, Dieter consideró anular sus instrucciones sobre Gilberte y Clairet, pero decidió no hacerlo. Podría necesitar interrogar a Clairet antes de que acabara la noche.

—Volveré a Sainte-Cécile de inmediato —le dijo a Weber.

—Como quieras —respondió Weber con suficiencia, dando a entender que podía apañárselas sin él.

—Necesito interrogar a la detenida.

—Ya hemos empezado a hacerlo. El sargento Becker la está ablandando un poco.

—¡Por amor de Dios! La quiero en sus cabales y capaz de hablar.

—Por supuesto.

—Por favor, Weber, esto es demasiado importante para cometer errores. Te ruego que mantengas a Weber bajo control hasta mi llegada.

—Muy bien, Franck. Me aseguraré de que no se le vaya la mano.

—Gracias. Llegaré tan pronto como pueda —dijo Dieter, y colgó.

Flick se detuvo en la puerta del magnífico vestíbulo del palacio. El corazón le latía con mucha fuerza y un miedo helado le oprimía el pecho. Estaba en la guarida de los leones. Si la capturaban, nada podría salvarla.

Abarcó la sala con una rápida mirada. Las modernas centralitas telefónicas, instaladas en hileras de una exactitud marcial, contrastaban con el desvaído esplendor de las paredes pintadas de rosa y verde y los rechonchos querubes que decoraban el techo. Los haces de cables reptaban por el tablero de ajedrez del suelo de mármol como cuerdas desenrolladas sobre la cubierta de un barco.

La cháchara de las cuarenta operadoras se confundía en un abejorreo constante. Las que estaban más cerca levantaron la vista hacia las recién llegadas. Flick vio que una de las chicas hablaba con su vecina y las señalaba. Todas eran de Reims y sus

alrededores, y muchas del mismo Sainte-Cécile, de modo que debían de conocer a las limpiadoras habituales y advertirían de inmediato que las «grajillas» eran desconocidas. Pero Flick contaba con que no las delataran a los alemanes.

Se orientó rápidamente recordando el plano de Antoinette. El ala oeste, a su izquierda, era la más afectada por el bombardeo y estaba en desuso. Torció a la derecha y, seguida por Jelly y Greta, cruzó la puerta de hojas altas que conducía al ala este.

Una sala conducía a la siguiente, en una sucesión de grandiosos recibidores llenos de centralitas y estantes atestados de aparatos que zumbaban y pitaban a medida que las operadoras marcaban números. Flick ignoraba si las limpiadoras solían saludar a las telefonistas o pasaban junto a ellas en silencio: los franceses eran gente expresiva, pero aquel sitio se regía por la disciplina militar alemana. Se limitó a sonreír levemente y evitar el contacto visual.

En la tercera sala había una supervisora con uniforme alemán sentada ante un escritorio. Flick iba a pasar de largo, pero la mujer la interpelló:

—¿Dónde está Antoinette?

—Vendrá enseguida —respondió Flick sin detenerse; y, al oír el temblor de miedo de su propia voz, rezó para que la mujer no lo hubiera percibido.

La supervisora alzó la cabeza hacia el reloj, que marcaba las siete y cinco.

—Llegan tarde.

—Lo sentimos mucho, madame, empezaremos enseguida —dijo Flick apretando el paso y entrando en la sala inmediata.

Con el corazón en un puño, se quedó escuchando un momento, temiendo que la supervisora le gritara que volviera; pero, al no oír nada, respiró aliviada y siguió andando, con Jelly y Greta pegadas a sus talones.

Al final del ala este había una escalera, que ascendía hacia las oficinas y descendía hacia el sótano. El objetivo de las «grajillas» se encontraba en el sótano; pero antes de bajar debían llevar a cabo algunos preparativos.

Giraron a la izquierda y avanzaron por el ala de servicio. Siguiendo las indicaciones de Antoinette, encontraron el pequeño cuarto donde se guardaban los artículos de limpieza: escobas, fregonas, cubos para el agua, cubos de basura y las batas marrones de algodón que debían ponerse para trabajar. Entraron en el cuarto y Flick cerró la puerta.

—Esto va como la seda, de momento —dijo Jelly.

—¡Estoy tan asustada! —murmuró Greta, pálida y temblorosa—. Creo que no podré seguir.

—Ya verás como sí —le dijo Flick sonriendo tranquilizadamente—. Vamos con ello. Meted vuestras cosas en esos cubos.

Jelly empezó a colocar los explosivos en uno de los cubos y, tras un momento de

vacilación, Greta la imitó. Flick montó la metralleta Sten, pero no le puso la culata, lo que reducía su longitud en treinta centímetros y permitía ocultarla con más facilidad. A continuación, le acopló el silenciador y puso la palanca de tiro en la posición de disparo a disparo. Cuando se usaba silenciador, había que recargar la recámara manualmente después de cada disparo.

Se metió la metralleta debajo del cinturón. Luego, se puso una de las batas y se la dejó desabrochada para poder echar mano a la metralleta con rapidez. Entre tanto, Jelly y Greta se habían guardado las pistolas y la munición en los bolsillos de las suyas.

Casi estaban listas para bajar. No obstante, el sótano era un área de alta seguridad, con un centinela en la puerta; la limpieza la llevaban a cabo los propios alemanes, y el personal francés tenía prohibido el acceso. Antes de entrar, iban a provocar un pequeño alboroto.

Estaban a punto de salir cuando la puerta se abrió de golpe y un oficial alemán apareció en el umbral.

—¡Pases! —les ladró.

Flick se puso tensa. Había supuesto que se encontrarían con una alerta de seguridad. Los alemanes tenían que haber descubierto que Ruby era una agente aliada, aunque sólo fuera porque llevaba una pistola automática y un machete de comando; lo más lógico era que tomaran precauciones extraordinarias para proteger la central. No obstante, Flick contaba con que reaccionaran demasiado tarde para frustrar la operación. Al parecer, su esperanza había resultado fallida. Debían de estar comprobando la identidad de todos los franceses presentes en el edificio.

—¡Deprisa! —gritó el oficial con impaciencia. Flick vio la insignia de su camisa de uniforme y supo que era un teniente de la Gestapo. Le tendió el pase. El alemán lo examinó detenidamente, comparó la fotografía con el rostro de Flick y se lo devolvió. Luego, hizo lo mismo con Jelly y Greta—.Tengo que registrarlas —dijo inclinándose sobre el cubo de Jelly.

A su espalda, Flick sacó la Sten de debajo de la bata.

El teniente frunció el ceño con perplejidad, metió la mano en el cubo de Jelly y cogió el recipiente a prueba de sacudidas. Flick le quitó el seguro al arma.

El alemán desenroscó la tapa del recipiente y se quedó mirando los detonadores con el asombro pintado en el rostro. Flick le disparó a la espalda.

El arma no fue totalmente silenciosa —el supresor de sonido dejaba mucho que desear—, y el disparo produjo un ruido seco, como el ¡plof! de un libro al golpear el suelo.

El oficial de la Gestapo dio un respingo y se desplomó.

Flick extrajo el cartucho, tiró del cerrojo y volvió a dispararle en la cabeza para curarse en salud.

Introdujo otra bala en la recámara y se guardó el arma debajo de la bata.

Jelly arrastró el cuerpo hasta la pared y lo dejó detrás de la puerta, donde nadie lo vería aunque echara un vistazo al cuarto.

—Larguémonos de aquí —dijo Flick. Jelly salió del cuarto. Greta, blanca como el papel, se quedó plantada con los ojos clavados en el cadáver del alemán—. Greta. Tenemos un trabajo que hacer. Vamos.

Al fin, Greta asintió, cogió la fregona y el cubo y cruzó la puerta como un autómata.

Fueron directamente a la cantina. En el comedor sólo había dos chicas de uniforme fumando y tomando café.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —murmuró Flick en francés. Jelly empezó a barrer el suelo.

Greta no se movió.

—No me dejes en la estacada —le dijo Flick.

Greta asintió. Respiró hondo, enderezó el cuerpo y murmuró:

—Estoy lista.

Flick entró en la cocina, y Greta la siguió.

Según Antoinette, las cajas de los fusibles del edificio estaban en un armario de la cocina, junto al enorme horno eléctrico. Un joven alemán trabajaba ante los fogones. Flick le lanzó una sonrisa pícara.

—¿Qué puede ofrecerle a una chica hambrienta? —le preguntó.

El alemán sonrió de oreja a oreja.

A su espalda, Greta sacó unos alicates con los brazos forrados de caucho y abrió la puerta del armario.

El cielo estaba parcialmente cubierto, y el sol se ocultó cuando el coche de Dieter Franck entró en la pintoresca plaza de Sainte-Cécile. Las nubes eran del mismo tono gris oscuro que el techo de pizarra de la iglesia.

Dieter vio a cuatro centinelas en la entrada del palacio, en lugar de los dos habituales. Aunque iba en un coche de la Gestapo, el oficial examinó detenidamente su pase y el del conductor antes de ordenar que les abrieran las puertas de hierro forjado de la verja e indicarles que entraran. Dieter sonrió satisfecho: Weber se había tomado en serio la necesidad de extremar la seguridad.

Un viento frío le azotó el rostro mientras ascendía la escalinata del palacio. Al entrar en el vestíbulo y ver las hileras de mujeres atareadas ante sus centralitas, pensó en la agente aliada que había detenido Weber. Las «grajillas» eran un equipo exclusivamente femenino. Se le ocurrió que podían intentar introducirse en el palacio haciéndose pasar por telefonistas. ¿Podrían conseguirlo? Se dirigió hacia el ala este y se detuvo a hablar con la supervisora alemana.

—¿Alguna de estas mujeres ha empezado a trabajar en los últimos días? —le

preguntó.

—No, mayor —respondió la mujer—. La última chica nueva empezó hace tres semanas.

Eso invalidaba su hipótesis. Dieter asintió y siguió andando. Llegó al final del ala este y bajó las escaleras. La puerta del sótano estaba abierta, como de costumbre, pero guardada por dos centinelas en vez de uno. Weber había doblado la vigilancia. El cabo se cuadró y el sargento le pidió el pase.

Dieter observó que el cabo permanecía detrás del sargento mientras éste comprobaba el pase.

—Tal como están, sería muy fácil reducirlos a ambos —les dijo—. Cabo, debería ponerse a un lado, y a dos metros del sargento, de forma que tenga un buen ángulo de tiro si atacan a su compañero.

—Sí, señor —respondió el cabo.

Dieter entró en el pasillo del sótano. Se oía el zumbido del generador diesel que proporcionaba fluido eléctrico al sistema telefónico. Dejó atrás las puertas de los cuartos del equipo y entró en la sala de entrevistas. Esperaba encontrar en ella a la detenida, pero estaba desierta.

Cerró la puerta, perplejo. El misterio quedó resuelto de inmediato. Del interior de la cámara de tortura le llegó un grito desgarrador.

Dieter se abalanzó hacia la puerta.

Becker estaba de pie junto al aparato de electroshocks; Weber observaba sentado en una silla. Sobre la mesa de operaciones había una joven con las muñecas y los tobillos sujetos con las correas y la cabeza inmovilizada en el cepo. Los cables de la máquina se deslizaban entre sus piernas y desaparecían bajo su vestido azul.

—Hola, Franck —dijo Weber—. Adelante, únete a nosotros. A Becker se le acaba de ocurrir un invento. Enséñeselo, sargento.

Becker metió la mano bajo el vestido de la mujer y sacó un cilindro de ebonita de unos quince centímetros de largo y tres de diámetro. Dos anillos de metal separados un par de centímetros rodeaban el cilindro. Sendos cables conectaban los anillos a la máquina.

Dieter había presenciado muchas sesiones de tortura, pero aquella sádica caricatura del acto sexual le revolvió el estómago, y no pudo reprimir un estremecimiento de asco.

—Todavía no ha hablado, pero acabamos de empezar —dijo Weber—. Aplíquele otra descarga, sargento.

Becker levantó la falda e introdujo el cilindro en la vagina de la prisionera. Cogió un rollo de cinta aislante, cortó un trozo y fijó el cilindro a las ingles de la mujer para evitar que se saliera. —Esta vez, suba un poco el voltaje —dijo Weber. Becker volvió junto a la máquina.

En ese momento, se fue la luz.

El horno pegó un estampido y soltó un fogonazo azul. Las luces se apagaron, el motor del frigorífico se paró con un gruñido, y el olor de los aislantes quemados llenó la cocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el cocinero en alemán.

Flick se abalanzó hacia la puerta y atravesó corriendo la cantina seguida por Greta y Jelly. Recorrieron un pasillo corto y llegaron a la escalera. Flick se detuvo, se sacó la metralleta de debajo del cinturón y la mantuvo oculta bajo la bata.

—¿El sótano estará completamente a oscuras? —le preguntó a Greta. —He cortado todos los cables —respondió Greta—, incluidos los del sistema de emergencia.

—Vamos —dijo Flick, y echó a correr escaleras abajo.

La luz natural procedente de las ventanas de la planta baja era más escasa a medida que bajaban, y la entrada al sótano en penumbra.

Ante la puerta había dos soldados. Uno de ellos, un joven cabo armado con una escopeta, les sonrió y dijo:

—No se preocupen, señoras, sólo es un corte de luz.

Flick le disparó al pecho; luego, encañonó al sargento y lo abatió.

Las tres «grajillas» cruzaron el umbral. Flick llevaba la metralleta en la mano derecha y una linterna en la izquierda. Oía un zumbido de maquinaria y voces que gritaban preguntas en alemán a cierta distancia.

Encendió la linterna durante un segundo. Estaban en un pasillo ancho de techo bajo. Al fondo empezó a abrirse una puerta. Flick apagó la linterna. Al cabo de un instante vio el resplandor de una cerilla al final del pasillo. Greta había cortado la corriente hacía unos treinta segundos. Los alemanes no tardarían en reaccionar y buscar linternas. Tenían un minuto, tal vez menos, para ocultarse.

Probó a abrir la puerta que tenía más cerca. No estaba cerrada con llave. Iluminó el interior con la linterna. Era un laboratorio fotográfico. Vio una cuerda de la que colgaban fotos y a un hombre vestido con una bata blanca que avanzaba a tientas hacia la puerta.

Cerró de un portazo, cruzó el pasillo en dos zancadas e intentó abrir la puerta de enfrente. Estaba cerrada con llave. Dada la situación del cuarto, en la parte delantera del palacio y en una esquina de la zona de aparcamiento de la explanada, supuso que contenía los depósitos de combustible.

Avanzó por el pasillo y abrió la siguiente puerta. El rumor de la maquinaria se hizo más fuerte. Volvió a encender la linterna, durante apenas un segundo, lo justo para ver un generador de electricidad —la fuente independiente de alimentación de la central telefónica, supuso—, y se volvió hacia Greta y Jelly.

—¡Traed los cuerpos aquí! —les susurró.

Las dos mujeres arrastraron los cadáveres de los centinelas hasta el cuarto del

generador. Flick volvió a la entrada del sótano y cerró la puerta de acero de un portazo. El pasillo quedó completamente a oscuras. En el último momento, decidió disparar contra los tres enormes cerrojos de la parte interior. Eso podía darles unos segundos preciosos.

Volvió al cuarto del generador, cerró la puerta y encendió la linterna.

Jelly y Greta habían arrimado los cuerpos a la pared de la puerta e intentaban recuperar el aliento.

—Hecho —murmuró Greta.

El cuarto estaba lleno de tuberías y cables, pero, gracias a la eficiencia alemana, el color de cada uno dependía de su función, y Flick sabía lo que representaba cada color: las tuberías de aire eran amarillas; las de combustible, marrones; las de agua, verdes; y los cables eléctricos, a rayas rojas y negras. Flick dirigió el foco de la linterna hacia la tubería marrón que alimentaba de gasoil el generador.

—Más tarde, si tenemos tiempo, quiero que le hagas un boquete a ese tubo.

—Eso es pan comido —dijo Jelly.

—Ahora, agárrate a mi hombro y sígueme. Greta, tú agárrate a Jelly y adelante, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Flick apagó la linterna y abrió la puerta. Ahora tendrían que explorar el sótano a ciegas. Flick apoyó una mano en la pared y empezó a avanzar hacia el final del pasillo. A cierta distancia, un vocerío confuso indicaba que varios hombres se movían intentando orientarse en la oscuridad.

—¿Quién ha cerrado la puerta principal? —preguntó un alemán en tono autoritario.

—Parece que está atascada —respondió Greta en alemán, pero con voz de hombre.

El alemán soltó una maldición. Al cabo de un instante, se oyó el chirrido de un cerrojo.

Flick llegó a otra puerta. La abrió y volvió a encender la linterna. El cuarto contenía dos enormes cajones de madera del tamaño y la forma de mesas de autopsia.

—El cuarto de las baterías —susurró Greta—. Vamos al siguiente.

—¿Qué era eso, una linterna? —se oyó decir al alemán—. ¡Tráiganla aquí!

—Enseguida —respondió Greta con la voz de Gerhard, pero las tres «grajillas» siguieron avanzando en dirección opuesta.

Flick abrió la siguiente puerta, entró en el cuarto seguida de Jelly y Greta y volvió a cerrar antes de encender la linterna. Estaban en una sala alargada con estanterías llenas de aparatos a ambos lados. Junto a la puerta había un mueble que probablemente contenía planos. En el extremo más alejado de la sala, el haz de la linterna iluminó una mesa pequeña. Tres hombres permanecían sentados a su alrededor con naipes en las manos. Al parecer no se habían movido en el minuto transcurrido desde el comienzo del apagón. En ese instante, lo hicieron.

Flick los encañonó antes de que acabaran de levantarse. Jelly fue igual de rápida. Flick abatió a uno. La pistola de Jelly detonó, y el de al lado se desplomó. El tercer alemán se arrojó al suelo, pero la linterna de Flick volvió a enfocarlo de inmediato. Flick y Jelly dispararon al mismo tiempo, y el hombre quedó inmóvil.

Flick procuró olvidar que los muertos eran tres seres humanos. No había tiempo para sentimientos. Recorrió las paredes con el haz de la linterna, y lo que vio consiguió levantarle los ánimos. Aquel cuarto era casi con seguridad el que estaban buscando.

A un metro de una de las paredes largas había un par de estanterías de la altura de la sala, atestadas de terminales colocados en perfectas hileras. Los cables telefónicos procedentes del exterior atravesaban la pared formando pulcros haces y acababan conectados en la parte posterior de los terminales de la estantería más próxima a la puerta. Cables similares salían de la parte posterior de los terminales de la estantería más alejada y desaparecían por el techo en dirección a las centralitas de la planta baja. Una maraña de cables de empalme conectaba entre sí los terminales de ambas estanterías. Flick se volvió hacia Greta.

—¿Bien?

Greta examinaba los terminales a la luz de su linterna con expresión fascinada.

—Este es el CPD, el cuadro principal de distribución —respondió—. Aunque es un poco distinto a los que tenemos en Inglaterra.

Flick la miró sorprendida. Hacía unos minutos había asegurado que estaba demasiado asustada para continuar. Ahora parecía absorta en la faena, a pesar de que acababan de matar a tres hombres.

En la pared de enfrente, las estanterías relucían con el resplandor de unos tubos de vacío.

—¿Y lo del otro lado? —le preguntó Flick.

Greta se volvió y enfocó la linterna.

—Ésos son los amplificadores y el sistema de circuitos conductores para las líneas de larga distancia.

—Estupendo —dijo Flick con animación—. Explícale a Jelly dónde tiene que colocar las cargas.

Las tres mujeres pusieron manos a la obra. Jelly retiró los envoltorios de papel de cera que cubrían las barritas de explosivo plástico amarillo, mientras Flick cortaba trozos de mecha. Ardían a centímetro por segundo.

—Haré todas las mechas de tres metros —dijo Flick—. Eso nos dará exactamente cinco minutos para alejarnos.

A continuación, Jelly conectó las mechas con los detonadores y éstos con los fulminantes.

Flick sostuvo la linterna mientras Greta colocaba las cargas en los puntos más

vulnerables del cuadro de distribución y luego mientras Jelly introducía los fulminantes en el plástico.

No perdieron un instante. En cinco minutos, al cuadro, sembrado de cargas, parecía haberle salido un sarpullido amarillo.

Por último, trenzaron los extremos de las mechas de modo que una sola llama sirviera para encenderlas todas.

Jelly sacó la bomba de termita, un bote negro del tamaño y la forma de una lata de sopa, que contenía una mezcla de limaduras de aluminio y óxidos metálicos. Al inflamarse, desprendería un calor muy intenso y violentas llamas. Le quitó la tapa para dejar al descubierto las dos mechas y la colocó detrás del CPD.

—En algún lugar del sótano tiene que haber miles de tarjetas que muestran cómo deben conectarse los circuitos. Deberíamos quemarlas. Los operarios tardarían dos semanas en lugar de dos días en volver a conectar los cables.

Flick abrió el armario arrimado a la pared de la puerta y vio cuatro cajas llenas de diagramas, cuidadosamente clasificados mediante separadores etiquetados.

—¿Es esto lo que estamos buscando?

Greta examinó una tarjeta a la luz de la linterna.

—Sí.

—Amontónalos alrededor de la bomba de termita —dijo Jelly—. Arderán en segundos.

Flick volcó los diagramas junto al cuadro de distribución.

Jelly dejó el producto químico generador de oxígeno junto a la pared del fondo.

—Esto avivará el fuego —explicó—. Normalmente, sólo ardería la madera de las estanterías y el material aislante que recubre los cables; pero, con esto, hasta el cobre de los cables se fundirá.

Todo estaba listo.

Flick barrió el cuarto con el haz de la linterna. Los muros exteriores eran de ladrillo antiguo, pero los tabiques que separaban los cuartos eran de madera. La explosión los destruiría, y el fuego se propagaría rápidamente por todo el sótano.

Habían pasado siete minutos desde el comienzo del apagón. Jelly sacó un mechero.

—Vosotras dos —dijo Flick—, salid del edificio por vuestra cuenta. Jelly, por el camino haz una visita al cuarto del generador y agujerea la tubería del gasoil donde te he dicho.

—Entendido.

—Nos encontraremos en casa de Antoinette.

—¿Y tú adónde vas? —le preguntó Greta angustiada. —A buscar a Ruby.

—Tienes cinco minutos —le advirtió Jelly.

Flick asintió.

Jelly prendió las mechas.

Al pasar de la oscuridad del sótano a la penumbra de la escalera, Dieter comprobó que los centinelas de la entrada habían desaparecido. Probablemente habían ido a buscar ayuda, pero su falta de disciplina consiguió enfurecerlo. Tenían que haber permanecido en su puesto.

Sin embargo, cabía la posibilidad de que no se hubieran marchado voluntariamente. ¿Los habrían reducido y encerrado en algún sitio a punta de pistola? ¿Habría comenzado ya el ataque al palacio?

Dieter echó a correr escaleras arriba. En la planta baja no había signos de lucha. Las operadoras seguían trabajando: el circuito eléctrico que alimentaba el sistema telefónico era diferente al del resto del edificio, y por las ventanas seguía entrando bastante luz para que las mujeres vieran sus centralitas. Corrió hasta la cantina y la atravesó en dirección a la parte posterior del palacio, donde estaban los talleres de mantenimiento, pero por el camino se asomó a la cocina y vio a tres soldados vestidos con mono, que observaban la caja de los fusibles.

—En el sótano no hay luz —les dijo.

—Sí, señor —respondió uno de ellos. Dieter vio que llevaba galones de sargento—. Han cortado todos estos cables.

—¡Entonces —dijo Dieter alzando la voz—, vaya por sus herramientas y vuelva a conectarlos, maldito idiota!

El sargento lo miró asustado.

—Sí, señor.

—Creo que ha sido el horno eléctrico, señor —dijo tímidamente un cocinero joven.

—¿Qué ha pasado? —le ladró Dieter.

—Verá, mayor, estaban limpiando detrás del horno y de repente se ha oído una explosión...

—¿Quién? ¿Quién lo estaba limpiando?

—No lo sé, señor.

—¿Un soldado? ¿Alguien a quien conozca?

—No, señor... una limpiadora.

Dieter no sabía qué pensar. Era evidente que el ataque al palacio había comenzado. Pero, ¿dónde estaba el enemigo? Salió de la cocina, fue hasta la escalera y empezó a subir hacia las oficinas del primer piso.

Al llegar a la curva de la escalera, algo captó su mirada, y Dieter se volvió. Una mujer alta vestida con bata de limpiadora subía del sótano llevando una fregona y un cubo.

Se quedó petrificado, con los ojos clavados en la limpiadora y la mente trabajando a toda velocidad. Aquella mujer no podía estar allí. Los trabajadores franceses tenían prohibido el acceso al sótano. Desde luego, la confusión provocada

por el corte de luz podía explicarlo todo. Sin embargo, el cocinero había culpado del apagón a una limpiadora. Dieter recordó su breve conversación con la supervisora de las telefonistas. No había ninguna nueva. Pero no le había preguntado sobre las limpiadoras francesas.

Bajó las escaleras y se encontró con la mujer en el rellano de la planta baja.

—¿Qué hacía usted en el sótano? —le preguntó en francés.

—He bajado a limpiar, pero se ha ido la luz.

Dieter frunció el ceño. La mujer hablaba francés con un acento que no acababa de reconocer.

—Usted no puede bajar ahí.

—Sí, ya me ha dicho el soldado que limpian ellos mismos. No lo sabía.

El acento no era inglés, pero se percibía perfectamente. — ¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Sólo una semana. Hasta hoy siempre he limpiado arriba.

La historia era plausible, pero Dieter no se quedó satisfecho. — Acompáñeme —dijo agarrando a la mujer del brazo.

Ella no se resistió, y Dieter la llevó a la cocina y buscó al cocinero.

—¿Reconoce a esta mujer?

—Sí, señor —contestó el cocinero—. Es la que estaba limpiando detrás del horno.

Dieter se volvió hacia la limpiadora.

—¿Es cierto?

—Sí, señor. Si he estropeado algo, lo siento mucho. Dieter reconoció el acento.

—Usted es alemana —dijo.

—No, señor.

—Traidora inmunda... —masculló Dieter, y se volvió hacia el cocinero—. Agárrela y sígame. Va a contármelo todo.

Flick abrió la puerta rotulada «Sala de entrevistas», entró, volvió a cerrar y recorrió la habitación con el haz de la linterna.

Vio una mesa de pino con ceniceros, varias sillas y un escritorio de acero. No había nadie.

Flick se quedó perpleja. Había encontrado las celdas en aquel mismo pasillo y las había iluminado a través de las mirillas. Estaban vacías: los prisioneros capturados por la Gestapo en los últimos ocho días debían de estar en otro sitio... o muertos. Pero Ruby tenía que seguir allí.

En ese momento, a su izquierda, vio otra puerta, que debía de conducir a una cámara interior.

Apagó la linterna, abrió la puerta, entró, cerró y encendió la linterna.

Vio a Ruby al instante. Estaba tumbada en una mesa similar a la mesa de operaciones de un quirófano. Correas especialmente ideadas le inmovilizaban las

muñecas y los tobillos y le impedían mover la cabeza. Un cable conectado a una máquina eléctrica reposaba entre sus piernas y desaparecía bajo su falda. Flick comprendió de inmediato lo que le habían hecho y ahogó un grito de horror.

—Ruby, ¿puedes oírme? —le preguntó acercándose a la mesa.

Ruby emitió un gemido. Flick respiró aliviada: estaba viva.

—Voy a soltarte —le dijo, y dejó la metralleta Sten encima de la mesa. Ruby intentó hablar, pero sólo consiguió emitir una queja inarticulada. Flick se apresuró a desabrochar las correas que la mantenían sujeta a la mesa.

—Flick —dijo Ruby al fin.

—¿Qué?

—Detrás...

Flick saltó a un lado. Un objeto pesado le rozó la oreja y le golpeó el hombro izquierdo con fuerza. Flick soltó un grito de dolor, dejó caer la linterna y se derrumbó. Al tocar el suelo, rodó sobre sí misma tan deprisa como pudo para que su atacante no pudiera golpearla de nuevo.

Ver a Ruby en aquel estado la había impresionado tanto que se había olvidado de iluminar los rincones del cuarto con la linterna. Alguien que permanecía al acecho entre las sombras había esperado el momento propicio y se había deslizado hasta su espalda.

Tenía el brazo izquierdo agarrotado, y empezó a tentar el suelo con la mano derecha en busca de la linterna. Antes de que pudiera encontrarla, se oyó un fuerte chasquido y se encendieron las luces.

Flick parpadeó y vio dos siluetas. Una pertenecía a un individuo bajo y corpulento de cabeza redonda y pelo cortado al rape. Tras él, estaba Ruby. En la oscuridad, había recogido del suelo una especie de barra de acero, y en esos instantes la levantaba en alto preparada para descargarla. Apenas volvió la luz, Ruby vio al hombre, giró y le golpeó con la barra en la cabeza con todas sus fuerzas. Fue un golpe atroz, y el hombre cayó al suelo como un saco y se quedó inmóvil.

Flick se levantó. Su brazo izquierdo empezaba a recobrar la sensibilidad. Recogió la Sten de encima de la mesa de operaciones.

Ruby se había arrodillado junto al cuerpo del hombre, que permanecía boca arriba.

—Te presento al sargento Becker —dijo.

—¿Estás bien? —le preguntó Flick.

—Estoy jodida, pero este cabrón me las va a pagar todas juntas. Ruby agarró al sargento por la pechera de la camisa, lo puso en pie y, haciendo un gran esfuerzo, consiguió subirlo a la mesa de operaciones. El hombre soltó un gruñido.

—Está volviendo en sí —dijo Flick—. Voy a acabar con él. —Dame diez segundos.

Ruby se inclinó sobre el sargento, le juntó las piernas y le pegó los brazos a los

costados; luego, le inmovilizó las manos y los tobillos con las correas y le colocó la cabeza en el cepo. Por último, cogió el borne cilíndrico del aparato de electroshocks y se lo metió en la boca. El hombre resollaba y se atragantaba, pero no podía mover la cabeza. Ruby cogió un rollo de cinta aislante, cortó una tira con los dientes y pegó el cilindro a la boca del sargento para asegurarse de que no se le saliera. Luego, se acercó a la máquina y se puso a jugar con el mando.

Se oyó un zumbido bajo. Sobre la mesa, el hombre arqueó el cuerpo e intentó chillar. Violentas convulsiones lo agitaban de pies a cabeza mientras tiraba en vano de las correas. Ruby lo observó durante unos segundos.

—Vámonos —dijo al fin.

Flick y Ruby salieron de la cámara dejando al sargento Becker sobre la mesa de operaciones, retorciéndose y gruñendo como un cerdo en el matadero.

Flick consultó su reloj. Jelly había encendido las mechas hacía un poco. Cruzaron la sala de entrevistas y salieron al pasillo. La confusión había cesado casi por completo. Cerca de la salida, tres alemanes conversaban tranquilamente. Flick apretó el paso en su dirección seguida por Ruby.

El instinto le aconsejaba pasar rápidamente junto a ellos con la mayor naturalidad; pero, de pronto, al final del pasillo, apareció la esbelta figura de Dieter Franck, que avanzaba hacia ellas seguido por dos o tres personas a las que no pudo ver con claridad. Flick se detuvo, y Ruby chocó contra su espalda. Flick se volvió hacia la puerta más cercana. El rótulo rezaba: «Sala de escucha». Empuñó el pomo y abrió. El cuarto estaba vacío. Flick y Ruby entraron y entornaron la puerta.

La dejaron abierta un par de dedos. Flick oyó vociferar al mayor Franck:

—Capitán, ¿dónde están los dos hombres que deberían custodiar la entrada?

—No lo sé, mayor. Nos lo estábamos preguntando en este momento.

Flick le quitó el silenciador a la metralleta Sten y puso la palanca de tiro en la posición de disparo a ráfagas. Sólo había utilizado cuatro balas, de modo que le quedaban veintiocho en el cargador.

—Sargento, usted y el cabo monten guardia ante la puerta —oyó decir a Franck—. Capitán, suba al despacho del mayor Weber y dígame que el mayor Franck le recomienda vivamente que ordene un registro inmediato del sótano. ¡Vamos, a paso ligero!

Segundos después, el mayor Franck pasó ante la sala de escucha. Flick aguzó el oído y esperó. Se oyó un portazo. Flick se asomó al pasillo con cautela. Franck había desaparecido.

—Vamos —le dijo a Ruby.

Salieron de la sala de escucha, avanzaron por el pasillo y llegaron a la salida.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —les preguntó el cabo en francés. Flick tenía preparada la respuesta.

—Mi amiga Valérie es nueva aquí, y se ha perdido durante el apagón. El cabo las miró con desconfianza.

—Arriba había luz suficiente. ¿Cómo es posible que haya acabado en el sótano?

—Lo siento mucho, señor —terció Ruby—. Creía que tenía que limpiar aquí abajo, y nadie me ha dicho lo contrario.

—Tenemos orden de no dejarlas entrar —dijo el sargento—, no de no dejarlas salir, cabo.

Los dos hombres se echaron a reír y les indicaron que se marcharan.

Dieter ató a la prisionera a una silla y despidió al cocinero. Una vez solos, la observó durante unos instantes, preguntándose de cuánto tiempo disponía. Una agente había sido arrestada en la calle, cerca del palacio. Otra, si es que era una agente, subiendo del sótano. ¿Y las demás? ¿Habrían conseguido entrar y marcharse? ¿Seguían fuera, esperando el momento propicio? ¿O estaban en el palacio en esos precisos instantes? Era para volverse loco. Pero acababa de ordenar que registraran el sótano. Aparte de eso, lo único que podía hacer era interrogar a la prisionera.

Dieter empezó con el tradicional guantazo, súbito y humillante. La mujer ahogó un grito de sorpresa y dolor.

—¿Dónde están las otras? —le preguntó Dieter.

La mejilla izquierda de la mujer enrojeció. Dieter estudió su expresión. Lo que vio lo dejó perplejo.

Parecía feliz.

—Está en el sótano del palacio —le dijo Dieter—. Detrás de esa puerta, hay una cámara de tortura. En el otro lado, tras ese tabique, están los terminales de la central telefónica. Esto es el final de un túnel, un culde-sac, como dicen los franceses. Si sus amigas planean volar el edificio, lo más probable es que usted y yo muramos en esta sala.

La mujer mantuvo la misma expresión.

Puede que el palacio no estuviera a punto de saltar en mil pedazos, pensó Dieter. Pero, entonces, ¿en qué consistía la misión de aquellas mujeres?

—Usted es alemana —dijo Dieter—. ¿Por qué está ayudando a los enemigos de su patria?

La mujer se decidió a hablar.

—Se lo contaré —dijo en alemán con acento de Hamburgo—. Hace muchos años, tenía un amante. Se llamaba Manfred. —La prisionera clavó los ojos en el vacío, recordando—. Los nazis lo detuvieron y lo enviaron a un campo. Imagino que murió allí, porque no he vuelto a saber nada de él. —Hizo una pausa y tragó saliva. Dieter esperó. Al cabo de un momento, la mujer siguió hablando—: Cuando me lo quitaron, juré que me vengaría. Eso es todo. —La mujer sonrió—. Su inmundo régimen tiene las horas contadas. Y yo he ayudado a destruirlo.

Algo no cuadraba. La mujer hablaba como si la operación hubiera acabado. Se había producido un apagón. ¿Habrían conseguido su propósito durante los escasos minutos que había durado? Aquella mujer no parecía tener miedo. ¿Era posible que no le importara morir?

—¿Por qué detuvieron a su amante?

—Decían que era un perverso.

—¿De qué clase?

—Era homosexual.

—¿Y era su amante?

—Sí.

Dieter frunció el ceño. Luego, miró a la mujer con detenimiento. Era alta y ancha de hombros... Bajo el maquillaje, su nariz y su barbilla parecían masculinas...

—¿Es usted un hombre? —preguntó Dieter asombrado. La mujer se limitó a sonreír.

Una sospecha terrible asaltó a Dieter.

—¿Por qué me cuenta todo eso? —exclamó—. ¿Está intentando mantenerme ocupado mientras sus amigas escapan? ¿Está sacrificando su vida para asegurar el éxito de la misión...?

Un ruido débil le hizo perder el hilo de las ideas. Parecía un gruñido ahogado. En ese momento, cayó en la cuenta de que ya lo había oído un par de veces, pero no le había prestado atención. Parecía proceder del cuarto de al lado.

Dieter se puso en pie de un salto y abrió la puerta de la cámara de tortura.

Esperaba ver a la otra agente, inmovilizada sobre la mesa, y se quedó petrificado al encontrarse con otra persona. Era un hombre, pero al principio no pudo reconocerlo, porque tenía el rostro desfigurado: la mandíbula dislocada, los dientes rotos, las mejillas salpicadas de sangre y vómito... Al cabo de unos instantes, reconoció el rechoncho corpachón del sargento Becker. Los cables del aparato de electroshocks acababan en su boca. Dieter vio el extremo del borne cilíndrico, sujeto con una tira de cinta aislante a los labios del sargento. Becker, que seguía vivo, se agitaba y emitía un gruñido continuo y atroz. Dieter estaba horrorizado.

Corrió hacia la máquina y la apagó. Becker dejó de estremecerse. Dieter agarró los cables y tiró con fuerza. El borne salió disparado de la boca del sargento.

Dieter soltó los cables y se inclinó sobre la mesa.

—¡Becker! —exclamó—. ¿Puede oírme? ¿Qué ha pasado aquí? No hubo respuesta.

En la planta baja reinaba la normalidad. Flick y Ruby avanzaron a buen paso entre las hileras de telefonistas, que, inclinadas sobre las centralitas, murmuraban a los micrófonos incorporados a sus cascos sin parar de introducir clavijas en las tomas y poner en comunicación a las cabezas pensantes de Berlín, París y Normandía. Flick consultó su reloj. En dos minutos exactos todas aquellas comunicaciones se

interrumpirían, y la máquina militar alemana se desarmaría y quedaría reducida a un montón de componentes aislados, incapaces de trabajar al unísono. «Vanos —se dijo Flick—, tenemos que llegar a la puerta...»

Salieron del edificio sin contratiempos. En unos segundos estarían en la plaza del pueblo. Casi lo habían conseguido. Pero, apenas pisaron la explanada, vieron a Jelly, que volvía sobre sus pasos.

—¿Dónde está Greta? —les preguntó.

—Pero, ¿no ha salido contigo? —preguntó Flick a su vez.

—Me he parado en el cuarto del generador para poner una carga en la tubería del gasoil, como me habías dicho. Greta ha continuado sola. Pero no ha llegado a casa de Antoinette. Sólo estaba Paul, y no la ha visto. Así que he decidido volver para buscarla. —Jelly tenía un envoltorio en las manos—. Le he dicho al centinela de la entrada que salía a buscar mi cena.

Flick estaba consternada.

—Greta debe de seguir dentro... ¡Mierda!

—Voy a entrar a buscarla —dijo Jelly con decisión—. Ella me salvó de la Gestapo en Chartres, así que se lo debo.

Flick consultó su reloj.

—Tenemos menos de dos minutos... ¡Deprisa!

Las tres mujeres se precipitaron hacia la puerta y echaron a correr hacia el fondo del ala este bajo la mirada estupefacta de las operadoras. Flick empezaba a arrepentirse de su precipitación. Con aquel intento desesperado de salvar a una de las mujeres del equipo, ¿no estaría arriesgando las vidas de las otras dos... y la suya?

Flick se detuvo al llegar a la escalera. Los dos soldados que las habían dejado salir del sótano con una broma no les permitirían entrar de nuevo tan fácilmente.

—Como antes les dijo a las otras en voz baja—. Nos acercaremos a los centinelas sonriendo y les dispararemos en el último momento.

—¿Qué hacen ahí: —preguntó una voz sobre sus cabezas. Flick se quedó petrificada.

Volvió la cabeza y miró de reojo. En el tramo de escalera que descendía del primer piso, había cuatro hombres. Uno, vestido con uniforme de mayor, la encañonaba con una pistola. Flick reconoció al mayor Weber.

Era el grupo que se disponía a registrar el sótano a instancias de Dieter Franck. Había aparecido en el peor momento.

Flick maldijo su irreflexión. Ahora estaban perdidas las cuatro.

—Tienen ustedes pinta de conspiradoras —dijo Weber.

—¿Nosotras? —respondió Flick—. Somos las limpiadoras.

—Tal vez —replicó el mayor—. Pero hay un equipo de agentes enemigas en el pueblo.

Flick fingió sentirse aliviada.

—Ah, ¿era eso? —respondió—. Si están buscando agentes enemigas, nos quedamos más tranquilas. Temíamos que estuvieran descontentos de la limpieza.

Flick soltó una risita, y Ruby la imitó. Ambas sonaron falsas.

—Levanten las manos —dijo Weber sin dejar de encañonarlas. Al tiempo que alzaba las muñecas, Flick echó un vistazo al reloj. Quedaban treinta segundos—. Bajen las escaleras —les ordenó Weber.

Flick tragó saliva y empezó a bajar. Ruby y Jelly la siguieron, con los cuatro hombres pisándoles los talones.

Flick se detuvo al pie de la escalera. Veinte segundos. —¿Otra vez ustedes? —le preguntó uno de los centinelas. —Dígaselo a su mayor —respondió Flick.

—Sigán andando —ordenó Weber.

—Creía que teníamos prohibido entrar en el sótano —dijo Flick.

—¡He dicho que sigán andando!

Cinco segundos.

Cruzaron la puerta del sótano.

La explosión fue tremenda.

Al fondo del pasillo, los tabiques del cuarto del equipo salieron despedidos contra la pared de enfrente. Se oyeron una serie de detonaciones y las llamas asomaron por el boquete. La onda expansiva los derribó a todos.

Flick apoyó una rodilla en el suelo, se sacó la metralleta de debajo de la bata y se volvió. Jelly y Ruby estaban a su lado. Los centinelas, Weber y los otros tres hombres seguían en el suelo. Flick apretó el gatillo.

De los seis alemanes, sólo Weber conservó la sangre fría. Al tiempo que Flick soltaba una ráfaga, el mayor disparó su pistola. Jelly, que intentaba levantarse, soltó un grito y cayó. Una fracción de segundo después, Flick alcanzó a Weber en el pecho y lo abatió.

Flick vació el cargador sobre los seis cuerpos tumbados en el suelo del pasillo. Extrajo el cargador, sacó otro del bolsillo y lo encajó en el arma.

Ruby se inclinó sobre Jelly e intentó encontrarle el pulso. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia Flick.

—Muerta —murmuró.

Flick miró hacia el otro extremo del pasillo, donde debía de estar Greta. Las llamas seguían consumiendo el cuarto de los terminales, pero la pared de la sala de entrevistas parecía intacta.

Flick echó a correr hacia el infierno.

Dieter se vio tumbado en el suelo y se preguntó qué había ocurrido. Oyó fragor de llamas y olió humo. Se levantó como pudo y miró a su alrededor.

Comprendió de inmediato que la pared de ladrillos de la cámara de tortura le

había salvado la vida. El tabique que separaba la sala de entrevistas del cuarto de los terminales había desaparecido. Los escasos muebles de la sala habían salido despedidos contra la pared. La prisionera, que había corrido la misma suerte, yacía en el suelo, atada a la silla, con el cuello en un ángulo atroz, que indicaba que estaba muerta... o muerto. El fuego devoraba el cuarto de los terminales y se extendía rápidamente.

Dieter se dijo que sólo tenía unos segundos para escapar de allí.

La puerta de la sala se abrió de golpe, y Flick Clairet apareció en el umbral empuñando una metralleta.

Llevaba una peluca morena y ligeramente torcida, bajo la que asomaba el cabello rubio. Sofocada, sin aliento, con la mirada brillante, estaba preciosa.

Si hubiera tenido un arma en la mano en ese momento, la habría abatido en un arrebato de ira. Capturada viva, habría sido una presa inigualable, pero se sentía tan rabioso y humillado por los éxitos de aquella mujer y por sus propios fracasos que no hubiera podido controlarse.

Pero el arma la tenía ella.

En un primer momento, clavó los ojos en el cuerpo de su camarada y ni siquiera lo miró. La mano de Dieter se deslizó hacia el interior de su chaqueta. De pronto, Flick movió la cabeza y lo vio. Su expresión cambió de inmediato, y Dieter supo que lo había reconocido. Sabía quién era. Sabía contra quién había estado luchando durante los últimos nueve días. En sus ojos había una mirada de triunfo. Pero Dieter vio también la sed de venganza en la mueca de sus labios, y en ese momento Flick levantó el arma y apretó el gatillo.

Dieter se abalanzó hacia la cámara de tortura al tiempo que las balas hacían saltar fragmentos de ladrillo de la pared. Sacó la Walther P38 automática, le quitó el seguro y apuntó a la puerta, listo para disparar en cuanto la mujer apareciera en el umbral.

Flick no apareció.

Dieter esperó unos segundos y se asomó a la sala con cautela. Flick había desaparecido.

Atravesó la sala en dos zancadas, abrió la puerta y salió al pasillo. Flick y otra mujer corrían hacia la salida. Dieter levantó el arma al tiempo que saltaban sobre unos cuerpos tumbados en el pasillo. Apuntó a Flick, pero cuando iba a disparar sintió un dolor intenso en el antebrazo. Soltó un grito y dejó caer el arma. El fuego había prendido en la manga de su chaqueta. Se la quitó a toda prisa y la arrojó al suelo.

Cuando volvió a alzar la vista, las dos mujeres habían desaparecido.

Dieter recogió la pistola y echó a correr tras ellas.

Cuando apenas había recorrido unos metros, percibió un fuerte olor a gasoil. Había un escape, o tal vez las saboteadoras habían agujereado una tubería. De un

segundo a otro, el sótano explotaría como una bomba gigante.

Pero aún podía coger a Flick Clairet.

Siguió corriendo hasta la salida y subió las escaleras de dos en dos.

En la cámara de tortura, el uniforme del sargento Becker empezó a arrugarse.

El calor y el humo le hicieron recobrar el conocimiento. Intentó moverse y gritó pidiendo ayuda, pero nadie lo oyó.

Tiró de las correas que lo sujetaban a la mesa de operaciones, como tantas de sus víctimas en el pasado; pero, como ellas, en vano.

Segundos más tarde, el fuego prendió en sus ropas, y Becker empezó a gritar.

Flick vio al mayor Franck subiendo las escaleras tras ella con la pistola en la mano. Comprendió que si se detenía y daba la vuelta para dispararle él podía ser más rápido, y decidió seguir corriendo en lugar de luchar.

Alguien había accionado la alarma de incendios, y una bocina atronaba el palacio mientras Ruby y ella corrían hacia el vestíbulo entre las hileras de centralitas. Todas las operadoras habían abandonado sus puestos y huían hacia la salida, de modo que Flick tuvo que aflojar la marcha, sortear a las que corrían despavoridas por las salas y abrirse paso a empujones y codazos entre las que se apelotonaban ante las puertas interiores. El caos hacía difícil que Franck les disparara sin obstáculos, pero la distancia que las separaba de él se reducía segundo a segundo.

Llegaron a la puerta principal y se lanzaron escaleras abajo. Flick alzó la vista hacia la plaza y vio la parte trasera de la furgoneta de Moulrier, estacionada ante la verja del palacio con el motor en marcha y las puertas abiertas. Junto al vehículo, Paul las miraba angustiado. Flick pensó que era lo mejor que había visto nunca.

Ante la escalinata, dos soldados alejaban a las mujeres de la zona de aparcamiento y las desviaban hacia las viñas del extremo oeste de la explanada. Flick y Ruby hicieron caso omiso a sus aspavientos y siguieron corriendo hacia la verja. Uno de los soldados vio la metralleta de Flick y sacó el arma.

Paul se echó un rifle a la cara y apuntó entre los barrotes de la verja. Se oyeron dos disparos, y los dos soldados cayeron al suelo. Paul abrió las puertas de la verja.

Al tiempo que abandonaba la explanada, Flick oyó silbar las balas sobre su cabeza y las vio incrustarse en la furgoneta: Franck le estaba disparando.

Paul saltó al asiento del conductor.

Flick y Ruby se lanzaron al interior de la furgoneta.

El vehículo se puso en marcha, y Flick vio que el mayor Franck echaba a correr hacia el aparcamiento en dirección a su Hispano-Suiza.

En ese momento, abajo, en el sótano, las llamas alcanzaron los depósitos de gasoil.

Se oyó una explosión formidable, y el suelo tembló como agitado por un terremoto. La zona de aparcamiento hizo erupción, y el aire se llenó de grava, tierra y

fragmentos de hormigón. La onda expansiva volcó la mitad de los coches aparcados alrededor de la vieja fuente, y una lluvia de pedruscos y ladrillos se abatió sobre el resto. Dieter Franck salió despedido hacia la escalinata. El surtidor de gasolina voló por los aires, y una lengua de fuego brotó del lugar que ocupaba. Varios coches empezaron a arder, y sus depósitos explotaron uno tras otro. La furgoneta abandonó la plaza, y Flick no pudo ver nada más.

Paul conducía a toda velocidad hacia la salida del pueblo, mientras Flick y Ruby botaban sobre el suelo de la furgoneta. De improviso, Flick cayó en la cuenta de que habían cumplido su misión. Apenas podía creerlo. Pensó en Greta y Jelly, que acababan de morir, y en Diana y Maude, muertas o condenadas a morir en algún campo de concentración, y no pudo sentirse feliz. Pero experimentó una satisfacción salvaje al recordar el cuarto de los terminales envuelto en llamas y el aparcamiento del palacio saltando por los aires.

Miró a Ruby.

Ruby le sonrió.

—Lo hemos conseguido —dijo.

Flick asintió.

Ruby le echó los brazos al cuello y la estrechó con fuerza.

—Sí — dijo Flick—. Lo hemos conseguido.

Dieter se levantó del suelo como pudo. Le dolía todo el cuerpo, pero podía andar. El palacio era una pira y el aparcamiento, un campo de batalla. Alrededor, las mujeres chillaban y corrían sin ton ni son.

Mirara adonde mirara, sólo veía destrucción. Las «grajillas» habían conseguido su objetivo. Pero la partida no había acabado. Aún estaban en Francia. Y, si lograba capturar e interrogar a Flíck Clairet, aún podía convertir la derrota en victoria. Con toda probabilidad, la agente británica se encontraría esa misma noche con un avión en algún campo no muy lejos de Reims. Tenía que averiguar cuándo y dónde.

Y sabía a quién preguntárselo.

A su marido.

Último día: martes, 6 de junio de 1944

Dieter esperaba sentado en un banco de la estación de Reims. Los ferroviarios franceses y los soldados alemanes esperaban con él, de pie bajo las crudas luces del andén. El tren llevaba horas de retraso, pero seguía circulando; Dieter lo había comprobado. No tenía más remedio que esperarlo. Era su última carta.

La rabia lo consumía. Lo había humillado y derrotado una mujer. Si hubiera sido alemana, se habría sentido orgulloso de ella. La habría considerado inteligente y audaz. Puede que incluso se hubiera enamorado de ella. Pero Flick pertenecía al enemigo, y lo había batido en todos los frentes. Había asesinado a Stéphanie, había destruido el palacio y había logrado escapar. Pero conseguiría cazarla. Y, cuando lo hiciera, la sometería a torturas como jamás habría podido imaginar. Y la haría hablar.

Siempre los hacía hablar.

El tren entró en el andén minutos después de medianoche.

Dieter percibió el hedor aun antes de que se detuviera. Era como la peste a ganado, pero espantosamente humana.

El convoy estaba formado por coches heterogéneos, ninguno de ellos pensado para transportar pasajeros: vagones de mercancías, jaulas de ganado y hasta un coche de correos con las ventanillas rotas. Todos estaban abarrotados.

Los vagones de ganado eran cajones de madera con espacios entre las tablas para ventilar a los animales. Los prisioneros sacaban los brazos entre las tablas, con las manos abiertas y las palmas hacia arriba, como mendigos. Imploraban que los soltaran, suplicaban que les dieran comida, pero sobre todo pedían agua. Los guardias permanecían impasibles:

Dieter había dado órdenes estrictas de que nadie socorriera a los prisioneros esa noche.

Lo acompañaban dos cabos de las Waffen SS, destinados en el palacio y buenos tiradores. Los había arrancado del caos de Sainte-Cécile echando mano de su rango de mayor. En ese momento, se volvió hacia ellos y les ordenó:

—Traigan a Michel Clairet.

Clairet permanecía encerrado en el cuarto sin ventanas donde el jefe de estación guardaba la recaudación. Los cabos se marcharon y volvieron unos minutos después custodiando a Clairet. El detenido llevaba las manos atadas a la espalda y los tobillos trabados para que no pudiera correr. Ignoraba lo ocurrido en Sainte-Cécile. Lo único que sabía era que lo habían capturado por segunda vez en una semana. Apenas quedaba nada de su arrogante fachada. Intentaba mantener un aire desafiante y conservar la moral alta, pero era un esfuerzo vano. Cojeaba más que antes, estaba

cubierto de mugre y esbozaba una mueca amarga. Era la viva imagen de la derrota..

Dieter lo cogió del brazo y lo acercó al tren. Al principio, Clairet no comprendió lo que tenía ante los ojos, y su rostro sólo expresó perplejidad y miedo. Luego, cuando vio las manos extendidas y oyó las voces suplicantes, le flaquearon las piernas, y Dieter tuvo que sujetarlo y ayudarlo a erguirse.

—Necesito cierta información —le dijo Dieter. Clairet meneó la cabeza.

—Súbame al tren —respondió—. Prefiero estar con ellos a estar con usted.

Dieter no esperaba el insulto ni el coraje de Clairet.

—Dígame dónde aterrizará el avión de las «grajillas» y a qué hora.

Clairet se volvió hacia él.

—No las han capturado —dijo, y la esperanza relajó sus facciones—. Han volado la central telefónica, ¿verdad? Lo han conseguido.

—Eché atrás la cabeza y lanzó un grito triunfal—. ¡Bien hecho, Flick!

Dieter lo acompañó a lo largo del andén, obligándolo a caminar despacio y a calibrar el número de prisioneros y la magnitud de su sufrimiento.

—El avión —volvió a decirle.

—El prado a las afueras de Chatelle —respondió Clairet—, a las tres de la mañana.

Dieter estaba casi seguro de que mentía. Hacía setenta y dos horas, Flick debía haber saltado sobre La Chatelle, pero había decidido no hacerlo, sin duda porque presentía una trampa. Dieter sabía que existía un campo alternativo llamado Campo de Oro; se lo había confesado Gaston, que, sin embargo, ignoraba su localización. Clairet, en cambio, tenía que conocer el sitio exacto.

—Está mintiendo —dijo Dieter.

—Entonces, súbame al tren —replicó Clairet.

Dieter meneó la cabeza.

—La alternativa no es ésa. Sería demasiado fácil.

La perplejidad y el temor enturbiaron la mirada de Clairet.

Dieter le hizo dar media vuelta y lo llevó hasta el vagón de las mujeres. Voces femeninas suplicaban en francés y alemán, unas pidiendo misericordia, otras rogando a los soldados que pensarán en sus madres y sus hermanas, y unas cuantas ofreciendo favores sexuales. Clairet agachó la cabeza y se negó a mirar.

Dieter hizo un gesto a dos figuras ocultas entre las sombras.

Clairet alzó la vista, y un miedo terrible cubrió sus facciones.

Hans Hesse avanzó hacia ellos sujetando del brazo a una mujer joven. Debía de ser hermosa, pero tenía el rostro demacrado, el cabello, grasiento y desgredado y los labios, resecos.

Era Gilberte.

Clairet ahogó un grito.

Dieter repitió su pregunta:

—¿Dónde aterrizará el avión, y a qué hora? —Clairet no dijo nada. Dieter se volvió hacia Hesse—. Súbala al tren.

Clairet soltó un gemido.

Un soldado abrió la puerta del vagón y, mientras otros dos contenían a las mujeres a punta de bayoneta, agarró a Gilberte y la empujó al interior.

—¡No! —gritó la chica—. ¡No, por favor!

El soldado empezó a cerrar la puerta, pero Dieter lo detuvo. — Espere —dijo, y se volvió hacia Clairet.

El jefe de la Resistencia lloraba a lágrima viva.

—Por favor, Michel... —gimió Gilberte—. Te lo suplico. Clairet asintió.

—De acuerdo —murmuró.

—No vuelva a mentirme —le advirtió Dieter.

—Suéltela.

—El sitio y la hora.

—Un campo de patatas al este de Laroque, a las dos de la mañana. Dieter consultó su reloj. Era la una menos diez. — Lléveme —dijo.

El pueblo de L'Épine, a cinco kilómetros de Laroque, dormía. Los rayos de la luna bañaban de plata la enorme iglesia. Tras ella, la furgoneta de Moulrier permanecía discretamente aparcada junto a un granero. Sentados en la densa sombra que proyectaba un contrafuerte, Paul y las «grajillas» supervivientes conversaban para matar el tiempo.

—¿Qué es lo que más echáis de menos? —preguntó Ruby.

—Un bistec —dijo Paul.

—Una cama blanda con sábanas limpias —respondió Flick—. ¿Y tú?

—A Jim.

Flick recordó que Ruby tenía una aventura con el instructor de armamento.

—Creía... —empezó a decir.

—¿Creías que sólo era un rollo de cama? —le preguntó Ruby.

Flick asintió apurada.

—Lo mismo cree Jim —dijo Ruby—. Pero yo tengo otros planes.

Paul rió divertido.

—Estoy seguro de que te saldrás con la tuya.

—Y vosotros dos, ¿qué? —preguntó Ruby.

—Yo estoy soltero —dijo Paul, y se volvió hacia Flick. Flick meneó la cabeza.

—Tenía intención de pedirle el divorcio a Michel... Pero, ¿cómo iba a hacerlo en mitad de una operación?

—Esperaremos a que acabe la guerra para casarnos —dijo Paul. Soy un hombre paciente.

Era como todos los hombres, se dijo Flick. Hablaba del matrimonio como si fuera

un detalle menor, tan importante como sacar la licencia del perro. ¡Qué poco romanticismo!

Pero en el fondo estaba encantada. Era la segunda vez que mencionaba el matrimonio. ¿Qué más romanticismo quería? Consultó su reloj. Era la una y media.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo.

Dieter había cogido prestada una limusina Mercedes que había sobrevivido a la explosión porque estaba aparcada fuera de la explanada del palacio. En esos momentos, se encontraba estacionada al borde de un viñedo colindante con el campo de patatas, camuflada con frondosas vides arrancadas de la tierra. Gilberte y Michel estaban en el asiento de atrás, atados de pies y manos y vigilados por Hans.

Además, Dieter se había hecho acompañar por los dos cabos, armados con rifles. Dieter y los dos tiradores vigilaban el campo de patatas.

—Los terroristas llegarán en unos minutos —dijo Dieter—. Contamos con la ventaja de la sorpresa. No tienen la menor idea de que los estamos esperando. Pero recuerden: los quiero vivos, especialmente a la jefa, la mujer menuda. Tienen que herirlos, no matarlos.

—Eso no podemos garantizárselo —dijo uno de los cabos—. Este campo debe de tener unos trescientos metros de ancho. Pongamos que el enemigo está a unos ciento cincuenta. A esa distancia, nadie puede estar seguro de darle en las piernas a un blanco en movimiento.

—Estarán inmóviles —aseguró Dieter—. Esperan un avión. Tienen que formar una línea y apuntar las linternas hacia el avión para guiar al piloto. Eso significa que no se moverán durante unos minutos.

—En mitad del campo?

—Sí.

El cabo asintió.

—Entonces podremos hacerlo —afirmó, y alzó la vista hacia el cielo—. A no ser que la luna se oculte tras una nube.

—Si eso ocurre, encenderemos los faros del coche en el momento crítico. Son del tamaño de platos.

—Escuche —dijo el otro tirador.

Los tres hombres guardaron silencio. Se acercaba un vehículo. Dieter y los dos cabos se arrodillaron en la tierra. A pesar del resplandor de la luna, sería imposible distinguirlos sobre la negra masa de las vides, siempre que mantuvieran la cabeza baja.

Una furgoneta procedente del pueblo se acercaba por la carretera con los faros apagados. Se detuvo ante la cerca del campo de patatas. Una silueta femenina se apeó del vehículo y abrió el portón. La furgoneta entró en el campo y el conductor paró el motor. Otros dos individuos bajaron del vehículo: un hombre y otra mujer.

—Ahora, silencio total —susurró Dieter.

De pronto, un bocinazo estruendoso rompió la quietud de la noche.

Dieter dio un respingo y soltó una maldición. El claxon había sonado a su espalda.

—¡Dios! —exclamó.

Había sido el Mercedes. Dieter se puso en pie de un salto y corrió hasta la ventanilla del conductor, que estaba bajada. Comprendió de inmediato lo que había ocurrido.

Clairret se había abalanzado hacia el volante entre los asientos delanteros y, antes de que Hans pudiera evitarlo, había golpeado el claxon con las manos atadas. En el asiento del acompañante, Hans intentaba encañonarlo, pero Gilberte había pasado a la acción y se había arrojado sobre él para estorbar sus movimientos e impedirle disparar.

Dieter introdujo el cuerpo por la ventanilla y empujó a Clairret, pero la postura le impidió ejercer suficiente fuerza para obligarlo a apartarse del volante. El claxon seguía produciendo una estentórea señal de alarma que los terroristas no podían dejar de oír.

Dieter intentó sacar el arma.

Clairret dio con el interruptor de las luces, y los faros del Mercedes perforaron la oscuridad con sus potentes haces. Dieter miró a su izquierda. Los tiradores estaban justo delante de los faros. Ambos se levantaron de un salto, pero, antes de que pudieran arrojarle lejos de la trayectoria de las luces, se oyó el tableteo de una metralleta disparada desde el campo de patatas. Uno de los tiradores soltó un grito, dejó caer el rifle, se llevó las manos al vientre y se desplomó sobre el capó del Mercedes. Una fracción de segundo después, una bala alcanzó al otro en la cabeza. Dieter sintió una punzada en el brazo izquierdo y soltó un gruñido de dolor.

Se oyó un disparo dentro del coche, y Clairret exhaló una queja. Hans había conseguido rechazar a Gilberte y utilizar el arma. El teniente volvió a disparar; Clairret se derrumbó entre los asientos delanteros, pero cayó sobre el volante, y el claxon siguió sonando. Hans disparó por tercera vez, inútilmente, porque la bala se hundió en un cadáver. Gilberte empezó a chillar, volvió a arrojarle sobre el teniente y le agarró el brazo derecho con las manos atadas. Dieter había sacado la pistola, pero no se atrevió a disparar por miedo a herir a Hans.

Se oyó el cuarto disparo. Lo había hecho Hans, pero esa vez el arma apuntaba hacia lo alto y la bala lo alcanzó en la barbilla. El teniente emitió un gorgoteo atroz y se derrumbó contra la puerta con la boca llena de sangre y la mirada perdida.

Dieter apuntó cuidadosamente y disparó a la cabeza de Gilberte. Luego, introdujo el brazo derecho por la ventanilla y apartó el cuerpo de Clairret de encima del volante.

El claxon dejó de sonar.

Buscó el interruptor de las luces y apagó los faros. Miró hacia el campo de patatas.

La furgoneta seguía en su sitio, pero los agentes habían desaparecido. Aguzó el oído. Nada.

Estaba solo.

Flick se arrastraba entre las vides en dirección al coche de Dieter Franck. Ahora, la luna, tan necesaria para los vuelos clandestinos sobre territorio enemigo, jugaba en su contra. Rezó para que se ocultara tras una nube, pero el cielo estaba despejado. Avanzaba a gatas, arrimada a la hilera de vides, pero su sombra la delataba.

Había ordenado a Paul y Ruby que permanecieran ocultos en el extremo del campo, junto a la furgoneta. Tres hacían el triple de ruido, y no necesitaba compañeros que revelaran su presencia.

Mientras gateaba, aguzó el oído temiendo escuchar el avión. Quedaran los que quedasen, tenía que localizar a los enemigos y acabar con ellos antes de que llegara el Hudson. No podía plantarse en mitad del campo con Paul y Ruby y hacer señales con las linternas mientras hubiera alguien entre las viñas dispuesto a dispararles. Y, si no hacían señales, el avión volvería a Inglaterra sin tocar suelo. Era una perspectiva escalofriante.

El coche de Dieter Franck estaba en el extremo del campo, a cinco hileras de viñas de distancia. Caería sobre el enemigo desde detrás. Gateaba con la metralleta en la mano derecha, lista para disparar.

Llegó a la altura del coche. Franck lo había camuflado con vegetación, pero cuando alzó la cabeza entre las hileras de vides vio la luna reflejada en la ventanilla posterior.

Las cepas estaban encañadas transversalmente, pero Flick consiguió deslizarse por debajo del enrejado y miró a derecha e izquierda del siguiente surco. Estaba desierto. Lo atravesó a rastras y repitió la operación. Extremó las precauciones a medida que se acercaba al coche, pero no vio a nadie.

Cuando estaba a tres hileras de distancia, consiguió ver las ruedas del coche y la zona de alrededor. Le pareció distinguir a dos hombres de uniforme, inmóviles en el suelo. ¿Cuántos eran en total? En la larga limusina, había sitio de sobra para seis.

Siguió acercándose a gatas. La calma era absoluta. ¿Estaban todos muertos? ¿Había algún superviviente, oculto, esperando sorprenderla?

Salvó los últimos metros y se quedó arrimada al coche.

Las puertas estaban abiertas, y el interior parecía lleno de cadáveres. Flick se asomó a la parte delantera y vio a Michel. Se agarró a la puerta y ahogó un sollozo. Había sido un mal marido, pero lo había querido, y ahora estaba muerto, con tres agujeros de bala en su camisa de cambrayón azul. Supuso que había sido él quien había hecho sonar el claxon. Si estaba en lo cierto, Michel había muerto por salvarle

la vida. Pero ahora no era el momento de pensar en eso; lo rumiaría más tarde, si vivía lo suficiente.

Junto a Michel, había un hombre al que no había visto nunca, con un orificio de bala en la garganta. Llevaba uniforme de teniente. En la parte de atrás había más cadáveres. Flick miró por la puerta posterior. Uno de los cuerpos pertenecía a una mujer. Flick se inclinó hacia el interior del coche y ahogó un grito: era Gilberte, y la miraba fijamente. Un momento después, vio el orificio en su frente y comprendió que Gilberte estaba muerta y que sus ojos miraban al vacío.

Flick se inclinó sobre Gilberte para ver el cuarto cadáver. De pronto, el cuerpo se alzó del suelo y, antes de que pudiera gritar, la agarró del pelo y le clavó el cañón de una pistola bajo la mandíbula. Era Dieter Franck.

—Suelte el arma —le dijo en francés.

Flick tenía la metralleta en la mano derecha, pero apuntando a lo alto. Franck le volaría la cabeza antes de que pudiera encañonarlo. No tenía elección: dejó caer el arma. El seguro estaba quitado, y Flick casi deseó que el golpe la disparara. Pero la metralleta aterrizó en el suelo sin producir más efecto que un ruido sordo.

—Atrás —le ordenó Franck.

Flick retrocedió lentamente y el mayor salió del coche sin dejar de apuntarle a la garganta.

—Es usted muy poquita cosa —dijo Franck enderezando el cuerpo—, pero ha hecho mucho daño. —Flick vio sangre en la manga de su chaqueta y supuso que lo había herido con la metralleta Sten—. No sólo a mí —siguió diciendo el mayor—. La central telefónica era tan importante como usted suponía.

Flick recuperó el habla.

—Estupendo —dijo.

—No se alegre tanto. Ahora va a ayudarme a desarticular la Resistencia.

Flick deseó no haber insistido tanto en que Paul y Ruby se quedaran junto a la furgoneta. Ahora no había ninguna probabilidad de que acudieran en su ayuda.

Dieter apartó la pistola de su garganta y le apuntó al hombro.

—No quiero matarla, pero pegarle un tiro será un placer. Por supuesto, la necesito en condiciones de hablar. Porque va a darme todos los nombres y direcciones que lleva en la cabeza.— Flick pensó en la píldora letal oculta en el capuchón de su estilográfica. ¿Tendría oportunidad de utilizarla?—. Es una lástima que haya destruido la cámara de torturas del palacio — siguió diciendo Franck—.Tendré que llevarla a París. Hay lo mismo que en Sainte-Cécile. —Flick recordó horrorizada la mesa de operaciones y el aparato de electroshocks—. Me pregunto qué conseguirá doblegarla. Por supuesto, el dolor hace hablar a todo el mundo tarde o temprano. Pero tengo la impresión de que usted podría soportarlo durante un tiempo excesivamente largo. —Franck levantó el brazo izquierdo. La herida le provocó un espasmo de dolor, pero

el mayor lo soportó con una mueca y le tocó el rostro—. Dejar de ser guapa, quizá. Imagínese este rostro tan atractivo, desfigurado: la nariz rota, los labios destrozados, un ojo de menos, las orejas cortadas... —Flick sintió náuseas, pero mantuvo una expresión pétrea—. ¿No? —La mano de Franck se deslizó hacia su cuello y le rozó un pecho—. Entonces, la vejación sexual. Estar desnuda delante de un montón de gente, tener que soportar los tocamientos de un grupo de borrachos, verse forzada a realizar actos con animales...

—¿Y a quién de los dos envilecerían más esas bajezas? —replicó Flick en tono desafiante—. ¿A mí, la víctima indefensa... o a usted, el auténtico culpable de obscenidad?

El mayor apartó la mano.

—Por último, hay torturas que acaban para siempre con la capacidad de una mujer para tener hijos. —Flick pensó en Paul y se estremeció a su pesar—. Vaya —dijo Franck satisfecho—. Creo que he dado con la clave para obtener lo que necesito. —Flick comprendió que había cometido un error hablando con él. Acababa de darle una información que podía utilizar para vencer su resistencia—. Iremos directamente a París —siguió diciendo Franck—. Estaremos allí al amanecer. Antes de mediodía me estará suplicando que deje de torturarla y le permita contarme todos los secretos que conoce. Mañana por la noche detendremos a todos los miembros de la Resistencia del norte de Francia. —Flick empezaba a estar asustada. Franck no fanfarroneaba. Podía conseguirlo—. Creo que puede hacer el viaje en el maletero del coche —dijo el mayor—. No es hermético, no se asfixiará. Pero meteré los cadáveres de su marido y de su rival para que le hagan compañía. Estoy seguro de que unas cuantas horas dando botes con un par de muertos la pondrán a tono para el interrogatorio.

Flick, horrorizada, no pudo evitar un estremecimiento.

Manteniendo el cañón de la pistola clavado en el hombro de Flick, el mayor Franck se metió la mano izquierda en el bolsillo. Movía el brazo con cautela: la herida le dolía, pero no lo incapacitaba.

—Extienda las manos —dijo sacando unas esposas. Flick permaneció inmóvil—. Puedo esposarla o inutilizarle ambos brazos disparándole un tiro en cada hombro.

Flick no tenía más remedio que tenderle las manos.

Franck le esposó la muñeca izquierda. Flick le acercó la derecha. En ese instante, decidió hacer un intento desesperado.

Lanzó la mano izquierda hacia un lado, golpeó la pistola y la apartó de su hombro. Al mismo tiempo, utilizó la mano derecha para sacar la pequeña navaja de la vaina que llevaba oculta bajo la manga de la chaqueta.

Franck retrocedió, pero no lo bastante rápido.

Flick saltó hacia delante y le clavó la navaja en el ojo izquierdo. El mayor volvió la cabeza, pero con la navaja clavada. Flick se arrimó a él y la hundió a fondo. La

herida empezó a manar sangre y humores. Franck soltó un grito desgarrador y apretó el gatillo, pero los disparos se perdieron en el aire.

El mayor retrocedió dando traspiés, pero Flick lo siguió empujando la navaja con el pulpejo de la mano. La hoja carecía de guarda, y Flick siguió presionando hasta hundirla por completo en la cabeza del hombre. Franck perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Flick se arrojó sobre él con las rodillas por delante. El mayor soltó el arma, se llevó ambas manos al ojo e intentó sacar la navaja. Flick cogió la pistola. Era una Walther P38. Se puso en pie, sujetó el arma con ambas manos y encañonó a Franck.

El mayor dejó de agitarse.

Flick oyó ruido de pasos. Paul llegó corriendo.

—¡Flick! ¿Estás bien?

Flick asintió sin dejar de encañonar a Franck.

—Creo que puedes dejar de apuntarle —murmuró Paul.

Al cabo de un instante, le cogió las manos, le quitó el arma con suavidad y le puso el seguro.

En ese momento, apareció Ruby.

—¡Escuchad! —gritó—. ¡Escuchad!

Flick oyó el zumbido de un Hudson.

—Hay que moverse —dijo Paul.

Los tres echaron a correr hacia el campo para hacer señales al avión que los llevaría a casa.

Cruzaron el Canal de la Mancha con fuertes vientos y lluvia intermitente. Durante un momento de calma, el navegante se asomó al compartimento del pasaje.

—Creo que deberían echar un vistazo —les dijo. Flick, Ruby y Paul dormitaban. El suelo era duro, pero estaban agotados. Flick estaba entre los brazos de Paul, y no le apetecía abandonarlos—. Más vale que se den prisa, antes de que vuelvan a cerrarse las nubes —insistió el navegante—. No volverán a ver nada parecido aunque vivan cien años.

La curiosidad pudo más que el cansancio de Flick. Se levantó y se acercó a la pequeña ventana rectangular. Ruby la imitó. El piloto tuvo el detalle de inclinar el aparato.

El viento soplaba con fuerza y el mar estaba revuelto, pero el resplandor de la luna llena permitía ver con claridad. En un primer momento, Flick apenas pudo dar crédito a sus ojos. Justo debajo del avión, había un buque de guerra gris erizado de cañones. A su lado, un pequeño transatlántico blanco resplandecía a la luz de la luna. Tras ellos, un viejo barco de vapor hendía el oleaje. A su alrededor se veían mercantes, transportes de tropas, cochambrosos buques cisterna y flamantes lanchas

de desembarco. Había barcos hasta donde alcanzaba la vista.

El piloto inclinó el aparato hacia el otro costado, y Flick cambió de ventana. Más de lo mismo.

—¡Paul, ven a ver esto!

Paul se levantó y acudió a su lado. —¡Sopla! —exclamó Paul—. ¡No había visto tantos barcos juntos en toda mi vida!

—¡Es la invasión! —dijo Flick.

—Vengan aquí delante y echen un vistazo —dijo el navegante.

Flick se asomó a la cabina de mando y miró por encima del hombro del piloto. Los barcos cubrían el mar como una alfombra a lo largo de kilómetros y más kilómetros.

—¡No tenía ni idea de que hubiera tantísimos barcos en el mundo! —exclamó Paul con incredulidad.

—¿Cuántos puede haber? —preguntó Ruby.

—He oído que unos cinco mil —respondió el navegante.

— Increíble —murmuró Flick.

—Daría lo que fuera por participar en eso. ¿Ustedes no? —dijo el navegante.

Flick se volvió hacia Paul y Ruby, y los tres sonrieron. —Claro que lo daríamos —dijo Flick—. Si no participáramos.

Un año después: miércoles, 6 de junio de 1945

Los grandiosos edificios que flanqueaban la calle londinense llamada Whitehall encarnaban la magnificencia del imperio Británico tal como había sido cien años antes. En el interior de esas espléndidas mansiones, muchas de las habitaciones de techos altos y esbeltas ventanas habían sido subdivididas con tabiques de mala calidad para proveer de despachos a funcionarios de rango inferior y de salas de reuniones a grupos poco importantes. Como subcomité de un subcomité, el Grupo para la Concesión de Condecoraciones (Acciones Clandestinas) se reunía en una sala sin ventanas de veinte metros cuadrados con una chimenea enorme y apagada que ocupaba la mitad de una pared.

Simon Fortescue, del M16, vestido con traje a rayas, camisa a rayas y corbata a rayas, ostentaba la presidencia. El Ejecutivo de Operaciones Especiales estaba representado por John Graves, del Ministerio de Economía de Guerra, que en teoría había supervisado al EOE durante la contienda. Como el resto de los funcionarios civiles del comité, Graves llevaba el atuendo característico de Whitehall: chaqueta negra y pantalones negros con rayas grises. El obispo de Malborough vestía capisayo púrpura, sin duda para subrayar la dimensión moral de un comité encargado de honrar a unos seres humanos por haber matado a otros. El coronel Algernon Nobby Clarke, oficial de contraespionaje, era el único miembro del grupo que había participado activamente en la guerra.

Una secretaria se encargaba de servir el té y preparar la bandeja de galletas que circulaba entre los comisionados durante las deliberaciones.

Era media mañana cuando abordaron el caso de las «grajillas» de Reims.

—El equipo constaba de seis mujeres —dijo John Graves—, y sólo sobrevivieron dos. Pero destruyeron la central telefónica de Sainte-Cécile que era también el cuartel general de la Gestapo en la zona.

—¿Mujeres? —preguntó el obispo—. ¿Ha dicho usted seis mujeres?

—Sí.

—Alabado sea el Señor. —El tono era reprobatorio—. ¿Por qué enviaron a mujeres?

—La central telefónica estaba fuertemente custodiada, pero consiguieron entrar haciéndose pasar por limpiadoras.

—Ya.

Algernon Clarke, que había pasado la mayor parte de la mañana fumándose un cigarrillo tras otro, decidió intervenir:

—Tras la liberación de París, interrogué al mayor Godel, que había sido ayuda de

campo de Rommel. Me dijo que el colapso que habían sufrido sus comunicaciones el día D los había reducido a una parálisis casi total. Según él, fue un factor decisivo para el éxito de la invasión. No tenía ni idea de que hubiera sido obra de un puñado de chicas. En mi opinión, lo menos que merecen es la Cruz Militar.

—Tal vez —dijo Simon Fortescue con un mohín desdeñoso—. No obstante, tuvimos problemas de disciplina con ese grupo. Se presentó una queja oficial contra la agente al mando de la operación, la mayor Clairet, después de que insultara a un oficial de la Guardia.

—¿A un oficial de la Guardia? —preguntó el obispo—. ¿Cómo?

—Durante una discusión en un bar, y me temo que la mayor mandó al oficial a tomar por el culo, por ahí, si me perdona la expresión, señor obispo.

—Alabado sea el Señor. No parece la persona más recomendable para ofrecerla como modelo de heroísmo a las nuevas generaciones.

—Exactamente. Una condecoración inferior a la Cruz Militar, quizá. ¿El MBE? Clarke volvió a intervenir.

—Estoy en desacuerdo —dijo sin alterarse—. Después de todo, si esa mujer se achantara con facilidad, probablemente no habría sido capaz de volar la central telefónica ante las mismas narices de la Gestapo.

Fortescue estaba irritado. No solía encontrar oposición, y odiaba a la gente a la que no conseguía intimidar.

—La mayoría de los presentes no parece opinar como usted — dijo recorriendo la mesa con la mirada.

Clarke frunció el ceño.

—Si no me equivoco, puedo presentar una recomendación particular —dijo armándose de paciencia.

—Por supuesto —respondió Fortescue—. Aunque dudo que merezca la pena.

Clarke le dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Y eso?

—El ministro tendrá algunos datos sobre dos o tres de los integrantes de nuestra lista. En esos casos, seguirá sus propias inclinaciones, le recomendemos lo que le recomendemos. En los demás, hará lo que le sugiramos, pues no tiene ningún interés personal. Si el comité no presenta una propuesta unánime, aceptará la recomendación de la mayoría.

—Comprendo —dijo Clarke—. A pesar de todo, me gustaría que el acta refleje que disiento del comité y recomiendo la Cruz Militar para la mayor Clairet.

Fortescue miró a la secretaria, la única mujer de la sala.

—Por favor, señorita Gregory, asegúrese de ello.

—Muy bien —murmuró la mujer.

Clarke apagó el cigarrillo y encendió otro.

Y eso fue todo.

Frau Waltraud Franck llegó contenta a casa. Después de un mes sin ver carne, había conseguido comprar un pescuezo de añejo. Había salido temprano de su domicilio en un barrio residencial del devastado centro de Colonia y había hecho cola ante la carnicería toda la mañana. También había forzado una sonrisa al sentir que el carnicero le tentaba las nalgas; de haber protestado, Herr Beckmann no habría vuelto a tener género para ella nunca más. Pero las manos del carnicero la traían sin cuidado. La cuestión era que tenían para comer tres veces con aquel pescuezo de añejo.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó risueña abriendo la puerta.

Los niños seguían en la escuela, pero Dieter estaba en casa. Waltraud guardó la carne en la despensa. La dejaría para la cena, cuando los niños estuvieran para compartirla. Para almorzar, Dieter y ella tenían col hervida y pan negro.

—¡Hola, cariño! —dijo Waltraud entrando en el salón.

Dieter, sentado junto a la ventana, no se inmutó. Un parche negro de pirata le cubría un ojo. Llevaba uno de sus trajes buenos, pero le colgaba flojo, porque estaba esquelético, y no se había puesto corbata. Waltraud procuraba vestirlo con elegancia todas las mañanas, pero nunca había conseguido aprender a hacer el nudo de las corbatas. Dieter tenía la mirada ausente y un hilillo de saliva en la comisura de los labios. No había respondido al saludo, pero Waltraud estaba acostumbrada.

—No vas a creértelo —le dijo—. ¡He conseguido un pescuezo de coño!

Dieter se volvió hacia ella y la miró con el ojo bueno. —¿Quién eres? —le preguntó.

Waltraud se inclinó hacia él y lo besó.

—Esta noche cenaremos estofado. ¿Estás contento?

Esa misma tarde, Flick y Paul contrajeron matrimonio en una pequeña iglesia de Chelsea.

Fue una ceremonia sencilla. La guerra en Europa había acabado y Hitler estaba muerto, pero los japoneses defendían Okinawa con uñas y dientes, y la austeridad seguía achuchando a los londinenses. Flick y Paul iban de uniforme: los trajes de boda eran artículo de lujo. Por otra parte, Flick, como viuda, no se habría vestido de blanco.

Percy Twaite entregó a la novia. Ruby fue la dama de honor. Le había tomado la delantera a su amiga y ya se había casado con Jim, el instructor de armamento, que estaba sentado en la segunda fila de bancos.

El general Chancellor, padre de Paul, hizo de padrino. Estaba destinado en Londres, y Flick había llegado a conocerlo bien. En el ejército estadounidense tenía fama de ogro, pero con Flick era suave como un guante.

Entre los invitados, se encontraba mademoiselle Lemas. La Gestapo la había enviado al campo de concentración de Ravensbrück con su amiga Marie; la joven había muerto, pero Jeanne Lemas había conseguido sobrevivir, y Percy Thwaite había movido cien hilos para que pudiera viajar a Londres y asistir a la boda. Estaba sentada en la tercera fila, tocada con un sombrero de casquete.

El doctor Claude Lebouche también había sobrevivido, pero Diana y Maude habían muerto en Ravensbrück. Según mademoiselle Lemas, Diana había sido una líder en el campamento hasta el día de su muerte. Aprovechando la obsequiosidad de los alemanes con las personas de noble cuna, se había enfrentado al comandante del campo para quejarse de las condiciones de vida de los prisioneros y pedir mejoras para todos. No había conseguido gran cosa, pero su energía y su optimismo habían contribuido a levantar la moral de sus compañeros, y varios supervivientes aseguraban haber recuperado las ganas de vivir gracias a ella.

La misa fue breve. Cuando acabó y Flick y Paul fueron marido y mujer, se limitaron a dar media vuelta y salir al atrio para que los felicitaran.

La madre de Paul también estaba presente. El general se las había arreglado para meterla en un hidroavión transatlántico. Había llegado la víspera por la noche, de modo que Flick la conoció en la iglesia. La señora Chancellor la había mirado de arriba abajo, preguntándose sin duda si aquella chica era lo bastante buena para ser la mujer de su maravilloso hijo. Flick se sintió ligeramente molesta. Pero se había dicho que era el comportamiento normal de una madre orgullosa, y la había besado en la mejilla con afecto.

Iban a vivir en Boston. Paul volvería a tomar las riendas de su empresa de grabaciones educativas. Flick planeaba acabar el doctorado y enseñar cultura francesa a los jóvenes estadounidenses. El viaje de cinco días a través del Atlántico sería su luna de miel.

La madre de Flick llevaba un sombrero que había comprado en 1938. No pudo contener las lágrimas, aunque era la segunda vez que veía casarse a su hija.

El último en besar a la novia fue su hermano Mark.

A Flick sólo le faltaba una cosa para que su felicidad fuera completa. Sin soltar el brazo de su hermano, se volvió hacia su madre, que llevaba cinco años sin dirigirle la palabra a Mark.

—Mira, mamá —dijo—. Aquí está Mark.

Mark puso cara de susto.

La mujer se tomó su tiempo.

—Hola, Mark —dijo al fin abriendo los brazos. —Oh, mamá murmuró Mark abrazándola.

Flick esbozó una sonrisa y se agarró al brazo de Paul. Y todos juntos caminaron hacia el sol.

Agradecimientos

Por la información y las sugerencias sobre el Ejecutivo de Operaciones Especiales, debo dar las gracias a M.R.D. Foot; sobre el Tercer Reich, a Richard Overy; sobre sistemas telefónicos, a Bernard Green; sobre armas, a Candice DeLong y David Raymond. Por ayudarme con el trabajo de documentación en general, debo expresar mi agradecimiento, como siempre, a Dan Starer, de Research for Writers, de Nueva York, y a Rachel Flagg. Recibí abundante e inestimable ayuda de mis editores: Phyllis Grann y Neil Nyren en Nueva York, Imogen Tate en Londres, Jean Rosenthal en París y Helmut Pesch en Colonia; y de mis agentes, Al Zuckerman y Amy Berkower. Varios miembros de mi familia leyeron los borradores y me hicieron útiles críticas, especialmente John Evans, Barbara Follett, Emanuele Follett, Jann Turner y Kim Turner.

Esta obra, publicada por GRIJALBO MONDADORI, S.A. se terminó de imprimir en los talleres de BIGSA, de Sant Adria del Besós (Barcelona) el día 10 de octubre de 2001

Esta obra, publicada por GRIJALBO MONDADORI, S.A.
se terminó de imprimir en los talleres de BIGSA,
de Sant Adria del Besós (Barcelona),
el día 10 de octubre de 2001.